P. Luis M. Mendizábal S.J.

EJERCICIOS ESPIRITUALES

ÍNDICE

Día 1º.- Plática preparatoria
Principio y Fundamento
Fin del hombre
Personalidad cristiana
Uso de las criaturas
La devoción al Corazón de Cristo

Día 2º.- Los tres pecados
Pecados propios
La mediocridad
El infierno
La muerte

Día 3º.- El pecado fuera de mí
La Misericordia
Vida Espiritual
El Rey Temporal
La Encarnación

Día 4º.- El Nacimiento
Vida oculta
Nuestra consagración
El Niño perdido
Dos Banderas: 1ª meditación
Dos Banderas: 2ª meditación

ÍNDICE

Día 5º.- Tentaciones de Jesús
Elección de los Apóstoles
La Reforma
La Samaritana
Los tres binarios

Día 6º.- Sobre la Oración
Consolación y desolación (Transfiguración)
La Caridad
Marta y María
Contemplación en la Acción

Día 7º.- Principio de la Pasión
La Última Cena
La Oración del Huerto
La Reparación
Proceso de Jesús
Crucifixión y muerte de Jesús

Día 8º.- La Resurrección
Otras apariciones
La Mortificación
Aparición en el Lago de Tiberíades
Contemplación para alcanzar amor

PLÁTICA PREPARATORIA

Vamos a empezar estos Ejercicios con la gracia del Señor, bajo la protección de la Santísima Virgen. Y como actitud de entrada, vamos a procurar desde el primer día, la actitud más eficaz para los Ejercicios.

Ante la realidad del retiro de ocho días, puede haber peligros por un extremo y por otro, según la actitud que uno sienta psicológicamente ante los ocho días de Ejercicios. Las personas que son más bien frías o de poco fervor, ante la realidad de los ejercicios, que son inevitables, -por mucho que uno quiera evitarlos, no lo puede-, pueden tener la tentación de convertir los Ejercicios en la fórmula de cada año. Es un túnel que hay que pasar, y que uno espera pasar con la esperanza también, de volver de nuevo al estado de vida en que uno se encontraba. Como los Magos, que dice la Escritura que "por otro camino volvieron a su tierra". La fórmula de cada año: ocho días hay que estar en silencio, más o menos; ocho días en que hay que oír puntos de meditaciones; ocho días en que hay que meditar, examinar la conciencia, y que uno procura pasar lo mejor posible: leyendo, informándose, quizás dedicándose a una renovación de la teología…

En otras, que son más fervorosas hay peligros por el extremo contrario. Peligro de llevar a los Ejercicios los propósitos ya hechos; como si todo estuviera en hacer un determinado propósito, que uno, más o menos, ya lo intuye desde el principio, y con esto dice: pues al fin de los Ejercicios ya haré el propósito de hablar menos, de tener más paciencia, de no enfadarme; el propósito de ser más fiel a las distribuciones, etc. Si los Ejercicios consistiesen en hacer un propósito, pues lo podíamos hacer ahora y nos ahorrábamos los Ejercicios. Hay que hacer propósitos en los Ejercicios, ciertamente; pero los Ejercicios no son hacer un propósito, sino que ese propósito es fruto de una elaboración interior, de un acercamiento al Señor, de una vida de intimidad con Cristo. A esto tienden más los Ejercicios. Por eso, a un alma fervorosa que tiende a hacer los Ejercicios así, de verdad, el peligro más natural que se suele presentar, el más frecuente, es el peligro de los nervios. El peligro de entrar a los Ejercicios con una tensión interior de que no se va a escapar un minuto; y con una tensión interior tan violenta, que no voy a distraerme ni una vez, y voy a aplicarme con todas mis fuerzas, porque tengo que sacar el jugo de mi interior. El peligro de los nervios.

Pues bien, los nervios en la vida espiritual no sirven para nada **positivamente.** La oración de nervios no la cuenta Santa Teresa entre los tipos de oración. Los nervios sirven en la vida espiritual como una cruz que hay que ofrecer al Señor; pero la oración nunca se hace con nervios. Como el amar nunca se hace con nervios, sino que la existencia de los nervios, más bien indica muchas veces una desorientación en el amor; una persona que no sabe amar de veras, y entonces entra en una especie de ficción de amor, excitándose los nervios.

De modo que nada de esto en los Ejercicios; nada de nervios. No vamos a los Ejercicios a poner los nervios en tensión, no; vamos a los Ejercicios a **estar** con Jesucristo. Esto son los Ejercicios: **estar con Jesucristo.**

Cuando Él llamaba a los Apóstoles, cansados de tanto trabajar, de tanto recorrer las tierras de Palestina predicando la Palabra del Señor, el Señor les invitaba y les decía: "Venid aparte conmigo y descansad un poco". Esto es lo que son los Ejercicios: venid aparte y descansad un poco. Que lo necesitamos… después de un año de trabajo intenso por el Señor –con sus limitaciones, pero con el Señor sustancialmente-, después de un año así, uno tiene necesidad de un descanso con Jesucristo. Después de un año donde uno ha pasado, más o menos, sus crisis interiores, sus dificultades interiores, donde más o menos ha perdido un conjunto de intimidad con Cristo, necesita un descanso, un dejar las cosas para volver a la intimidad con Cristo, así con paz, despacio, sin prisas, sin nervios. Estar con Jesucristo. Sin planes definitivos previos…

Así tenemos que entrar en los Ejercicios, con esta idea: a estar con Él. Y Él dirá. El Amo será el que mandará.

Sentido, por tanto, de **convivencia** con Jesucristo en estos días muy particularmente. "Venid a Mí los que estáis cargados de trabajos y fatigas porque Yo os aliviaré". Y no hay fatiga tan grande como la fatiga apostólica, como la fatiga de la santidad, que san Pablo denomina "el trabajo de la

caridad". Es el más fuerte. Y nosotros estamos cansados de ese trabajo de la caridad. Tenemos que venir a Cristo para estar con Él.

Venimos, pues, al Corazón de Cristo, allí, a descansar en Él. Y desde ahora os consagráis a Él de verdad; y le consagráis estos días de descanso y de retiro con Él, con sencillez, como viviendo a la luz del Señor, en el ambiente del Señor. Diríamos con una expresión que suena un poco a Paulina, que nosotros "vegetamur ad Domino". Somos como plantas que crecen, vegetan bajo la mirada del Señor, con la fuerza que inspira el Señor, en el Corazón de Cristo. Nos consagramos a Él desde ahora, y os aseguro que ésta será la medida del fruto de vuestros Ejercicios: la medida de la verdad de vuestra consagración a Él.

Por lo tanto, grandes esperanzas en los Ejercicios, porque el Señor tiene grandes designios sobre vosotras, grandes planes. Y como Él tiene grandes promesas para lo que se consagran a Él, en las que uno ya no cree porque las ve, las ve… Al principio uno cree; pero como decían los de Samaría a aquella buena mujer samaritana: "ya no creemos por tu palabra, sino porque nosotros hemos visto que éste es el Mesías". Pues algo así. Uno ya no cree en las promesas del Corazón de Cristo sino porque uno mismo las ha visto.

Pues, abrirnos a la esperanza, con una esperanza grande, pero muy grande. Él es el Director de los Ejercicios, Jesucristo. Lo importante de los Ejercicios es lo que Él dice; eso es lo que buscamos todos: lo que Él dice; no lo que yo digo aquí, no; lo que Él dice con ocasión de lo que yo hablo, por ministerio de lo que yo hablo; por lo que Él directamente inspira al alma con ocasión de la palabra, o durante un tiempo de silencio, o en el tiempo de descanso o del paseo. Lo importante es lo que Él dice al alma. Y cuando Él habla, se deja todo lo demás. Cuando Él habla, todos los demás estamos de sobra. Pero como habla en cualquier parte, como no hay lugares ni ocupaciones fijas para que Él hable, tenemos que mantenernos todo el día en esa **atención amorosa** a la Palabra del Señor. Tratar con Él con confianza; tratar mucho. No digo que paséis muchos ratos precisamente delante del Señor en el Tabernáculo, pero sí visitas frecuentes, aspiraciones constantes, abriéndonos al Señor de verdad. Y así, esta misma noche, ya desde ahora, abrir nuestro corazón a la esperanza y a esta atención amorosa a su voluntad. Que entremos de una vez en las vías del espíritu. Que muchas veces no acabamos de entrar; estamos como a mitad.

No reservarnos nada. Si no tengo el valor de ofrecérselo al Señor, al menos no poner nada de mi parte que diga: esto no se toca, aquí no hay nada que hacer. Nada. Y así, vivir en recogimiento interior esta entrega de nuestra parte a la voluntad del Señor en esta convivencia de estos ocho días.

Hemos dicho que venimos a estar con Jesucristo, a descansar con Él, a convivir con Él. ¿Y qué vamos a hacer bajo la mirada de Jesucristo, en el descanso de su Corazón? Vamos a hacer los Ejercicios Espirituales. Quizás para alguna de vosotras es la hora de la paz -¿por qué no?- que Jesucristo ofrece una vez más, quizás la última. ¿Por qué no? Nunca tenemos que asustarnos; nunca, nunca. Y todos podemos tener un mal rato, una dificultad; podemos mantener en nuestra alma una inquietud, una infidelidad al Señor grave. Eso puede pasar a todo el mundo, y puede uno asustarse y complicarse la vida y no hallar la paz. Pues bien, para alguna de vosotras puede ser la hora de la paz. Si fuere el caso, no asustarse; es fácil de arreglar. Pero para todas vosotras es **camino de santidad heroica** estos ocho días de Ejercicios; y vamos a subirlos pero así eh? Pero deprisa, de prisa. **"Amemos, curramos".** De santidad heroica. Quizás para llegar a ella necesitamos de alguna purificación: de una falta, de una afección, reajuste de alguna observancia. Decía el P. Baltasar Álvarez: "Si seis o siete reglas anduvieran en práctica veríamos luego el fruto grande que se seguiría, y ahorraríamos muchas advertencias y lecturas". Que nos pasamos la vida leyendo, cuando la cuestión es hacer, hacer. La oración no es una asignatura independiente del resto de la vida. Hay que ser **fieles a todo.**

Pues bien; vamos a remediar eso; eso que tú sabes. A veces decimos: "si yo no tuviera esa falta…, si yo no tuviera ese defecto…, si yo no procediera de esa manera…, si venciera esa negligencia en el trato con el Señor… Pues bien; eso que cada uno de nosotros ve como un obstáculo a la perfección, eso, lo puedes escribir desde ahora. No porque los Ejercicios sean arreglar

eso; no digo eso; pero es una cosa que uno tiene delante en cuanto puede ser que haya necesidad de una purificación para emprender ese camino a grandes pasos hacia la santidad.

De hecho, Él nos llama a grandes alturas espirituales, a grandes gracias de oración y apostolado; sin duda ninguna. Hoy se habla mucho de la llamada de todos a la perfección, etc., pero resulta después una perfección que es, pero totalmente barata. No, no. Hablamos de la perfección en serio, en serio. Y el Señor tiene preparadas para nosotros grandes gracias de santidad y de apostolado; y hay que prepararse. Tenéis que ser personas espirituales, que es lo que hace falta hoy día; que personas de ciencia las tenemos cuantas queramos, y más quizás entre los no católicos. Lo que hace falta en una religiosa no que digan: ésa tiene tres doctorados. Para eso no necesita llevar toca… Lo que hace falta es que sea una persona espiritual, espiritual… que haya entrado por las vías del espíritu, que sea una persona que viva enamorada de Cristo, y que el juicio que deben dar las chicas de la monja debe ser: "esa monja está loca por Cristo". Ese es el gran juicio que deben dar de la religiosa; y si no dan ése, estamos fuera de la línea, fuera de la línea. Y todo lo demás, en cuanto nos ayude a esto.

Pues bien; el Señor tiene preparadas para vosotras –que tenéis esto como ideal y que el Señor quiere esto de vosotras- grandes gracias de santidad y de apostolado.

Y para llegar a esto, si decimos que bajo la mirada de Jesucristo vamos a tender a esta santidad heroica, ¿cómo vamos a tender a ello? **Haciendo** los Ejercicios. **Hacer** los Ejercicios. Vamos a **hacer** Ejercicios. De modo que no a oírlos, no. No es que los Ejercicios los hace el que habla, no. Vamos a hacerlos, no a oír… ¿Es que no va a oír? Viene a oír, es verdad, pero hacer Ejercicios no es oír; es una parte. Oír es para algo que hay que hacer después: hacer Ejercicios. Ni siquiera venimos a pensar. ¿Es que entonces no voy a pensar? Vas a pensar, pero no vienes a pensar como expresión de lo último que vienes a hacer en los Ejercicios, no. No es lo mismo **pensar** en la inhabitación trinitaria que **vivir** la inhabitación trinitaria. Porque hoy día, esto ya viene a ser una cosa muy común, todo el mundo le habla a usted de Sor Isabel de la Trinidad y de la vida trinitaria, y del Padre en el Hijo, por el Hijo, del Espíritu Santo. Eso lo sabemos decir todos. La cuestión es **vivirlo**, vivirlo. No es tan fácil. El pensarlo no es tan difícil.

Pues bien; no venimos a pensar. El hombre no está hecho para pensar. El hombre está hecho para **amar**… para amar. Y el que piensa mucho y cree que todo está en pensar, suele ser de ordinario un fracasado de la vida, que sabe **darse.** Que a la vida venimos a **darnos,** y mientras una persona no ha llegado a **darse**, no es madura; aunque piense mucho, y aunque hable mucho y aunque diga mucho de su personalidad, si no es capaz de **darse**, no hay madurez personal. El hombre está hecho para **darse.** Puede preparar su don, puede escoger la persona a la cual darse, pero tiene que **darse**, darse definitivamente. No está hecho para pensar, mas tiene que darse racionalmente, es verdad; inteligentemente, porque es racional. Y tiene que pensar, pero ordenadamente a la donación de sí mismo, a la madurez de sí mismo.

Pues bien; en la vida espiritual es lo mismo. Los Ejercicios **no son oír** y **no son pensar**. Y hay un grande peligro de que nosotros, aun siendo personas religiosas, no tomamos en serio la vida espiritual. Hay peligro de tomarla como una cierta ficción; proceder **como si**… **como si**… ¡Ay! esto es fatal, esto es fatal. Yo procedo como si Jesucristo me amara, **"como si",** pero no llego a vivir de verdad, íntimamente que la realidad es que Jesucristo me ama… y que es sencillo… que es la verdad…, sino un poco así: **como si** Jesucristo me amara; como si el pecado fuera un grande mal, pero no una cosa que me coge vitalmente y obviamente: pues el pecado es una cosa terrible… Pues no. UN "como si, "como si".

Pues bien; es necesario realizar de verdad. Que es verdad que Jesucristo me quiere santa; que es verdad… Aquí hay mucho que discurrir. Es verdad; me quiere santa. Que es verdad que Jesucristo me prepara grandes gracias; que es verdad… Que es verdad que Jesucristo me **ama** con locura… y desea mi amor… y quiere establecer conmigo esta relación de amor mutuo hasta la transformación mutua… Que es verdad que muchos se condenan… se condenan… se juegan la eternidad ahora…

Es necesario, pues, hacer, vivir ocho días de santidad; bien, a fondo, de verdad.

Dice Santa Teresa: "Pensó bastaba conocer las piezas para dar mate, y es imposible; que no se este Rey sino a quien **se le da del todo**". No se da…

Pues bien; tomarlo en serio.

Leemos en el P. Escaramendi un ejemplo que él cuenta de un joven que fue a la Universidad de París a oír teología. Entró en la clase, y el profesor que estaba explicando aquella expresión: "Si quieres ser perfecto, vete, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, ven y sígueme". Y oyó esas palabras, salió de la clase y ya no volvió. Y le dijeron: Pero, ¿por qué no vuelves? Dice: Ya me basta lo que he oído. Ahora sólo tengo que cumplirlo; cuando haya hecho esto, iré a otra lección.

Eso es tomarlo en serio. Pero nosotros oímos y nos quedamos tan tranquilos: ¡Oh, qué paso tan hermoso del Evangelio! ¡Qué bonito! Y ahí nos quedamos.

Es necesario vivir estos ocho días de santidad. Los Ejercicios son **vida,** vida. El Señor trata con nosotros; Él, que es el Camino, la Verdad y la Vida. De modo que, como la primera célula que se forma en el ser vivo es una célula viva y hay vida… los Ejercicios no es un mero ejercicio táctico, un proceder **como si** el demonio estuviese allá… cómo procedería yo, caso de que esto fuese verdad; no. No es eso. Es una vida que se vive, que se vive en contacto con Jesucristo, en la realidad sobrenatural auténtica. Que esto que decimos cuando entramos en los Ejercicios no es una especie de catafalco que arma uno sobre la realidad, sino que es la visión de la realidad auténtica, como la ve Dios; nada más. Y vivir esto de verdad, de verdad.

Ahora bien, no es un mero ejercicio táctico, sino que es un verdadero progreso vital, verdadero; y en la vida no hay nunca retroceso, nunca. Por tanto, como los Ejercicios son vida y vamos a vivirlos, no vamos a destejer nada de lo que ya hemos hecho hasta ahora en nuestra vida espiritual. Esto es muy importante, muy importante. Ni siquiera para empezarlos. Que algunos dicen: voy a hacer estos Ejercicios como si fueran los primeros de mi vida. ¿Cómo has dicho, **cómo si**…? Eso es ficción; no los haces de verdad. Ahí hay un catafalco; no va. No como si. Los Ejercicios que voy a hacer son los de ahora, de mi vida real, el paso de la vida espiritual que me toca hacer ahora. En la verdad. Los Ejercicios son verdad; como son vida, son verdad, son sinceridad. "El Padre busca tales adoradores que lo adoren en espíritu y en verdad". **De verdad; de veras.** Por lo tanto, no destejer ni para empezarlos.

Y no vamos a entrar al principio y fundamento como si fuésemos unos ateos que van a encontrar el primer rasgo de verdad. Pero ¿por qué? Si vivimos una vida espiritual ya… Como si fuese un juicio de razón pura… vamos a ver otra vez, como si yo ahora me encontrase con la verdad cristiana por primera vez. Todo eso son ficciones. Soy una persona que vive con Cristo, y voy a ver estas verdades que expondremos, en el grado de vida espiritual en que yo me encuentro ahora. **De verdad, de verdad.** No destejer. Si alguna ha llegado a un cierto modo de orar, de contemplar… creer que ahora tiene que dejarlo todo y volver al principio, es **error manifiesto.** Porque es ficción… no es verdad… Vivimos en la vida espiritual auténtica. Estoy en este grado de oración, en este modo de orar… pues retén ese modo de orar y vamos a caminar adelante desde el punto en que te encuentras.

Ni vamos a destejer tampoco en los mismos Ejercicios. No vamos a bajar de una meditación a otra, sino que todo va a ser subir, una después de otra, después de otra… desde el punto de vida espiritual en que estamos ahora. Hacia arriba, hacia arriba, a lo alto. **"Duc in altum"**. Así vamos con el Señor.

Toda vida es un proceso integrativo. Hay una integración; y eso supone que cada paso que se ha dado ya no se desteje más, sino que influye en el siguiente, y el siguiente recae sobre el precedente, y los dos forman una unidad; y así se camina adelante. Hay que subir cada peldaño de los Ejercicios, conseguir el fruto de cada meditación, cada día, saborearla en los tiempos libres… pero de verdad, sin nervios. Que cuando hay nervios, ya no hay verdad; hay artificio. De verdad, de verdad.

Para hacer así los Ejercicios es necesario **olvidar todo lo demás**; todo, todo, todo: clases, alumnas, amigas; todo, todo. "El que se ocupa demasiado de hacer el bien, no tiene tiempo de ser bueno", decía un poeta indio. Y es verdad. Tanto hacer el bien, tanto hacer el bien… ya podía ocuparse usted de hacerse bueno. Tanto bien a los demás…

Olvidar y trabajar. Ponerse en oración. Dilatar el corazón desde el principio. Y mantener esa fidelidad suave al Señor encada momento del día, siguiendo lo que iremos indicando en los Ejercicios, como parte, como orientación. Con fidelidad siempre.

¿Cuáles van a ser las características de nuestros Ejercicios? Van a ser una verdadera integración del hombre espiritual. Vamos a ir ponderando todos los principios, viviendo con el Señor y realizando lo que debe ser. El hombre espiritual, la persona espiritual debe ser una persona de luz divina en la inteligencia, de amor divino en el corazón, de decisión divina en la voluntad y en el comportamiento de su vida. Esto debe ser. Vamos a procurar esto: iluminar la mente, inflamar el corazón y confirmar la voluntad. Esto será. Pero, por lo tanto, en el entendimiento serán los Ejercicios de fe… fe… No vamos a hacer grandes elucubraciones teológicas, que nos sirven, quizás, para otras cosas. Pero Señor, ¿está el Evangelio? Pues vamos al Evangelio. ¿Lo ha dicho el Señor? El Señor qué pocas elucubraciones teológicas hacía, ¿verdad? Pocas… Bien sencillo: "Vete, y haz lo mismo". Ahí está la teología. Sencillo… Fe… fe… Que perdemos la fe a fuerza de discurrir, muchas veces, y creemos que raciocinamos mucho… somos inteligencias luminosas… Y vamos perdiendo toda la riqueza de la fe, sencilla, dócil a Dios. Pues van a ser los Ejercicios así: sencillos… docilidad a Dios, luz de fe… fe. Es pura fe, caminar hacia Dios. Creyéndole siempre, sabiendo que es verdad, que es el verdadero valor de las cosas, es el que nos da la fe, y nosotros lo aceptamos. ¿La fe me ha dicho esto? Lo acepto. Si me dice que un acto de puro amor hace más por la Iglesia que todas las obras exteriores juntas sin ese amor, pues creerlo… Es así… Es verdad, es verdad; aun cuando me parezca a mí que todo el porvenir del mundo actual está en correr mucho. Está en amar mucho. Corriendo o parados, como el Señor quiera; pero en fuerza del amor, no en fuerza del motor. Y lo mismo en lo demás; y en la reparación, y en el valor de la cruz, y de la mortificación… Que no nos entra… Con ojos humanos es absurdo. Y si yo para decir que hay que llevar la cruz tengo que empezar a hacerle argumentos, pues le diré lo mismo que decía Cristo: "Si uno no toma su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo". Ahí está claro, claro. La luz de la fe, luz en la fe.

En la voluntad, van a ser Ejercicios de gracia; más que de fuerzas nerviosas, gracia, gracia del Señor abundante… gracia. Gracia extraordinaria del Sagrado Corazón que se va a volcar en los Ejercicios, con seguridad.

Y en el afecto, en el corazón, van a ser Ejercicios del don de Sabiduría: Conocimiento **íntimo** de Jesucristo, conocimiento íntimo de las verdades superiores, conocimiento íntimo del Señor, que es **bueno.** ***Videte et gustate quia bonus est Dominus.*** "Venid y gustad cuán bueno es el Señor". Gustadlo… Ese resabor interno del Espíritu Santo, que es el que nos da energía y nos da fuerza y nos da docilidad y sumisión, porque es todo esa especie de instinto que nos pone de acuerdo con Él. Eso van a ser. En la voluntad, don de Sabiduría: gustar al Señor.

Lo demás, el director aparente es lo que queda en último lugar. Porque como va a ser Él el que va a actuar… el director aparente, poco puede hacer. Lo único que puede hacer es estar a disposición. Ser siervo de los siervos de Dios. Lo interesante para el Director espiritual es ayudar al alma a **vivir** este contacto íntimo con Dios; nada más, nada más. Ese es el oficio del Director de Ejercicios: iluminar, quitar impedimentos, ayudar al alma en sus estados interiores para hacerse luz, para corresponder con fidelidad, de modo que pueda operar más libremente y más directamente el Criador con su criatura y la criatura con el Criador a solas. El director les ayuda en nombre de la Iglesia, para que realicen este contacto íntimo de amor.

PRINCIPIO Y FUNDAMENTO

Hoy hablamos muy frecuentemente de una crisis religiosa en el mundo, en la vida religiosa misma, en la vida de Comunidad, en la consagración a Dios, en el apostolado. Se habla mucho de los valores religiosos, morales, humanos… Y tenemos una tendencia a interesarnos por todo. Tendencia que es buena, y puede ser sana; pero en general, hay más tendencia en nosotros, hoy día, hacia el ecumenismo que al matiz del catolicismo.

Ecumenismo, en su idea misma, significa "extensión universal". La "Ecumene" es la tierra habitada. Y el ecumenismo significaría extender la religión a toda la tierra habitada: que todos entren en la Iglesia, que se realice la unión de todos.

Catolicismo significa en su concepto, por su palabra misma, "catolon", "en cuanto a todo". De modo que no es sólo en el aspecto universal, sino en el aspecto de profundidad individual; que coja todas las partes, todos los elementos de cada uno, y al mismo tiempo toda la extensión universal.

Pues bien, en ese interés nuestro por todo, por lo universal, a veces perdemos en profundidad; y no raras veces el mero hecho de interesarse por todo, suele ser un modo de no interesarse por que uno tiene más cerca de sí. Es, primero, uno mismo, y en segundo lugar, las obras, los trabajos que uno tiene alrededor de sí, de los cuales uno debe responder. Y así, hay gente que resuelve todos los problemas sociales de todo el mundo, menos del pueblo en que vive; todos los demás es capaz de resolverlos. Esto sería un modo **fatal** de enfocar nuestra vida espiritual.

Ya santa Teresa lo decía en las moradas primeras, capítulo II: "Pone a otra un celo de la perfección muy grande; esto muy bueno es; mas podría venir de aquí, que cualquier faltita de las hermanas le pareciese una gran quiebra, y un cuidado de mirar si las hacen, y acudir a la priora. Y aun a las veces podría ser no ver las suyas, por el gran celo que tiene de la religión. Cada uno se mire a sí. Dejémonos de celos indiscretos, que nos pueden hacer mucho daño".

Pues esto puede aplicarse mucho también hoy día. No es que vamos a dar en los Ejercicios métodos de apostolado; no vamos a dar ninguno. Pero vamos a procurar ir a la sustancia, a lo formal, a nuestra dependencia de Dios en cualquier actividad. Que ustedes tengan después que dedicarse a cualquier actividad, la más variada y la más extraña, eso es cuestión de la vocación de cada una, del destino que le den a cada una; pero que en cualquier actividad procedan como Dios quiere. Esto es lo importante, y esto es lo que nosotros vamos a procurar particularmente. Y no es tan fácil esto en nuestra propia vida. No sólo en esa crisis religiosa del mundo, de que hablamos todos: la juventud de hoy, las chicas de hoy, cómo se les entiende, como se les trata, esa crisis… no sólo fuera, sino en nuestra propia vida. Muchas veces ni nos entendemos a nosotros mismos, ni sabemos qué hacer en concreto. ¡Cuántas veces! ¿Cómo procedo yo aquí, en estas circunstancias? ¿Qué criterio sigo? Y ahí tenemos una vida que nos resulta complicada.

Mirad; la vida cristiana, la vida religiosa, no es complicada en absoluto. Es sencillísima. No digo que sea fácil; digo que es sencillísima. Precisamente, la dificultad está en la sencillez. Porque ¡es tan sencilla…! Es darse a Dios. No hay más. Sin reservas. Y es sencilla… Tan sencilla, que, como no tenemos excusas de no hacerla, la complicamos, y entonces ya nos excusamos: Claro, no es tan fácil… porque hay tantas cosas que ver… hay tantos problemas… hay tantos valores… En fin, que uno no llega a darlo todo, y se queda contento porque va resolviendo los problemas que se presentan poco a poco.

Se nos presentan así, como vida complicada: **La personalidad…** que hay que atender mucho a la personalidad… **Los valores terrestres…** tan descuidados por la ascética tradicional que nunca ha entendido, influida por un cierto maniqueísmo; nunca ha entendido; siempre ha ido por el camino de la mortificación… cuestiones de la Edad Media… **Humanismo,** naturalmente; hay que hacerse amables a todos, a todos… como Jesucristo: amables…

Junto a esto, hay alguna vez alguien que habla –Juan XXIII- de austeridad, de penitencia para el Concilio. Nadie comenta eso. Eso… pues un salto atávico del Papa, que era tan abierto y tan

amable… Aquello: "Penitencia para el Concilio…" esa Encíclica se deja pasar, no correponde tanto.

Medios modernos de apostolado. ¡Ah, eso sí! Todos los medios modernos, enseguida: televisión, cine, radio, excursiones… Todos los medios modernos. ¿Es que no hay que emplearlos? Claro que hay que emplearlos. Si no hubiese que emplearlos, la solución sería muy sencilla. Pero… ¿y la **"oportet facere et haec non omitere"**? Y por otro lado, tenemos clarísimo que sin penitencia y sin oración y sin sacrificio no hay redención de las almas. Eso no tiene vuelta de hoja. Y entonces, ante estas cosas, dice una: Bueno, y ¿cómo actúa una religiosa de hoy, de hoy, de hoy? Porque nosotras queremos ser religiosas 1963. Y no de enero del 63, sino de julio y agosto del 63…

Se suele resolver esto muy fácil; una solución que parece muy fácil: **Lo que Jesucristo hubiera hecho hoy,** eso tenemos que hacer nosotras; o lo que vuestra fundadora hubiera hecho hoy. Pues bien; permitidme que os diga que esto no resuelve nada: **lo que Jesucristo hubiera hecho hoy.** Porque todos decimos que Jesucristo hubiera hecho lo que hacemos nosotros. Y es lógico, porque nadie tendría el valor de hacer algo, si no creyese, o si no dijese, al menos, que piensa que Jesucristo haría lo mismo; si no, tendría que dejar de hacerlo.

Me parece que nos podríamos fiar de una persona que procediese de esta manera: "Lo que Jesucristo haría hoy", nos fiaríamos de su criterio, si esta persona sinceramente nos asegurase –pero con sinceridad-, que ella en tiempo de Jesucristo hubiese hecho lo que hubiese hecho Jesucristo. Así ya me fiaría más: En aquel tiempo, yo me hubiese ido a vivir a Nazaret en lugar de vivir en Roma; en lugar de fundar una academia en Atenas, me hubiese ido a Nazaret a estar 30 años trabajando en una carpintería. Si realmente me lo dijese así, de verdad de verdad, pues puede ser que le creyese, y que lo que ella piensa ahora es lo que Jesucristo haría ahora. Pero si nosotros no pensamos hacer, cuando estaba Jesucristo, lo que Él hizo, quiere decir que no tenemos el criterio de Cristo.

De modo que, "lo que Jesucristo haría hoy" no nos resuelve la cuestión; no vale nada eso. Eso me dice sólo lo que usted piensa hoy; nada más. En este sentido es difícil orientarse en nuestra vida de hoy; es difícil. Y es lo que se nota: una desorientación general. Se dan golpes de diego por un lado y por otro. Es muy difícil. Y más en la raíz. Porque, no se trata de si se hace una pequeña acción aquí… si se cambia la toca, o cosas de esas… Eso no es la raíz… Si el arreglo de las mojas fuese cuestión de hábitos, eso lo arreglaban los sastres en poco tiempo en todas las monjas. ¡Que no está ahí! Eso es muy secundario, es muy material, es un elemento muy material; tengan o no tengan. "El hábito no hace al monje", decían los antiguos. Hay que ir a la raíz, que nuestro **modo de vida.** Ahí está: nuestro **modo** de vida, nuestro **nivel** de vida, nuestro **tono** de vida. Este es el punto importante. Porque, aun siendo ya religiosas –como siendo sacerdotes, lo mismo-, se nos presentan muchas posibilidades de ser religiosas; muchas. Se puede ser religiosa **así** y **asao;** de muchas maneras. Y aquí está lo radical. ¿Qué espera el mundo de las religiosas de hoy? Y ¿qué nos importa a nosotros lo que espera el mundo de las religiosas de hoy? Como si el mundo tuviese criterio para saber lo que debe ser la religiosa de hoy… Si Jesucristo hubiese seguido este criterio: lo que esperaba Israel del Mesías… estaríamos buenos ahora. No, no importa nada. Porque el criterio de nuestra vida religiosa no lo va a dar el mundo, y no lo debe dar.

San Ignacio solía decir algunas veces al P. Nadal, que le preguntaba cómo avanzaría en la santidad. Le respondió Ignacio: "P. Nadal, mirad lo que hace el mundo, y haced vos todo lo contrario, y llegaréis derecho a la santidad". ¿Esto quiere decir que nosotros vamos a hacer lo contrario? Tampoco. Pero digo que no es criterio. No nos interesa lo que el mundo quiere de las religiosas. Lo que nos interesa es: lo que Jesucristo quiere de las religiosas, y de esta religiosa, que eres tú, en el mundo de hoy. Eso sí. Pero lo que Jesucristo quiere, no lo que el mundo quiere; lo que Jesucristo quiere de ti en el mundo de hoy, en la realidad de hoy; esto sí.

Ahora bien; ¿Cómo ha de ser la religiosa de hoy según la mente de Cristo? Este es el punto difícil. Aquí es donde tenemos que orientarnos. Y fácilmente, cuando tocamos estos problemas y leemos revistas que se escriben por todas partes, fácilmente perdemos de vista el aspecto **sobrenatural:** ver las cosas con los ojos de Dios. Qué piensa Dios de esto. Lo que piensa Jesucristo de las cosas: de la educación, de la formación, de la vida personal de santidad, de la vida de austeridad, del apostolado… lo que piensa Jesucristo. Cuál es el sentido de mi vida. Y aquí sí que

suele haber poca sinceridad. ¿Cuál es el sentido de mi vida? Si pudiera empezar ahora mi vida ¿qué haría yo ahora para llevarla sanamente? Pues bien; para esto vamos a considerar –pero no considerar solo; decíamos que los Ejercicios no son pensar, sino vamos a realizar vitalmente- el Principio y Fundamento. Volvamos allá. Verdades sólidas, reveladas, sobrenaturales, que vamos a ver en espíritu de fe sobrenatural. No con sola razón. No imaginar que el principio y fundamento es: prescindiendo de la fe, ahora venimos a la razón filosófica; nada de eso. Estamos en el orden sobrenatural. Con fe; lo que nos dice la fe del sentido de nuestra vida; y así, establecer la verdadera jerarquía de los valores a la luz de la fe.

El texto del Principio y Fundamento lo conocéis. Lo vamos a meditar todo el día. Lo presentaremos, quizás, con otras palabras, pero en su sentido **íntimo** de fe sobrenatural.

¿Qué es el Principio y Fundamento?

Primero os voy a dar una visión general de todo el Principio y Fundamento, y después nos detendremos un poco en el comienzo: en el "ser criado".

El Principio y Fundamento.- San Ignacio no hace mucha insistencia en esas palabras: "es criado", de la creación; no. Lo que se pretende es esto ya: El principio y fundamento de cualquier modo nuestro de actuar, tiene que ser **caer en la cuenta** de que nosotros estamos sobre la tierra: cada uno, no la humanidad, sino el hombre, singular, concreto, es criado. Es decir, el sentido de su vida: por qué está aquí. "Es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor en esta vida". Lo dice muy bien el catecismo de Astete: "El hombre ha sido creado para servirle en esta vida y después gozarle en la eterna". De modo que, eso de alabar, hacer reverencia, no es lo que va a pasar allí, el la otra vida, sino ya **ahora**. "El hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir".

San Ignacio emplea estas palabras sinónimas; unas veces dice "para servicio y alabanza"; otras dice: "para alabanza y gloria", etc.; cambia un poco, pero más o menos es lo mismo, significan lo mismo: "El hombre ha sido creado para servir a Dios". Pondremos nosotros de una manera más concreta; conforme, muy conforme a San Ignacio.

El hombre ha sido creado –de modo que tú has sido creada, puesta en esta vida- para **agradar** a Jesucristo; para eso: para **agradar** a Jesucristo. Y así, agradando a Jesucristo, obtener la plena felicidad de tu alma, la plena salud, el pleno bienestar de tu alma en esta vida; no sólo en la otra; en esta vida. Este es el principio y fundamento. Estamos hechos para esto: para agradar a Jesucristo, y así, ser felices ya en esta vida; con dolores o sin dolores…; agradando a Jesucristo, ser felices. Y todo lo demás –esta es la luz de la fe- todo lo demás, se nos ha dado **para agradar** a Jesucristo. Nada más. -¿El apostolado? También… también. Por eso, el Apóstol San Pablo empieza siempre: "Siervo de Cristo, servidor de Cristo en mi apostolado"; "a quien sirvo en mi apostolado", dice san Pablo; en mi apostolado mismo agrado a Él. De modo que todo lo demás, para que nos ayude a agradar a Cristo.

Esta es la luz de la fe en la **inteligencia.** Así es. El sentido de mi vida es agradar a Cristo, y así ser feliz. Y todo lo demás, para que me ayude a agradar a Cristo, y así ser feliz.

Consecuencia en la voluntad: Por tanto, tengo que emplear las cosas y a mí mismo, en cuanto me ayuden a agradar a Cristo; nada más. Tanto cuanto me ayuden…

Tercera consecuencia: En el **corazón,** en la afectividad. Decíamos que eso es la integración personal total: entendimiento, voluntad y afecto. Afecto proporcionado; no sentimentalismos. Pues bien; consecuencia en el afecto. Por tanto, tengo que ser indiferente para todo lo creado… Indiferente ¿quiere decir que tengo que ser apático? ¡No! Tengo que enamorarme de Cristo de tal manera, que todo lo demás no me importe nada; con tal de agradar a Cristo. Entonces emplearé todas las cosas según lo que es el ideal de la fe sobrenatural.

Este es el principio y fundamento. Bien sencillo: una verdad de fe, una consecuencia de la voluntad y una consecuencia de afectividad. El hombre ha sido creado para agradar a Cristo… y

todo para que le ayude a agradar a Cristo… Luego tiene que emplearlo así… Luego tiene que hacerse indiferente a todo lo creado en fuerza de su grande amor a Cristo.

Aquí tenemos todo. Este es el principio y fundamento: juicio estimativo de la fe, firmeza de voluntad y proporción en la afectividad.

Vamos a detenernos ahora con sabor espiritual en la primera parte. Vamos a quedarnos en este "el hombre es creado", que como digo no tiene ese sentido de creación, pero a pesar de esto nos podemos detener con fruto, en cuanto que vamos a ver que nos tenemos que apoyar en solo Dios. Y esto es muy buena base. El peligro nuestro es apoyarnos en nosotros o en las cosas. No. El hombre es criatura; por lo tanto, tiene que apoyarse en solo Dios. Y el punto de partida de toda nuestra vida tiene que ser el formarnos una idea justa de lo que es Dios: Padre… amabilísimo… que es **todo** para nosotros. "Dios mío y todas mis cosas".

Y hay peligro en esto. Partiendo de esto mismo, cuántas veces en el apostolado moderno, el valor Dios queda muy en segundo lugar. Lo importante es remediar las miserias humanas. Eso nos da mucha pena… cómo vive tanta gente… tantas familias… -Pero, oiga: ¿y ofenden a Dios? –Oh, eso después; lo primero es que se arregle esto, porque aquí lo que nos da pena es lo material. -¿Y Dios? –Ah! ¿Y los derechos del obrero…? –Natural; los tiene, y hay que dárselos todos, muy verdad… -¿Y los derechos de Dios? ¿Quién sale por ellos? ¡Nadie! –Tenemos que tener a San Miguel como el gran patrono de esto; San Miguel que lanzó el grito: "¿Quién como Dios? Y salvemos los derechos de Dios, y sintamos dolor íntimo del modo como vienen conculcados los derechos de Dios, sin que nadie hable de ellos. Tiene derechos sobre nosotros. **Es el primer valor.** No que la gente viva feliz. No es el primer valor; sino, "buscad primero el reino de Dios y su justicia; todo lo demás se os dará por añadidura. –Parece que lo dice el Evangelio…

El principio de toda virtud, digo, es: tener un conocimiento justo de Dios. Lo decía en el Tratado de **"Recta in Deum FIDE"** un autor del siglo II: "El fundamento y firmamento –firmeza de todas las virtudes-, me parece que es sentir y creer dignamente de Dios". Y es justo. Y es verdad que muchas veces Dios no ocupa en nuestra vida el lugar que le corresponde, aun como religiosos. No… Dios se porta como Dios con quien le considera Dios; y lo demás no. A quien le considera como un mero suplemento, después de todo lo demás… Cuando una persona dice: ¿Qué tal va ese asunto? -¡Ah! Está en las manos de Dios. -¡¡Ay!! De ordinario quiere decir que ha agotado todos los recursos, y que ha recurrido ya a las manos de Dios. Y ¿Por qué no ido desde el principio a las manos de Dios? –Pues muchas veces, Dios es el suplemento que queda allí detrás… para las causas perdidas. Lo que no podemos hacer nosotros, se lo dejamos a Dios. –Pues no. Pensar justamente de Dios, creer en Él de veras: que Dios existe, que es nuestro Padre, que nos ama, que Jesucristo nos quiere… de veras… Que hay pocos que crean de veras en Dios… -Una vez me decía un seglar con mucha admiración, de un sacerdote, de un padre: "¡¡¡Oh!!! Qué Padre ése. Ése es de los pocos que ha visto que creen en Dios; creen en Dios" Sólo eso le causaba admiración: que creía en Dios.

Pues bien; partamos de aquí. Nosotros dependemos de ese Dios, Padre, grandísimo, infinito, inmenso. Y como esencia nuestra –fijaos… partamos de puntos sólidos-, mi esencia íntima no es la de ser profesor. ¿Por qué? Porque me pueden quitar mañana… y ya no soy profesor, y no he perdido mi esencia… Ni la de ser predicador, o la de ser –para ti- organizador de esto o de lo otro, o enseñarte de esto o de lo otro… Todo eso no es tu esencia; todo eso te lo puede quitar una criatura, y naturalmente, Dios mismo; no es tu esencia. No decimos que la esencia del hombre es una rica personalidad psicológica… No siempre es ésa su esencia. Que es portador de valores eternos… Lo es ciertamente; pero no ponernos esto como esencia así, porque estas cosas fácilmente nos pueden llevar a una actitud de soberbia: "yo soy portador de valores eternos… yo soy una personalidad que usted debe respetar…" Lo **íntimo** nuestro, lo verdaderamente íntimo nuestro, nuestra dignidad esencia es: **ser criaturas de Dios.** Ahí está. Y eso no lo dejamos **nunca**, ni lo dejaremos **jamás.** Te quitarán de cualquier sitio donde tú puedas trabajar; ¡muy bien! Nunca nadie te quitará el ser criatura de Dios, y seguirás siéndolo siempre: criatura de Dios. Ahora, nuestra dignidad, ser criaturas de Dios, supone de nuestra parte una dependencia total de Dios como criaturas… criaturas… Él puede hacer de mí lo que quiera en sus designios divinos.

Pero no sólo soy criatura de Dios, diríamos, de una manera así, lanzada por Dios, dejada ahí… no; criatura de Dios que depende de Dios con lazos de hijo… hijo… como hijo de Dios. Mi apoyo, mi esencia está aquí, está aquí.

¿Es verdad que es Padre mío Dios? Sí, sí. Él ha creado mi alma. Y notad bien que Dios no crea las almas en serie. Dios crea las almas, a cada uno la suya, y hecha para esta persona, concretamente para ti, sabiendo lo que pretendía. Y la ha hecho con amor; para ti. Dios no tiene fábricas en serie; no hay nadie en serie para Dios. Existe el alma concreta, creada por Él directamente; salida de las manos de Dios.

Por otro lado, nuestro cuerpo también depende de Dios. Es verdad que nuestro cuerpo nos lo han dado nuestros padres como instrumentos de Dios; pero fijaos que la acción de los padres es tan reducida… Nuestros padres fueron los primeros que no sabían siquiera cómo seríamos nosotros; y los primeros que tenían interés y curiosidad por ver qué sería de nosotros: si seríamos perfectos en el cuerpo o no, si tendríamos algún defecto o no. ¡Mira qué causa nuestra! Nuestros padres… ¡qué causa tan ciega! Dependías todo de Dios. El que sí sabía todas tus cualidades físicas, todas ellas, es Dios mismo. Ese sí… ése sí. Sabía todo: cómo iba a ser todo tu cuerpo, todo… tu alma y tu cuerpo también… porque sabía para qué te quería; sabía bien la función que te iba a dar en el mundo… Por eso tenemos que sacar como una primera conclusión ésta: no quejarnos nunca de nuestro cuerpo ni de nuestra alma; nunca, nunca. Porque nuestro cuerpo y nuestra alma, como el Señor nos lo ha dado para una función, son excelentes para esa función; y cuando nosotros nos quejamos de nuestro cuerpo y de nuestra alma, suele ser porque no queremos aceptar esa función. Pero son excelentes para lo que el Señor quería de nosotros. No quejarnos nunca… Si nos tenemos que quejar, es de nosotros, en cuanto que no aceptamos nuestra misión; pero para la misión que tenemos, es lo mejor que nos podía dar Él. Aceptarlo siempre. Y no quejarnos nunca de nuestro cuerpo ni de nuestra alma.

Consecuencia de este ser criatura de Dios.- Dios nos sostiene en el ser en cada momento. Nosotros dependemos de Dios, y no dependemos de nadie más que de Dios. Y esto, en el Señor, es un punto que Él sostiene y defiende con celo, diríamos. No quiere que seamos de ningún otro… sólo de Dios. Es nuestra **dignidad**. De modo que no dependo de ninguna criatura, de ninguna; de ninguna persona ni de ninguna cosa. –Y ahí están los mártires que han demostrado con su sangre, que dependen sólo de Dios aunque les quiten la vida… sólo de Dios, sólo de Dios. Y aun siendo tan humildes, tan dóciles a la voluntad de Dios, a su ley, son capaces de enfrentarse con cualquier tirano; sin miedo… porque ellos son de Dios, y sólo de Dios. –Así tenemos que mantenernos siempre; y esto, el Señor lo quiere.

Orígenes, comentando un pasaje del Antiguo Testamento, en el que se dice: "Maldito el que pende, el que está colgado del leño". Maledictus qui pendet ad ligno, dice él: "Mira si quizás esto debería interpretarse también según lo que dice Jeremías: "Maldito el hombre que pone la esperanza en el hombre"; porque tenemos que poner la esperanza en sólo Dios, y no en ninguna criatura, aunque esta criatura sea un ángel del Paraíso. Sólo Dios". –Aquí tenemos un gran principio para todo lo que tendremos después. Dependemos de sólo Dios, de sólo Dios.

Pidamos gracia para sentir esto: Yo dependo de solo Dios, de solo Jesucristo. Eso que se dice en Filosofía: ens ab alio "ente que depende de otro"; ese otro es Cristo. Yo soy, por mi naturaleza, por mi esencia, dependencia de Dios, dependencia de Cristo.

Consecuencia práctica.- Yo no dependo de ninguna criatura… ni dependo de la sonrisa de ésta… ni del morrito de la otra… Yo no dependo… ¿Que se va a enfadar? Ya se le pasará, Dios mediante; y si no, peor para ella… -No dependo de mi comodidad… "Maldito el hombre que pone la esperanza en el hombre" Y podríamos decir: "Maldito el hombre que pone la esperanza en la radio… Maldito el hombre que pone la esperanza en las revistas que va a publicar… Que pone la esperanza en la televisión… Que pone la esperanza en los medios modernos de apostolado… Maldito el hombre que pone la esperanza en los medios antiguos de apostolado… también, lo mismo… Maldito el hombre que pone la esperanza en las costumbres que ha tenido hasta

entonces… Maldito el hombre que pone la esperanza en lo moderno que está saliendo ahora… Maldito el hombre que pone la esperanza en los apuntes… Maldito el hombre que pone la esperanza en el registrador, en el magnetófono… como si toda la santidad estuviese en una cinta… No tenemos que poner la esperanza en nada de eso; en solo Dios. Sólo Dios. Sólo Dios. –Entonces, ¿no hay que hacer nada de lo otro? –No he dicho nada de eso. "El que pone la esperanza"; porque tenemos que depender solo de Dios, sólo Dios; en todo, en todo.

Así era San Ignacio. San Ignacio, esto lo decía de verdad, y lo hacía de verdad. Y esto es vida teologal, esto. No, hacer muchos actos de fe, esperanza y caridad durante el día… "El justo **vive** de la fe", **vive**; no, actos de fe de vez en cuando… Esto no es difícil… sino, vive de la fe. –Y así era San Ignacio. Comprendió muy pronto, con la luz que el Señor le dio, que aquí estaba todo: en apoyarse en sólo Dios. Y se determinó que él se apoyaba en sólo Dios. Y cuando tuvo que salir hacia Palestina, estaba con escrúpulos de conciencia de si tenía que llevar algún dinero para el viaje o no; y no quería llevar nada, ni una blanca. Y… tenía ciertas angustias, y fue al confesor. Le dijo el confesor que llevase unas blancas. Y… recibió en limosna… y las iba a llevar… y después las dejó en un banco en una playa, porque le parecía que era ofender al Señor no tener la esperanza en Él… Y le dijeron que se llevase un compañero, porque no sabía italiano, ni latín, ni nada para ir a Roma y a Palestina… Y dijo que aunque le diesen por compañero al hijo del conde de Cardona, que no lo aceptaba, porque él quería tener su fe, esperanza y amor en sólo Jesucristo. Y si llevaba un compañero, pues tendría esperanza de que si caía le levantaría el otro, y que si se ponía enfermo le curaría; y esa fe, esperanza y afición la quería tener so sólo Cristo. Porque si alguna vez le hubiese ayudado, pues sentiría reconocimiento –que era un corazón muy noble- y se apegaría a él; y él quería fe, esperanza y caridad en sólo Jesucristo. –Eso es tomarlo en serio. Sólo dios. Criatura de Dios… hijo de Dios…

Pues bien; mi esencia es: depender, creer, esperar, amar a solo Dios. Tener fe, esperanza y afición en solo Dios, y llevar conmigo todas las consecuencias de esto. Emplearé todos los medios con tal que no me quiten la confianza. Un apóstol que tiene fe, esperanza y amor en solo Dios, empleará lo que tenga que emplear, pero no se detendrá en eso, y después le dará un puntapié y no estará anunciando: es que, gracias a estos medios que he empleado… Usará todo sin apoyarse en nada; en sólo Dios.

Que esto nos entre muy dentro… De solo Dios dependemos. Penetrar un poco en el gustar esta dependencia de solo Dios, entrando en el sentimiento interno, auténtico de cómo dependo de Dios. Dependo totalmente de Dios, como un barco del agua, sostenido en el agua; si no hubiese agua… a tierra. –Más: como una imagen depende de mi imaginación. Si yo me pongo a imaginar ahora la cúpula de San Pedro, la veo, la tengo en la imaginación. Si ahora no pienso, ya no la tengo, porque no pienso en ella. No me la imagino. –Así dependo yo de Dios. No que soy una imagen de la imaginación divina; soy un ser creado, pero dependo de Dios, como una imagen de mi imaginación. Basta que el Señor no pensase en mí, y yo no existiría; no sólo muerto, sino que no existiría, volvería a la nada. Y cuanta más entidad tengo en mí, más dependo. Un granito de arena depende todo de Dios, pero tiene poca entidad. Un animal depende más de Dios; tiene más entidad. Un hombre que tiene la razón, tiene más dependencia de Dios; tiene más entidad. Y la gracia santificante es la dependencia plena, la más perfecta. El alma en gracia es como el alma sostenida por los brazos de Dios, a la que Dios besa. No sólo está sostenida –todas las almas están sostenidas- pero el alma en gracia está como en el abrazo de Dios; la tiene contra su Corazón por la gracia santificante.

Me decía una vez un alma, que tenía ciertas dudas, que no veía el beneficio de la creación. Y ella le decía al Señor: "¿Por qué me habéis creado, Señor?" Y el Señor, dice, que le hizo sentir como un beso suyo en la frente que le duró algunos días, y oyó esta palabra: "Si Yo no te hubiera creado, ¿para quién sería este beso?"

Y es verdad. La realidad es ésta: que Dios te ha creado para darte su beso de amor. Y la gracia santificante es ya un abrazo de Dios al alma, que puede subir muchísimo, porque hay abrazos y abrazos.

Dependo todo de Dios, con relación total, sí, pero de paternidad amorosa. ¡Para quién sería este beso! De la mente de Dios dependo como posible, pero del corazón, de la voluntad de Dios, dependo como existente. Me amó, y por eso me creó. Me amó sin causa precedente; no había motivo especial que le moviera a Él a esto. Me amó porque quiso, por un exceso de su amor. Me amó así: como cuando tú tienes que escoger entre dos sillas, por ejemplo, exactamente iguales, exactamente. No hay ninguna diferencia. La persona que escoge en estas condiciones no está determinada por la silla, sino que ella pone la bondad en la silla: ¡Ésta! La he escogido porque he querido; no había razón especial en ella, pero ahora me muevo yo; tengo la bondad en esa silla y mi preferencia en ella, y ahora la prefiero. Así se mueve Dios también en cualquier orden de creación.

Ser creado por Dios significa por consiguiente –que lo sientas esto internamente- estar sostenido en el ser por el latido del Corazón de Dios. Eso es ser criatura de Dios. Cada momento de tu ser es un latido de Corazón de Dios que te ama… que te ama, que te mantiene en el ser. Cada minuto de tu ser procede de Dios, y procede conscientemente de Dios. Y esto no te lo ha dado así para siempre, no. Te va dando el ser gota a gota, y cada momento es un latido del corazón de Dios. Así como cuando tomo el pulso, cada latido de pulso es un latido del corazón, pues algo así; cada momento de mi ser, es un latido del Corazón de Dios, que me lo da gota a gota.

Que yo sienta esto internamente, y que esto sea la base de todo lo que después trataremos de realizar sobre nuestra posición apostólica, nuestra posición de santidad. La base –partamos de aquí-, la verdadera base es que somos criaturas de Dios; por lo tanto, tenemos que depender sólo de Dios. Pero recordemos: **con dependencia de paternidad amorosa.** “Si no te hubiese creado, ¿para quién sería este beso?”.

FIN DEL HOMBRE

Vamos a procurar saborear las meditaciones que vamos haciendo, en los ratos libres, etc., en lugar de ocuparnos con leer muchas cosas. Es mejor, en general, saborear suavemente las ideas que vamos exponiendo, haciéndolas que se realicen en nosotros, y así subir bien cada uno de los escalones de los Ejercicios.

Hemos dicho que el Señor nos ha dado el cuerpo y el alma con todas las cualidades para una misión. De modo que tengo una misión que cumplir en este mundo. Una misión que me ha confiado Jesucristo, y que será lo que Él me pregunte el día del Juicio: ¿Has cumplido la misión que te he encomendado?

Si me siento, pues, dependiente de Jesucristo en cada momento del día y en todos los lugares por los cuales yo puedo pasar; si es que Él me ha dado todas las cualidades que yo tengo, me las ha dado para esa misión que cumplir. Yo puedo emplearlas también para otras cosas… Tengo muchas posibilidades… Pero Él tenía ante los ojos una misión personal mía, una misión que cumplir. ¿Cuál es, pues, el sentido de mi vida?

Hemos dicho –y podemos repetirlo ahora, lo debemos decir- que yo no estoy en este mundo, no he recibido la vida que yo tengo, para ser, -precisamente y meramente- para ser un buen profesor, por ejemplo. No. Puede ser que no… Puede ser que dentro de los planes divinos no sea ése mi fin, la misión última que yo voy a realizar. Ni para ser un buen organizador… Tampoco… Puede ser que no… Puede ser que el día que tengo que organizar algo, pues resulte un pequeño fracaso… es posible también. Ni siquiera para desarrollar mis cualidades… -y en esto voy a insistir, porque como estos criterios cunden… -Yo no estoy para desarrollar mis cualidades. No puedo poner esto como <u>segura</u> misión mía.

En primer lugar, había que preguntar muchas veces –que hoy tantas veces decimos: tengo que desarrollar mis cualidades- podríamos preguntar: ¿de qué cualidades habla usted, de las que tiene, o de las que cree <u>tener</u>? Porque, generalmente, todos creemos tener una gran cantidad de cualidades para todas las cosas. Y no siempre es el mismo juicio de los que están alrededor de nosotros. Pero aun cuando tuviese verdaderamente ciertas cualidades y tuviese posibilidad de desarrollarlas, no se puede decir que yo he nacido para desarrollar mis cualidades. En primer lugar porque, si tienes tantas cualidades como parece que dices que tienes, todas no las puedes desarrollar. Tendrás que escoge entre ellas…: tu posibilidad de estudiar letras… o de estudiar música… Todo a la vez es muy difícil que puedas hacerlo. Tiene uno que escoger esas cualidades. Y en segundo lugar, porque el Señor, que es dueño de nuestra vida, y puede tomar nuestra vida en cualquier momento, y puede pedir el sacrificio de una vida joven –indudablemente-, puede también pedir el sacrificio de ciertas cualidades que tiene a una persona concreta. Esto no suele ser nada raro. Se encuentra uno a veces, entre los que tienen que ayudar a las almas, que dicen: Esta persona tiene muchas cualidades de trato social; es muy simpática, muy amable. Por lo tanto tiene que quedarse en el mundo; es para la vida del mundo, porque todas esas cualidades tiene que desarrollarlas, y no puede entrar en la Trapa. ¡Ah, de modo que para usted a la Trapa van las tontas, las que no valen para otra cosa! A la Trapa con ellas. Eso es. A los trapos, a los trapos… los trapos viejos. Pues no señor; eso no es verdad. El Señor pide muchas veces el sacrificio de las mejores cualidades de una persona. Y si el Señor las pide, no es que yo tengo, por encima de todo, que desarrollar mis cualidades. No. Si pide el sacrificio de una cualidad, hay que ofrecerlo; por lo tanto, no puedo tomar como norma. Y no puedo decir absolutamente: Yo estoy en este mundo para desarrollar mis cualidades. No es verdad. Y menos en la vida religiosa. Más voy a deciros: **ni siquiera para salvar almas.** Todos, de hecho, salvamos almas, porque lo esencial del cristianismo es que sea cooperador de cristo en la edificación del Cuerpo Místico; todos. La persona que está retirada en un convento, está salvando almas. Pero cuando digo que no estamos hechos ni siquiera para salvar almas, me refiero, para salvar esas almas con las cuales estamos en contacto, y de las cuales decimos: yo tengo que salvar esta alma, o ésta, o ésta. No estamos ni siquiera para eso.

Nosotros no somos la Providencia, y no sabemos si Dios quiere salvar a esa alma **por nuestra acción directa.** Puede ser que no… -Pero es que yo le hago tanto bien… -Si no es voluntad que sea usted la que salva a esa alma, pues no tenga reparo en dejarlo, si le dicen que lo deje. Y cuántas veces pueden venir de aquí las crisis: es que no me dejan a mí ayudar a esa alma concreta que tiene tanta necesidad… y la caridad está por encima de todo. No señor. Esto no es cierto; no tengo ninguna seguridad de que soy yo la persona que tiene que salvar a esa alma concreta. Por lo tanto, fiarnos de la Providencia…

Y menos todavía estamos para santificar los valores terrestres; menos digo, como fin. Hay gente en este mundo que tiene que santificar los valores terrestres; pero nosotros no podemos decir sin más: el hombre está sobre la tierra para santificar los valores terrestres, al menos si se entiende el santificar como se entiende hoy día muy frecuentemente, santificarlo por el uso y el goce. ¿Hay un coche nuevo? Vamos a santificarlo; a montarnos encima, a comprarlo para santificarlo; porque así el cristiano santifica el coche. Y lo mismo en una infinidad de cosas. ¿Un invento moderno? A santificarlo enseguida. Y para eso fácilmente nos creemos con vocación de santificar los valores terrestres. Pues no es norma de vida; no es ésa la norma de vida. Habrá gente… Una cosa es que haya que hacer algo, y otra cosa es que la tenga que hacer yo. Muy fácilmente en esto nos inclinamos por este camino que resulta más fácil a la naturaleza. Enseguida nos dicen: el Papa ha dicho que hay que santificar el cine. Y ahora, todos a santificar el cine. Enseguida caemos en eso, porque… lo ha dicho el Papa. Estamos todos de acuerdo que hay que santificarlo, pero el Papa no ha dicho que tienes que santificarlo **tú** el cine, que tienes que desarrollar **tú** el cine, sino ha dicho que hay que desarrollarlo. También ha dicho el Papa que conviene que haya almas contemplativas. ¿Por qué no se te ocurre a ti lo mismo? –Ah, eso es para otro. ¿Eh? Ahí que vayan otros. –Pues igual. No es la norma.

Por lo tanto, nunca caer en esto como criterio: Ahora, lo que el mundo quiere de la religiosa de hoy es que santifique los valores terrenos. No existe tal norma, no existe tal criterio. Puede ser… puede ser… para un seglar sobre todo… En una religiosa, puede ser que sea el uso de ciertas cosas… puede ser…; pero no es la norma; no estamos hechos para eso.

Esto es de importancia, porque, si estamos hechos para una cosa, en el momento que no se puede hacer, no tiene sentido nuestra vida. Y nuestra vida tiene sentido, ciertamente, mientras podamos amar y sufrir por Cristo. Tiene sentido. ¿Yo puedo hacer eso? Pues entonces mi vida religiosa tiene todavía sentido.

Pues entonces, ¿para qué estamos?, ¿Para qué nos ha creado el Señor?

Mirad que no trato en este momento del fin último: que hemos sido creados para que al momento de la muerte vayamos al cielo; no hablo de esto. –Ya sabemos que sí; para eso somos creados, para que en último término nos salvemos. Sino estamos hablando del sentido de la vida en cada momento de la vida. En una decisión que yo tengo que tomar, me puedo preguntar: Bueno, ¿cuál es el sentido de mi vida en esta decisión? ¿Para qué, con qué criterio, qué norma tengo que seguir en esta decisión? Vale, pues, para el tiempo y para la eternidad; para cada momento y cada decisión de la vida.

Pues bien, yo he sido creado, el sentido de mi vida es **agradar** a Jesucristo. Ese es el sentido de mi vida. "El hombre ha sido creado para agradar a Jesucristo". ¿Es esto cierto? Ciertísimo. **Agradar a Jesucristo.**

Vamos a verlo, porque es muy hermoso.

Algunos textos de san Pablo. Cristo está en el centro de la teología de san Pablo. El cristiano se define, según san Pablo, definiendo sus relaciones con Cristo. San Pablo no usa nunca la palabra cristiano, "el cristiano"; nunca. Pero sí muchas circunlocuciones para designar lo mismo; y una de las más frecuentes es: "en Cristo Jesús", el hombre en Cristo Jesús, el cristiano. Para él, el cristiano es el que está al servicio del Señor. En primer lugar tiene a Jesucristo como Maestro, y siendo Maestro, el ser Maestro llevaba consigo dos elementos: la enseñanza, la doctrina y la imitación del Maestro. Eso era común en aquel tiempo. San Pablo retiene los dos aspectos: la doctrina de Cristo y la imitación de sus ejemplos. Y así dice que Cristo dio su vida para comunicarnos su resurrección; tenemos que imitar su caridad. En todas ocasiones vuelve sobre el mismo tema: "Ese amor de

Cristo debe regular nuestro amor; su pobreza nuestra pobreza; aliviar los unos a los otros como Cristo nos ha aliviado a nosotros, etc.

Pero está muy subrayado en san Pablo el aspecto del **servicio** de Jesucristo; servicio en este sentido de agradar a Jesucristo, como esclavos suyos de amor. Santa Teresa lo dice con esa expresión tan bella: "somos siervos del Amor", siervos del Amor.

En la carta a los Romanos, capítulo 14, dice san Pablo: "Sive vivimus, sive morimur, Domini sumus", "sea que vivamos, sea que muramos, somos del Señor". Y notad que este Señor, en san Pablo es siempre Kyrios: Jesucristo. Somos de Cristo, sea que vivamos, sea que muramos. Porque si vivimos, vivimos para Cristo, y si morimos, morimos para Cristo.

En la carta a los Colosenses, en el capítulo 1, les dice a los fieles: "ut ambuletis digne Domino per omnia placente" Aquí está la definición del cristiano: "que caminéis dignamente, en todo agradando a Cristo", en todo agradando a Cristo. Deo per omnia placente. Es la actitud del siervo fiel que trata de contentar en todo a su Señor; darle gusto en todo, en todo.

En la carta a los Efesios, lo mismo: "probando cuál es el beneplácito de Cristo", qué es lo que agrade a Jesucristo en todo. Y en la misma carta a los Efesios, en el capítulo 5, versículo 17: "comprendiendo cuál es la voluntad de Cristo"; siempre penetrando esa voluntad de Cristo.

Eso es lo característico del que vive en Cristo Jesús: en todo procurar agradarle, en todo procurar penetrar su voluntad para realizarla con amor.

Y en la carta a los Romanos, en el capítulo 16, dice: "estos tales, no sirven a Cristo Señor Nuestro, sino a sus comodidades", cuando habla de: "no son cristianos de verdad, no agradan a Cristo, no buscan su complacencia". Es evidente que ese título de Kyrios en san Pablo, corresponde al Señor respecto de todos sus servidores de amor. Siervos del amor.

Y es así también teológicamente. Y esto es muy hermoso. Hemos sido creados para agradar a Cristo. Vamos a verlo así, que nos dará una plenitud de gusto interior.

El hombre ha sido creado para gloria de Dios. Nos lo dice la teología; está definido en el Concilio Vaticano. Ahora bien; la gloria externa de Dios es Jesucristo; Cristo es la gloria del Padre, el glorificador del Padre. Como dice San Juan de la Cruz: "Al Padre nada agrada fuera de Cristo". Y es así, nada le agrada. Todo lo que hay fuera de Jesucristo, para Él es como si no lo fuera. Por eso dice San Pablo: "In Christo enim vos estis". "Vosotros estáis, sois algo de Cristo Jesús". Lo demás, delante del Padre, nada. Él no ve más que Cristo. Por eso nosotros tenemos que reconocer que Él la gloria del Padre. Por eso decimos en la Misa: **Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam.** "Te damos gracias por tu grande gloria". Nosotros no entendemos nada. ¡Qué ridículos somos nosotros ante Dios! Si no fuese porque estamos haciéndolo en cuanto Cristo en nosotros glorifica al Padre, ¡qué ridículo sería que nosotros diésemos gracias a Dios, como que nos felicitásemos con Él por la obra que había hecho! Porque no entendemos nada.

Supongamos un gran arquitecto que ha hecho una grande obra; cuando se hizo el Escorial, por ejemplo; y que los chiquillos de las clases elementales fuesen al encuentro del ingeniero, del arquitecto, para felicitarle por la obra que había hecho. ¿Pero qué entendéis vosotros de lo que yo he hecho, chiquillos? –Muy bien, muy bien hecha; es una gran obra el Escorial. –¡Si no entendéis nada…! –Ahora; si estos chiquillos del curso elemental fuesen preparados por un gran arquitecto que entiende la obra, y él ha preparado el coro de los chiquillos, y él está detrás de ellos sosteniéndolos, y ellos expresan el sentimiento del ingeniero, del arquitecto, entonces… entonces sí los estima, en cuanto ve la expresión de una persona que lo entiende.

Cuando nosotros nos ponemos ante el Señor y le decimos: Gloria in excelsis Deo. Laudamus te. Benedicimus te. Adoramus te. Glorificamus te… sería ridículo ante Dios que nosotros le glorificásemos si es que Cristo no fuese el que le glorifica en nosotros. Él sí. Él lo entiende. Es el Hijo, la Sabiduría del Padre. Él lo entiende, y Él glorifica en nosotros al Padre. Por eso, fuera de Cristo no hay gloria para el Padre. Por eso decimos también en la Misa: "Por Él, con Él, en Él es para ti toda gloria". No hay fuera de Él. Y en san Pablo lo mismo. San Pablo habla del misterio de Cristo escondido en los siglos que "nosotros hemos sido escogidos en Cristo antes de la constitución del mundo para ser inmaculados en Él". Todo es Cristo ante el Padre. Y esa es su gloria. El fin de la creación es el Cristo total. **Christus totus** de san Agustín. Cristo total. Nosotros

todos incorporados en Cristo. El hombre tiene, pues, por fin o como fin a Cristo. O mejor dicho quizás todavía, tiene como fin el fin mismo de Cristo, por quien ha sido asumido como miembro de su Cuerpo Místico y le ha dado como finalidad intrínseca, íntima, la misma finalidad de la cabeza, que es Cristo. Por lo tanto, no es un fin subordinado a la gloria del Padre, sino que esa gloria se la da en la sumisión a Cristo cabeza. Yo glorifico al Padre en cuanto incorporado a Cristo; Cristo en **mí** glorifica al Padre. Esta es la realidad sobrenatural: Cristo en mí glorifica al Padre. Todas esas bravatas que hacemos nosotros filosóficamente y teológicamente, si no estuviesen todas inspiradas y movidas por Cristo, al Padre no le sirven para nada; no le glorifican. En cambio, nosotros parece que nos gloriamos más cuando somos nosotros independientemente los que encontramos algo. No, no. Solo Cristo. Y aquí está precisamente la imagen del Cuerpo Místico de Cristo. ¿Qué significa ese Cuerpo Místico? Pues en la imagen de San Pablo significa esto: que la cabeza es la que comunica a los miembros el movimiento y el sentimiento. Así, cuando yo veo, la cabeza ve en el ojo; cuando yo toco, la mano toca, pero la que toca en realidad es la cabeza en la mano. Y así, todo el Cuerpo Místico de Cristo es el instrumento con que Cristo glorifica al Padre; y cuando más nos movemos por la moción de Cristo, tanto más glorificamos al Padre, tanto más transformados en Cristo. Esto es. Por lo tanto, la perfección nuestra, para la cual hemos sido llamados, está en proporción de nuestra docilidad a Cristo cabeza. Cuanto más Jesucristo puede disponer de nosotros, servirse de nosotros para glorificar al Padre, tanto más somos perfectos; tanto más realizamos nuestra misión con la glorificación con la cual Él quiere en nosotros glorificar al Padre; para la cual precisamente, nos ha dado a nosotros todas las facultades y todas las cualidades. Unas veces será glorificar al Padre llevando en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo con la enfermedad, con el dolor, tomado así en docilidad a Cristo cabeza. Otras veces será glorificar al Padre por la alabanza; pero no la alabanza que nace de mí, sino idealmente en cuanto esa alabanza es Cristo el que en mí alaba al Padre. Y así en todas las demás cosas. La perfección actual del miembro será la realización de amor en cuanto Cristo ama en mí actualmente y con disposición de reverencia suma y de docilidad, acentuada todavía por la invasión actual de la moción de Cristo. Entonces llegaremos al grado perfecto: cuando siempre y constantemente Cristo lanza hasta nosotros la corriente de su gracia, y constantemente en nosotros, en plenitud de amor, alaba al Padre.

Ahí tenemos el ideal: el hombre ha sido creado para agradar a Cristo, complacer a Cristo, y de esta manera ser instrumento dócil para que Cristo, en nosotros, glorifique al Padre; y esto por toda la eternidad. Siempre será Cristo el glorificador del Padre, y nadie fuera de Cristo. Por eso deberíamos desear que en todas nuestras acciones vaya por delante aquel sentimiento íntimo de una moción siempre mayor y más actual proveniente de Cristo. Eso sería el ideal: cada vez más cogidos por la moción de Cristo. Eso es lo que será la norma para muchas de nuestras actividades. Muchas veces queremos remover todo, rehacer todo. Tenemos que examinar siempre si esto viene de Cristo, si esto me hace más dócil a la moción de Cristo, o si más bien me voy afirmando a mí mismo en separación de Cristo. Si es así, no voy a glorificar mucho al Padre con esto.

Por lo tanto, vemos aquí que sí, que es verdad: “El hombre ha sido creado para agradar a Jesucristo”. Lo dice la teología, lo dice San Pablo… Y es el sentido que daba San Ignacio. Y esto nos va a dar también un sabor espiritual. “A mayor gloria de Dios”. Y muchas veces imaginamos: a mayor gloria de Dios… a construir algún gran palacio para mayor gloria de Dios. Y muchas veces hacemos muchas cosas para mayor gloria de Dios. Todo, todo lo hacemos a mayor gloria de Dios. Y nos cuidamos bien para mayor gloria de Dios y para tener más fuerzas para servirle. Y siempre estamos así reservándonos para el futuro; para gloria de Dios.

Pues eso, no siempre corresponde a la realidad. Porque no sabe uno por qué, pero siempre coincide la mayor gloria de Dios con la mayor gloria nuestra. No sabe uno por qué, pero de hecho resulta así. Y si a uno le ha resultado un fracaso… pues parece que la gloria de Dios ha sufrido. ¡¡¡No!!! No tengan miedo… No tengan miedo… que eso muchas veces glorifica más a Dios.

“A mayor gloria de Dios”. “La máxima gloria de Dios”. ¿Cómo lo entiende San Ignacio? Pues al mayor agrado de Jesucristo. A mayor gloria de Dios significa lo que más agrade a

Jesucristo. Y voy a leeros un par de cartas, textos de San Ignacio, donde se ve esto; para que veamos que no andamos por el aire.

El P. Nadal, compañero de San Ignacio, que promulgó las constituciones, en una exhortación que tuvo en España el año 1554, dos años antes de la muerte de San Ignacio, hablaba de la vida de San Ignacio, del P. Ignacio, como ejemplo de la vida del jesuita. Y decía así, hablando de su conversión: *"Dándose al servicio de Dios no se contentaba con poco, sino juntamente deseaba y procuraba –fijaos- cómo más le pudiese agradar en todo y con toda perfección".* Fijaos el sentido: **Cómo podía agradar en todo y con toda perfección.** Y así lo repite esto muchas veces en las constituciones: **A mayor honra y gloria de su Divina Majestad**. ¡Ah! Aquí está: cómo más le podía agradar en todo y con toda perfección. *"Y así es menester que todos los de la Compañía tengamos esto delante de nuestros ojos con devoción y nos **intrinsiquemos** este espíritu",* que lo metamos en las entrañas: agradar en todo y en toda perfección a Jesucristo. Y eso es la mayor gloria de Dios: lo que más le agrade a Cristo. "El hombre ha sido creado para agradar a Jesucristo".

Y Fabro, escribiendo en nombre de todos los compañeros el año 1538 al profesor Goubea, portugués, que les había conocido a todos ellos en París y les tenía mucho cariño… y les había escrito diciendo que se fuesen todos a Indias portuguesas, que allí había mucho… y eran un grupo de diez… le contesta Fabro en nombre de San Ignacio y dice así: *"La misma distancia de la región aquella de las Indias no nos asusta, ni tampoco el trabajo de aprender lenguas. **Sólo se haga lo que más agrada a Cristo. Id quod maxime Christo placeat**".* Aquí tenemos la expresión: a mayor gloria de Dios, a mayor honra de Dios, lo que más agrade a Jesucristo. Que disponga de nosotros. Si quiere que vayamos a la India; lo que más a Él le agrade.

Y en el memorial de Fabro, hablando de su ofrecimiento al Papa decía así: *"se ofrecen en holocausto al Papa; para que viese en qué podamos **servir a Cristo,** para edificación de todos los que están bajo la potestad apostólica".* Servir a Cristo, agradar a Cristo, servirle en todo.

De modo que este es el sentido teológico de San Ignacio. Y era muy delicado San Ignacio en estas cosas; corregía con mucho detalle todas las cartas, y él ponía esto: *"Y a vosotros también, carísimos hermanos en Jesucristo, Dios y Señor nuestro, por el mismo os pido, etc.".*

Así que, podemos decir con razón: El hombre ha sido creado para agradar a Jesucristo. Ahí tenéis todo el sentido de nuestra vida: agradar a Cristo. Y noto más. Respecto de Jesucristo no cumplimos nuestro fin, el sentido de nuestra vida, ahora, es decir, no se nos ha dado la vida meramente para que al fin nos salvemos y vayamos al cielo –eso bueno es, y que aseguremos esto y procuremos esto a las almas está bien; de acuerdo-, no se nos ha dado para que a la hora de la muerte lleguemos a la visión beatífica, sino que se nos ha dado la vida para que actualmente la empleemos en el amor de Cristo; para esto. De modo que lo mejor de nuestra vida, para Cristo. ¡Qué triste tiene que ser lo contrario! Muchas veces pedimos: "Señor, una buena muerte". Buena cosa es; pero pida una buena vida, que la vida es la que tiene que servir al Señor, y la muerte será consecuencia.

Vivir, vivir en amor de Cristo, en puro amor; vivir cada día de nuestra vida. **"In sanctitate et justitia coram ipso ómnibus diebus nostris.** "En santidad y justicia, ante su presencia, todos los días de nuestra vida". Pidamos esto: vivir, y el vivir lo mejor de nuestra vida para Cristo. Cómo tiene que ser triste de verdad el que uno, después de haber empleado toda la vida de este mundo en vanidades, en pequeñeces; la vida actual de desahogo, de satisfacciones, cuando llega uno a los sesenta, setenta, ochenta años, se convierte y entra en el cielo sin pasar por el purgatorio inclusive… Cómo tiene que ser triste… si se pudiese tener tristeza en el cielo, realmente se sentiría triste pensando que lo mejor de su vida, nunca fue para Cristo; no fue lo mejor de su vida. Cuando la vida valía algo, cuando todavía iba la gente detrás de ella… entonces… todo eso no fue para Cristo. Cuando ya nadie lo quiere… el mundo mismo no lo quiere ya… entonces se refugia en el Corazón de Cristo, que como es tan bueno, tan grande… lo recibe todavía y lo lleva al cielo para siempre. Pero será eternamente verdad que lo mejor de su vida no fue para Cristo; no fue.

Pues bien; apliquemos esto a todo nuestro día, a todo nuestro trabajo, a toda nuestra vida. Que lo mejor de mi día sea para Cristo; no los restos del día, sino lo mejor, para amar a Cristo. Lo mejor de mis fuerzas para Cristo; siempre.

Así nos encontraremos con el sentido íntimo de la vida cristiana. Jesucristo no es un personaje muerto; no es un ser que vivió hace dos mil años… magnífico. Vemos en el Evangelio, ¡qué gran figura aquélla que pasó por allá! Ni es un ser que está allí en el cielo sin contacto ninguno con nosotros. Él por su cuenta, allí, esperándonos a que lleguemos; no. Jesucristo está **junto** a nosotros, mantenemos un diálogo con Él. Y este diálogo es el sentido de nuestra vida: vivir con Cristo, agradarle en todo, corresponder a lo que Él desea de nosotros, mantener ese diálogo **vivo** con una persona **viva**. La vida cristiana es cuestión de amor, de verdad, personal; de relación personal con Cristo. Ahí estamos en el fondo del catolicismo, en la sustancia, que está expresada en aquella frase maravillosa de Jesús a la Samaritana, aquella pobre mujer que había pasado una vida un poco ligera, que no sospechaba quién era aquel Señor con quien hablaba, que estaba cautivada de admiración viendo cómo hablaba Jesucristo de todo lo que le iba preguntando… Le había ofrecido el agua viva… Y creo sin duda que la Samaritana tenía vergüenza, es decir, pensaba en el fondo: este personaje que está hablando conmigo, si supiese quién soy yo, no me hablaría. Y por eso cuando el Señor le dice: "Llama a tu marido", ella desvía la conversación, y le dice: "No tengo marido" Y el Señor le dice: "Es verdad, porque has tenido cinco, y el que tienes ahora no es tuyo". Eso debió ser para ella un golpe. Si aquel personaje le hablaba, no era porque ignoraba su indignidad, sino porque la amaba como era, siendo como era, conociéndola como era. Y cuando llegando después de esto –que seguía hablando con ella- al fin de la conversación, dice aquella pobre mujer: "Sabemos que viene el Mesías; cuando venga el Mesías, Él nos hablará". Jesucristo le dice: "Soy Yo que hablo contigo". ¡Qué magnífico! ¿eh? Soy Yo, el Mesías, Dios, Jesucristo, que **hablo contigo**: la de los cinco maridos y el que tiene ahora no es tuyo. Yo, que hablo contigo. Eso es la vida cristiana: Jesucristo que habla contigo; que mantiene ese diálogo abierto donde no hay reservas… donde nadie puede poner un freno… **noblemente** no puede poner un freno, sino que tiene que llenar la plenitud del diálogo con Cristo.

Así sorprendemos el aspecto vital del cristianismo, que está aquí; el aspecto vital que no puede ser sustituido ni siquiera por las consideraciones más o menos sublimes de la gracia santificante, etc., etc., etc. Muchas cosas muy subidas; pero es que… yo soy… sabe… yo… a mi me gusta la espiritualidad dogmática, teológica; no una espiritualidad moralista. –Despacio. ¿Qué significa espiritualidad moralista? ¿Creer que Jesucristo ha venido aquí, al mundo, para que observemos la ley natural? Eso sería moralista. Eso es fatal. No ha venido sólo para eso; ayuda a eso. Ha venido para traernos una vida nueva. Pero la vida no es para pensar. ¿Qué hacemos con que una persona esté pensando: mira que el hombre tiene inteligencia… tiene memoria… tiene voluntad… ¡La voluntad humana! ¡Oh, penetrar!.. ¡La voluntad humana! ¡Qué voluntad humana! Tú, ¿amas o no amas?

Pues lo mismo pasa en el orden sobrenatural. La gracia santificante… Pero… ¿Para qué se te ha dado sino para vivir la vida con Cristo, la vida que corresponde al orden al que has sido elevada? Para vivir el diálogo de amor con Cristo, que no lo hubieses podido vivir sin ser elevada a este orden sobrenatural, de vivir el diálogo con Cristo. Y muchas veces, mucha consideración de la inhabitación, y de esto… que son muy hermosas y hay que darlas también, pero que se convierten como en el centro de la persona, en la que está dando vueltas y vueltas y vueltas sin **darse** al Señor. No. El hombre ha sido creado para mantener este diálogo de amor con Cristo, y todo se le ha dado para esto: la gracia, y la inhabitación, y todo. Para mantener este diálogo de amor con Cristo, como Cristo mantiene su diálogo de amor con el Padre; siempre con el Padre. **Quae placita sunt ei facio semper.** "Siempre hago lo que agrada a mi Padre". Esto no es moralismo; no es moralismo, no.

"Y mediante esto, salvar el alma". No es una mediación; quiere decir: de esta manera, así, salvar el alma; no a la hora de la muerte sólo, sino ahora; así, obtener la plena salud del alma. Así:

agradando a Jesucristo. La plena salud. Él ha venido para que tengamos vida y la tengamos en abundancia. Esa es su grande, su ardiente sed de Cristo: que tengamos vida.

Por lo tanto, nunca imaginemos que hemos venido aquí, a la vida religiosa, a vivir una vida espiritual para estar con las caras largas, tristes, siempre en angustia, hasta que llegue la hora de la muerte. ¡No! "Vuestro gozo nadie os lo podrá quitar", y "el reino de Cristo es paz y gozo en el Espíritu Santo". Desde ahora, desde ahora. Que tenemos que quitarnos de la cabeza esas imaginaciones que a veces llevamos para salvar nuestras posiciones: que lo importante es hacer, trabajar… que las consolaciones interiores, que las visitas del Señor, secundario… no importa, no importa. -¡Ojo! Que eso es muy cómodo; porque nos podemos quedar con todos nuestros apegos humanos tan tranquilos y decir: no importa, porque el Señor… Más dura la vida así. ¡No! ¡No! El Señor quiere que tengamos plena felicidad del alma; paz y gozo en el Espíritu Santo. Pero el camino es agradar a Jesucristo como fin de nuestra vida. Agradarle a Él solo, solo a Él. Agradarle en todo, darle gusto en todo. Que de esta manera encontramos la felicidad que quiere el Señor que tengamos.

Así que esto no es pesimismo. Cuántas veces dicen esto: Entonces usted, una vida así, toda de Cristo… pero un cristianismo pesimista… -Vamos a ver: ¿me puede decir usted qué es un cristianismo pesimista? ¿Cristianismo optimista es el que puede uno divertirse lo que quiera en este mundo sin pecar? ¿Ese es el optimismo del cristiano? Pues mire; eso sí que sería pesimismo. Si a mí me dijesen que lo optimista del catolicismo es que puede gozar de lo que gozan los no católicos ¿eso es lo más optimista que tenemos? Pues estamos en grande… estamos en grande… ¡Que no! Lo optimista del catolicismo es que ya en esta vida podemos vivir la vida celeste. Podemos gozar de Dios desde este mundo. Podemos gozar estos goces y estos dones del Señor que antes no los hubiésemos tenido hasta la hora de la muerte. Y Él quiere que vivamos ya ahora la vida sobrenatural, la vida con Cristo, la vida de la gracia, con todas las riquezas que eso trae consigo… bienes inmensos… satisfacciones inmensas… no comparables a las de este mundo. Esto es lo que nos trae el catolicismo; es la vida nueva de Cristo. "Si supieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú se lo pedirías, y Él te daría un **agua viva**, que tú no sospechas". Esto es lo optimista. Que así se obtiene la felicidad…

San Pedro, en la primera carta, en el capítulo 1, lo dice también así: "Amando a Aquel a quien no veis, os alegráis con una alegría interminable". Ahora ya, desde ahora, que el preanuncio, el pregusto de lo que será la felicidad celeste.

Así es como uno es feliz; no por desahogos mundanos, no por frustraciones del propio yo, que busca cómo salir otra vez con la suya, con lo que había dejado una vez… Esa es una vida muy infeliz, muy infeliz. Cuando una religiosa está mirando a ver cómo aprovechar cosas del mundo, porque ya la vida religiosa no le satisface… malo, malo. Es como cuando en la vida del matrimonio busca uno la felicidad fuera del matrimonio. Malo. Hay algo que falla. Que no se hace uno feliz así… Que es el camino de las frustraciones del propio yo. Cuántas veces hay tanto malestar, incluso dolores de cabeza, etc., porque uno no vive plenamente y no tiene la plena salud del alma; porque está buscando, como mirando por el ojo de la cerradura, aquellas cosas que dejó una vez con grande ánimo. Y esto nos hace que el papel nuestro ante los seglares sea fatal, fatal… Porque se nota enseguida y se ve que una persona que se ha consagrado al Señor, pues no encuentra su felicidad allí dentro. Y entonces pueden decir en verdad: Se ve que el Señor no es eso que dicen, porque esas personas en el fondo tienen ganas y nostalgia de lo que dejaron y de lo que nosotros gozamos sin dificultad, y ellas se sentirían muy felices si pudiesen gustar un poco de la vida del mundo. ¡Qué triste es esto!

Pues no; no es ése el plan divino; no. El plan divino es que nosotros seamos felices. Pero, el camino es el cumplimiento de nuestra misión. "El hombre ha sido creado para agradar a Jesucristo", viviendo con Él en este diálogo de amor. Y de esta manera, agradándole a Él solo en todo, obtener la plena salud del alma.

Voy a insistir en un concepto que he dicho en la meditación precedente.

Decíamos que agradando a Jesucristo se obtiene la salud del alma, la plena felicidad del alma. Y decía que este concepto es muy importante: no concebir la vida espiritual como un período siempre de tristeza, de ansiedades; que después en el cielo vendrá el momento de la gloria, del gozo, pero aquí en la tierra todo es sufrimiento; no. No es ese el concepto de vida espiritual. Es cierto que, a veces, resulta cómodo, cuando uno no encuentra al Señor en su propia vida, decir: mire, lo importante es que usted sea firme en la voluntad; es lo que el Señor quiere de usted. Y muchas veces el director espiritual da esta solución, que es la más cómoda también para él porque así consuela mucho a las almas. Pero muchas veces, ni el director está convencido, ni la persona misma, porque es demasiado sencillo. Puede ser en algunos casos –no hay que excluirlo- que haya casos en que haya alguna particular dificultad en la persona; pero nunca debemos decir que sea esto lo más normal. No. Lo normal no es esto. Lo normal es que en la vida espiritual se viva con felicidad, en trato con el Señor; normalmente. Algunas personas, por dificultades temperamentales, etc., pueden crear una excepción; pero no digamos nunca: es lo normal. Sí es más cómodo para remediar. Porque una persona que va a la oración y tiene sus apegos del corazón, puede ser que no encuentre al Señor, y se consuela diciendo que una prueba del Señor, cuando, en realidad, si se librase de los apegos que tiene, es fácil que encontrase al Señor. Cuando no se pone aquí el interés, entonces fácilmente uno descuida muchas peculiaridades de la vida espiritual que debería atender.

Por parte del director espiritual es lo mismo. Nunca pretender remediar las cosas en un momento. Hay que animar, hay que examinar si hay alguna razón espiritual que pueda impedir esta plenitud de vida interior, y poco a poco introducir al alma en esta plenitud de vida interior; pero no venir demasiado pronto a la solución fácil de decir: nada, no importa esto; esto, no.

Pues bien; Santa Teresa, en el capítulo XI de su vida tiene algunas indicaciones muy interesantes en este respecto. Cuenta un primer sentimiento interior que tuvo de un tipo de comunicación divina más alto de lo normal. Y dice así: *"Acaecíame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo…"* De modo que se ponía ella habitualmente junto a Jesucristo en el Huerto, en la Pasión, en algún paso de la vida de Cristo, y esto le daba mucha devoción. Y alguna vez en que estaba haciendo este ejercicio de ponerse junto a Cristo le sucedía *"venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios, que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí, o yo toda engolfada en Él. Esto no era a manera de visión; creo lo llaman mística Teología. Suspende el alma de suerte que toda parecía estar fuera de sí"*. Y describe un poco este estado; es un caso, diríamos, extremo. Pero dice después: *"Primero había tenido muy continuo una ternura, que en parte algo de ella me parece se puede procurar: un regalo, que ni bien es todo sensual, ni bien es espiritual; todo es dado de Dios. Mas parece para esto nos podemos mucho ayudar con considerar nuestra bajeza y la ingratitud que tenemos con Dios, lo mucho que hizo por nosotros, su pasión con tan graves dolores, su vida tan afligida. Si con esto hay algún amor, regálase el alma, enternécese el corazón, vienen lágrimas; algunas veces parece las sacamos por fuerza, otras el Señor parece nos las hace, para no podernos resistir. Parece nos paga Su Majestad aquel cuidadito con un don tan grande, como es el consuelo que da a un alma ver que llora por tan gran Señor; y no me espanto, que le sobra la razón de consolarse"*. Y dice después cómo hay una gran diferencia de comunicaciones de Dios y comunicaciones de Dios, como hay en el cielo. Y después dice: *"Entendamos bien cómo ello es, que nos los da Dios –sus dones- sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a Su Majestad; porque si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar"*. Este es el trato con Dios, con Jesucristo: recibimos y damos. *"Y es cosa muy cierta que mientras más vemos que estamos ricos, sobre conocer somos pobres, más aprovechamientos nos vienen, y aún más verdadera humildad"*. Yo soy pobre, pero estoy rico por los dones suyos; pero sigo siendo

pobre, porque estos dones no son míos. *"Lo demás es acobardar el ánimo a parecer que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza él a atemorizarse con miedo de vanagloria. Creamos que quien nos da los bienes nos dará gracia para que, en comenzando el demonio a tentarle en este caso, lo entienda, y fortalezca para resistir; digo, si andamos con llaneza delante de Dios, pretendiendo contentar sólo a Él, y no a los hombres".* Y dice otra advertencia: *"Es menester sacar fuerzas de nuevo para servir, y procurar no ser ingratos; porque con esa condición las da el Señor; porque somos tan miserables y tan inclinados a cosas de tierra, que mal podrá aborrecer todo lo de acá de hecho con gran desasimiento quien no entiende tiene alguna prenda de lo de allá; porque con estos dones es adonde el Señor nos da la fortaleza, que por nuestros pecados nosotros perdimos. Y mal deseará se descontenten todos de Él y le aborrezcan, y todas las demás virtudes grandes que tienen los perfectos, si no tienen alguna prenda del amor que Dios le tiene, y juntamente fe viva. Porque es tan muerto nuestro natural, que nos vamos a lo que presente vemos; y así, estos mismos favores son los que despiertan la fe y la fortaleza. Ya puede ser que yo, como tan ruin, juzgo por mí, que otros habrá que no hayan menester más de la verdad de la fe para hacer obras muy perfectas, que yo, como miserable, todo lo he habido menester".* Y entonces, ¿por qué no llegamos? *"Algunos impedimentos diré, que a mi entender lo son para ir adelante en este camino y otras cosas en que hay peligro".* Dice: *"Bien veo que no le hay con que se pueda comparar tan gran bien en la tierra".* Dice: *"Somos tan caros y tan tardíos de darnos del todo a Dios, que, como Su Majestad no quiere gocemos de cosa tan preciosa sin gran precio, no acabamos de disponernos. Mas si hiciésemos lo que podemos en no asirnos a cosa de ella, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo sin duda muy en breve se nos daría este bien, si en breve del todo nos dispusiésemos, como algunos santos lo hicieron. Mas parécenos que lo damos todo; y esto que ofrecemos a Dios la renta o los frutos, y quedámonos con la raíz y posesión.*

Determinámonos a ser pobres, y es de gran merecimiento; mas muchas veces tornamos a tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo superfluo, y a granjear los amigos que nos lo den, y ponernos en mayor cuidado (y, por ventura, peligro), porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda.

¡Donosa manera de buscar amor de Dios! Y luego le queremos a manos llenas, a manera de decir. Tenernos nuestras aficiones, ya que no procuramos efectuar nuestros deseos y no acabarlos de levantar la tierra, y muchas consolaciones espirituales con esto; no viene bien, ni me parece se compadece esto con estotro. Así que, porque no se acaba de dar junto, no se nos da por junto este tesoro. Plegue al Señor que gota a gota nos le dé su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo". Esta es la salud del alma; aquí está. ¿Qué no se nos da? Porque no nos disponemos… y muchas veces queremos todo.

Así hemos expuesto, pues, esta mañana la primera parte, la base fundamental, que tiene que dar el sentido a toda nuestra vida, y mirarla siempre desde ahí: yo he sido creado para agradar a Cristo. De modo que Él en mí glorifique al Padre.

Y aquí se presenta una dificultad, que es la que voy a tratar ahora en esta plática. –Bueno; pero eso, eso es una concepción… será muy hermosa, bíblica… pero, ¿cómo se compagina eso con la tendencia actual tan marcada a la personalidad? ¿Dónde está la personalidad humana en este diálogo con Cristo?- **La personalidad**; que es lo que nos trae siempre ahora preocupaciones en todo: en la obediencia, en la vida religiosa, en los votos… **la personalidad**; ¿dónde está?. Yo creo esto: que generalmente los que tienen más personalidad, hablan menos de personalidad. Los que menos hablan, no necesitan; la tienen. En cambio, los que no han tenido personalidad y les ha crecido en el convento, les pasa lo que a los chicos cuando les crece la barba, igual; que les parece que no ha pasado nunca, hasta que les pasa a ellos. Y mientras que un Francisco de Borja, que tenía

gran personalidad, no encontraba ninguna dificultad en someterla en la obediencia –precisamente porque ofrecía una personalidad-, cuando ha nacido dentro, parece que se han encontrado con un tesoro que no habían ofrecido y no acaban de ofrecerlo: la personalidad.

¿Qué es la personalidad? Es lo primero que habría que preguntar: pero ¿qué es la personalidad? ¿En qué consiste la perfección cristiana?

Pues bien; cuando se trata del orden sobrenatural, nunca hay que considerar la mera personalidad, sino la personalidad cristiana. Y vamos a hablar un poquito de esto: de la madurez, de la perfección; en qué consiste la perfección. Y podemos decir que cuando se habla de perfección, se trata de la perfección de la personalidad cristiana. Y la perfección de la personalidad cristiana consiste precisamente en esa **caridad** dócil a Cristo; ahí está la perfección de la personalidad cristiana. Vamos a ver si lo exponemos en esta plática.

Hemos repetido quizás muchas veces, que la perfección consiste en la caridad. Y hoy se dice esto por activa y por pasiva… la caridad… la caridad está por encima de todo; la perfección está en la caridad, virtud teológica, **reina** de las virtudes. Pero ciertamente sería simplificar demasiado la cuestión, apoyándose en esta expresión, que es de Santo Tomás y de otros muchos antes que Santo Tomás. Digo que sería simplificar demasiado, si uno se detuviese en esta mera expresión sin bajar a una inteligencia más perfecta de ella, de su sentido. Así, hoy día, esta frase de Santo Tomás se ha sometido a desviaciones groseras, como cuando se confunde esa caridad con una mera **filantropía** humana, **amabilidad**, no dar un disgusto a otro. Eso no es la caridad. Entonces Jesucristo faltó muchas veces a la caridad con los escribas y fariseos; muchas veces, muchas. Y no faltaba a la caridad. De modo que no siempre es eso. No se confunde con la amabilidad y con no herir a nadie. No. Procurar no herir, eso es propio de la caridad, pero cuando hay que herir, herir por amor de Dios, pues también es una forma de caridad. No hay que confundir las dos. –Pero de esto hablaremos a su tiempo, porque dedicaremos alguna plática a esto-.

¡Cuánto se abusa de la caridad para hacer con excusa de ella la pura voluntad propia! ¡Cuántas veces!, por caridad, es por propia voluntad propia. **In caritate vestra invenitur voluntas vestra,** podremos decir parafraseando la frase del Señor, que hablaba de los sacrificios: "que en vuestros sacrificios se halla vuestra voluntad". Pues nosotros podemos decir: cuántas veces en vuestra caridad se halla vuestra voluntad, y lo que más os conviene, y lo que más os gusta.

La expresión de Santo Tomás no quiere decir **absolutamente** que todas las demás virtudes sean accidentales a la perfección; nunca. Todas entran en la perfección, y sin ellas no se da la perfección. Y mucho menos quiere decir que uno puede pasar por encima de las virtudes con tal de salvar la caridad, como se llama así a la amabilidad; mucho menos. No. No se puede pasar por encima de ninguna virtud. Así como uno que ha hecho ya y ha prometido el celibato sacerdotal, no puede pasar por encima del celibato con excusa de la caridad. Para casarse con una solterona pobre y desolada, por caridad, uno dice: pues renuncio al sacerdocio por caridad, para consolar a esta pobre mujer. No se puede. –Pero la caridad es la reina de las virtudes… -Sí. -¿Es más alta que el celibato? –Sin duda ninguna. –Ah, entonces… -Entonces nada. Tenga usted caridad y celibato; las dos cosas; guarde las dos, y lo mismo vale del silencio… y lo mismo de la obediencia, y lo mismo vale de todas las virtudes; como también vale de la fidelidad conyugal, que es inferior a la caridad. Y no obstante eso, no se puede saltar por encima con excusa de la caridad.

No confundir, pues, estas cosas.

«La perfección consiste en la caridad». Quiero decir, en primer lugar, que la caridad es en el orden jerárquico la superior, como la reina de todas las demás; pero tienen que existir también las demás y no se puede pasar por encima de ellas con excusa de la caridad.

¿En qué consiste la perfección? Vamos a ver si lo detallamos más.

Cuando decimos: “La perfección consiste en la caridad”, ¿la perfección de qué? ¿la perfección de la vida, o la perfección de la persona? ¿la perfección de qué? Y vamos a decir que se trata de la perfección de la persona cristiana, de la personalidad, que son dos cosas distintas.

En la Escritura, cuando se habla de la perfección moral en el modo de actuar de una persona, que se llama irreprensibilidad… -y podemos decir así: esta persona ha procedido perfectamente, no se le puede atribuir culpa ninguna, es irreprensible-, es un modo de perfección. Y también aparece en la Escritura la perfección de la madurez de la persona; persona madura. En este sentido, la persona imperfecta es la que no ha llegado a la madurez. No digo la que no ha llegado por culpa –a lo mejor sin culpa-, pero no es persona madura, no es perfecta. Estos dos conceptos se ven claros, ¿no? Son dos conceptos distintos. Yo puedo decir de este muchacho, de este joven: este joven no ha llegado a la madurez. ¿Quiero decir con eso que es culpable? No, no digo que es culpable. Puedo decir: este hombre es irreprensible, este joven es irreprensible, pero no es todavía perfecto, pero procede sin culpa. Son dos conceptos distintos que se confunden muchísimas veces, desgraciadamente.

En San Pablo, en la carta a los hebreos concretamente, dice él: *«Y os habéis convertido en gente que necesita de leche y no de alimento sólido. Ahora bien; todo el que toma leche, todavía no ha llegado a dominar la palabra de la justicia, porque es niño todavía. En cambio, el alimento de los perfectos es el alimento sólido, es decir, de aquellos que, por la costumbre, tienen sus sentidos ejercitados para discernir el bien y el mal»*. Aquí tenemos la idea del hombre perfecto; perfecto cristiano. Es le hombre que, por el ejercicio constante, por la costumbre, tiene los sentidos interiores del alma ejercitados, preparados, para discernir el bien y el mal, o lo que es lo mismo, para discernir la voluntad de Dios, lo que agrada a Dios. Esto es lo perfecto.

De modo que en aquel pasaje, San Pablo pone una triple antítesis: discípulo y maestro; los opone. Añade después: niño y hombre perfecto. Las etapas de la vida espiritual, como las de la vida corporal se dividen así: en infancia y madurez, que se caracterizan por el alimento específico: leche y alimento sólido. De modo que aquí tenemos en San Pablo el concepto del perfecto; perfecto que se opone a niño, inmaduro; el hombre maduro, el hombre perfecto.

Según esto, según San Pablo, han obtenido el fin de la perfección cristiana los que de una manera estable están ejercitados, preparados, en forma, por efecto del ejercicio duro, gimnástico, que han hecho para discernir en todo la voluntad de Dios.

Esta es la característica del hombre perfecto. ¿Quiere decir que no cometen faltas? No; puede ser que cometan algunas faltas de fragilidad, y en ese sentido tienen algo de responsabilidad; pero tales, son maduros. Y puede darse el caso contrario de un hombre que no es perfecto con madurez del tipo que decimos, y sin embargo es en cierto modo irreprensible.

Esto tiene mucho valor en la dirección espiritual de las almas; estos dos conceptos que no se deben confundir. Uno puede ser irreprensible y no maduro; puede ser maduro y tener algunas faltas que reconoce uno como faltas. No se puede uno detener ni en una cosa ni en la otra. No decir: es que no tiene culpa; ya está; perfecto. ¡No! No tiene culpa, pero no es perfecto. Entonces lo importante ¿qué es?, ¿que sea perfecto aunque tenga culpa? Tampoco podrá ser perfecto aun cuando tenga esa madurez, si no es fiel también en cumplir los deberes que tiene que cumplir.

Para que lo entendáis esto mejor, vamos a recurrir a la imagen clásica de San Pablo. San Pablo tenía una predilección por la imagen del deporte. Cuántas veces habla de los que corren en las carreras, en las olimpiadas. Pues bien; cuando San Pablo habla de esto distingue dos cosas: la perfección de la carrera y la perfección del corredor que está preparado. Dice cómo él tiene que luchar, pues tiene que abstenerse de todo, hacer ejercicio duro, constante, para estar en forma para el momento de la lucha. Así, tenemos la perfección de la persona. Después tiene que luchar según las leyes del juego. Aquí esta la irreprensibilidad.

No contentarse con la irreprensibilidad, sino ir cada vez más madurando, de modo que podamos discernir la voluntad de Dios. Y los Ejercicios nos ayudan para esto: para preparar el alma,

ejercitar el alma, ejercitarla, habituarla, para que halle la voluntad de Dios en madurez de espíritu; llevarla a la madurez espiritual. Si no se lleva a esto, nos podemos encontrar con gente que no comete pecado, y sin embargo no es perfecta en su modo de actual. ¡Cuántas veces pasa esto!

Yo recuerdo de un Padre espiritual mío, que cuando se le iba uno a quejar de ciertas molestias que recibía de aquí y de allá, de una persona o de otra, decía: "Y lo peor, es que no pecan; porque si pecasen, como son buenos, se arrepentirían; pero como no pecan, como lo hacen por amor de Dios, pues le fastidian". Aquí está el concepto de irreprensibilidad; sin culpa, pero falta de madurez, de juicio.

En el concepto de irreprensibilidad, cuando uno pone como ideal el no cometer una falta, se puede ir muchas veces a hacer enseguida voto de no cometer una falta deliberada. Pues no es eso lo más importante, sino que lo más importante es que usted llegue a discernir lo que es más perfecto; que es otra cosa distinta. Hay gente que tiene una conciencia muy grosera, y si tuviesen voto de perfección seguirían tan groseros. Ahora; como ellos no ven más perfección que eso…

Recuerdo un caso. Me contaba un Padre de la Gregoriana, misionólogo, que estuvo por África. Y le acompañó un ex – legionario, de la Legión extranjera, y le enseñó todo aquello… le acompañó con mucho afecto… un poco abandonado religiosamente, pero le cayó simpático aquel Padre. Y cuando se despidió, conmovida, el Padre le quiso pagar –le había llevado en coche por allá…- y le dijo: "No, no, no; Usted tiene más necesidad de dinero, y mejor le vendría que yo le diese a usted. Ahí tiene un poco de dinero; le pago yo. Diga alguna Misa por mi alma. Y si alguna vez necesita usted suprimir alguna persona, pues basta que me dé la dirección; ya me encargaré yo. Porque esto por la Iglesia no lo he hecho nunca todavía; yo quisiera servir a la Iglesia".

Si éste tuviese voto de perfección, le eliminaría lo mismo, porque como le parece que es una obra de ayuda a la Iglesia… Veis la irreprensibilidad; falta de perfección de la madurez cristiana, de la personalidad cristiana.

De modo, que tened claros estos dos conceptos: **irreprensibilidad** y **madurez de la perfección de la personalidad cristiana.**

Ahora vamos a ver más en concreto. ¿En qué consiste la madurez de la personalidad cristiana? ¿Qué elementos entran ahí?

Partimos de la analogía, del ejemplo de la madurez de la personalidad humana, y vamos a ver esta madurez de la personalidad humana.

¿Cuándo se puede decir que una persona, una personalidad humana es madura?

En el hombre tenemos varios planos. Existe la parte animal, existe la parte intelectual, y todo tiene sus cualidades y sus potencias. El hombre perfecto en el orden humano, tiene que integrar toda esta realidad que él tiene. Integrar significa no solo desarrollar, sino crear una unidad interior; de modo que sea una única persona; no planos diversos: el plano animal por un lado, el plano intelectual por el suyo, sino cada uno de los elementos superiores, de los estratos superiores del ser, tiene que apoyarse en los inferiores, informar estos inferiores, y a su vez los inferiores influir en los superiores, constituyendo una unidad. Así se va desarrollando el hombre. Ahora, tiene que llegar a una unidad que sea verdadera, que corresponda a los verdaderos valores reales; y esto, de ordinario, se le comunica a la persona humana por la educación, educación que tiene que ser **objetiva**; tiene que presentar a éste, que está en desarrollo, el ideal antropológico total, personal, del hombre, y hacerlo llegar a esa unidad final.

Hoy día en este trabajo de integración, se atribuye un gran valor al funcionamiento de la **afectividad**. La afectividad se entiende, no meramente el sentimentalismo, no; eso no es afectividad; sino la afectividad se entiende, la capacidad adhesiva de la persona humana; es acoger las cosas con calor; no meramente dejarlas allí fuera, como una separación de la realidad, sino una aceptación proporcionada del valor de las cosas. Si la inteligencia me presenta que esta cosa tiene valor, no sólo tengo que decir: tiene este valor, sino tiene que haber en mí una respuesta cordial, afectiva, proporcionada a ese valor; **proporcionada.** Y cuando falta esta respuesta, hay algún desorden en la personalidad, falta de madurez. De ahí muchas veces una cierta tendencia de tipo

esquizofrénico, es decir, como una personalidad dividida del orden de la realidad. La realidad va por su lado, yo voy por el mío; no entro en el orden real, existente: en las cosas, en las personas, sino está fuera; no tiene capacidad de reacción. Eso es desorden.

Otras veces por exceso, porque adhiere demasiado; no según el juicio proporcionado de la inteligencia; y eso también es desorden.

Pues bien; a esto se le atribuye un gran valor hoy día: al desarrollo afectivo proporcionado. Insisto; no es sentimentalismo. Es sentimentalismo es más superficial, y de ordinario suele ser por falta de afectividad proporcionada. Así, la gante que es muy emotiva y se conmueve enseguida, se desconmueve con la misma facilidad, porque falta la respuesta personal, cordial, del fondo del ser a esa impresión exterior.

Y así, los muy emotivos cambian como las veletas, y dentro no se adhieren a la realidad. Hablo, pues, de la respuesta proporcional.

En una ocasión, se me presentó un viejecito llorando, como pocas veces he visto llorar, y conmovía, ¡pobrecito! Y después, cuando pudo hablar ya, con los sollozos que traía, yo conmovido por lo que le hubiera podido pasar a aquel hombre, le di unas palmadas y le digo: Bueno, pero ¿qué le pasa, qué le pasa? ¿alguna desgracia? Y me dice: "Se me ha muerto el gato". El gato… Para mí un respiro. Y el pobre… no, no; lloraba, lloraba, lloraba. Me decía: "Es la única persona que me quería".

Eso no es afectividad proporcionada; eso es sentimentalismo. No es proporcionado. De modo que ahí no; eso no es justo. Esa persona no es madura. No aplica los valores y la adhesión cordial personal a los valores proporcionales.

En cambio, comprenderéis otro caso en el cual falta esta reacción. Imaginad una joven que ha perdido a su madre. Dieciséis, dieciocho años. Y la encuentro y le pregunto: ¡Habrá sentido mucho la muerte de su madre! ¿No es verdad? Y me dice: -"No, no; nada, nada, nada. No he sentido nada". –Pero ¿usted sabe lo que era su madre y lo que le debe usted? –"Sí, sí; eso lo entiendo perfectamente y quisiera tener pena, pero no siento ninguna pena". Esto es falta de respuesta proporcionada. Este caso no es normal. Incluso se puede ver si hay que hacer alguna intervención clínica para ver si se puede remediar esto; a ver si se puede crear la respuesta afectiva proporcionada, porque esta persona tiene un defecto psicológico. Hay algo que no marcha. Veis claro.

Aquí está este valor que dan tanto hoy día los médicos, y al que atribuyen muchas de las perturbaciones mentales personales. Son aspectos de afectividad, de la afectividad verdadera proporcionada.

Tiene, pues, un papel muy importante la afectividad, porque ella realiza esa integración y da unidad a todo el ser humano. Lo demás, quedan como compartimentos sueltos, individuales. En cambio, esto le da la unidad en la totalidad de la persona. Bien.

¿Cuándo, pues, podremos decir que existe una persona madura humanamente? Cuando se da estos tres elementos:

1º.- cuando a cada experiencia, valor, realidad, se la da en el juicio, en la estima del juicio, el valor que le corresponde objetivamente. No sobrevalorar nada y no subvalorar nada, sino lo que le corresponde. Eso vale como cien, yo lo estimo como cien. Vale como veinte, lo estimo como veinte. Es el juicio proporcionado.

2º.- Cuando la respuesta afectiva es proporcionada a ese valor que yo reconozco en la cosa. Si el valor ha sido cien, mi respuesta afectiva debe ser una adhesión a esa cosa como cien; y no que me deje frío, no. Que aquello es veinte, como a veinte, como corresponde al orden objetivo.

3º.- Cuando la firmeza de voluntad y cuando el comportamiento exterior, comportamiento personal, corresponde al juicio estimativo por lo menos, y al otro, pues pueda ser que en un período haya que formarlo, pero sea correspondiente a la estimación del juicio. Si ahora hay que actuar

según este juicio, hay que actuar así, se actúa así, con fuerza de voluntad, aun cuando quizás todavía la afectividad no responde, porque no se ha formado; pero la voluntad al menos responde. Entonces tendríamos una persona perfecta. Cuando se dan los tres elementos juntos es la madurez de la persona.

Y vamos a explicar esto al orden sobrenatural. Es muy sencillo

Por los Sacramentos y por la gracia, tenemos un elemento más en nuestra personalidad: la gracia santificante. De modo que, sobre el ser animal, intelectivo, tenemos ahora el ser de la gracia. Este ser de la gracia, este orden de la gracia, tiene que integrarse con los otros dos y formar una unidad única, una **personalidad cristiana**. Y para eso no se puede separar en dos planos: el plano sobrenatural y el plano natural, sino que es necesario que el plano sobrenatural y el natural, todo, forme una unidad de la persona cristiana: en la valoración, en todo.

Y aquí un principio que para vosotras tiene particular importancia en la educación. Es fatal el insistir en esta separación: valores humanos - valores sobrenaturales; fatal. Sería como si uno en el orden puramente humano estuviera distinguiendo: valores animales, valores intelectivos. Y uno dijese: vamos a desarrollar ahora todos los valores animales. ¡Pura libertad! ¡Hala! ¡A hacer el animal! Y después desarrollaremos los valores intelectivos: ¡a hacer el intelectual! No. Es una unidad; por lo tanto, incluso la actividad animal es siempre racional, y debe ser siempre racional. Lo mismo en el orden sobrenatural. No existen los tales valores humanos. Es todo según la persona cristiana. ¿El deporte? Juicio cristiano del deporte, valoración cristiana. Es una única persona cristiana. Si se forma esos planos diversos, una vez que ha crecido así, ya difícilmente se realizará la unidad de todo el ser; difícilmente. Será siempre como dos personas: la persona humana, la persona cristiana. Ahora actúa como cristiana, ahora actúa como humana. No. Esto es fatal. De modo que hay que realizar esa integración; una unidad; desde el principio. En todo dar el **valor cristiano** que tiene, como persona cristiana.

Mas, fijaos que –como indicaba en la meditación precedente- la persona cristiana no se agota en ese elemento de gracia que entra sobre ella, sino que la verdadera **cabeza** de la persona cristiana es Cristo, de cada uno de nosotros. El que nosotros somos miembros de Cristo no refiere inmediatamente y primariamente al aspecto social de todos, que formamos un cuerpo, sino se refiere a la dependencia del miembro de la cabeza; cada miembro es una dependencia particular de la cabeza. El miembro solo no puede hacer nada. El miembro depende de la cabeza, porque el movimiento y sentimiento le viene de la cabeza a través de los nervios. Por lo tanto, en cada unde vosotras la cabeza suya es Cristo. De modo que tenemos los planos siguientes: plano animal, plano intelectual, plano de la gracia santificante, y Cristo cabeza de esta persona. Esta es la persona cristiana concreta.

Ahora, ¿cuándo llegaremos a la perfección, madurez, de la persona cristiana? Llegaremos, de un modo análogo a cuanto decíamos:

1º.- Cuando el juicio de las cosas se pronuncie siempre y se forme siempre según la luz de la fe; siempre. Es el valor que tiene esta cosa, que es el verdadero valor de la cosa –notad-; es como la ve Dios. Ese es el juicio de la fe: como la ve Dios. Valorizarla como la valoriza Dios. Eso es como juicio, en cada cosa.

2º.- En la afectividad, que haya una respuesta proporcionada al juicio de la fe. Para eso tenemos la caridad y el corazón nuevo que el Señor nos ha dado en el Bautismo con la gracia santificante, que nos ha enriquecido también en la afectividad; y hay una respuesta proporcionada. Se puede decir: -Es que yo no tengo la culpa… -Si yo no digo que haya culpa… Digo que no es perfecto si no hay una respuesta afectiva proporcionada.

Pongo un ejemplo. Supongamos que yo le pregunto a una joven: ¿Sabes tú lo que es el pecado? Y me dice: Sí, es una ofensa a Dios; es una cosa horrible. -¿Sientes repugnancia al pecado? –No. Aquí hay una falta de proporción. La respuesta afectiva no corresponde al juicio estimativo; no hay perfecta persona cristiana, no hay. ¿Es que tiene culpa? Ninguna. Tampoco aquella joven tenía culpa de no sentir la muerte de su madre. Ninguna. Pero lo único que digo es que no es

perfecta. Pero entonces, ¿qué va a hacer? Eso es otra cuestión. ¿Para qué son los Ejercicios Espirituales? "Sentimiento interno de la pena que sufren los condenados… sentimiento interno de la gravedad del pecado…" Para proporcionar, para obtener la gracia de Dios que en nosotros produzca, cree, ese corazón nuevo y esa afectividad nueva proporcionada a la criatura, a la realidad concreta, según el juicio de la fe. Pero mientras no lo tenga, no es perfecto. Lo mismo si le pregunto: ¿Tú sabes quién es Jesucristo? –Sí; le debo todo. –Y, ¿amas mucho a Jesucristo? ¿Sientes amor a Jesucristo? –No, nada; me deja frío. –Pues hay una falta de proporción; no ha llegado a la realización. Y toda vuestra educación con todos vuestros colegios va a eso. Si no, estamos perdiendo el tiempo: educar a la persona **cristiana** en todos los aspectos: juicio de fe, respuesta afectiva proporcionada y respuesta de la voluntad **firme**, según el juicio estimativo de la fe. Ahí tenéis todo el ideal; y esto en docilidad a Cristo cabeza. De modo que idealmente sea Cristo el que vive en nosotros, en la perfección de este ser sobrenatural; y claro está que esto, podemos decir que se realiza cuando en la perfección de la caridad. Entonces se ha llegado a este grado; cuando uno vive ya la plenitud de la caridad, no solo en el grado mínimo en que es virtud. Como decía Santa Teresa, ¿por qué el Señor no nos da desde el principio la caridad perfecta y nos ahorraría mucho? Dice: No, no nos disponemos. Hay que irse disponiendo, educando, como en el orden humano; hay que ir creando, preparando, disponiendo, hasta que se llega a la caridad perfecta; aquella caridad que procede de la fe pura, del corazón limpio. Y entonces es cuando se realiza el ideal de San Pablo: La caridad es paciente, es benigna, no es celosa. Todo eso lo hace la caridad. Lo piensa bien todo, ama a todos, todo lo soporta… Es la perfecta caridad; cuando uno está ya solamente en plena docilidad a Cristo, realizando el **ideal** de la filiación suprema. Aquella que decía el mismo Cristo hablando Él de la relación que tiene con el Padre (Jn 5, 19: "En verdad os digo, el Hijo no puede hacer nada sino lo que ve hacer al Padre; pero lo que el Padre hace, eso también lo hace el Hijo espontáneamente".) Este es el ideal de la personalidad cristiana. Es: que se llegase a tal estado que uno, por propia iniciativa, independiente de Dios, no hace nada. Pero apenas Dios quiere una cosa de esta persona, la hace espontáneamente, con perfección, con esa vivencia interior afectica **rica**; con el deseo de agradar sólo a Dios.

Tendamos, pues, a esto; y veremos cómo realizamos la **unidad** de nuestro ser sobrenatural, y cómo es verdad lo que hemos dicho en la meditación precedente: que el hombre ha sido creado para agradar a Cristo.

USO DE LAS CRIATURAS

En medio de la confusión del mundo, de los criterios que reinan, que vemos alrededor, hemos procurado poner clara nuestra posición: "Yo he sido creado para agradar a Cristo". Este tiene que ser el filón fundamental de toda nuestra vida: agradar a Jesucristo.

Y ahora, miramos alrededor de nosotros, y mirando alrededor de nosotros, todavía nos encontramos con todas las cosas que nos rodean, y quizás todavía no llegamos a orientarnos del todo. Nos encontramos con todos los valores apostólicos, valores terrestres, humanos, de cuanto nos rodea. ¿Cómo proceder en todo esto? Pues vamos a ver ahora esta norma, para imponerla a la voluntad, y la consecuencia en la afectividad.

Todas las cosas son creadas para el hombre. De modo que es la frase de San Pablo que dice: "Todas las cosas son vuestras, **pero** vosotros de Cristo y Cristo del Padre". Todas las cosas son creadas **para** el hombre; todas cuantas uno encuentra en su vida, sin excepción ninguna. Ese es el primer aspecto que interesa subrayar: **sin excepción ninguna**, sin presupuestos; sin poner cosas intangibles. Todo: método, nuevos o antiguos; costumbres, nuevas o antiguas; todo es para que nos ayude a agradar a Cristo. Sin excepción. Es difícil esto. No presuponer nunca como algo inconmovible, que uno tiene que hacer esto o lo otro, sino todo ponerlo sencillamente a disposición de Cristo. Todo. ¡Qué difícil es esto en la práctica! Cuántas veces decimos: es que esta joven tiene que cuidar la salud. Es cierto que aquel sitio, aquel lugar es ocasión próxima de pecado, y siempre peca, pero… la salud… ¿Y la del alma? ¿Por qué dejamos como presupuesto intangible esto o lo otro? ¡Cuánto bien se deja de hacer muchas veces por no tener ese ánimo total! Hace falta realizar la voluntad del Señor. –Es que tiene que estar en tal ciudad… -O la tiene que dejar… o tiene que cambiar de sitio… En esto no podemos nunca poner nosotros límites a la voluntad del Señor.

Y lo mismo en el mundo espiritual, en los apegos que podemos tener. ¡Qué difícil es esto! Y aquí suele fallar precisamente la auténtica dirección espiritual. Hay pocas almas –creo yo- relativamente pocas almas que se ofrezcan decididamente, del todo, a la dirección espiritual; que no presupongan ciertas cosas intangibles. Hay pocas almas que pongan **todo** a disposición de Cristo. Siempre encontramos motivos para hacer alguna reserva. O porque este director es un poco anticuado, o porque: "Bueno, esto es mejor no decirse, porque si no, corre peligro de que nos quedemos sin ello". Y… queda uno tranquilo… que va llevando la dirección espiritual. Pues… no puede ser. Hay que ponerlo todo a disposición de Cristo. Todas las cosas **para el hombre**. "Todas las cosas son vuestras"; al servicio del hombre. Para que le ayuden a agradar a Jesucristo. Nada más que para esto. Las cosas todas son materia de nuestro diálogo con Cristo. Todas las cosas. No son el sujeto con el cual nosotros dialogamos, sino que hablamos con Cristo de las cosas, de las personas. Y en nuestro mismo conversar con ellas, más miramos la reacción de Dios que la reacción de las personas mismas.

No son, pues, tres puntos los que determinan mi vida: Dios en lo alto, las criaturas, y yo; como un triángulo, de modo que yo dialogo a veces con Dios, a veces con la criatura, sino que son sólo dos puntos: Dios y yo, y las criaturas en medio, como materia de nuestro diálogo. Esta es la visión real, íntima. Y aquí está el principio: derechos a Cristo. Como decía aquel hermano coadjutor nuestro, que ya murió, tan bueno… vasco, que nunca llegó a aprender el castellano del todo. Y tenía sus cosas muy simpáticas. Volvió de Bélgica, poco antes de la guerra, en 1936, y al pasar la frontera escribió una carta desde aquí a Bélgica, a los compañeros que estaban en Bélgica, y decía: "Aquí viene caos". –En efecto, la guerra vino al poco tiempo. –Cierto que le gustaba mucho aprenderse de memoria todas las palabras españolas que oía-. Y en una ocasión en que se le inundó todo el refectorio que estaba preparando –un jueves-, allí acudimos todos a charlar con él. Y le dijimos, naturalmente:

-Hermano, ha venido caos.

Y nos dijo:

- No, no, no, no; ha venido hecatombe.

Y le preguntamos:

- Pues, ¿qué diferencia hay?

-Hecatombe es un caos chiquito.

Pues bien; este buen hermano que había luchado en la guerra carlista, era muy entusiasta; y cuando empezó la guerra, estaba con unos entusiasmos… Y le llamó el P. Provincial de entonces y le dijo: -Hermano, ahora usted ya no está luchando la guerra carlista. Así que nada de políticas ¿eh? Deje usted todo eso.

Y dice el hermano: -Pierda usted cuidado, Padre, pierda usted cuidado. Yo, línea recta a Cristo, y caiga quien caiga.

Pues bien, aquí está esta meditación del Principio y Fundamento. Todo está ahí: línea recta a Cristo y caiga quien caiga. Todo para Cristo. Todo nuestro, pero para que nos ayude a ir derechos a Cristo, sin ninguna desviación. Todas las cosas para el hombre. De modo que ninguna cosa debe interrumpir mi diálogo con Cristo; ninguna cosa de este mundo, ninguna. Y menos como religiosa. Todo tiene que ayudarme a vivir mi diálogo con Cristo; sean cosas agradables o sean cosas desagradables. Mi vida es crecer en esta unión con Cristo en cualquier circunstancia de mi vida, sea dolorosa, sea de placer, sea de diversión, sea de apostolado. Tenemos que crecer cada día y cada hora en este diálogo de amor con Cristo. Porque mi oficio es agradar a Jesucristo. Para que me ayuden a agradar a Jesucristo.

En los apuntes espirituales de Lucía Cristina –seudónimo; ella se llamaba con otro nombre-, publicados por el P. Pulén, cuenta que en septiembre de 1875, cuando se preveía ya el comienzo de la guerra franco-alemana, ella se encontraba angustiada ante las realidades que se echaban encima, y había perdido un poco la paz. Y el Señor dice que le hizo sentir internamente esta palabra:

-“Hija mía, no hay en el mundo nadie más que tú y yo”.

Y ella le dijo:

- Pero Señor, ¿y todas las demás almas? ¿y todas las demás cosas?

Y el Señor a ella:

- “Para un alma que me ama, no existe en el mundo nada más que ella y yo. Todas las demás almas, todas las demás cosas la interesan sólo en cuanto le vienen de mí y la llevan a mí”.

Dice que esto le empezó a dar una especie de dominio de sí misma, que hasta entonces no había tenido nunca, y que fue creciendo.

Es esto, esto que estamos diciendo. El hombre ha sido creado para agradar a Jesucristo. Y todo lo demás para que le ayude a esto en este diálogo con Cristo. “Mi público es Dios”, decía Consummata, “mi público es Dios”. No hay más… que las demás me aplaudan o no me aplaudan, no me importa, con tal que Jesucristo esté contento.

Pero no está resuelto todo. Porque las criaturas me pueden servir para agradar a Jesucristo de muchas maneras. Me pueden servir, en primer lugar, por la abstención de ellas. Hoy día, esto se olvida un poco. Parece que el servicio de las criaturas, y parece que el holocausto de las criaturas y la santificación de las criaturas tiene que consistir siempre en el goce de las criaturas. Pues no. Pueden servirme y las puedo santificar y puedo agradar al Señor, absteniéndome de ellas. Y notad que, quizás, nada santifica tanto a una cosa como la abstención de ella por voluntad de Dios y en obsequio a Dios. Así, por ejemplo, el matrimonio, quizás nadie lo santifique tanto como el religioso que renuncia a él por amor de Cristo: a una cosa buena y santa por amor de Cristo. Lo ofrece en holocausto porque lo estima, y lo santifica, y lo sacrifica al Señor.

De modo que, ante la criatura puedo tener una abstención. No usarla y no gozar de ella.

Pueden servirme para agradar a Jesucristo por su contemplación, contemplando la criatura. Por ejemplo: un paisaje, las estrellas, el arte… Contemplar…

Pueden servirme también con su uso, el uso de las criaturas, el sencillo uso de ellas. Necesito esto: el autobús, el tranvía, el teléfono… uso. Uso de las criaturas. Mero uso.

Y pueden servir también al hombre para agradar a Jesucristo por el goce de las criaturas. También… ¿De modo que el goce no es malo? No, no es malo necesariamente. Hay que distinguir en el gozo de las criaturas tres grados diversos:

1º. El gozo que se convierte en sí mismo; el gozo de las criaturas, en el cual el hombre se detiene aunque sea por encima de la voluntad de Dios. Este es pecado; cuando el gozo se convierte en fin último del hombre.

2º. Pero puede haber un gozo en el cual el hombre descanse realmente; no es un mero uso, sino que descansa en la criatura. Es en cierto sentido un fin. Por ejemplo: el amor humano matrimonial. Es evidente que el amor humano no es un mero uso de una persona o del matrimonio, sino que hay un descanso mutuo en el amor. Pues bien; esto no es pecado. Al contrario, para muchas almas es la voluntad de Dios sobre ellas. Por lo tanto, no hay por qué no santificarlo en algunos casos –cuando Dios lo quiera- con el goce de este amor humano.

3º. Y por fin, existe el gozo que podemos llamar concomitante, que acompaña el uso de las criaturas. Por ejemplo, cuando uno come con apetito o duerme a gusto, pasea cuando tiene que pasear, con gusto. Esto acompaña un uso de las criaturas. Es un gusto concomitante. Este gusto concomitante no es pecado.

(4º). Todavía hay una pequeña diferencia. El gusto en el cual descansa la criatura, aun cuando no es pecado –muchas veces es voluntad de Dios sobre una criatura-, pero no se compagina normalmente con la contemplación infusa. Precisamente San Juan de la Cruz pone todo su esfuerzo en librar al alma de todo goce en el cual el alma descansa: goce de posesión. Esto no se puede compaginar con esa elevación que él describe en sus libros. El gozo concomitante, éste ni siquiera impide como tal la contemplación, a no ser que se convierta en gozo en el cual el alma descanse.

Ahí tenemos, pues, cuatro tipos, **cuatro modos** de cómo las criaturas pueden servirnos para agradar a Jesucristo: por la abstención, por la contemplación, por el uso y por el goce.

Antes de pasar adelante. ¿Cómo se nota si el apego que uno tiene a una criatura, o el goce de una criatura es concomitante, o si ha pasado ya a quiescente, a un gozo en el cual reposa, descansa uno? Porque, cierto, que el comer con apetito es un gozo concomitante. Pero cuando uno está soñando una semana en la merienda del día tal, eso no es concomitante; ahí hay algo de descanso.

Pues bien; suelen dar los autores espirituales como señal para conocer esto, lo que llaman las **pasiones fundamentales.** Son éstas: gozo, tristeza, esperanza, temor. ¿Cuándo pone uno su descanso en el goce de una criatura? El mero hecho de pensarla –esa realidad-, le causa gozo. Y el mero hecho de pensar que no la tiene, le causa tristeza. Y el que pueda realizarse en un tiempo próximo, le causa esperanza; tiene esperanza de que se haga. Y el peligro de que no se realice en un tiempo próximo, le causa temor.

Supongamos que una religiosa tiene su ilusión en un espectáculo al que va a asistir. Entonces, el mero pensar en el espectáculo le causa alegría. El pensar que no se va a dar el espectáculo le causa tristeza. Cuando se acerca ya el día, tiene esperanza de que se pueda realizar, de que el tiempo será bueno, de que no será impedido por otras razones. Y cuando sale algún peligro de que parezca que el tiempo se pone malo, empieza a tener temor. Y apenas se despierta por la mañana, va a mirar a la ventana a ver si el tiempo es bueno… a ver si esta tarde se podrá tener… Eso indica algo de descanso. No es algo meramente concomitante, sino que es algo quiescente.

Pues bien; aquí tenemos las posibilidades; y nadie puede decir “por este camino” si no es lo que Dios quiere para agradar a Jesucristo.

Y aquí comienza la lucha. Las criaturas nos atraen, y nos dicen: “Mira, goza de nosotros, porque, si no, la vida es triste”. Y nos seducen… El Señor nos las ha dado todas como cálices para nuestra misa. Y nos atraen… Y quizás debemos abstenernos de ellas… Quizás tenemos que usarlas solamente, y ellas nos atraen a gozar de ellas. Y así, nos impiden el fin para el que vamos, que es agradar a Jesucristo. Diríamos que pasa algo así como si en una carretera, en un lugar peligroso

donde no conviene que se detengan los coches, pusieran un letrero diciendo: "No detenerse aquí"; y fuera un letrero tan artístico, tan bien hecho, que todos los coches cuando llegan allí, se paran para contemplarlo. –Pues… ¿no le dice que no se detenga? Siga adelante. –Es que es tan hermoso…

Esta es la lucha de las criaturas. Las criaturas nos están señalando hacia Dios: más allá, más allá.

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura…

Sigue adelante… En cambio nosotros nos quedamos muchas veces contemplando o gozando de las criaturas. Esta es la lucha.

Según esto ¿qué norma tenemos que seguir respecto de las criaturas? Nunca creer que la santificación es meramente el goce de ellas; **nunca**. Tenemos que romper este criterio que es falso, que hoy día se extiende mucho. Puede ser en algunos casos; pero no universalizar. Ofrecer en holocausto las criaturas, para algunos viene a ser, pues como el holocausto puro: fumarlo. Ese es el holocausto. Y después sale el humo del holocausto conforme se va fumando el puro… No siempre es así. A veces, el holocausto es no fumarlo, sencillamente; dejarlo. ¿Cuál es, entonces, la norma a seguir? Norma…; "Jamás contentarnos con decir «no es pecado»; jamás". –Pero, ¿por qué no, si no es pecado? –Mirad, que esto se nos va metiendo mucho… se nos va metiendo mucho. Hoy casi hay que dar razón de por qué uno se sacrifica, incluso en la vida religiosa. –Usted, ¿por qué no va la cine? –Pues usted, ¿por qué va?, puedo preguntar más bien. –Usted, ¿por qué se priva de la televisión? -¿Es que no tengo libertad…? –Usted, ¿por qué hace penitencia? –Casi tiene uno que dar razón. Y es triste que en la vida religiosa, toda ella ordenada a ese servicio generoso del Señor, que ya uno tenga que dar cuenta de por qué se sacrifica. -¿Si no es pecado? –Es que **nunca** la norma es: "No es pecado, luego lo hago"; **nunca**. Ni siquiera para los seglares; **nunca**. Las criaturas no se nos han puesto delante para no pecar, sino para agradar a Jesucristo. Lo mismo digo de decir: "No es contra la regla, luego lo hago". Igual. No es esa la norma. Aun para los seglares. Es triste cuando los seglares preguntan: "¿Es pecado hacer esto?, ¿es pecado?". No es que esté mal el que lo pregunten; no es que no haya que contestarles; pero digo que da pena el que se contenten con saber si no es pecado para hacerlo enseguida. No basta. Uno tendría que contestar lo mismo a un cristiano que a un musulmán en muchas cosas. Por ejemplo: este vestido ¿es pecado? Tengo que dar la misma respuesta a una cristiana que a una musulmana; lo mismo. Y en cambio es cristiana. Lo que tiene que preguntar un cristiano siempre es: ¿Esto es cristiano? Y una religiosa tiene que preguntar: ¿Esto es religioso? ¿Es digno de quien profesa la vida religiosa nuestra, de quien tiene una regla de amar todo lo que el mundo aborrece? La norma no es "no es pecado; no.

Segundo. Tampoco es norma la mera norma de prudencia humana. Es buena cosa, pero no termina ahí. Ni aun lo que es más perfecto en sí mismo. Eso no es norma de acción. –Es que esto es en sí más perfecto. A mí no me interesa. A mí me interesa lo que agrada a Dios de mí. Y puede ser que a Dios le agrade de mí algo que en sí mismo no es tan perfecto. Si eso fuese la norma absoluta, nadie se podría casar, porque es más perfecto lo otro. De modo que no es norma de acción lo que es en sí más perfecto, sino lo que Dios quiere de ti.

Tampoco es norma de acción lo que es más costoso, ni lo que es más agradable. Algunos, esto lo toman enseguida: no es norma lo que a mí más me gusta. Y enseguida le dicen: porque las inclinaciones nuestras a veces, pues van a cosas que no son del agrado del Señor… inclinaciones a afecciones desordenadas… La norma no es lo que a mí me gusta; si agrada al Señor, aunque no me guste; pero tampoco es lo que a mí me disgusta. Que algunos no acaban de entender esto, y toman como norma, **lo que me disgusta.** No es norma. Porque a mí me disgustaría muchísimo tirarme al tren ahora. Y no me tiro. Y si me tirase haría un pecado mortal, gracias a Dios. –Pues, lo que es en un pecado mortal, puede ser en otras cosas, que no agradan a Dios y a mí me cuestan. Y esto a muchas almas les trae al retortero. Porque apenas hay una cosa que les cuesta, ya dicen: Es que Dios

lo quiere. ¿Quién ha dicho eso? No hay santo que haya dado esta norma: que hay que hacer lo que más nos cuesta; nadie, nadie. -¡Ah! Pues San Juan de la Cruz dice que "no lo que más te guste, sino lo que menos te guste". San Juan de la Cruz dice muy bien –que era muy teólogo-: "inclinarme más a lo que me cuesta que a lo que me agrada". Muy bien. **Inclinarse**. Pero no tomarlo como norma de acción. San Ignacio también dice: "Nuestro más continuo oficio será nuestra mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas **en el Señor Nuestro**", en lo que agrada al Señor. Inclinarnos siempre a eso. Dentro de lo que agrada al Señor, me inclino siempre a esto; siempre. Eso sí. Eso es perfecto. Pero la norma no es lo que más me desagrade, ni lo que más me agrade. La norma es lo que agrade a Cristo.

Para llegar a esto estará muy bien que yo me incline. El P. Rottan llegará a decir esta frase que, en sí misma, pues sería factible. –Menos mal que no era español, que era del Norte- Porque decía él: "Lo que me desagrada –he cogido apuntes-, por el mero hecho de que me desagrada, es razón de hacerlo". Pero lo que quiere decir es esto: "El mero hecho de que me desagrade es una razón de más para hacerlo". Eso puedo ponerlo yo como razón positiva para hacerlo; no definitiva, sino una razón de más para hacerlo: el que me desagrada. Si quedo a igualdad, que no sé si hacer lo que me agrada o lo que me desagrada, y no llego a discernir bien, hago lo que me desagrada. –Es también muy útil, pero eso no es la norma; nunca. Y veréis cómo San Ignacio en los Ejercicios no dice nunca esto, sino en todas sus peticiones dice: "Pedir al Señor me escoja para lo que me cuesta", pero no que la hace; "que me escoja debajo de su bandera a las cosas que más me cuestan".

Pues bien; para llegar a esto, habituarnos –y ahora estamos viendo sólo la norma ideal-, habituarnos a buscar en todo lo que nos parezca razonablemente más agradable a Dios. Buenamente. No se puede llegar en esto a una seguridad absoluta, pero habituarme a esto: a hacer en cada momento lo que me parece más perfecto en mí en ese momento. Y así, poco a poco, venciendo las afecciones desordenadas, disponernos a hallar esa voluntad de Dios cada vez más luminosamente. Ponernos delante de Jesucristo y preguntarle muchas veces: Señor, ¿es esto lo que más te agrada de mí? Con suavidad, sin complicaciones; que el Señor no quiere las complicaciones. Suavemente. ¿Es eso lo que Tú quieres de mí?

Es el **"tanto cuanto me ayude a agradar a Cristo".**

Y esto aplicarlo a los medios de la vida religiosa y a todo lo que tienes entre manos.

En los mismos medios eficaces, como es la Misa y la Comunión, la oración y sus promesas, la devoción al Corazón de Cristo, a la Santísima Virgen… cuanto me ayude a agradar a Cristo.

Los medios necesarios para no ser una mala religiosa, como la meditación, los exámenes, la observancia regular, el conocimiento de Cristo…

Medios desagradables que abrazados ayudan, como son: el orden, la dirección espiritual sólida, la austeridad y penitencias, las compañías **fervorosas**…

Medios agradables que dejados, ayudan a agradar a Cristo, como son: acciones, cargos, sitios, objetos, compañías poco fervorosas y muy simpáticas… etc.

Pero esto, ¿no es hacer la vida triste? ¿No es ése un concepto demasiado negativo de la vida cristiana? No, no. Por aquí se llega a la plena salud del alma; cuando uno emplea así todas las cosas con esta norma constante: lo que agrade a Cristo. No lo que es pecado: "No es pecado, luego lo hago"; no, no, no. Eso no. Lo que más agrade a Cristo. Y notad que todo lo que hoy se dice –muy bien dicho y muy justo- de la teología de los valores terrestres, del valor que tiene la simpatía humana, valor del matrimonio, etc., todo eso… lo único que nos trae como conclusión ascética a nosotros, no es escoger entre lo malo y lo bueno, sino entre lo bueno y lo mejor. Y que la renuncia verdaderamente cristiana no es la renuncia de lo malo, sino la renuncia de lo bueno para algo mejor. Si no, lo otro no entra todavía; él queda en el límite de lo prohibido nada más.

Este es el plan. Y esta es la posición que debe tener nuestra voluntad. En todo. Aplicarla a todos los medios: si es el avión, como si es el barco, como si es el registrador, la cinta magnetofónica, como si es el reloj. Cualquier cosa entra en esto. "Lo que agrade a Cristo". –Pero ¿tiene usted algo contra los medios modernos? –Una cosa tengo, y es que los empleamos poco.

–¡Ah, pero entonces usted es muy abierto! –¡Qué voy a ser abierto… ni cerrado…! **¡¡¡Agradar a Cristo!!!** Nada más, nada más. Y no creer que para agradar a Cristo haya que ir con barca de remos. Empléelos, no para pasarse una excursión ahí…: ya que no tengo ocasión, ahora me marcho por ahí a merendar. Eso no, eso no. Para lo que es verdaderamente apostólico, y lo que es con finalidad apostólica y bajo la moción del Espíritu Santo; ahí sí. Pero fuera de eso, no. Y ahí es donde se nota. A mí no me da miedo ninguno que empleen todos los medios modernos, siempre que se ve para agradar a Cristo, hallando sólo a Cristo en la actuación interna y despegado de todo lo demás.

Pero para vivir así, viene una última consecuencia: es necesario hacernos indiferentes. Si no, no podremos a la larga esto. La persona que tiene un cariño… que tiene cariño hacia el coche… pues va en coche hasta la cama. Es incapaz de dar dos pasos sin el coche. Tiene que enseñar a todo el que viene el coche, y cómo lo hace funcionar, y lo que ha aprendido del coche. –Y el que tiene cariño a otra cosa… al magnetófono… pues igual. Tiene que llevarse el magnetófono por todas las esquinas… y así con todo. Ahí se ve cuándo uno en esas cosas procede con verdadero despego e indiferencia.

A mí me hace mucha gracia cuando anuncian un colegio: un colegio de esos con piscina y no sé cuántos, y con agua de no sé qué clases y con filtros de no sé qué… Pues esos son medios… o ¿es que usted está dando bombo como si fuese el fin del colegio? Pues ya se entiende… Nadie dice: Un colegio donde los chicos se afeitan todas las mañanas. No se le ocurre… Pues ya se entiende. Es un medio ¿no? Está sobreentendido. Vamos a la sustancia. –Y esto que nos falla hoy día ¿veis? Todas las discusiones van enseguida sobre lo que son medios materiales y no sobre lo formal. ¡Déjese de eso! Dicen: vamos a arreglar, a cambiar los hábitos de las monjas. No señor. Eso es cuestión de sastres; la reforma de la Iglesia estaría en manos de los sastres. Si no es eso… A la sustancia; al centro. –Y no hablar tanto… "Aquí todos somos unos modernos; queremos que nos quiten esto…"

No se puede a la larga, si uno no es indiferente. Porque tenemos una inclinación muy fuerte, y el corazón nos traiciona constantemente. Y el que tiene apego a una criatura y tiene deseos de estar en un sitio, encuentra mil razones para llegar a ese sitio. Por muchos modos… Y a la larga, no se resiste. Porque sigue llamando, sigue llamando…

Es necesario hacernos indiferentes. Indiferentes no con la pura voluntad, sino indiferencia afectiva hacia las criaturas. Hay un apego –diríamos-, o una afección triple, o una indiferencia triple. Hay una indiferencia en la sensibilidad. Esa no está en nuestra mano muchas veces. Pero hay una indiferencia en el corazón. Es la persona que hace una cosa **con gusto**, y renuncia a ella **con gusto**. Esta indiferencia afectiva es inexacta. La sensible no siempre nos acompaña. Puede ser que sea una cosa dolorosa, que haya una repugnancia notable de la parte sensible, superficial, pero uno lo ofrece con gusto. Esta indiferencia afectiva tiene que existir, y no de la pura voluntad, que se confundiría con la determinación precedente que hemos dicho. No; eso no bastaría. Sino que aquí lo que se trata es que haya un cambio de amor; no se trata de la indiferencia afectiva del hombre apático. El apático es el que no tiene afectividad; es aquel de quien decía San Pablo –decía de los paganos-: **"homines sine affetione, sine Christo".** "Hombres que no tienen afecto". Y es el gran pecado del mundo de hoy. Con todo lo que es el mundo de hoy, que parece que está lleno de afectividad, el gran pecado del mundo de hoy es la falta de afecto sincero. Y la gran desesperación de los jóvenes –si las tratáis- es que, andando todos detrás de ellas, nadie las estima sinceramente. Y ése es el gran vacío que ellas experimentan. El mundo no tiene afección hacia ellas. Se sirve de ellas, las utiliza; pero estima sincera, personal, no la tienen. Y ese es el gran vacío que ellas tienen. Y es el de todo el paganismo, de todo donde no hay Cristo. "Sine affectione".

No se trata, pues, de esta indiferencia que es apatía. La apatía es falta de corazón, falta de afecto. La indiferencia de la que tratamos aquí es concentración del afecto en Cristo. Es necesario para llegar a esto que nos enamoremos de Cristo hasta tal punto que con tal de agradarle a Él, todo lo demás nos sea indiferente. Es un cambio de amores. Notad que el juicio estimativo no basta para

la estabilidad del hombre. Que es muy difícil obedecer a la larga contra el propio juicio, dice San Ignacio, porque es muy violento ir contra la inclinación natural. Por lo tanto, si esa inclinación no se ordena a Cristo por este enamoramiento, será muy difícil mantener esta norma. Pero, como digo, es, no por falta de afecto, sino por exceso; por centrar el corazón en Cristo.

Si es tu amor el que me guía
con dulzura o sinsabor
¿Qué me importa a mi la vida,
qué me importa a mí el dolor,
si es tu voluntad, Señor?

Esta es la posición auténtica. Y decir que ésta no se puede conseguir… ¡Ah! Es que eso no se puede… porque esas cosas… la voluntad sí, pero el afecto, no. –No se puede conseguir con una orden de la voluntad; eso es claro. Pero la educación debe llevar a esa maduración del amor a Cristo, hasta que el alma llegue, para contentarle a Él, a hacerse indiferente a todo lo demás.

Y esto, en la vida humana, estamos cansados de verlo. ¡Vaya si se cambia el gusto de afecto! ¡Como que de ahí se suele notar cuándo una persona está enamorada! De ordinario, antes de que lo note la persona misma, lo notan las que están alrededor, porque ha cambiado el gusto… Él siempre está defendiendo a la tal persona… sus criterios son siempre buenos… Y antes no tenía ninguno de esos criterios. Y es que ya va cambiando por esta adhesión afectiva. Yo recuerdo un caso clásico de esto. Me lo contó uno que es profesor de la Universidad ahora.

Cuando eran estudiantes él y otro compañero suyo –eran estudiantes de Filosofía y Letras-, iban todos los días después de clase a la iglesia de los jesuitas para reírse del gusto de los jesuitas, que habían dorado un altar de madera precioso; lo habían dorado de arriba abajo. Y todos los días iban a la iglesia y al altar, y decían: "¡Pero mira qué mal gusto tienen! Un altar tan precioso, y lo han estropeado. No tienen perdón de Dios. Fíjate…" Y al día siguiente, lo mismo: "Pero fíjate…"

Y un día aquel otro se fue al Noviciado de la Compañía. Y éste no salía de su asombro. ¿Será posible ese hombre? Y no creía que tuviese vocación. –Y se fue al Noviciado. Y le dejaron bajar a su compañero. Y le dice:

-Oye; pero cuéntame; pero ¿tú tienes vocación? Pero… ¿qué has hecho? Pero ¿es de veras?

Y le dice el otro:

-Mira si tendré vocación, que hasta me gusta aquel altar.

¿Qué pasa ahí? Pues, hay algo que cambia. Eso es claro. Es que el corazón es así… Hay una extensión afectiva. Un alma que está enamorada de otra persona, dice:

-¿A dónde va a ir usted?

-A donde usted quiera; con tal de ir con usted… no me importa.

-Pero ¿a tal sitio?

-No, como quiera, como quiera; con tal de que vayamos juntos…

Eso es el alma que busca a Dios y que se ha enamorado de Cristo. Con tal de estar con Jesucristo, donde quiera. Con tal de que le agrade a Él, esto o lo otro me da lo mismo. Y así es como se muestran las almas de temple.

Y comenzadlo a pedir ya desde ahora: "Señor, no lo que yo quiera, por mucho que lo quiera, sino lo que Tú quieres, aunque yo no lo quiera. Señor, no como yo quiero por mucho que lo quiera, sino como Tú quieres, aunque yo no quiera". Y que esto vaya entrando dentro, dentro; hasta que poco a poco, en los Ejercicios y en nuestra vida lleguemos a ese enamoramiento de Cristo, al estilo de Javier, de San Francisco Javier, para el cual ya era lo mismo estar en Japón, que estar en China, que estar en cualquier parte, con tal de agradar a Cristo.

LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO

Vamos a hacer esta meditación de la devoción al Corazón de Cristo, sirviéndonos de la exposición del principio y fundamento.

Es cierto que hay una crisis de la devoción al Sagrado Corazón.

Los Sumos Pontífices últimos han hablado de la importancia de esta devoción; han tenido documentos importantes. Pero a pesar de todo hay que reconocer que mucha gente actualmente, no acaba de entrar por esta devoción al Corazón de Cristo. Hay muchos jóvenes que han trabajado con fervor en movimientos de Acción Católica, de apostolado católico; se han entusiasmado de la figura de Cristo, y no acaban de entusiasmarse con la devoción al Corazón de Cristo, por diversas razones. La encuentran en alguna manera como algo pasado para ellos, algo demasiado frío, demasiado de iglesia.

Examinando los elementos que pueden influir en esta reacción de mucha gente, buena por otra parte, creo que se encuentra uno con que una gran parte de esto depende de la exposición misma de la devoción al Corazón de Cristo.

La devoción al Corazón de Cristo no consiste esencialmente y principalmente en algunas prácticas devotas, aun cuando sean buenas y, en su grado, necesarias; como son: algunas novenas, algunos actos de consagración o de reparación, etc. No consiste esencialmente en esto. Estos son elementos que pueden ayudar, pero no son la esencia. Podríamos decir que la devoción al Corazón de Jesús si consistiera en esto, no se podría llamar como la llama Pío XII la quintaesencia del cristianismo y la forma más perfecta de vivirla. La devoción al Corazón de Jesús, más que todos esos elementos sueltos, es un modo de concebir la vida cristiana. La sustancia de esta devoción se podría decir que consiste en este punto.

Con la evolución de los tiempos, la figura de Cristo se hace cada vez más grande, más teológica, más elevada, más celestial –diremos- más subida; y con todas estas ideas del cuerpo místico de Cristo, se forma uno una idea tan alta de Cristo, que este Cristo a fuerza de subir parece que es totalmente insensible. Es ya como un ser que parece que no toca a Él nada de las cosas de este mundo. Y entonces vienen esas consideraciones del pecado mismo, en el cual no se ve cómo una acción transitoria de un hombre pueda interesar al Señor.

Pues bien; en medio de esto, el Corazón de Cristo que se muestra a la humanidad, es un gesto del Señor que quiere decirnos: pero mira, si Yo tengo un corazón… no me trates como una persona sin corazón. Yo lo tengo. ¿Por qué me tratas así, si tengo un corazón? Eso es en el fondo el sentido de la devoción al Corazón de Cristo. En vez de un Cristo abstracto, es Él mismo que se presenta y me muestra la realidad de su ser humano-divino, de un corazón que late. La devoción al Corazón de Cristo es, pues, sobre todo, un modo de concebir la vida. No es un conjunto de elementos objetivos determinables, sino es algo que interesa a la persona misma y le da una visión de toda la realidad humana.

Y vamos a ver si entendemos en qué consiste esta visión del mundo.

¿Qué nos presenta el mundo de hoy? Basta abrir los periódicos de actualidad para comprender qué es el mundo hoy; más o menos como siempre. Interesa la materia; interesa el deporte, el arte; interesa la economía, la moda, la diversión, el espectáculo. Eso es lo que interesa: lo sensacional. Pero no hay sitio en este mundo para Cristo, para Dios; apenas se menciona. No es suficientemente sensacional como para interesar como interesa la prensa, la radio. No interesa al mundo. Incluso la religión de muchos cristianos de hoy, fácilmente se nos presenta como cortada de la vida. Hay un hiato entre la realización religiosa y la realización vital. Este cristiano va de vez en cuando a orar, hace alguna visita al Señor en la Eucaristía, quizás oye la Misa incluso algunos días entre semana, comulga, pero una vez que ha hecho sus actos religiosos, después todo el día es para él. En cuántos cristianos hay esta dualidad: el culto al Señor y el resto para mí. E incluso en estas personas, cuando piensan en Jesucristo, Jesucristo es para ellas una gran figura, sí, pero una figura que está allí, hace dos mil años, hacia la cual uno tiene que volver la cabeza, porque está muy lejos. Y si la miran hoy,

la ven allí en el cielo, casi tan lejos como los dos mil años del pasado, sin preocuparse más de los hombres, insensible a todo. Él está en la gloria del Padre.

La moral hoy, también presenta unos caracteres correspondientes. ¿Qué significa el pecado para la mayor parte de los hombres y para muchos de los cristianos? Como decía un autor inglés, "el pecado es una denominación medieval para designar el fin de semana". Es decir, es como un modo de divertirse, y a lo sumo lo considera como algo contra los mandamientos de Dios. No precisamente como una ofensa personal contra la persona misma de Dios, sino algo así que, como existen leyes del Estado, existen los mandamientos de Dios, y va contra los mandamientos de Dios.

Y si esto es la religión en muchos seglares fieles, en los religiosos y en las religiosas, muchas veces hay un peligro de concebir la vida religiosa demasiado literalmente en este sentido. No que deban observar todas las Reglas –que lo deben hacer-, sino que el sentido de esta misma observancia puede ser más material, como valorizando la observancia en sí misma. Si yo hago esto, y esto, y esto, ya me pueden canonizar; si hago esto, soy perfecto. Y parece que con esto ya queda uno contento y satisfecho. Y para muchos religiosos, de esta manera, las Reglas –que son un medio para que nosotros vayamos siempre más íntimamente en nuestro trato con Dios- se pueden convertir también en una especie de muro que contiene la intervención de Dios en el alma; como diciendo: "yo en las Reglas lo tengo todo; de modo que Dios no interviene más en mi vida. Ya me ha dicho todo lo que me tiene que decir; está en las Reglas". No es verdad eso. Lo que está en las Reglas –es cierto- es de Dios. Dios lo quiere, pero no es todo lo que Dios quiere de mí; eso es para favorecer mi docilidad a Dios, que seguirá abriendo nuevos y nuevos horizontes en mi vida. Y esto fácilmente falla cuando se concibe la vida religiosa en un sentido material, demasiado terreno. También ahí puede entrar entonces el doble plano de oración y vida. De ahí muchas veces el empeño de querer saber con seguridad el punto donde se encuentra uno en la vida espiritual. De ahí a veces esa obediencia religiosa terminada en los superiores como tales, no terminada en Cristo mismo, en espíritu de fe. De ahí muchas veces también, la castidad como un esfuerzo ascético meramente, no como una expresión de amor total y exclusivo al Señor. Es un modo de concebir el mundo, la religión, la moral y la vida misma religiosa. Puede darse esto, y en muchos casos se da.

Pues bien; en medio de este mundo así, en el cual muchas veces dentro de la vida religiosa se plantea uno la cuestión: ¿pero qué importancia tiene y qué puede interesar a Dios que yo hable o no hable en este momento de silencio? ¿qué más le dará a Él? –Cuando uno ve la pequeñez de una observancia, fácilmente le puede entrar esta tentación: y esto, ¿para qué sirve? ¿qué más le dará al Señor todo esto? En medio de esta concepción, viene a iluminarlo todo la revelación del Corazón de Cristo. Es como un relámpago, como un rayo que luce en medio de este ambiente, y nos da el verdadero valor y el verdadero sentido de toda la realidad. Es la revelación del Sagrado Corazón. Es un cambio repentino en toda nuestra vida, que si nos la hace el Señor –Dios quiera hacérnosla en estos momentos-, entonces transformará también toda nuestra vida.

En una ocasión, estando yo de maestrillo en un colegio, pusieron una película documental. Yo llegué tarde; miré un poco hacia el telón y vi dos manos que se movían. Fui a mi sitio; miré un poco a aquellos muchachos y les encontré que estaban todos sentados en la punta de la silla, casi sin respirar, mirando a la pantalla, con una emoción que dije para mí: pues no será para tanto… Y volví a mirar, y al volver a mirar, también yo me quedé como ellos, con la misma emoción.

¿Qué había pasado? Ahora veía en la pantalla el significado de aquellas manos. Eran las manos de un cirujano que estaba operando en el corazón de un joven. Y claro, las fotografías mostraban el pecho abierto, el corazón que latía y las manos del cirujano que intervenían en el corazón mismo. Y naturalmente decíamos todos: aquí no hay bromas; un pequeño descuido del médico y le cuesta la vida a la persona que está debajo.

Y entonces entendí: "Esto es la devoción al Corazón de Cristo". Esto. Nosotros nos encontramos como manos que se mueven en este mundo. Pequeñas cosas, sin importancia, pequeñas observancias, mandamientos que parecen cosas pequeñas… y nosotros actuamos, y nos parece una cosa que no vale la pena preocuparse. Pero he aquí que viene esta iluminación de la

revelación del Corazón de Cristo, y me dice: Mira; esas manos tuyas están operando sobre el Corazón de Cristo. Debajo de esas manos está un Corazón que late, y todo lo que tú haces es una operación sobre ese Corazón. Todo lo que tú haces es, o agradable o desagradable al Corazón de Cristo. Todo repercute en Él. O es una alegría para Cristo o es un dolor para Cristo. Pero no hay acción humana, verdaderamente humana, que no repercuta en el Corazón de Cristo. Si tú tienes esta visión, si caes en la cuenta vitalmente de que todo es una operación en el Corazón de Cristo, ya está. El sentido de todo es una operación en el Corazón de Cristo. El hombre está hecho para agradar a Cristo.

Es una gracia muy grande esta: la de sentir internamente que toda mi vida, que la vida de todas las almas que el Señor te confía, son una operación ene. Corazón de Cristo. Gracia que tenemos que pedir intensamente: que yo sienta esto. Esto sería la revelación del Sagrado Corazón para mí: que me lo haga sentir así, que se me muestre internamente, enseñándome esta realidad.

Es lo que decía el Señor a Lucía Cristina: "Para un alma que me ama no hay en el mundo más que ella y Yo. Todo lo demás le interesa en cuanto le viene de Mí y le lleva a Mí". O lo de Consummata: "Mi público es Dios".

En el fondo, esta gracia es la misma que recibieron los Apóstoles en el Cenáculo cuando la Resurrección de Jesús. Estaban en el Cenáculo muertos de miedo, con las puertas cerradas, y se creían seguros, como muchas veces nosotros en una observancia más material de la misma ley, de las mismas Reglas, como queriendo mostrarnos ya contentos del todo porque estamos rodeados de estos muros.

Y cuando estaban así en esta concepción más material y más humana que su misma seguridad, Jesucristo mismo se presenta en medio de ellos, como diciéndoles: ¿por qué me tratáis como muerto si estoy vivo? Tenéis que tratarle como **persona viva.** Si tengo un corazón… Y les mostró las manos y el costado. Estoy vivo, el corazón me late, tenéis que contar conmigo. Sin Mí no podéis hacer nada, porque yo me intereso por vosotros; tengo algo que hacer siempre en vuestra vida. –Y se alegraron los discípulos habiendo visto al Señor.

La misma gracia de los Apóstoles en el Cenáculo es también la gracia de San Pablo en el camino de Damasco. San Pablo cuenta tantas veces aquella escena, que uno se pregunta por qué repite tanto un hecho personal suyo. Es que fue para él la luz de toda su vida. Fue para él la intuición del misterio del Cuerpo Místico de Cristo. Él perseguía a los cristianos de tejas para abajo por el celo de la Ley, y persiguiendo a los cristianos se encuentra con Cristo mismo que se le pone delante y le muestra su Corazón prácticamente, y le dice: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues". Él no contaba con ese Cristo vivo, que era sensible, que tomaba como hecho a sí la persecución de los cristianos, que se le mostraba allí como el verdaderamente perseguido. Y entonces, al ver este Corazón de Cristo que se le abría, comprendió Saulo: **"Todo y en todas las cosas Cristo".**

Es el Cristo de Pablo con un corazón grande… grande… Lo dice en su carta a Timoteo: "Verdad es cierta y digna de todo acatamiento: que Jesucristo vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Mas por eso conseguí misericordia: a fin de que Jesucristo mostrase en mí el primero su extremada paciencia, para ejemplo y confianza de los que han de creer en Él, para alcanzar la vida eterna".

Que el Corazón de Jesús nos conceda esta gracia: que el Corazón de Cristo se nos muestre personalmente. Que nos dé luz para captar esta realidad honda. Así adquiriremos una nueva concepción del mundo y comenzaremos una nueva vida ya desde ahora, contemplando todo el mundo y toda la realidad. Y al leer las noticias y los periódicos, inmediatamente pensaremos en el Corazón de Cristo, porque todo es una operación en el Corazón de Cristo. Y si hay una desgracia de un terremoto, pensaremos que Cristo estaba presente en la Eucaristía, y ¿qué habrá sido de Él? Y cuando haya cualquier sensacionalismo diremos: ¿y habrá sufrido Cristo? Y con esto ¿habrá sido Él el que lo ha pagado todo… ¿Así, para nosotros, toda la realidad estará fundada siempre en el Corazón de Cristo.

Esta es la esencia de la devoción al Corazón de Cristo. Quien tiene esto, tiene lo más; lo demás es una explicación, es una exposición de algo que está ahí como en germen. Esa explicación contiene dos principios y nuestra respuesta a esos principios.

Primer principio: Jesucristo me ama **ahora.** Si es una operación en el Corazón de Cristo, quiere decir que en Él repercuten mis acciones.

Segundo principio: Ese Corazón de Cristo es sensible; goza con mis alegrías, con mis buenas obras, y sufre de una manera verdadera; sufre con nuestros pecados y con nuestras ofensas.

Y lo demás es una respuesta. Cada alma responderá según su personalidad concreta cristiana, según lo que el Señor le confía. Pero todas las respuestas estarán fundamentadas en esta motivación, en este amor de Cristo que nos ama y en esa reacción del Corazón de Cristo ante nuestra respuesta. Esta respuesta fundamentalmente será: Ya que Cristo me ama, yo le amo y me consagro a Él. Ya que Cristo ahora es sensible y sufre ahora de una manera verdadera, pues yo también quiero repararle. Consagración y Reparación. Y todo ello sintetizado en la Santa Misa. Ahí tenemos toda la devoción al Corazón de Cristo.

Jesucristo me ama ahora. ¡Jesucristo! Esta gran figura que la hemos visto tantas veces en las vidas de Cristo, en los Evangelios, en tantos trabajos hechos sobre Jesucristo. ¡La gran figura de Jesús!

Pues bien; a pesar de todo esto, tenemos la tentación constante de suplir con veleidades de perfección lo que es sustancia en esta perfección misma. Tenemos la tentación de ser nosotros como Dios. Es la mayor tentación del hombre, del religioso y de la religiosa. La tentación de querer tener en nuestra mano todo cuanto necesitamos. Tenerlo en mí con la seguridad de que lo tengo yo; porque nos parece que las cosas son más seguras en nuestras manos que en las manos de Cristo. En el orden material, las que están preocupadas con el orden material; en el orden espiritual, lo mismo. Todo es a ver si puedo tener en mis manos con seguridad la norma de mi perfección. Con estos apuntes que yo tengo, ya estoy seguro, porque los llevo en el bolsillo, y cuando haga falta los sacaré, y ya está la santidad asegurada. ¡Que no! Es la tentación constante: Y si yo observo esto, ¿entonces soy santo? ¿Qué medida me da usted y qué fórmula me da usted para esto? Una: DEPENDER DE CRISTO. Y toda nuestra tentación es huir del depender de Cristo. Tenerlo todo en nuestra mano.

Pues bien; la devoción al Corazón de Cristo viene a colocar a este gran Jesucristo en el lugar que le corresponde en nuestra vida. Jesucristo nunca es SUSTITUIBLE. Jesucristo es representado por el Papa, Obispos, etc., pero nunca es sustituido. Jesucristo continúa exigiendo de cada alma personalmente una respuesta de amor personal a Él, un diálogo personal con Él. La Iglesia es mediadora en cuanto ayuda y lleva al alma al contacto inmediato con Cristo. Y ella queda allí como una lámpara encendida, como testigo privilegiado de ese encuentro del alma con Cristo; para que se realice legítimamente.

El catolicismo es mantener ese diálogo con una persona viva, que es Cristo. Cuando un hombre empieza a preocuparse del problema de Cristo, va bien. Si llega a ver en Él la figura más grande de la historia, va mejor. Si llega a descubrir en Él al Dios-Hombre, ha dado ya con la verdad. Pero aún le queda un paso muy difícil que dar. Decir: "Este Hombre-Dios es mi amigo personal, me ama a mí **ahora**; me conoce y me ama".

Vamos a ver si el Señor nos concede esta gracia en esta meditación de hoy; la gracia que pretendemos: este caer en la cuenta de este amor **personal** de Cristo. Que es verdad que me ama… Es toda la parábola del Buen Pastor. El Buen Pastor conoce sus ovejas por su nombre, y las llama, y ellas le conocen a Él, como Él las conoce a ellas.

El gran patrono de esta verdad es Zaqueo. ¡Qué figura tan simpática! Os podéis encomendar a él para que os obtenga esta gracia del Señor como él la obtuvo en el Evangelio.

Y vamos a ir al Evangelio para comprender y ver la figura de Jesucristo, que es tan amable… Es tan simpático, que gana los corazones.

Oh, hermosura que excedéis
a todas las hermosuras.
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.

No imaginéis al Señor como si estuviera siempre con un bastón en la mano, sino que el Señor en el fondo, es una buena persona. Y es un caballero, y le gusta que le tratemos como caballero, y que nosotros le tratemos a Él como caballeros. El Señor se arregla muy bien con los caballeros, y no con las almas mezquinas.

Vamos al Evangelio. Nos habla de Zaqueo. San Lucas, capítulo 19. ¿Qué nos dice el Evangelio de este simpático Zaqueo? Que era un hombre rico. Jefe de publicanos –que eran considerados como pecadores; tenían fama de que no tenían la conciencia muy estrecha-. Dice el Evangelio que era pequeño de estatura. No dice que era gordo, pero lo podemos suponer. Este hombre, que era rico, recibiría visitas de fariseos, de sacerdotes, que iban a decirle que por ese camino se condenaba, que faltaba a la justicia, a la caridad; que así no podía salvarse. Y él les decía: Esto es asunto mío, no os preocupéis, yo me arreglaré.

Zaqueo seguía haciendo su vida sin preocuparse demasiado; hasta que conoció de oídas a Cristo y le entraron deseos vivísimos de conocerle. Y este fue el comienzo de su salud.

Así tenemos que salvar las almas: llevarlas al deseo de Cristo, y cuando entre Cristo, Él hará lo demás.

Él seguía con sus negocios, pero cuando supo que Jesucristo venía en persona a Jericó, llevado del deseo de conocerle, salió a donde venía Él. Y venía rodeado de una multitud de gente, y el pobre empezó a apretar, a dar empujones; pero no veía nada porque era pequeño. Entonces, llevado del deseo de ver a Cristo toma una decisión heroica. Él hizo sus cálculos: "Tiene que pasar por aquella calle… Pues bien, ahora que están todos ocupados aquí, yo me voy por delante, aprovecho que no hay nadie, me subo a un árbol y lo veo a la perfección". Y dicho y hecho. Vedle al pobre Zaqueo, al jefe de los Directores de Banco, corriendo por la calle, gordo, rico, pequeño como era… mirando atrás si alguien lo miraba. Da la vuelta al ángulo de la calle, mira si hay alguno, ve el árbol, se sube arriba… ¡pobre hombre! ¡Con cuántos apuros! Sin que nadie lo viese, se sienta entre las hojas del árbol. Nadie lo ha visto subir; él está entre las hojas.

Pero imaginaos lo que significa esto como humillación. Imaginaos al alcalde de la ciudad subido a un árbol… Pero él tantas ganas tenía de verle, que no le importó. Desde el árbol ve al Señor por primera vez. Sus ojos se fijan en Cristo, en aquel rostro que desean ver los ángeles, y él queda satisfecho. Ya lo ha visto: "¡Ese es!" Y cuando estaba así… -lo que es el Señor ¿eh?- llega debajo del árbol. –Podía haber pasado y haberle mandado un mensaje después: mira que me interesa hablar contigo… No, no. –Llega debajo del árbol y mira arriba. Miraron todos. ¡Qué vergüenza! ¡Pobre Zaqueo! Desde arriba no veía más que caras por todas partes. Todos los ojos mirando hacia él, y él no tenía por dónde escaparse. Y el Señor mirándole… y todos mirándole… y… unos comentarios…

Pero aquí viene el momento emocionante. Él conocía al Señor, había oído hablar de Él, lo admiraba; pero lo que no podía pensar es QUE EL SEÑOR LE CONOCIESE A ÉL… y se interesase por él.

Este es el paso difícil que le falta al alma que está entusiasmada con Cristo, pero que todavía no está convencida de que Cristo le ama **ahora.**

Pues bien; después de haberle visto así, el Señor le dice: ¡Zaqueo! –si no se cayó del árbol fue por la omnipotencia divina que lo sostuvo-. Pero ¿podéis imaginaros lo que es eso? Él, que está loco de admiración por aquel Hombre… que lo ve por primera vez… y que ese Hombre lo llama a él por su nombre… "Zaqueo, baja enseguida, que tengo que hospedarme en tu casa". Y el pobre Zaqueo todo turbado, tuvo que bajar delante de todos. Pero no le importaba nada. No sabía sino que aquel Señor lo había llamado. Para él no había más que Cristo. Y allí va feliz; no le importa nada la murmuración de la gente.

Cuando estaban comiendo, el buen Zaqueo se levanta y dice: “Señor, la mitad de mis bienes para los pobres, y si alguna vez he defraudado a alguien, le daré cuatro veces más”. Pero… ¿quién le ha hablado a Zaqueo de justicia social? –Es que Cristo ha entrado en su casa.

Cuántas veces tú también estás subida en la higuera para ver a Jesucristo a distancia… en tus especulaciones… y el Señor pasa y te dice: “Baja de la higuera… de tantos problemas… que tengo que hospedarme hoy en tu casa”.

Esta es la vida espiritual: ese hospedarme hoy en tu casa. Ese HOY es la eternidad comenzada. Tener a Cristo en mi casa supone que Cristo mande en mi corazón. Supone hacer un obsequio constante a la presencia de Cristo en mi alma. Supone conocer que Jesucristo me ama AHORA. Que fundó la Iglesia y los Sacramentos para ti; pero AHORA, Jesucristo es tu vida; Él ha hecho de ti otro Cristo y te exige que procedas como otro Cristo.

Y esta presencia de Jesucristo se siente hasta en nuestro cuerpo. Esta acción de Cristo es consciente. Él, conscientemente abraza al alma contra su Corazón. Él tiene que ser el que nos una consigo; no podemos robar esta unión. Y así, todo nos viene de Cristo; lo agradable y lo desagradable: salud, enfermedad, desgracias… Y no hay ninguna de estas cosas que no las haya tenido Cristo en sus manos ensangrentadas y haya pensado: “Se lo mandaré, sí. Le hará bien. Yo le daré gracia para sufrir”. Todo, en el cuerpo y en el alma, nos viene del amor de Cristo, y hemos de vivir en ello la plenitud de su amor.

El P. Reyes, después de quedarse ciego, escribió esta composición: “Cuando yo era pequeño, mi madre solía venir por detrás; me ponía las manos sobre los ojos y me preguntaba: ¿Quién soy yo? Y yo le respondía: Tú eres mamá. –Ahora que soy mayor, has venido, Señor, a poner tus manos sobre mis ojos y me preguntas: ¿Quién soy Yo? Y te respondo: Tú eres mi Padre, que me has puesto las manos sobre los ojos, y sólo te pido que me las quites para ver tu rostro en la eternidad”.

LOS TRES PECADOS

Ayer por la tarde meditábamos el principio y fundamento de la devoción al Corazón de Cristo. Y encontrándonos ya con la figura de Jesucristo en la escena de Zaqueo, oíamos cómo la gente murmuraba de que iba a hospedarse en casa de un pecador. Y siempre que nos acercamos de verdad al Señor, tenemos que sentir también nosotros la conciencia de nuestra indignidad en este diálogo con Jesucristo. Esto es inevitable. Y precisamente, para que nuestras relaciones con Jesucristo sean fieles, verdaderamente, tenemos que tener esta conciencia de la distancia **enorme** que hay entre Él y nosotros, a pesar de que nos llama a esta intimidad con Él. Nosotros somos siempre pobres, aun cuando por sus dones estemos en riqueza; pero por nuestra naturaleza, somos pobres.

Ahora, pues, sin destejer nada, vamos a seguir adelante en nuestro camino. Y vamos a dedicar el día de hoy entero, a ver ésta nuestra miseria, junto al Señor. No para desanimarnos, si para revolvernos las conciencias. Nada de eso. Sería estropear el día de hoy. Por eso, vamos a procurar ir explicando bien, para que obtengamos el fruto auténtico de estas meditaciones.

Es el primer ejercicio que aparece en los Ejercicios: la meditación de los pecados. Y así, aprovecharemos esto para ir explicando un poco, prácticamente, el modo de hacer oración, la actitud de oración.

Primer paso: acto de presencia de Dios. Ponernos en la presencia del Señor desde ahora. Este acto de presencia de Dios no es un acto pasajero: ya he hecho la oración preparatoria renovando al Señor: creo en tu presencia… Ya está. Ahora otro acto. No. El acto de presencia de Dios es **tomar una actitud** para toda la oración, que tiene que perseverar en ella. Actitud que se establece, y que sólo ella hará que la oración sea oración.

En efecto; acto de presencia de Dios no significa **pensar** que Dios está presente; no. Eso es pensamiento de la presencia de Dios. El acto de presencia de Dios es que **me pongo** en la presencia del Señor. Así como antes de hablar por teléfono hay que establecer la comunicación –si no, no hacemos nada, por mucho que yo hable-, de esta misma manera, la oración se comienza estableciendo esta comunicación con Dios, poniéndonos en la presencia del Señor. Abrirnos a la presencia del Señor, en verdad; en espíritu y en verdad.

Esto es el acto de presencia de Dios. Sin nervios… En la realidad. Estamos ante Él. Orar no es concentrarse en una idea; no. Una idea en la cabeza, sobre la cual convergen ahora todas mis facultades… Eso no es orar necesariamente. Ni es pasar entretenidos la hora de oración con jaculatorias, o lecturas, o el rosario… -Ya está. Ha pasado la hora… menos mal; por esta vez ha la hemos hecho. Vamos a ver mañana cómo se presenta. –No es eso el ideal de la oración. A veces habrá que recurrir a esos medios, pero no es ese el ideal. El ideal de la oración, ni es estar ocupados siempre sin ninguna distracción… -Que para algunos es también el ideal no tener ninguna distracción; ya van con ese empeño desde el principio: que no me distraiga nada. Y entonces, cuando no ha habido distracciones, ha sido buena la oración. No es tan sencillo; no. Se va a la oración a **estar** con Jesucristo, de verdad. Estar con Él. Sin ansiedad… con el corazón abierto… Eso es acto de presencia de Dios. No concentrarnos en la idea de que Dios está presente, pensándolo con fuerza; sino es más bien lo contrario: **dilatar** el corazón, abrir el corazón al influjo del Señor. Como uno que abre la ventana de par en par por la mañana para que entre el sol, así uno abre el corazón al influjo de Dios. Eso es el acto de presencia de Dios: abrirse a Él.

Recogimiento, sí, pero no introversión. Cuántas veces se confunden estos dos conceptos. Uno quiere ser recogido, y empieza a pensar dentro de sí mismo en sus propias cosas. No. Incluso se llega a decir que las personas introvertidas son más aptas para la vida interior. No es verdad; en absoluto. Los dos extremos son malos: las personas extrovertidas y las introvertidas. Las dos tienen dificultad para la vida de oración. Lo que hace falta son personas **recogidas**, que saber recogerse. –Pero, ¿no es lo mismo? –No… Vamos a ver una imagen que nos lo haga ver.

El chofer de una máquina, de un coche, que va mirando a todo lo que encuentra fuera de la carretera y saludando a todas las personas que pasan, sin disminuir la velocidad, pero interesándose por todo, mirando todo… éste es extrovertido; y fácilmente irá a terminar en algún accidente, porque no atiende, no está recogido.

Introvertido. Sería si este chofer, mientras va caminando a toda velocidad normalmente, está siempre mirando todas las piezas del motor por dentro: ahora éste, ahora la otra… sin parar. Igual. También éste tiene el mismo peligro de no llegar al término, de tener otro accidente.

Recogido es el chofer que tiene una atención distribuida. Va dándose cuenta de la carretera, de las señales que hay, de la marcha del motor… pero con una atención así, serena, hacia el fin que pretende en el conducir el coche. Ese es el hombre recogido.

Pues bien; en la oración vamos con **recogimiento**; no introvertidos, ni extravertidos, sino con recogimiento; aplicando nuestras facultades, abriendo nuestro corazón a este influjo íntimo del Señor.

Olvido de lo creado,
memoria del Creador,
atención al interior
y **estarse** amando al Amado.

Eso es orar. Con paz. Ponernos en la presencia del Señor. **Aguantarme,** a veces. Mantener nuestro diálogo abierto ante Él; y si no somos capaces de **estar** con Jesucristo, al menos soportar que Él **esté** con nosotros en la oración. De verdad, sin ninguna ficción. Por eso tenemos que guardar con diligencia las adiciones… **los medios que tenemos**… pero **sin poner nunca nuestra confianza en ellos.** No. Poner de nuestra parte lo que podemos, y después esperarlo del Señor. Esta es la verdadera actitud humilde: diligente, pero sin poner la confianza en los medios. Porque lo que pedimos siempre en la oración es una **gracia**; una gracia que nos tiene que dar el Señor. Que no tenemos que sacar de dentro de nosotros estrujando nuestros sentidos y nuestro cerebro, sino que tiene que venir de fuera; del Señor, que nos la dará. Y es inútil que estemos con los nervios en tensión para ver si la obtenemos; porque no va a salir de los nervios, sino tiene que venir de un corazón abierto o a un corazón abierto, de las manos del Señor. Es una gracia. Por lo tanto, diligencia sí, pero sin ninguna tensión. Como más estarse amando al Amado.

El gran esfuerzo nuestro –pero esfuerzo no con nervios sino diligencia nuestra- tiene que ser el de mantener el alma quieta, pacífica y dispuesta para la acción de Dios. Ahí está todo lo nuestro. Pensar, meditar, pero con el alma quieta, pacífica y dispuesta para **recibir** del Señor la gracia que pedimos. Que nos conceda Él. Que no podemos obtener con nuestras fuerzas. Ahí tenemos el acto de presencia de Dios: abrirnos. Y mantenerlo abierto. Y si durante la oración caemos en la cuenta de que el corazón ya no está abierto, abrirlo de nuevo.

Olvido de lo creado,
memoria del Creador.
Atención al interior
y estarse amando al Amado.

ORACIÓN PREPARATORIA: La santidad. Es lo que tenemos que pedir siempre. Ayer hablábamos del ideal: el agradar en todo puramente a Jesucristo. Pues eso es la santidad; llegar a eso. Y esto es lo que pedimos de aquí en adelante en todas nuestras oraciones. Es el Padre Nuestro: venga tu reino… hágase tu voluntad… Es eso mismo, expuesto también de esta manera, como oración preparatoria: que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas a agradar a Jesucristo. Puramente. Es la santidad. Y esto es lo que se pide en toda oración y en toda actividad nuestra, en todo… porque es el ideal al que tendemos. Y para llegar a este ideal, vamos a hacer esta oración o esta meditación. Pero siempre tendiendo a la plenitud del Padre nuestro: que se realice el plan divino sobre nosotros.

Esta es la oración preparatoria: el principio y fundamento. Todo lo del día de ayer visto como ideal al cual tendemos, y que pedimos al Señor constantemente; y para lo cual vamos a practicar el ejercicio correspondiente.

Fijaos en este detalle. San Ignacio pone aquí con mucha precisión: "Que todas mis intenciones, acciones y operaciones **sean** puramente ordenadas". En forma pasiva. No dice: que yo ordene… Porque en último término, es gracia suya. Nosotros, respecto a la ordenación total no llegaremos nunca con nuestras fuerzas. Y así, en el oficio de Prima, en el Breviario, todas las mañanas rezamos aquellas palabras: **Dominus autem dirigat corda nostra et corpore nostra in caritate Dei et patientiam Christi.** Deseo de la Iglesia constante para todos sus sacerdotes y religiosos: que pidan –es palabra del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses- "que el Señor **dirija Él, rectifique Él** nuestros corazones y nuestros cuerpos a la caridad de Dios, al amor puro de Dios y a la paciencia de Cristo". Es decir, a la espera paciente del día del Señor. Que Él lo dirija. Y lo mismo en la oración: **"Dirige, Dominus…",** "Señor, dirige nuestros corazones siempre…".

De modo que yo no puedo ordenar activamente. Es una gracia… Por eso es una petición: que todas mis intenciones, acciones y operaciones **sean** ordenadas… El orden. La palabra predilecta de San Ignacio, como de San Juan y de todos los grandes santos: el **orden**. El orden es la última expresión de la bondad de Dios sobre la criatura. La ordenación es lo último de la operación divina, por la cual la cosa pertenece al **Todo** cuando está en orden. Se ordena. Es como el rayo mismo de la belleza de esta cosa. Es la resonancia del Verbo de Dios en ella; por la cual, con todo su ser confiesa a Dios, volviéndose a Él. Este es el orden: vuelve hacia Dios **pura**. **Dirigat. Dirige, Domine, corda nostra.** "Señor, que nuestros corazones vuelvan a Ti totalmente, limpiamente".

Por la ordenación, toda criatura es santa y espiritual en su grado, aun cuando sea de esas que no tienen aliento de vida ni afecto de inclinación, como son las criaturas materiales. Cuando están ordenadas, también ellas vuelven a Dios; se hacen santas y espirituales. Porque ellas no están destinadas a la caridad, es decir, a la felicidad de su unión con Dios –las criaturas de este mundo, la naturaleza-, pero estimulan a los hijos de Dios, enseñándoles en su medida la alabanza del amor de Dios. El amor es el que crea el orden, en último análisis; el amor. Y esto es lo que lo pedimos: que dirija nuestros corazones, nuestras intenciones íntimas a su puro amor. Grande gracia.

Y para llegar a esto, es por lo que estamos entrando en este día de Ejercicios; para tender a este ideal. Porque el Señor no concede esta gracia así como un regalito, sin más; sino quiere que nos **dispongamos**. Y vamos a disponernos con los Ejercicios. Repetiremos siempre esta petición, y siempre procurando disponernos.

COMPOSICIÓN DE LUGAR. Vamos a ver la composición de lugar; qué significa esto.

Le dan dos interpretaciones. Una composición de lugar sería, pues… construir el lugar. Como uno que está haciendo un Belén, y lo construye. Otros dicen más bien así: Composición de sí mismo –recogimiento-, viendo el lugar. De hecho en San Ignacio dice: Composición viendo el lugar. Composición de sí mismo. Porque nos impresiona mucho en la realidad.

Cuando uno va, por ejemplo, a Roma, y ve allí los recuerdos de los santos… y ve que en este cuarto estuvo San Luis Gonzaga… con el mismo piso, con la misma ventana… Aquí tenía su mesa… Era como los demás… abría esta puerta… Eso compone, le recoge a uno. –Aquí estuvo San Benito, en esta gruta. Ahí está la estatua, ante la que solía estar él… y aquí vivía… por aquí subía… Todo eso, recoge.

Pues bien; cuando uno puede visitar el sitio donde se ha realizado un misterio, se siente sobrecogido por la realidad de verdad, de ese misterio. Por ejemplo, en Nazaret: "Aquí el Verbo se hizo carne". Se siente uno recogido. Eso es composición viendo el lugar.

En esta meditación hay una composición que muchas veces a las almas les extraña mucho. Y sin embargo, es tan hermosa… "Aquí será ver con la vista imaginativa y considerar mi alma encarcelada en este cuerpo corruptible, y todo el compuesto en este valle como desterrado entre brutos animales. Digo todo el compuesto de ánima y cuerpo". –Dice uno: Qué cosa tan extraña… -Pues no tiene nada de extraño. El alma encarcelada en este cuerpo; sí. Hoy hay una cierta dificultad en admitir esto. Creen que es copretendencia Platónica; es una concepción que ya está superada.

Ahora el hombre es la persona humana; que eso de alma y cuerpo separados… Una unidad. –Eso es no entender ni el ABC de lo que dicen los autores espirituales. Los autores espirituales, cuando hablan del alma y cuerpo, nunca los oponen: el alma en cuanto se separa del cuerpo; nunca. Sino para ellos, alma es el hombre espiritual, y cuerpo es el hombre en cuanto animal; todo. El "alma mía considera…" no es el alma sola, sino el hombre espiritual el que considera. DE modo que lo que quiere decir es que el hombre espiritual que hay en mí, está encerrado en este hombre carnal que hay en mí. Porque todos tenemos los dos hombres dentro. ¿No pedimos en la Misa todos los días –por eso está en el Introito- **ab homine inicuo et doloso erue me?** "Líbrame de este hombre que soy yo, inicuo y lleno de dolo" Líbrame de él para volar hacia Ti. **Ab homine inicuo et doloso erue me.** Todos llevamos una ley en nuestros miembros que no corresponde a la ley de nuestra mente.

Pues bien; la composición de lugar es nuestra actitud en este momento de los Ejercicios; nada más, nada más.

Ayer veíamos el ideal –¡magnífico!- de "todo puramente para agradar a Cristo… y todas las cosas para que me ayuden a esto… y enamorarme de Cristo y hacerme indiferente a todas las criaturas… Y el hombre espiritual, viendo este ideal grandioso tiende hacia él con toda su fuerza y desea volar, y desea vivir…: "Yo mañana voy a vivir este ideal…" Y cuando uno empieza a quererlo vivir, nota que hay un paso que le tira hacia abajo; que no puede, no puede. –Empiezo muy bien… después me viene una dificultad, un peso en mí… Hay algo que me **arrastra** hacia abajo. Es el hombre carnal; es el efecto del pecado. Si yo no puedo volar es por el pecado. Por el pecado original que ha dejado en mí este peso, y por los **pecados personales** que lo han aumentado y me han dejado detrás de sí esta herencia, este encarcelar mi alma, que no puede volar. Tiene pasiones… tiene inclinaciones… tiene deseos… que le hacen mucho peso al alma cuando quiere volar. De modo que, cuando una persona dice: Pues yo no siento nada de particular; yo no veo por qué el alma está encarcelada; yo no siento nada… quiere decir que esa alma no vuela, no vuela. Si volase, sentiría el peso del cuerpo. El cuerpo corruptible, no el cuerpo como tal. En la resurrección tendremos cuerpo, y no nos impedirá nada. Pero es el cuerpo en cuanto está aquí, **corruptible**, consecuencia del pecado, con todo el peso que deja en él el pecado. Sería como un pajarito que estuviese atado con un hilo muy fino, transparente, y él no ve el hilo… y ese hilo tiene cien metros. Si este pajarito nunca vuela ni intenta volar más allá de los diez metros, nunca se sentirá prisionero; nunca. Pero si un día quiere volar más allá de los cien metros, entonces comprenderá que está atado, que no puede volar como quiere porque está atado.

Pues bien; cuando el alma comienza a sentirse atada, quiere decir que está comenzando a volar; y si no se siente atada, no vuela, no está volando. Y este es el sentimiento. Por eso es una composición de lugar tan bonita: el alma, que no puede llegar al ideal de ayer; está encarcelada en esta carnalidad, consecuencia del pecado. Y por eso va a considerar el pecado; su estado, su miseria; el pecado.

PETICIÓN. Las gracias que vamos a pedir ahora son las gracias de la vida purgativa. ¿En qué sentido de la vida purgativa?

La vida purgativa no es la lucha con el pecado. Aquí no vamos a tratar de hacer una confesión general; no. Y no les voy a dar ningún tiempo para hacer confesiones generales. Cada una se arregla cuando le parezca; porque no se trata de eso en los Ejercicios. No es eso lo que se pretende aquí en estas gracias: una lucha con el pecado, una purificación en ese sentido, sino es una purificación de siempre mayor **finura** espiritual, de siempre mayor sumisión a Dios, mayor transparencia del alma para **limpiarse.** "Examen general –dice San Ignacio- para limpiarse y prepararse a la confesión". Para limpiarse. Es para purificar siempre.

Pues bien; las gracias de la vida purgativa no son precisamente las de preparación de una confesión; no. Yo supongo que todo está en orden, supongo que todo está perdonado. Y sin embargo, hoy consideraremos toda nuestra vida. Toda nuestra vida a la luz del amor de Cristo. Para sentir ¿qué? Pues para sentir vergüenza de nosotros; confusión de lo mal que hemos correspondido al Señor en nuestra vida. ¿Para confesarme? No; si está todo perdonado… Es para sentirme delante

de Jesucristo con ese sentimiento que tiene que ser la clave de todo el día de hoy, que tiene que llegar hasta el fondo del corazón: ¡Qué bueno ha sido Jesucristo conmigo! Aun en mis pecados… en mis infidelidades… ¡Y qué mal me he portado yo con Él en toda mi vida! Este tiene que ser el sentimiento: sentir internamente eso. Está perdonado todo; y eso, todavía me hace más impresión. ¡Qué bueno ha sido conmigo! Y yo, que no acabo de caer en la cuenta, y queme porto tan mal con Él ¿Por pecados mortales? No vamos a distinguir. Por mi correspondencia poco leal al Señor. Por mi mezquindad de espíritu. Esto. Y estas son las gracias de la vida purgativa: **sentir internamente**. Y así pasa.

Dice el P. Polanco hablando de San Ignacio: "Desde este tiempo –es decir, cuando empezó a recibir aquellos dones extraordinarios en Manresa, después de haber hecho la confesión general, todo…- desde este tiempo, comenzó, con la lumbre recibida, a entrar más en el conocimiento de sí, y haciendo varios discursos de su vida pasada, comenzó a sentir íntimamente sus pecados y a llorarlos con gran amargura". Después que había hecho la confesión general. Ahora tenía más luz. Y entonces le daba pena: ¡Cómo me he portado con el Señor!

Y así suele ser en general. El sentimiento más íntimo de los pecados no suele ser el que uno tiene cuando hace una primera confesión, no; sino más adelante, repensando la propia vida a la luz de Dios, viendo lo bueno que es Dios. Cuanto más se le conoce a Jesucristo, más se admira uno de cómo se ha comportado con Él.

Esta es la gracia que pretendemos: vergüenza y confusión de mí mismo… de mí mismo. –Dice: dolor para confesar mis pecados… No, no. ¡Que no es para eso! –Notad que al P. Fabro, San Ignacio no le dio los Ejercicios sino después de cuatro años que estaba viviendo con él; y había hecho una confesión general… y le había enseñado muchas prácticas… Y todavía no hacía los Ejercicios. Y después hizo los Ejercicios, y se detuvo varios días en la primera semana con mucha penitencia y mucho dolor, pero no para hacer la confesión –que estaba hecha-, sino para sentir íntimamente esto, esto; la verdad de esto: lo mal que me he portado con el Señor. Que esto se me quede en el fondo del alma como una **exigencia de amor**, para ver qué tengo que hacer yo para amarle más.

"Vergüenza y confusión de mí mismo, viendo que tantos han sido justamente condenados por menos pecados que yo". Y sin embargo, a mí el Señor me ha perdonado. ¿Por qué? Esta es la vergüenza y confusión: A otros ha tratado de otra manera; a mí ¿por qué? Y al alma noble dice: ¿Por qué a mí? Y siente vergüenza. Yo soy peor que todos esos otros, y sin embargo, el Señor me ha amado. ¿Dónde está la solución de este misterio?

Esta es la meditación de ahora. Grande gracia esa vergüenza y confusión, infundida por el Señor; no sacada por mis nervios. Grande gracia. Pedírselo. Abrirnos. Considerar con el espíritu y el corazón abiertos al Señor. Es el comienzo de la integración afectiva. Sentir internamente con sentimiento participado del Corazón de Cristo lo que corresponde a la realidad de mi vida pasada. Sin esconder nada. Delante del Señor. Y así, sentirme como una cosa vil, pidiendo al Señor que me dé su luz y su verdad. Y en la Misa, presentarme así ante la Majestad divina; decir de verdad –como está en el canon, al comienzo del canon-: **"Te igitur clementissime Pater".** "Padre clementísimo". Que lo sienta en el fondo del alma qué bueno ha sido conmigo el Señor.

También tenemos que avivar el sentido sobrenatural del pecado, que se pierde con excusas de toda clase, dando más valor a las otras cosas terrenas. El pecado es un misterio de iniquidad; misterio de verdad. Y muy fácilmente tenemos hoy día el peligro de desvalorizarlo, por un extremo o por otro. O diciendo que son cosas pequeñas… que el Señor es muy bueno… que el Señor no puede permitir… Y sin embargo, Jesucristo es quien más ha hablado del infierno, de todos los predicadores. Creo que relativamente pocos habrán hablado tanto del infierno como el Señor. ¡Y es tan bueno…! Precisamente porque es bueno no quiere que vaya nadie.

Pues bien; avivar también este sentido sobrenatural. Es misterio de iniquidad, porque es una rotura de relaciones **personales** con Dios. Es una respuesta grosera, injuriosa, en el diálogo personal con Cristo.

Y con esta introducción, que es lo más importante, vamos a entrar en esta meditación primera; brevemente. Lo importante es el encuadrar, el dar el sentido que tiene la meditación.

LOS TRES PECADOS.

¿Por qué vamos a los tres pecados? Porque para ver lo que es el pecado y la reacción de Dios ante el pecado, tenemos que ir a la Revelación. Porque, el juicio de los hombres no nos dice nada. Los hombres piensan a su manera, y muchas veces nos presentan un Dios que es el que ellos se construyen; no el que se nos ha revelado en el Evangelio. Por eso tenemos que ir a la Revelación, a fuente segura. Y en la Revelación nos encontramos con esto: Primero, con el pecado de los ángeles, y con la reacción de Dios, y el castigo de Dios. –Con el pecado de Adán y Eva; la reacción de Dios y el castigo de Dios. –Y por fin, con lo que nos dice la Revelación de la gravedad de un pecado mortal que merece el infierno. Con esos tres elementos **seguros**, donde no cabe duda, vamos a partir de aquí. Brevemente.

PECADO DE LOS ÁNGELES. Sabemos –y es de fe- que todos los ángeles fueron creados buenos, y que los demonios se hicieron **ellos** malos, usando de la libertad que el Señor les había concedido. En la Escritura tenemos pocos datos para ver el pecado de los ángeles, y no tenemos ninguna descripción en qué consistió este pecado de los ángeles. En San Lucas, capítulo 10, el Señor dice: "Vi a Satanás como un rayo que caía del cielo". Pero no sabemos más. A qué cosa se refiere esto, no lo sabemos. En el juicio final, en la sentencia del juicio final, en San Mateo, en el capítulo 25, también dice el Señor: "Id al infierno, al fuego eterno, que ha sido preparado para Satanás y sus ángeles". Por lo tanto, sabemos que fue preparado **para ellos**. No existía antes. Para ellos.

En la carta de Judas se hace alguna referencia al pecado de los ángeles. En las frases que suelen aducirse de Ezequiel, habla de Tiro, de la ciudad de Tiro. Isaías, en el capítulo 14, de la de Babilonia. Y la famosa frase **"non serviam"** que se suele decir aquí, está en Jeremías, capítulo 2, versículo 20, pero no se refiere a este pecado de los ángeles, sino está en otro concepto.

De modo que tenemos que decir en verdad: no tenemos la descripción. Sabemos esto por revelación: que los ángeles pecaron, y cayeron así del cielo y fueron castigados con el infierno. Pero la descripción no la tenemos. Y los teólogos piensan en qué consistiría el pecado.

Santo Tomás piensa en la soberbia: el querer ser como Dios. No porque quisiesen cambiar la personalidad o adquirir la personalidad divina, sino según Santo Tomás, en cuanto creyeron poder llegar a la misma visión beatífica sin necesidad del socorro de Dios; por las propias fuerzas de ellos. Y así vinieron en soberbia, y no quisieron servir. Es decir, sería querer el orden sobrenatural **por** sus propias fuerzas. De todos modos vinieron en soberbia.

A veces a nosotros nos puede pasar un poco parecido a esto, cuando queremos obtener todas las cosas sobrenaturales con nuestras fuerzas. No. Disponernos, y esperar del Señor.

Según otros teólogos, se sublevaron contra Dios por no admitir el someterse a Jesucristo. El Señor les habría revelado el misterio de la Encarnación, mostrándoles lo que sería el hombre –ese ser, mitad materia, mitad espíritu, como un microbio pequeñísimo visto desde la Majestad infinita de Dios-, y les manifestó que el Verbo se haría carne, y que ellos tendrían que servirle. Y eso les pareció demasiado humillante. Servir a ese microbio… No puede ser. Y entonces se rebelaron. No serviremos. "Non serviam"

De todos modos, sea cual sea la explicación –que no la sabemos, no nos la ha revelado el Señor-, **viniendo en soberbia.** Esto sí. Ellos no quisieron someterse al plan divino. No quisieron realizar su esencia de agradar a Dios en todo, sino que, viniendo en soberbia, y no queriendo agradar a Dios, se rebelaron contra Él. Ángeles… criaturas excelentes. Dicen los teólogos que un

solo ángel podría regir todo el universo. Un solo ángel; con su inteligencia y su poder. Potencia enorme… enorme. Inteligencia brillantísima… Cometen un pecado, y Dios no les perdona, no les perdona. A pesar de ser las criaturas excelentes que eran; a pesar de toda la gloria que le podían dar, no les perdona. Aquí está la fuerza de esta meditación, de este punto. **Angelis peccantibus, Deus non pepercit.** "Pecaron los ángeles, y Dios justamente, no los perdonó". –Y parece que cuando se insiste en esto, y cuando el Apóstol insiste en esto, es porque podía haberles perdonado; si no, no insistiría, no habría nada que hacer. Podía haberles perdonado en absoluto. No les perdonó. Y es justo, y es misericordioso.

Yo, ¿qué castigo les hubiera puesto a los ángeles? -¡Ah! Yo les hubiese perdonado… -Quiere decir, que no sabes lo que es el pecado, que no sabes. Porque Dios es mucho más bueno que tú, **mucho** más bueno que tú. Y la prueba está en que cuando te hacen una ofensa a ti, cuánto te cuesta perdonar. Y el Señor no tiene dificultad en perdonar tantas veces… **Mucho** más bueno que tú. Y ama a las criaturas **mucho** más que tú. Lo que pasa es que tú no sabes lo que es el pecado, el misterio de iniquidad. Por eso, no pienses en ello, y piensa un poco en lo que significa el pecado, y que yo lo dejo así… lo descuido totalmente… me parece que no es nada. –Que yo sienta internamente esta gravedad del pecado. "Y se creó el infierno para ellos".

Y ahora viene la reflexión: Bueno. Esto es un pecado mortal; y yo cuántos… Y a mí, ¿por qué el Señor me ha perdonado? –Vergüenza y confusión. Que mirándoles a los ángeles en un cierto sentido, yo tenga vergüenza… porque ellos parece que me echan en cara: Y a ti, ¿por qué te ha perdonado? A ti, ¿por qué? A nosotros nos ha condenado, y justamente; pero a ti, ¿por qué?

PECADO DE ADÁN Y EVA EN EL PARAÍSO. Vamos al segundo pecado. El Señor les llena de felicidad, de todas las ventajas, en aquel paraíso de felicidad. Les impone una orden: no comer del fruto del árbol prohibido. –No entremos ahora en discusiones teológicas, de que si era esto o no era. Aun cuando sea una cosa mínima, al menos por gravedad no habría ninguna razón para decir que el Señor no puede imponer una cosa tan pequeña… con tales consecuencias… Eso son pequeñeces. Lo que importa es el **sentido de la orden**. Es lo que nos pasa a nosotros: Pero, por un minuto de placer, ¿por qué toda la eternidad? –Hay que ver el sentido de la cosa, no la materialidad.

Cuando la conciliación en Roma, el Papa Pío XI quería un sitio abundante donde pudiese retirarse –que es cuando le dieron Castelgandolfo-. Y el gobierno italiano estaba dispuesto a concederle una gran finca, que ocupa todo el Genícolo de Roma. Y sólo le ponía una condición al Papa, y es que pagase una lira al año por aquella posesión. Una lira al año –que viene a ser diez céntimos al año-. Y toda la posesión era del Papa. Pero cada año diez céntimos. Y Pío XI no lo admitió; no admitió. ¿Por qué? Pero, ¿por diez céntimos? Por diez céntimos quiere decir que esa finca no es suya. Nada más. Y el día que éste no pagase diez céntimos, sería gravísimo; porque es no reconocer que la finca es del otro.

De modo que en la materialidad no hay que fijarse nunca; en el sentido. Pues bien; el Señor les impuso esto; un pequeño precepto: "En esto, no tocar. No comer de este fruto". Que esto después hay que interpretar… Dejémoslo a los bibliófilos y a los exegetas. Allá ellos lo interpreten. A nosotros nos interesa el hecho; esto: una orden de Dios a Adán y Eva. Y notad; Adán y Eva vivían felices.

Es delicioso leer en el texto de la Escritura, que cuando uno recorre este pecado, parece que uno recuerda los propios pecados. Cómo se desarrolló… Es tan bonito psicológicamente… Primero se ve que Adán y Eva gozaban de la familiaridad de Dios; que Dios trataba con ellos como amigo. Dice que en la brisa de la tarde solía bajar a hablar con ellos.

Es lo que pasa en la conciencia buena, inocente, que parece que vive en familiaridad con Dios. Y en la conciencia serena, al atardecer, el Señor baja… "¡Qué ganas el alma tenía de ser buena, y cómo se alegraba cuando Dios le decía que lo era!". Así pasa con el alma inocente. El Señor parece que en la conciencia baja a tratar con ella y a decirle que está contento, que es buena.

Y así vivían felices. Hasta que el demonio tienta a Eva. Y le tienta de un modo muy semejante a como nos tienta a nosotros. Le tienta, no directamente por el pecado, sino acercándole a la ocasión del pecado. Y exagerando, como suele hacer. –Parece que está oyendo uno a esta gente de hoy, a esos amigos de hoy, que van por esta misma táctica-. Y les dice: Pero ¿es que el Señor os ha prohibido comer de **todos** los árboles del Paraíso? ¿Es que no os deja disfrutar de nada? Así se presenta siempre el demonio cuando el **punto** prohibido lo presenta como el único placer posible: Pero, ¿es que vosotros os vais a aburrir toda la vida?

Y Eva admite el diálogo. El primer defecto de Eva: admitir el diálogo con el demonio. –Y ella le dice: No; podemos comer de todos. Sólo de éste no podemos comer, porque nos ha dicho el Señor que, si comemos de este árbol, moriremos.

Como dice el alma cuando empieza a admitir el diálogo del amigo. Dice: Es que me ha dicho el sacerdote, me ha dicho el Padre que sólo de esto no tenemos que tomar, porque si comemos de esto que morimos, que vamos al infierno, que nos condenaremos.

Y entonces el demonio se echa una carcajada: Pero, ¿que os ha dicho eso? ¡Mentira! Si lo que pasa es que el Señor sabe muy bien que lo que tenéis que hacer es comer de esto… Mientras no comáis de esto, no sabréis lo que es el bien y el alma. Y hay que comer de todo en este mundo; hay que conocer el bien y el mal. Entonces, seréis como dioses. Lo demás, está la vida como dividida: una parte que no tienes experiencia y no conoces… y hay que tener experiencia de todo en este mundo. Cuando comas, entonces serás como Dios. Entonces conocerás todo el bien y el mal…

Y Eva contempla el árbol… y ve que era muy agradable… parecía muy gustosa aquella fruta… y la contempla… y extiende el brazo… y muerde aquella fruta con aquel sabor dulce y amargo del pecado. Ya está. Ya lo ha hecho. Y como pasa cuando uno comete el pecado, para convencerse, pues procura llevar a otros en el mismo camino, y enseguida se lo ofrece también a Adán. Y Adán lo acepta. Y lo come. ¿Por respeto humano…? ¿Por dar gusto a su mujer…? Puede ser. Lo come también. Y en el momento mismo de comer este fruto dulce y amargo del pecado, se sienten desnudos.

Es lo que pasa con el pecado. Antes del pecado, todo era inocente, todo era transparente, todo limpio. Llega el pecado y parece que todo se ha vuelto malicia. Por todas partes no se ve más que pecado y ocasión de pecado. Y… claro. Lo primero, alejarse de Dios; miedo de Dios. Si esa alma antes solía ir por la tarde a hacer una visita al Santísimo, esa tarde no tiene ganas de ir, porque no se encuentra bien delante del Señor. Y pasa adelante. Y la lamparilla del Sagrario parece que le molesta. Y sigue… sigue… sigue… hacia atrás. Huyendo de Dios, como Adán y Eva se esconden; viéndose desnudos se esconden.

Y al atardecer, llega el Señor –como siempre-. Y no les encuentra. Y les llama: "Adán, ¿dónde estás?, ¿donde estás? –Y el pobre responde: "Es que me he visto desnudo, y me he escondido porque me daba vergüenza". –Y ¿quién te ha dicho que estabas desnudo? Sino que has comido del fruto que te dije que no comieras". –Y él comienza a excusarse: "Es que Eva… Eva me lo ofreció". Y Eva: "Es que la serpiente me engañó". Excusándose… -Y viene el castigo: "Pues moriréis, moriréis. Y toda vuestra desobediencia seguirá vuestro camino. Fuera del Paraíso, fuera". Y los arroja del Paraíso.

Penitencia que hicieron. ¡Cuánta! –Y reflexionar sobre mí. Vergüenza y confusión. Ellos por un pecado, y yo, ¡cuántas veces he repetido lo mismo…! Si parece que aquel pecado es mi pecado… Y yo, ¿por qué no?

UN HOMBRE CONDENADO POR UN SOLO PECADO. No sabemos si hay nadie condenado por un solo pecado. No lo sabemos. La Iglesia nunca define si uno se ha condenado o no. Del único que teológicamente cierto sabemos que se condenó –cierto en teología, porque la Iglesia no lo ha definido- es Judas. Pero no sabemos de ningún otro. Lo que sí es teológicamente cierto y es de fe, que si uno muere con un solo pecado mortal, se condena. Esto es cierto. De hecho, ¿se ha dado el caso? No lo sabemos. En cuanto humanamente se puede juzgar, pues… habrá que ver. Moralmente, en lo que podemos decir humanamente, pues hay casos en los que uno dice: Esto… parece que aquí… éste se ha condenado. Humanamente; pero sin formular ningún juicio.

Es cierto que no todos los pecados que nos parecen pecados mortales, lo son enseguida. Cierto también. El Señor sabe guardar la responsabilidad justa de cada uno. No vamos a entrar ahora en esto. Hay vicios… hay herencias… hay muchas cosas. Pero si hay un pecado mortal **cierto**, y muere en pecado mortal, esa alma se condena.

Pues bien; supongamos que hay alguno así. Yo, junto a esas almas, ¿qué figura hago? ¿Qué papel represento? Condenadas por menos pecados que yo. Y esos me pueden echar en cara y decir: Y a ti, ¿por qué? A mí me ha condenado, y **justamente** –fijaos que no hay ningún condenado que diga que ha sido injusto Dios, ninguno; **justamente**; porque ellos ven el misterio de la iniquidad- pero a ti, ¿por qué no? Vergüenza y confusión de esto. Que me sienta en la realidad. Fijaos que no hay nada de ficciones aquí. Es el sentido de nuestra vida. Que si yo he visto que el Señor me ha creado para agradarle a Él… pero es verdad que yo he respondido como he respondido… y que lógicamente, parece que lo lógico debía haber sido que el Señor me hubiese castigado con penas de este mundo, con penas del otro; y no me ha castigado. ¿Por qué?, ¿por qué? Pues la solución es: Jesucristo en Cruz; Jesucristo puesto en cruz. La verdadera solución teológica de este enigma –que nunca llega a ser solución del todo- es: porque cuando yo iba camino del infierno, decidido por mi parte, cargado con mis pecados, el Señor Jesús se ha puesto delante de mí en la entrada del infierno; se ha puesto en Cruz en el Calvario. Y cuando yo iba a pasar, Él, descolgando su brazo ensangrentado, me ha apretado contra su Corazón, y clamando al Padre le ha dicho: "Padre, en ésta no te fijes en sus pecados; fíjate **sólo en mi amor**. Ésta es para mí. Ésta, para mí". –Y así ha clamado el Señor. Y no una vez, sino muchas. Y quizás el Padre le diga: Pero Tú siempre estás con ésa… pero, ¿qué tiene ésa? –No, no importa. En ésta no te fijes en sus pecados, fíjate **sólo en mi amor.** La quiero para mí, mi esposa, para que sea **toda** de mí, **toda** para mi amor. –Y esto no es imaginación, no. Es exacto teológicamente lo que estoy diciendo de este clamor de Jesucristo al Padre.

Y en efecto, leemos en el capítulo 17 de San Juan esta expresión de Jesucristo: "Padre, quiero que lo que Tú me has dado estén conmigo". Es el ofrecimiento eficaz de su Pasión. Y así, te aprieta contra su Corazón: "Ésta, para mí; para mí. Me ha costado cara, pero la quiero para mí. Estará conmigo". Es cierto que Jesucristo lo hacía por voluntad del Padre: "Los que me has dado", es cierto; porque en último término es el Padre el que nos escoge. Pero es cierto que clamaba así porque no tenía otro modo de clamar y de arrancarme del pecado. Ofrece eficazmente por mí su Redención.

Y ahora me pregunto: Y, ¿Por qué a mí? **Me amó sin causa precedente.** No le di ningún motivo para amarme así. Sin causa precedente. Puedes decir que eres **creada** por el amor. Él te ha hecho a ti. Te ha comunicado su bondad. Te arrancó del pecado porque te amó. Nada más. Porque quiso amarte… siendo así que veía que otras hubieran sido más generosas y más santas que tú… Y a otras no las arrancó así… y a ti te arrancó. Te amó porque **quiso**. Nada más. Es el misterio de la predilección divina. Misterio de amor. ¿Por qué? –Vergüenza y confusión de mí mismo. Agradecimiento a Jesucristo que me ha amado, que ha ofrecido su Cruz por mí.

Recordemos la escena de aquel ciego de nacimiento que Jesucristo curó y a quien habían echado de la Sinagoga. Jesucristo, que es tan delicado y tan bueno, cuando se enteró que le habían echado de la Sinagoga porque confesaba que quien le había curado era Profeta; y le decían que era un pecador, y él decía: "Pues no sé… a un pecador Dios no le oye…" –"Vete de ahí", y le echaron de la Sinagoga. "¿Tú vienes a enseñarnos a nosotros?" Y lo excomulgaron… Jesús, que es tan delicado, cuando vio que aquél le había confesado ante los hombres, se le hace encontradizo, y le dice: "Y tú, ¿crees en el Hijo de Dios?" –Y él: "¿Quién es, Señor, para que crea en Él? –Lo has visto, y el que habla contigo, ése es". –"Creo, Señor".

Pues bien; también a ti Jesucristo se te hace ahora encontradizo y te dice: Y tú, ¿crees en el Hijo de Dios? ¿Quiere tú amar al Hijo de Dios?

¡Qué bueno ha sido Jesucristo conmigo! ¡Y qué mal me he portado yo con Él! Que esto nos coja del fondo. Con mucha paz, con mucha paz. La verdad; ¡qué bueno ha sido conmigo! ¡Y qué mal me he portado yo con Él!

Y ahora preguntarme: Yo, ¿qué he hecho hasta ahora por Jesucristo? ¿Qué he hecho para agradar a Jesucristo? ¿Qué hago ahora por Jesucristo? Y ¿qué debo hacer por Jesucristo? Preguntémosle así.

Señor, me amé hasta matarte. Pues Señor, ahora te amaré, con tu gracia, hasta matarme por Ti.

PECADOS PROPIOS

Vamos a hacer esta meditación sobre nuestros pecados. Hacerla sin bajar ningún escalón, sino poniéndonos en el estado en que nos encontrábamos al fin de la meditación precedente: a los pies de Cristo crucificado, en un acto de amor puro al Señor que ha sido tan bueno, con tanta predilección para conmigo. Y así, sin bajar nada de esto, seguimos adelante.

Puestos en la presencia del Señor, con el corazón abierto a Él, con el alma quieta, pacífica y dispuesta, en contacto con el Señor, le pedimos que Él nos comunique la gracia que deseamos. Y en último término, la gracia es la de llegar a ser en todo servidores fieles del Señor: que en todas nuestras intenciones, acciones y operaciones, pretendamos **puramente** complacerle a Él. Que **Él** ordene mis intenciones, acciones y operaciones. Que mis intenciones sean ordenadas **puramente** a agradar a Jesucristo.

Para llegar a esto, estamos haciendo esta meditación, concretamente para disponernos. Y sentimos ese peso que hay en nosotros, en el hombre carnal que está dentro de nosotros, que nos impide el realizarlo con plenitud; y vamos a pedir al Señor que nos ayude a purificarnos.

La gracia que pedimos en esta meditación –concretamente, más en particular- para disponernos a aquella final de que todo sea ordenado puramente a agradar a Jesucristo, es pedir **crecido** e intenso dolor y lágrimas de **mis** pecados.

Vamos a ver si hacemos bien esta meditación, con mucha paz y con mucho fruto espiritual.

No se trata de un examen de confesión, no. No se trata de nada de eso. Y en cuanto se presentase cualquier aspecto de atención para la confesión, rechazarlo; porque eso es tentación del enemigo. No se trata de eso. Ni se trata de hacer muchas distinciones de si aquello fue pecado mortal o no fue pecado mortal… o qué cosa fue… no se trata de nada de esto en la meditación presente. Si uno quiere hacer esas cosas, esos exámenes, los puede hacer en ratos libres, pero en la meditación no; no es ése el fin.

Se trata de una **visión general** de mi vida, de toda mi vida. Ni siquiera reducirme al año pasado; no. Toda mi vida. Visión general de ella. Que hay en nuestra vida muchas negligencias… ofensas al Señor… muchas. ¿Aun entre religiosas? Sí, muchas, muchas. –Y se trata de enfrentarse con nuestros pecados y nuestras faltas; aun muchos que nos cuesta reconocer y que a veces excusamos por las circunstancias, por el ambiente, porque hoy se hace así… Lo que pretendemos es proceder **en verdad** en la presencia del Señor. Tal como somos en su presencia sin escondernos nada, transparentes a la mirada de Jesucristo. Proceder en verdad. Que yo sienta íntimamente –porque el Señor me lo haga sentir con una intervención suya, por su gracia-, cómo he perdido el tiempo de mi vida. Que lo sienta. ¿Para desanimarme? No. Sería malo. Pero que lo sienta. Cómo he perdido el tiempo de mi vida. ¿Qué tengo yo de religioso en mi vida? ¿Puedo decir que es digna de un religioso? ¡Cuánta **insinceridad** en mi vida con Jesucristo! Esto es lo que pretendemos: esta visión general. El alma, según el grado en que se encuentra ahora, así reacciona respecto de su vida pasada. No se trata de volver a empezar nada; no, no. Desde el momento y desde el lugar en que me hallo ahora, miro hacia el pasado y me dejo invadir de este sentimiento de mi propia miseria, de lo mal que me he portado con Cristo en la realidad.

En San Ignacio encontramos diversos momentos en que él se halló junto a la muerte o cerca de la muerte. Uno en Pamplona. Después, en otra ocasión en que se sentía muy cerca de la muerte y tuvo mucho miedo… Después, cuando ya llegó la hora de la muerte, que estaba **contento** de morir, deseando ir al cielo. –Y en la segunda ocasión, cuando iba en la barca y estuvo muy grave y creyó que estaba para morirse, Ignacio, que llevaba ya unos cuantos meses –algún año- de vida así de generosidad con el Señor, de mucha penitencia, de mucha oración, de desprendimiento de todas las criaturas, hallándose de frente a la muerte, dice que sintió confusión y dolor. Confusión y dolor. Las gracias que pedimos aquí. "Confusión y dolor por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios Nuestro Señor le había comunicado". Eso es lo que le causaba dolor: "No he

hecho nada… Las gracias que Él me ha dado, ¿cómo las he empleado? –Y eso le causaba confusión y dolor.

Por lo tanto, no se trata sólo de los pecados mortales. No, no, no. Incluso las imperfecciones nuestras, dejarnos invadir de ese sentimiento, de esa impresión verdadera y sincera de lo mezquinamente que procedemos con el Señor. De eso se trata. Y es natural que cuanto más sube un alma, más íntimamente siente esto.

Santa Teresa tiene dos pasajes que les voy a leer ahora. Uno es en su vida, capítulo 38. Dice así: "Estando una noche en oración" –ya muy adelante, se entiende, en su vida espiritual, "estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, trayéndome a la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena". –Confusión y dolor, como San Ignacio-. "Confusión y pena; porque, aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de cono cernos con una palabra de éstas, que en muchos días que nosotros consideramos nuestra miseria; porque trae consigo esculpida una verdad que no la podemos negar". –Que el Señor me hiciese sentir esto íntimamente. Con amor, como lo hace; no con rigor; con amor. Que me haga entender cuán mala ha sido mi vida hasta ahora, cuán mala.

Y que esto va creciendo, también lo indica Santa Teresa en el capítulo 7 de las moradas sextas. Nada menos en las moradas sextas. Dice allí: "Os parecerá, hermanas, que a estas almas que el señor se comunica tan particularmente" –pone un paréntesis muy sabio- "(en especial podrán pensar esto que diré las que no hubieren llegado a estas mercedes, porque si lo han gozado, y es de Dios, verán lo que yo diré)". Esto es muy útil. Cuántas veces se oye hablar de que en ciertos grados ya, no se siente más dolor de los propios pecados… que entra uno en la corriente Trinitaria… Y qué pocas señales hay ahí de que lo ha experimentado la persona que lo dice… muy poco. Habla de memoria. –Esta dice muy bien: "En especial podrán pensar esto que diré las que no hubieren llegado a estas mercedes, porque si han llegado, y es de Dios –no falsas-, verán lo que yo diré". Pues bien. "Os parecerá que a estas almas que estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no tendrán que temer ni que llorar sus pecados" –les parecerá eso-, "y será muy grande engaño, porque el dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de nuestro Dios". Y es obvio. "Y tengo yo para mí, que hasta que estemos adonde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará. Verdad es que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera; porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos", –del castigo que ha de tener por los pecados-, "sino de cómo fue tan ingrata a quien tanto debe y a quien tanto merece ser servido, porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios. Espántase cómo fue tan atrevida" –el alma. Pero… tratándose de Jesucristo… a quien va conociendo: toda su bondad, su infinita amabilidad, su poder, su majestad… Y cuando piensa y mira: cómo lo he tratado yo… Pero… cómo he sido tan atrevida… "Espántase cómo fue tan atrevida; llora su poco respeto; parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba una tan gran Majestad. Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir. Parece que las lleva un río caudaloso, y las trae a sus tiempos". Viene corriente de agua y se seca. "Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece se avivan en la memoria, y es harto gran cruz.

En lo que toca a miedo del infierno, ninguno tienen. De si han de perder a Dios, a veces aprieta mucho; mas es pocas veces. Todo su temor es no las deje Dios de su mano para ofenderle, y se vean en estado tan miserable, como se vieron en algún tiempo; que de pena ni gloria suya propia, no tienen ningún cuidado; y si desean no estar mucho en purgatorio, es más por no estar ausentes de Dios, lo que allí estuvieren, que por las penas que han de pasar". –Muy hermoso… y muy justo. Y es verdad. Cuanto más se conoce a Dios, y más se entra en contacto con Dios, y no con la idea de Dios, tanto más uno siente la pena de haberlo tratado como lo ha tratado. Pero una pena suave, una pena que no inquieta el alma, que no quita generosidad y que no lo quita entusiasmo, sino precisamente se lo aumenta.

Pues bien; esto es lo que pretendemos: sentir esta pena, dolor intenso. No precisamente para hacer una confesión general, no; sino en nuestra relación con Jesucristo, proceder con sinceridad, con verdad. Para eso procedemos, pues, por esta meditación.

Y primero podemos contemplar el conjunto de nuestros pecados, sin distinciones, como digo; el conjunto. De esta manera: Desde nuestro primer pecado, en la inocencia perdida, que deja una huella psicológica muchas veces… Ha roto la ilusión de Jesucristo sobre el alma… que tenía sus planes… que le había cuidado tanto… Y ahora, el Señor se encuentra con que todos sus preparativos los hemos echado por tierra. –Y luego después, en todas partes y en todos los tiempos; a ver si hay un lugar donde hemos vivido, del cual podamos decir **de veras**: aquí no ha habido ninguna infidelidad a Jesucristo; ha sido todo perfecto. –Siempre lo hemos tratado con infidelidad, siempre. No hemos correspondido jamás del todo; en algún momento, quizás; pero del todo, no habrá lugar, casa, donde hemos estado; no habrá año de nuestra vida, en el cual no podamos decir: ¡cuántas infidelidades! –Es que no tengo conciencia de pecados graves… -Es que no importa que sean graves para eso… El alma mezquina, lo es también en los pecados veniales… Pero después quedan, pues ciertos pecados ocultos a nuestra soberbia, que tenemos que confiarlos al Señor: pecados de omisión en las responsabilidades del propio cargo… ahora; sin exagerar tampoco. Un pecado de omisión, para que sea verdadero pecado, tiene que ser **deliberado**. No es que uno se va a encontrar de sorpresa con que ha cometido muchos pecados: "No sabía que los había cometido". No. Pero hablamos de esos descuidos conscientes en el propio oficio: yo descuidé la vigilancia… después pasó lo que pasó… etc. Ver todo esto.

Y concretamente, los pecados que más en nosotros pueden ser frecuente o más capitales: inconstancia; a veces… descuido de las cosas espirituales… poca delicadeza con el Señor en su presencia delante del Tabernáculo… poco finura eucarística… comodidades… falta de sinceridad… falta de servicialidad a los demás… preocupaciones egoístas… impaciencias… palabras menos caritativas… mal genio… desobediencias… murmuraciones… quejarnos del Señor… envidia… gula… vanidad… falta de espíritu de fe…

Y esas cosas también particulares que hoy están muy de moda por ahí, de pecados nuestros de… exámenes colectivos… todas esas cosas… Pero en la presencia del Señor, en la presencia del Señor. Que hay algunas cosas que, sí, tenemos que decidirnos; que la gente de fuera observa mucho y se desedifican de nuestro modo de proceder como religiosos. **Ser sinceros.** Una cosa que a veces se echa de menos en nosotros. Nos parece que podemos ser doblados por ser religiosos; como no decir la verdad plenamente. No. Hay que ser sinceros. Y acostumbrarse. Que esto escandaliza mucho. Gente que dice: "Me han dicho que no está y le he visto". Y estaba. No. Es mejor decir: Pues no puede venir. Y basta. –Y otras cosas parecidas.

Lo mismo que una cosa que desedifica mucho de parte nuestra –y creo que debemos recurrir a ello y ser generosos aquí-: no pretender nunca **derechos** por ser religiosos. No. Tender más bien a esto: a ser como los demás. Y a veces se nota así, incluso en el confesionario. Y allí, en Roma, a veces me pasa esto y me molesta: Viene una religiosa a confesarse… y tiene que pasar por delante de todos. –Es que yo, como tengo que ir al trabajo… soy religiosa y estoy ocupada. –Y las demás, ¿cree usted que pierden el tiempo, que no tienen nada que hacer, más que usted, por ser religiosa? Si le dejan, si le ofrecen, magnífico; muy bien. Pero… prevalerse de que uno es religioso para enseguida… "me tienen que ceder" no edifica, no edifica. Sino, tengamos esto también: espíritu de humildad. –Pues bien; lo que nos toque. Y no pretender tener preferencias: "nos deben dar esto... nos deben…" No, no. Habituarnos en esto a quitar, a perder. Lo que nos den, bien; se acepta si nos lo ofrecen. Pero que sea un ofrecimiento **no exigido** por nosotros, sino en todas, sencillez… -Todo esto. Veamos un poco este conjunto de nuestra vida concreta.

Y consideremos, al ver esas faltas, ese conjunto de lo que ha sido nuestra vida hasta ahora… que tantas veces hemos dejado al Señor… tantas veces no le hemos agradado como era nuestra esencia… ¿Y por qué lo hemos dejado? Decía Santa Teresa: "y por las cosas tan viles porque dejó una tan grande Majestad".

Y consideremos que en esos pecados y faltas nuestras, si hubiese algo que nos honrase… algo de lo que nos pudiésemos gloriar… Pero dejamos al Señor por cosas que son humanamente indignas, indignas. Es decir: **la mentira;** aun cuando una persona mienta sin pecar –porque no sabe que es pecado-, es una cosa repugnante. El que yo diga de una religiosa: es una mentirosa, pues… eso es repugnante. Sin embargo, dejo a Dios por esto: para ser mentirosa. –Lo mismo digo de la ira. **La ira** es una cosa en sí misma repugnante. Si el Señor la ha prohibido –la ira- es porque no corresponde a la naturaleza humana, a la persona humana. En cambio, yo dejo a Dios por la ira. Y después tengo que esconderme… después tengo que excusar… tengo que dar motivos –aparentes al menos- para justificar aquello, porque es humanamente repugnante. –**La envidia**. Repugnante… No hay cosa más repugnante que el que digan: Ésta tiene envidia. Y sin embargo, pues yo la acepto… y dejo al Señor para aceptar esto. –**La sensualidad**. –En la vida religiosa, hoy día, **la soberbia,** ¡huy! Cómo está. Y es repugnante… Sin embargo… Cuando uno piensa: Esta persona que va a reformar la Orden, no sólo la Orden, sino la Iglesia de Dios… **toda;** porque hasta ahora nadie ha entendido la vida religiosa, hasta que ha llegado esta religiosa que tiene ahora 26 años… que hace 25 años andaba a gatas todavía… Pues ahora ha venido el Espíritu Santo sobre ella; ahora. Nos va a decir lo que es la vida religiosa; hasta ahora no se ha entendido nunca, nunca. Se ha perdido el tiempo. Es ridículo eso. Y sin embargo… dejamos a Dios… y no le oímos más… y vamos allá a hacer y deshacer. Es **ridículo** –Lo mismo **las críticas.** Tan feo… Cuando uno no puede más, a ver si se puede a la otra persona hablando mal de ella… haciendo ver los defectos que tiene… Es repugnante.

Y… notemos también esto de paso: la edificación. Que cada uno de nosotros lleva en sí la fama de los demás. Porque, si una de vosotras hace una cosa, no dicen que ha sido la Madre Tal y Tal; no. "Así son las monjas, así son las monjas", por una que han visto. Así son. Y a veces, pues… realmente es admirable cómo el pueblo conserva la fe. ¡Qué admirable es! Porque, viendo las cosas que ven de parte de sacerdotes, de religiosos… Y ¡claro!, cuando ven a una religiosa, pues que no, no corresponde y… dicen:

-Ay, las monjas, ¡cómo están!

-Y dice uno: -No, no, no. Es una excepción, una excepción.

-¿Y aquella otra?

-Otra excepción.

-Bueno, y la regla general, ¿dónde está? Tantas excepciones…

-No; en el Instituto hay mucho fervor…

-Bueno; y, ¿dónde está? ¿dónde está?

Eso es enorme, enorme. –Y el Señor les conserva la fe, a pesar de todo; que es un milagro constante del Señor. Eso decía uno como apologética, un ejemplo. Decía: "Pues para mí, el argumento de apologética es que, todos los sacerdotes juntos, puestos a hundir la Iglesia, no la han logrado hundir todavía". Puestos a dar mal ejemplo.

Pues algo de eso pasa también a los religiosos. Todavía hay vocaciones, y hay deseos de vida religiosa. Pues ahí tenemos nuestra parte de responsabilidad respecto a toda esta vida religiosa. Que donde hay religiosas que son cien por cien religiosas, la gente va detrás… Que edifica… Pero si ven a una religiosa que no se sabe que tiene de religiosa mas que el hábito… eso no arrastra nunca, nunca.

En fin, veamos por qué hemos dejado al Señor. Por todas esas pequeñeces.

Y entretanto, Jesucristo, ¿qué hace? ¡Qué contraste entre nosotros y Jesucristo! ¡Qué contraste! Él, que es Majestad infinita… nosotros, que somos unos microbios infinitesimales… Y sin embargo, Él paciente, paciente. ¡Qué contraste! Yo, que no puedo soportar una palabra que me dicen, y Él, que perdona las ofensas una después de otra. Y adelante, adelante. –"A mí es indigno que me hayan tratado de esta manera…" Y el Señor soporta, soporta. ¡Qué contraste! Él, la palabra del Señor siempre dulce, siempre amable. Y mi lengua, que muchas veces critica, que muchas veces

se impacienta… Y después llega la Comunión y tenemos que unir nuestra boca con la boca de Cristo. ¡Qué contraste!

Lo mismo en la humildad. La humildad de Cristo. Que es tan humilde… tan humilde en todo… que se hizo hombre… se anonadó a sí mismo hasta la muerte de cruz… y nosotros, que no soportamos nada, que queremos salir en primer lugar, ser considerados y estimados… ¡Qué contraste!

Las virtudes de Cristo: la mansedumbre, el amor… Esto, cuando se ve así de frente, esto no se resiste, si el Señor da luz para ver la diferencia que va de Cristo a nosotros.

Santa Teresa, en las Fundaciones, cuenta el caso tan bonito de aquella Catalina Godínez, que era una joven que tenía entonces recién cumplidos los 15 años. Y esta Catalina Godínez no se contentaba con poca cosa, y le reprochaba a su padre –que la quería casar con no sé quién- que se contentaba con poco, y que la nobleza de su familia tenía que empezar por ella; y soñaba con eso. Y un día que estaba echada sobre la cama, soñando con estas cosas de grandes noblezas y de grandes hazañas, se encontró delante –cayó en la cuenta, porque estaba allá- el crucifijo; que tenía un crucifijo delante. Y en el crucifijo tenía el título de la Cruz: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos". Y el Señor le tocó así… Y dice –cuenta Santa Teresa en el capítulo 22 de las Fundaciones-: "Así como leyó el título, le pareció había venido una luz a su alma para entender la verdad, como si en una pieza oscura entrara el sol; y con esta luz puso los ojos en el Señor que estaba en la cruz corriendo sangre, y pensó cuán maltratado estaba, y en su gran humildad, y cuán diferente camino llevaba ella yendo por soberbia. En esto debía estar algún espacio, que la suspendió el Señor. Allí le dio Su Majestad un poco conocimiento grande de su miseria, y quisiera que todos lo entendieran. Dióle un deseo de padecer por Dios tan grande, que todo lo que pasaron los mártires quisiera ella padecer, junto una humillación tan profunda de humildad y aborrecimiento de sí, que, si no fuera por no haber ofendido a Dios, quisiera ser una mujer muy perdida, para que todos la aborrecieran; y así comenzó a aborrecer, con grandes deseos de penitencia, y que después puso en obra. Luego prometió allí castidad y pobreza, y quisiera verse tan sujeta, que a tierra de moros se holgara entonces la llevaran por estarlo". –Aquí está la gracia de Dios. El contraste. ¡Qué distinto camino llevamos nosotros de Dios! Nuestro modo de actuar y el de Dios; nuestra soberbia y su humildad.

Y sin embargo, con esa humildad, ha sido el Señor el que nos ha mantenido. Él. El que más favores nos ha hecho a nosotros; el único a quien nosotros hemos ofendido. Pensemos en esta gravedad particular de nuestra mezquina respuesta al Señor. ¿Por qué tiene particular malicia mi pecado? ¿Por qué? Porque conozco más del Señor. El Señor te ha invitado a tu particularmente, y de ti vale muy en particular la palabra suya del Evangelio: "Si alguno me ama, yo le amaré, mi Padre le amará y vendremos a él y haremos nuestra morada en él". –Y cuántas veces, oyendo esta palabra de Jesucristo: "Si alguno me ama…", yo le he dicho: Pues yo no, no me interesa, no me interesa. Tu amor, ¿qué significa? –"Mi Padre le amará" -¡Qué me importa! No me importa, no me interesa. –"Y yo le amaré" –Tampoco. –"Y vendremos a él y haremos nuestra morada en él". –Y muchas veces le he echado de mi morada; no lo he hospedado, no. Lo he descuidado totalmente.

Así he respondido al amor grande de Cristo. Y Él, que me había preparado tanto… tanto…

Mayor malicia tiene mi pecado, sin duda, porque tenía mayor conocimiento y mayor libertad. Con toda la formación religiosa… formación espiritual… Mayor ingratitud, por los mayores beneficios recibidos del Señor: familia, ambiente… Mayor ofensa por las circunstancias agravantes… Por eso, mi pecado debe estar siempre delante de mis ojos, como dice San Juan de la Cruz: "Que el alma no debe **jamás** olvidar su pecado; no para confesarlo siempre –en la confesión sacramental-, sino para ser más agradecida siempre y para tener más esperanza. Porque si el Señor me amó tanto en mi pecado, qué tendrá preparado **ahora** que quiero serle fiel".

De modo que –podemos decir en verdad-, nosotros que nos gloriamos de ser delicados con todos, y que no queremos herir a nadie, a nadie, sólo con el Señor nos portamos groseramente. –Si yo sacase a una de ustedes aquí fuera, y les preguntase a todas: ¿Tienen ustedes algo contra esta religiosa? Pues es fácil que me dijesen: No; es muy correcta… se porta bien con todas… -El único que tendría algo contra ella sería Jesucristo. Sin duda. "Pues yo tengo muchas cosas. Porque a mí no

me trata bien… a mí me descuida…. Conmigo no es cortés… no es delicada…" –Y con todos los demás somos delicados.

Qué sentido tan hondo, aun cuando no sea el sentido literal, podemos decir a la palabra del Miserere: **Tivi soli peccavi.** "Sólo contra Ti peco yo". Contra los demás no peco nunca; procuro no ofender a nadie. Sólo contra Ti peco yo. –Y en sentido literal es también bien hermoso. Según Soli, aquel convertido rabino, traduce así en sentido literal: "Delante de ti no he hecho más que pecar", diría David. –Y otros, en sentido literal lo entienden: "He pecado sólo ante tus ojos; ningún otro ha visto mi pecado. Pero he pecado ante tus ojos". Pero podemos darle el sentido que he dicho: **"Con solo Cristo hago yo estas cosas; con los demás, no".**

Y a pesar de esto, Jesucristo me sigue amando, y me ha seguido amando con una constancia, que no hubiera habido servidor en la tierra que hubiese sido tolerado de su señor si lo tratara de esta manera. Esto decía muchas veces San Ignacio: "Servimos a un buen Señor. Que si a un señor de la tierra le hubiéramos tratado como le hemos tratado a Nuestro Señor, hace tiempo que nos hubiera arrojado de su servicio". No. Él tiene paciencia. **Y nos ama.** No sólo nos tolera, sino que nos quiere, nos quiere de verdad; nos ama. Impide nuestro castigo cuando las criaturas estarían dispuestas a ejercitarlo sobre nosotros. Ni siquiera permite el demonio que nos haga daño… -que él lo desearía tanto…- Y esto, ¿por qué? Pues, por **Cristo crucificado.** De nuevo a la cruz de Cristo. Ahí está Él, **intercediendo** por nosotros, ofreciendo su sangre por nosotros. "En ésta no te fijes en sus pecados, fíjate sólo en mi amor". Y con una **paciencia infinita**… infinita… inagotable. Una vez… y otra vez…

¡Oh Paciencia infinita en esperarme!
¡Oh duro corazón en no quereros!
¡Que esté yo cansado de ofenderos
y que no lo estéis Vos de perdonarme!
Cuántas veces volvisteis a mirarme
esos ojos divinos y a doleros
mientras yo quebrantaba vuestros fueros
Y Vos, Señor, callar, sufrir y amarme…

Y así es en verdad: paciente, paciente. **Paciens quia Deus.** "Paciente con un paciencia que sólo es de Dios", porque es Dios. Es que le hemos costado caros también

Hay una leyenda de un crucifijo en Toledo, que dicen que pasó así –es leyenda-; Junto al Crucifijo hay un confesionario. Y en el confesionario, un sacerdote recibió a un penitente que se acusó de algún pecado. Le dio un aviso, le dio la absolución, pero le puso en guardia para que tuviese cuidado en aquella materia y no volviera a caer. –A los ocho días vuelve con el mismo pecado. El confesor le vuelve a advertir y le da la absolución. –Tercera vez; todavía le da la absolución, pero le dice: Como vuelva a caer aquí, no le podré dar la absolución. –A los ocho días vuelve con el mismo pecado. Y el confesor le dice: Pues yo no le puedo absolver ya. Lo siento mucho, pero primero corríjase. Y lo mandó sin absolución. –Y cuenta la leyenda, que cuando salía del confesionario el sacerdote, el crucifijo descolgó un brazo, y dejando caer una gota de sangre, dijo al confesor: "¡Claro! Como tú no has derramado tu sangre por él, no te importa mucho mandarle sin absolución. S tú hubieses dado tu sangre por él, de otra manera lo tratarías". –Y es algo de mucha verdad. Es que, como Él ha dado su sangre por nosotros, tiene una paciencia… Somos como la perla **preciosa** que Él ha comprado con su sangre, y Él ha dado todo por ella… la oveja perdida… Y esto es el gran misterio: Que el pecador mismo es el **tesoro** de Dios. Que Dios va a buscarlo, y va a recogerlo para hacerlo entrar en el palacio del cielo, y hacerlo gozar consigo de su propia felicidad.

¡Qué bien se ha portado Jesucristo conmigo!

Pues así, delante de este Cristo crucificado que ha derramado su sangre por ti y que te abraza contra su corazón con amor; no con tolerancia sólo, sino con amor; que te ama, te estima y te quiere, razona un poco, piensa un poco hablando con Él. Cuánta misericordia desinteresada, sin

interés propio, sino por amor. Misericordia infinita, donde mis pecados por muchos que sean, son como una gotita de tinta que cae en el océano. Piensa que es mucho más la infinita misericordia de Dios que toda la malicia de un hombre. No es nada esa malicia junto a su bondad. ¡Qué soy yo ante el Señor, aunque sea un gran pecador? ¿Qué es el pecador más grande ante Dios, sino una hormiguilla miserable? Aun puestos a pecar… todo eso queda ahogado en la misericordia de Dios.

Pues mírale así en esa sangre de Cristo que cae de la Cruz, que es su misericordia, que es su amor; como dice San Ignacio de Antioquia: la caridad de Dios es la sangre de Cristo. Y mirándole así preguntarte ahora, sintiendo esa pena grande de haberte portado así con Él, tan bueno: Yo, ¿qué debo hacer por Cristo? Si Él se ha portado así, yo… ¿qué debo hacer por Cristo?

San Pablo, resumiendo la vida de Cristo por él, como poniendo un epitafio sobre la tumba de Cristo, o sobre la Cruz de Cristo muerto, decía: DILEXIT ME, ET TRADIDIT SEMETIPSUM PRO ME. “Me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Ojalá como repuesta al amor de Cristo, se pueda escribir también sobre tu tumba, en la hora de tu muerte: “Amó a Jesús y dio su vida por Jesús”.

LA MEDIOCRIDAD

No cabe duda que a lo largo de la vida espiritual se puede uno cansar: años de vida religiosa, durante los cuales uno ha ido haciendo sus propósitos repetidos, con caídas repetidas… Pueden entrar ciertos estados de inquietud interior… crisis… Y no es frecuente que esas inquietudes que entran en el alma, no siempre sean aquellas que deberían ocupar la atención. Son muchas veces casos, en los cuales las inquietudes son infundadas. No es ése el punto que debería ocupar el alma. Hoy estamos viendo, recordando nuestra miseria ante el Señor, y el Señor **cuenta** con nuestra miseria. Eso no es nunca una desilusión para el Señor: la presencia de nuestra miseria humana. A nosotros, sí, nos puede causar una desilusión. Habíamos imaginado que nunca más volveríamos a tener una fragilidad… Sin embargo, el Señor nos conocía bien. –No es eso lo que nos debía inquietar más.

Y a veces, en cambio, no nos fijamos en lo que debería ser lo sustancial, el punto importante en el que deberíamos fijar nuestra atención. Los propósitos hechos, y que muchas veces no se llegan a cumplir, que vuelve uno a caer, a veces es porque son propósitos hechos desmesuradamente; a veces, porque tocan puntos temperamentales, en los cuales no podemos menos de volver a caer con más o menos frecuencia, y que ante Dios quizás no siempre tienen esa responsabilidad. Y en cambio, hay otro aspecto fundamental de nuestra vida que puede ser **fatal** para nuestra vida de religiosos. Y este aspecto –que es del que me voy a ocupar ahora- es el de **la renuncia práctica a la santidad.** Este es el punto fatal. Mientras el alma tienda a la santidad, y de verdad, y no renuncia a ella y procura animarse hacia ella, no está todo perdido. Pero cuando uno –según le parece como efecto de sus experiencias pasadas- ya renuncia a la santidad heroica para quedarse en una **honesta** medianía, entonces sí que ese estado de esa alma religiosa debe preocuparnos. Aquí deberíamos aplicar todo nuestro interés.

Es una pena que haya tantas almas religiosas que han renunciado prácticamente a la perfección, a la santidad. Digo prácticamente; quizás no teóricamente, pero prácticamente sí.

A veces nos quejamos de falta de vocaciones para la vida religiosa, que en algunos sitios se notan. E inmediatamente, estudiando las razones que pueden haber influido en esta falta de vocaciones religiosas, encontramos siempre muchos motivos exteriores: el ambiente materializado, la educación que reciben en las familias, criterios… Todas estas razones pueden ser verdaderas; no hay que quitarles nada de su peso. Pero no deberíamos nunca omitir en estos casos el examen de nosotros mismos, y hacernos esta pregunta sincera: Para vivir la vida que yo vivo, ¿hace falta vocación de Dios? Una vida en la cual uno ya se ha hecho… -Tenemos una gran facilidad para hacernos al sitio donde estamos. Uno se toma ya las medidas… y ya da su forma al colchón… y ya está, ya está. En cualquier ambiente ¿eh? Lo mismo que esté en la Trapa, que esté en la Cartuja… Uno se hace un poquito los huesos… y… ya está. Ya ha encontrado uno su postura. Pasarlo lo menos mal posible. Ahora ya hemos encontrado nuestro rinconcito. –Y claro, para vivir así, muchas veces no hace falta vocación divina. Y si no hace falta vocación divina, Dios no la da. ¿Es que merece una vocación divina mi modo de vivir, en el cual procuro contentar todo lo que puedo mis comodidades? Pues así hay muchas almas religiosas: que tienen un trabajo constante en no morir, en no morir. A ver cómo nos arreglamos para seguir viviendo.

Esto es lo que da pena en la vida religiosa, esto. El demonio tiene más interés en impedir la santidad de un alma fervorosa, que en impedir el estado de gracia en un alma normal, sencilla, vulgar. Por eso deberíamos llorar más amargamente la caída de un alma fervorosa en el **desaliento** respecto de la santidad, que la caída de un hombre ordinario en el pecado mortal. –Y por eso, voy a hablar de esto hoy. Para animarnos. Hoy estamos viendo nuestra miseria en nuestra correspondencia al Señor: Qué mal me he portado con Él… Y vamos a examinar esta mezquindad de nuestra vida: a ver si ha entrado algo de esto en mi corazón, para hacer un propósito firme, con una confianza plena en el Corazón de Cristo, que remedie esto y nos impulse a una santidad heroica, sublime.

No voy a hablar de la tibieza, por lo tanto. Voy a decir algunas ideas sobre la mediocridad espiritual.

¿Qué es mediocridad espiritual?

¡Qué lástima! Después de haberlo dejado todo, se han quedado en un estado –que vamos a describir ahora- que resulta la verdadera **peste** de la vida religiosa.

Mirad; la peste de la vida religiosa, me atrevería a decir que no son tanto las religiosas malas, que tiene que haberlas siempre, siempre. Una religiosa que va empeorando, y salta… Si entre los doce Apóstoles hubo uno que saltó… Eso tiene que haber siempre. Pero, la religiosa mala… pues ya lo sabemos… pues es una religiosa mala, que no tiene espíritu… con faltas graves… es una religiosa que está siempre descontenta, siempre con mal espíritu… que ya se ha echado todo a la espalda… Bien. Lo mejor que puede hacer es dejarlo todo y marcharse. Esos casos se dan. Y suelta uno, y se marcha. Bien.

Pero la verdadera peste de la vida religiosa no son ésas –que ésas no hacen mucho daño. Pues ya se conoce… es una así…-; sino, la peste de la vida religiosa son las **religiosas buenas**, buenas… Pero… cuando digo buenas quiero decir esas religiosas que son amables, son muy finas, muy correctas; pero son unas **honestas religiosas**. No hay miedo de que se maten, no hay miedo; sino… una prudencia en todo… No hay cuidado, no hay cuidado. Todo lo tienen medido… saben cómo disfrutar de las comodidades… En fin… Éstas son la peste: buenas religiosas, pero que no se matan por el Señor; no hay cuidado. Son las religiosas mediocres. Mediocre, entendido no en el sentido peyorativo –mediocre-, sino en el sentido éste, de honesta medianía: un pasar decente, y basta.

Pues bien; ¿Cuáles son las características de estas almas mediocres? Es difícil entenderlas, porque, la característica del alma mediocre es que ella misma sabe defenderse muy bien, y encuentra razones para seguir viviendo la vida que va llevando… y continuar. Y encuentra razones sobrenaturales para ello. De modo que no es tan fácil dar con el alma mediocre y poderla decir: Mira, ahí estás tú; tú eres un alma mediocre. Es difícil. Por eso vamos a ver las características.

No se pueden llamar **principiantes** a estas almas, no lo son; llevan años de vida religiosa, llevan años de práctica de vida espiritual. Por lo tanto, tienen ya sus hábitos virtuosos adquiridos. Son sustancialmente fieles en los ejercicios de piedad: oración, exámenes. Se han asimilado sustancialmente las grandes verdades fundamentales que nutren la vida espiritual: Jesucristo, la Iglesia, la gracia, los Sacramentos. Todas estas verdades son para ellas realidades de las que han caído en la cuenta personalmente. Las han llegado a vivir en un cierto grado. Por tanto, la vida cristiana no es para ellas mera palabra, mero formalismo; existe toda una vida interior, ene. Sentido estricto de la vida interior. Se han purificado de muchos malos hábitos, de inclinaciones desordenadas más acentuadas que podían poner en peligro su vida espiritual. Han adquirido sobre las diversas pasiones un dominio tal que les permite evitar en el curso de la vida ordinaria las sorpresas más graves. Por lo tanto, no son principiantes, no.

Tampoco son **tibias**. No puedo decir: esta alma es un alma tibia. No. La verdadera tibieza, la que los maestros de la vida espiritual estigmatizan, es un decaimiento espiritual, una relajación, una decrepitud. La vida, en el alma tibia, no sólo está detenida en su desarrollo, sino se la deja caer en ruinas. El síntoma más característico de esta ruina espiritual es <u>la plena aceptación de la ofensa a Dios mientras no peligre la salvación</u>: el hábito del pecado venial deliberado. Esa es el alma tibia. La reacción del alma tibia suele ser: Bueno… no es más que un pecado venial… Total… después me confieso, se arregla, y ya está. No se pone en peligro la salvación… pues adelante. Si se pone en peligro, ya es otra cosa.

Pues bien. En el alma mediocre –de que estamos hablando- no se da esto. Hay buena voluntad, de ordinario; podrá darse algún pecado venial plenamente deliberado, como puede darse en otros; pero de ordinario, habitualmente no acepta el pecado venial. Cuando es pecado

venial, el alma se resiste; no, no lo quiere. –Entonces, ¿por qué esas almas no son plenamente fervorosas?, ¿por qué? Vamos a ver las características.

Retienen defectos muy notables estas almas, como son en general los siguientes: vanidad, gula, pereza, susceptibilidad, impresionabilidad, curiosidad… Notables. Notables en este sentido: lamentan esos defectos, hacen algún esfuerzo para corregirlos, pero prácticamente sólo llegan a impedirlos crecer. Aun en éstos –en estos vicios, en estos defectos-, la posición del alma es hacer esfuerzos sólo para **contrarrestar** la corriente, para que estos vicios no lleguen al pecado: que la vanidad no sea pecado, que la susceptibilidad no llegue a pecado; pero mientras no llegue a pecado, en el fondo continúan acariciando estos vicios y continúan fomentándolos, incluso prácticamente, con tal de no llegar al pecado. Lo curioso es que encuentran siempre razones para poderlos hacer. Los esfuerzos que hacen las almas éstas no les permiten progresar claramente hacia la perfección, a un progreso de unión con Dios, a una tendencia siempre constante a la transformación en Cristo, sino que los esfuerzos que hacen se reducen a **contrarrestar** la corriente de la naturaleza. –Hay una expresión clásica en la espiritualidad que dice que "en la vida espiritual, no avanzar en retroceder; es decir, la corriente de nuestra naturaleza nos lleva hacia abajo. Pero, ¿puede una gasolinera, el motor de una gasolinera, por ejemplo, trabajar lo suficiente para contrarrestar la corriente, quedándose siempre en el mismo sitio? Pues bien; estas almas vienen a trabajar de esta manera. Es un contrarrestar la corriente; no se dejan llevar hacia el pecado, pero tampoco avanzan definitivamente. Están allí compensando la corriente, sin más esfuerzo.

Algún ejemplo práctico para reconocer el alma mediocre; porque es difícil. Como digo, suele fallar en esos vicios, y veremos después las raíces. La raíz última es la falta de comprensión de la abnegación, de la abnegación evangélica. –Pero vamos a poner un par de ejemplos: Ante una humillación, ante una curiosidad o una sensualidad, ¿cómo reacciona el alma mediocre? ¿Cómo reacciona el alma fervorosa? Supongamos que dos religiosas –las dos: una fervorosa, la otra mediocre- reciben una humillación. Otra religiosa las ha reprendido públicamente, delante de gente de fuera, seglar, y sin tener ninguna autoridad para ello… y sin ninguna prudencia, por otra parte. Pero, estaban con otros, y ésta les ha reprendido, con fuerza, delante de los demás; les ha humillado. Bueno. –Reacción primera de las dos almas: es dolor; eso desagrada, desagrada a todo el mundo. En eso no se distinguen el alma fervorosa y el alma mediocre. Las dos lo sienten. Como si a uno le hacen una operación sin anestesia, se siente… El dolor lo siente. Ahí no hay distinción. –Viene el segundo momento, el momento en el cual viene la reacción personal de esa persona. En el segundo momento, el alma mediocre reacciona muy distinta del alma fervorosa.

Reacción del alma fervorosa. Ordinariamente reacciona más o menos así: Señor, ¡cuántas veces te he pedido que me mandes humillaciones… cuántas veces!, una astillita de tu Cruz… Y ahora que me ha venido esto, que es una pequeñez, que no tiene ninguna trascendencia, -no se va a hundir el mundo por lo que me ha pasado-, me cuesta, me cuesta llevarla. ¡Qué pequeña soy, Señor, qué pequeña cosa! Pero no me hagas caso. Tú, dame gracia. Perdona que yo no sea generosa, pero mándame otra crucecita tuya; mándame todas las que Tú quieras, Señor, y dame fuerza para que piense más en esto. Adelante. –Esta alma es fervorosa, indudablemente.

Reacción del alma mediocre. Cuando oye, el primer movimiento ha sido de dolor. Después empieza a reflexionar, y reflexiona más o menos así: Pero mira que… haberme reprendido **a mí**… y delante de gente de fuera… y precisamente esta monja, que es medio tonta –lo saben todos-, es medio tonta… imprudente… A mí, por mi parte no me importa… humillaciones, pues todas las que quieras… a mí… humillaciones no me asustan. Pero es por ella, por ella… porque… es que como es tan imprudente, ya lo ha hecho otras veces, y… a lo mejor es capaz de hacérselo a otra que tenga menos virtud que yo… Y entonces, pues… pues la reacción puede ser muy fuerte. De modo que voy a decírselo enseguida a la Superiora para que la corrija. No por mí; por mí no, no. Humillación a mí… a mí humillaciones, todas las

que quieras. Por ella, por ella… porque, se hace daño, ¿verdad? Se hace daño. Y la caridad quiere que yo la corrija, que le avise, que le avise para que le den una buena penitencia saludable. Para que se corrija; por su caridad.

Pues bien; ésta, con toda su caridad, probablemente es un alma mediocre, que no llega a tragarse la humillación, y… ¡ay! por ahí no pasa.

Lo mismo puede pasar en otros campos. Por ejemplo, pues en cuestión de curiosidad… en problemas con los Superiores… Curiosidad. Una revista, un espectáculo que uno ha tenido ocasión de ver. Se ha dejado llevar un poco de la curiosidad… no ha habido nada, un poco de sensualidad… unas cosas un poco así… que el alma mediocre reacciona generalmente diciendo: Pues, ¿por qué no? Pues… si no sabemos lo que leen las chicas de hoy, pues, ¿qué vamos a hacer? Hay que leer de todo para poderles ayudar… Por mí… más fácil sería no leer nada… más cómodo… Pero la cuestión es que podamos ayudar en el apostolado. –El alma fervorosa no. Reacciona así: Señor, ¡qué poca delicadeza he tenido contigo! Tú, que estás dentro de mi corazón… y no he tenido el valor de vencerme un poquito en esta curiosidad, en esta sensualidad, y haberlo dejado todo. Dame gracia; para la próxima vez, que me venza, que no, no vaya, no me deje llevar de esta sensualidad. –Ahí tenéis las dos reacciones: el alma mediocre y el alma fervorosa. ¿Era pecado? No; en ninguno de los dos casos. Pecado no se podría decir… Sin embargo, una ha entendido lo que es la cruz; la otra no. No, no, no. No acaba de tragarla.

Ahí tenéis, pues, un ejemplo. La característica es, pues, excusar la falta de fervor con muchas razones, incluso sobrenaturales; pero falta ese **arranque** hacia la santidad heroica. –No. ¡Bah! Yo me arreglaré buenamente. Yo sabré distribuir las cosas de modo que estemos en todo: con Dios y con el propio yo. Hacer las paces entre los dos.

Este es el estado triste de la mediocridad.

Entonces, ¿cuáles son las causas de esta mediocridad? ¿Por qué esta religiosa que lleva ya tantos años de vida espiritual, ha venido a parar en esto, en esta medianía, que da pena? Pues bien; la causa inmediata, la que está como en el fondo de la mediocridad, es la incomprensión de la doctrina evangélica sobre la abnegación. Incomprensión, de una manera personal, por lo menos, de esta abnegación evangélica. Para el alma mediocre, la abnegación significa renunciar a lo que es pecado, nada más. Cuando no es pecado, "ancha es Castilla". Si no es pecado, ¿por qué me voy a vencer? De modo que, ¿voy a vencerme, además de las cruces que ya nos vienen de por sí? ¿Por qué? Ya basta lo que nos viene… Para ella, renuncia evangélica es renuncia al pecado. Nada más. Y no entiende nada más que esto. No entiende todo lo que expondremos después en los Ejercicios sobre la cruz de Cristo. Todo eso no le entra. Para ella el lema es: No privarse de nada de lo que se pueda enriquecer uno, no privarse de nada. Y cuántas veces tiene como lema: "Es la única ocasión que tengo. Voy a ver esto, voy a ver lo otro, porque es la única ocasión que tengo". Y a eso no resiste en absoluto.

Yo recuerdo un compañero mío –muy bueno- que, estando en Alemania, el año 50, se representaba la Pasión de Oberammergau; famosa, mundialmente famosa. Estábamos cerca, allí en Pulla, y nos invitaron a ir. Y a uno de éstos –a este fervoroso que estaba allí-, le dijeron: "Mire usted; vaya usted porque es la única ocasión que tiene en su vida de ver esto. ¿Quién sabe si después volverá a tenerla? Se celebra cada diez años… Ahora está usted cerca… pues vaya. Es la única ocasión de su vida". –Y aquél no acabó de aceptar. –Y a mí me dijo después en particular lo que le movía a él personalmente. Me decía: "Pues mire usted; yo, creo que es la única ocasión que tengo de renunciar a este espectáculo por amor de Cristo, y no la quiero perder". –Y es verdad; es otro modo de ver totalmente opuesto, totalmente. La única ocasión de verlo… pues la única ocasión de sacrificarlo. Y la voy a perder y no voy a poder ofrecerla otra vez… pues, ¿por qué voy a dejar pasar esta ocasión? –Esta alma es fervorosa, evidentemente fervorosa. Pero la mediocre no lo entiende. Abnegación es lo que no es pecado. Todo lo que no es pecado se puede hacer; si es pecado, uno renuncia. La cruz es la imposición

de ésta. Y claro; así resulta una vida religiosa que es una vida religiosa **muy raquítica**. Todo está, en esta religiosa, en no pecar y no faltar a la regla. Porque también en esto son fieles. Lo dice la regla y basta; no quiero faltar a la regla. Pero… si la regla no lo prohíbe y no es pecado, ¡ah!, entonces, ¿para qué me voy a imponer más de lo que el Señor me impone? Nada de eso. –Y en realidad, el Señor le está invitando quizás al sacrificio. No digo que sea la norma –como decía ayer-: que hay que sacrificar todo lo que nos gusta; pero quizás el Señor le pide un sacrificio más allá de esto. No acaba de entender esta alma que, en la abnegación cristiana, **lo que tendría sentido en la hipótesis de que no existiera Cristo, no es del todo cristiano.** Esta alma no lo entiende. Y esto es muy profundo, ¿eh? **Lo que tendría el mismo valor, en la hipótesis de que no existiera Cristo, no es del todo cristiano.** –Meditar esto. –Que muchas veces decimos: Vamos a dar testimonio de Cristo. –Bien. –Vamos a dar testimonio de la Iglesia. -¿Cómo? –Vamos a construir un campo de deportes… fantástico, fantástico; el mejor de España. Y ese va a ser testimonio de Cristo. –Pues mire usted; eso es testimonio del dinero que tiene el que lo construye, porque sin el dinero no lo hubiese construido. Pero testimonio de Cristo… lo dudo mucho. Porque, aun cuando no hubiera existido Cristo, ese campo de deportes se podía construir lo mismo, y merecía la pena igual. Esto no lo entiende el alma mediocre, no lo entiende. **Testimonio de Cristo es aquello que se realiza de tal manera que si no existiera Cristo, no tendría sentido**. Eso es testimonio de Cristo.

Cuando yo veo a una persona, un sacerdote, que vive allí, en los picos de los Alpes a dos mil metros de altura, solo, sin teléfono, sin luz, sin agua, y está allí como un salvaje… y lo veo que se sacrifica y corre de aquí para allá… una vida humanamente imposible, me pregunto: ¿Cómo puede vivir esta vida este hombre? Y la respuesta es: porque **ama a Cristo**. Eso es testimonio de Cristo. Sin Cristo, eso no se podría entender. Ese es el verdadero testimonio de Cristo. **Es un tono de vida que sin Cristo no tendría sentido.** Ahí está el testimonio de Cristo, porque está diciendo que existe Cristo.

Así lo mismo la religiosa que es abnegada, que todo se lo carga ella… que nunca dice una palabra de queja y que está de la mañana hasta la noche como el borrico de carga… que todo se le viene allí… -Con tal de que no se abuse de esto, ¿eh? Ya veremos esto. Porque algunas abusan, ¿no? Y claro, acaban por cansarse. "Ya me he cansado de ser santo", decía el otro. Sin que abusen los demás-. Pero por parte de ella, siempre así, siempre. –Bueno, y esta monjita, pero, ¿cómo puede vivir así? Pues porque ama a Cristo, y no hay más explicación. Eso es testimonio de Cristo. Quienquiera que ve eso dice: ¡Ah! Luego Cristo existe, existe.

Pues bien; esto el alma mediocre no lo entiende, no pasa por ahí; no. Ha perdido ya la noción de la abnegación cristiana. Su lema es: "No privarse ya de nada"; con tal de que no sea pecado y no sea contra la regla, bueno. Todo lo demás… mejor.

¿Cómo ha llegado esta alma a este estado, a esta pérdida del concepto de abnegación cristiana? Porque al principio, cuando entró en el Noviciado, no era así… Eso es lo admirable que se ve. Estamos viendo a gente que está ahí, con unas mentalidades la mar de curiosas… Hace cinco o seis años estaban en el Noviciado todas devotas… Pues, ¿qué ha pasado? Pues… se va perdiendo esto como resultado de la falta de una vida interior fuerte, de una vida interior que llegue hasta el corazón, que no coja toda la persona. Una vida interior **vivida, personal,** de contacto con Cristo.

En estas almas falta un verdadero recogimiento habitual del alma. No les falta alguna vida interior; la tienen. Oran, meditan, tratan de unirse con Dios, tienen verdadero espíritu sobrenatural; pero todo ello tiene en estas almas algo de superficial. Les falta la totalidad en compenetrarse con los puntos de vista y principios sobrenaturales; los cuales, por lo tanto, no ejercen la primacía efectiva en las actividades y en los juicios del alma. No. Parece que hay dos planos: está el plano ese de la oración… después de está este otro. O pasa este aspecto real de la vida hasta la oración, o por lo menos se presentan dos planos distintos. Les falta esa plenitud que hace abrazar todos esos principios sobrenaturales con todas sus consecuencias. –

Aquel hermanito que les dije: “Línea recta a Cristo”, tenía un Sagrado Corazón en su cuarto. Y estaba debajo escrito en el cuadro: **Adveniat regnum tuum,** y él había escrito a lápiz debajo: **Con todas sus consecuencias.** –Pues a éstos les falta esto: el aceptar esos principios con todas sus consecuencias. Ahí se quedan: almas buenas, consagradas y afanosas en el servicio de Dios. Además de no haber comprendido bien la doctrina de la abnegación, tampoco han comprendido del todo la primacía de la vida interior y los medios sobrenaturales en la santificación y en el apostolado. No, no. Dicen, de vez en cuando: Sí, hay que orar; pero… no se apoyan en eso, no. Hay que orar; eso para otro, para otro.

Un Padre espiritual de sacerdotes del Seminario, para formarlos un poco a no tener después celotipias y cosas, les solía decir: “Mirad; vosotros seis tenéis que ser seguidores de la ascética de la comodidad… ¿eh? Cuando en vuestro apostolado hay un campo que lo cubre otro, vosotros contentos: “Menos mal, así tengo menos que trabajar. Ya está cubierto ese campo…” De modo que… ¿que se ocupa uno de los jóvenes? Pues vosotros contentos. Ya está; ese campo está cubierto; vosotros a otro lado”. Y me dijo que una vez –después de un par de años- fue a ver a un sacerdote, se encontró con el sacerdote y le dijo: “¿Qué tal va la oración?”. Y le dijo: “Ese campo está cubierto”. Eso ya lo piensan otros.

Pues algo así. Estas almas, eso de oración y apostolado… sí, sí, dicen que sí, porque dice el Evangelio; pero bueno; eso más bien que hagan otros; porque uno ya en la propia vida espiritual se ha perdido esa riqueza de vida interior que llegue verdaderamente hasta el corazón.

En la vida espiritual, de hecho, no está todo en empezar. Y claro, poco a poco, viniendo a faltar esta energía interior, la guarda del corazón se hace más floja… falta docilidad a la luz sobrenatural… fidelidad a las inspiraciones de la gracia… y queda así una vida invadida totalmente por el exterior, por las preocupaciones, los pasatiempos, las impresiones de los objetos que nos rodean. Ya estamos en el estado de preparación inmediata a la mediocridad. Se comprende, por tanto, que por falta de una vida interior un tanto profunda, los pensamientos y las afecciones plenamente sobrenaturales, no sean en estas almas un estímulo suficiente para lanzarlas adelante con aquel vigor que sería necesario para que pasasen la honesta mediocridad en que viven. Se quedan ahí. Son buenas… son buenas. Generalmente, muy ricas de valores humanos… muy buenas… muy amables… muy simpáticas… pero ahí se han quedado: en ese estado que da verdadera pena.

Falta, pues, el verdadero **recogimiento interior.** Y esto con la abnegación, pues van unidos. Cuando falta el recogimiento, la abnegación no se realiza, y cuando no hay abnegación, el recogimiento se pierde. Y así va aumentando esto. **Que no está todo en empezar en la vida interior,** sino que hay que seguir adelante, con gran generosidad, conforme vamos siguiendo hacia las alturas de la santidad.

Esta falta de vida interior, ¿Por qué se ha acentuado de esta manera? Porque hemos dicho: falta vida interior, sí. Pero, ¿por qué se ha realizado esto? ¿Cuáles han sido las causas inmediatas que han ido provocando esta especie de languidez de vida interior? Pues hay varias.

<u>En las almas de vida activa</u>. Hay algunas que son muy entregadas al servicio del Señor, y con generosidad, pero se ahogan en los trabajos y en los negocios que toman. Muchas veces, es excesivo el ahogo del trabajo: hay que hacer esto… preocupaciones constantes… Y esto, seca la vida interior. Se ilusionan con las necesidades de las almas… se dan con todo el corazón a ellas… y poco a poco se puede empobrecer la vida espiritual. Partimos del orden real. –Es que debería hacerse de otra manera… -Mire; es así, es así… y ya está. El Señor quiere de nosotros un trabajo **según su voluntad**, no según nuestro ímpetu; según su voluntad. Y claro, al empobrecerse la vida espiritual, el alma se deja invadir en parte, por puntos de vista humanos, pierde poco a poco la inteligencia de los medios sobrenaturales, y aun cuando

todavía le queda suficiente fe profunda y caridad verdadera para no desviarse del todo, pero cesa totalmente, o casi totalmente el avance hacia la unión con Dios.

En las almas dedicadas a vida contemplativa, es decir, en almas que se dan más a los ejercicios espirituales, el peligro puede estar en la **superficialidad** respecto de sus deberes para con Dios; en llegar a una especie de estado habitual, de una cierta fórmula. Encuadrada en el marco de la vida espiritual, el alma sirve a Dios, le está unida; pero después de haber corregido los defectos más llamativos, después de haber adquirido lo sustancial, se produce un cierto equilibrio interior, en el que faltan verdaderos avances, falta el profundo espíritu de vida interior y de abnegación absoluta y robusta. Eso puede ser también.

Pero, otro motivo que también suele tener influjo en esta mediocridad, es **un cierto fastidio general,** producido por la monotonía de la vida espiritual: siempre los mismos esfuerzos, siempre renovados, sin victorias a la vista… Y entonces el alma viene a considerar la mediocridad como algo **inevitable**. Las posibilidades de santidad que le parecían realizables, ahora le parecen sueños de juventud, que desaparecen con los años. Se ha ido todo eso. Y suele pasar muchas veces. –¡Claro! Ha entrado en el Noviciado con un ímpetu… ¡Huy!... "Santa Teresa de Jesús, Santa Teresa de Ávila, va a ser junto a mí nada, una niña pequeñita; porque yo no voy a dejar títere con cabeza; voy a levantarme a una santidad… en pocos años llego a las cumbres de la unión transformante". –Bien. Muy bien. –Pasan los años, y… la unión transformante no acaba de llegar. Y… pasan los años, y vienen las pequeñas dificultades de la vida, y se va uno encontrando con los ángeles de la realidad –los ángeles con barbas- son los reales… y empieza a desilusionarse. Y… ¡bueno! Se ve que aquello eran sueños… La santidad no es… no es para nosotros. Esos eran cuentos… Nos engañaban… ¡Señor! Si la santidad… eso… si es un absurdo todo eso. Y se abandona, y dice: "Bueno, bueno, bueno; vamos a aprovechar esta vida y vamos a procurar pasarla lo mejor posible". –Y fácilmente, no sólo eso, sino que proyecta esa sonrisa sobre las que comienzan… Y cuando se ve que sale una joven, o que va al Noviciado, o sale del Noviciado con ímpetus: ¡Huy!, ya verá… ya frenará… ya frenará… ya irá aprendiendo la realidad… ¡Huy!, ¡tantos ímpetus!" –¡Y que mal se hace con esto; qué mal papel! Cuando un alma va hacia Dios derecha… -Y es ese fruto: fastidio general… Uno había hecho sus planes… no resultan como uno había pensado… y entonces se deja caer en la mediocridad. Y de ahí muchas veces, haya que tener mucha atención a ciertas ideas que se van metiendo: de que antes éramos mejores… de que antes iban las cosas mucho mejor… de que mi santidad antes de ser religiosa… ¡Antes de ser religiosa! Aquello era coser y cantar… La dificultad está ahora. En los primeros ímpetus, cuando todo es bonito… todo es… La cuestión es a una cierta edad…

Hay ahora en Roma un cierto movimiento, que querían que no se canonizase a ningún santo de menos de 25 años, porque dicen que hasta esa edad, todos somos santos más o menos. La cuestión es de ahí en adelante; cuando uno se encuentra con la realidad auténtica.

Pues bien; a esas almas les pasa un poco de esto: fastidio… Yo creía que iba a encontrar las cosas así… que todo iba a ser ideal… y ah!!! Entonces vamos a dejarnos. Para qué matarnos…

En el fondo, la última raíz de la mediocridad, la que va creando todo esto, hay que reconocer que es **las afecciones desordenadas, los apegos del corazón.** Apegos hacia cosas incluso honestas, no malas –si son malas, uno ya se despega-, pero incluso hacia cosas honestas. Y esto hay que tenerlo muy presente. Fijaos; lo que los Superiores, incluso en la vida religiosa, **permiten**, no es que lo impongan… Hay una biblioteca abierta; es mejor que haya una biblioteca; luego tengo que ir a la biblioteca. ¡No! Esa posibilidad está abierta; usted tiene que ver ante Dios cómo emplea esa posibilidad. –Hay posibilidad de salir fuera para ver un espectáculo; luego tengo que ir. ¡No! Se ha dado la posibilidad; no es que se le haya impuesto, ni mucho menos. Como se le da a usted la posibilidad de que haga penitencia, tome disciplina…; no quiere decir que la tenga que tomar siempre cuando se le dice que puede tomarla. Igual. Eso tiene que dejar un espíritu interior libre. Y cuando uno se sirve de eso para

apego… y decir que lo hace uno por obediencia, cuando lo hace uno apegándose… "es que lo hago con permiso de los Superiores…" Pero si los Superiores no pueden dar permiso para que usted se apegue a nada… no le pueden dar permiso… A usted le podrán dar permiso para que use algo, pero no para que lo emplee.

Pues bien; cuando van entrando estos apeguillos –pequeñas cosas, **ridículas**… son ridículas– pero donde nuestro corazón se adhiere, se queda allí pegadito, eso va enfriando. Es como un parásito, que va secando todo el jugo del árbol poco a poco, y le quita aquella energía de entrega a Dios, y va haciendo que el alma se vuelva seca y se vaya retorciendo, y pierda transparencia, y pierda esa energía y ese entusiasmo hacia la santidad. Aquí suele estar la raíz. Tiene mucha importancia. Por varias razones: En primer lugar que… **cuesta,** cuesta. Y en segundo lugar, porque enseguida busca sucedáneos. –Y me voy a detener un poquito aquí, aun cuando sea un poco tarde.

Vosotras conocéis la historia del conejito. La voy a contar otra vez, porque ésta es importante.

Pedrito había recibido como regalo un conejito; un conejito precioso… que se lo llevaba consigo a todas partes. Iba a comer con el conejito, a pasear con el conejito, a dormir con el conejito, y hasta a Misa quería ir con el conejito. Y cuando llegó Navidad, pusieron el pesebre, el Nacimiento. La madre de Pedrito, queriendo formar al niño, le llamó: Ven aquí, Pedrito. –Y vino con el conejito en los brazos. Y le dice la mamá:

- Vamos a hacer una oración a Jesús. ¿Quieres?
- Sí, mamá, sí, sí, sí; vamos a hacer una oración con el conejito.
- Bueno. Yo voy por delante y tú repites.
- Bueno, mamá. Bien.
- Jesusito… Jesusito –de mi vida… de mi vida –yo te doy… yo te doy –mi corazón… mi corazón –mis ojos… mis ojos –mis oídos… mis oídos –mi lengua… mi lengua –todo mi ser… todo mi ser –mi conejito… ¡Hala! Pedrito… repite: mi conejito… ¡Hala! -¿No le das tu conejito a Jesús? Dile: mi conejito… -No, mamá, el conejito, para mí. –De modo que los ojos para el Señor, los oídos para el Señor, la lengua para el Señor… No se los iba a arrancar para dejarlos en la cunita… Eso él ya lo preveía: que era un dar, pues… **per modo di dire,** dicen los italianos: "Así por decir". Pero el conejito… eso de que su mamá se lo cogiese por las orejitas y se lo diese al Niño Jesús… Eso lo veía demasiado cerca, y demasiado doloroso.

Pues así nos pasa a nosotros, ¿eh? Al Señor le ofrecemos <u>todo</u>: nuestros ojos, nuestros oídos, el voto de pobreza, de castidad, de obediencia… todo… menos el conejito… El conejito para nosotros. -¡Bueno! –Pues todos tenemos más o menos nuestro conejito; todos. Y un conejito, que es ridículo… y feo, a veces. Pero es el conejito… y lo acariciamos, y lo tenemos. No habría penitencia mayor que la que los demás supiesen cuál era nuestro conejito. ¡Qué ridículo! ¡Qué ridículo! ¡Qué ridículo! Una es: las cartas de su director espiritual que las tiene coleccionadas; lo las mira **nunca**, pero allí las tiene. Cada vez que tiene que cambiarse de cuarto, allá va con su cajón: todas las cartas de sus Directores espirituales; de los que ha tenido desde su infancia. Pero, ¿para qué las tendrá ésta? Pues nada; allí están… Otra es una estampita… otra, una aguja… otra…

Una vez me pasó con una religiosa que quiso hacer Ejercicios, y me dijo que quería hacerlos sola. Y… no podía; yo no tenía tiempo. Pero le dije:

- Mire, puede hacer usted esto: Ponga usted una lista de los apegos que tiene, y me la trae; me la hace de todas las cosas a que está apegada.
- Me dijo: No tengo nada.
- Bueno. Feliz de usted. Pero mire usted un poco más.
- Y me viene y me dice: Pues mire; yo… visto todo… pues tengo una máquina de coser, que tengo en mi cuarto; pero con permiso de la Superiora.

- Y le dije yo: Pues, peor todavía; peor. –Peor no en el sentido de … tener permiso está bien-, pero peor porque así lo justifica: porque, como tengo permiso de la Superiora…
- Y le digo: Bueno. Pues mire; vamos a empezar a hacer los Ejercicios. Usted deja la máquina
- ¡Oh! ¡Eso no! ¡Eso no! Lo de la máquina… pues sabe usted que es muy cómodo.
- Pues ustedes, ¿no tienen ninguna en la Comunidad?
- Sí que hay, pero tenerla una en el cuarto, eso es mucha ventaja.
- Bueno; pues empiece. A ver. Deje usted. Vamos a hacer los Ejercicios.
- ¡Ah, no, no! Eso no lo hago.
- Bueno, pues usted verá…
- Y me dice: Bueno; ya lo dejaré poco a poco.

Y efectivamente. Pues como no la deje usted por piezas… Poco a poco. Y ahí está con su máquina; el conejito, el conejito.

Pues así tenemos ridiculeces, que van quitando el **nervio** a la vida espiritual, que nos van haciendo así… como… muy terrestres: que no nos dejan volar.

Y, como digo, como el Señor no quiere estar nunca en un corazón donde haya otro apeguillo, porque Él quiere el corazón entero, pues tampoco es tan generoso con esas almas. Y comienzan a perder ese arranque, ese entusiasmo.

Y después viene otra cuestión, y es que enseguida buscan los sucedáneos, que los tenemos todos. Estamos hechos como una criba de sucedáneos. Para salvar lo que uno tiene que salvar, es capaz de hacer maravillas. –Decían de un fraile una vez: "¡La penitencia que hace ese fraile con tal de no trabajar!" –Pues… algo así nos suele pasar. Con tal de salvar el conejillo, somos capaces de hacer cualquier cosa.

Os voy a poner un ejemplo de fuera, porque así se ve mejor. Cuando son religiosas, hablo de los de fuera; cuando son de fuera, de los religiosos, porque en persona ajena se ve mejor.

Viene una muchacha, una joven, y me dice: "Padre, permiso para ir a bailar con cilicio". –Bien; bien. Si le parece… Pero piense si no sería mejor dejar el cilicio y el baile; las dos cosas. ¡Oh! Y empiezan a ponderar: Mire, es una chica más buena... Si usted la ve… así como viste, tan elegante… pues va con cilicio; cuando va a bailar va con cilicio. -¡Pero no sea tan infeliz! Si a ésa no le cuesta nada con tal de bailar… Esos son cuentos. Al contrario; precisamente porque no está contenta con el ir a bailar, necesita algo que la compense; Y entonces, pues se pone el cilicio. Dirá: ahora soy generosa. Pero es generosa donde no le toca. La generosidad debía estar en otro lado. –Es que esta chica duerme en el suelo, ¿sabe usted? Usted la ve tan elegante cuando sale fuera… pues duerme por tierra. –Una chica, con tal de ir elegante al día siguiente, duerme encima de una aguja; con tal de ir elegante al día siguiente. De modo que, no ponderar; porque son sucedáneos… Hay que ir a la sustancia, al sitio donde está el conejito. Aquél, con tal de no dejar el conejito, pues dejaría cien pesetas, si tuviese. Pero el conejito, con él.

Pues esto mismo puede pasar en la vida espiritual y en la vida religiosa. Uno tiene su conejito, y para defenderlo… huy!!! Tiene todo un tinglado para defender el conejito, con todos los permisos necesarios, todas las defensas necesarias. Y claro, tiene sus ventajas, ¿eh? Así como –yo diría con un poco de malicia- que en vida de Comunidad, una úlcera bien administrada es un tesoro precioso; bien administrada, ¿eh? Una úlcera moderada bien administrada. Llega la hora de trabajar:

- Oiga, ¿podría hacer usted tal cosa?
- ¡Huy! Con mucho gusto, pero tengo la úlcera. El médico me ha dicho que… tengo que descansar.
- ¡Bueno!... Oiga… ¿a tal otra cosa esta tarde?
- ¡Huy! ¡Con qué gusto iría!, pero tengo la úlcera, sabe usted, y claro… pues el médico me ha dicho…
- ¡Bueno!

Llega un banquete, y allá está el de la úlcera. ¡Anda! Y come bien...

- Oiga usted. ¿Y la úlcera?
- Y dice: ¡Oh!, me ha dicho el médico que con un poco de cuidado que puedo comer de todo si hace falta.

Es un tesoro… Pues así, muchas veces, el conejito bien administrado es un tesoro; bien administrado. Y todos los sucedáneos que nos sirven para salvar el conejito.

Pues bien; examinemos esto, examinemos esto. Que no haya en nosotros esos parásitos que nos quiten el nervio de la vida interior. Porque si perdemos el nervio de la vida interior, no mantendremos el concepto claro de abnegación cristiana. Y no teniendo este concepto de abnegación cristiana, nos moveremos en una mediocridad honesta, en un pasar bien la vida religiosa.

EL INFIERNO

Vamos a meditar sobre el infierno, entendiendo bien el sentido de esta meditación, que realmente es una meditación magnífica.

Sentido de la meditación. No se trata de bajar de la contrición subida en que nos encontrábamos en la última meditación: dolor de los pecados, pesar de haber correspondido al Señor como lo hemos correspondido… aquel abrazo con Jesucristo en la cruz… Nos encontrábamos muy bien al pie de la cruz con Cristo. Aquello era contrición, era dolor intenso de mi vida; ahora no se trata de bajar de la contrición a la atrición. No es que vamos a pedir: delor de mis pecados por haber merecido el infierno; no es ése el sentido de la meditación. Eso sería bajar un peldaño, y por lo tanto bajar a una ficción. Eso –la atrición- es cosa buena, y nunca tenemos que perderla de vista, que en determinados momentos es muy útil para muchas almas; es buena. Pero aquí no se trata de eso. Ni se trata de vivir nuestra vida en el temor. No. El temor no hace cosas grandes. El temor sirve, a lo sumo, para frenar en un momento de peligro, pero no se puede vivir enana manera digna y alta sólo en el temor. El temor no es una rueda del coche con el cual caminamos hacia Dios; es más bien una rueda **de repuesto** que uno lleva para un momento determinado cuando no camina bien el coche. Es más bien como **la señal de alarma** en el tren; **el freno de seguridad** para un momento de peligro y de emergencia. Pero no es lo normal en la vida espiritual el caminar en el temor.

No se trata, pues, de esto. No es una meditación para suscitar en nosotros el temor. Ni la atrición ni el temor. Entonces, ¿de qué se trata? Fijaos en la grandeza de esta meditación, que es maravillosa. Esta meditación es sencillamente la **garantía del amor.** Garantía de que mi amor a Jesucristo no cesará nunca. Fijaos el sentido que tiene. Pongamos un ejemplo.

Imaginad dos personas que se quieren mucho, mucho, mucho, mucho. Y en un momento de grande amor y de fusión de amor en que se sienten muy felices en el amor mutuo, les viene a la mente que un día podría cesar ese amor. Y llevadas de un momento de arranque de amor dicen: Pues antes de que cese este amor, de que pueda cesar, vamos a concluir aquí nuestra vida; nos dejamos morir aquí; nos producimos la muerte para nunca caer de este estado de felicidad a donde hemos llegado. –Eso sería un modo de no caer del amor; un modo fatal, pero se puede comprender: en la riqueza del amor, el interés de que haya una garantía de que ese amor nunca decaerá ya más.

Pues bien; encontrándose a los pies de Jesucristo, en aquel abrazo de amor con que hemos terminado las meditaciones precedentes, cuando Él me aprieta contra su Corazón y clama al Padre: "En ésta, no te fijes en sus pecados; fíjate sólo en mi amor", cuando me oprime así contra su Corazón, yo me abrazo a Jesucristo, y me viene un pensamiento de mi fragilidad, de mi debilidad; y el pensamiento es éste: Y si este amor nuestro cesase un día… Por parte de Él no cesará nunca, pero por parte mía… Yo soy tan débil, tan frágil… Si un día yo me olvidase del amor de Cristo… Y entonces viene este gesto: no la muerte, sino **el infierno** antes de separarme de Ti. Esta es la meditación del infierno; este es el sentido; **magnífico.** Un sentido de plenitud de amor. **Antes de separarme de Cristo, quiero, si fuese posible, sufrir el infierno,** sufrir las penas que padecen los condenados. –Así se entiende perfectamente. Es una **plenitud** de amor, garantía del amor; sublime.

Por eso, puestos en la presencia del Señor, abiertos hacia Él, pidiéndole la **gracia cumbre** de nuestra santidad: que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente para agradar a Jesucristo, le pedimos en concreto esta gracia: **la gracia de sentir internamente**, "sentir" internamente, en lo íntimo de mi corazón las penas del infierno. Si pudiese hacerlo así realmente, y el Señor me lo concediese, a eso mismo bajaría al infierno ahora. Sentir internamente las penas del infierno. "Para que si del amor de mi Dios me olvidare por mis culpas, al menos el recuerdo de las penas me ayude a no separarme de Cristo".

Esta es la meditación. No quiero separarme más de Él. Y si hace falta sufrir… cualquier cosa. Como uno que dijese: Si yo pudiese garantizar mi vida lanzándome al fuego… allá me lanzo; pero no quiero separarme más de Cristo. Esta es la meditación.

Una gracia muy importante, muy hermosa, que puede darnos como la **firmeza** en el amor de Cristo. Porque lo que nos puede separar es la atracción de los sentidos, y si yo tengo vivo lo que es el infierno, no me atraerá más.

Además, esta meditación nos puede obtener otras gracias muy grandes. De la meditación del infierno, cada alma en el grado en que se encuentra, saca el fruto que le corresponde. Y uno puede sacar del cielo, temor; y otro puede sacar de la meditación del infierno, amor; ¡tanto… tan grande amor…! Y es verdad. Si yo pienso –si tuviésemos esta fe viva-, que ahora yo debería estar ene. Infierno, y que si no estoy en el infierno se le debo a Cristo, ¡cuánto agradecimiento a Cristo! Cuanto más vivamente haya sentido yo lo que significan las penas de los condenados, ¡cuánto agradecimiento a Cristo! ¡Lo que le debo…! Porque el no haberme dejado caer, es más favor que el haberme arrancado después de haber caído allí. Y todo se lo debo a Él, a su amor y a su Pasión.

Otra gran ventaja de esta meditación y otra grande gracia, es la gracia de que **no me quejaré de nada**. Si yo lo siento de verdad… ¡nunca! Porque todo lo que yo pueda sufrir de desagradable en este mundo, ¿qué tiene que ver con el infierno que yo había merecido? Por eso se comprende cómo a San Francisco de Borja –que había meditado esto a fondo- cuando iba caminando en las condiciones de aquel tiempo, por aquellas hospederías mal cuidadas, noches desagradables… -como decía Santa Teresa: "Esta vida es como una noche pasada en una mala posada"- pues en aquellas circunstancias, él iba siempre alegre, siempre contento. Y preguntándole cómo le trataban en las hospederías decía: "Muy bien, lo paso estupendamente. –Y, ¿cómo? –Yo mando delante un criado, el cual me prepara el aposento como yo quiero, y siempre me lo prepara bien, y siempre me encuentro a gusto". Y al decirle quién era el tal criado, que no le habían visto llegar, dice: "El criado es el pensamiento de que ahora debía estar en el infierno, y entonces cualquier aposento que me toca me parece demasiado ancho, y estoy muy agradecido al Señor de que me dé esto, porque al lado del infierno, cualquier cosa que me pueda tocar es un cielo". –Esto es fruto de la meditación auténtica del infierno.

Es verdad, y sin ficciones, sin nervios: Yo debería estar allá; ¿de qué me quejo? –Que hace un calor que no se puede soportar… ¡Pues chico! Ya quisieran venir a veranear aquí los del infierno… ya vendrían con gusto, ya… se pasarían unos días estupendos. Y nos dirían: ¿de qué os quejáis? Si se está aquí como en el cielo… -Y lo mismo de cualquier otra cosa. Eso es fruto de la convicción íntima, verdadera, de que yo debería estar en el infierno: Todo me viene ancho, todo me viene bien.

Y otro fruto es **el celo de las almas**. Tantas almas que se pierden… que van camino del infierno… tan alegremente… como sin caer en la cuenta… "Ancho es el camino que lleva a la perdición y muchos caminan por él", dice el Señor. Y, ¿qué hago yo por esas almas? ¿Qué puedo hacer?

Para sentir y obtener esta gracia, para disponernos a ella, ayuda el considerar bien una consideración previa; y es la de actuar la realidad del infierno. El infierno, como lugar de tormentos –del cual habla tantas veces el Señor-, me toca de cerca. Hay lugares de esta tierra que no me tocan tan de cerca como el infierno. Por ejemplo: el Polo Sur; no tengo probabilidades de que yo vaya un día allí. Me toca más de lejos. El infierno… ya es otra cosa. El infierno está muy poco distante de nosotros, muy poco; y a la muerte tenemos que llegar todos… y el infierno está cerca… De modo que es algo **muy real**. Ahora existe, hay gente en él; quizás amigos míos que están allí… Me toca de cerca… Como hay amigos míos en América o en Asia o en Oceanía, pues también los hay allí, en el infierno. –Es que no se condena nadie… -Pues no lo sabemos. Es verdad que la Iglesia no define, pero a mí me parece observar este hecho: que los santos, que se matan por las almas y no se cansan de trabajar por ellas, generalmente piensan que se condenan muchas. Los científicos que están estudiando y que no se matan precisamente por las almas, ésos suelen pensar que se condenan pocos. ¿Quién tiene razón? No lo sabemos. Pero es un hecho; es un hecho. Y en las cosas de salvación conviene fiarnos de los santos; en las cosas de perfección, de los que tienden a la perfección.

Pues bien; tan real es eso y tan cercano me toca el infierno, que puedo decir en verdad que yo podía y debía haberme condenado; ahora. Como uno que debía haber tomado un avión, y ese avión

ha caído, y dice uno: Pues mire, yo podía haber caído en ese avión; más normalmente debía haber caído en ese avión, porque yo tenía ya mi billete cogido, y por un descuido, por un retraso del tren, no he podido llegar a tiempo al avión. –Pues algo así. Yo podía **ahora** estar en el infierno en vez de estar aquí, camino de salvación, porque yo podía haber cometido pecados graves… y los he cometido… y si los he cometido, lo lógico es que hubiese sido castigado por Dios y haber caído en el infierno **ahora**, ahora.

Más. –Sin escrúpulos ahora, sin angustias de conciencia, pero con un sentido de verdad y de sinceridad-. Si yo muriese ahora, en este momento, ¿a dónde iría? Dice San Pablo que "no sabe el hombre si es digno de amor o de odio". No lo sabemos. Tenemos gran confianza en el Señor de que estamos en gracia de Dios, y no debemos complicar la vida, es cierto; pero en el fondo, fíjate si nos toca cerca… que si en este momento yo muriese, pues no tengo seguridad absoluta de que no iría a parar allá; absoluta. Pero sin complicar las cosas.

Más; yo puedo condenarme mañana. Puedo… Porque puedo tener un mal cuarto de hora, cualquier mal momento. Somos tan frágiles… Y me puede coger la muerte en ese momento. No lo espero así, por la misericordia del Señor, sino oque sé que el Señor es **bueno** y que no está siempre esperando el momento el momento más desagradable para cogernos; ni mucho menos, Pero en absoluto es así: yo puedo condenarme mañana. Hay tanta gente que ha perdido la vocación… que después ha perdido la fe… que se ha lanzado por esos caminos… -Es que ha muerto como religiosa… -Sí, santamente. Todos morimos santamente; eso se dice siempre: ha muerto santamente. En Roma, hace poco, creyendo que iba a morir un Prelado que hay por allá, le habían puesto ya la tumba, y está escrito así: "Murió santamente", y después no murió. Y está allí; falta la fecha: Murió santamente.

Pero… en la conciencia personal… Y a veces, después de una vida en que uno ha estado haciendo siempre su voluntad, siguiendo sus criterios con soberbia… críticas… revolviendo las conciencias y las vidas… después va a morir santamente… ¡¡¡Ay!!! Difícil.

Y a veces, se persevera en vida religiosa sólo materialmente, porque uno no sabe qué hacer si tuviese que dejar la vida religiosa. Y ya una vez llegado aquí, pues vamos adelante, que es lo más cómodo… Y… así llega la muerte.

Pensar esto, que es lo más terrible. Pensar… para pedir al Señor que yo lo sienta: que es posible que yo acabe en el infierno; es posible… Aquella palabra de Jesucristo a Judas: "Uno de vosotros me hará traición". Son dos… "**Uno** de vosotros me hará traición".

Pues bien; con este espíritu entremos, dispuestos a considerar, a obtener esta grande gracia del Señor: sentir íntimamente lo que significaría el infierno, para que ni se me ocurra jamás separarme de Cristo, sino me abrace a Él y viva siempre en su amor.

En el infierno podemos distinguir la pena de sentido y la pena de daño.

LA PENA DE SENTIDO: los sufrimientos de los sentidos del hombre. Se puede considerar, ver con la vista de la imaginación el fuego del infierno; que es teológicamente cierto que hay ese fuego material, instrumento de Dios para atormentar los cuerpos y las almas. "Y así las almas como en cuerpos ígneos", todas como llenas de fuego, de ardor… que es tan costoso para nosotros un tormento tan terrible: el del fuego. Una persona que arde viva… Pues así, ver los condenados con la vista de la imaginación.

Oír llantos, alaridos… y así siempre. Quejas, voces, blasfemias contra Cristo, Nuestro Señor y contra todos sus santos… Eso es lo que oye el oído, que lo atormenta siempre. Con lo doloroso que es esto: estar en la sala de un hospital a dormir, oyendo los lamentos y quejidos, toda la noche… que se hace eterna. Pues allí no se oye más que esto.

Oler con el olfato el humo, piedra azufre, sentina y cosas podridas. Todo es repugnante lo que se puede oler en el infierno, en aquel estado.

Gustar con el gusto cosas amargas, como lágrimas, tristeza, una tristeza amarga… y el **verme** de la conciencia, el gusano roedor de la conciencia que no deja en paz: Pero hombre, por tan poco…

pero qué te hubiese costado arreglar aquello, haber dejado aquella tontería… El **verme** de la conciencia.

Y por fin, tocar con el tacto, cómo los fuegos tocan y abrasan las almas y las atormentan. Pensar esto. Sin llegar a descripciones dantescas. No, no se trata de eso. No se trata de suscitar la imaginación desenfrenada, que después no arregla la vida, porque facilita después la imaginación para otras cosas. No; sino en espíritu de fe. Es así.

Y el Señor lo llama –y a mí es lo que más me dice en todo el infierno-, es Jesucristo mismo quien lo llama: **locus tormentorum,** lugar de tormentos; el infierno. Uno que cae allá… Podemos decir que es un campo de concentración, campo de tormentos, creado por la sabiduría infinita al servicio de la justicia para atormentar al hombre, enemigo de Dios. Eso es… terrible. –Pensar esto. Y que sienta ese tormento… sin parte santa… sin esperanza de que se acabe todo eso jamás… por toda la eternidad… sin acabarse nunca. La eternidad no es un tiempo infinito, sino es un instante para siempre, para siempre. Es la posición definitiva del hombre: separado de Dios.

Examina. ¿Tienes desórdenes que pueden llevarte allí? Para que no te separes nunca de Cristo, para combatirlos. -¿Salvas almas? ¿Te interesan las almas? ¿O te interesa sólo el nombre tuyo o de tu Instituto, o el salvar las apariencias? **Almas** hay que salvar.

LA PENA DE DAÑO. –Es más grave, aunque a nosotros no nos hace tanta impresión. Por eso no se debe omitir la primera parte cuando se habla a la gente sencilla. Porque esta segunda, como es la pena de no ver a Dios, y aquí no lo vemos y no sufrimos mucho por eso, pues uno dice: si en el infierno no hay más que no ver a Dios, no me parece que es un infierno muy terrible. En realidad es así, pero no hiere tanto la mentalidad del hombre como la pena de sentido. Pero en sí es más grave; tanto, que si ésta no existiera, el infierno no sería infierno; sería una cosa tolerable en fuerza del amor de Cristo.

Se puede comprender un poco esta pena de daño; sí. Alguna idea podemos tener de la pérdida de un bien muy grande, que le deja a uno con la ansiedad definitiva, que le deja a uno con el hambre eterna de ese bien que se la ha escapado de entre las manos.

Y vamos a poner dos ejemplos. Como veis, somos enemigos de todo lo que suscitar imaginaciones así… desatadas. No, no. Atarnos siempre a la revelación. Y voy a poner, a pesar de todo, dos ejemplos para que nos ayuden; que no son descabellados, a pesar de que uno de ellos puede parecer un poco; pero veréis que no, que se adhiere mucho a la realidad.

El primer ejemplo es el del marinero que cae al agua, y sus compañeros caen en la cuenta de que ha caído en medio del océano; y el capitán ordena que todos, puestos en la borda de la nave contemplen el mar y observen a ver si llegan a divisar entre las olas altas, grandes, el marinero caído al agua. Y así dan una vuelta todos mirando, y no lo ven. El capitán, que tiene que responder de la nave y de la ruta de la nave, dice: hagamos la última prueba, demos una vuelta todavía, a ver si lo vemos. Y dan una vuelta, todos mirando con atención, y nada. Entonces el capitán da la orden: ¡Adelante! ¡Hacia Europa!

Poneos ahora en la posición del marino caído al agua. Después de la primera sorpresa, mira la nave y ve que empieza a dar una vuelta grande. Dice: "Ya estoy salvado, ya se han fijado, han caído en la cuenta de que yo no estoy en la nave y vienen a buscarme". Y podéis imaginar la desesperación y los esfuerzos con que grita aquel pobre hombre en medio del rumor inmenso de las olas que no dejan oír dónde está. Y ve que da toda la vuelta y que no le ven, que no le oyen… sigue clamando… y ve que comienza una segunda vuelta. Y le vuelve de nuevo la esperanza: a ver si ahora me ven. ¡Qué gritos! Y cuando a la tercera ya, la nave se marcha, ¡qué desesperación! Queda solo, solo, en medio del océano. Y allí, en aquella nave que se pierde en el horizonte, se va la vida; queda sin vida. Muerto vivo en medio del océano. Solo. Se comprende la desesperación, aun cuando no tenga otros dolores. Pero es la vida la que se le va. –El condenado, solo en el mar del infierno, y Dios que se le escapa para siempre, definitivamente; su vida.

Un segundo ejemplo, que puede parecer más de imaginación. Imaginad esa enfermedad de que ha hablado algún médico, que, dejando al hombre las facultades sensitivas –de modo que oye, sigue las conversaciones que hay alrededor-, pierde todo movimiento del cuerpo. De suerte que,

examinando los movimientos, no hay nada, no hay vida; está muerto. Y sin embargo, a pesar de eso, sigue sintiendo dentro lo que pasa, oyendo lo que pasa. Imaginad un caso así. Una joven que, atacada de esta enfermedad, queda así sobre el lecho, y viene el médico y la examina; y viendo que no da ninguna señal de vida, pues dice: esta hija está muerta y hay que enterrarla. Imaginad la desesperación de esa chica… que oye todo… no puede moverse… Y ve que se acercan, que la llevan a la caja, que le ponen en la caja y no puede moverse. Y lo oye todo, y lo sigue todo. Imaginad que la llevan así hasta el cementerio, la bajan a la fosa, la dejan allí, y comienzan a cubrirla con tierra. Y ella oye la tierra que cae sobre la caja y no puede moverse. ¡Qué desesperación! ¿No es verdad? La vida se le queda fuera, lejos… y ella bajo tierra; allí, con un metro, metro y medio de tierra encima de su caja. Y ella está viva, pero enterrada viva; muerta en vida.

Imaginad que, estando así, recobra el uso de los sentidos y del movimiento, plenamente. Con qué desesperación pretendería abrirse camino hacia la vida; a ver si conseguía levantar aquella cubierta y aquella tierra que le separa de la vida… Pero es inútil, no puede nada, no puede moverse. ¡Qué desesperación! –Es pena de daño. Alejamiento de la vida. Morir viva.

Pero imaginad, con otro esfuerzo todavía de la imaginación, que se oyen unos golpes de azada sobre la caja, que se van acercando cada vez más… Y ella se alegra: "Han caído en la cuenta y vienen a buscarme". Cada vez se acercan más; ya llegan hasta la caja, y después de un poco se abre la caja… y cuando se abre la caja, se encuentra ella, allí, perfilándose en el azul del cielo, la figura de su propio padre. Y cuando se lanza hacia su padre: "¡Padre…!", el padre la rechaza. Le dice: "Maldita, vete ahí, quédate ahí, que ahí te quedas para siempre". Y la rechaza, y cubre de nuevo con tierra el cadáver de su hija, vivo.

¡Es un poco de imaginación…! No tanto, no tanto. ¿Por qué? Porque esto es lo que pasará con los condenados. Separados de la vida, muertos vivos… Pero llegará un día –el día del juicio final-, en que volverán a ver el rostro de Cristo, del Padre de ellos, del Padre de los condenados. Pero lo verán, y se lanzarán hacia Él, no con la voluntad deliberada –porque lo aborrecen en el fondo-, pero sí con toda la inclinación de su tendencia a la felicidad, hacia Cristo; y entonces Cristo los rechazará: "Id, malditos, al fuego eterno para siempre".

Pensar esto. Que pueda uno terminar maldecido por Cristo… es terrible. Que la única vez que vamos a ver el rostro de Cristo, podamos oír de sus labios: ¡Maldita para siempre…! –Pensar esto. Pensar que puedo terminar mi vida bajo el odio de Cristo; que sea aborrecido de Cristo… -Que no me separe de Cristo.

¡Maldito! ¡Al fuego eterno! Maldito el condenado, porque ha roto con Dios. Y tiene dentro un desgarramiento interior… Hay dos tendencias: la tendencia natural hacia la felicidad, y por otra parte el alejamiento de esa felicidad, porque no la quiere, y la rechaza. Ha roto con su último fin; tiende a él con toda su tendencia natural, y Él lo rechaza, y lo rechaza porque **es malo**; no lo rechaza por otras razones… Y el condenado lo reconoce que es malo y que hace bien Dios en rechazarlo; lo reconoce, porque es indigno del amor de Dios.

Como un amante desairado. Imaginad una joven que tiende con toda su fuerza hacia un joven al cual admira. Pero este joven la ha rechazado porque es mala. Y ella lo reconoce y dice: "Y ha hecho bien". Y a pesar de eso tiende hacia él con toda su fuerza. Pero él, –y ella lo reconoce- la rechaza porque es mala. –Queda así siempre como separada en dos: una tendencia por un lado y un aborrecimiento, en su voluntad, en su sensibilidad, en todo su ser. ¡Maldito! Que yo sienta esto: lo que puede ser la maldición de Dios sobre nosotros. Un entendimiento hecho para la verdad, que ahora se coja en la mentira; una voluntad hecha para el amor, que odia, y odia el bien sabiendo que es el bien, pero no puede menos de odiarlo, porque ya se ha decidido contra él. Y toda la sensibilidad, también maldita. Una inversión de todo su ser. Cada facultad del hombre sufre violencia interior. Y Dios hace sentir al condenado el odio infinito que le tiene. ¡Terrible…! Mucho más terrible que el fuego quemando, Dios que hace sentir que lo odia. –Si aquí cuando una persona siente que otra no le quiere, que la desprecia, cuesta tanto… allí sentir el juicio de Dios que lo odia… juicio objetivo de Dios…

Odio infinito. El condenado, podemos decir que está sostenido ya en su ser por el odio de Dios. Y notad que Dios **odia** al condenado. No es que odia al pecado y ama al condenado, no. Dios odia al condenado. Porque el pecado no es otra cosa sino el hombre mismo que tiene su voluntad pervertida. Es el hombre el objeto del odio de Dios. En esta tierra podemos decir: Dios ama al pecador y odia el pecado; no porque en el momento presente ame al pecador con complacencia, sino porque el pecador puede convertirse, y Dios ama lo que resultará de esa conversión. Pero en el infierno ya no hay conversión. Es objeto del odio infinito de Dios. El pecado es el infierno del infierno. Y esto por toda la eternidad, definitivo; se ha acabado, se ha acabado. Ya no hay nada, no hay posibilidad de volver atrás; definitivo. –Esto es el infierno. Que yo lo sienta íntimamente, sea la pena de sentido, sea la pena de daño.

Y ahora, "como si" –pero sin ficción- como si el Señor en este momento delante de mí, puesto delante de mí, me hubiese arrancado **ahora** mismo del infierno, donde yo me encontraba… sin Cristo, sin Padre, con odio, con inquietud, con todos los tormentos de aquel lugar de tormentos. Y Él, Jesucristo, puesto en cruz, sufriendo la Pasión y muerte por mí, me arranca del infierno, me libra del infierno. Yo me postro a sus pies, ponderando la gran misericordia de Dios para conmigo. ¡Qué bueno ha sido! A mí me ha arrancado; a otros no. A mí sí. ¡Cuánta misericordia ha empleado el Señor conmigo!

Darle gracias a Jesucristo, ser muy reconocidos por este favor; darle gracias y ponernos muy a su disposición para todo lo que Él pueda querer de nosotros, porque todo se lo debemos a Él. Darle gracias, ser almas agradecidas. Cuántas veces insiste San Pablo: **Et gratiae stote.** Y sed agradecidos a Cristo, que nos ha hecho este favor; de verdad. ¡Si lo sintiésemos de verdad que debíamos estar allá, y que todo, todo se lo debemos a Él…! ¡Gracias! Gracias porque no he caído en él por la misericordia de Jesucristo. ¡La grande misericordia del Señor!

Y pedirle **aborrecimiento** del pecado; que me puede llevar al infierno y que lleva a otros al infierno. Que sienta una repugnancia instintiva al infierno. Pedírsela a Jesucristo crucificado. Que no me separe nunca de Él. Que sienta estos dolores íntimamente.

Y, por fin, pedirle grande **celo de las almas**. Que no haya ninguna de las almas encomendadas a nosotros por la providencia del Señor, sea por nuestro apostolado directo, sea por nuestra oración y nuestra reparación, que caiga en el infierno por nuestra negligencia, sino que todas ellas se salven.

"Eterno Señor de todas las cosas –decía San Francisco Javier-, acordaos de las almas de los infieles que creasteis a vuestra imagen y semejanza. Mirad, Señor, cómo en deshonor vuestro se llenan de ellas los infiernos. Acordaos de vuestro Hijo Jesucristo que sufrió tanto por ellas". Así tenemos que pedir al Señor. Y que este celo de las almas y este agradecimiento, dejen en nuestra alma como un temple firme, una garantía de que no nos separaremos de Cristo, y que en agradecimiento a Cristo, haremos por Él cuanto Él quiera pedirnos.

LA MUERTE

Vamos a hacer esta meditación, como una repetición de las meditaciones del día de hoy, al final del segundo día de Ejercicios. Pueden detenerse allí donde han encontrado más devoción, donde el Señor más se les ha comunicado, siempre insistiendo en ese concepto básico: lo bueno que ha sido Jesucristo conmigo y lo mal que yo me he portado con Él. Que esto nos llegue hasta el fondo del alma siempre.

Hemos meditado también el infierno, como obra de la misericordia del Señor para con nosotros, que nos ha librado de él; como garantía de nuestro amor a Cristo, para que no haya nada que nos separe de Él. Y ahora, en los Ejercicios, pone San Ignacio una repetición con un triple coloquio, pidiendo al Señor por medio de la Santísima Virgen primero; acercándonos a Ella, que es la que mejor conoce la gravedad del pecado –porque no lo tiene, precisamente-; que le pidamos a Ella nos conceda esas tres gracias:

1º. Aborrecimiento del pecado
2º. Conocimiento del desorden de mis operaciones para ordenarme en adelante
3º. Conocimiento de las vanidades del mundo para arrojarlas de mí totalmente.

Vamos a hacer esta meditación así, sobre este triple coloquio, que después tenemos que repetir a Jesucristo y al Padre; por medio de la Virgen a Jesús, y de la mano de Jesús y de la Virgen al Padre para que nos conceda esta gracia. Es aquella realización de la personalidad cristiana: sentir aborrecimiento del pecado como corresponde a su valor; sentir el desorden de las operaciones para echarlas, y sentir la vanidad de las cosas mundanas, lo vanas que son. Y así, vamos a hacer esta meditación, o este coloquio en forma de meditación; y a lo último nos detendremos en la consideración de la muerte, que es lo que más nos manifiesta la vanidad de las cosas de este mundo, cómo pasa todo… para presentarnos ante el juicio del Señor.

Se trata –en este pecado, en este desorden y en esta vanidad- del camino que nos puede llevar hacia el pecado mortal y hacia el infierno. ¿Cuáles son en la vida religiosa los caminos del infierno?

El primero creo que se puede decir que es la **soberbia;** soberbia oculta o manifiesta; esa soberbia con la cual uno se cree ya superior a todos los demás, que ninguno otro entiende las cosas de la vida espiritual sino uno mismo; ese espíritu a veces exaltado de querer cambiarlo todo, de revolucionar todo; de impaciencia, de no soportar las cosas. Eso es lo más peligroso, quizás; el camino más fácil para caer en el infierno dentro de la vida religiosa: la soberbia oculta o manifiesta; a veces es manifiesta, otras veces oculta. Tanto más, que de ordinario estos espíritus así, agitados, que ni están en paz ni dejan estar en paz a los demás, cuando se manifiestan así, como grandes revolucionarios, son en el fondo del corazón unos **pobrecillos,** que tienen dentro la lucha de una afectividad que no saben controlar. Cuando a uno de dicen: hay una persona ahí que está muy agitada… y que tiene grandes problemas de vida: la reforma de la vida religiosa, de la actualización… y… que no soporta; está agitada, quiere hablar con usted… cuando uno oye esto, tiembla, porque sabe que detrás de esos espíritus, en general, hay grandes problemas afectivos interiores, no resueltos; y muchas veces, debajo, problemas de castidad. Y son pobres hombres, pobres almas que dan verdadera pena; y se manifiestan externamente con toda esa soberbia aparente, cuando dentro no son capaces de soportarse a sí mismos. Y como son almas soberbias en esto, no sé cuál es lo primero; no sé si lo primero es el problema ese afectivo, el problema de la castidad, y después pasa a la actitud de esa soberbia, o es lo contrario. No siempre es fácil de decirlo; pero Dios se retira del alma soberbia y la deja allí sola, y el demonio le prepara asechanzas en muchos campos: en humildad, en obediencia, en pobreza, en las prescripciones que se le imponen… y acaba por saltar y por desesperarse y amargarse; ya va por un camino que da mucho que pensar.

El segundo camino del infierno en la vida religiosa es, naturalmente, la materia de la **castidad**, del segundo voto; sin exagerar tampoco. No hay que llevar las cosas también al extremo; y nunca vivir con ansiedad en estos campos. La ansiedad no es de Dios; sino siempre con paz. Pero es un campo que ofrece siempre una facilidad del pecado. Notemos respecto de este campo del segundo voto, no suele ser directamente un problema de castidad, sino suele ser un problema de afectividad. Suele empezar por ahí. Raras veces el problema se presenta directamente en el campo de la castidad, raras veces; y en general, cuando se presenta así, fácilmente se supera; es un pequeño desliz, nada, una cosa sin importancia. De ordinario, el problema viene de la afectividad, y es que, al ofrecer nosotros al Señor el obsequio de nuestra virginidad, de nuestro celibato, lo que le ofrecemos como raíz, es nuestro afecto, nuestro corazón; y en el hombre hay como una especie de energía de capacidad de afecto radical que después se realiza en planos diversos: en el plano sensual, en el plano sexual, en el plano psicológico, en el plano sobrenatural. Y cuando uno ofrece al Señor la virginidad, no es que la tendencia sexual hacia el otro sexo uno la ordena a Dios, esa misma concretización la termina en Dios, no. Eso sería una sublimación en el sentido de los psicólogos modernos, y no se da así; sería fatal. Sino que existe un corte de la tendencia hacia el otro sexo, de la tendencia que debería terminar en el matrimonio; un corte. Un corte que deja una tendencia insatisfecha, y en ese sentido, como una herida abierta. Ahora, esta herida abierta, que viene a ser como un holocausto que se ofrece al Señor, permite que la tendencia interior vaya toda hacia Dios directamente; la tendencia sobrenatural. Pero queda allí la herida abierta. Ahora bien; mientras la tendencia hacia Dios sea ferviente, fervorosa, esa herida no se deja sentir, no se siente. Pero si la tendencia hacia Dios se enfría por cualquier razón, entonces vuelve a molestar esa herida que ha quedado abierta, y vuelve a dejarse sentir con un picor, con una tendencia, con una necesidad, una urgencia… y entonces viene el peligro. Si esta persona ahora, comienza a acariciar esa tendencia, a ceder en ella, no digo para el pecado precisamente, sino, con tal de no llegar al pecado todo lo que pueda, entonces se pone en el plano **inclinado** hacia el pecado. Y este suele ser el camino: la afectividad primero se ha puesto en Dios, después vienen las realidades, los disgustos de la vida, viene el tedio de la vida religiosa, de la vida común, fastidio de las cosas, incomprensión de parte de los superiores, incomprensión de parte de los iguales… Y cuando uno se encuentra con una religiosa a la que nadie comprende… eso va mal, eso va mal. Las grandes incomprendidas es fatal. Eso quiere decir que el corazón está vacío, y el corazón vacío es siempre muy peligroso. Y entonces se encuentra pues… un desahogo en una señorita de fuera, en una persona de fuera a lo mejor, que lo comprende… es la única con la que puede hablar… empieza a desahogarse, y… y empieza a buscar algún desahogo también de esa tendencia que Dios ha puesto en el hombre… y de ahí se presentan los peligros más próximos, incluso en la castidad. De ordinario este es el proceso. El problema de castidad suele ser de origen afectivo. –Por lo tanto, mucha atención al efecto; que esté siempre lleno de Cristo, y renovarlo constantemente, y enamorarse de Cristo, que mientras haya esa plenitud de enamoramiento de Cristo, no habrá tanto peligro de la castidad; y cuando uno tiene problemas de castidad, procure enriquecerse del amor de Cristo, sin dar vueltas sobre sí mismo, sin estar contemplando siempre sus propias deficiencias y las propias incomprensiones y cruces. Hacia el Señor… volar adelante.

Y esto hay que tenerlo presente, porque, en la vida religiosa quizás ha bajado un poco el tono de la misma pureza, de la castidad misma. Con todas estas cosas modernas, que serán muy necesarias, muy buenas, apostólicas, todo lo que usted quiera; pero el **tono** de la vida religiosa, quizás ha sufrido con todo esto. Hay más holgura, más facilidad, más sensualidad, muchas veces larvada, pero que quita un poco de esa transparencia en muchas almas, de la transparencia de la castidad positiva; que nuestra castidad tiene que ser positiva; no el evitar el pecado, sino el hacernos cada vez más transparentes a las miradas de Cristo. Que el alma suba siempre hacia el Señor en toda limpieza, angélicamente.

Pues bien; en esta materia, supuesto esto que he indicado, quien no ora, cae. Quien no ora, no en el sentido de que: yo no he rezado esta mañana, y hoy caeré. Esas son exageraciones que hacen mucho daño al alma. No, no es ése el sentido. Quien no ora, es decir, quien no tiene vida de oración, vida interior, cae, cae. Por la razón que he dicho: porque donde no hay vida interior no hay calor de

amor a Cristo, y donde no hay calor de amor a Cristo enseguida entra el vacío del corazón, y entonces viene la tendencia normal, natural, hacia las criaturas. En esta materia, quien se pone en peligro temerario, cae; en peligro temerario, es decir, no razonable: porque uno mismo se busca las cosas, porque se propone ciertas lecturas, ciertos espectáculos, ciertas cosas que no tenía por qué mirarlas. Pues, quien se pone en peligro temerario, cae. Y quien no guarda los sentidos, cae. Quien no guarda los sentidos habitualmente, se entiende; lo cual no quiere decir una ansiedad en la guarda de los sentidos, no. No vivir nunca con ansiedad en esta materia, como si uno estuviese siempre al borde del abismo. No, por Dios, no. No es eso. Hay un margen bastante grande antes de llegar al pecado mortal, bastante grande. Por eso; que uno camina, tiene que andar por ahí, y… "que se me han ido los ojos"…". Pero no se asuste por eso. –Entonces, ¿puedo mirar todo? No, no; usted vaya a lo que tiene que ir, pero no se asuste si alguna vez se le escapa, que todavía queda mucho, desde lo sensual hasta lo venéreo, etc. Holgura del corazón; generosidad con Dios en la paz y en la holgura de corazón. –Y notemos que en esto, no valen largos años de vida ni de inocencia. No tenemos ninguna seguridad. Por eso, tenemos que tener un modo de actuar muy sencillo y muy diligente, pero sin apoyarnos en nuestros propios méritos. A veces es curioso. Pasa a veces, que uno se encuentra en los peligros más grandes y ni se le ocurre un pensamiento malo, y después uno se encuentra en una circunstancia donde no hay nada malo, nada de particular, y le viene una tentación. Es enteramente imposible de prever, es imprevisible esta materia. Y no valen largos años. –Es que yo… son muchos años que me conservo así. –No importa.

En la vida de un Padre suizo aparece cómo él tuvo las grandes tentaciones contra la castidad a los 70 años. Hasta entonces había ido sin ninguna dificultad; y a los 70 años empezó a sentir las grandes tentaciones. ¿Fenómeno curioso? Pues, puede ser. –En fin, no hay nunca una seguridad. Por eso, proceder siempre con diligencia normal, serena, habitual.

Los otros caminos del pecado mortal son: **las pasiones no domadas.** Dondequiera que hay pasiones sin domar, esas pasiones pueden ser un peligro muy grande. –El desprecio formal y descuido habitual de los ejercicios espirituales, por las razones que hemos indicado: no hace falta, esas son ñoñerías, y lo importante es vivir virilmente nuestro cristianismo. De ahí resulta que se enfría la vida interior, y enfriándose la vida interior nos encontramos con falta de sentido de abnegación, con falta de sentido íntimo de amor a Cristo, y todos los peligros que de ahí derivan. –El desprecio de las cosas pequeñas, habitualmente, en la vida religiosa. Tenemos que hacer cada pequeña acción con todo el amor con que un mártir va al martirio, con el grande amor. Pidamos al Señor siempre esas grandes gracias del amor grande de Cristo. –La **pérdida de la vocación** es otro peligro también para la condenación cuando es una cosa culpable. –La **tibieza**, los **pecados veniales habitualmente aceptados con deliberación**. Todo eso nos puede llevar al infierno, y ahí tenemos que adquirir un **aborrecimiento** de esos pecados.

Pero para hacer así este coloquio, puedo fijarme en mi pecado, es decir, en mi pecado –diríamos-, el pecado habitual mío; no precisamente el temperamental sino el pecado en que yo más fácilmente caigo por las razones espirituales que sean. No porque tengo mal genio y se me escapa de vez en cuando. Ahí no darle demasiada importancia, procurando insistir siempre en el mejorar, pero es muy difícil que lo elimine; y al Señor no disgusta tanto como a nosotros muchas veces; que a nosotros nos deja muy en ridículo, y eso nos duele. Pero mi pecado, digo así, el pecado habitual mío, mi negligencia más grande. –Pues bien; pedir a la Virgen, a Jesucristo, al Padre, conocimiento interno y **aborrecimiento** de ese mi pecado.

¿Por qué razones? Primero, por la fealdad intrínseca de ese pecado concreto, que es el mío, sea la envidia, sea la ira, sea la pereza, el descuido de os ejercicios espirituales, la frialdad en el trato con Dios, la falta de caridad… Ver lo repugnante que es ese pecado, lo que supone como locura, como ingratitud con el Señor. Si hubiese sido un enemigo el que me tratase así… pero tú, que has profesado ser esposa mía, que te dedicabas toda a agradarme siempre… que seas tú la que me ofendas… Así se quejaba el Señor por el profeta: "Si hubiese sido un enemigo…", ¿pero tú, alma religiosa, mi amiga, a quien he puesto yo al frente de otras almas para que las formes, tú me

tienes que tratar así? –Y cuánto daño has hecho así en las almas que debías formar… Cuántas veces se oye decir: Sí, hay algunas religiosas que convencen, pero otras…

Considerar también el daño que me hace ese pecado. Daño que viene representado en la parábola de Jesucristo del buen samaritano: el caminante que cae en manos de ladrones. Y dice que se marcharon, lo despojaron y lo dejaron medio muerto. Lo despojaron de las virtudes; ¡cuántas veces! Ese pecado, ¡cuántas virtudes me quita! La despoja del fervor; va perdiendo el entusiasmo. Quizás llega a tal grado que ya me río del noviciado. Eso sería ya muy malo. Si uno llega a reírse del fervor del noviciado, eso quiere decir que va muy mal. –Con llagas, lo dejaron al pobre herido; en estado de torpeza, de debilidad espiritual, plagado, medio muerto. Así me quedo yo muchas veces con mi pecado: con una vida lánguida en la vida espiritual. –Que sienta aborrecimiento de esto; que me hace mucho daño ese pecado. Y no sólo a mí, sino que causa daño en mi derredor, según el pecado que sea, más o menos: palabras contra los Superiores, religiosos, prelados, obispos, incluso quizás al Papa… me he atrevido a decir palabras para criticar al Papa, criticar al Prelado, criticar a los superiores internos… Palabras contra la caridad, que delante del Señor es una cosa tan delicada, hiriendo la reputación de los demás, el honor y la fama de los demás, induciendo en las almas el desaliento, que es un pecado muy grande. Almas generosas que volarían hacia Dios, yo he hecho la labor de desanimarlas, presentándoles las dificultades, la falta de espíritu sobrenatural… que la vida religiosa no es tanto como se imaginan… y las he desanimado. Y aquí hay peligro de pecado grave a las veces. "Líbrame de mis pecados ocultos", decía el salmista. Y el Evangelio es muy duro cuando habla de la caridad y de las faltas de caridad; cuando dice que si uno llama a otro con un mote: rácano, fatuo, que será reo del fuego eterno. –Palabras quizás contra la comunidad donde vivo… contra la Congregación o la Orden… quizás sembrando críticas, descontento, mal espíritu… Quizás he dado ejemplos que han hecho daño. Esto hiere mucho al Señor también. En el libro de los Reyes se dice así de aquellos reyes malvados: "Pecó e hizo pecar a Israel". Con esto se quiere indicar como una cosa muy repugnante a los ojos de Dios.

Examinar esto en mí para que lo aborrezca. Preguntarme: ¿He sido de los que atraen las bendiciones sobre mi Orden, sobre la Comunidad? ¿He atraído bendiciones del cielo? O más bien al contrario: ¿He atraído castigos del Señor? ¿He sido útil a mi Comunidad? O al contrario: ¿He sido inútil? ¿Querría yo sinceramente, en la presencia del Señor, que todos los de la Congregación o todos los de la comunidad fueran como yo? Si yo supiese que ninguna de la Congregación mía es mejor que yo, ¡qué altura de santidad en la Congregación nuestra!

Y esto, tanto más cuanto lo comparamos con las gracias recibidas. ¡Cuántas gracias constantes del Señor! Desde la vocación, la formación, educación religiosa, reglas, dirección… -Que me llegue al fondo este aborrecimiento de mi pecado. Pedírselo a la Santísima Virgen.

Coloquio con la Virgen que no hizo pecado, y por eso ama más al Señor, lo conoce mejor y sabe más lo que significa ofender al Señor. Coloquio con Jesucristo que llevó sobre sí mis pecados a la cruz; y de la mano de Jesucristo y de la Virgen, coloquio al Padre, que conoce adecuadamente lo que es el pecado.

Y vamos al **desorden de las operaciones.** El desorden se puede dar en las tendencias o en los actos. Las tendencias pueden ser desordenadas, y de ahí nacen después los actos desordenados. El desorden propiamente tal en las tendencias, se puede reducir al desorden de la sensualidad, de la afectividad y de la soberbia. ¡Cuánto desorden en mí en ese campo! No digo ahora que son pecados. ¡Cuánto desorden, cuánto me lleva, cuánto me determino por esas tendencias desordenadas, aun cuando quizás no haya sido pecado! Me determino por afecciones desordenadas. Vivo de mil naderías, pequeñeces, caprichos, que yo después hincho, y me parece que es una cosa tan importante… y no vale nada. Mil naderías. Gozo de las criaturas en vez de usar; a veces las desvío de su fin, les hago ir contra su fin, y así hago a veces a Dios cómplice de mis desórdenes, obligándole a cooperar conmigo por la conservación y el concurso que me tiene que dar. Y claro, en fuerza de estas tendencias desordenadas, hay infinitas contradicciones en mi vida. ¡Cuántas… cuántas…! Contradicciones entre mi conducta y mis principios. Los principios están ahí; son los principios religiosos, los principios sobrenaturales; ¿y la conducta? –Es que no se puede vivir de

principios sobrenaturales. -¿Quién ha dicho eso? Pues entonces, ¿para qué la enseñan si no se puede vivir de principios sobrenaturales? Como les decía antes, cuando uno se encuentra con ejemplos de sacerdotes, religiosos malos, dice: "No se fije en eso, porque la Iglesia… Hay que distinguir entre la Iglesia y los sacerdotes". ¡Muy bien! Pero si se encuentra otro, y otro, y otro… y los que voy encontrando, pues igual. ¿Dónde están los principios? ¿Dónde está la norma general? –Examinemos estas contradicciones, que son repugnantes.

Contradicciones entre mi conducta y mis sentimientos íntimos –muchas veces disimulados los sentimientos íntimos-, por los dos extremos: a veces sentimientos íntimos muy altos… mi conducta muy baja; a veces sentimientos íntimos inconfesables… en la conducta exterior, procura disimular suficientemente.

Contradicciones entre mi conducta y mi profesión religiosa; ¡cuántas…! Yo que me llamo religiosa… me dedico a eso… consagrada al Señor… y mi conducta, ¡qué distinta…! Y claro, muchas veces es patente la contradicción entre mi conducta y la opinión que tienen de mí como religiosa. Los seglares estiman mucho –digan lo que digan- y piden mucho de los religiosos; y son generosos en hacer limosnas, en desprenderse de sus bienes para los religiosos; pero lo hacen para los religiosos en cuanto tales, para que sirvan al Señor; no para que se aprovechen de eso para vivir mejor que los seglares. ¡Qué dolores es esto a las veces! Saber de una persona que ha renunciado a todo por ayudar a un religioso, a un seminarista; que en años no se hace un vestido para poder ahorrar dinero, y así va dando su beca poco a poco… y el seminarista o el religioso que se sirve de esta beca, no puede prescindir de ir al cine todos los domingos. ¡Qué contradicción! Aquella alma tan generosa, que se desprende de todo para ayudar a un religioso, a una religiosa porque ve en ellas la consagración a Dios que le atrae; y la religiosa no corresponde a esa idea alta, que es justa, por parte del seglar.

Contradicción, por fin, entre mi conducta y los consejos y las doctrinas de oficio que tengo que dar, y que doy quizás a los demás: desprenderse de todo… amar al Señor… solo Dios… ¿Y mi conducta?

Detestar ese desorden; que lo arroje de mí. Que haya en mí una lógica sobrenatural; que me ofrezca en holocausto, como lógicamente corresponde al amor de Cristo a nosotros. Como dice San Pablo en la carta a los romanos, en el capítulo 12: "Por tanto, os ruego por la misericordia de Dios que dio su vida por nosotros, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios, que es el holocausto lógico ante el amor de Cristo". Eso es el holocausto lógico. Que sea consecuente, que cesen esas contradicciones, que haya en mí un orden interior. Y pedírselo a la Virgen, que tuvo siempre tal orden en su alma, toda ordenada, todas sus intenciones dirigidas puramente a complacer a Dios. Y de la mano de la Virgen, acercarnos a Jesucristo, la norma del orden. Y por Jesucristo, al Padre, para que nos conceda ese aborrecimiento de todo desorden en nosotros y esa lucha implacable para ordenarnos. Que nos conceda la gracia del orden: que todas las intenciones, acciones y operaciones **sean ordenadas** a agradar a Cristo.

Por fin, y <u>considerar las cosas mundanas y vanas</u>. Y para esto nos va a ayudar un poco la consideración de la muerte.

El mundo. Se entiende el espíritu del mundo, las gentes que viven según ese espíritu del mundo.

¿En qué consiste el espíritu del mundo? San Juan lo cuenta en su carta en el capítulo 2: "No améis el mundo ni las cosas que hay en el mundo; y la norma es: la concupiscencia erigida en norma de conducta". Eso es el mundo: la concupiscencia como norma. Amor de sí hasta el desprecio de Dios. Dios queda fuera; nosotros dejamos seguir nuestras tendencias. La norma es la concupiscencia. Eso es el mundo. La comodidad… la soberbia de la vida… la soberbia de los ojos… la concupiscencia de la carne… eso, como norma de conducta. Cuando uno va por las cosas mundanas es eso: el esplendor, lo que sacia la vista, lo que sacia los sentidos, eso como norma. Todo lo que se pueda por ahí. –Pues bien; es mundo no está lejos de mí, sino que está **en mí**, en mí; en mí tengo las cosas mundanas y vanas. Y se nos suelen meter tanto en la vida religiosa… El acicalamiento… el cuidado del buen nombre… la estima de todos… el ser muy de actualidad… que

es un modo de mundanidad como cualquier otro; al que nos consideren siempre como las del día de parte del mundo… que no hagamos mal papel ante el mundo… Perfumes… que se meten en la vida religiosa mucho… para poder tratar con el mundo… La tendencia a todo lo que es lujo… para ir dignamente… El querer tratar con gente encopetada siempre… no condesas ni marquesas, sino de ahí para arriba. Ahora muchas veces, muchas cuestiones sociales, y al lado de eso, está esto. Ahora está de moda; todo son cuestiones sociales, pero con tal de que vivamos en grande entretanto; y si puede ser –porque no puede quizás tratar con condesas y marquesas-, pero si a ésa de las cuestiones sociales le tocase al lado una marquesa o condesa, veríamos a ver… a ver cómo resiste. –El afán desmesurado de doctorados y títulos. ¡Oh! ¡Doctorados! ¡Títulos!, para hacer bien a las almas. ¡Ojalá! ¡Ojalá! Pero si no hay títulos, ¿con qué nos presentamos ante el mundo? No digo que no hay que tomarlos. Pero ese afán, ¿eh?... Todos con títulos, todos; y varios títulos, a poder ser; y hasta la cocinera que tenga título de cocinera, y… y la otra para que no tenga complejo de inferioridad… y la otra título de hortelana… que tenga también un título de perita agrícola para poder trabajar, para que estemos todos a la altura… ¡Cuánta mundanidad!, ¡cuánta mundanidad! Y si puede ser, con tarjeta de visita, donde aparezcan los títulos para presentarlos. ¡Cuánto mundano…!

Pues bien; lo tengo dentro de mí todo este espíritu de mundo; lo debería matar cada día en mí, pero en vez de matarlo, quizás lo acaricio y en cada uno de mis pecados. Sus señales, ¿cuáles son? El apetito de placer, de comodidad, diversiones del espíritu y del corazón, indocilidad, testarudez, pretensiones, susceptibilidad, independencia, crítica, gusto del brillo y de los primeros puestos… Pues bien; soy religioso y al mismo tiempo soy mundano y mundana en la vida religiosa. –Esto es lo que crea en muchas personas del mundo esa especie de indiferencia cuando ven una religiosa así: "¡Bah! Pues mire; como nosotros, como nosotros, tan materiales como nosotros".

Detestar ese espíritu mundano, detestarlo íntimamente. El espíritu mundano es el enemigo de Dios dentro de mí, mi peor enemigo. Y tener horror profundo a todas sus manifestaciones, todo lo que es mundanidad. ¿Que otros lo hacen y glorifican a Dios? Déjenlos en paz. ¡Bendito sea! Pero… nosotros como Jesucristo, derechos, como Cristo.

Y esta vanidad tan fuerte, se descubre, sobre todo, en la consideración de la muerte. Ahí cae todo por su peso. Por eso vamos a ver brevemente la consideración de la muerte y del juicio, para caer en la cuenta de la vanidad de todo lo mundano. Lo que no es mundano resiste al pensamiento de la muerte. De modo que podemos decir que la alegría auténtica resiste la prueba del pensamiento de la muerte. No teme al pensamiento de la muerte la alegría auténtica, sino aun cuando yo piense que me voy a morir, sigo feliz, alegre, con esta alegría que ahora reina en mi corazón. Si no es auténtica, el pensamiento de la muerte la deshace.

Recuerdo una vez que, tratando con un judío, me contó esta historia: del anillo de Salomón. Decía aquella historia así: Había en tiempo del rey Salomón un joyero que tenía fama de ser muy inteligente. Tanto, que la gente había empezado a decir que era más inteligente que Salomón y más sabio que Salomón. Se llamaba Benjamín.

Pues bien; es rey Salomón empezó a tener celos de éste, y sabiendo que decía la gente que era más inteligente que él, un día le llamó y le dijo:

.- Benjamín, eres –me han dicho- más inteligente que yo.

.- No, Majestad, no, no, absolutamente.

.- No, no; me han dicho que eres más inteligente que yo, y quiero probarlo. Por lo tanto, te voy a poner una prueba. Si la resuelves, reconozco que eres más inteligente que yo, pero si no la resuelves, te mando decapitar.

Y él vio que lo que pretendía el rey era decapitarlo, y le dijo:

.- No, Majestad, no, que yo no… yo soy muy corto de inteligencia; no, no, no… no se puede hablar de eso.

.- No, no, no; tienes que hacer la prueba. ¿Tú eres joyero?

.- Sí, Majestad.

.- Pues mira; tienes que hacerme el anillo más precioso del mundo, y para esto todas las joyas de mi palacio están a tu disposición. Pero ese anillo tiene que tener esta

propiedad: que cuando esté yo triste, muy triste, mitigue mi tristeza, y cuando yo esté muy alegre muy alegre, mitigue mi alegría.

Y el pobre Benjamín dijo:

.- Majestad, yo no puedo hacer eso; no, no, yo no puedo.

.- ¡Que no! ¡Tienes que hacerlo! Un mes de tiempo. Si al mes no me lo traes, te mando decapitar. Ahora, si lo haces, eres más inteligente que yo.

Y el pobre se marchó de allá murmurando; no tuvo más remedio. Y apenas llegó a su casa, lo primero que dijo es: Mira; este mes que tengo es el tiempo suficiente para escaparme. Y cogió enseguida sus cosas, hizo los paquetes, y se marchó camino de Siria. Y cuando estaba caminando hacia la Siria, casi en el confín, se encontró con un mendigo, un pobre mendigo que se llamaba Neftalí; y cuando este Neftalí lo ve pasar le dice:

.- Pero Benjamín, ¿a dónde vas?

Y dice:

.- Pues que el rey me quiere matar y voy escapando.

.- Pero, ¿por qué te quiere matar?

.- Pues mira si no quiere matarme; me ha dicho que le tengo que hacer el anillo más precioso del mundo y que tenga esta propiedad: de que cuando esté muy triste le mitigue la tristeza, y que cuando esté muy alegre, le mitigue la alegría. Y esto es que me quiere matar, porque si no se lo hago, me mata…

Y el Neftalí se echó a reír y dice:

.- Pero, tú que eres tan inteligente, ¿no sabes hacer eso?

Dice:

.- ¡Qué le voy a hacer yo…! Yo, el anillo más rico, el anillo más precioso se lo haría, pero eso de que le quite la tristeza o le disminuya la alegría, eso yo no puedo.

Y él le dijo:

.- Si es tan fácil… si es tan fácil… Mira; tú haz el anillo, y hazlo bien hecho, como sabes hacerlo; y después, no tienes más que escribir estas tres letras, estas palabras: "También esto pasará".

Y dice:

.- Pues si es verdad… pues es verdad…

Y se volvió corriendo y le preparó el anillo y le escribió dentro esto: "También esto pasará". Porque así, cuando el rey esté muy triste, viendo que ha de pasar esto, pues le quita fuerza a la tristeza, y cuando esté muy alegre, el ver que aquello pasará mitiga la alegría. ¡Ay! pues tiene razón.

Y al cabo de algunos días se presenta al rey con el anillo y la inscripción; y el rey lo vio y le dijo:

.- Eres más sabio que yo.

Dice él:

.- No, Majestad; Neftalí, el mendigo, es más sabio que Vuestra Majestad y que yo. Aquél es el que ha entendido.

Pues bien; este es el pensamiento de la muerte: que estamos en una grande alegría… tenemos que morir… se mitiga la alegría si no es auténtica, si no es sobrenatural. Si es sobrenatural, crece. Si estamos muy tristes… el pensamiento de la muerte… pasará…; también esto pasará. De modo que la muerte es como la piedra de toque para ver la autenticidad de la vida. "Para morir feliz vivió como quien iba a morir".

Y así vamos acercándonos hacia la muerte en un paso ininterrumpido. Cuando decimos: Yo tengo cincuenta años. No; tienes cincuenta años menos… menos; eso ya se ha pasado; ya está. ¿Cuándo moriré? Si yo supiese que tengo que morir a los setenta, pues… ya tengo cincuenta menos, quedan veinte… Si yo supiese cuándo iba a morir, ya podría calcular… cada vez me queda menos. Nos vamos acercando a la muerte. Y ante esto no hay defensa posible, no hay defensa. Ya puede decir uno que no quiere morirse, es inútil, es inútil; camina hacia la muerte. Y todos los que han pasado, han llegado a la muerte; y ahora vamos acercándonos nosotros, y pasaremos, y vendrán

otros y pasarán. Es donde todos tienen que venir a parar. El cementerio es donde va a parar la ciudad; todos los de la ciudad van pasando por el cementerio; todos.

Y como nuestra vida es tan frágil por otro lado… en los momentos presentes, tantos accidentes, tantas muertes repentinas… Es lo que nos presenta el Señor: la muerte… la muerte; la meditación de la muerte, de la vanidad de las cosas de este mundo. Que hoy día, ¡cuántas veces!, después de terminar una fiesta, mientras vuelven a casa, un accidente. Me decía el día pasado una persona, al pasar por una calle, por un sitio: Aquí, el primero de año, cuando pasábamos nosotros por aquí, nos encontramos con un accidente donde habían muerto dos: un chico y una chica que venían de celebrar la noche vieja, y tuvieron un choque, y una pierna de la chica salió por allí, fuera del coche… quedaron secos en el momento. –Esto pasa hoy con una cierta frecuencia en medio de la vida.

Es certísimo que moriremos; muy cierto; y sin embargo, nunca acabamos de convencernos del todo; nunca. Moriremos… pero… Aun cuando uno sepa, y está grave, y está en la cama, y está… pues siempre piensa vivir más. Un poquito más tarde; no es para tanto; cree que saldrá de ésa. Creo que siempre es verdad que la muerte coge repentinamente a todos, porque todos esperan que un poco más tarde; todavía no. Por ahí pasaremos todos, aunque nos cueste. Es difícil que uno se imagine un entierro o un funeral, donde uno sea el que es llevado; sino siempre nos parece que participamos nosotros. Es que es una experiencia que no hemos tenido nunca.

Y es certísimo que moriremos pronto; también esto. Pronto. Aun cuando sean treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta años, es prontísimo. No hay más que mirar hacia atrás y ver cómo han pasado los años. Y ha pasado uno la mitad de la vida con seguridad… pues otro tanto como uno ha vivido, más o menos… Pronto.

Y es cierto que, al morir, lo dejaremos todo; no podremos llevar nada con nosotros. –En la tumba de Mazzarino, del cardenal Mazzarino estaba escrito: **cinis, pulvis, nihil.** "Ceniza, polvo, nada". –Y es lo que le impresionó a Borja en el entierro de la Emperatriz. Toda aquella hermosura… nada; no quedaba nada. –Dejaremos todo: comodidades, placeres, oficio, hermosura, casa… todo, todo, todo, todo. Eso es certísimo. Pero es incertísimo **cuándo** moriremos. El año pasado, por esta fecha –un poquito más tarde-, del 16 ó 17 de agosto al 26 de agosto, más o menos, estaba yo dando Ejercicios a un Instituto secular italiano en una casa del pueblo de Pío XI, Dessio; y simultáneamente estaba dando al otro grupo de ese Instituto secular, a unos 50 Kms. de distancia otro Padre, Roberti, jesuita. Empezamos el mismo día. En la estación nos esperaban a los dos. Terminamos el mismo día, el 25 ó 26 de agosto. El tres de septiembre aquel Padre había muerto en un accidente de automóvil. Fue una cosa… Pues allí estábamos… los dos… -Es así; no sabemos cuándo; no sabemos, no sabemos. Y quién iba a decir que en **tal** sitio, cuando fue precisamente a **tal** cosa… de paso… allí murió, allí mismo. –No podemos decir nunca dónde; ni cuándo ni dónde. Y esto antes uno, cuando era joven, pues apuntaba. ¡Huy! He leído en un libro que tal murió así. Ya uno no apunta, porque… pasan todos los días cosas, pero cantidades de cosas. Yo no sé… no acabaría uno nunca.

Y no sabemos **cómo** moriremos, que es lo gordo. Lo peor de todo es esto: si moriremos en gracia o en pecado. Las probabilidades van según la proporción. El Señor no es una persona que va ahí, a aprovechar el momento malo; no. Quien vive habitualmente en gracia, muere en gracia. Quien vive habitualmente en pecado, tiene peligro de morir en pecado. Eso es un hecho.

Pensemos un poquito en **el momento de la muerte y en el juicio** que uno se forma de la vida en el momento de la muerte. Llega el momento de la recomendación del alma. El sacerdote, en nombre de la Iglesia, le dice: "Sal de este mundo". Y me lo dice la Iglesia para animarme: "Sal de este mundo". Es la hora decisiva; sal de este mundo. De este mundo; de todo lo que es sitio en esta tierra. "Todas las demás cosas sobre la haz de la tierra". Sal de este mundo, sal de aquí. Fuera los objetos, de la situación, de la influencia que uno puede tener, de los planes que tenía entre manos, de las empresas que estaba llevando, de la actividad humana… No era necesario al mundo; yo no era necesario al mundo. Era un siervo inútil, y tengo la seguridad absoluta que no se sentirá mi vacío. Nunca. Aun cuando sea el Papa; no se sentirá el vacío. Pasa… pasa… -Sal de este mundo. Estaba aquí de paso… has terminado… sal de este mundo. De este mundo; de todas las personas.

Me voy solo, solo. Sal de este mundo solo. Del cuerpo mismo, solo. ¿Qué llevo conmigo? Pues llevo conmigo mis obras, mis pocos méritos, mis pecados; eso llevo conmigo, todo lo demás queda aquí. El pecador, o el hombre de mundo, la persona que llega a este momento, pues… tiene que haber hecho su testamento. El testamento significa esto: dejarlo todo, todo. Y… no hay nada que podamos llevar; todo tengo que dejarlo a los demás. Cuando uno lo ha hecho ya en vida, se ha acabado; ya no se preocupa; poco tiene uno que dejar en testamento. Pero el que tiene muchos bienes, allí están todos alrededor: Bueno, y tal cosa, ¿para quién la dejas?, ¿y tal otra?, ¿y esto? Todavía queda aquello; ¿a quién la dejas? Todo lo tienes que dejar. Es la expresión del testamento; todo. –Después del testamento, cuando ha dejado las cosas, tiene que despedirse de las personas. Si es un hombre casado tiene que despedirse de su esposa… de sus hijos… Y el médico dice que aquello se está acabando, y… en un determinado momento, se queda solo… solo… Y aquí viene el examen de la propia vida, cuando uno está solo ante la muerte: ¿Qué uso he hecho de los bienes de la tierra? ¿Qué he hecho yo en mi vida por Cristo? ¡Cuánto he empleado en mi utilidad, en el lujo, en las comodidades…! ¿Cuánto he empleado en desgastarme por los demás, en el servicio de Cristo…? –Y aquí está la gran diferencia. **El pecador**, aunque supongamos que está arrepentido, si es pecador, si ha sido pecador, y ahora se confiesa bien… tiene que encontrarse con una desolación, diríamos; ha dado su juventud al mundo, y ahora da la vejez y sus huesos a Dios. Pero lo que valía la pena de él, al mundo. Y ahora es cuando se dice de verdad: ¿quién ha enterrado su juventud: éste o la religiosa abnegada, sacrificada, que ha ofrecido los años mejores de su vida en obsequio a los demás, sacrificadamente por los enfermos, o por las misiones, por la enseñanza? ¿Quién ha enterrado su juventud? Eso que dice el mundo: la juventud es para aprovecharla, no para enterrarla. ¿Quién entierra la juventud? –Y si el seglar es justo, una persona fiel –que hay muertes magníficas indudablemente- si es una persona casada santa, y que acepta con generosidad, pero tiene que dejar todo lo que quiere, todo lo querido, y lo tiene que dejar con dolor. Es el momento del desprendimiento. Se han quedado mucho… Dios quiere ahora que se separen… Se separan… pero con mucho dolor.

En cambio, **el hombre religioso**, si ha sido **tibio**, sentirá tristeza en ese momento, pensando en los ejercicios espirituales que ha hecho… pensando en la vocación… quizás con temores… Allí tiene delante el crucifijo, o lo tiene entre sus manos… El mismo ante el cual hacía su oración, sus exámenes, que tenía sobre la mesa de trabajo. Es el mismo; testigo de toda su vida. Y ahora, lo tiene allí; y ha sido una vida tan lánguida… tan religiosa de nombre sólo…

En cambio, **el religioso fervoroso**… que llega el momento de la muerte… ya se ha acabado todo. ¿Qué significa la muerte para esta alma fervorosa, que en toda su vida religiosa ha estado buscando sólo a Cristo, y ha hecho siempre el holocausto de sí…? Ahora ha llegado el momento… Si siempre buscaba el rostro del Señor, ha llegado el momento de abrazar al Esposo; ahora se correrá el velo… Y Él que le espera: el Esposo que ha buscado tanto en su vida. Es la muerte santa, la muerte perfecta, serena.

Aquel hermano que decía:

.- Hermano, ¿quiere oír usted lo que hemos tomado en cinta magnetofónica de la fiesta de la coronación de la Virgen de Oñaz?

Y dice:

.- ¡Para qué! Si voy a oír ahora el concierto del cielo. No me lo ponga. ¡Para qué!

Esa es la muerte; ésa. La felicidad. Ya, todo, todo, todo cesa; todo. Toda la vida he estado detrás de Él buscándole… ya ha llegado el momento del abrazo. Sólo me quedo con Cristo en ese momento de la muerte. La vida se ha concentrado en su sentido íntimo: el diálogo con Cristo. Ahora va a ser el encuentro definitivo con Cristo, por quien he ofrecido mi vida, a quien he dado todo. Y Ese por quien he trabajado siempre, a quien he amado siempre, ése es mi Juez. Voy a caer en sus manos. Tiene una paz… y una felicidad…

Coloquio. –En aquel momento, Jesucristo me puede acompañar. Voy a entrar por un camino, para mí desconocido. La muerte lleva consigo esa incertidumbre; humanamente hablando entramos

en otro mundo, en el mundo que no es ya el de esta materia; y eso nos sobrecoge. ¿Encontraré allí amigos? La Iglesia me dice: **Subvenite Angeli Dei** "Venid, ángeles de Dios y acompañadle". No tenéis que imaginar la muerte como un momento que entra al alma en una oscuridad, en una languidez; no. El momento de la muerte es como una luz inmensa que entra en el alma, y en la que el alma entra en el gozo del Señor. No es languidez; es plenitud de vida, que al lado de la vida que tenemos aquí, esta vida nuestra es muerte. Y se abre el alma… Jesucristo me acompaña. Él es de aquí y es de allí. Todos desearíamos en este momento tener al lado uno que nos siguiese… Tenemos que dejar todo: el confesor que nos asista, se queda aquí… todos los demás que están alrededor, que han estado rezando las letanías de los Santos, se quedan aquí… y va uno solo. Si pudiese tener alguien que me acompañe… Ese es Cristo, Jesucristo; el amigo fiel, siempre fiel. El único que no me dejará jamás, ni en la muerte ni después de la muerte. Me acompaña. Será fiel a mí. El único que estará a bordo de mi alma. El práctico a bordo. El único que no me dejará jamás. –Y sobre mi tumba, la cruz, el crucifijo. Y en mis manos, el crucifijo. Y aun puesto bajo tierra, el Señor continuará pensando en mi cuerpo con el deseo de resucitarlo, porque desea glorificar también mi cuerpo.

Prepararnos para la muerte. No con muchos pensamientos macabros, no; prepararnos para la muerte. Y no hay más camino que: inocencia o penitencia; el buscar a Cristo sólo; en todo… en todo. Orar… "Ruega por nosotros Santa Madre de Dios ahora y en la hora de nuestra muerte". Mantener ya desde ahora familiaridad con los santos de allí, que son con los que nos vamos a encontrar; vivir ya desde ahora una vida celeste en contacto con el cielo. Sobre todo, morir al mundo, antes que el mundo nos deje él; que el mundo es **malo**, y generalmente, antes de que muramos, ya el mundo nos deja, y nos manda retirar, y comienza ya la muerte en vida. Ya somos una carga a los demás. Incluso piensan que… por caridad, para que no sufra, sería mejor que muriese… No significamos nada para el mundo. –Pues bien; no esperar a que él me deje a mí, sino yo dejarle a él antes; morir al mundo antes que el mundo nos mate, antes que el mundo nos deseche; cuando todavía valemos, cuando el mundo todavía no nos desecha a nosotros, desecharle nosotros a él. –Y esto lo hacemos en la vida religiosa. Es una muerte al mundo. En aquel verso inspirado de un Carmelo se lee:

Entra, hija; mas te advierto
que en esta humilde clausura
sólo vive con dulzura
aquélla que al mundo ha muerto.

Y es así… y es así. La vida religiosa está hecha para muertos al mundo, y quien no está muerto al mundo, se encuentra muy mal en la vida religiosa. Y si es ésta la que tiene que hacer la vida religiosa a su manera, pues estamos mal. Es como si una sala está desinfectada, y entra un insecto, y dice: -Aquí se vive muy mal. -¡Claro! Como que está hecho contra ti… es precisamente para matarte a ti; así es que aquí no puedes vivir. –Pues eso es la vida religiosa. Está hecha para muertos al mundo, y sólo entonces se vive en paz.

Ojalá nos aficionásemos al ejercicio ascético de morir constantemente. Ojalá sacásemos este propósito, que es la verdadera muerte y la señal de que hay una muerte verdadera. Si alguna de vosotras lo llega a sacar aquí tiene la santidad en pocas palabras: "No quejarme de nada ni de nadie, ni de mí mismo, ni por fuera ni por dentro". Nada; como quien ha muerto. No vivo. Ya está. Agradar a Cristo. Adelante. Señor, mejor así. Adelante. Gracias. –Pero es que me han roto una pierna… Mejor así… Gracias. Para tus planes… No quejarme: de aquel… de aquél… Nada, nada. Eso es morir, eso es morir. Quien vive así, buscando a solo Cristo, la muerte le será feliz. Y amar ardientemente a Jesucristo. **Mucho**; hasta dar nuestra vida por Él. Ese es el gran camino. Y en esto se pueden abrir grandes horizontes.

Recuerdo una vez de una persona que me proponía esto como plan. Llamaba esta persona a lo que proponía, el voto de virginidad en el sufrimiento. Y lo entendía así: "Ofrecerme a pasar

humillaciones, desprecios, malas interpretaciones; y cuando todo esto venga, recibirlo con alegría y con gran silencio externo e interno y sin buscar jamás desahogo ni consolación en criatura alguna, ni siquiera consolarme a mí misma". Esto es muy fino, muy fino.

Va determinando después: "La alegría al recibir todo esto será en la parte superior, pues el que la naturaleza se rebele y le duela, no está en mi mano evitarlo. Entiendo no desahogarme, en no lamentarme cuando se me interpreta mal, etc., no hacer ningún comentario, ni admitirlo, y no hacer ni decir nada para que las cosas queden en claro. En no comunicar a persona alguna nada que me haga sufrir y que tenga relación con una tercera persona; y eso ni siquiera con las superioras. Si éstas me preguntasen alguna vez algo, entonces diría la verdad; de lo contrario, callar siempre. Y aun en cosas que no tenga relación con nadie, no buscar el menor alivio, diciendo o dando a entender que sufro. Si son cosas internas mías, rigurosísimo silencio con todas las hermanas aunque parezcan muy buenas y espirituales. Con la Madre, según qué cosa, tampoco. La práctica de este ideal –según lo he experimentado- lleva a no faltar a la caridad, y por lo menos para mí, ha sido el medio de hacer desaparecer las faltas contra esa hermosa virtud; por lo menos las de palabra y pensamiento. No digo que sea fácil; para mí es dificilísimo, sobre todo cuando a lo interior se añada todo esto que viene de fuera. Pero veo que el sufrir y callar hace fuerte y templa el espíritu, y no pierdo la esperanza de que a fuerza de luchar y pudrirme, llegue algún día a ser alma de temple". Esto es morir a sí mismo.

Pues bien; que esto nos sirva para adquirir ese aborrecimiento de las cosas mundanas y vanas; esa orientación de nuestra vida puramente a agradar a Cristo, para que así el momento de nuestra muerte sea para nosotros, de verdad, el encuentro feliz con aquel Señor al cual hemos procurado agradar toda nuestra vida, y cuyo rostro hemos buscado incesantemente.

EL PECADO FUERA DE MÍ

Meditando los pecados y nuestra respuesta ingrata al Señor, no debemos quedar en mi pecado personal solamente, sino que vamos a procurar subir hasta el pecado en sí; el pecado de los hombres, no sólo el mío. Y esto tiene su importancia. En efecto, a veces, por diversas razones, el hombre se siente como si llevase un cadáver en su corazón. Un cadáver del cual no se puede desprender por muchos esfuerzos que haga. Siempre está allí. Un estado de desaliento, de desconfianza… producido en el alma a la vista de los propios pecados: pecados pasados, pecados de la vida de antes de ser religiosa, de después… creando un verdadero tormento psicológico al alma. Y no hay modo de echárselo de encima; está allí siempre ese recuerdo de los pecados pasados.

En casos de gente del mundo, se da muchas veces este estado interior de las chicas de los colegios, universitarias, etc. Un estado que ellas mismas no saben, quizás, interpretar y que no saben formular; pero que sienten dentro como un peso. Quizás se podría formular de esta manera, y lo encontrarían así como un reflejo real del estado interior que ellas sienten: si yo no hubiera perdido mi virginidad, si yo no hubiera perdido mi inocencia, me esforzaría por conservarla con todas mis fuerzas; pero ya que la he perdido, ¿para qué esforzarme? Ya no merece la pena. Y se dejan llevar. Y notamos que una gran parte de las jóvenes que se pierden, se pierden por esto: por desconfianza; porque ya han perdido la ilusión o la esperanza de poder ser buenas, y ya una vez que no pueden ser buenas, hay que hacer la impresión de que ya no interesa el ser buenas, de que ya lo más importante es lo otro: el ser inteligente, el ser admirada; pero en el fondo llevan esa amargura interior. Si hasta entonces hubiesen conservado su inocencia, se esforzarían con toda su alma; pero lo consideran ya cosa perdida; ya es inútil, ya total…

Y en casos de personas religiosas pasa una cosa parecida: si yo no fuera ya conocida como una religiosa tibia, como una religiosa mundana, como una religiosa revolucionaria, como una religiosa murmuradora… pues… me esforzaría por ser una buena religiosa; pero ya que soy así, ¿cómo cambio? Ya me conocen todas como tal. Sería un deshonor para mí; ya no importa. Lo que tenía que perder, lo he perdido.

Todo esto, todo ese estado interior, supone un conocimiento en un sentido demasiado egocéntrico del pecado. No digo que sea malo, no; pero demasiado centrado en nosotros mismos. Si esto lo traducimos en el lenguaje del Corazón de Cristo, entonces comprenderemos cómo diríamos que es casi diabólico un tal modo de pensar. Porque sería como decir: si yo no hubiera azotado a Cristo, me esforzaría por no azotarlo; pero una vez que lo he azotado, seguiré azotándolo. Esto es no entender el pecado. Esto es una cuestión diabólica. Ninguno, con sentido claro, procedería así con ninguna persona humana, y menos con Dios. Es que no se trata en el pecado, tanto de tu honor cuanto de Cristo y de la gloria de Cristo. Y así, aun en almas fervorosas que tienden decididamente hacia la santidad y hacia el agradar a Cristo, se siente a veces que llevan este cadáver a borde del alma. Piensan a veces con ansiedad: ¿por qué habré pecado tanto… por qué habré cometido tantos y tales pecados…? No es que duden del perdón; están seguras de que todo está perdonado. No es que quieran renovar las confesiones; está ya. Pero es una pena ansiosa que turba, que corta las alas para volar, que están allí creando ese peso de plomo sobre el corazón. Y esto pasa en concreto en materias de pureza más particularmente, a pesar de que éstas son –siendo graves, como son- las menos graves entre las graves, porque son aquéllas en las que hay más fragilidad humana, más inclinación de la concupiscencia, etc., y tienen en sí menos gravedad maliciosa. Y sin embargo, dejan más esta huella, esta especie de peso dentro, como algo de lo que uno no llega nunca a librarse del todo.

Pues bien; tengamos claro esto; que aunque nos parezca lo contrario, no es eso **puro** amor de Cristo, no es puro amor. No digo que es malo; es bueno también eso; pero no es puro amor de Cristo, sino que hay una buena dosis de amor propio; amor propio que no llegará a ser pecado, ni mucho menos, que tiene su aspecto de bueno; pero no tanto puro amor de Dios. En el fondo, lo que me hace sufrir es que no soy tan perfecto como yo querría. Si yo pudiese presentar una vida inmaculada en todo, una página limpia del servicio del Señor… Y la prueba está bastante clara;

porque si no es así, si la razón es verdaderamente el que Jesucristo sea ofendido, ¿Por qué quedo indiferente ante las ofensas que cometen los demás? Me puedo interesar, sí; pero no me dejan con esa pena ansiosa como las mías. Y aun cuando es verdad que tenemos más obligación de impedir nuestros pecados que los de los demás, pero no habría esta desproporción si la razón fuera verdaderamente la ofensa de Cristo; porque también los pecados de los demás ofenden a Cristo. En el fondo, son las consecuencias de una consideración demasiado egocéntrica del pecado, demasiado centrada en nosotros mismos. Por eso, para evitarlo, vamos a explotar lo que los Ejercicios mismos nos ofrecen como remedio, y vamos a exponer así el **segundo principio fundamental de la devoción al Corazón de Cristo**: Jesucristo es sensible, y en qué sentido se puede decir que Jesucristo ahora sufre; en qué sentido se puede decir esto.

En los Ejercicios hemos pedido vergüenza de mí mismo: "vergüenza y confusión, viendo que tantos han sido condenados, castigados, por menos pecados que yo, y cuántas veces yo merecía haber sido castigado por mis tantos pecados". Hemos pedido dolor intenso de mis pecados; pero hemos visto siempre a Jesucristo en cruz. Es el efecto más terrible del pecado. Aquí está el Corazón de Cristo. Cristo en cruz. ¿Qué dice el Corazón herido de Cristo cuando se nos presenta delante con su Corazón herido? Nos dice que está herido, que hay ofensas al Corazón de Cristo. ¿Quién es el que lo ha herido? Eso no es tan importante para nosotros. Que sea yo o que sea otro, lo importante es que el Corazón de Cristo está herido. De aquí se pueden abrir grandes horizontes de generosidad a un alma ardiente. Si antes, quizás, llegaba a decir: antes morir que cometer yo un pecado mortal, contemplando ahora ese Cristo herido, ofendido por el pecado, quizás el Señor me mueva internamente a decir: Señor, mi vida para evitar un pecado, sea mío, sea de otro; lo que yo quiero es evitar una ofensa a tu Corazón, una herida de tu Corazón. Ahí tenemos horizontes inmensos de caridad y de amor.

Pero entremos ya en el punto más central. ¿Sufre Cristo? Ese Corazón herido que se nos presenta ahora, ¿es sólo un símbolo o hay una realidad íntima en esto?

Y así, puesto en la presencia del Señor, de verdad, abiertos hacia Él, con el ánimo quieto, pacífico y dispuesto; sin concentración nerviosa, sin esfuerzos nerviosos, abiertos hacia Él, le pedimos la gracia de que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas para agradarle a Él. Y para llegar a esto, para disponernos a esta gracia, hacemos esta meditación de ahora, como los ejercicios todos. Y en esta meditación, viendo así el Corazón herido de Cristo ante nuestros ojos, le pedimos gracia para sentir internamente en qué sentido sufre ahora, y para sentir internamente cuál debe ser mi actitud ante ese Corazón herido de Cristo.

Primero: El pecado respecto a la naturaleza física de Cristo. Y esto lo vamos a ver en dos etapas: en su vida mortal y en su estado actual en el cielo. En su vida mortal, en su vida terrena, el pecado –sea mío o sea de otro- ha tocado a Dios en lo más profundo de su Corazón. El pecado es causa de la pasión de Cristo. Él tomó sobre sí nuestros pecados; pero todos ellos y cada uno de ellos, conscientemente y en particular. No es que Él tomase así como una idea general: ofrezco esto por todos los pecados de la humanidad. Cada uno de mis pecados y cada uno de los pecados de todos los hombres, Jesucristo los tomó sobre sí conscientemente, y cada uno de ellos supuso en Él la causa de sufrimientos íntimos. Si yo hubiera pecado menos, Jesucristo hubiera sufrido menos. Esto es certísimo.

Además, no sólo es causa sencilla de la muerte de Cristo, sino que nuestros pecados suponen una negra ingratitud con Cristo; porque, nosotros le hemos ofendido después de haber sabido su perdón y su redención y después de haber recibido la gracia santificante. De modo que es un pecado que recae sobre sus beneficios. Y Jesucristo es muy delicado para la gratitud. Pocas veces se quejó en su vida, y se quejó de aquellos nueve leprosos curados que no habían venido a darle gracias; sólo había venido aquel samaritano. Por eso, nuestro pecado es una herida en el Corazón de Cristo en su vida mortal; por ser causa de su Pasión y por ser una particular ingratitud que él tomó sobre sí con ese carácter de ingratitud.

Pero nos puede pasar esto, de decir: Pero, aquel pecado… si cometí el pecado… si Jesucristo sufrió, ya lo sufrió; ahora ya se acabó. Y nos puede dejar esto un poco fríos. No nos debería dejar; porque en el fondo sabemos que la distancia temporal es muy relativa respecto de Cristo, ya que Él veía nuestra realidad presente y reaccionaba a ella como si estuviese presente, porque la conocía en su visión beatífica. Pero a pesar de esto, a nosotros nos interesa mucho: Y ahora, ¿qué supone en la humanidad de Cristo glorioso? Vamos a ver este segundo aspecto.

¿Sufre Cristo ahora en el cielo? Ciertamente que no sufre en su cuerpo glorificado; cierto. San Pablo lo dice claramente: "Ya no muere Cristo; la muerte ya no le puede dominar". Ahora bien; en el lenguaje de la Escritura, muerte no es sólo la muerte, el instante de la muerte, sino todo aquello que es sufrimiento físico, herida, enfermedad, todo eso es muerte inicial en el lenguaje de la Escritura. El enfermo está ya bajo la garra de la muerte; ha comenzado a morir. Pues bien; en Cristo ya no hay nada de esto; no hay sufrimiento físico, no es capaz de heridas ni de enfermedad, ni de dolor. Esto es claro.

En su alma ¿Jesucristo sufre? Vamos a verlo.

En su alma Jesucristo posee la visión beatífica, ve la divinidad; en su alma, digo, no sólo en cuanto Verbo, sino en cuanto tiene una humanidad creada. Con esta humanidad ve, posee la visión beatífica y en fuerza de la visión beatífica es verdaderamente feliz. Eso está definido por la Iglesia. Pero esto no resuelve todo. Que Jesucristo tiene ahora en su humanidad la visión beatífica y que esa humanidad es por tanto verdaderamente feliz, lo admitimos sin más, naturalmente; pero también cuando estaba en este mundo, en su vida terrena, el alma de Cristo poseía la visión beatífica y era por consiguiente verdaderamente feliz cuando estaba sobre la tierra; veía al Padre y era feliz. Y con todo, esa felicidad procedente de la visión beatífica no impedía que sufriese, incluso físicamente en su cuerpo, en la agonía, en la cruz; y no impedía –mucho menos- que sintiera compasión honda en su alma a vista de las ofensas que recibía el Padre y de los males morales que sufrían los hombres. Sentía compasión muy honda. Cuántas veces nos dice el Evangelio que, viendo la multitud decía: "Me da pena esta multitud, porque están como ovejas sin pastor". Ahora bien, este sentimiento de compasión de Cristo, ese "me da pena, siento compasión", no estaba condicionado exclusivamente por la pasibilidad de su cuerpo; no es que procediese de una reacción corporal suya, sino que procedía directamente en su alma de la visión intuitiva de la realidad dolorosa. Cuando veía aquellas almas desgraciadas, cuando veía la ofensa del Padre, lo intuía en su alma, y eso producía en Él la reacción de un sentimiento hondo de compasión, aun cuando es verdad que ese sentimiento de compasión redundaba y repercutía en su cuerpo, que todavía era capaz de sufrimiento; eso es cierto. Pero la reacción de compasión viene del alma, viene de la visión intuitiva de la necesidad humana y de la ofensa de Dios.

Ahora bien; en su estado actual glorioso, como está ahora en el cielo, Jesucristo no sufre en su cuerpo, pero podemos admitir que siente compasión honda en su alma ante las ofensas del Padre, ni es indiferente a nuestro mal moral, al mal de sus miembros sobre la tierra, ni siquiera a sus males físicos. Los siente íntimamente y se compadece de ellos. En efecto; a este estado actual de Cristo se refiere San Pablo cuando dice en la carta a los hebreos: "No tenemos un pontífice que sepa **compadecerse** de nuestras miserias". **Ahora**, se compadece de nuestras miserias, siente compasión por ellas. Este sentimiento **hondo** de compasión de Cristo podemos, quizás, declararlo con un ejemplo humano. Suponed una madre que está en perfecto bienestar económico, en perfecto estado de salud, y recibe la noticia de que su hijo ha sido trasladado a una clínica gravemente enfermo. Esta madre no puede menos de sentir compasión íntima, se puede decir; tiene todo lo que puede desear de salud, de estado económico… pero tiene que sentir compasión por el estado de su hijo.

Esto que estoy diciendo no se opone a ninguna afirmación eclesiástica ni a ninguna definición; ni se puede decir –porque aquí estaría la objeción- que una tal compasión es incompatible con la felicidad actual de los bienaventurados en el cielo. –Entonces, no son bienaventurados si tienen esa compasión… -Pues no; es compatible. Más bien podemos decir esto otro; lo contrario. En cierto sentido –fijaos bien en esto, que aquí está la clave-, en cierto sentido, supuesta la existencia actual

de las ofensas al Padre y de los sufrimientos de sus miembros sobre la tierra –existe en este orden todavía-, supuesto esto, podemos decir que ese sentimiento de compasión es un elemento de la felicidad de Cristo, como de la felicidad de los santos. Y lo comprenderéis bien. Para una madre, supuesta la enfermedad del hijo –pues claro que sería más feliz si no existiese la enfermedad del hijo-, pero supuesta la enfermedad del hijo, no habría mayor dolor que el de no poder compadecerlo; porque ama. Ciertamente sería más feliz si el hijo no estuviera gravemente enfermo, cierto, pero supuesta la enfermedad, es más feliz compadeciéndolo. Y es que, en último análisis, en la compasión hay una fruición de amor; el amor goza en poder compadecer. Si ama, compadece. Y así está Cristo en el cielo, y así están los santos en el cielo: muy unidos a nosotros, sensibles a nuestros pecados o a nuestras virtudes. Es verdad que esa compasión de Cristo, como la de los santos, se ejercita en un modo perfecto, sin mezcla de imperfección alguna que rompa la serenidad del espíritu bienaventurado. Y esto es lo que a nosotros, a veces, nos impresiona y no entendemos. A pesar de tratarse de un sentimiento mucho más profundo que el más ardiente celador de los santos, que un Javier, que un Pablo, que decía: Quién se escandaliza y yo no ardo… y sin embargo, no rompen la serenidad.

Sobre el misterio de este dolor o de este sentimiento profundo podemos, quizás, tener alguna ilustración en las doctrinas de los santos y en la práctica de los santos. Pensad sólo en esto: cuanta más santa es un alma, cuanto más ardiente en su celo, pero más alta en su vida espiritual, tiene tanta mayor compasión de los pecadores. Un Javier, un Pablo, sienten compasión honda, íntima, y sin embargo, cuanto más suben, más serena es su vida; más crece su compasión y más serena es su vida. Esa paz que supera todo sentido. Eso es lo que a nosotros nos choca. Y sin embargo, el celo que tiene esa alma tan serena en su unión con Dios es muy superior al que tiene un alma incipiente que está agitándose y agitando a los demás. Y sin embargo, la serenidad es total. Esto en el bienaventurado es en grado supremo. Y es cierto que no podemos imaginar que un San Francisco Javier, lleno de compasión por las almas, imaginase él que en la hora de la muerte iba a cesar ya esa compasión por las almas, porque si no, no sería feliz en el cielo, no. Él es feliz en esa compasión serena, que no rompe la felicidad, pero que le hace interesarse por las almas y sentir íntimamente la desgracia de estas almas y las ofensas del Padre.

En este sentido –entendiéndolo así-, en este grado, se pueden interpretar justamente una expresiones impresionantes de San Antonio Magno, del famoso fundador de la vida del desierto, San Antonio Magno, y de Orígenes. Dice San Antonio Magno en una carta: “Os digo, como cosa cierta, que nuestra negligencia y miseria, nuestras conmociones extrañas, no sólo nos hacen daño a nosotros, sino que constituyen un trabajo para los ángeles y para todos los santos en Cristo Jesús, porque no descansan totalmente por causa de nosotros. En verdad, hijos míos, que nuestra miseria les causa tristeza a todos, como por otra parte, nuestra salvación y glorificación les produce alegría y descanso”.

Y Orígenes tiene estas expresiones magníficas, entendidas bien: “Mi Salvador llora aún hoy día mi pecado. Mi Salvador no puede alegrarse del todo mientras yo permanezco en pecado; permanece en tristeza mientras yo permanezco en error. Nosotros somos, por consiguiente, los que, descuidando nuestra propia vida, retrasamos su plena felicidad. Nos espera a nosotros para beber del fruto de esta vid. Y tú mismo tendrás felicidad al salir de este mundo, si eres santo; pero tu felicidad será plena cuando no te falte ningún miembro del cuerpo. Esperarás a otros, como otros te han esperado a ti”.

Esto podemos tenerlo así, que nos podrá servir mucho para ver que Cristo tiene un Corazón, tiene un Corazón ahora, se interesa por nosotros y compadece todas nuestras miserias y todos nuestros pecados.

Y pasemos al segundo punto: <u>el pecado en relación con el Cuerpo Místico de Cristo</u>.

El sentimiento de compasión de Cristo glorioso, del que hemos hablado ahora, corresponde a la herida real del cuerpo místico suyo. Todo pecado es una herida en el cuerpo místico; desde luego, el ejemplo… la cooperación con otros… esos causan una herida en este cuerpo universal de la Iglesia; una herida en los demás; no sólo en mí, sino en los demás. Y con nuestro ejemplo, somos

muchas veces causa de que Jesucristo no sea reconocido en la Iglesia. Si toda la Iglesia fuese brillante, llena de esplendor, se la reconocería como fundada por Cristo con más facilidad que no cuando se la ve lleva de miserias por todas partes. Y nosotros hemos puesto nuestro granito en esta impresión que puede causar la Iglesia fuera, a los que no son de ella. Pero, aun todo pecado interno, de pensamiento, pecado secreto, íntimo, es una herida en el cuerpo místico de Cristo. Jesucristo está ahora leproso en su cuerpo místico, y yo lo puedo curar. Mis pecados no son sólo destrucción mía, sino que son también destrucción del cuerpo místico; no en el sentido de que nadie se vaya a condenar sin su culpa por mis pecados, no. Nadie se condena sin su culpa personal, cierto; pero una vez que un alma ha cometido un pecado mortal, por su parte se ha condenado ya. Ya no puede merecer el perdón de Dios, y si tiene deseos de salir del pecado –si son deseos eficaces- esos deseos son ya fruto de la misericordia pura del Señor que se ha compadecido de él; porque él, por sí, no puede querer ni siquiera salir del pecado. Se ha condenado de su parte.

Pues bien; esas almas del cuerpo místico de Cristo, muchas veces se salvarían y el Señor les concedería esas gracias misericordiosas, si por el resto del cuerpo místico circulase esta vida plena; y al impedir yo esta vida plena con mi pecado, pues puede haber un influjo, de modo que esa alma no reciba esas misericordias que no merece por otra parte, a las cuales no tiene ningún derecho. Y es claro que por nuestra negligencia pueden haberse condenado muchas almas, muchas; no sólo porque hemos pecado, sino incluso por falta de correspondencia en cosas de delicadeza y de perfección, a las que el Señor había vinculado gracias particulares de misericordia a los demás. -¡Ah!, ¿entonces tengo más responsabilidad y más pecado? No, no; no exagerar esto. Mi responsabilidad es la misma siempre ante el señor: lo que él me pida; porque esas almas no tienen ningún derecho, y no tengo mayor obligación de hacerlo. Ahora, si lo hago… puede ser que hubiese salvado muchas almas que, quizás, no se han salvado.

Y al contrario, precisamente porque constituimos este cuerpo místico, los pecados de los demás católicos me tocan; me tocan de cerca en cuanto que esos pecados no me pueden dejar indiferente. Somos una unidad con Cristo; y el miembro vivo se reconoce en esto, en que compadece con los demás miembros. Cuando uno no siente esa compasión, quiere decir que no tiene la plena vitalidad del cuerpo, si no, todo el cuerpo coopera al miembro herido.

Pues bien; pidamos sentir íntimamente las heridas del cuerpo místico; que tenga sensibilidad para ellas, que sea un miembro vivo de Cristo. Y es gracia del Señor. ¡Oh!, si tuviésemos este sentimiento íntimo de las grandes heridas del cuerpo místico, ¡qué poco nos fijaríamos en las pequeñeces de nuestra vida! Que yo me esté quejando de este pequeño disgusto, de este pequeño dolor que tengo, este pequeño dolor de cabeza, cuando el cuerpo místico de Cristo sufre tanto, tanto…: persecuciones, sacrilegios, escándalos… Y yo estoy ahí con mi pequeño dolor. –Ampliar el corazón, hacerlo grande con las dimensiones del Corazón de Cristo. Y que tengamos sensibilidad para todo eso; que sea nuestra reacción inmediata el sentir íntimamente cualquier herida del cuerpo místico de Cristo.

Y vengamos al tercer punto: Los pecados de **mis almas**, mis almas. Dentro de este cuerpo místico, mi sensibilidad mayor tiene que ir a los pecados de mis almas. No sería una actitud perfectamente católica el trazar una línea divisoria entre nosotros y los pecadores; una línea divisoria que permitiese que yo me interesara por ellos, que pidiera por ellos… pero yo inocente, ellos pecadores; yo implorando perdón para los pecadores… Esta actitud –que no es mala- no sería todavía perfectamente católica. Si fuese así –si hubiese una línea divisoria entre mí y los pecadores- no se entendería la necesidad del sacrificio por las almas; bastaría el apostolado: trabajar por ellos… apostolado activo… hablar con ellos… apostolado eficiente de medios modernos… orar. Pero, si yo soy inocente, ¿por qué debo sufrir por ellos? Este es el gran misterio de la cruz; éste es. El gran misterio. Y este misterio se agudiza todavía contemplando la cruz de Cristo, que es el verdadero misterio. **La cruz de Cristo,** no la nuestra. La nuestra la hemos merecido; pero la de Cristo… como decía el buen ladrón: “Éste, ¿qué mal ha hecho? Nosotros padecemos lo que hemos merecido,

pero éste…" –Pues bien; vamos a ver si penetramos así, para comprender esta base de la devoción al Corazón de Cristo que fundará después nuestra respuesta de reparación.

En mi pecado personal. No basta pedir perdón, no basta; sino que tengo que satisfacer por mi pecado; tengo que ofrecer satisfacciones dolorosas por mi pecado para repararlo. Pues bien; lo mismo pasa en los demás. No basta pedir perdón por ellos; hay que satisfacer por los pecados. Y aquí está el fundamento de la reparación; satisfacción o reparación que supone en el sentido estricto de la palabra una satisfacción penosa, dolorosa, por los pecados. No un mero perdón, sino una satisfacción de una deuda. En efecto; suponed que una persona me debe un millón de pesetas. Yo puedo proceder de dos maneras respecto de esta persona que no puede pagar; o decirlo: yo le perdono el millón; lo dejo; y esto es humillante para esa persona, o yo lo puedo buscar una ocupación, medios para conseguir ese millón y que me lo pague. El orden que ha escogido el Señor es éste segundo: darnos la posibilidad de pagar, porque así es más noble, es más digno de la bondad divina, que no esa humillación del hombre que vive de puro perdón del Señor; no. Reparar. Te doy la posibilidad de reparar; y nos ha dado la posibilidad de reparar enviando a su Hijo a la cruz; su Hijo que ha ofrecido por nosotros la reparación de la cruz, y nos ha dado la posibilidad de unirnos a Él y unir nuestra pequeña satisfacción a la forma infinita de la suya, de su satisfacción. –Pues bien; vamos a aplicar este concepto.

Jesucristo era nuestra cabeza realmente, y es nuestra cabeza realmente; y por ser Él nuestra cabeza real y no ficticia, nuestros pecados, de manera verdadera, en una cierta manera, pero verdadera, eran suyos, porque Él es nuestra cabeza y Él así ha ofrecido su satisfacción al Padre por nuestros pecados. No tenéis que imaginar como si el Padre hubiese dicho: voy a imaginar que los pecados de la humanidad están todos sobre Jesús, y ahora en su muerte quedan todos reparados. Dios no procede por imaginación, por ficción, como si estuviesen aquí. Es que estaban allí, porque Él era nuestra cabeza real; tenemos todos, toda la humanidad, un vínculo íntimo con Él, y en fuerza de este vínculo, Él podía satisfacer por todos. Y así ha satisfecho por todos.

Voy a poneros un ejemplo para que entendáis esto, y para que entendáis cómo tiene que ser verdadera reparación y satisfacción.

Suponed, un momento, que un servidor del palacio del Papa, del palacio apostólico, ha injuriado al Papa; supongamos. Y supongamos que yo soy personalmente amigo del Papa; le he conocido de siempre, hemos sido siempre íntimos amigos, y me entero de que ese criado, de que ese servidor le ha ofendido. Y voy a él; y hablando con él, le muestro mi afecto, mi estima, que estoy junto a él… Esto, ¿ha satisfecho por el pecado del otro? No, no. La injuria del otro está allí, y el otro tiene que pagar. Lo que yo le hago le puede consolar en un cierto modo por otra línea, viendo que hay otras personas que le estiman; pero no he satisfecho la injuria del otro. ¿Cuándo podría yo satisfacer esa injuria del otro? Fijaos. Si yo fuese, por ejemplo, hermano del que la ha herido, del que le ha injuriado, de modo que tenemos una unión íntima entre los dos; y por otra parte, soy amigo del Papa y no he perdido esa amistad, porque yo no le he ofendido; él me sigue estimando, seguimos siendo buenos amigos; y ahora, al saber que mi hermano ha sido el que le ha injuriado, yo me presento unido a mi hermano, los dos juntos. La injuria de éste, en un cierto modo, es mía por la unión que hay entre los dos, pero al mismo tiempo conservo la amistad con el Papa, y entonces, tomando a mi hermano, yendo juntos los dos, ya no voy meramente a pedirle perdón, sino voy a ofrecer una satisfacción con mi hermano por el pecado o la injuria de mi hermano. Y así los dos juntos, ya no me acerco en el tono de puro amigo, sino en el tono humillado de quien ofrece una satisfacción: "Perdónanos lo que hemos hecho, perdónanos; no pienses más en eso; mira que somos los dos una sola cosa. Él está arrepentido, se ha arrepentido de cuanto ha dicho, de cuanto ha hecho, y ahora viene a pedir perdón y a ofrecer esta satisfacción, la que haga falta". Entonces sí, hay una satisfacción; una satisfacción, vicaria en cierto modo, sí, pero que supone también en la parte de la persona que ha injuriado, que ofrezca lo que ella puede como satisfacción. Aquí tenemos el plan divino de la redención.

Pues bien; lo mismo pasa en nosotros con **nuestras almas**. Nosotros, cada una de vosotras, tiene **sus** almas en el cuerpo místico de Cristo. Almas con las cuales está vinculada por una unión real sobrenatural. ¿Cuál es esta unión? No es fácil de determinar; parece que se puede admitir sin más, que se da la unión creada por vínculos sobrenaturales, como son los sacramentos. Por ejemplo: miembros de una misma familia por el Sacramento del Matrimonio, almas que la Iglesia nos ha confiado particularmente: súbditos con superiores, Director con las almas dirigidas, párroco con sus feligreses, etc. Eso desde luego. Pero además de esto, yo creo que hay muchísimas almas, miles y millones de almas que están vinculadas a nosotros por el Señor con vínculo real sobrenatural, aun cuando nosotras no las conozcamos siempre.

Pues bien; todas esas son **mis almas**, mis almas con el campo del cuerpo místico que yo puedo curar, y por el cual puedo satisfacer ante el Señor. No se da esa unión particular de que estoy hablando, con todo el cuerpo místico, no. No tenemos nosotros esa unión con las almas que existieron hace siglos, ni con las almas que existirán después, ni siquiera con todas las almas presentes. No tenemos ningún argumento que lo pruebe así. Jesucristo sí. Él estaba unido a todas las almas, y la Virgen también, y por eso es medianera universal; pero nosotros no. Nuestro campo es más reducido: nuestras almas, ésas que el Señor sabe, ésas que están unidas.

Pues bien; respecto de esas almas puedo decir también en verdad, que los pecados de esas almas son míos, míos, de una manera real, verdadera; no míos personalmente cometidos, no míos en modo que yo quede manchado por ellos, pero míos en ese sentido: que, yo nunca seré castigado por ellos, nunca; no son míos en ese sentido; pero si quiero, si quiero –y en esto soy libre-, tengo posibilidad de **satisfacer** por ellos, de **reparar** por ellos. Diremos que son las llagas de Cristo que yo puedo curar con mi satisfacción. No tengo obligación, no tengo; aunque quizás de mi satisfacción depende la salvación de ellas; y los pecados de ellas son míos realmente. Y por esos pecados no digo sencillamente: Señor, perdónales, sino digo ante Jesucristo: Señor, perdónanos nuestros pecados.

Pedid la gracia de sentirlo así íntimamente, de sentir los pecados de las almas, de mis almas, y de sentirme así capaz de satisfacer por ellas, de cargarme con esos pecados.

Y esta me parece la razón por la cual en el mismo Antiguo Testamento con tanta fuerza decía Moisés estas palabras, en el Éxodo, capítulo 34: “Si he hallado gracia delante de tus ojos, Señor, te pido que camines **con nosotros**”. Él con el pueblo; el pueblo había ofendido al Señor, y él dice: “Si yo he hallado gracia a tus ojos, te pido que camines **con nosotros**”. Y dice entre paréntesis “(porque es pueblo de dura cerviz), y que quites nuestros pecados y nuestras iniquidades, y nos poseas”. Ahí tenemos la actitud del alma: unida a las suyas, a sus almas. “Si he hallado gracia ante tus ojos te pido que camines con nosotros, porque es pueblo de dura cerviz, y que quites **nuestros** pecados y nuestras iniquidades, y que nos poseas”.

Y ésta me parece también la razón por la cual es una devoción tan predilecta en la devoción al Corazón de Jesús, la Hora Santa. Porque en el Huerto de Getsemaní, Jesús sintió sobre sí los pecados de todos los hombres y de toda la humanidad con luz mística, y se vio cargado con todos ellos, y se presentó así delante del Padre. Y así, muchas almas en esa práctica del ejercicio de la Hora Santa han sido agraciadas con este sentimiento íntimo de los pecados de las propias almas.

Pues pidamos al Señor esta grande gracia: que ampliemos nuestro horizonte respecto del pecado; que saliendo de una concepción demasiado unilateralmente egocéntrica del pecado, sepamos también sentir íntimamente la ofensa de Cristo, la herida del Corazón de Cristo; que sintamos íntimamente que Cristo es sensible a nuestros pecados y que tomemos así sobre nosotros los pecados de nuestras almas.

LA MISERICORDIA

Vamos a hacer esta meditación del Reino de Cristo, y en ella dar un paso difícil que hay que dar antes de entrar y de comenzar a subir con el Señor. Este paso difícil que hay que **hacer**, y no sólo pensar, es el de construir y fundar sobre las ruinas del propio yo, en confianza, el edificio de la santidad.

Ante el espectáculo que hemos visto de nosotros mismos, de nuestra respuesta al amor de Cristo, no podemos menos de exclamar como decía San Pablo: **Miser ego homo,** "Miserable de mí, hombre". Como comenta San Agustín: Miserable, porque soy hombre, y miserable porque soy **yo** entre los hombres. Miser ego homo. Vamos como un grande campo de nuestra ingratitud al Señor, de nuestra mezquindad con Él, de ese modo de caminar siempre a medias con el Señor. Pues bien; sobre esas ruinas de nuestra nada, vamos a fundar ahora, en confianza, el edificio de la santidad; o mejor, va a fundar el Señor sobre nuestras ruinas el edificio de la santidad.

Así pues, poniéndonos desde ahora en la presencia del Señor en actitud de oración, con el corazón abierto a la acción de Dios –que eso es oración-, no tanto estrujando nuestro cerebro, nuestras fuerzas, nuestros nervios, sino abriéndonos a la acción de Dios como se abren las ventanas para que entre la luz del sol. Pues bien; en esta actitud, en la presencia del Señor, de verdad, en espíritu y verdad, le pedimos la gracia de la santidad, que consiste en eso: que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean ordenadas, por la gracia del Señor, puramente a agradar a Cristo. Es el fin de nuestra vida: agradar a Jesucristo.

Y para llegar a esto y disponernos, hacemos esta meditación y este paso difícil que tenemos que dar. Y vamos a pedir gracia para sentir internamente, de verdad, que Jesucristo me perdona todo, que estoy en su amistad. Mirad que esto es importante para una vida de fervor y una vida espiritual intensa. Que el alma, para poder avanzar con generosidad, tiene que tener la **seguridad moral** de que está en la amistad de Cristo, de que Cristo la ama, que Jesucristo tiene ilusión sobre ella, que le comunica sus gracias y que está así cooperando con Cristo. Es importante. Es una grande gracia, importante. Si yo creyese y sintiese estar siempre en enemistad con Cristo, ¿qué entusiasmo podría tener para lanzarme a la santidad? Ninguno. De modo que pidámosle con intensidad, con verdad. Y el paso que hay que dar en esta meditación está constituido por una serie de pequeños peldaños que vamos a irlos dando uno por uno, eliminando todos los obstáculos que el demonio quiera introducir en este momento de los Ejercicios, donde estamos ahora.

<u>Primer paso</u>: Reconocer humildemente mi pecado; humildemente, con verdad. No huir de Jesucristo. A veces tenemos esa especie de inclinación interior, que casi nos avergonzamos de presentarnos delante del Señor, y casi hacemos una ficción interior; que cuando vamos a la oración parece que nos presentamos como si fuéramos distintos de lo que somos en la vida normal. Y no, no. Hay que abrirse al Señor como somos, tal como somos; no huir de su mirada, no tratar de esconder nada a la mirada de Dios, sino abrirnos, patentes; ponerlo todo en su presencia, no huir de Jesucristo. Los pecadores malos, no arrepentidos, huyen; los pecadores sinceramente arrepentidos, quedan ante la mirada de Jesucristo.

Vamos a ver algunos ejemplos de la Escritura que nos ayudaría a adoptar esta posición. En el Antiguo Testamento. Tenemos. Tenemos: Adán y Eva; cometen el pecado y huyen del Señor; tratan de esconderse del Señor porque no están en buena disposición. En el Nuevo Testamento, Judas traiciona al Señor y huye del Señor, desesperado, y se cuelga de un árbol, y muere. Los escribas y fariseos huyen del Señor, no resisten su mirada, sino que se escapan, esconden sus pecados, quieren presentarse como justos. Mientras que los pecadores arrepentidos, éstos se quedan, resisten la mirada del Señor. Fruto del quedarse ante la mirada de Cristo: el perdón de Jesucristo; nos perdona enseguida. Fruto del escaparse de la presencia de Cristo es la desesperación. Sin solución. Nunca más volverán a Cristo mientras estén así. Vamos a ver este otro aspecto del no huir de Cristo.

En el Antiguo Testamento tenemos un ejemplo maravilloso del Rey David en el segundo libro de Samuel, en el capítulo 12. Y es útil caer en la cuenta de esto para no desanimarnos. Se trata del

santo Profeta David, del hombre según el corazón de Dios. Y sin embargo, cometió aquel pecado de adulterio, grande; un poco más grande generalmente que no esas pequeñas angustias que a nosotros se nos pueden presentar. Pecado de adulterio que quiere cubrir trayendo al esposo de aquella mujer. Y el esposo de aquella mujer no quiere ir a su casa porque están en lucha. Y entonces David le da una carta a él mismo para el General que está en el frente, en la cual decía al General supremo Joab: "Poned a Urías en el puesto de mayor peligro, y cuando ataquen los enemigos, dejadlo solo para que lo maten y acaben con él". Y así yo estoy libre. El santo profeta David. Para que conozcamos el corazón de Dios, que no se cansa.

Y en efecto, le ponen en lugar de peligro, y muere. Y David, con todo lo que era, seguía tan tranquilo, como si no hubiese pasado nada. Él llamó a aquella mujer… la podía ya casar… y siguió feliz. Y entonces mandó al profeta Natán a David. El profeta Natán se presentó con aquel valor que tenían aquellos profetas, y le empezó a hablar en forma de parábola. Y le dice: "Rey, vengo a contarte un caso muy triste que ha sucedido en tu reino. Y es que había un señor que tenía muchas riquezas, muchos rebaños, todo lo que quería de dinero; y junto a él vivía un pobrecito que no tenía más que una ovejilla, nada más, y una ovejilla que él había cuidado como hija suya, que la reclinaba en su seno. Como una hija la quería; lo único que tenía así, posesión suya. Pues bien; aquel hombre recibió una vez un huésped, y para honrar a su huésped, en lugar de tomar alguno de los animales de sus rebaños, se fue al vecino, le quitó la oveja, la mató, y se la preparó al otro para comer". Y el rey se enfureció, y dice: "¿Quién ha sido ese?, que es digno de muerte. Tendrá que pagar cuatro veces más que lo que ha quitado a su compañero". Y Natán le dice: "Ese eres **tú**. ¡Cuántas cosas te ha dado Dios! ¡Cuántos favores te ha hecho! Y te promete dar más todavía. ¿Por qué has ido a pecar con la mujer de otro? ¿Y por qué después has hecho matar a Urías con la espada de los enemigos? Pues mira; el Señor se vengará de ti, y entrará la espada en tu casa, y verás a tus enemigos que se reirán de ti". Y David dice entonces: **Peccavi** "he pecado". Sin excusa ninguna; he pecado. Y el profeta Natán a él: "También Dios te ha perdonado". –Esto es Dios, esto es Dios. "He pecado". Basta. No huir de Dios. No empezar a excusarse como Adán y Eva: "Es que la mujer que me diste por compañera… es que la serpiente me tentó… "He pecado". "También Dios te ha perdonado". En el mismo momento. Este es el fruto de no huir de Dios.

Y lo mismo en el Nuevo Testamento: La Magdalena que se echa a los pies de Cristo; Pedro, que después de haber renegado del Señor, va a su encuentro en la Resurrección. El buen ladrón, que maravillosamente en el momento de su muerte es una figura grande. –Espero que la podremos ver cuando hablemos de la Pasión-. El buen ladrón, que después de haber perdido toda su vida en una vida llena de crímenes, de pecados, cuando le quedan sólo un par de horas de vida, se encuentra con Cristo en la cruz, se sacia de Cristo, y entonces sale en defensa de Cristo contra las blasfemias de su compañero, y le dice: "¿Ni tú temes al Señor estando en el mismo suplicio? Y nosotros padecemos lo que hemos merecido, pero éste, ¿qué mal ha hecho?" Y entonces con esa nobleza, volviéndose a Jesucristo dice sólo: "Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu gloria". Y el Señor le dice: "**Hoy mismo** estarás conmigo en el Paraíso". Qué ejemplo ¿eh? Aun cuando yo viese que toda mi vida hasta ahora ha sido nada, perdida, no he hecho más que pecar, nada, solamente engañarme y engañar, supongamos… ¿qué voy a hacer ahora? "Acuérdate de mí cuando vinieres en tu reino". Y entonces el Señor te dirá: "Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso, hoy mismo".

Y así en otros tantos casos. Ejemplo maravilloso es el de Jesucristo frente a la adúltera; aquella pobre mujer, quizás caída en las trampas que le habían puesto sus propios enemigos –los enemigos de Cristo-, que después de haberla hecho caer en el pecado, la ponen en vergüenza pública delante del Señor: "Señor, la hemos encontrado pecando; ¿qué dices tú? Moisés decía que a éstas había que matarlas. Tú, ¿qué dices? Y creían que con eso el Señor, o decía: pues hay que matarla, o decía que no había que matarla, va contra Moisés. Y el Señor, sin querer herir a aquella mujer con una mirada suya, al comienzo baja los ojos y empieza a escribir en la tierra. No sabemos lo que escribía. Y los otros le insistían: "Di, responde, responde". Y Él se levanta y les dice: "Aquel de vosotros que no tenga pecado que le tire la primera piedra". Y siguió escribiendo. Y aquellos hombres se marcharon uno a uno, comenzando por los más viejos. No resisten la mirada de Cristo. Ahora es cuando Jesucristo les ha dicho: a ver, vuestro pecado. Se escapan del Señor. Y sólo queda

la adúltera. Ella sí, ella se ha arrepentido **íntimamente**, y queda allí de frente la miseria y la misericordia; de frente. Y el Señor, levantando su mirada ya ahora, le dice: "Mujer, ¿nadie te ha condenado?". –Nadie, Señor. –"Pues Yo tampoco te condeno; vete en paz y no peques más".

No debemos, pues, huir ante Jesucristo, no. Caeríamos en la desesperación. Quedémonos siempre, con el corazón patente, abierto, sin esconderle nada. **Peccavi.** "He pecado"; aquí estoy, Señor. Y esto no impedirá tu intimidad con Él.

¡Qué bueno ha sido Jesucristo conmigo en mi pecado, en mi mismo pecado! Cuando yo me alejaba de Él, Él me amaba e impedía que yo cayera más debajo de lo que quería yo caer. ¡En cuántas jóvenes…! Estaban decididas a dar el último paso, y quizás hicieron los planes para ello y todo, y a última hora… un accidente, una casualidad, y… pecó, pecó, porque tenía todos los planes hechos, pero no perdió su virginidad. ¿Por qué? Por el amor de Cristo, que la quería conservar para sí. Quería para Él esa virginidad. Y le daba pena que la perdiese tan tontamente. Ese es el amor de Cristo. Y reconocerlo así, sin esconderle nada. Ese es el primer paso.

Segundo paso: **Jesucristo me perdona**. Jesucristo me abraza contra su Corazón. Que yo lo sienta así. Jesucristo es el gran perdonador. Basta leer las parábolas, preciosas, de Jesucristo, donde hable de ese perdón: de la oveja perdida, del pastor que deja las noventa y nueve en el redil y sale en busca de la única que se le ha perdido entre los montes; y va a buscarla con fatiga, y por fin la encuentra, y la toma sobre sus hombros, y va alegre y convoca a sus compañeros y a sus amigos: "Alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que se me había perdido". Y la lleva sobre sus hombros porque está herida la pobrecita, está herida, y aun cuando se ha separado culpablemente del rebaño… pero el Señor sólo piensa en que está herida y que tiene que llevarla Él sobre las espaldas. –Y así caminamos también nosotros de vuelta hacia el paraíso: sobre las espaldas de Jesucristo. –Y no maravillarnos nunca de que seamos pobres y heridos, porque por eso nos lleva Él sobre sus espaldas, porque sabe que estamos así.

La parábola del hijo pródigo, siempre tan nueva y siempre tan antigua… "Oh hermosura siempre antigua y siempre nueva". Podemos oírla como de labios de Jesucristo que te habla ahora; al volver a tu casa, al hogar, te habla de todo lo que pasó antes. Te dice Él: ¿Te acuerdas, hija mía, te acuerdas? Cuando tú en aquel hervor de tu juventud viniste un día y te presentaste con actitud un poco soberbia y orgullosa… que tú ya eras mayor… que tú sabías lo que había que hacer… que te diese todas las facultades porque tú querías despacharlas a tu gusto… Yo te lo di, te lo di… y tú te marchaste y te alejaste de Mí. ¿Te acuerdas cómo poco a poco, poco a poco fui despareciendo de tu horizonte…? Y ya no contabas conmigo porque casi te molestaba, porque no tenías aquella tranquilidad en la vida que llevabas… Y empezaste a derrochar tus cualidades… y grandes planes y grandes cosas… Y la gente te admiraba y te seguía… Hasta que se fue acabando todo aquel brillo, aquel esplendor, y entró el hambre en aquella región. Y entonces, ya te veías mal, con un vacío en el corazón que no podías más. Y te pusiste a cuidar animales inmundos, a poner todo tu cuidado alrededor de eso: de sensualidad, de comodidad… Ya… lejos de Dios. Pero aun eso, aun eso que comen también los animales, eso, no llegaba a saciar tu hambre, y estabas siempre con hambre, no encontrabas la felicidad. Hasta que un día, reflexionando un poco, por la acción de mi gracia, dijiste: "Me levantaré, iré a casa de mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, pero recíbeme, al menos, como uno de tus criados". ¿Te acuerdas aquel día, aquella determinación…? Y… viniste, viniste. Pero yo te estaba esperando, porque yo estaba más dispuesto a recibirte que tú a volver. Y, ¿te acuerdas del abrazo… cuando Jesucristo te abrazó contra su Corazón…?

Que yo sienta esto. Yo le digo al Señor: Señor, he pecado contra el cielo y contra ti. Y Él no me deja terminar, y me ahoga entre sus brazos, y me dice: Pero, ¿qué estás diciendo? Y te mira, y te ve que estás descalza, porque has consumido todos los bienes que habías llevado, y te has quedado sin nada, caminando y lastimándote por esta tierra. Y dice: "Pronto, ponedle las sandalias". Y el vestido todo hecho harapos: "Traedle el vestido mejor y ponédselo pronto". Y mira la mano: "¿Y el anillo…? Si le has perdido… Lo has vendido, ¿verdad, hijo?, ¿verdad? Te encontrabas tan mal… Has vendido el anillo de hija mía… Pues mira: "Ponedle un anillo en el dedo", que yo la recibo

como hija, como antes. “Y preparad un buen banquete, que tenemos que celebrarlo”. -¡El gran perdonador! Y es Jesucristo el que describe así el perdón de su Padre.

Y podríamos completar la parábola, cuando están en aquella fiesta, en aquella alegría general, si imaginamos que este pobre hombre, hijo pródigo, se pusiese triste en un determinado momento. Y su padre le ve y le dice: Pero hijo mío, ¿qué te pasa? ¿Es que no estás contento? ¿Te quieres marchar otra vez de casa? –Y él le dice: Padre, no, no. No es eso. –Pues, ¿qué te pasa? –Es que… es que no sé… no sé si me has perdonado… ¿No es verdad que esto sería como una puñalada en el corazón del padre? Pero, ¡cómo no te he perdonado! Pero, ¿por qué puedes dudar de mi perdón? Eso me hiere mucho, casi más que el que te hayas marchado. Después de todo lo que he hecho por ti, ¿vas a dudar de mi perdón?

Pues así te dice también Jesucristo: No dudar de mi perdón. Jesucristo te perdona. Sentirte entre los brazos de Cristo que te perdona, te ama. Todo eso, el pasado, se ha pasado. Él todo lo echa en el fondo del mar de su Corazón; allí desaparece totalmente. Nada. Y esto nos cuesta mucho a nosotros, porque, como generalmente nosotros proyectamos nuestra psicología en Cristo, como somos tan mezquinos en el perdonar, no acabamos de comprender lo que es el perdón de Dios. Como siempre nos queda algo… pues… decimos con la boca que sí, pero en el corazón no lo entendemos del todo. –Pues Jesucristo es distinto; es un Corazón muy grande, y especial en perdonar. Y Él no se acuerda más. Nosotros tenemos que acordarnos para mayor agradecimiento, para mayor generosidad en el resto de nuestros días; pero Él, lo echa. No me traeréis un ejemplo del Evangelio en el cual Jesucristo eche en cara a alguno los pecados que Él le ha perdonado una vez; nunca. No existe, no existe.

Se cuenta de una santa, que el Señor le preguntó: ¿Sabes cuál es el título que más me gusta que me den? Y ella empezó a darle títulos… Pues no sé…: El de Emperador, Rey de cielos y tierra, Hijo de Dios… Y dice que el Señor le dijo: “No; el título que más me gusta es **Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;** porque eso es lo que yo he venido a hacer aquí, a la tierra: a quitar los pecados del mundo”. –Olvida, pues, todos nuestros pecados.

Por eso, ante esta realidad, y sintiéndome en los brazos de Cristo, tengo que hacer, hacer, no pensar, hacer un gesto generoso, que es éste: Aceptar toda mi vida pasada, aceptarla tal como ha sido. Hay algunas almas que no acaban de aceptar la propia vida pasada. Eso… no pueden con ello. Y casi diría yo, que no acaban de perdonar al Señor el que haya permitido los pecados que han cometido. ¿Por qué el Señor ha permitido esto en mí? ¿Por qué no ha tenido el mismo cuidado en evitar mis pecados como el de tantas otras almas predilectas suyas…? –No es sano esto. Aceptar mi vida pasada, tal como ha sido, sin esconder nada de ella, toda entera. Porque Jesucristo te ama tal como eres. No tal como hubieras querido ser ahora, sino tal como eres. Así te ama el Señor. Lo que pasa es que a nosotros mismos nos vemos a veces tan feos, que no quisiéramos vernos así. Y como no nos amamos a nosotros mismos tal como somos, pues nos parece que tampoco Jesucristo nos quiere tal como somos. Pues no señor. Aceptar mi vida pasada de verdad. ¿Tantos pecados y tantas cosas…? Todo, todo, todo, todo. Aceptarlo tal como ha sido. Y… entonces, ¿tengo que ir recordando y confesando mis pecados? No. Pero aceptarlo, sí. No para estar siempre repitiendo las confesiones, no. Eso no siempre ayuda, ni mucho menos, y muchas veces significa de parte del alma una menor confianza en Dios. Parece que el alma quisiera tener la satisfacción de poder decir: le puedo responder al Señor a cualquier dificultad que me ponga. Si el día del juicio me dice: Es que cometiste esa falta… Pero lo confesé. Es que hiciste esto… Pero ya hice penitencia. Pues no señor; tener un poco de humildad delante del Señor y confiar más en Él que en **nuestras diligencias**. Y una vez que hemos puesto la diligencia conveniente, a juicio del confesor, para confesar nuestros pecados, Dios no quiere que estemos ansiosos, no quiere eso; porque en el fondo es pensar mal de Él. Y al fin y al cabo, Jesucristo, yo creo que el fondo es una buena persona… Es una buena persona. Y no le gusta eso. A Él le gusta que le tratemos como caballero, como caballero, de verdad. Y también a nosotros, Él nos tratará como caballero. –Pues bien; eso otro, pues suele significar falta de esa idea clara de Cristo, y estar dando vueltas a sí mismos… Una vez que has

hecho una diligencia conveniente, a juicio del confesor prudente, no quiere Él que demos más vueltas a las cosas. Y puede ser que si a veces estás dando vueltas y vueltas y vueltas, te ayude esto que voy a decir ahora: Hacer un propósito firme de no tocar nunca, jamás, ningún pecado de la vida pasada en confesión, ni siquiera en la hora de la muerte. Y esto en obsequio a la misericordia de Jesucristo. Y puede ser que te ayude eso, incluso escribir un billetito con esta fórmula: "Corazón de Jesús, en Vos confío. En obsequio de vuestra misericordia, propongo no tocar nunca ningún pecado de la vida pasada en confesión, ni siquiera en la hora de la muerte". Y pones la fecha de hoy, y basta, basta. –Es que a lo mejor no me confesé bien de aquello… -¿Es de antes? Se ha acabado. Eso es obsequio a la misericordia del Señor. No tocar. Aceptarlo todo limpiamente, pero no para volver a tocar confesiones generales y generales, no. Tener siempre un dolor general, eso sí; confesarlo en la presencia del Señor, también: Señor, todo mi ser está patente a tus ojos, todo mi pasado. Pero no para estar revolucionando siempre el corazón; no. No tocar. Confío a la misericordia del Corazón de Cristo.

Más. Puedes hacer también esto: un acto –si lo puedes, si lo sientes-, un acto generoso de –para superar eso que decía, que algunos no acaban de perdonar al Señor el que haya permitido sus pecados- agradecer a Jesucristo el que haya permitido mis pecados, el que los haya permitido. Y decirle: Señor, te lo agradezco por el bien que se me sigue de ellos, te lo agradezco. No querer servir al Señor sólo a condición de que haga de nosotros un monumento de inocencia, sino aceptar también si quiere hacer de nosotros un monumento de misericordia; aceptarlo.

Y por fin, pedir dos grandes gracias: **Primera gracia→** Que saque de mis pecados el provecho que Jesucristo pretendía cuando los permitió. Cuando permitió mis caídas, mis faltas, algo pretendía Él. Pretendía… pues que yo tuviese más humildad, o que tuviese más comprensión para los demás, o una experiencia para poder educar a otros. Él sabe la ventaja que podía sacar. Porque, aun mi pecado una vez cometido, viene ordenado también para bien mío y para bien de las almas. Que saque ese provecho que Él pretendía: de humildad, comprensión, ayuda de las almas.

Y **segunda gracia→** Que en el futuro ame a Jesucristo <u>más</u> de lo que le hubiera amado si no hubiese cometido esas faltas. Y ya está, ya está. Ahí lo dejas todo, con paz y felicidad en el Corazón de Cristo. Hacerlo esto, hacerlo; no pensar sólo, hacerlo; y hacerlo de verdad, tratando con Jesucristo como con un caballero y caballerosamente.

Otro paso más. Puede ser que el demonio ahora, para quitarte ánimos para lo que empezamos ahora de la verdad de los Ejercicios, te esté sugiriendo al oído esto: Mira; es inútil todo lo que estás haciendo; porque, tantas veces has propuesto tantas cosas… Después pasan los Ejercicios y se pasa también todo; y esto va a ser igual, igual. Pasarán los Ejercicios, y volverás a lo mismo. -¡Mentira! Es mentira. No va a ser igual que otras veces; ciertamente que no, no va a ser igual.

Cuando Jesucristo cogió a San Pablo en el camino de Damasco y lo echó por tierra, se acabó la vida de Saulo, y comenzó una vida nueva.

-Saulo, Saulo, yo soy Jesús, a quien tú persigues.

-Señor, ¿quién eres?

-Pues… yo soy Jesús a quien tú persigues.

-Y, ¿qué quieres que haga?

Y el Señor a él: -Saulo, me das pena; duro es para ti dar coces contra el aguijón.

Es una frase delicadísima del Señor, que tiene un doble sentido finísimo. El uno de decir: Saulo, es inútil que te defiendas; si eres mío… Es inútil que estés dando coces contra el aguijón; ya te tengo, eres mío. Y otro de compasión de Jesucristo: Pero Saulo, ¿por qué estás coceando contra el aguijón? Me das pena porque te haces daño; si te haces daño… No, no seas así; deja ya. –Pues esto mismo pasa ahora contigo en los Ejercicios.

Hay una analogía –y hemos visto- en la devoción al Corazón de Cristo y en la aparición de Damasco. Y como ahora estamos ordenándolo todo fiándonos en el Corazón de Cristo que se nos muestra, en el Corazón de Cristo a quien hemos visto desde el primer día, a quien hemos

consagrado los Ejercicios, que está derramando sus gracias extraordinarias normales a quien se fía de Él… lo estás notando ya: que los Ejercicios no son iguales, no son iguales. En la paz… y en la generosidad… y en el amor de Cristo… y en la confianza en Cristo y solo Cristo… pues no va a ser igual que otras veces; no, no, no. Porque nos vamos a fiar de solo Él y de la gracia extraordinaria de su Corazón.

Pero todavía el demonio te puede decir esta otra idea desalentadora. Puede decirte: Bien; supongamos que no va a ser igual que otras veces, supongamos. Pero en todo caso, cuando tú empezabas tu vida espiritual con aquel ímpetu, aquella generosidad, y te lanzabas a las grandes alturas de la santidad, mira, aquello ya lo has perdido para siempre. Has sido infiel, te has arrastrado en una vida más o menos mediocre, y ahora ya, aun cuando no sea como otras veces –y admito que vas a hacer una vida de un cierto fervor-, pero ya nunca llegarás a las alturas a que el Señor te llamaba antes, cuando, todavía te acuerdas con nostalgia de aquella llamada del Señor a la grande santidad, a las grandes alturas de la vida de oración. Se ha acabado. –Esto también es falso, es falso. Jesucristo restituye al mismo estado. Es así… lo ha hecho así el Señor. Dice Santa Teresa que: "en arrepintiéndonos, vuelve el Señor al mismo estado o más alto del que antes tenía"; restituye el mismo estado.

Tenemos un caso en San Pedro. San Pedro había recibido de Jesucristo la promesa del Primado; y el Señor había mostrado hacia él una predilección muy particular. Llega la noche de la pasión… el único apóstol que reniega explícitamente de Cristo –en cuanto nos lo refieren los Evangelios- es Pedro: "que no conoce a aquel hombre".

Los apóstoles conocían un poco a Jesucristo; habían estado tres años junto a Él, y algo sabían de sus sentimientos, de su modo de actuar, de su Corazón. Pues bien; a ninguno de los apóstoles se le pasó por la cabeza que Pedro hubiera perdido la prerrogativa que tenía de la promesa del Primado; y le siguen tratando como al Jefe de ellos. Y cuando llega la Resurrección –de hecho- el ángel anuncia: "decidles a los apóstoles, y a Pedro…". Y a Pedro. De modo que mi infidelidad, aun después de haber conocido a Cristo, no es óbice para las grandes elecciones del Señor. Recordemos a San Agustín hasta los treinta y tres años; recordemos a San Ignacio después de una vida bastante dejada, abandonada. No es óbice para las grandes gracias, para los grandes planes del Señor.

Y recordemos que –es un detalle muy curioso- a la Magdalena la pone Jesucristo junto a su Madre. "Y estaba junto a la cruz de Jesús, María su Madre, María Magdalena…" No se avergüenza de ello. Junto a la Virgen Inmaculada, la pecadora arrepentida.

Todo esto no es óbice para las grandes gracias del Señor.

Más; -y llegamos con esto al último punto, al último escalón; es la conclusión-. Luego, ¿yo puedo y debo aspirar a una grande santidad? Puedo y debo. Por muchas razones:

En primer lugar, porque como dice el Señor mismo, a quien más se ha perdonado, más debe amar. Es un deber de gratitud. ¿Que se me ha perdonado mucho? Tengo que amar mucho. Y como al fin, la santidad está en el amor, en la intensidad del amor, luego a quien más se ha perdonado, más santo tiene que ser.

Y esto nos tiene que ayudar mucho a tener mucho empuje en la vida. Y en las pequeñas cosas que se nos presenten, acordarnos de lo que tenemos que amar a Cristo para reparar lo poco que hemos amado. Y en las dificultades, y en los sacrificios que se presenten, tener siempre ese ánimo grande y generoso. Todo es poco para reparar lo poco que hemos amado a Cristo.

Segunda razón: para reparar el tiempo perdido. Precisamente porque hemos perdido mucho tiempo es necesario que –sin ansiedad, sin intensidad nerviosa, pero con una plena disponibilidad en las manos de Cristo- lo reparemos también. **Tempus instanter operando ad redimentes,** dice la Iglesia; "con un trabajo diligente, insistente, reparar el tiempo perdido".

Tercera razón –y es la que más me mueve-: Porque esa miseria nuestra y esa respuesta nuestra mezquina al Señor, hasta ahora, es buena base para que Jesucristo edifique mi santidad.

Ese es el fundamento que Él busca, ya que así no puedo gloriarme de mi santidad. Y Jesucristo, Dios, es muy celoso de su gloria; y muchas veces no concede grandes gracias porque el hombre se gloriaría de ellas. Y en la santidad pasa lo mismo. Por eso, cuando uno ya se ha curado en raíz, y no puede gloriarse porque tiene experiencia vivida de la propia miseria, esto puede ser una base excelente para que el Señor construya el edificio de la santidad.

Recordemos el modo de actuar de Dios con Gedeón. Cuando Gedeón –en el libro de los Jueces, cap 7- iba con su ejército de 22.000 hombres al encuentro de sus enemigos, se le muestra el Señor y le dice:

-"¡Gedeón!"

Y él responde:

-"Señor, aquí estoy; ¿qué quieres de mí?"

Y dice:

-"Mucha gente llevas, Gedeón; con tanta gente no podré darte la victoria".

¡Qué manera de discurrir del Señor! ¡Qué distinto es le modo de pensar de Dios del nuestro! "Con tanta gente no podré darte la victoria, porque se gloriaría Israel de su brazo, diciendo: «con la fuerza de mi poder he vencido a mis enemigos», y quitaría la gloria a Dios". "No podrás vencer".

Y entonces le dice:

-"Avisa a los soldados que el que sienta algo de miedo, se retire a su casa". Y quedaron 10.000. Diez mil hombres.

Y se presentó de nuevo el señor a Gedeón:

-"¡Gedeón!"

-"¿Qué queréis, Señor?"

-"Demasiada gente llevas todavía. Con esa gente no puedo darte la victoria, porque todavía se gloriaría Israel".

Y les pone la prueba del agua. Cuando llegan ardientes de sed a un riachuelo, y unos se lanzan de bruces a beber el agua, y otros solamente se inclinan, cogen con la mano un poco de agua y la lamen con la lengua, y de dice: "Todos los que se han lanzado así, ávidamente a beber el agua, echándose de bruces, todos esos, elimínalos, y toma sólo aquéllos que han lamido el agua llevándola en la mano". Y quedaron trescientos hombres nada más. Y entonces le dice el Señor a Gedeón: "¡Gedeón! –notad bien la dialéctica del Señor tan distinta de la nuestra-, Gedeón, con estos hombres, **YO** te daré la victoria". Con estos hombres, Yo te daré la victoria.

Es la clave de todo lo que es nuestra vida espiritual y vida de santidad: Tenemos que tener trescientos hombres; tenemos que aplicar nuestras cualidades, pero no son ellas las que nos dan la victoria. "Yo, con estos hombres; Yo te daré la victoria". Ya no se pueden gloriar. Y con aquellos hombres derrota a los enemigos.

Y así sigue también el Señor en el Nuevo Testamento.

La Iglesia la quiso edificar sobre Pedro, el pecador, el renegado; y no sobre Juan, el inocente, el fiel, el virgen; sino sobre Pedro. Sobre ese Pedro cuyos restos están en el fondo de la Basílica Vaticana y del cual, la misma Basílica parece que es todo un símbolo. Cuando uno ve toda esa grandiosidad, esa cúpula, y en el fondo aquellos huesecillos calcinados, dice uno: ¡Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia! Sobre esto. ¿Qué hay aquí? ¡Nada! Es lo que está en la base, lo que Jesucristo ha escogido para fundar la Iglesia; porque así el fundamento es Él, es Cristo.

Y sigue Jesucristo siempre **construyendo sobre nuestra nada**. Y sólo sobre nuestra nada; y lo demás no lo construye.

Así pues, ver toda nuestra vida como un campo lleno de ruinas. Todo. Sin asustarnos. Presentándolo a la mirada del Señor. Descansando al mismo tiempo en el Corazón de Cristo. Y así, reclinados sobre su Corazón, repetimos: **"Miser, ego homo";** y le decimos al Señor: No puedo gloriarme de nada. **Illi curribus, isti equis, nos autem in nomine Domini fortes sumus.** "Aquellos se glorían de sus carros; los otros de sus caballos; nosotros somos fuertes en el nombre del Señor".

Y Jesucristo te coge de la mano para conducirte así a la más alta santidad. Tú no puedes nada, pero con Jesucristo lo puedes todo. Fíate de Jesucristo. Él tiene sus planes sobre ti. Deja el pasado a la Misericordia; el futuro a la Providencia, y consume el presente en el Amor.

Nunca imaginar la santidad como una especie de combinación de trenes que, si se pierde uno se pierden ya todos y todas las combinaciones; no. Más bien es una excursión por la montaña que, aun cuando uno haya perdido el camino, si encuentra un buen guía que le lleve adelante, puede ser que resulte una excursión más maravillosa de la que uno había creído comenzar. Y ese guía tiene que ser Cristo; y la base: nuestra confianza en Él. Es la confianza. Cerrar la última puerta para ir a solas con Jesucristo.

VIDA ESPIRITUAL

Vamos a dedicar esta plática a describir un poco el sentido de la vida espiritual. Estamos haciendo los Ejercicios. Ejercicios que nos deben llevar a la madurez de la persona cristiana y nos capaciten para vivir la vida espiritual. Hoy hay un peligro notable en todos los ambientes de hacer o de llamar vida espiritual lo que sólo es una vida humana, o cristiana a lo sumo. En la misma vida religiosa, vocación religiosa, ¡cuántos criterios humanos! Casi se presenta como el ideal de una vida religiosa, de enseñanza, por ejemplo, el llevar la misma vida y el mismo nivel que las universitarias de hoy; el ideal de muchas jóvenes religiosas. No sé para qué se han hecho religiosas. Un criterio muy humano en todo el rendimiento que hay que tener… un tiempo, un horario fijo… y no matarse por las almas. Mucho, mucho de la religiosa va así. Cuántas veces podríamos oír al Señor que decía: "¿No hacen esto también los publicanos?" Pero esto lo hacen también los seglares… esto lo hace cualquiera; el no pecar, procurar no pecar, eso lo hacen todos. E incluso, esto se presenta como ideal… y el deseo de participar todo lo posible de la vida que hacen los seglares para poderles entender mejor… y darles a ellos mismos como nivel de vida un nivel puramente humano, vivido en gracia, pero puramente humano, entonces la cosa resulta todavía más peligrosa. En todo esto hay algo de contingente y del hábil de la naturaleza humana. Pero en el fondo íntimo hay una idea, un criterio, un juicio, que desgraciadamente va cundiendo por todas partes, y es éste: que la perfección consiste en cumplir los deberes del propio estado, y basta. Si uno es abogado, el que sea perfecto abogado; si uno es músico, que sea perfecto músico; y eso es vida espiritual, y todo lo demás es ñoñería. Esto es falsísimo, falsísimo. No hay que atender sólo al cumplir los deberes del propio estado, sino en la vida espiritual hay que atender al nivel espiritual en el cual se viven los deberes del propio estado. Y esto es de importancia capital. Se confunde, en una palabra, la vida espiritual con la simple vida cristiana.

Y, ¿qué es la vida espiritual en su sentido más estricto? La vida espiritual corresponde a la vida del espíritu en cuanto espíritu significa una participación del Espíritu Santo. Vida espiritual significa la vivacidad del Espíritu. Hombre espiritual, persona espiritual se dice la que gusta las cosas espirituales, la que no necesita espuelas para caminar adelante, porque el espíritu internamente la rige. "Los que se guían, son conducidos por el Espíritu de Dios, esos son los hijos de Dios", dice San Pablo. Y a esta vida espiritual nos prepara precisamente el ejercicio espiritual. Vamos a ver si entendemos bien esto.

Vida espiritual no es lo mismo que vivir en estado de gracia. La vida espiritual comienza en un momento determinado, ene. Cual el alma viene como orientada hacia el cielo, hacia las cosas sobrenaturales como ocupación primaria de su espíritu. En general, puede darse que una persona haya vivido años enteros en gracia santificante sin haber comenzado en serio una vida espiritual. En un momento determinado puede realizarse un hecho que la conmueve, la agita, una verdad concreta que le toca el corazón, y en ese momento comienza su vida espiritual auténtica.

Voy a poner alguna imagen, alguna explicación práctica para ver esto.

La vida espiritual comienza con lo que se suele llamar la conversión afectiva, la ordenación de la persona hacia las cosas superiores; de toda la persona. Un hombre, un abogado que cumple sus deberes de estado; un padre de familia que va los domingos a la Misa con fidelidad, que realiza sus deberes con exactitud, pues puede vivir años enteros en este nivel; sin embargo, en él, el orden sobrenatural no ocupa el lugar primario en el orden vital de su preocupación primaria, sino él quiere vivir esa vida normal bajo la mirada de Dios, en conformidad con la voluntad de Dios, y basta. Pero imaginemos que este hombre en un determinado momento le impresiona un hecho: la muerte de un amigo… o, cae en la cuenta, en un sermón, del amor de Cristo, que Jesucristo lo ama tanto; cae en la cuenta de la transitoriedad de los bienes de este mundo; una verdad concreta que le impresiona, y en fuerza de esta verdad, ese orden sobrenatural viene a ocupar el primer puesto de importancia

vital en esa vida. Ahora comienza la vida espiritual para este hombre. Tendrá su ritmo, que describiré enseguida.

Usando una imagen un poco campestre o un poco casera –que todo nos ayuda-, podríamos decir que pasa en el hombre con la conversión afectiva, algo parecido a lo que pasa con un perro de caza. Cuando sale el cazador con su perro, al principio el perro corre por aquí y por allá, hace siempre diez veces del camino que hace el cazador, va a un extremo, vuelve, sale otra vez, vuelve otra vez… va así, como siguiendo al amo, sí, pero siguiendo con una cierta libertad de movimientos. Y el amo está contento. En un determinado momento, encuentra el rastro de la liebre que va a buscar. Ya entonces no se separa del rastro que ha encontrado, porque ha olido ya la presa.

Pues una cosa así pasa en la conversión afectiva. El alma va siguiendo más o menos, pero en un determinado momento encuentra el rastro de lo divino, de lo sobrenatural, y ya se aplica a ello, ya no se distrae con otras cosas; su ocupación es ahora seguir esta línea detrás de esa presa, que el tesoro del cielo.

Otro ejemplo –a lo mejor toca aquí; no sé-. En algunos sitios: seminarios, casas religiosas, están dispuestas de tal manera las cosas, que desde el sitio donde uno trabaja, desde el estudio, se siente el olor de la cocina. Y entonces suele pasar esto: que hacia las once u once y media, llega un olor de la cocina, y ya parece que toda la vida se ordena hacia la cocina, es decir, hacia el comedor más bien.

Pues bien; eso es la conversión afectiva. En un determinado momento de la vida de este hombre, la llega del cielo el olor de la cocina celestial, donde se está preparando el banquete de las bodas, y el rumor de la música que allí está perpetuamente celebrándose en el banquete de las bodas del Cordero, y que atrae el alma y la ordena ya hacia aquel banquete celeste. Eso es la conversión afectiva.

El **efecto** que produce esta conversión afectiva, que es esa vivacidad del espíritu en el alma es **doble**: en primer lugar le da la conciencia al alma de los impedimentos que hay en ella para la realización de ese ideal. Esta verdad concreta, al atraerla hacia las cosas superiores, le hace sentir los obstáculos que hay en ella para llegar a esas realidades superiores. Es la palabra de Dios que llaga hasta la división del alma y del espíritu. Y ahí discierne lo que hay de bueno y de malo en el hombre. Para el hombre que antes le parecía que no había tal distinción de hombre espiritual y hambre animal, ahora es claro: existe la distinción; en mí hay una tendencia muy fuerte y hay un peso que me retiene. Y por eso no suele ser raro que en el momento de la conversión afectiva, la persona se sienta peor que antes, con más pecados que antes, con más vicios que antes, porque antes los tragaba sin sentir, y ahora está cayendo en la cuenta de todo lo que hay de podrido en la naturaleza suya, en sus tendencias… y eso no se cura de una vez… La conciencia sí se adquiere, pero la curación no es inmediata.

El segundo efecto que produce la conversión afectiva es el de una grande buena voluntad, generosa; un deseo indeterminado de hacer cualquier cosa por seguir esa llamada de Dios que aparece en la conversión afectiva. Y esto lleva consigo un espíritu de generosidad, de disposición a emprender cualquier camino ascético que se le indique, y la sumisión a la dirección auténtica, que es la de la Iglesia jerárquica. Son las dos ideas: discernimiento de los espíritus y **generosidad**; ánimo y generosidad. Son las disposiciones que se suponen al comienzo de los Ejercicios, en la adición 5ª y después en todo el camino de la discreción que se realiza en el examen de la conciencia, etc. Supone que se parte de una conversión afectiva, y realizada la conversión afectiva va a ayudar a la evolución de esa vida espiritual. De ordinario, una vez que entra por este camino el alma, suele tener altibajos; momentos de fervor, de ordinario en fuerza de este impulso… suele ser un alma muy decidida a cualquier cosa por Dios… hace incluso ciertos disparates humanamente considerados, en el deseo de darse al Señor… pero puede tener también sus momentos de bajada y de vuelta a subir. Eso es normal; dentro del plan de esta vida espiritual hay sus altos y sus bajos, hasta que entra el alma en otro período que describiremos a su tiempo, que es la entrada en un estado superior de vida espiritual.

Vamos ahora a indicar en qué consiste el progreso espiritual estricto. El progreso espiritual, de este orden de vida espiritual de que estamos hablando, no hay que confundirlo con el mero aumento de gracia santificante. Puede una persona aumentar constantemente su gracia santificante, y sin embargo, no notarse en ella un verdadero progreso espiritual. Son dos conceptos distintos. A veces se simplifica demasiado. Para entender estos conceptos hay que tener en presente el sentido que tiene la vida de la gracia, que es una **relación personal** con Cristo; y en toda relación personal hay muchos aspectos. Es muy compleja la relación personal. Si yo pregunto, por ejemplo, de una persona cómo progresa en su maduración personal, pues es difícil decir en qué consiste ese progreso de maduración personal, porque no basta decir que ha aumentado sus conocimientos intelectuales. Uno puede aumentar sus conocimientos intelectuales, y sin embargo, no aumentar su maduración personal, ni aumentar su fuerza de voluntad; porque puede aumentar su fuerza de voluntad y no aumentar su maduración personal. Es otro aspecto del equilibrio total de la integración resultante, que supone un cierto aumento del conocimiento de la voluntad, pero con ciertas características, ciertas proporciones; y sería fatal identificarlo con el mero aumento cuantitativo de inteligencia o de voluntad o físico de la persona.

Pues bien; esto mismo pasa en el orden sobrenatural. Es simplificar demasiado el orden de la gracia, identificar el progreso espiritual con el aumento casi cuantitativo de la gracia. Y vamos a indicar un poco esto, que es de interés para nosotros.

En la gracia, en el enriquecimiento sobrenatural que se nos da por la justificación, sacramentos, obras buenas, hay que distinguir diversos aspectos. Hay un aumento o un enriquecimiento **funcional**. A veces los Sacramentos comunican una **función** en el orden sobrenatural de la gracia. Por ejemplo, el Sacramento del Orden da la función sacerdotal, una función. Sacramento del Matrimonio, una función concreta. Hay además del aumento funcional, el enriquecimiento cuantitativo, a cuasi cuantitativo, porque la gracia no es cantidad; no existe la cantidad de gracia estrictamente. La gracia es una cualidad. Ahora, como solemos decir aumento cuantitativo de alegría, podemos también hablar del aumento cuantitativo de gracia santificante, que otros teólogos llaman un enraizamiento de la gracia, una radicación de la gracia en el hombre; como quiera llamarse. Son imágenes, en todo caso; una y otra son imágenes, para indicar este acumularse, progresar en especie de cantidad de gracia; méritos de la vida eterna y gracia ya santificante actual en la persona.

Pero hay un aumento que podemos llamar **extensivo**. Cuando Dios comunica una gracia al alma, esa gracia puede ser asimilada por toda la persona, realizarla vitalmente, asimilársela, convertirla en jugo y sangre; y esto es una extensión de aquella gracia que se ha comunicado. La gracia, de suyo, es la que se ha dado ya; pero esta gracia viene asimilándose por la persona. **Aumento extensivo.**

Y hay un aumento que podemos llamar **aproximativo** a la visión beatífica, de acercamiento a la visión de Dios; muy lejana de la visión, pero que se va acercando a la visión de Dios. –Voy a explicar esto.

Supongamos, como es en realidad, que entre Dios y nosotros existe un muro –y lo puedo llamar así sin escrúpulo-, un muro que nos une y nos separa al mismo tiempo. Ese muro es la fe, la fe; la vida de fe. La vida de fe nos une a Dios, pero al mismo tiempo nos mantiene lejanos de Dios, porque no lo vemos; y todos hemos experimentado que este muro de la fe, a las veces se nos presenta muy denso, un muro muy sólido. Pero nos une al mismo tiempo. Creemos en Dios, pero nos aleja. Mientras estamos en esta vida, vivimos de fe. **Peregrinamur a Domino**, "estamos como peregrinos", lejos del Señor. Este es el muro de la fe. Imaginad que está aquí ese muro de la fe. Nosotros estamos en una parte, Dios está en la otra parte.

El aumento cuantitativo, cuasi cuantitativo de gracia, ¿en qué consiste? Estamos nosotros aquí, vamos acumulando gracia y méritos, pero el muro de la fe puede ser que se mantenga igualmente denso como antes. Yo voy acumulando, enriqueciendo… como dice el Señor: **negociamini donec venio**, "negociad en tanto que vuelvo…", y cuando llegara el momento de la

muerte y este muro cae, esa gracia y esos méritos se convierten en visión de Dios, proporcional a la gracia y a los méritos. Es un aumento cuantitativo.

Pero el aumento aproximativo se podría definir como un continuo afinar el muro que nos separa de Dios. Este muro, que es muy denso, va haciéndose cada vez más sutil, más fino, hasta que al final se convierte en un velo; siempre en fe, en pura fe, sin ver a Dios en esta vida, pero se ha hecho tan luminosa la fe, se ha hecho ya tan transparente, que el alma cree que casi ve a Dios. Dios se le hace muy presente, Dios se le hace muy cercano, muy próximo. Esta vía, este camino de hacer más sutil el muro de la fe, es el progreso de vida espiritual; éste. Aquí está; es vivir una vida cada vez más celeste ya desde este mundo; porque esto el Señor nos lo ha concedido concediéndonos la gracia santificante desde este mundo: el poder vivir desde ahora una vida cada vez más celeste.

De modo que, el progreso espiritual, en cuanto espiritual, "progreso espiritual", se puede decir que es el continuo hacer más sutil el muro que nos separa de Dios, el acercarnos progresivamente a la visión beatífica, siempre quedando muy lejos; en la fe.

Esto –que es una imagen lo que yo he empleado-, esto, en la vida espiritual de cada uno, se siente en cuanto este progreso espiritual significa **aumento intensivo** de fe, esperanza y caridad. Aumento intensivo; que no está en mi mano; porque hacer más sutil este muro, no es obra que la pueda hacer yo. Es Dios el que tiene que acercarse a mí; es un muro. Naturalmente la imagen del muro es muy material; pero la puedo expresar de otra manera. Yo puedo decir que entre los ojos de un ciego y el objeto exterior está el muro de su ceguera, un muro que los separa. Y puede ser que ese muro se haga más sutil en cuanto va recobrando esa facultad visiva, y en cuanto comienza a ver por lo menos borrosamente los objetos, aunque no los vea con claridad; como decía aquel ciego del Evangelio: "Veo los hombres como árboles"; comenzaba a ver; el muro se comenzaba ya a sutilizar.

Pues bien; son todas imágenes. Pero esta visión mayor, esta penetración mayor es el aumento intensivo de fe, esperanza y caridad. Dones santísimos de Dios, que los da Él a quien quiere, pero normalmente no los da sino a quien trabaja y se dispone a recibirlos.

Veréis enseguida la diferencia entre el aumento cuantitativo y el aumento aproximativo en el orden práctico. Viene una persona a confesarse. Termina su confesión; yo le digo: haga un acto de dolor, haga un acto de amor. Y la persona repite el acto de amor de Dios, el Señor mío Jesucristo, y aumenta con esto su fe, su esperanza, su amor. Yo le puedo decir: haga un acto de fe, un acto de esperanza, un acto de caridad. Aumenta la fe, esperanza y caridad, pero aumenta con ese aumento cuasi cuantitativo. Si yo le digo a esta persona: haga un acto más intenso de fe, esperanza y caridad, más vivo, de una fe más viva, me dirá: eso quisiera yo… ¿Cómo lo hago? Porque no está en mi mano… Por eso, en el "Miradme, oh mi amado y buen Jesús", pedimos que infunda **Él** en nosotros fe, esperanza y caridad, vivísimos… porque esto es don de Dios. El alma puede hacer un acto de fe, pero no puede aumentar la intensidad de su fe, porque eso es gracia del Señor que se acerca al alma e ilumina su fe; siempre en pura fe, pero una fe más luminosa, más íntima, más adherente a la persona misma de Cristo; más que a las ideas concretas que a nosotros nos pueden ocurrir.

Y aquí nos encontramos de nuevo en el momento oportuno de insistir en la piadosa mentira de las arideces en la vida espiritual. Que no… que no… Que tenemos que aumentar siempre estos dones del Señor en nosotros. Dice así San Ignacio en una carta a San Francisco de Borja: "que todos los ejercicios espirituales y corporales se ordenan a los santísimos dones de Dios, que son aumento de fe, esperanza y caridad, sentimiento interno de las verdades sobrenaturales, ordenadas todas a ese servicio mayor del Señor. Santísimos dones que no están en nuestra mano el tener y traer cuando nos parece, sino que son puramente dados por el Dador de todo bien". A esto va toda la vida espiritual; pero no creer: es que la culpa en esta persona, no podrá tener quizás remedio; pero no presuponer siempre como algo que es normal esa aridez en la vida espiritual. Y la Iglesia no lo siente nunca así; cuando, por ejemplo, en la oración misma del Espíritu Santo pide "gozar siempre de la consolación de su Espíritu", **et de eius semper consolatione gaudere**, o cuando dice en la oración: "para que con un corazón puro de todas las manchas, podamos **gozar** más ampliamente de Ti". A esto vamos: a gozar de Dios ya en este mundo, proporcionadamente, no como en el otro, que

es muy poco lo que podemos gozar en relación con lo otro, pero mucho, en relación con lo que puede gozar un mundano del mundo.

Bueno… Con esto, ya vemos un poquito de lo que es el progreso espiritual en fe, esperanza y caridad. Pero se podría objetar esto: Si al fin y al cabo en la hora de la muerte yo voy a ver la visión de Dios, y eso es proporcionado a la gracia que yo tengo, ¿qué me importa **ahora** trabajar por este progreso espiritual? Pues boy a hacer la vida con un aumento cuantitativo de fe, esperanza y caridad, y después, en el cielo, lo veremos. –Quien hace esta objeción, no ha acabado de entender la grandeza de Dios. Esta alma no quiere jugarse el todo por el todo, y… dice que irá a gozar de Dios a la hora de la muerte; pero mientras podamos estar en este mundo… pues vamos a gozar en este mundo. No estima a Dios en lo que es. El alma, que aun sabiendo esto, dice: No; yo **ahora** tengo posibilidad de morir a este mundo y de vivir una vida celeste, y la escojo **ahora**, esa alma se ofrece como holocausto a Dios; naturalmente. **Ahora** escoge morir al mundo para vivir a Dios; no sólo en la hora de la muerte. Y es natural que esta alma que procede así supone un amor inmensamente más grande que el otro; y por lo tanto, las obras realizadas así, y estos actos de holocausto vividos, suponen un aumento de gracia muy superior al otro. Esta alma vive de veras su holocausto de amor.

Pero vamos a dar un paso más y ver la función de nuestra actividad en orden a este progreso espiritual. Es bien claro, bien evidente, que esa comunicación de Dios de que he hablado ahora, que es ese acercarse a nosotros en la mayor iluminación de la fe, viveza de la esperanza e inflamación del amor, que esa comunicación no la podemos causar nosotros. Yo no la puedo producir; es el Dios personal y libre que se da a mí. Y así como ene. Orden humano yo no puedo causar eficazmente la donación de otra persona a mí, tampoco en el orden sobrenatural. **Es un don gratuito**. Y este es el primer punto que debemos siempre tener ante los ojos en toda actividad espiritual; éste. Es un don gratuito lo que yo pretendo, pero lo que pretendo es aquello; y por lo tanto, en el examen de la oración, al examinar el ejercicio espiritual que he realizado, la primera pregunta que tengo que hacer no es: a ver si he hecho todo lo que me había propuesto hace, sino la primera pregunta es: ¿He hallado a Dios? ¿Se me ha comunicado Dios? Si se me ha comunicado, va bien; he obtenido la gracia que se pretende: sentimiento interno del Señor, comunicación íntima del Señor, aumento de fe, esperanza y caridad. Bien. Ha ido bien. He obtenido lo que buscaba. ¿No lo he obtenido? Entonces tengo que examinar si ha sido quizás por falta de disposición mía. Y entonces, voy a ver si he procedido con diligencia, si con libertad de espíritu, con despego del corazón, con aplicación diligente; o quizás he procedido con excesiva diligencia nerviosa, sin abrir mi corazón a la acción de Dios; entonces tengo que examinar todo lo demás. Pero la primera pregunta, como dice San Ignacio, es: Cómo me ha ido en la oración, es decir, si he hallado a Dios, si Dios se me ha comunicado, si el muro de la fe se ha hecho más sutil durante esta oración.

La otra pregunta, examinada un poco con inteligencia serena, se hace ridícula. Y os voy a poner un ejemplo humano para que lo entendáis, porque así lo cogeréis perfectamente.

La Sagrada Escritura emplea muchas veces esta imagen, que creo es la más perfecta para entender nuestras relaciones con Dios: es la del amor humano. Pues bien. Imaginad una muchacha, una joven que desea atraer sobre sí la mirada, la atención de un joven. –Es el alma que desea atraer sobre sí la mirada de Dios. –Esta joven, ¿qué hace? Tiene que prepararse… tiene que arreglarse… y ella, pues lo hace: se perfuma… se viste lo mejor que puede… se pone las joyas mejores que tiene… su madre le ayuda en toda esta faena… y después tiene que ir a dar un paseo, una vuelta por donde se encuentra ese joven cuya atención quiere atraer. Y supongamos que da esa vuelta, ese paseo, y vuelve a casa. –Todo esto que he descrito es el ejercicio espiritual, ordenado a atraer la mirada de Dios sobre nosotros. –Y vuelve a casa esta joven y su madre le hace el examen del ejercicio. Y le pregunta: Hija mía, ¿cómo te ha ido? Y ella, imaginad que responde: pues muy bien; yo he hecho lo que tenía que hacer; me he vestido, me he peinado bien, me he arreglado, he dado una vuelta, he pasado por donde él estaba, y aquí estoy. He hecho lo que tenía que hacer. –Pero él, ¿te ha mirado? -¡Ah!, eso no importa. ¡Cómo que no te importa! Pues, ¿para qué habías hecho todo? ¡Claro que importa! Porque quiere decir que no hemos obtenido lo que pretendíamos.

Esto mismo pasa en la vida espiritual, exactamente. El ejercicio espiritual en cuanto es este acercamiento hacia Dios –en cuanto es un deber que uno cumple, eso es otra cuestión distinta-, en cuanto es un acercamiento hacia Dios está ordenado a atraer su mirada; y sería ridículo que al hacer el examen de conciencia yo dijese: He hecho todo lo que tenía que hacer; no me importa. Ya está todo hecho. –No… ¿Te ha mirado? Es que lo otro es muy cómodo; porque en lo otro sigue uno igual, mientras al volver así y ver: pues no me ha mirado… tienes que examinar si es éste el modo mejor de prepararte para esa mirada de aquél. Y notad, que cuando una joven se prepara así, por muy bien que se prepare y por muy diligentemente que se prepare, no impone la mirada del otro, sino que la mirada del otro es libre, personal, no es causa eficiente de la mirada del otro.

Lo mismo en el orden espiritual. El alma que trabaja con diligencia, que se prepara para este encuentro con el Señor, no hace que la mirada del Señor sea fruto de su trabajo y de su diligencia. Por eso, al actuar así en el ejercicio espiritual, el alma tiene que hallarse muy desconfiada de sus diligencias y con la confianza puesta en solo la bondad de Dios. ¿He puesto de mi parte lo que podía? Voy a ver si el Señor se digna mirarme, en modo que después pueda repetir con San Juan de la Cruz:

> Bien puedes mirarme después que me miraste,
> pues gracia y hermosura en mí dejaste.

De eso se trata. Y este es el ejercicio espiritual en orden al progreso espiritual. Tenerlo muy presente, que aquí está la clave de la dirección espiritual auténtica; que lo que se trata es de acercarnos a Dios, no de hacer nuestros planes y de conservarlos, que eso es muy cómodo; hacer un propio programa de vida espiritual muy sencillo, y todo está en si he sido fiel o no he sido fiel. La vida espiritual es mucho más sutil, mucho más fina; es un trato personal con Cristo, y supone un examen constante, cuando no se le ha encontrado a Cristo, para ver si hay en mí apegos, estorbos, dificultades a este encuentro del Señor. Y no decir: ya he hecho lo que tenía que hacer, y lo demás no me importa, porque lo importante es hacer lo que yo creía que tenía que hacer.

Pues bien; esta es la vida espiritual, este es el sentido del ejercicio espiritual, que no es causa del don de Dios, causa eficaz, sino que es **disposición**. Por eso, no tenemos que hacerlo con esfuerzos nerviosos, con violencia, sino con ese ánimo quieto, pacífico y dispuesto, poner nuestra diligencia desconfiando en ella y poniendo nuestra confianza en la bondad misericordiosa del Señor, que tiene más deseos de comunicarse a nosotros, que nosotros de recibirlo. Pero notad al mismo tiempo, que el ejercicio espiritual no es una mera petición, sino que es una verdadera **disposición**. Por eso, los mismos Sacramentos no sustituyen el ejercicio espiritual. No lo pueden sustituir. El Sacramento de la Eucaristía nos da el germen de la vida ascética, pero hay que disponer el alma todavía para estas nuevas comunicaciones del Señor, de modo que vayamos progresando de día en día, de montaña en montaña, de unción en unción, hasta el encuentro supremo y definitivo con Cristo, que será para nosotros el comienzo de la eterna felicidad.

EL REY TEMPORAL

Vamos a comenzar la consideración de los misterios de la vida de Cristo; y vamos a empezar con la meditación del rey temporal, meditación fundamental y magnífica. A ver si lo entendemos bien y adquirimos la actitud que requiere esta meditación del rey temporal. Hacerla de verdad, no pensar solamente, sino obtener esa actitud.

Nos ponemos en la presencia del Señor en verdad, en espíritu y en verdad, abiertos a su acción, estar con Jesucristo de veras. Y así, en esa actitud de oración, le pedimos la gracia de la santidad, como siempre: que nos conceda al fin ese gran ideal de que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas a complacer a Jesucristo en todo, puramente ordenadas; no las ordenaremos nunca nosotros activamente; será obra de la gracia. Esa sí. La gracia es la que nos ordenará en último término, y nos dará así esplendor de la gloria del Verbo; el orden, la razón.

Para llegar a este ideal, nos queremos disponer, como hemos visto también en la plática de hoy; disponernos con diligencia, y nos disponemos haciendo en la presencia del Señor esta consideración del rey temporal. Yo nos encontramos con la figura de Cristo, persona amabilísima de Cristo.

¡Oh, hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.

¡Cristo! Verlo cómo camina por aquellos lugares de Palestina, visitando las sinagogas, las villas, los castillos, los pueblos, los valles, los montes de Palestina; siempre caminando a pie, sencillamente. Y pedirle la gracia que deseo; la gracia que no la obtenemos con nuestro esfuerzo. Es don de Él y es inútil que nos pongamos a crispar los nervios y a poner las manos en tensión. Tiene que venir de fuera, tiene que venir del Señor la gracia que deseamos; gracia grande. En último análisis es la santidad misma.

Dice así: "la gracia para que no sea sordo a su llamamiento, más presto y diligente para cumplir su santísima voluntad". Oír la voz de Dios y realizarla con presteza, con diligencia, es la santidad. El alma que habitualmente oye la voz de Dios y la realiza con presteza, el alma que es madura y santa. Pero aun cuando no lleguemos a eso habitual, que es la esencia del cristiano, por lo menos que en este momento de los Ejercicios tenga tales disposiciones que no sea sordo a su llamamiento.

En efecto, San Pedro en su primera carta dice a los cristianos: "Por lo cual, bien apercibido vuestro ánimo, **subcinti lumbos mentis vestre**, es decir, "ceñidos los lomos de vuestra mente", en esa disposición de presteza, "tened perfecta esperanza –con perfecta esperanza- en la gracia que se os ofrece para la manifestación de Cristo Jesús". De modo que son los tres elementos: con los lomos de la mente ceñidos, perfectamente sobrios, esperad, tened esperanza ardiente en la gracia de Cristo. Y dice después: "como hijos de obediencia"; de Cristo. El cristiano es hijo de obediencia de Cristo, está hecho para obedecer a Cristo, para agradar a Cristo. Ahora bien; para agradar a Cristo, que yo no sea sordo a su voz cuando me comunica su voluntad.

Y lo mismo dice también San Pedro en la primera carta, cuando admirándose de los cristianos que no habían visto a Jesucristo como él con los ojos de la carne, les dice: "A quien vosotros, sin haberle visto amáis, en quien ahora igualmente creéis aunque no lo veis, y creyendo os holgáis, os alegráis ya ahora con júbilo indecible y colmado de gloria". Es la felicidad, el amor a Cristo; ya desde ahora os holgáis.

Pues bien; hijos de obediencia somos por esencia; obediencia de Cristo cabeza. Y obedecer, la palabra obedecer viene del latín **obedece**, que significa **ob audire**: escuchar, oír. A veces se usa

también así en los términos y en las lenguas modernas: esta persona no me oye, no me escucha; quiere decir: no me obedece, no me hace caso. **Ob audire**. Pues bien; somos hijos de obediencia, de oír a Cristo, escuchar su voz y realizarla con diligencia, "presto y diligente para cumplir su santísima voluntad".

Una analogía entre estas expresiones de Pedro: "con los lomos ceñidos, perfectamente sobrios, esperad", la encontramos en el Antiguo Testamento en el pasaje del primer libro de los Reyes, cuando a Elías que estaba escondido en la gruta del monte Horeb, le dice el Señor: "Sal de la gruta, estate de pie en el monte, en la punta del monte, delante del Señor". Es la misma actitud, la actitud contemplativa de quien en todo momento está escuchando al Señor, atento a la voz del Señor y dispuesto a realizar lo que Él quiera: de pie, sobrio, esperando al Señor.

Pues esto, que al menos actualmente lo haga yo ahora; si no es habitual en mí –que sería el ideal de la vida religiosa, que está toda ordenada a esto: a escuchar la voz de Dios y a estar siempre prestos y diligentes en realizarla-, que al menos ahora, actualmente, yo no sea sordo a su llamamiento; llamamiento real, no ficticio; real. Ante la práctica, ante la llamada de Dios, ¡qué fácil es hacerse sordo!, qué fácil es… distrayéndonos a otra cosa… o haciéndonos los desentendidos… o interpretando las cosas conforme a razón prudente… -Eso, ¡puf! Una razón prudente… ¡qué disparate! Todo el mundo que lo supiera diría que es un disparate. Esto el mundo no lo puede entender. –Bueno. ¿Y si el Señor se lo pide? –Siempre atentos a escuchar. Es difícil.

San Francisco Javier, cuando tenía que ir a la isla del Moro, donde estaban aquellos antropófagos que se comían unos a otros y a los blancos que llegaban, y él tenía que predicar a Cristo, sentía un miedo espantoso y decía: "Tengo tal miedo, que hasta el latín del Evangelio se me oscurece, y no lo entiendo. Porque allí leo yo en el Evangelio que «quien ama su vida la perderá, y quien pierde su vida por mí, la ganará». Y… no lo entiendo, no lo entiendo". Y entonces reaccionando dice: "Pues si no me dejan andar con una barca, iré a nado, pero allá voy". Y cuando llegó se encontró con tantos consuelos en medio de tantos peligros que decía: "Estas no se debían llamar islas del Moro, sino las islas de confiar en Dios".

Y en el Evangelio tenemos en esto una página triste para el Señor, la página del joven rico del Evangelio. El Señor, que dominaba los mares, las enfermedades, la muerte, no llega a dominar aquella alma. Le ofrece que le siga, le llama, y aquel joven rico se hace sordo al llamamiento de Cristo; y se va triste porque tiene muchas posesiones. ¿Por qué ha permitido el Señor que esté ahí esa página para siempre, que es casi una vergüenza para Cristo? Pues porque esa página se repite constantemente en la historia, constantemente; de almas a quienes llama Cristo a la perfección, a la santidad heroica, y que se hacen sordas. Con razón decía el poeta:

Tengo miedo, Señor, de que me ames,
miedo de que me elijas por amigo;
tengo miedo de estar solo contigo,
miedo de que te vuelvas y me llames.
No te puedo seguir, aunque reclamas
mi amistad y mi amor como un mendigo,
que estoy enamorado y no consigo
romper este amorío cuando Tú clamas;
y es que es tan fuerte la atracción humana
que yo no puedo abandonar su encanto.
Tengo abierta al mundo una ventana,
y las voces que oigo atraen tanto…
que me da miedo el entender tu llana voz
de Maestro que me quiere santo.

Y es así. Nos hacemos sordos. –Pues pedir esta grande gracia. Dilatar el corazón; que se rompan todas las barreras; que realmente yo no sea sordo a su llamamiento, más presto y diligente en cumplir su santísima voluntad.

La meditación tiene una introducción; una parábola del rey temporal, que a algunos parece casi es como algo pasado de moda. Y sin embargo, me parece a mí que no se entiende la segunda parte sin la primera, y que no se puede sustituir. Quien quisiera sustituirlo por grandes ideales políticos y sociales, quiere decir que no ha entendido el reino de Cristo. Y eso es tan frecuente hoy día… hoy día en que más bien se le quiere comparar con el ideal de un partido político, o el ideal del comunismo, o el ideal del racismo. Ideales grandes, políticos, **eso no es el reino de Cristo.** Ahí está para muchos el defecto fundamental que después repercute en toda la vida, en todo el apostolado: como si fuera un partido político. No es eso.

Por eso, la primera imagen es muy buena, muy buena. –Es que ahora no se da eso tanto. –Pues puede ser que no; pero quizás se pudiese sustituir –yo no he hecho nunca la prueba de ponerme a ello en serio- con alguna otra imagen que salve las condiciones esenciales. Tratándose de religiosas y de mujeres, quizás la imagen del matrimonio; quizás. Pero con una imagen general, difícilmente otra distinta de ésta, del rey temporal. Y veréis por qué. La meditación del reino de Cristo no es más que **un voto de confianza a Jesucristo;** nada más. Antes de empezar a contemplarle, Él pide un voto de confianza, porque si no, es inútil que se ponga delante. Si cada vez que Él se va a poner delante, tú vas a criticar y vas a decir: si tiene razón, si es verdad, si hay que seguirlo, pues para eso… no vale la pena. Será una imitación de Cristo **a tu manera**, como tú quieres. Por eso, comienza con un voto de confianza, que es esto.

Por eso, esta primera parte es insustituible, y bien entendida da mucha luz para ver lo que es el reino de Cristo. Lo que se quiere insistir en la primera parte es que en el reino de Cristo no se trata de una empresa, o de un partido político que entusiasma, sino que se trata de una persona que me exige mi plena confianza personal. Eso es el reino de Cristo. Es la cooperación personal con Cristo. Por eso lo describe así en la parábola:

El **primer punto** es “poner delante de mí un rey humano, elegido de mano de Dios Nuestro Señor”, es decir, que me consta que lo ha elegido Dios Nuestro Señor; me consta a mí, lo sé. Él lo ha puesto. Por lo tanto, quiere decir que Él le asiste; quiere decir también que me merece plena confianza, que no se equivoca, que procede bajo inspiración divina. Por consiguiente, que en sus criterios es indiscutible, y nadie discute. Por eso dice: “a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los hombres cristianos”. Esto lo supone. De modo que, una persona concreta, pero puesta por Dios, que no se equivoca, que obra bajo inspiración divina, a quien de hecho nadie discute, hacen reverencia y obedecen todos los príncipes cristianos. Eso lo supone.

Segundo punto. Aquí viene una empresa; pero la característica de la empresa es la relación personal con esa persona; llevada por Él, con sus criterios. E invita, a los que invita, a que vayan con Él; no a que por propia iniciativa venzan a los enemigos en los diversos campos, no; sino le acompañan a Él personalmente. Esa es la invitación. Y este es el sentido del reino de Cristo.

Pues bien; dice así: 2º “Mirar cómo este rey habla a todos los suyos diciendo: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiera venir conmigo, **conmigo**, ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir”. No dice: ha de ser contento de luchar con todas sus fuerzas donde le toque, no; **como yo, conmigo**. “Asimismo ha de trabajar conmigo en el día y vigilar en la noche, porque así después tenga parte **conmigo** en la victoria como la ha tenido en los trabajos”. Ved la insistencia de ese **conmigo**, **con Cristo**, como será después en el reino de Cristo.

Tercero. “Considerar qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano, y por consiguiente, si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero”. ¡Pero hombre! Ante esa empresa… un hombre elegido por Dios, que obra bajo inspiración divina, que no falla, que no se equivoca… y tú, ¿no quieres acompañarle?, ¿no quieres ir con Él, participar de su vida?

Y de ahí viene la aplicación a la segunda parte. El reino de Cristo, la esencia íntima, el dinamismo íntimo del reino de Cristo, ¿en qué consiste? En la unión con Cristo, en la colaboración con Cristo. Ahí está todo: la colaboración con Cristo. El Señor nos llama a colaborar con Él. Y claro, -antes de entrar en la explicación, quiero indicaros esto-: colaborar significa una unión de trabajo; sí. Como Cristo opera con el Padre: "Mi Padre obra y Yo obro". La unión de trabajo: el Creador y la criatura, totalmente aplicados a un trabajo que produce gloria divina y salvación nuestra. Un trabajo que es todo divino y todo nuestro. Eso es la empresa de Cristo: Él con nosotros. Colaboración. Ahora bien, la colaboración no significa mera obediencia a los preceptos que se dan. El súbdito, el simple súbdito de una nación, no se puede decir que colabora con el Gobierno en la política, sino obedece. Colabora –y aquí está la explicación-, colabora el que es participante de la idea del principal agente, se la asimila y la realiza. Y aquí está la raíz de la obediencia apostólica, que es esencia de la colaboración con Cristo: asimilarse la idea de Cristo y realizarla. "Que yo no sea sordo a su llamamiento, más presto y diligente en cumplir su santísima voluntad". Ese es colaborador. Y cuanto más se compenetra de la idea de su jefe, y éste más le hace participante de ella, como Jesucristo a los Apóstoles a quienes dice: "Ya no os llamaré siervos, sino amigos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; en cambio, a vosotros os he manifestado todos mis planes, todas mis ideas apostólicas", tanto más colabora y participa en el reino de Cristo. Esta es la idea. Es la nueva alianza de Cristo con nosotros, el Nuevo Testamento del reino de Cristo. Eso que pedimos todos los días: **Adveniat regnum tuum**. "Venga a nosotros tu reino". Esto.

Vamos a ver, pues, esta segunda parte. El reino de Cristo.

La segunda parte consiste en aplicar el sobredicho ejemplo del rey temporal a Cristo Nuestro Señor; y lo primero, si de aquél decíamos un rey humano, elegido por mano de Dios Nuestro Señor, aquí, Jesucristo, elegido ciertamente por Dios. De verdad… Más. Es Hijo de Dios, es Dios, es infalible; y el Padre en aquella teofanía del monte Tabor, en la Transfiguración, les dirá a los Apóstoles: "Este es mi Hijo muy amado, escuchadle, haced todo lo que os diga". Es infalible en sus criterios, en sus normas apostólicas, en sus criterios de redención; es infalible; no puede equivocarse, es Dios mismo. Ahora, nosotros le damos ese voto de confianza a Cristo en este momento de los Ejercicios con sinceridad o no. Porque a Jesucristo nosotros le creemos en algunas cosas. Sí, Cuando nos habla de la Santísima Trinidad, le creemos: Padre, Hijo y Espíritu Santo; sí. Cuando nos habla de la inhabitación en el corazón humano, le creemos. Cuando nos habla de que Él se ha hecho hombre, le creemos. Pero cuando viene a los criterios prácticos… ya no nos fiamos tanto; ya nos parece que quizás Él estaba influenciado un poco por el ambiente de entonces… y aquello de hablar tanto de la pobreza y esas cosas, que era por un influjo un poco maniqueo de aquel tiempo… que ahora las cosas han cambiado ya… Cuando nos dice que para redimir al mundo hace falta la cruz y la oración… -¡Pues hombre! Hay que entenderlo, ¿verdad? Porque claro… en aquel tiempo, el Señor… pues no podía de una vez decir todo… pero en fin… ¡Y claro! Pues ahora oímos hablar de la excelencia del matrimonio… del valor teológico de las fuerzas sexuales… Y uno dice: Y en el Evangelio, ¿dónde está eso? -¡Ah! Es que todavía no se había descubierto… -Pues, ¿a qué ha venido el Señor entonces…? ¿A decirnos lo que le parecía así, para el tiempo? ¿Es eterno o no es eterno? ¿Por qué no insistimos en lo que insistía Cristo? Porque había muchos valores que no eran del tiempo, y Él insistió. La cruz no era del tiempo, y Él insistió en ella… Pues cuando llegamos al orden práctico, no nos fiamos de Cristo. Y esto hay que reconocerlo. Y aquí está la fuerza del rey temporal, aquí está. Me fío yo de Cristo… o no me fío de Cristo… Para mi trabajo apostólico, para mi santificación, ¿me fío de Cristo? –Y aquí está la expresión hermosísima de San Pedro de Alcántara, de aquel hombre hecho de raíces de árboles: "En la pobreza, como en todo lo demás, yo me fío de mi Señor Jesucristo". Ese es el orden: "como en todo lo demás". Y Él ha dicho que ése es el camino, y me fío, y basta. –Esto es difícil. Y esto es lo que se pretende ahora. Aun cuando a mí me parezca un disparate, si es el criterio de Cristo, lo acepto. Es Dios; y el Padre eterno me ha dicho: "Hacedle caso, escuchadle". Me lo enseña Él.

"Si tal vocación después consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración, ver a Cristo Nuestro Señor Rey eterno, y delante de Él todo el universo mundo, al cual y cada uno en particular" –uno a uno; esto es el reino de Cristo: uno a uno; todos, y uno a uno; universalidad y catolicismo; uno a uno- "llama y dice". De modo que ahora eso de verdad. No… ¡huy! ¡Qué bonito es esto! ¡Qué hermoso! No. Eso es de verdad. En este momento de los Ejercicios, Jesucristo, personaje real, el mismo que te ha arrancado del infierno… el mismo; el mismo que ha tenido una paciencia infinita contigo, que te ha amado tanto… que te ha perseguido tanto con sus gracias… al cual debes todo lo que tienes… que te podía haber castigado… que te podía haber eternamente condenado… y que te ha devuelto todas las cualidades y todas las facultades que tienes, y todo el cuerpo y el alma, y todo lo que tienes… en este momento, este Jesucristo te llama, te llama personalmente. "Que no sea sordo a su llamamiento". Y te dice, te invita a cooperar en el reino de Cristo. Te dice: "Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, si quieres venir conmigo, has de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me seguirás en la gloria". Palabras grandiosas: "Si quieres venir **conmigo**". Cooperar es: conmigo, ¿eh? Conmigo; si quieres venir conmigo. No dice: si quieres salvar muchas almas, si quieres… No. "Si quieres venir conmigo, conmigo". Aquí está el reino de Cristo: acompañar a Cristo. Si quieres venir conmigo significa: junto a mí; siempre estaremos juntos los dos, siempre. "Si quieres venir conmigo". Yo estaré junto a ti en el Tabernáculo, en el Sagrario siempre… en tu corazón siempre… te acompañaré siempre… Conmigo significa: con mi fuerza, porque yo te comunicaré mi fuerza, y en todo este trabajo de colaboración conmigo yo te daré la fuerza; tú no la tendrías para nada, para nada. Eres debilísima, mucho más de lo que tú crees; pero trabajarás conmigo. En todo, conmigo, yo estaré junto a ti. Yo te daré las fuerzas. –Conmigo significa: con mi ejemplo, con mis criterios, conmigo; no por cabeza tuya; conmigo. En todo, conmigo. Si quieres venir conmigo, has de trabajar conmigo, colaborar conmigo, con mis ideas, con mis criterios, con mi fuerza, con mi ejemplo, para que siguiéndome en la pena me sigas también en la gloria.

Tercer punto.- "Considerar que todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo". Notad que en el rey este, en la proximidad a él, en el venir conmigo, hay muchos grados. Vienen con Él los que están más o menos lejos, pero, junto a Él, alrededor de Él; y vienen con Él mucho más cerca los que participan de su misma intimidad, y mucho más íntimamente con Él vendría una persona, por ejemplo, que fuese esposa de ese rey; mucho más íntimamente. Y cuanto más íntimamente, más participa de ese **conmigo**, mucho más íntimamente.

Pues bien; "Todos los que tendrán juicio y razón, ofrecerán sus personas al trabajo", lo que haga falta: aquí estoy, a tu disposición; y esto lo mismo que sea una persona casada, como si es una persona que quiere consagrarse al Señor; todo el mundo. A tu disposición, para que hagas lo que quieras de mí.

Tercer punto.- Este punto es… saca de quicio. Este punto parece que sale por donde menos uno se esperaba. Y tanto, que muchos empiezan a dudar: pero, ¿qué fundamento teológico tiene esto? Esto no tiene ningún fundamento teológico. –Vamos a ver si lo tiene, y vamos a ver si es lógica la consecuencia.

"Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal", los que más querrán acercarse a Cristo, señalarse junto a Él, "no solamente ofrecerán sus personas al trabajo". Desde luego, haz de mí lo que quieras. "Sino aun haciendo contra su propia sensualidad" que se rebela y no quiere "y contra su amor carnal y mundano", que no quiere, que se resiste, "harán oblaciones de mayor estima y mayor momento diciendo". Y uno se imaginaría a éstos que quieren señalarse: Señor, yo quiero ir a primera línea, yo quiero combatir delante de los enemigos y correr todo el mundo, y pasar hambre, pasar lo que haga falta, a correr, a poder ser, como un avión ahora, por todas partes. Y se encuentra uno con esta oferta, sublime, pero que le deja a uno… como despistado. "¡Eterno Señor de todas las cosas!". Es Cristo, Jesucristo, el eterno Señor de todas las cosas. "Yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad y delante de vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero, y deseo, y es mi determinación deliberada, sólo lo que sea vuestro mayor servicio y

alabanza", solo que sea vuestra voluntad. Nunca da San Ignacio el paso por su cuenta, sino, si es voluntad tuya, si esto te dignas concedérmelo; pero yo quiero, y deseo, y es mi voluntad determinada, si es ésa tu voluntad, "de imitaros en pasar todas las injurias, y todo vituperio, y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado"; si es que tu santísima Majestad **se digna** recibirme en un puesto tan magnífico. Te dice: pasar injurias, pobreza, vituperio. No se entiende esto. –Y ahí viene enseguida el pensador teológico que vive la vida teológica de la gracia, y dice: Pues eso no tiene sentido; porque aquí lo importante es la caridad y no el pasar pobreza; la pobreza tanto cuanto, tanto cuanto. Lo importante es amar a Dios, amar a Dios. Y si la riqueza nos ayuda a amar a Dios, pues riqueza, y si nos… -Entonces, en qué quedamos. Entonces, ¿por qué San Ignacio hace voto de pobreza? Somos tontos; hay que hacer voto de usar de los bienes como nos ayuden, no de pobreza. Si eso es la caridad… tanto cuanto. Y el celibato, ¿no es tanto cuanto? Por lo tanto, no hacer voto de virginidad, sino hacer voto de tanto cuanto; me casaré cuanto me convenga. Y si en un determinado momento para el apostolado, me conviene casarme, pues dejo el celibato y me caso. ¿Ve usted cómo no se aplica la lógica? Aquí hay algo que falla. La pobreza es un medio. Distingo. También la castidad es un medio; pero a quien Dios ha llamado a pobreza tiene que vivir en pobreza; ya no es un mero medio para él, sino que el Señor lo ha escogido en un **modo de vida**, como el Señor mismo ha vivido en un modo de vida. –Aquí está el misterio, ¿veis? Y, ¿dónde está teológicamente esto? Por eso lo voy a explicar, y después lo repetiremos y lo entenderéis perfectamente.

La perfección consiste en la caridad; nada de eso de pobreza, vituperios… nada. Hoy día tendemos más bien a lo contrario: a ocupar los primeros puestos para gloria de Dios, porque hay que ocupar todo. Y no digo que no; los que van llamados por ese camino, bien hacen en ir; vayan, y es un verdadero camino; de acuerdo. Pero el Señor en el Evangelio no lo ha dicho nunca esto; eso es verdad también. Nunca le oiréis: ocupad los primeros puestos para glorificarme; nunca. No lo ha dicho. Pero es cierto que se puede, y conviene; no digo que no. ¿Cómo perfección? Eso ya es otra cuestión distinta. –Pero… a lo que voy. La perfección consiste en la caridad. ¿Qué significa esto? La caridad, ¿qué es? Un estar así: ¡Oh! ¡Oh! ¡Caridad! ¡Caridad! -¡Qué caridad…! **Caridad es matarse por Cristo**. ¡Claro…! Mucha caridad, pero que me traten bien, y un buen sillón… y todo en deliquios de amor. Sí; y los demás que se maten. Y yo entre tanto, pues… la caridad… ¡Oh! ¡Es tan hermoso amar al Señor! ¡Oh! ¡Oh! ¡La caridad…! –Eso no es caridad. Cuando el Señor dice que la perfección consiste en el amor, se entiende en el amor de verdad, en un amor que es un amor ardiente; cierto, cierto; no un amor de **puras** obras, de unas obras hechas con frialdad, no. Se trata de **enamorarse** de Cristo, enamorarse de Cristo. Y esa es la verdadera perfección; y por eso, si Jesucristo no se hubiese encarnado, nunca nos hubiésemos enamorado de Dios, porque Dios para nosotros está demasiado lejos; y jamás hubiésemos podido pensar que podíamos entrar en una relación de enamoramiento con Dios, si Él no se hubiese hecho hombre y no se hubiese dado a nosotros; y no nos hubiese inspirado esa amabilidad y esa benignidad de Cristo. Pero desde que Él se ha manifestado como caridad, como amabilidad, entonces requiere de nosotros una respuesta de enamoramiento.

Ahora bien; cuando existe verdadero amor de enamoramiento –y aquí está el rey temporal-, cuando existe verdadero amor de enamoramiento, el alma enamorada no puede menos de desear vivir la misma vida de la persona que ama. Y si no, no está enamorada, Ahí no caben cuentos. Y claro, este caso de enamoramiento se da pocas veces en la vida. Se suele dar entre esposos, se suele dar muchas veces entre soldados y sus jefes, sobre todo antes; un soldado como los que llevaba Napoleón consigo, que se caracteriza por eso: con tal de ir con este jefe, a cualquier lado, no me importa; a cualquier frente y a cualquier batalla con tal de ir con él. Ese es el hombre enamorado.

Pues bien; donde hay enamoramiento de verdad, que son estos dos casos –vamos a poner los dos-, entonces la persona enamorada no puede menos de desear participar del mismo estado de vida de aquella persona a quien ama.

Suponed el caso de una esposa que tiene a su esposo en la cárcel, o en un campo de concentración. Si esta persona, si esta esposa está verdaderamente enamorada, no puede menos de

desear participar de la vida misma de su esposo, no puede menos. Y si dice que no lo siente, que no lo desea, pues ya manifiesta claramente que no está enamorada, que no es un amor muy grande. Y esto, ¿por qué?, ¿por raciocinio? No, por necesidad de amor. Porque, enamorada como está, no puede vivir si no participando de la vida de la persona amada. –Y lo mismo pasa con un jefe. Tiene que participar del modo de vivir de su jefe. –Y si a aquella esposa, su esposo le da la orden de no venir y de vivir cómodamente, aquella esposa tiene que obedecer, porque es esposa, pero obedecerá de mala gana, y esto no disgusta a su esposo; porque el esposo quiere que le obedezca, pero quiere también que le ame su esposa; y eso le gusta mucho: que le ame su esposa, y que lo haga así de mala gana, y que esté deseando de ir a vivir con él. –Y lo mismo pasa con el soldado. Si ese jefe suyo en una batalla se lanza a pecho descubierto a la batalla, este soldado desea lanzarse como él; y si es que su jefe le da la orden de retirarse y de cubrirse, él tendrá que cubrirse, pero de mala gana, porque no puede soportar estar él cubierto cuando su jefe está descubierto. De modo que, donde hay verdadero enamoramiento –esto suelen llamar los santos amor de veras a Cristo-, enamoramiento de Cristo, no hay más que desear sino participar de su misma vida, de la vida que Él ha llevado; no de este particular material, sino del **tono de vida**. Si el jefe camina por la batalla, a pecho descubierto, él a su lado; no porque ponga el pie en el mismo sitio. Y si le han herido, querría que le hubiesen herido también a él; no porque le hieran en el mismo sitio, sino por la realidad de conjunto; como él. El mismo tono de vida.

Pues bien; esto mismo nos pasa con Jesucristo. Jesucristo ha venido como Rey escogido por Dios, Hijo de Dios, y se nos ha puesto delante como ejemplo, como dice la carta a los hebreos: "como nuestro jefe de fila, en la fe, que camina delante de nosotros". Y ha venido para pasar el valle de este mundo y después conducirnos por la otra parte a la Jerusalén celeste. Como Moisés atravesó el Mar Rojo al frente de sus hombres, del pueblo de Israel, camina también el Señor delante de su pueblo, de los cristianos.

Y este Jesucristo tiene a su alrededor sus amigos íntimos, los Apóstoles, que han convivido con Él. Y los Apóstoles no podían desear otro tipo de vida sino el de Cristo; no podían pensar en otra cosa, no podían desear vivir de otra manera sino como Cristo mismo vivía. Y por eso, una respuesta del mismo tipo, con la que nos encontramos aquí, que parece que se desvía, les pasó a ellos cuando la madre de los hijos del Zebedeo le dijo al Señor: "Señor, mandad que estos se sienten el uno a la derecha y el otro a la izquierda en el reino de los cielos". Y Jesucristo les dice: "No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?" Ahí está la participación. –Y lo mismo le pasará a San Pablo. Cuando se glorían otros y le quieren difamar a él, en la carta a los Corintios le dice: ¿Son hebreos? Yo también lo soy. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son del linaje de Abraham? También lo soy yo. ¿Son ministros de Cristo? Diré que yo lo soy más que ellos; en muchísimos trabajos; más en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente". Ahí está el cáliz de Cristo. Eso es ser ministro de Cristo: "Más yo, porque he tenido más trabajos y más persecuciones y más cárceles". Hoy le diríamos: Todo eso no vale… vale el amor; más amor. –Pues, ¿dónde está el amor sino en la práctica? Y no nos hagamos **merengues**… que nos hacemos merengues.

Pues bien; los Apóstoles tenían que seguirle así; no tenían más remedio. Jesucristo les llama a que estén con Él y participen de su vida en todo; y todos ellos mueren mártires, menos San Juan, según parece. De modo que era obvio.

Cuando nosotros, a través de los tiempos, llegamos a pasar el valle de este mundo, ese camino iniciado por Cristo continúa caminando, caminando, caminando; pero nuestra relación con Cristo es la misma que los Apóstoles. También nosotros podemos enamorarnos de Cristo, y lo propio del alma enamorada de Cristo es que yo quiero pasar el valle de este mundo como lo ha pasado él; porque me parece que es la mayor vocación que Él me puede dar: vivir como Él ha vivido. Porque si hubiese habido otro medio más eficaz que éste para realizar la obra de Cristo, Jesucristo la hubiese escogido. Él ha escogido este camino, a mí no me toca más; quiero ir como Él. Y si el Señor me escoge para ello, será el mayor regalo que me puede hacer; "serán los que más se señalen en el servicio de Dios los que participen de su misma vida". Por eso Él ha dicho: "Trabajar

conmigo… conmigo… para que participando de mis trabajos, participes también de mi gloria". De modo que es teológicamente exacto, exacto. Lo que hace falta es **hacerlo**; y menos pensar, y menos problematizar, y más amar de veras, y seguir hasta el fondo a Cristo. Ahí está todo.

Ahora lo entendéis perfectamente este tercer punto. Y voy a repetir. Y con esto terminamos: "Los que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo de cualquier modo, mas aun haciendo contra su propia sensualidad –que le cuesta. También a la esposa le cuesta ir al campo de concentración, y también al soldado le cuesta luchar como su jefe- y contra su propio amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento diciendo". Y esto es ya un abrir del todo el corazón al Señor. Que no sea sordo a su llamamiento. No determino nada; sólo es una **disponibilidad absoluta**, pero una disponibilidad **inclinándome** a lo que más cuesta a la carne, a lo más costoso; **inclinándome**, y pidiéndole que si Él quiere, me escoja; porque la voluntad en último término, la norma de mi acción, es la voluntad suya; que Él me escoja. ¡Y es un don tan grande el que el Señor escoja para una vida así…!

"Eterno Señor de todas las cosas. Yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad y delante vuestra Madre gloriosa, y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo ***quiero y deseo y es mi determinación deliberada****, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas las injurias y todo vituperio, y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado".*

La Encarnación

Vamos a meditar en la Encarnación del Verbo.

Pongámonos en la presencia del Señor, abriendo nuestro corazón a la acción divina, como hemos indicado ya tantas veces, sin cansarnos nunca de ello; porque es importante adquirir esta actitud de oración: el corazón abierto al Señor siempre. Y así abiertos a Él le pedimos la gracia de nuestra santidad, del ideal del primer día de Ejercicios: que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones, **en todo**, sean ordenadas, por su gracia, **puramente** a agradar a Cristo; en todo, hasta que sea ésta como la sustancia de nuestra vida: agradar a Cristo. Y para disponernos a esta gracia, entremos en esta contemplación. Y entramos sin dejar nada de lo que ha pasado hasta ahora, con la actitud con que hemos terminado la meditación precedente. Nos hemos ofrecido a seguir a Cristo de cerca, hemos hecho nuestra oblación, de veras, sin artificios, con sinceridad: "que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada de imitaros en pasar todas injurias, todo vituperio y toda pobreza, si Vuestra Santísima Majestad me quiere elegir en tal estado de vida". Así nos hemos ofrecido y así lo repetimos ahora al comienzo de la oración, de modo que esa abertura nuestra hacia Dios sea cada vez más dilatada. **Dilatantur spacia caritatis.** Cada vez más tiene que desarrollarse en nosotros el espacio de la caridad.

Y ante este ofrecimiento nuestro, ante esa disposición abierta de desear imitarle, Él mismo, Jesús, se pone delante de nosotros para que nos fijemos en Él: "Has dicho que quieres venir conmigo, pues mira cómo procedo yo; mírame"; **para que le conozcamos íntimamente**.

¿Qué cosa significa conocerle íntimamente? Conocer íntimamente una persona no es verla en cuanto a su rostro con los ojos del cuerpo. Conocemos muchas personas con los ojos del cuerpo y no les conocemos internamente. Si conocer una persona fuera eso: conocer su rostro, decía San Agustín: "Yo no me conocería a mí mismo, porque no tengo medios". Ellos no tenían los medios modernos de ahora y tenían una idea muy vaga; se miraban en espejos hechos de metal bruñido. Y dice: "pues entonces, yo no me conocía a mí mismo, y sin embargo me conozco; y a muchos otros que veo en la cara, no los conozco internamente". Conocer a una persona es conocer lo que piensa esa persona, conocer lo que le gusta… sus criterios… Todo eso es conocer la persona. Y así solemos decir: "Mira, esto no se lo ofrezcas porque no le gusta. Lo conozco muy bien; eso no le gusta. Esto otro, sí, le hará gracia; lo conozco bien, y esto le gustará". Eso es conocer una persona.

Pues bien; el Señor se pone Él mismo delante de nuestros ojos para que le conozcamos, porque tenemos que ir con Él, con Él. Fijar, pues, nuestra mirada en Él para conocerlo, y conociéndolo, nos enamoremos de Él. Como decía el mismo San Agustín: "He aquí que el mismo Esposo se presenta a vuestros ojos; miradle, y si hay algo en Él que no os guste, no le améis". ES todo amabilidad. "¡Oh hermosura que excedéis a todas las hermosuras!". Contemplarlo, fijar nuestros ojos en Cristo con insistente amor, con deseo de penetrar en su interior, de comunicar con Él nuestra intimidad y nuestra amistad. Como decía San Juan de la Cruz:

> Apaga mis enojos,
> pues que ninguno basta a deshacellos
> y véante mis ojos,
> pues eres lumbre de ellos,
> y sólo para Ti quiero tenellos.

Sólo para Ti, para contentar al Señor.

Y así, hacer esta oración de suave contemplación, en esa actitud de "olvido de lo creado, memoria del Creador, atención y **estarse** amando al Amado"; **estarse.**

Así llenaremos nuestro corazón del amor de Cristo. Es importante; nuestro corazón tiene que estar lleno. Si no está lleno del amor de Cristo, es peligroso; tenderá a otros amores creados.

Y contemplamos de esta manera el primer paso de Cristo, su Encarnación, para conocerlo, enamorarnos de Él e imitarlo, según lo que Él quiera de nosotros, según lo que Él quiera comunicarnos de su misma vida.

Primer escenario: el mundo.- El mundo no lo imaginéis un mundo así, de siglos pasados; no, no. El mundo de ahora, el mundo que necesita la redención de Cristo –como es el nuestro-, en cuanto no está dominado por Cristo. Hablamos del mundo actual, de nuestras tierras, países de misión… todas esas cosas, eso es el mundo que necesita la redención de Cristo. Y eso es lo primero que vamos a considerar: el mundo antes de la redención. Dios no se muda. Y por eso yo puedo hacerme presente a aquel momento así: Él veía en aquel momento toda la realidad que necesitaba de la redención, y es la misma realidad que yo palpo: En las niñas tienes que educar, en el ambiente que tenemos que mejorar, que reformar, todo esto. Esto es el mundo.

Sentir vacío el mundo.

En este momento, en el mundo, ¿quién piensa en ti? Nadie, nadie. No somos importantes para el mundo. Cuando estamos en medio del mundo, sí le interesa, porque es egoísta y puede sacar ventaja de nosotros. Y entra uno en un hotel, y parece que todo el mundo se desvive por uno. Apenas deja el hotel y ha pagado… ya todo lo demás no interesa nada. Ya desaparece. No somos nada en el mundo.

Y sentir este vacío, que eso es hacer contemplación: sentir vacío del mundo en este momento.

Y contemplarlo así, con ojos serenos. ¿Qué es el mundo –siempre prescindiendo de Cristo ahora, sin Cristo-, qué es ese mundo? Conocerlo íntimamente es conocer lo que piensa. Y, ¿qué piensa el mundo? No podemos penetrar en sus pensamientos sino a través de sus conversaciones. Sorprended cualquier conversación de este mundo, sin Cristo. Y, ¿qué hablan? Pues hablan de diversiones, hablan de planes, de excursiones, de placeres, de pecado, de economía, de todas esas cosas materiales. Dios no interesa nada a este mundo; nada, nada, nada, nada. Más; llega a pensar que puede ser perfectamente bueno sin Dios. No necesita. Porque todo está en hacer bien al prójimo… Ese es el mundo. Si menciona a Dios, ordinariamente es para blasfemar de Él, para despreciarle, para decir que no tiene lugar en nuestro mundo. Eso es el mundo. Eso piensa el mundo.

Y por otra parte, contemplad el **sin sentido** del mundo. Este mundo que nosotros tenemos ante los ojos, pues son gente que hace treinta años estaba naciendo; ha llegado a la madurez, se han casado, comienzan a tener hijos, envejecen, los hijos crecen, después se casan, mueren, y así todo; una cosa detrás de otra. Eso es el mundo. Es esa materialidad.

Sentir ese vacío, esa pequeñez del mundo.

Y si eso lo sentimos nosotros, ¿qué cosa sentirá Dios? Porque esos hombres que están en el mundo de hoy con tanta prisa, siempre corriendo, siempre deprisa, a comprar por aquí y por allá… los ve uno por la calle y nunca van con paz, sino siempre tienen algo que hacer urgente. ¿Qué hacen? Pues… -Estoy hablando fuera de la redención de Cristo- pues… van caminando hacia el infierno; pecando, por el camino del pecado. Como decía San Pablo: "hombres sin afecto, sin Cristo", que han perturbado el orden de la naturaleza y se glorían de hacerlo perturbado, porque ya dicen que Dios ha creado el cuerpo para el placer. Dice: Así como el alimento para el estómago, el placer es para el cuerpo. –Ese es el mundo; sentirlo así. Es el mundo que yo tengo que redimir también, el mundo que a mí se me presenta para santificar, ése: el de los jóvenes de hoy, el de las jóvenes de hoy, ese mundo… que es de un vacío inmenso. –Pero, es que siendo así son felices… -Vacío. Y vacío enorme.

Y **segundo escenario**: ¿Cuál es la reacción de Dios ante ese mundo que va camino del infierno; que va con un sentido materialista, existencialista y desesperado? ¿Cuál es la reacción de Dios, la de entonces y la de siempre? Dios no se muda. Ese mundo visto desde los ojos de Dios es nada. Si sintiésemos esto un poco… Si la tierra vista desde un avión a una grande altura, las grandes ciudades parecen un hormiguero, donde un hombre no significa nada, nada… desaparece, total no se ve, no se ve… ¿qué será la tierra vista desde la Majestad de Dios? Un granito de arena

insignificante, nada, poquísimo. Y dentro de esa tierra y de ese grano de arena están los hombres como microbios infinitesimales, que están caminando y disputándose un trocito de ese granito de arena. Eso es lo que ve Dios.

Contemplarlo así. Que es verdad. Porque por mucha dignidad que nosotros tengamos, junto a Dios, ¿qué somos? Un granito insignificante. Pues bien; esos microbios infinitesimales, que son los hombres, esos microbios se rebelan contra Dios, y creen que ya no necesitan de dios; que como cuando hicieron la torre de Babel, también ahora, que con estos medios modernos, y estos cohetes… que pueden ya prescindir de Dios, porque han dado una vuelta a la corteza de la tierra, a 180 kilómetros, y no han encontrado a Dios. Es indignante, ¿verdad? Y parece que la reacción de Dios debía ser la que nos pasa a nosotros muchas veces: "Pues ahí se las arreglen todos; suprimirlos y se ha acabado". Pues no; Dios no reacciona así.

Conocer el Corazón de Dios para reaccionar nosotros como Él. La reacción de Dios, contemplando todo ese vaho que viene de ese mínimo microscópico mundo, vaho de blasfemias, de pecados… la reacción de Dios es: "Hagamos redención del género humano", lo vamos a redimir. Es maravilloso. **Quoniam ipse prior dilexit nos**. "Él, primero nos amó". Cuando éramos pecadores, Él nos amó. Él fue el primero en venir a nuestro encuentro. "Hagamos redención del género humano". Y podemos contemplar así la Santísima Trinidad de un modo antropomórfico, como celebrando un consejo: ¿Cómo redimir al género humano? Y ahí intervienen los atributos divinos. Y uno de los modos de redimir al género humano era perdonarle; ya que no lo suprimía porque tenía misericordia, perdonarle. Pero la bondad divina y la sabiduría divina indican que es un modo que humilla demasiado al hombre; porque el Señor respeta al hombre mismo. Es tan delicado siempre respecto de sus criaturas… Le humillaría demasiado. Vamos a encontrar un modo que le de la posibilidad de **redimirse**. Y entonces, la sabiduría divina encuentra, escoge el medio de hacerlo. Y la segunda persona, el Verbo de Dios, se ofrece: Yo me haré hombre, yo me haré hombre. –Es lo increíble, increíble. –Cuando uno ve por la tierra esas hormiguitas pequeñitas que van por ahí, y piensa uno: Pues de mí a esa hormiga hay menos distancia que de Dios a mí… y que yo pudiese redimir a esas hormiguitas haciéndome hormiga… es increíble. Es el plan divino. –Esta meditación es la clave de todas las normas de vida espiritual y de vida apostólica. El que entiende esto, va derecho; el que no lo entiende, no irá nunca derecho. Es increíble. "Yo me haré hombre, me haré uno de ellos. Esos microbios que están ahí… yo me haré uno de ellos. Y haciéndome uno de ellos, moriré por ellos, moriré por ellos. Hasta la muerte, y ofreceré mi vida en holocausto; y eso será la reparación de esos hombres; y ellos se unirán a Mí formando un cuerpo místico, porque yo les comunicaré la gracia y les haré hijos de Dios, y así unidos en Mí, ellos ofrecerán también su propia satisfacción unida a la mía, teniendo su valor de la mía, y así, todos participarán de nuestra vida divina". -¡Qué grandioso el plan de Dios! Pero, ¡qué distinto del nuestro!, ¡qué distinto del nuestro!

Y se decide la Encarnación. **Verbum caro factum est.** "El Verbo se hizo carne". El misterio de Cristo escondido de todos los siglos. "Se anonadó a sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Y eso por amor a nosotros. Pensar que Dios amó al ingrato, amó al que le ofendía, y en fuerza de su amor, da un salto inmenso, el salto de Dios a nuestro barro en alas del amor. "Saltó como un gigante a correr su carrera", y es tan grande, tan inmenso, que esta inmensidad que nos separa de Él la salta en fuerza del amor como si fuera nada. Por amor a nosotros. Porque Él primero nos amó. Su corazón late en amor infinito al Padre, y en fuerza de ese amor me ama, me ama… y acepta todo el plan de la redención, plan de humillaciones y de desprecios, y encarnándose dice: "Dios mío, **quiero**, lo quiero, es mi determinación deliberada, hasta la muerte, para salvar a los hombres". Es increíble. Hasta los ángeles se asombran de tanto amor a Dios. Si cuando Jesucristo lloraba en la tumba de Lázaro, los que estaban presentes decían: "Mira cómo me ama", cuando ven al Verbo de Dios dar este salto hasta la naturaleza humana, los ángeles exclaman: "Mira cómo les ama, cómo les ama. Sólo el amor explica esto: hacerse una hormiguita. Tanto, que creen algunos que éste fue el pecado de los ángeles: el no querer servir al Hombre-Dios. Y así lo describe el poeta inglés Jockin en unos apuntes que tienen sobre los Ejercicios. Pinta con gran vigor cómo el Verbo de Dios sale engalanado del cielo, acompañado de toda su corte de los ángeles, maravillosa,

porque va a celebrar sus bodas; y le acompañan todas las cortes angélicas. Y caminando, se desvía un poco del camino, y entra en una barraca, pobre, destartalada, y allí encuentra una joven sucia, fea; y va a desposarla. Y al ver esto los ángeles, algunos de ellos, se retiran: **Non serviam**. "Yo no puedo ponerme a servir a ése". –Son los ángeles malos, los ángeles rebeldes, que no quieren humillarse a servir al Hombre-Dios que desposa la naturaleza humana. –Eso para que yo me gloríe tanto de mi personalidad. Pensar que los ángeles, quizás fueron rebeldes por no querer servir al Hijo de Dios hecho hombre, ¡cuánto menos a mí!

Pues bien; aprendamos esto: Hagamos redención del género humano. Eso mismo que yo digo. Y aquí viene el contraste, aquí está todo. Nuestra mentalidad no es la de Dios. Uno de los dos tiene razón. Los dos no podemos tenerla. Fijaos. Cuántas veces nosotros, ante el mundo que necesita de redención, ante las jóvenes, ante las chicas, universitarias, alumnas, el mundo nuestro de hoy, decimos: "Hagamos redención de este género humano". También nosotros, como la Santísima Trinidad. Y al escoger los medios, en el fondo –digámoslo con sinceridad-, creemos que la culpa de que no todos sean santos, de que no todo el mundo sea cristiano y católico, la tiene Dios; la culpa la tiene Dios. Porque si nosotros fuéramos Dios, ya estaría remediado todo esto. Lo pensamos. Cuántas veces decimos: Si tuviera los medios de los comunistas, de tanta gente… si pudiéramos construir los colegios que ellos pueden construir… si tuviéramos los medios de propaganda que ellos tienen… si tuviéramos dinero… -Pues, eso qué es, sino decir que, si fuéramos Dios, todo estaría remediado. Es eso. Aquí están poscriterio. Si yo fuera Dios… Nosotros para redimir al mundo quisiéramos hacernos Dios o ser Dios. Y Dios para redimir al mundo se hace Hombre con todas las limitaciones humanas. ¿Veis? Dos polos opuestos. O uno tiene razón o el otro la tiene. Y nosotros muchas veces en nuestro apostolado nos quejamos de que, "claro, no nos dejan desarrollar nuestras facultades… la obediencia nos lo impide… todo son trabas… no acaban de entender… no nos dejan en paz… la libertad… eso es lo que nos daría más fuerza…". Y el Verbo para hacer la redención del género humano se hace obediente hasta la muerte y muerte de cruz. No vamos por el mismo camino. Aquí está la clave de todo ¿eh?, de todo: en el primer paso del Hijo de Dios. "Se anonadó a Sí mismo hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz". Y dirá San Pablo con energía grande: "La sabiduría de este mundo es estupidez ante Dios. Nosotros predicamos a Cristo crucificado, porque lo que es necio de Dios es más sabio que todos los hombres". Y aquí está todo.

¿Has dado el voto de confianza a Cristo? ¿Te fías de Cristo? Conócele, conócele. Conocerle íntimamente para enamorarte de Él e imitarle. Seguirle de cerca, si es que te quiere escoger debajo de su bandera.

Es el gran misterio: el salto del cielo a la tierra en alas del amor. El hacerse hombre con todas las limitaciones humanas.

Y realiza la Encarnación. Veamos el misterio de la Anunciación, que es tan delicado y hermoso.

El Verbo busca una Madre. –Aprendamos también aquí a conocer a Jesucristo. –Busca una Madre, la puede escoger… Si yo tuviese que escoger, ¿cómo la escogería?

Pues bien; no busca **valores humanos**, no los busca. No busca ni grande cultura –que la Virgen no la tenía-, ni grandes riquezas, -que no las tenía tampoco-, porque ante el Verbo no vale el oro, ni el lujo, ni el placer… Y ni siquiera busca a una Magdalena convertida; tampoco. Busca y se prepara Él, una virgen: la Virgen María, la Inmaculada.

El ángel enviado por el Señor va a buscarla a un pueblecito insignificante. Allí no es ni Roma, ni Atenas, ni Jerusalén… sino un pueblecito que no aparece en la Biblia: Nazaret; pueblecito de 400 ó 500 habitantes, pequeñísimo, en las montañas, donde nosotros no iríamos ni siquiera a pasar las vacaciones: ni siquiera a eso. Porque allí no hay teléfono, no hay radio, no hay televisión, no hay luz eléctrica, no hay agua corriente… Allí no hay nada. No hay cama… duermen en el suelo… Y va allí, va allí… -Es que era por su tiempo. -¡Qué su tiempo! Como si no pudiese escoger otro tiempo. Podía haber escogido otro tiempo. Y además que en aquel tiempo en Roma se vivía pero que muy bien, muy bien, como no se vive ahora. Muy bien. En Roma, en aquel tiempo, en las grandes termas se bañaban en agua de mar. Hoy día no se bañan. Si no va usted al mar, no hay agua de mar.

Entonces, la traían del mar para poderse bañar cómodamente con agua de mar en las termas. De modo que, si hubiese querido pasarlo bien, lo podía. Como ahora; ahora hay sitios donde no hay teléfono, y no hay radio, y no hay televisión, y no hay luz, y no hay agua corriente. Lo que pasa es que nadie quiere ir… nadie quiere ir. Y si a uno lo mandan allí es la gran cruz. ¿Cómo se puede pasar sin nada de eso? Las misiones… Así me decía un negrito una vez que estaba hablando conmigo. ¡Más bueno…! Es del Congo. Y… llamaron por teléfono; voy a coger el teléfono, y me dice sonriendo: Allí no tenemos eso, allí no tenemos…

Pues bien; ahí, ver los gustos de Dios. Él ha escogido eso; en absoluto yo también puedo escoger un sitio así, o me pueden mandar a él por lo menos; eso es indudable. Él lo ha escogido. En aquel tiempo y ahora, ha escogido un sitio donde no tiene ninguna comodidad. No hay valores terrestres. Y sin embargo, Él ha escogido ese sitio. Y va allí a buscar precisamente un corazón, que es el de la Virgen. Y allí sí; eso se la ha preparado Él, eso se lo ha preparado Él.

Vamos a penetrar un poco en el Corazón de la Virgen para ver después este coloquio del Ángel, o del Señor con María.

La Inmaculada.- Tendría entonces, pues unos 16 años de edad. Santidad grande, pureza; muy pobre, desposada con un carpintero, es decir, con un agricultor como todos los demás, con un campesino; que el pueblo de 400 habitantes no existe el carpintero que no haga más que el carpintero, sino es uno de los campesinos que se arregla para remediar todas las cuestiones de carpintería en los ratos libres, porque es el carpintero; pero él tiene sus campos. No, no creer que era un oficio así cualificado, sólo carpintería; no. Es un campesino que hacía también de carpintero, de constructor. –Desposada con éste, en una aldeíta desconocida, totalmente desconocida; pero dentro, cuántos tesoros hay en esa joven, en esa Virgen María.

Fijémonos un poco el Ella para enamorarnos también de Ella.

La imagen de María, nuestra Madre, es verdaderamente maravillosa, maravillosa; y nos tiene que cautivar, porque tiene que ser el modelo de nuestra consagración a Cristo.

La Virgen, desde el primer momento de su concepción, era predilecta de Dios. Hay algunos que hoy día casi encuentran dificultad en esto, y casi no acaban de comprender cómo la Virgen pudo venir al concepto de virginidad; como si tuviese que proceder según la psicología de todas las aldeanas de su tiempo. Y no, no hay que pensar así. La gracia tiene su psicología. Indudablemente lo podemos experimentar muchas veces. Cuando un alma se vuelve hacia Dios de veras, muy fácilmente, muy frecuentemente brota el ella un deseo de consagración total y exclusiva al Señor, aun cuando no haya oído hablar explícitamente de virginidad; pero es algo que lleva consigo esa gracia que el Señor concede. Pues bien; si eso hace en nosotros la gracia tan medida que tenemos, tan poquita, ¿qué haría en la Virgen la gracia de su Inmaculada Concepción? Ella que era predilecta de Dios… Si nos dicen los teólogos que María tenía ya en su concepción más gracia que los santos más grandes al fin del tiempo de su vida… No tenemos que medir la psicología de la Virgen con un alma que no está siquiera en gracia de Dios, sino tenemos que medirla por la psicología de los grandes santos al fin de su vida.

Pues bien; si queremos comprender un poco esta virginidad de María, esa su consagración total al Señor, tenemos que partir siempre de este punto: La Virgen, según muchos Padres, tiene como razón única de su existencia el ser Madre de Cristo. De modo que el Verbo no escogió su Madre entre las posibles mujeres, no; sino que la posibilidad de la Virgen estaba vinculada a su maternidad. Si no, no hubiera existido; sólo para ser Madre de Dios. La posibilidad de María estaba ordenada a la Encarnación, según muchos Padres.

Pues bien; la Virgen, destinada a ser Madre de Dios, desde el instante de su concepción era objeto, de parte de Dios, de un amor de predilección que nosotros no podemos ni siquiera imaginar. Dios la contemplaba con amor, con predilección; y alrededor de ella formaba una especie de cerco amoroso que le hacía penetrar sensiblemente la profundidad y la delicadeza de su amor. Y Ella sentía esa predilección de Dios; no por predilección respecto de los demás; sentía este amor delicado de Dios hacia Ella; y como era un alma creada inmaculada, sin complicaciones, sin reservas, tendía a Dios con toda la sublimidad y la sencillez de su tendencia total, sin reserva. A

Ella le parecía lo más natural del mundo el amar a Dios como Ella lo amaba, con un amor total y exclusivo. Amaba tanto a Dios…, del cual sentía como una infiltración de sentimiento amoroso, como del amor celoso de su Dios.

La mayor parte de las vírgenes cristianas entienden perfectamente lo que significa esta infiltración amorosa de Dios con solo echar una mirada sobre sí mismas. Porque aún ahora, Dios lo hace así muchas veces. Hay muchas almas que ha escogido desde pequeñas con amor. Y es celoso de que el corazón de esas jóvenes no sea para ningún otro nunca, sino sea sólo para Él. Y eso a pesar de que muchas veces nosotros mismos no las cuidamos, y a veces nosotros mismos somos ocasión de que no conserven ese amor total y exclusivo con motivos muy falsos, con educación equivocada, porque dice que tienen que ser normales… que tienen que amar también las criaturas, etc., etc.

Pues bien; esta preparación del corazón que el Señor ejercita muchas veces en muchas vírgenes, aún hoy día, la llevó a cabo en la Virgen Santísima en un grado que podíamos decir infinito. Y así Ella se sentía toda atraída a Dios con una atracción sencilla. Amaba tanto a Dios que ni siquiera reflexionaba en si amaba a Dios; porque el reflexionar sobre el amor quita siempre algo a la intensidad del amor. Y así una madre, una madre genuina, no duda nunca en si ama o no ama a su hijo, no piensa en ello. Ama sin reflexionar. Si reflexionase perdería algo de la intensidad del amor. A Ella le parecía tan natural ser toda de Dios… Lo más obvio… No es que creyese que era pecado amar a otra persona, pero comprendía que era una infidelidad a aquella delicadeza de amor que le mostraba Dios. Y así, como una azucena abierta hacia Dios se ofrece la Virgen durante toda su vida; con sencillez, sin compararse con nadie.

Estamos aquí en el centro de la virginidad. Ese es el estado interior de la virginidad, que se entrega a sólo Dios, sólo Dios. La virginidad no está tanto en la parte física del hombre, no está tanto; -también esto interviene-; no está ahí su raíz. Ni está en el mero pudor infantil de una niña con su actitud de reserva, con su actitud más centrada en sí misma. Lo esencial de la virginidad está en el corazón abierto a sólo Dios. Ahí está: Sólo Dios. Y si el corazón está sólo para Dios, lo demás será una consecuencia, se lo arrastrará consigo, llevará toda su persona en el vuelo de amor hacia sólo Dios. La virginidad es la del corazón. Sólo Dios, sólo Dios. Eso está escrito sobre el corazón de una virgen: sólo Dios, sólo Jesús.

Y el Señor puede pedir a un alma un tal grado de virginidad positiva –no en el aspecto de pecado, sino en el de virginidad positiva-, que aun el quedarse y detenerse un poco en una florecilla, le parezca una infidelidad al amor exclusivo de Dios, porque ya su corazón es sólo de Dios, y ella debía resbalar en todas las criaturas para descansar en sólo Jesús.

Pues bien; así estaba la Virgen, en esta actitud de azucena abierta hacia Dios; Virgen del todo. Es bien curioso. Dios, que destinaba a María a ser Madre suya, le infunde el instinto de ser Virgen. Es curioso; pero es muy profundo y es bellísimo. Precisamente comunicó a la Virgen el instinto de ser virgen para que fuera Madre de Dios, Madre de Jesús.

En efecto, hay una expresión tradicional que se atribuye a algunos Padres, que dice así: “Si una virgen tuviera un hijo, ese hijo sería Dios”. Y a primera vista parece una cosa así paradójica, y no se entiende. Cuando uno reflexiona, dice: pues es verdad. Porque hemos dicho que la virginidad está en el corazón, sobre todo en el corazón, radicalmente en el corazón. Pues bien; si una virgen, siendo virgen tuviese un hijo, el hijo es siempre hijo del amor; por lo tanto sería hijo del amor de esa Virgen, y como ese amor de la Virgen es Dios, ese Hijo sería Hijo de Dios, de su amor. Y esto es lo que pasa en la Santísima Virgen. En la Virgen, la maternidad brota de la virginidad, de ese amor exclusivo a Dios.

Así la prepara Dios para ser Madre, con esa entrega total a Él, exclusiva; con esa abertura de azucena hacia sólo el Verbo, hacia sólo Dios; con esa sencillez con que se mantiene abierta a sólo Dios.

Y viéndola tan hermosa, el Verbo se inclina hacia Ella y tiene con Ella este diálogo que nos pone San Lucas en su Evangelio, que es maravilloso. Vamos a leerlo así.

“Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una Virgen”. Ya hemos visto quién es esta Virgen. “Desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el

nombre de la Virgen era María. Y habiendo entrado el ángel a donde Ella estaba, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre todas las mujeres". Y aquí vemos la primera virtud maravillosa de la Virgen: su sencillez, sencillez grande. "Al oír esto, la Virgen se turbó, y se puso a considerar qué significaba una tal salutación". ¿Por qué se turbó, la Virgen? Pues la Virgen se turbó sencillamente –podemos pensarlo así-, se turbó porque nunca había pensado en ser distinta de las demás, nunca había reflexionado ni se había comparado con nadie; y al oír ahora que Ella "llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres…", pero, ¿qué significa esto? ¿Qué he hecho yo? Si yo no tengo nada… Es la turbación -¿qué puede significar esto?- de la sencillez de la Virgen. Que es maravillosa la sencillez de la figura de María. En todo el Evangelio, en esta parte –que muchos creen que es de origen de María misma-, notad esto: Cuando habla Isabel dice siempre: "Y exclamando en voz alta dijo a María: Bendita entre las mujeres". Y dice: "Se llenó del Espíritu Santo y dijo". Cuando hablan los demás, todos llenos del Espíritu Santo. Cuando habla Ella, siempre dice: "Y dijo María". María… Siempre así; se llamaba María, sin ningún adjetivo, nada; María. –Es esa sencillez característica. –Lo mismo también que esta sencillez –que era tan difícil…- esta humildad que se ve aquí… que no reflexiona en compararse con nadie; que esa es la verdadera humildad, y es la verdadera sencillez… Y María necesitaba una sencillez **donal** enorme. Pensad que María tenía que ejercitar con Jesús todos los cuidados de una madre con su niño. Y al mismo tiempo lo veneraba como su Dios. ¡Qué sencillez hace falta para esto!

Después, en la vida pública, ve que le consideran como el gran profeta, el gran Mesías, y Ella tiene que hacer el papel de la Madre del Mesías en la misma sencillez de cada día. –Y después de la resurrección todavía ve que adoran a su Hijo como Dios, y Ella es una sencilla mujer como todas las demás. –Es admirable esa sencillez de María. Es una figura que impresiona.

Y lo mismo en su humildad. La humildad de la Virgen es verdaderamente donal. No ha reflexionado. Por eso ahora se sorprende de que le digan una tal cosa. –Y en todas sus cosas, Ella hace lo que tiene que hacer.

Algunas veces nosotros solemos preguntar: Pero, ¿cómo es posible que esa alma se sienta la peor de todo el mundo? Pero si reflexiona un poco… si se compara con aquella otra… pues, ¿cómo se va a considerar peor…? –Es que esto es lo que no hace un alma humilde: el compararse; es incapaz de eso. Sino, está en Dios y ve toda su miseria en Dios, y no se le ocurre compararse con nadie. El ocurrírsele compararse ya es una falta de esta plenitud de humildad. El alma humilde no piensa en ello. –Así es María; se turba.

Vamos adelante con la figura de María.

"El ángel le dijo: Oh, María, no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios. Sábete que has de concebir en tu seno y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin".

A una joven israelita instruida como María en la Ley, esto no presentaba ninguna duda; se trataba del Mesías. Era un pueblo curioso aquel pueblo judío, en el cual toda joven israelita tenía la ilusión de tener en su descendencia al Mesías. Todas. Por eso no concebían la virginidad. Era su honor: a ver si el Mesías está entre mis hijos, en mi descendencia. –Y María, llevada de ese amor al Señor, de ese amor que sentía internamente, había renunciado a esto. Con sencillez. Ella no podía amar una persona humana con ese amor exclusivo y total, propio del matrimonio; y había renunciado. Y ahora se encuentra con que precisamente Ella, no va a tener en su descendencia lejana al Mesías, sino que va ser la Madre del Mesías. Y Ella lo entiende perfectamente. El lenguaje es enteramente del Antiguo Testamento para designar al Mesías. Y Ella lo comprende. Y con la misma sencillez, sin aspavientos ningunos, le dice enseguida al ángel: "¿Cómo va a ser eso?, pues yo no conozco varón alguno". Si yo no voy a consumar el matrimonio… ¿Cómo va a ser eso, que voy a tener un hijo…? ¿Es que María estaba dispuesta a renunciar a la maternidad divina con tal de conservar la virginidad? Ni pensarlo. María no pensó en eso. Eso sería una imperfección. María es docilísima a la voluntad de Dios, y no hace un ídolo de ninguna cosa creada. Ni pensarlo. Lo que pasa es que María estaba ciertísima de que Dios la quería virgen. De eso no podía dudar. Ella sentía

la predilección de Dios, y sentía que era una infidelidad a Dios el dejar ese estado suyo de entrega total al Señor como azucena abierta. Pero, por otra parte, el ángel le anunciaba esto, y también lo creía. Y ahora la duda de la Virgen es: ¿Cómo se unen estas dos cosas? Yo creo una cosa y creo la otra. Pero, ¿cómo se realiza esto?

Y el ángel le responde con lo que hemos dicho antes: Si una virgen tuviese un hijo, ese Hijo sería Dios. Y es lo que le dice: No, tu Hijo no va a ser puro hombre, no. Mira; "el Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa el Santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios", de una manera más particular. –Y esto lo entendió también la Virgen. La terminología que se emplea aquí es la misma terminología con que se habla del Arca donde reposaba la gloria de Dios. Sabía que era el templo de Dios. El Espíritu Santo iba a cobijarla con su sombra como cobijaba el Arca del Testamento donde descansaba el Señor. –Y Ella lo entiende. Tuvo que tener esta luz. La Virgen comprendió que iba a ser Madre de Dios. Lo dicen los Padres: que María entonces tuvo esa luz. Pero además nos lo dice la misma razón teológica –a mí, al menos, me hace mucha fuerza-. Porque si el Señor viene a pedirle su consentimiento, no se lo va a pedir para otra cosa distinta de lo que va a ser. El Señor es caballero siempre; y si viene a pedirle su consentimiento, una madre que procede humanamente, aun cuando no sepa de antemano quién será el hijo y cómo será el hijo, pero debe saber quién es el padre de su hijo. Y éste es Dios. Será Hijo de Dios. Y Ella lo entiende, lo entiende.

Y aquí viene lo hermoso. Y María **cree,** cree. Esto es admirable. La fe de María. Que esta joven haya creído que podía ser Madre de Dios… es increíble. Mucho más que la fe de Abrahán. Y lo hace con la misma sencillez… como se mueve en todo este orden sobrenatural. Cree, cree. Por eso le dirá Isabel como su grande felicidad: "Dichosa tú que has creído que se podía realizar lo que el ángel te anunciaba", lo que te anunciaba el Señor. Lo has creído. –Y Ella sí. ¿Por qué no?

Y viendo todo lo que era esto, y creyéndolo, se encuentra con la grande proposición a la que tiene que responder.

Contemplemos esta escena.

Hay una imagen en que está el Niño Jesús teniendo entre sus manos una azucena que le mira abierta. Y debajo hay una frase que dice sólo esto: **Suscipe me.** "Cógeme, tómame". Y no se sabe si es la azucena la que dice a Jesús: cógeme, o si es Jesús el que le dice a la azucena: cógeme. Es el momento de la Encarnación. Ahí está. La Virgen toda abierta hacia el Señor; el Señor inclinado hacia María pidiendo su consentimiento. La Virgen que está pidiendo al Verbo: cógeme; y el Verbo que le pide a la Virgen: cógeme. Y el coger la Virgen al Verbo es dejarse coger por el Verbo. Es la Encarnación, el fruto de la virginidad. **Dilatare, aperire, tanquam rosa fragrans mire.** "Ensánchate, ábrete como una rosa que exhala fragancia exquisita". Y así se abre la Virgen al influjo del Señor que quiere entrar en Ella.

Y conociendo todo lo que iba a venir en este sentido, la Virgen, con sencillez, sin aspavientos, inclina su cabeza y dice: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra". Y el Verbo se hizo carne en ese momento; sin que nadie se enterase, en la sencillez del día ordinario y normal, cuando quizás fuera estaban las vecinas hablando o gritando. Nadie se entera de lo que pasa, de la intimidad de la acción de Dios en el alma. Y quizás poco después vinieron a llamar a la puerta a pedirle un favor, y la Virgen salió tan sencilla como antes. Llevaba dentro de sí el Verbo encarnado. Y Ella, sencilla, igual… y habla… y sigue toda su vida normal. –Esa es nuestra Madre.

Y aplicarnos a nosotros. Aplicar a tu misión. Porque esta es la respuesta de la Virgen: la colaboración de María a la idea de Redención de Cristo. Es la primera cooperadora. Ha aceptado en pleno el plan divino. Y a ti también, el Señor te pide cooperación. Aplícala a tu misión. También a ti te saluda el ángel: "Ave gratia plena", porque estás llena de gracia por la misericordia del Señor. "Dominus tecum", el Señor está contigo, por la gracia, por su ayuda. "Bendita tú entre las mujeres", evidentemente, escogida por Dios entre tantas… Y te anuncia lo mismo: que el Señor quiere encarnarse en ti –analógicamente-, que el Señor quiere manifestarse a través de ti, que pide tu cooperación, que seas instrumento dócil de lo que el Señor quiere actuar a través de ti. –Y también

tú tienes que **creer**. Que es difícil… y es la base de la santidad. La base de la santidad está en un acto de confianza **grande**, por el cual creemos que Dios es capaz de hacernos santos y es capaz de salvar las almas con nuestra cooperación, a pesar de nosotros. Y eso está en la base: que puede. Un acto de fe grande, grande.

Y entonces, abriéndonos al Señor, sintiendo, oyendo que Él nos dice también a nosotros que quiere, a través de nosotros, nacer en las almas, todas las almas nuestras están pendientes de nuestra respuesta. Si toda la humanidad pendía de la respuesta de la Virgen, mis almas dependen de mi respuesta. Yo puedo decidir para ellas de muchos bienes, de la redención misma. ¿Cómo responderás a esta invitación del Señor, a que realices esa misión de cooperación plena, sin reservas? Con las palabras de la Virgen: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

EL NACIMIENTO

En estos momentos de devoción interior en que estamos esperando el nacimiento de Cristo con la liturgia del día de hoy "hodie scietis quia veniet Dominus et mane videbitis gloriam eius". "Hoy sabréis que viene el Señor y mañana temprano veréis su gloria", vamos a prepararnos haciendo la meditación sobre este misterio: el nacimiento de Cristo; misterio de la infancia de la Palabra silenciosa.

Vamos a ponernos así en la presencia del Señor con ese sentido de dilatación del corazón, para que el Señor vaya imprimiendo dentro de nuestra alma la lección de la Navidad. Una nueva ocasión de renovar nuestra compenetración con Cristo, de iniciarnos en esa vida divina que Él nos trae a la tierra como Palabra del Padre. Y para eso tiene que hallar en nosotros ese **corazón abierto** por su misma gracia para saber copiar detalladamente, atentamente aquella lección que Él personalmente nos dicta. Y por eso tenemos que pedirle esa gracia de **conocerlo íntimamente** en este misterio. Cada misterio de Cristo nos pone ante los ojos toda la riqueza de la divinidad encarnada, de la Palabra del Padre; y en todos los misterios se realiza de nuevo el efecto del misterio central de Cristo, que es su Pasión y su Resurrección. Cada misterio nos lo aplica con su matiz particular, con su aspecto más propio para nosotros. Y por eso cada alma recoge ese fruto de la muerte y resurrección de Cristo en aquel matiz que a ella concretamente el Señor le pide. Por eso tenemos que insistir en la gracia de conocerlo íntimamente; para no quedarnos en la superficie del misterio, para no quedarnos en la belleza del cuadro que se nos pone delante, sino para arrodillarnos ante Él, para entender qué es lo que Jesucristo **quiere**, cuál es la iniciación de mi vida que Él pretende al ponerme delante de este misterio y al hablarme silenciosamente desde Él; qué es lo que a Él le agrada en mi vida. Y así poco a poco transformar todo nuestro ser en el suyo, nuestro modo de pensar en el suyo y nuestro modo de actuar en el suyo.

Con estos deseos vamos a fijarnos en las tres etapas del misterio de Belén: antes del viaje a Nazaret; de Nazaret a Belén, y por fin, en la gruta de Belén.

Primero: en Nazaret, antes del viaje.

Podemos contemplar las personas, que todo es para nosotros lección. Allí están la Virgen y San José. Nos vamos a detener, porque en ellos vamos a ver la manera de disponernos al éxtasis del nacimiento.

María y José son las personas más amadas de Dios, más amadas del Padre. Están en una casita pobre… de carpintero, de hortelano… Fijémonos en la Virgen… cómo se mueve… qué hace… qué piensa… qué cosas son las que ocupan su mente… cómo habla… qué caridad tiene en todo… cómo trabaja… su serenidad… su humildad… su blandura interior… su sencillez en todo. Es la santidad ideal; la del Principio y Fundamento de los Ejercicios; la que busca en todo solamente agradar a Dios. No tiene otra finalidad sobre la tierra en ninguna de sus acciones: agradar al Padre; en todo, sencillamente; en esa misión que Él mismo le ha confiado ya desde el principio de su vida, pero más particularmente desde la Anunciación.

Notemos en ese espíritu de la Virgen ese constante confluir de los dos elementos: los dones de Dios que la inundan, a los que Ella responde con un **Magnificat anima mea Dominum;** con una aceptación de esos dones en amor; con un olvido de sí misma para engrandecer al Señor que se los da, reconociendo sus dones. E inmediatamente, en fuerza de esos mismos dones del Señor, la aceptación de la finalidad para la cual se los da, que es –el Señor le da todos esos dones- para la colaboración en la Redención de Cristo, en la Redención de la humanidad por Cristo. Y así, María está siempre conjugando estas dos palabras: **Magníficat y Fiat.** El Magnificat a los dones de Dios, y el Fiat a la voluntad salvífica del Padre, para la cual se le dan esos dones de Dios; hasta que llega a ofrecer en la cruz, en su último fiat el sacrificio de su Hijo, y después recoge en la Resurrección de nuevo, con el Magnificat, el don de la nueva vida comunicada por su Hijo. Magnificat y Fiat,

como personificados en la Virgen, que se arrodilla ante el Señor. Magnificat y Fiat. La Inmaculada… la Redentora con Cristo… el complemento de la Trinidad.

Y junto a la Virgen está San José. También modelo de la santidad del Principio y Fundamento. La Escritura nos dice de él que era: **Vir iustus**, hombre justo, temeroso de Dios, santo. La expresión justo, en la Escritura refleja aquella santidad que nace de lo profundo del corazón; aquella que nace de la raíz del ser y que se extiende después a todas las acciones. Diríamos que es: un alma bien encuadrada; vir iustus. Como una mesa que está bien asentada; es: en su puesto. Así es San José. Siempre ocupa su propio puesto. Vir iustus. –Y entrando más adentro en esta figura del vir iustus, podríamos decir que la justicia de José es como su **justeza,** su exactitud, su precisión. José, el hombre exacto, que está en su puesto, siempre en su lugar, donde Dios quiere, sin pasar más allá y sin quedarse más acá. Vir iustus. El hombre que está en su lugar.

Así como cuando tenemos a veces –sucede- dentro de nuestra mente unas ciertas melodías interiores y deseamos expresarlas externamente en el canto, y hay algunos que las saben expresar con precisión, entonadamente, y otros que no pueden precisarlas –defecto de naturaleza, defecto de ejercicio, como sea, pero lo que cantan no sale entonado-, de la misma manera podemos decir que el Espíritu Santo dentro del alma de cada uno está inspirando una melodía interior, celestial; la melodía que es en el fondo, con una variante u otra, aquella que decía Ignacio de Antioquia: "Ven al Padre, ven al Padre", que oía desde el fondo de su corazón.

Pues bien; no todos saben expresar esta melodía con exactitud, con precisión, entonadamente. En cambio, José es el varón justo, el que sabe cantar con exactitud la melodía que interiormente le está inspirando el Espíritu. Y por eso el Evangelio tiene especial interés en hacernos resaltar que, cuando le da una orden el Señor, José la repite al pie de la letra: "José, levántate, toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te diga". "Y José se levantó, tomó al Niño y a su Madre y huyó a Egipto, y allí estuvo, hasta que el ángel vino de nuevo a advertirle". Es la **justeza**; es la precisión; es la copia de la melodía interior, expresada con entonación, con entonación de vida, con precisión de amor; siempre al servicio de la voluntad del Señor. Es el **vir iustus**.

A María y a José viene esta santidad, de la cercanía que tienen en su función junto a Jesucristo. Eran sumamente sencillos. Pero están los más cercanos de la Verdad. Si nosotros hubiésemos preguntado a María y a José si tenían mucha cultura… si seguían los acontecimientos de entonces del mundo… si sabían lo que iba representándose en los teatros de Atenas… pues nos diría San José: Pues… pues no, no sé nada… Yo lo único que me preocupo es de procurar hacer la voluntad de Dios… -Pues… saldríamos de la conversación… pues sí… quizá haciendo ese comentario: gente buena, excelente… pero… cerrados… poca cultura… poco conocimiento… poca abertura. Ignorando que existen dos aberturas: existe la abertura de la superficie y existe la abertura de la profundidad. Existe la abertura de la superficie que es la de multiplicar nuestros conocimientos en un mundo en el cual no se nos da más conocimiento de la verdad, sino que se multiplican los predicados que nos hablan de una misma verdad ya conocida. Y hay otra abertura en profundidad, que es la que abraza la Verdad. Los filósofos más grandes que van en busca de la verdad, muchas veces no llegan a abrirse para abrazar la verdad. Estos dos de Nazaret tenían poca abertura de superficie, ciertamente, pero tenían una gran abertura de profundidad. Y tendrán la dicha inmediatamente, después de haber abrazado con su espíritu a **la Verdad**, de abrazarla también entre sus brazos a esa Verdad hecha carne.

Estos son María y José; sencillos. Humanamente no de grandes aberturas; humanamente. Pero de grande abertura interior, que abraza constantemente a **la Verdad**, y en quienes se dilata cada día más el conocimiento íntimo del Padre, de Dios, que les va a dar también entre los brazos a su Hijo encarnado. Esos son. Están preparándose ahora, o el Padre les está preparando al éxtasis del Nacimiento. Y, ¿cómo los prepara? ¿Qué hacen estos dos grandes modelos?

Primera de las virtudes que se nos manifiesta en ellos: el abandono sencillo a la Providencia del Padre. Si consideramos con sentido realista la situación en que se encuentran los dos en Nazaret,

sabiendo por las Profecías que el Mesías tiene que nacer en Belén, ellos, en cambio, están en Nazaret; se acerca el tiempo del nacimiento y siguen en Nazaret; y no se mueven… y no se turban… Se abandonan a la voluntad del Padre. No hacen nada especial por cumplir, de la manera que a ellos les parece, las Profecías ya antes escritas sobre el nacimiento de Cristo; no hacen nada especial por realizar sus proyectos, sino que en todo se abandonan confiadamente a la Providencia del Padre. Esa es la posición de los dos.

Y están ahí… esperando suavemente. Y cuando estaban en estas circunstancias, en este abandono del Señor, ocupados, sin duda ninguna, en preparar todas las cosillas, -que con corazón materno la Virgen, con lo mejor de su alma San José las estaban preparando para endulzar un poco la entrada de Jesús en este mundo, para endulzar un poco la pobreza en la que iba a nacer en aquella pequeña casita, choza de Nazaret: la Virgen preparaba sus pañales… San José le hacía su cuna… le arreglaba todo en la casa lo mejor que podía… con todo su amor…- pues cuando estaban así ya acercándose, esperándolo todo del Señor, viene el decreto del Emperador: que cada uno tiene que inscribirse en el lugar de origen de su propia familia.

¡Qué poco les costó a María y a José reconocer en este decreto el dedo de Dios! **Dominus est.** "Es el Señor". Tenían que ir a Belén; no les costó mucho. La orden venía de un emperador pagano, que no pretendía en nada buscar la voluntad de Dios; ni de lejos. Quizá ni creía en Dios… Pero da la orden: ¿Por intereses humanos? ¿Para enriquecerse? ¿Para imponer contribuciones? Es lo mismo, es lo mismo. Esa orden es la que Dios quería que sirviese a María y José como indicador de su camino hacia Belén. Y ellos lo reconocen. "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios en los detalles de cada día"; en la limpieza del corazón de María y de José que sólo están buscando el gusto de Dios, el agrado de Dios, notan inmediatamente: aquí está la mano de Dios. Y obedecen; reconocen con espíritu de fe la voluntad del Padre, y se ponen en camino. Una obediencia difícil, costosa, en circunstancias difíciles, como se encuentran entonces al emprender aquel camino largo de unos 120 kilómetros. Pero no dudan un momento. Se ponen en camino. ¿Qué hacen, pues, en este momento la Virgen y San José para prepararse al éxtasis del Nacimiento? Obedecer. Con sumas dificultades. Renunciar a lo **poco**, a lo poquito que habían preparado. Poca cosa era… Lo habían hecho con el amor más grande del mundo; lo habían hecho por el amor de **su Jesús**, del Niño que iba a nacer; con la intención más pura. Y sin embargo, el Señor les pide que aun **eso** lo dejen.

¡Cuánto nos cuesta a nosotros a veces! Con eso de decir que lo hacemos por amor de Dios, nos pegamos tan fácilmente a eso bueno que queremos hacer, y nos parece que Dios mismo no nos puede pedir renunciar a lo que nosotros buscamos por amor de Él. Y sin embargo, no sabemos bien los caminos que nos tienen que llevar a prepararnos al éxtasis del Nacimiento.

El Evangelio del último domingo de Adviento dice: **Et videvit omnis caro salutare Dei.** "Toda carne verá la salvación de Dios"; toda carne; todo hombre. A todos se anuncia la salvación. Es esa idea que la Iglesia recoge tanto en el día de hoy: esa dilatación para todo el mundo; ese espíritu ecuménico que lleva consigo el anuncio del Evangelio.

Y no sólo a todos, sino que a todas las partes del hombre se anuncia la salvación. Todo el ser humano tiene que estar salvado, tiene que llegar a la plena salud del alma. Pero para eso hay que **preparar** los caminos del Señor. Y para eso se hizo la voz de Dios sobre Juan Bautista, y salió a predicar movido por Dios. Y, ¿qué predica? **Ego vox clamantis.** "Yo soy la voz del que clama". ¿Qué? **In deserto parate viam Domini.** "Preparad los caminos de Dios en el desierto", en la soledad, en el desprendimiento, en el despego de las cosas de este mundo. "Preparad los caminos del Señor". Y eso es lo que hacen la Virgen y San José: renunciar a lo **poco** que habían preparado. Y esa es la preparación inmediata que el Padre hace en María y José para el éxtasis del nacimiento; para que ese nacimiento de Cristo se extienda a todos y a todo. Quizás nosotros les hubiéramos aconsejado –si nos hubiesen pedido a nosotros un parecer de cómo prepararse al nacimiento- quizás les hubiésemos aconsejado que se retirasen de todas las cosas de este mundo, que estuviesen metidos en una gruta, en un cuarto, en una soledad, orando, orando sin distracciones… No ha sido ese el plan de Dios. Se preparan con un viaje duro; saliendo de su casa; caminando días enteros.

Pero la verdadera preparación está en esto: abandono a la voluntad de Dios. **Obediencia y renuncia**. Y siempre será así. No tenemos otro camino para llegar al éxtasis del nacimiento, para abrazar entre nuestros brazos en nuestro espíritu, cada vez más en lo íntimo de nuestro corazón –que esos son los progresivos nacimientos de Cristo en el alma: Cristo nace en el alma en la medida en que el alma se transforma en Él-; no hay, digo, otro camino, sino éste: **renuncia, obediencia, abandono a la voluntad de Dios.** Por **sus** caminos. **Per tuas semitas duc nos potendimus,** dice la Iglesia con su espíritu materno y con su espíritu educador. Hermosísima jaculatoria, que debemos tomar de la liturgia, de esa oración de la Iglesia Madre: "Por tus caminos, llévanos a donde tenemos que ir". Por los **tuyos**, no por los míos. Por los tuyos: **Obedecer, abandonar, renunciar.**

Y, ¿para qué todo esto? ¿Por qué les hace dejar todas estas cosas, y trabajar, y sufrir? ¿Por qué? Consideremos para qué se trabaja en este mundo. Se trabaja para ir adquiriendo algún dinerillo, para asegurarse los años de la vejez, para poder disfrutar más adelante un poco de la vida… Nunca veréis que en este mundo se anuncien ventajas para sufrir más. Nunca leeréis un anuncio: "Si usted quiere quedarse más pobre, haga esto, o haga esto otro, aproveche esta ocasión…". Siempre es para huir de la pobreza, del sufrimiento; para huir de la humillación… Jesucristo, ¿por qué hace sufrir así, obedecer, abandonarse, trabajar, renunciar, a María y a José? Sencillamente: para nacer en suma pobreza; hacer en suma pobreza de verdad. Y después de los trabajos de toda la vida, hasta la cruz. Para eso. Ahí tenemos el grande ejemplo de Cristo que tenemos que imitar. Es la Iglesia de los **pobres** de verdad. ¡Qué razón tenía San Ignacio! Cuando en una ocasión el P. Jerónimo Nadal, caminando con él le preguntaba llevado a su ardor de espíritu: P. Ignacio, déme la fórmula para llegar pronto a la santidad, a una santidad heroica, alta. Y le dice el P. Ignacio: "P. Nadal, mirad lo que se hace en el mundo, y haced Vos lo contrario; y llegaréis en un momento a la santidad".

Mirad; tendréis que trabajar para **ser** pobres. No para hablar de la pobreza; para ser pobres. Porque hemos llegado a un momento en este mundo, en el cual a uno no le dejan ser pobre. Había períodos en los cuales la gente era muy divertida… la Curia de los Cardenales tenía sus grandes villas, magníficas… sus grandes diversiones… pero si uno quería ser pobre, le dejaban. ¡Todo lo que quiera! Ahora, no le dejan a uno en paz. Sino, ¡por la gloria de Dios, y por el bien de las almas, y por la salud de todos!, el que quiera ser pobre tendrá que sudar de verdad.

Pues bien; Jesucristo les hizo trabajar a ellos –a la Virgen y a San José- para nacer en suma pobreza; porque lo que le preparaban en Nazaret todavía era demasiado; demasiada comodidad para lo que Él quería tener a la entrada de este mundo. Para darnos ejemplo de dónde están los verdaderos tesoros.

Segundo: el camino, el viaje.

"Hacerme esclavito indigno", dice San Ignacio; "como si presente me hallase". Es curiosa esta expresión de San Ignacio. Es el único diminutivo que expresa San Ignacio en todos sus escritos, Constituciones y Cartas: "hacerme **esclavito** indigno". Ahí se ve todo el corazón que él ponía en esta meditación. ¿Es pura imaginación? No. No es pura imaginación. No es que uno vaya a imaginarse que estaba entonces allí; no. Sino que, sabiendo que el hecho que nos cuenta en el Evangelio es verdadero, sabiendo que entonces la Virgen, y Jesús en el seno de la Virgen nos veía y nos conocía, entonces participa con nosotros sus misterios, y nosotros participamos con una actitud real, sincera, auténtica, leal. Y entonces nuestra posición es la de ser servidores de Cristo, indignos servidores de Cristo, indignos servidores de su Madre; y lo hacemos con gusto. "Hacerme esclavito indigno".

Y así lo tenemos que hacer. –Es que son pequeñeces… -¡Pues no! El alma que en la oración sabe hacerse así, durante la vida será también un esclavito indigno; será humilde, será sencillo; y no esperéis que un alma soberbia, pagada de sí misma, de su intelectualidad, vaya a la oración a hacer esas **tonterías**. No las hará nunca… porque no; porque no dicen bien con su dignidad. De modo que están las cosas muy unidas.

Y poco a poco se forma en nosotros esa actitud de esclavito indigno ante el Señor y ante la Virgen, que después será la actitud de esclavito indigno ante los demás, ante el prójimo, en esa caridad grande que debemos tener con todos, que es la virtud característica de la nueva vida traída por Cristo. Pero una caridad de **servicio verdadero**, hecha con humildad. Lo mismo que servimos a la Virgen y a San José, nos sentiremos siempre servidores de todos; a la disposición de todos, en cuanto no sea ofensa a Dios; porque somos los últimos; estamos para agradar a todos. Yo no soy para mí; yo soy para los demás.

Pues bien; como un criadito indigno, un esclavito indigno. Y me ofrezco a acompañarlos con mucho gusto. Les veo salir… La Virgen sobre el borriquillo… y yo le tomo las riendas al borriquillo… Y no me parece que es humillante para nada. Lo hago con mucho gusto… Y voy caminando adelante… contemplando a la Virgen… Eso es contemplar: contemplar a la Virgen mirándola; más pura que la luna, más fúlgida que el sol. ¡Tan bella; tan recogida! Y la contemplas, la miras, hasta que el burro te da una patada, porque no le dejas pasar. Y despiertas. ¡Es tan hermoso contemplar a la Virgen! Cómo va. Lleva dentro el tesoro más grande del cielo y de la tierra. Va recogida; no introspectivamente. **No es que está atendiendo a sí misma; está atendiendo en su interior a su Hijo,** su tesoro; lo lleva dentro. Por eso va recogida; y no le cuesta mucho. Cuando pasa por Jerusalén, no va contemplando todos los escaparates que encuentra… curioseando entre las multitudes que pasan… no. Ella tiene algo interior que le llama constantemente: su Hijo. Está internamente **rica**. La custodia de los sentidos no es difícil cuando llevamos a Jesucristo dentro de nosotros. Más bien entonces tenemos como una necesidad de aislarnos de todo lo demás; como una llamada interior a sumergirnos en la presencia de Cristo. Y así camina María, sin dificultad.

Se cuenta en la vida de San Bernardo que en una ocasión, un compañero suyo de la abadía donde estaba, le invitó a dar un paseo. Salieron los dos, y estuvieron todo el día caminando; y al volver a la abadía, el compañero le preguntó:

-Fray Bernardo, ¿le ha gustado el lago?

-Y dice él: ¿qué lago?

-Y dice el otro: ¡Cómo! Pero, ¿no lo habéis visto? Todo el día hemos estado caminando al borde de un lago.

-Pues no lo he visto.

Contando esto, decía uno: ¡Pues valiente tonto! Esas son las tonterías que nos cuentan ustedes, ¡los ascetas! Como cuando dicen: el Hermano asno –del cuerpo-. ¡Cosa más hermosa que un lago! ¡Cosa que más nos puede ayudar a llevar a Dios! Pues, ¿por qué no lo tenía que mirar? Son exageraciones de los santos. –Yo decía para mí: Pero San Bernardo, ¿por qué no contemplaba el lago exterior? Pues, porque tenía un lago interior; un lago interior **precioso**.

Mi Amado las montañas
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amoroso.

Todo eso es mi Amado para mí, dice San Juan de la Cruz. –Y como tenía ese lago interior, no le atraía el lago exterior; estaba demasiado ocupado. Y ahora pregunto: ¿Quién es más tonto, el que pasa al lado del lago exterior sin contemplarlo, o el que pasa días y años al lado de su lago interior sin fijar nunca su mirada en él? ¿Qué lago es más hermoso?

Pues bien; el mundo no saber mirar al lago interior; a esa fuente que el Señor ha hecho en medio de nuestro corazón. El alma llena de Dios no sabe mirar al lago exterior; pero no porque está en el vacío, o no porque esté centrada en sí misma, sino porque está atendiendo a su tesoro interior; a esa presencia íntima de Cristo en el sagrario del alma.

Es el ejemplo de la Virgen en este viaje: recogida en el Señor. Es lo que tenemos que hacer siempre en nuestra vida. No está la preparación inmediata al éxtasis del nacimiento en un estar

retirado materialmente entre cuatro paredes; no necesariamente; pero sí en llevar dentro de nosotros al Verbo de Dios; con atención interior; con despego de las criaturas; en espíritu de obediencia y de mortificación. Eso sí. Ahí está la preparación.

Llegan a Belén.

Nadie los recibe en esta noche santa; nadie. Así está Dios preparando a estas almas para el éxtasis del nacimiento. Llaman a una puerta… no hay sitio. Llaman a otra… no hay sitio. Llama a otra… no hay sitio. Si nos hubiésemos encontrado a estos dos por aquellas calles de Belén, pobrecitos, como aldeanos que no saben moverse por la ciudad, llamando a una puerta y a otra, nos darían una pena… Y nos preguntaríamos: ¿Cómo trata Dios a estas dos almas así? Pero, ¿cómo las trata dios? Y como tenemos una inclinación casi congénita, connatural, a creer que Dios no ama a quien hace sufrir, nos parecería que estos dos son dos pobres desgraciados que no tienen suerte en la vida. A quienes Dios castiga, o en quienes Dios, al menos, no se fija con predilección, y en quienes no tiene sus complacencias. Y sin embargo, son las dos personas que más ama desde toda la eternidad y en toda la historia. Y llevan dentro al Hijo de Dios.

Aprendamos a valorizar los caminos de Dios. Que nuestras humillaciones, eso de quedarnos a la pública vergüenza, eso de no encontrar lugar ninguno en que apoyarnos… eso de que nos parezca que nos ponen perdidos, no es señal de que Dios nos ama menos, aun cuando nos cuesta reconocerlo; sino que muchas veces es el camino de Dios; son las almas que Dios más ama. Sobre la renuncia, sobre la obediencia, sobre el abandono, ahora viene la humillación. Humillados, despreciados de los hombres. Y así les prepara el Señor.

Pues bien; esta tendencia tiene que existir siempre en nosotros si queremos entrar al éxtasis del nacimiento; esta tendencia constante; tendencia a ser humillados; tendencia a ser fieles a Dios a costa de cualquier sacrificio; y esa tendencia no es verdadera tendencia, no es auténtica tendencia si cuando aun puede realizarse de hecho, no la realizamos. No. –Qué fáciles somos de decir: Mire usted; yo tengo de todo, pero con desprendimiento. ¡Qué difícil es eso! ¡Muy difícil! Es difícil creer en el desprendimiento de una persona que, pudiendo dejar una cosa, no la deja. -¿La puede usted dejar? ¿Sí? Déjela. ¿No la deja? No está muy desprendida. Si fuese que no la **puede** dejar, bien; todavía pase, pase. Pero si la puede dejar sin inconveniente, entonces quiere decir que está apegada.

Pues sí. No nos gloriemos de estar en una disposición de humildad y de desprendimiento y de pobreza y de sacrificio y de caridad, cuando rehuimos después la realidad concreta que nos ofrece la vida y el plan de Dios.

"Como si presente me hallase". Porque si les acompaño a María y a José, participaré también de sus humillaciones y sacrificios. Allí están, pues, en Belén, agotados todos sus recursos, en la calle, a la intemperie, sin saber qué hacer. Y entonces me puedo acercar a ellos como esclavito indigno, y quizás le sugiero yo mismo una gruta más lejos… un lugar donde se recoge el ganado… porque al menos podrán estar allí un poco recogidos. Y nos dirigimos allá. Me adelanto con San José… le ayudo a limpiar un poco aquella gruta sucia, oscura, sin luz, sin nada… ¿A dónde va a venir a parar el Hijo de Dios con tanto caminar?

Después de haber hecho un poquito la limpieza que se puede, entra la Virgen; la Reina de los cielos y tierra. Entra en su palacio; en el palacio que le ha preparado el Padre Eterno para este momento cumbre de la historia del mundo, desde toda la eternidad. Entra; y contempla la gruta. Y mirando, iluminada por luz divina, la Virgen exclamaría: "¡Oh, pobreza, pobreza! Ahora lo entiendo todo, todo, Esto es lo que viene buscando mi Hijo con tanto hacernos trabajar y renunciar y humillarnos. Me ha quitado **todo.** Me ha dejado **sólo** a mi Hijo; **sólo Jesús,** sólo Jesús.

Aquí está la disposición última para el éxtasis del nacimiento. Le ha **quitado todo**. **Sólo** Jesús. Y no gozaremos nunca de la **plenitud** de esta comunicación divina, hasta que tengamos **sólo a Jesús** como **único tesoro** nuestro. Por el desprendimiento a la contemplación. Y ahí, en esas circunstancias, en ese silencio, en esa pobreza, nace el Hijo de Dios. No nace **de** la pobreza, **de** la miseria; nace del amor; del amor que lleva hasta el desprendimiento de todo para no tener más que

Él. Y nace el Hijo de Dios de un modo milagroso; nace entre los esplendores de la divinidad. La Virgen lo recoge con amor. Es su **único** tesoro. **Todo** lo tiene en Él. Lo recoge… lo abraza… Dice el Evangelio que la Virgen lo recogió y lo envolvió en pañales. Este detalle lo tuvo que decir la Virgen; sólo Ella. No se lee en ninguna otra historia en estas circunstancias. Es que a la Virgen le debió impresionar enormemente el tener entre sus brazos al Verbo de Dios, en quien Ella **creía** como Hijo de Dios; y debió impresionarle enormemente el fajarlo. Es el Verbo de Dios hecho carne, hecho impotencia, con toda la limitación que supone la carne. El hombre, dice Job: **Brevi vivens tempore.** "El hombre viviendo un tiempo breve está lleno de infinitas miserias". Este es el Hijo de Dios, que tiene que ser fajado por su Madre; el Verbo de Dios. "Lo fajó y lo puso sobre el pesebre".

Contemplemos la adoración de la Virgen; sumergida allí en una profundidad de amor, con el que hasta entonces nunca había sido adorado el Verbo desde toda la eternidad; superior a los Ángeles y a los Serafines; y así la Virgen arrodillada, hecha toda Ella en su adoración un Magníficat y un Fiat perpetuos.

Allí está Ella, volcán de amor.

Y así, adorando a su Hijo, se consagra de nuevo a Él. Y le diría desde el fondo del corazón: "Hijo mío, mis ojos para mirarte, mis manos para cuidarte, mis labios para besarte, mi corazón para amarte". No está más que para Él. Se consagra desde el fondo de su corazón en silencio. Y en ese momento, quizás a lo lejos se sentían los ruidos de la ciudad, de las músicas de las fiestas; pero todo eso no llega al corazón de la Virgen. Tiene un tesoro entre sus brazos; tiene un tesoro sobre aquellas pajas. Y entonces la Virgen, encariñada de amor por su Hijo, su único tesoro, podemos pensar piadosamente que haría también esta petición: Hijo mío, yo deseo, quiero, lo pido como Madre tuya que soy, que haya siempre en el mundo almas cuyos ojos sean sólo para mirarte, cuyos labios sean sólo para besarte, cuyas manos sean sólo para cuidarte, cuyo corazón sea sólo para amarte. Y de esta petición de la Virgen, nace la virginidad en la Iglesia. Almas que se dedican enteras al cuidado de Cristo, y de solo Cristo; para quienes también, como para la Virgen, Dios quita todo, y sólo las deja a su Hijo, sólo les deja a Jesús, a quien tienen que engendrar en las almas por el apostolado, por la caridad, por el amor, por el sacrificio.

Contemplemos a la Virgen. Contemplemos para aprender a contemplar a Jesús.

En esta noche de hoy, día de Navidad, ante la gruta de Belén, yo puedo acercarme también a Jesús. Y quizás la Virgen viéndote con cierto temor, con cierta timidez; viendo que andas rondando cerca de la gruta y cerca del pesebre de su Hijo, te llama y te dice: "Vente por aquí". Te llama. Acércate. Mírala. Mira también a tu Salvador, a tu Señor, a tu tesoro, a tu todo. Mira, aquí está. Y la Virgen te invita: "contémplalo" Y nosotros, viéndonos tan cerca, quizás empezamos a hablar y hablar, y a pedirle muchas cosas y muchas gracias, ya que estamos allí cerca, y que nos conceda tantos favores… hasta que la Virgen te dice con una palabra eficaz: Calla, calla; estate en silencio; acostúmbrate a mirarlo en silencio a Él que es la palabra silenciosa; a estar con Él sin hablar tanto. No le despiertes. ¡Tiene tanto que sufrir! Déjale al menos que descanse ahora ahí donde está, sobre esas pajas, dormido. –Y te enseña así a estar en silencio en la oración, contemplándole, adorándole en amor.

El Verbo calla.

¿Qué hace ahí Jesús dormido como está, pasando frío, llorando otras veces, qué hace? Amar, amar; amar mucho. Abajarse hasta el pesebre, y todavía del pesebre hasta la cruz; porque ha venido así para esto: "No has querido oblaciones y sacrificios, pero me has dado un cuerpo. Aquí me tienes; quiero, Señor, hacer tu voluntad". –Bajarse; no contentarse nunca; tender hasta la cruz; ser **exagerado**.

Dice que el Señor le dijo una vez a San Francisco de Asís: Francisco, ¡pero si el amor te ha vuelto loco! Y entonces Francisco le contestó: "¡Mira quién lo dice! ¡Mira quién lo dice! ¡Señor! ¿Es que te has olvidado del pesebre y de la cruz?"

Ser exagerado. Cuando nosotros tenemos miedo a veces de ser exagerados, tenemos que contemplar el ejemplo de Cristo. Y si Él quiere que le sigamos de cerca, sin límites; como Él.

Que Él se nos manifieste esta noche. Que también nosotros esta noche podamos decir de verdad que hemos visto al Salvador; que el Salvador se nos ha acercado hasta el fondo de nuestro corazón; que ha nacido en nosotros. Que esto es lo propio de toda Navidad: que el Señor **puede** nacer en nosotros, porque el Señor nace en nuestras almas y viene a nuestras almas en la medida en que nuestras almas se transforman en Él.

Aun cuando ha llegado ya a nosotros, puede venir más; y podemos repetir constantemente: **Adveniat regnum tuum**, "venga también tu Navidad a nosotros". Es lo que anuncian los ángeles en medio de esta pobreza y de este silencio y de esta soledad. Los ángeles cantan: "Gloria a Dios en las alturas, paz en la tierra a los hombres, objeto del amor de predilección de Dios", objeto del amor de Dios, de la Redención, que está ya en marcha. Se está comenzando a realizar el plan divino de que todos los hombres vean su salvación. Y esto puede venir a nuestras almas en la medida en que la gloria de Dios es mayor por parte de nosotros, en cuanto más plenamente realizamos sus planes sobre nosotros, y a través de nosotros sobre los demás, y en la medida en que la paz de Dios reine en nuestro corazón, en el silencio interior, en el desprendimiento, en la obediencia y en el abandono a la voluntad del Padre.

VIDA OCULTA

Vamos a seguir las meditaciones de los misterios de la vida de Cristo, con el deseo ardiente de conocerlo siempre más. Esta es la vida eterna: "conocer la gloria de Jesucristo como unigénito del Padre, como Hijo de Dios". Deseos de conocer y de amar a Jesucristo, que llenen toda nuestra vida; que así siempre seremos felices; que Él solo basta.

La contemplación de los misterios de la vida de Cristo nos puede ayudar a este conocimiento, si está bien hecha, porque, dice San Juan al terminar el prólogo en su Evangelio, recordando su vida con Cristo: "Y hemos visto su gloria, gloria como Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad". Así había visto a Jesucristo; como lleno de bondad, de misericordia y de fidelidad. –Y eso mismo les pasa a los Apóstoles en cada uno de los pasos de la vida de Cristo. Y concretamente, después del milagro de las bodas de Caná, San Juan resume así lo que había pasado: "Este fue el primer signo", el primer milagro, la primera manifestación maravillosa de Cristo. El primer signo, no por el tiempo precisamente, sino como el prototipo de los milagros de Cristo. "Y sus Apóstoles vieron su gloria y creyeron en Él".

Estos son los pasos habituales para irse acercando a Cristo. Primero, Él nos muestra con un signo, con una acción maravillosa su gloria. Entonces nosotros, contemplándola, vemos esa gloria del Unigénito del Padre, y viendo esa gloria, creemos en Él. Ese es el proceso de toda nuestra vida de compenetración con Cristo: Él se manifiesta, nosotros vemos su manifestación, y creemos en Él.

Pero es natural que para proceder así, no podemos guiarnos por la sola imaginación, no podemos apoyarnos en lo que a nosotros se nos ocurre, sino que es una cosa mucho más delicada y mucho más íntima. No podemos: "a ver… a aumentar los misterios de la vida de Cristo… ahora este otro…". Tenemos que apoyarnos en su manifestación. Si no, terminaremos como aquel sacristán. Cuentan que un párroco tenía que dar unos avisos al público; y al llegar a la iglesia para hacer el Vía crucis el domingo, le llaman a asistir a un moribundo. El pobre, que quería avisarles algunas cosas, le dice al sacristán: Haz tú el Vía crucis, pero despacio, a ver si para cuando vuelvo, todavía están aquí. En efecto, se fue a asistir al moribundo… no acababa de morirse… tardó unas horas… y creyó que ya no había nadie. Y cuando vuelve, encuentra que había luz en la iglesia. Entra, y ve que están todos: uno dormido, el otro bostezando… y el sacristán impertérrito seguía adelante y estaba recitando. Decía: "Estación 94: la mujer de Pilatos se suicida. Te adoramos Cristo y te bendecimos…" No acababa…

Pues, no se trata de eso en los misterios de la vida de Cristo, de dejarnos llevar de la imaginación: a ver, a aumentar… para llenar la hora. No. Sino es acoger lo que Él nos ha manifestado.

Por esto, estos misterios que vamos meditando tienen que ser siempre apoyados en lo que nos dice Él mismo en el Evangelio y lo que nos enseña la Iglesia, porque eso es Cristo. Y procediendo así, entonces nosotros **participamos** de los misterios de Cristo. No es una mera función de la imaginación para desarrollarla fantásticamente.

Y, ¿por qué tenemos esta unión?

Vamos a ver si entendemos bien esta conexión nuestra con los misterios de la vida de Cristo.

Jesucristo en cuanto hombre –en cuanto Dios, ya lo sabemos, es eterno y todo le es presente-, pero aun en cuanto hombre, con su inteligencia humana, ve, veía durante su vida terrestre, cada momento de su vida terrestre, la divinidad; tenía la visión beatífica. Y en Dios veía cuanto le tocaba a Él de toda la Creación, que es toda ella. De modo que aun cuando con sus ojos corporales no me veía a mí, porque no existía todavía, pero en la visión beatífica, en la visión de Dios, me veía a mí y cada uno de mis pensamientos en el futuro.

Por otra parte, yo veo en el Evangelio lo que Él hace; por lo tanto, nos encontramos.

Nos puede servir modernamente una imagen para entender esto. Suponed que yo estoy hablando aquí, y hay un aparato que toma por televisión lo que yo estoy hablando y lo transmite a

Roma, supongamos. Lo que yo estoy hablando lo están viendo y oyendo en Roma. Ellos directamente no verían eso, pero a través de la televisión lo ven, y oyen mi conferencia.

Suponed ahora que simultáneamente hay un aparato de televisión que toma allí a aquel hermano mío que está oyendo mi conferencia, lo recoge y me lo transmite aquí. Yo tengo aquí un pequeño aparato de televisión, ene. Cual estoy viendo la figura de quien me está oyendo en Roma. Es natural que esta conferencia tenga como oyente ante mis ojos, no sólo vosotras, sino también éste, porque yo lo estoy viendo aquí. Vosotras no lo veis, yo lo veo. Y estoy viendo sus reacciones a mis palabras. Y yo puedo decir, alargar una frase, una expresión, una idea, según la reacción que estoy viendo en esa persona.

Pues bien; una cosa así pasa con Jesucristo y nosotros.

En todos los misterios de la vida de Cristo, el conocimiento de Cristo no terminaba en aquellos oyentes que tenía alrededor o aquellos testigos corporales, sino que estaba viéndome a mí, que iba a ser testigo de esa escena a través del anuncio del Evangelio. Y viéndome, hablaba también para mí. Y puedo quizás pensar que algunos detalles de eso que Él decía, se referían directamente a mí. Yo por mi parte lo veo y lo encuentro en el Evangelio, donde están escritos esos detalles que me dan lo sustancial de los misterios de la vida de Cristo. Así veis cómo participamos en los misterios de Jesucristo.

Y en este espíritu vamos a hacer esta meditación, puestos en la presencia del Señor, con el corazón abierto a Él, con paz, con serenidad; sabiendo que es gracia suya lo que pretendemos, que no la podemos sacar estrujándonos el cerebro o los nervios; pero con diligencia.

Y le pedimos la gracia para que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas para agradar en todo a Jesucristo. Para eso entramos en esta contemplación: para ordenarnos en todo el conjunto nuestro, para obtener esa gracia.

Y le pedimos la gracia, ofreciéndonos por nuestra parte, con el ofrecimiento del Rey temporal: "que quiero y deseo y es mi determinación deliberada de imitaros…", ofreciéndonos así con el corazón del todo abierto, sin reservas. Él se pone a nuestros ojos en el misterio de la vida oculta. Y la pedimos gracia para conocerle íntimamente, penetrar sus criterios, sus normas, sus gustos; para más enamorarnos de Él y mejor imitarle.

Me invita, pues, Jesucristo a su casa. Es mi casa, porque todas las cosas suyas son mías; me las ofrece. Su Madre es mi Madre. Lo ha dicho Él mismo, con una delicadeza que no nos atreveríamos nosotros a atribuírsela: "El que hace la voluntad de mi Padre, ése es mi madre, mi hermano y mi hermana".

Pues bien; vamos allá.

Llamamos a la puerta, y viene fuera Jesucristo. Jesús, joven, 14, 15 años… Nos mira con amor. –Todo esto es verdad-. Nos conoce, nos ama.

¡Qué ojos tan puros los ojos de Cristo! ¡Qué mirada tan pura! ¡Qué diferencia de tantas otras miradas…! ¡Qué nobleza! ¡Qué sencillez!

Nos invita a pasar.

Nos presenta, desde la puerta, a su Madre, que está trabajando; y nos fijamos cómo viste, cómo camina, cómo sonríe, cómo trabaja…

Con paz. Verla así para empaparnos en ello, para que se nos comunique a nosotros también este mismo modo de actuar.

Nos presenta a Ella personalmente: "Madre, ésta es Tal… de que tantas veces te he hablado… por la que me he interesado tanto… que he confiado a tus cuidados maternos…"

Y nos muestra también a San José que está trabajando. Trabaja en la huerta… trabaja en el oficio de carpintero… Trabajo duro… suda mucho… pero, feliz.

Y después que nos ha mostrado aquello, nos invita a quedarnos. "Si quieres quedarte aquí…"

Pero esta propuesta es demasiado seria. Quedarnos aquí… Y mira uno un poco… Es una casa que está apoyada sobre la roca, una gruta, terminada por delante… una habitación… dos… En el suelo, pues no hay baldosas, sino es el pavimento de la tierra… y le preguntamos un poco:

-Bueno; bien, bien; voy a quedarme aquí; me invitas. Pero, ¿qué me ofreces? ¿Qué condiciones de vida? ¿Tienes televisión?

-Pues no… no, no; televisión no hay.

-¿Cómo se pasa la noche, entonces? Y radio, ¿tienes?

-No; tampoco.

-¿Ni siquiera eso?

-No…

-Bueno; ¡pero por lo menos luz eléctrica tendrás!

-No; no, no.; tampoco. Nos arreglamos con estos mecheros.

Pues… Es un poco serio eso, ¿eh? Quedarnos en la casa de Jesucristo es un poco serio. Pero nos invita… nos invita… No hay grandes cuadros por las paredes… No hay nada de eso.

Y entonces le preguntamos:

-Pero oye, Jesús; pero, ¿es que estás a gusto aquí? Pero, ¿Tú vives aquí a gusto?

Y nos dice:

-¡No he de vivir a gusto… si lo he escogido Yo todo esto…! Lo he escogido en todo el mundo… Podía haber ido donde me parecía, y he escogido Yo esta casa. Así que, ¡fíjate si estoy a gusto! Porque, mira: Aquí hay poco confort, hay poco lujo, es cierto. Pero hay **mucha pureza y mucho amor,** que es lo que Yo busco. Aquí hay mucho amor. Estas dos personas son las que más aman en el mundo y las que más me quieren en el mundo. Yo soy feliz, soy feliz.

Y piensa un poco; y mira si Jesús estaría a gusto en tu cuarto, en tu aposento. A ver si hay mucho de lujo y poco de amor… Entonces no estará a gusto. O a ver si lo contrario: mucho amor y nada más que Cristo… Y procura darle gusto aunque no te guste a ti, y procura que te guste lo que a Él le gusta. Que te enamores de eso: lo que a Él le gusta.

Pobreza de verdad en la casa de Nazaret.

Y en medio de ese ambiente de pobreza, viven una vida de familia Jesús, María y José. Vida de **caridad íntima**, de familia vivida en el corazón. Y es que Jesús, María y José se estiman mucho, se estiman de verdad.

¿Cómo se conoce cuando una persona estima a otra? Pues basta ver cómo habla de ella cuando esta persona está ausente y no puede enterarse o no se enterará de lo que yo digo.

Si sorprendemos las conversaciones de Nazaret, ¿cómo hablan María y Jesús de San José?

María: "¡Qué padre tienes, qué bueno es, qué trabajador! Es que no para un momento. Y siempre con ese humor igual, siempre con esa paz… ¡Qué felicidad es vivir con un padre así!" –Sin poner ningún pero; nada, nada, nada. Todo transparente. –Se estiman…

Y José habla a Jesús de María lo mismo: ¡Qué Madre tienes! ¡Qué buena es! ¡Qué modesta! ¡Qué equilibrada en todo! ¡Qué suave! Todo se lo quiere cargar Ella. Da gusto trabajar por una Madre así".

Y María y José cuando hablan de Jesús: "¡Qué felices somos de tener con nosotros al Hijo de Dios! Este niño que va creciendo en edad, sabiduría y gracia… ¡qué felices somos! Todo está bien empleado lo que tenemos que trabajar y sufrir, por tener con nosotros al Hijo de Dios". –Se estiman.

Reflexionar para la vida de familia. –No admitir murmuraciones… ni críticas… ni chismes…

Hay un pecado que en el próximo Concilio esperamos que lo pongan con excomunión. –Todo lo va a arreglar el próximo Concilio, y recurriremos a él-. Una excomunión sólo; pero una excomunión especialísimamente reservada al Santo Padre personalmente, y sólo para la hora de la muerte. Entretanto… excomunión. Y es por este pecado: por el pecado de contar a una lo que otra ha dicho mal de ella. Excomunión especialísimamente reservada al Santo Padre para la hora de la muerte. –Pero, ¿sabe usted lo que es? –Oiga, Madre, ¿sabe usted? La Madre Tal ha dicho de usted que es usted tonta. –Mire usted que… que… ¿Quién les pone ahora a esas dos de acuerdo? ¿Quién les pone de acuerdo? ¡Si es imposible! Eso no lo hace el demonio.

¡Pues no! Nada de chismes. Estimarse. Hablar bien, o no hablar. Y si uno tiene que charlar mucho, y si quieren hablar –poco tiempo de hablar deben tener-, pero cuando se habla mucho, y…

se baja ya, porque se acaba la conversación, entonen las letanías. Pero no bajar a chismes. –Estimarse… estimarse…

Se aman… se aman Jesús, María y José. Se aman con afecto, indudablemente; se quieren mucho, mucho.

Pero se aman, sobre todo, con obras y sacrificio, al mismo tiempo que con grande amor. No es un amor que queda así en las regiones aéreas, sino es un amor que quiere de veras y que llega al holocausto de sí. Se aman con sacrificio.

Y el primer sacrificio que ofrecen todos, los tres, es el de sonreír siempre, siempre. Es muy importante. Acoger siempre a los demás sonriendo.

Pensar en esto y reflexionar sobre esto. Que… la cara no es nuestra… la cara no es nuestra; es de los demás. Nuestra cara no nos toca a nosotros, no la estamos mirando, no. Es de los demás. Y los demás tienen derecho a querer que tengamos una cara sonriente; tienen derecho. –Es que tengo un dolor de estómago… -¡Y yo que culpa tengo! Eso es para usted. A mí, póngame usted la cara que tiene que ponerme, la que me toca, la que me toca a mí.

Y aquí está la base de muchas cosas, ¿eh? Ponedme una casa lujosísima, con todos los lujos que se pueden tener, pero todos los habitantes de la casa serios, como en un funeral de tercera, todos. Es insoportable; se marcha uno a la calle. Para vivir uno así… Va usted por una esquina y le sale uno serio. Va usted por otro lado… otro serio. Pues chico… Me marcho…

En cambio ponedme una casa pobre, muy pobre, no hay nada; pero todos amables, todos sonrientes… Pues se está muy bien…

Pues bien; es el primer don y el primer sacrificio del amor: el saber ser para los demás. Yo no soy para mí, soy para los demás.

Y éste era el lema de la casa de Nazaret, sin duda ninguna. Allí se estiman y se aman con el sacrificio. El lema de cada uno de los tres en la casa de Nazaret era éste: "Trabajar yo para que los demás puedan descansar. Yo no soy para mí, soy para los demás. Privarme yo para que los demás puedan tener. Ayunar yo para que los demás puedan comer. Velar, madrugar yo para que los demás puedan dormir. Para mí lo peor, para los demás lo mejor. En lo agradable, primero ellos, después yo. En lo desagradable, primero yo, después ellos".

Esta es la vida de familia: de estima y de amor.

Y viviendo así constantemente con este espíritu, tan lejos de todo **egoísmo**, como si todos tuviesen que estar a mi servicio y todos alrededor de mí, son felices, muy felices; José y María con la intimidad de Jesús, y Jesús con sus padres.

Es la **vida interior**. Son felices, no por desahogos mundanos, no. No tenían necesidad María, José y Jesús de salir ahí los domingos por la tarde a los bares de Nazaret; no tenían mucha necesidad de eso. O a ver espectáculos por ahí; no tenían necesidad. Saldrían, darían sus paseos, por lo que lleva consigo de descanso, pero no para fijar su afectividad en las criaturas. No necesitaban nada de eso. Eran felices en esa intimidad mutua.

Cuando nosotros queremos buscar nuestra felicidad fuera de la intimidad mutua nuestra, ya es señal de que hemos perdido esa intimidad, de que hemos perdido esa vida interior.

Y reflexionamos sobre nosotros en esta vida nuestra de comunidad y de familia. Que hay mucha gente que **pervierte el orden jerárquico de las cosas.**

Nuestro primer campo de apostolado es la santificación de nuestra familia religiosa. Santificación del colegio, vida de familia dentro de nosotros. Y es el primer campo de apostolado. Y es nuestro primer deber de caridad. Y lo más delicado de nuestra caridad debe ser **para nuestras hermanas**. Siempre. Y quien no procede así, quiere decir que no procede por caridad. Y hoy día hay mucho peligro de esto. Hay mucha gente que se **deshace de caridad** para los comunistas… y para los herejes… y para los paganos… pero en la Comunidad… uff!!! ¡¡¡Insoportables!!! –Y dicen que es muy fina, que es una persona muy fina… y toda la gente de fuera habla de esto. –Pues mire, en casa… no se diría que es tan fina, no se ve por ningún lado.

Eso no es ordenado. Nuestros mejores sacrificios, nuestras mayores delicadezas, finuras, tienen que ser para el primer campo de apostolado que el Señor nos ha confiado, que es la vida de familia. Aquí, entre nosotros; caridad con nosotros. Lo primero. **Orden.**

Suele pasar una cosa parecida como las chicas de fuera. Usted las ve fuera… son una maravilla; con una delicadeza y… una finura… y una gracia… y una alegría… Llegan a sus casas, y sus madres vienen a quejarse: Es que no puedo con mi hija; porque es que mi hija… es que… es insoportable… -¡Pero hombre! Si es tan fina… tan educada… -Pues será con usted. En casa no puedo con ella. -¿Sabe usted qué pasa? Pues, que como suelen llevar guantes… pues fuera llevan guantes; pero como ahora se llevan las uñas largas… pues en casa se quita los guantes, y quedan las uñas…

Pues que no nos pase igual.

Vida de familia, de caridad mutua, auténtica, que parte de una estima auténtica. Esa es la base.

Vida de **obediencia** es la vida de Nazaret.

Es la grande lección, tan difícil.

Cuando el Evangelista resume la vida de Jesús en Nazaret, dice que "estaba obedeciéndoles". **Et era subditus illis.**

Pensemos en esto.

Jesucristo podía haber trabajado en mil Acciones Católicas; sin duda. Podía haber organizado en Nazaret Congregaciones Marianas… Acciones Católicas… Todo lo que hubiese querido. Cualidades no le faltaban.

Más. Si le hubiésemos encontrado a aquel joven -20 años, 22 años- por la calle, ¿qué le hubiésemos aconsejado nosotros? ¿No le hubiésemos aconsejado que si tenía un poco de caridad y un poco de celo, que tenía que ir a trabajar entre los obreros, o que tenía que ir a participar en las actividades de la organización católica… a ver qué hacía en casa… eso no se puede tolerar… que eso es egoísmo? ¿No le hubiéramos dicho eso?

Y, sin embargo, Jesucristo tenía más caridad que todos los de la caridad juntos. Y a pesar de eso, está en su casa… obedeciendo a sus padres… hasta los treinta años… quieto… sin manifestarse…

Hoy diríamos: Pero, ¿y el desarrollo de la personalidad…? Pero, ¿es que no es capaz de hablar? Pero, ¿es que no es capaz de hacer? –Quieto.

Es que nos quiere enseñar una lección muy difícil, muy difícil. No quiere enseñar que **el apostolado no está formalmente en moverse, en agitarse, en hablar, en predicar**, sino que esta en SACRIFICARSE POR DIOS REALIZANDO SU VOLUNTAD SOBRE NOSOTROS. Eso es el apostolado.

Es falso decir que una persona que trabaja apostólicamente, activamente, salva más almas que una persona que está recogida en la Trapa. Es falso, falso… -¡Ah!, pues yo me quedé fuera creyendo que salvaba más almas… -Pues se equivocó, porque no es verdad. Tiene que haber almas en medio del mundo, indudablemente. Pero no es porque salvan más almas, sino porque tiene que haber también tales almas. Cada uno salva más almas cuando está donde Dios le quiere, y haciendo en el grado en que Dios lo quiere. Porque en último término, el que salva almas es Cristo, sirviéndose de nosotros como instrumentos. Y tanto más se sirve de nosotros como instrumentos cuanto somos más dóciles a lo que Él quiere de nosotros.

De modo que, el cartujo que está retirado en la Cartuja, y Dios lo quiere en la Cartuja, salva las almas que Dios le ha confiado, y las salva todas. El apóstol activo que está en medio del apostolado activo, y Dios le quiere en el apostolado activo, salva todas las almas que Dios quiere que salve.

Pero no se pueden hacer las cosas como a uno le parecen. Si esta persona está trabajando activamente, y Dios la quería en la Cartuja, salva menos almas de las que salvaría en la Cartuja. Y si esta persona está en la Cartuja y debía estar en la vida activa, salva menos almas de las que salvaría en la vida activa. Que la cosa no está en moverse o en no moverse; la cosa está en cumplir la

voluntad de Dios; en ocupar el puesto que Él nos ha confiado. Con fidelidad. Y si Dios nos quiere en el silencio, en el silencio. Entonces salvamos más almas que en la actividad.

Esta es la gran lección de Jesucristo. Si no, si le hubiésemos visto siempre activo, hubiésemos pensado que estando parados no se salvan nunca. Él ha cogido lo que más llama la atención, lo más difícil, lo que menos se entiende humanamente: que obedeciendo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, así es como se redime al mundo. **Exinanivit semetipsum factus obediens usque ad mortem.** "Se anonadó a Sí mismo, hecho obediente hasta la muerte". Y allí 30 años quieto, quieto; en Nazaret.

Aprende a obedecer… a obedecer. Es el mayor sacrificio… el obedecer; el mayor sacrificio. Por eso es tan fecundo…

Es el mayor sacrificio porque es la oblación de sí mismo por amor. Eso es obedecer: oblación de sí mismo. Cuando yo hago una cosa, aunque sea muy grande, pero por mi voluntad, yo puedo hacer **la cosa**, pero no **a mí mismo**. Porque yo he sido el que lo he escogido por mi gusto. –Es que hace muchas penitencias… Muy bien, muy bien… Pero las hace por su gusto, y ofrece la penitencia. En cambio, en la obediencia, ofrezco a mí mismo por la obediencia.

Suponed que yo ahora podía estar predicando en una gran catedral, con una asistencia de 40.000 personas. Y cuando voy a ir por allá, me avisa mi Superior y me dice: No, no vaya. En vez de eso, hay que limpiar en tránsito ese; coja la escoba y a barrer. –Yo voy a barrer… murmurando un poco… como el perro que le mandan que esté parado. Y empiezo a mover la escoba… ¿Qué ofrezco al Señor, el movimiento de la escoba? ¡Qué movimiento de la escoba! Lo que le ofrezco es a mí mismo, a mí mismo en holocausto. Ofrezco todo lo que había podido hacer y todo lo que es todo mi ser; el ofrecimiento íntimo de mí mismo. –Y en cada acto de obediencia pasa lo mismo. Se realiza el holocausto de sí mismo. Por eso, la vida de obediencia es vida de holocausto total, tanto, en cuanto uno se somete a la voluntad de Dios, sin seguir la propia voluntad independiente de Dios.

Esto es la obediencia. **Sólo se obedece a Dios,** a nadie más. Por eso es un holocausto, que se ofrece a solo Dios. No obedecemos a ningún otro sino a Dios, y a todos los demás en cuanto legítimamente representan a Dios. Lo demás no se obedece. Si yo voy por la calle y me encuentro con un mendigo, el primero que encuentro al salir, y le digo: Mire usted; yo estaba dudando ahora de si marcharme a Badajoz o a Sevilla. Dígame usted, y lo que usted me diga, voluntad de Dios. ¿A dónde voy: a Badajoz o a Sevilla? Me dice: Vaya usted a Sevilla. Dice: Dios quiere que vaya a Sevilla. -¡Mentira! Eso es como echar un dado al aire, nada más. Es echar a suertes. Porque ése no tiene ninguna autoridad sobre usted, no tiene legítima autoridad de Dios, legítima representación de Dios.

En cambio, la autoridad legítima le dice: Vaya usted a Sevilla; y puede usted decir: Dios quiere que yo vaya a Sevilla. Y es verdad. –Pero sólo se obedece a Dios o a su legítimo representante.

De modo que no se obedece para aprender sólo, y cuando llega uno ya a saber un poco, prescinde de la obediencia, no. No sólo. Jesucristo sabía. Sabía más que San José y, sin embargo, obedece.

No se obedece tampoco porque el otro sea santo, o sea más santo que yo… porque en la casa de Nazaret, el menos santo de todos era San José, y era el que mandaba a todos. Y la Virgen –que estaba en la mitad- mandaba y obedecía.

No es porque sea santo, no. Es para adorar a Dios, para ofrecer ese obsequio a Dios. "He venido, Padre, para hacer tu voluntad". Y este es el orden que Tú has puesto, y yo lo acepto. Y entonces, en cada acto de esa vida de obediencia, es honrado Dios. Es la glorificación de Dios.

Pues bien; examinemos un poco esto. Mirad que la eficacia apostólica depende en gran parte de la obediencia. Porque en la obediencia es donde precisamente uno se pone como **colaborador de Dios.** La colaboración supone la aceptación de la idea por su legítimo manifestante, de la idea de Dios. Y lo demás no hay apostolado; hay **apariencias**. Y ya vemos los resultados de esto. Apariencias…

De modo que una persona que hace lo que le gusta… como le gusta… cuando le gusta… ahí hay generalmente **poca voluntad de Dios y mucha voluntad propia.** En cambio, otra persona que hace lo que le mandan, **aun cuando** no le gusta, **cuando** no le gusta, **como** no le gusta… hay **poca voluntad propia y mucha voluntad de Dios.** Y de ahí viene después la eficacia apostólica.

¡Ojalá aprendamos esta lección grandiosa de Cristo! Ojalá de cada una de vosotras se pueda decir a la hora de la muerte, de verdad: "Se anonadó a sí misma, hecha obediencia hasta la muerte y muerte de cruz".

Por fin, la vida de Nazaret es vida de **trabajo**. Trabajo duro… de obrero… donde no hay ocho horas de trabajo, sino todo el día tiene que estar trabajando. Un trabajo que no humilla a Jesucristo. No se siente humillado, sino que lo dignifica Él mismo el trabajo.

Y piensa un poco qué estimas tienes al trabajo, del obrero, etc. Hoy día estamos en ese tiempo de la ocupación en los problemas sociales, etc. Pero ten siempre un criterio **sobrenatural**, sobrenatural. No por moda, no porque la cuestión social… puramente esto; no. Sino con la visión divina; porque tiene esos derechos ante Dios, porque es hermano **tuyo** en Cristo, para que se **santifique**. No meramente para que esté bien económicamente; no, no… Y es verdad, que si a Jesucristo lo hubiésemos encontrado quizás por la calle, quizás le hubiéramos despreciado como un obrero. No; no hacerlo así. "Lo que hagáis a uno de éstos, a mí me lo hacéis". Y procurar, sí, tener esa estima, procurar el bien espiritual de ellos, procurar cumplir con todos nuestros deberes para con ellos, pero no como sola justicia, sino con **grande amor,** como si lo hiciéramos a Cristo mismo.

Y así en este trabajo duro, Jesucristo trabaja con **pura intención** de glorificar al Padre. Este es nuestro ejemplo: trabajar con **pura intención.** Trabaja con **orden**, en obediencia, sometiéndose a lo que San José le indica. Con **diligencia** suma; sin prisas por otra parte, sin dejarse absorber, sin dejarse perder y sin dejar nunca la contemplación del Padre y de la divinidad. **Orando** a la vez, con un corazón abrasado en amor a Dios y a los hombres.

Reflexiona también en esto sobre ti misma. Cómo trabajas, cómo oras en el trabajo, con qué orden, con qué diligencia, con qué **amor** en el trabajo mismo. De modo que también en ti se realice lo mismo que en Cristo esa unión del trabajo con la pura intención de agradar al Padre, con la oración constante para glorificar a Dios y salvar nuestras almas.

NUESTRA CONSAGRACIÓN

Hemos expuesto en diversas partes de los Ejercicios los dos principios fundamentales de la devoción al Corazón de Cristo.

Ahora, después de haber visto la cooperación de la Virgen a la obra de la Redención, de la Encarnación; su consagración total al servicio de su Hijo, a agradar a su Hijo, vamos a considerar nuestra respuesta al primer principio: Si Jesucristo me ama ahora, lo lógico es que yo responda a este amor. –Y vamos a hablar aquí de esta respuesta nuestra al amor de Cristo.

Una vez convencido de que Jesucristo me ama personalmente, **ahora**, y de que Él me envía todas las cosas, todas las gracias, agradables y desagradables, mi respuesta lógica será la de reconocer que todo viene de su mano y devolverle estas mismas cosas con amor.

Para hacer esto, el primer paso es ver en Jesucristo no una cosa, sino una persona viva. No considerarlo meramente como una reliquia o como una estatua, sino como se trata a una persona viva. Y esto tanto en nuestra vida personal espiritual, como en la formación de los demás. Vosotras, que os dedicáis a la educación y a la formación de la juventud, éste es vuestro oficio: el introducirlas a una vida cristiana **plena**, auténtica. Para enseñar Matemáticas y enseñar Ciencias, para eso la Fundadora no funda una Congregación religiosa. Para eso bastan los Institutos del Estado. Lo que hay que hacer es formar jóvenes **cristianas**. Y todo lo demás es estar fuera de su sitio. Y a esto vamos. Tanto en nuestra vida espiritual, como en la formación apostólica y en la educación, hay que enseñarles –a las jóvenes- a ver en Jesucristo una persona viva. Que cuando se acercan a la Eucaristía vayan a tratar con una persona viva. No precisamente porque uno lo diga sólo con palabras, sino por el sentido mismo que da a toda la vida cristiana.

Jesucristo en la Eucaristía no es un cadáver, no es una mera reliquia, sino Jesucristo en la Eucaristía es una persona **viva**, que nos conoce, que nos ama, que nos ve entrar en la iglesia o en la capilla y **se alegra.** Porque como persona viva, reacciona, como reaccionaba en su vida pública, lo mismo. Y ante la fe del centurión, Él se admiró; y **ahora**, se admira lo mismo ante nuestra fe auténtica, verdadera, rica. Y cuando nos ve entrar, se alegra, como uno que ve entrar a su amigo y se alegra de la entrada de su amigo.

Este es nuestro trato con el Señor; es una persona viva.

Y tratarlo así, como persona viva. Por ejemplo, no sería de este sentido una persona o una educadora que dijese a las niñas: "Id a hacer una visita al Santísimo". Eso dice poca cosa a una niña: hacer una visita al Santísimo. Si en cambio le dices: "Mira, vete, y dile esto a Jesús". Eso ya es una persona viva. "Cuéntale esto. A ver qué te dice Jesús sobre esto. No sé si le gusta a Jesús lo que estás haciendo". – Y eso es formación cristiana. Lo que pasa es que para actuar así hay que creer en la gracia. Y esa alma niña que se nos ha puesto en nuestras manos, que Jesucristo te la ha confiado para que tú formes en ella a Cristo "**donec formetur Christus in vobis**" y de la cual tendrás que dar cuenta al Señor para ver si le has formado a Él en ella, pues muchas veces no caemos en la cuenta de que tiene en sí todas las riquezas sobrenaturales. Y así como hay una afectividad humana, y hay una inteligencia humana y una voluntad humana, que por la educación hay que desarrollar e integrar, así también hay en esa niña una fe divina, una caridad divina, una afectividad divina que hay que desarrollar en ella. Y muchas veces prescindimos como si no existiera. Y es fatal formar a las niñas católicas como si fueran paganas, con los mismos principios. Eso es desconocer el orden sobrenatural. Formarlas únicamente para que cumplan su deber: "este es tu deber". Eso es pagano, pagano. Hay que dar al mismo deber un sentido cristiano, en todo su ser: "Y esto es lo que Jesucristo quiere de ti. Y tú tienes que realizar la misión que Jesucristo te confía. Y ahora Jesucristo quiere esto de ti, y no eres fiel y no cumples así el deber que tienes para con Cristo, el cual ha dado la vida por ti". –Y, ¿es que las niñas lo entienden esto? –¡Pues claro que lo entienden…! Lo que pasa es que no creemos en la gracia. ¿No lo han de entender? Si tienen una sensibilidad delicadísima… una psicología sobrenatural muy fina…

Santa Teresita del Niño Jesús lo cuenta así también en la Historia de un alma: la impresión que a ella le causaba ver las reacciones de las niñas a las verdades sobrenaturales que les explicaba. ¡Pues claro que lo captan! Tienen gracia santificante. –Y así hay que educar también a las futuras madres de familia, para que formen a las niñas y a sus niños con este mismo espíritu.

Una vez me contó un padre que, después de una conferencia que dio él sobre estas lecciones del papel del amor a Cristo en la educación de los niños, etc., un maestro –D. Manuel se llamaba- le salió al encuentro después de la conferencia y le dice:

-Eso que ha dicho usted es verdad.

-¡Pues claro! Me supongo… si no, no lo hubiese dicho.

-No; quiero decir que yo lo he experimentado esto.

Y contó este caso: Era maestro de un pueblecito. Y entre sus chicos, tenía uno particularmente díscolo y que no llegaba nunca a dominar. Lo había castigado cien mil veces; y ya se reía de los castigos… cuando lo llamaba venía saltando… riéndose… Recibía el castigo y seguía igual… y no sabía qué hacer el pobre maestro. Y un día aquel chico estaba así enredando como de costumbre, sin saber ya qué hacer, lo llama; viene el otro así riéndose… Y sin saber cómo salir del paso, se le ocurrió entonces al maestro, y le dice: "Mira, chico; vete a la iglesia, y allí, en el altar donde dan la comunión está Jesús; vete y dile a Jesús lo que me estás haciendo; a ver qué te dice". Y el chico salió saltando de la escuela, como había venido haciendo hasta la mesa del profesor. Pasaron diez minutos y no volvía. Pasa un cuarto de hora y no vuelve. Y los chicos le dijeron: "D. Manuel, aquél ya no vuelve; aquél se ha ido de vacaciones". –Pues a los veinte o veinticinco minutos se presenta el chico llorando. El Maestro que le ve, lo llama: "Ven aquí". Y viene, y le pregunta:

-¿Qué te ha dicho Jesús?

Y el chico le responde:

-"Me ha dicho que usted también me perdone".

Y desde aquel día, aquel chico cambió totalmente. Fue el remedio definitivo. –Eso supone personas de fe, de fe. Lo que pasa es que si nosotros no **creemos** prácticamente, ¿cómo vamos a infundir esa fe en los demás?

Tratarlo, pues; ver en Él una persona viva, como es en realidad. E infundir esto en toda nuestra educación con la mayor naturalidad del mundo, que eso es lo que impresiona. No como quien está haciendo un tinglado, no. ¿Es lo normal? Pues así es. "Y eso se lo digo yo al Señor". Y verás cómo te ayudará.

Viendo así a Jesucristo como una persona viva, se suscitará en nosotros, como segundo paso, un amor **personal** a Jesucristo. Amor personal de delicadeza y entusiasmo. No un amor personal frío, que es sólo obedecer y hacer las obras que nos manda. No sólo eso, sino un amor personal, rico, de delicadeza y entusiasmo. Nuestro corazón tiene que estar lleno, y si no está lleno del amor de Cristo, fácilmente se desbocará hacia las criaturas.

Y esto lo mismo en la formación: que los niños se enamoren de Cristo. Que son muy capaces… muy capaces… A su manera cada uno, porque no se puede pedir a todos lo mismo. Como niño… pero lo harán, lo harán.

Y así han vivido siempre también los santos, con este amor personal.

En la vida del P. Rubio se lee que una vez en el tranvía, yendo por Madrid, cuando subió, pidió dos billetes. Y cuando le preguntó el otro para quién era, dice: "¡Ah, no! Perdone, uno". El otro era para el Señor, que le quería pagar el viaje. Como iban juntos… -Eso es familiaridad. Y él mismo decía: "Hasta que se encuentra al Señor, trabajo cuesta. Cuesta mucho encontrarle; pero una vez que se le encuentra, se le encuentra hasta en la sopa; en todas partes". Y así es… es así… Una vez que uno lo ha encontrado, ¡ya está!, por todas partes. Vive una vida de amor, de amor de delicadeza y entusiasmo. Mientras seamos capaces, mientras haya en nosotros capacidad de amar, amar a Jesucristo.

Este aspecto afectivo es muy importante. Y notad que los colegios vuestros deben ser colegios del amor de Cristo. Es lo que interesa… Lo que interesa no es que al final de los años de estudio digan:

-¿Qué tal el colegio?

-¡Estupendo! Todas han aprobado la reválida.

-Dígame usted: ¿Todas han salido enamoradas de Cristo? Es lo que me interesa… ¡Enamoradas de Cristo!

Imaginaos el bien que se haría si de todos los colegios de religiosos saliese una juventud **enamorada** de Cristo. Pero si sale una juventud… -¿Qué tal? –Dice: ¡Muy bien! Sí, sí. Van después a la Residencia y las contenemos allí… Nos dan mucho que hacer, pero… -no van a Misa ni los domingos-, pero… sacan buenas notas. –Pues, ¡cierre la Residencia! -Está tocando el violín… ¡a cuatro manos… Claro…! Nuestra forma es educación de juventud, y educación cristiana. No para aguantar a la gente.

Esto es importante: este enamorarse de Cristo y enamorar a los demás. Escuelas del amor de Cristo; colegios del amor de Cristo.

Se comprende así –tratándose de religiosos-, que un Padre espiritual de ciertos religiosos les preguntase a los que llamaba a él para cuenta de conciencia: "Durante el día, ¿piensa usted con frecuencia y con afecto en Jesucristo?". Si respondía, si el joven religioso le decía: Sí. –Bueno, va bien. Sin le decía: No, el Padre se ponía un poco serio y le decía: "Pues mire usted, me preocupa; porque, o no es usted normal o no tiene usted vocación".Y el otro asustado, decía: Y, ¿por qué? –"Pues mire; o ha dejado todo por Jesucristo, o no lo ha dejado todo por Jesucristo. Si la ha dejado todo por Jesucristo, ¿cómo se explica que, habiendo dejado lo más querido por amor de Cristo, ahora no piense siquiera en Jesucristo durante el día con amor? Eso es algo anormal. Y si no lo ha dejado todo por Cristo, dudo mucho de su vocación. –Y es verdad; en el fondo hay mucho de verdad. Puede llegar a un punto de exageración que no es tal siempre la ley psicológica, pero hay un fondo muy verdadero. –Lo hemos dejado todo por Cristo "**congregavit nos in unum Christi amor**"; ¿Cómo es que ahora este amor a Cristo no ocupa el centro de toda nuestra existencia? ¿Cómo es que toda nuestra vida no es buscar a ese Cristo y gozar de su encuentro cuando lo hemos encontrado? Este es el problema que se presenta.

Y ahora vendría la cuestión: Pero entonces, ¿por qué son relativamente pocas, relativamente, las almas religiosas que llegan a este enamoramiento de Cristo? Dirán algunos: "Es que yo estoy enamorado de Cristo, pero es que no se nota". ¡No se nota! Déme usted un alma enamorada, a ver si no se le nota; a ver si es capaz de disimular. ¡Ni de lejos! Un alma que está enamorada no es capaz de disimular; le salta por todas las esquinas. Y las muchachas, las chicas, que tienen una gran vista y caen en la cuenta de todo, saben muy bien: Esa es o no es una enamorada de Cristo; eso lo saben muy bien. –Y ése me gustaría que fuese el gran elogio que hiciesen de una religiosa. No el que digan: Esa religiosa es una maravilla como matemática; sabe una de Matemáticas… Lo que interesa es que me digan: Esa religiosa está loca por Cristo. Eso es lo que es el juicio grande que se forma una chica, una joven, de una religiosa: Está loca por Cristo; de verdad.

Por lo tanto, no es que se disimule; no es fácil, no es fácil. Pero, en fin; admitamos que se puede disimular. Entonces digamos sencillamente: ¿Por qué son aparentemente tan pocos los religiosos enamorados de Cristo? ¿Dónde está el secreto? –Pues, creo que hay que decir que el secreto está en esto: "En que no saben pasar el desierto afectivo". En la vida espiritual hay un desierto; siempre. Un desierto que hay que atravesar con trabajo, y en pura fe. Y eso no se pasa fácilmente.

Los autores espirituales, los Padres –y ya la carta a los Hebreos mismos-, les gusta comparar la vida cristiana, vida espiritual, al éxodo de los israelitas del desierto a Jerusalén. Ahora bien; ¿qué pasó en aquel éxodo del desierto, de Egipto a Jerusalén? –Cuando Moisés los sacó de Egipto, salieron todos, pasaron el Mar Rojo con la ayuda del Señor, con aquellos milagros… y todos salían cantando. ¡Encantados! ¡Satisfechos! Y pasó Moisés el Mar Rojo, y empezó a cantar aquel cántico que teníamos los sacerdotes en el Breviario en las segundas Laudes, que ahora lo han acortado, que no acababa nunca. Cuando tocaban las segundas Laudes… "Cántico de Moisés"; eran dos o tres páginas; y aquello no acababa. Como decía un sacerdote de Teruel: "La jotica de Moisés", la jotica de Moisés.

Pues bien; la jotica de Moisés que no acababa. Y la hermana de Moisés cantaba, y las otras cantaban. Todo el mundo a cantar; todos felices. Después siguen un poco más adelante, y viene el desierto. Y empezaron a tener hambre… y sed. Y entonces se rebelaron contra Moisés: "¿Nos has sacado aquí para matarnos del hambre en el desierto? Mejor estábamos en Egipto, que al menos teníamos ajos y cebollas". Y se rebelan contra él. Y se rebelan contra Dios.

Y esto mismo pasa en la vida espiritual. Igual. Cuando uno sale de Egipto –comienza la vida espiritual dejando el mundo-, sale con un arranque que, con unas alegrías y unos cantos… una felicidad… Después llega el desierto; el desierto afectivo. Y una necesidad de amar y de ser amado… Y empieza a apretar el hambre y la sed; y es muy fácil que el alma se rebele contra Dios y que se vuelva a Egipto. No personalmente a Egipto, porque a lo mejor no puede dar el paso hacia atrás, pero haciendo del desierto un pequeño Egipto; buscando una satisfacción en las criaturas; desahogo de las criaturas; y hacerse ya su propia vida moderadamente. Ya no llegan a la Jerusalén celestial; no llegan a ese grado de enamoramiento de Cristo a esa plenitud de que habla San Juan de la Cruz en sus últimas estrofas, desde luego; pero aun proporcionalmente al orden normal:

Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura
entremos más adentro en la espesura.

Eso se ha acabado. Esas espesuras, que como él dice son las espesuras del mucho padecer, "porque no hay mucho amar sin mucho padecer", eso se ha acabado.

Aquí está el secreto. Es que el Señor es muy particular. Ya lo decía San Agustín –que tenía aquella familiaridad con el Señor. –Y le decía: "Señor, ¿quién te entiende? ¿Quién te entiende? Buscas a quien huye de ti, y escapas del que te busca". Está uno yendo por ahí, por esos mundos de Dios, y el Señor va detrás, y no lo deja en paz, y lo persigue. Va uno buscando al Señor, y se esconde, se esconde. Y es así… -Y es ese desierto afectivo la piedra de toque de nuestra fidelidad al Señor. Y es necesario atravesarlo. Es necesario formar el propósito firme, definitivo: que vamos hasta Jerusalén, y buscamos a sólo el Señor, sólo Jesucristo. Y aunque me muera de hambre, aunque las criaturas se me presenten pidiéndome mi amor, yo no beberé más que del agua que sale del Corazón de Cristo. **Haurietis aquas cum gaudio de fontibus salvatoris.** "Beberéis el agua con alegría, el agua que brota de la fuente del Salvador". Aquí está el secreto.

Y se suele notar ese estado afectivo interior en el modo como se emplean los ratos libres. Un día que hay una fiesta… -vosotras tenéis menos probabilidades, porque tomáis lo que se os da-, pero quien tiene un poco de libertad, cuando se presenta un domingo por la tarde, o una fiesta, se nota muy pronto a qué cosas se inclina entonces el corazón. Y hay gente –religiosas, desde luego, religiosas-, que desean pasar las fiestas lo más parecido posible a los seglares; lo más parecido. A divertirse como ellos, a correr como ellos… y casi tienen una especie de nostalgia de no poder participar en todas las cosas que hacen ellos. Y les parece que es como un complejo de inferioridad por ser religiosas; que son demasiado ñoñas y del siglo pasado. -¡Ay! cuando uno encuentra esto… ¿Qué puesto puede haber ahí para el amor de Cristo? –En cambio… -yo no sé; ya me voy haciendo viejo-, pero se acuerda uno de aquellos tiempos heroicos, gloriosos, cuando el domingo por la tarde veía uno a los hermanitos coadjutores –que son los santos de talla-, aquellos hermanitos que tenían el rato libre del domingo, y se pasaban dos o tres horas en la capilla. Allá… con el Señor. Eso sí que es grande. –Ahora… pues ya tienen que desarrollar más la cultura… tienen que pasear más… tienen que ver… tienen que estudiar… tienen que hacer… ¿Serán más santos? Pues a lo mejor… No lo ve uno, pero bueno. Pero a lo mejor… Como Dios es testigo… Con eso nos arreglamos muy bien: como Dios ve las cosas… -Pero, ¡qué temple aquel! Rato libre que tenían, ¡a la capilla! Todavía tenemos algunos así. Allí tenemos en Roma un hermanito que cuando se presenta para cuenta de conciencia, yo me metería debajo la mesa. Ochenta y cinco años me parece que tiene. Como un niño, ¿eh? Como un niño. Y ese es de los de la capilla. Allá va. Y todos los demás dicen: Este, este sí que es… -Pues, ¿por qué no le imitamos? ¿Cómo no le imitamos?

Aquí está el amor de Cristo; aquí, aquí. Y por aquí hay que llegar a ello: sólo Cristo, sólo Cristo. Y declarar guerra a todo lo que no sea sólo Jesucristo.

Este amor personal, de delicadeza y de entusiasmo a Jesucristo hay que mantenerlo vivo en los ejercicios de la vida cotidiana. No se trata de que uno corte la vida ordinaria para hacer un acto de amor. El termómetro del amor de Cristo no hay que ponerlo en el momento de la oración, en que está el alma allí muy sumida en la oración, sino hay que ponerlo en la vida de cada día, en el nivel de amor con que vive la vida cotidiana. Ahí se pone el termómetro.

Hay que mantenerlo vivo. La vida del cristiano no es interrumpir de vez en cuando su vida para hacer un acto de fe, un acto de esperanza y un acto de caridad, no. Eso es muy fácil. Está uno trabajando; interrumpe un poco y dice: Señor, yo creo en ti, creo en Dios Padre todopoderoso… Eso es muy fácil. Eso no es la vida teológica cristiana, no sólo eso. Sino, lo que importa es que mi vida cotidiana sea oda ella empapada de fe, de esperanza y de caridad. "Mi justo vive **de la fe**". No vive haciendo actos de fe de vez en cuando, sino que la vida toda, está impuesta por la fe, y se entiende sólo por la fe. –Y eso es lo que cuesta. En cualquier decisión del día, yo me rijo por la luz de la fe; en todo lo que veo. Y en cada momento hago un holocausto de mi modo de ver humano para seguir el modo divino de ver las cosas. Eso es vivir, vivir.

Por lo tanto, este amor hay que **vivirlo** en el ejercicio de cada día. Procurar demostrarle ese amor en todas las cosas del día, las pequeñeces de cada día; vivirlas con amor. Aun el detalle más pequeño, con el mismo amor con que un mártir va al martirio, lo mismo. Ahí está. Y cuanto más profundo sea este modo de vivir en amor las circunstancias de cada día, tanto más alta es la vida espiritual de esa persona.

Mantenerlo, pues, y demostrarle este amor al Señor en todo. En los Superiores; sí. Hoy día que hablamos tanto de la caridad con todos: los paganos, los comunistas, los herejes, los malos religiosos, los sacerdotes, los seglares… todos, todos… menos con los Superiores. A los Superiores, a lo sumo a lo sumo, obediencia. Ya les basta. Caridad con todos los demás. –Pues esto no es caridad ordenada, porque dice San Pablo a los Tesalonicenses: "Que debemos mayor caridad a nuestros Superiores, ya que ellos tienen que responder por nosotros ante Dios, y por lo tanto, son más legítimos **representantes** de Dios, a quien se ordena nuestra caridad". Y es lógico, y es justo. –De modo que, en el mismo obedecer, en el mismo seguir a los Superiores, procurar mantener **la caridad**.

Caridad también en el trato **con las hermanas**, naturalmente. Porque "lo que hacéis a una de éstas, a mí me lo hacéis". Por lo tanto, el vivir esa caridad como a Cristo mismo, con ese espíritu… ¡qué hermoso sería esto! Hacer un pequeño favor como a Cristo mismo. –Y eso a todos; sobre todo –como decíamos en la meditación precedente- a los miembros de la Comunidad; pero lo mismo a los seglares. No se trata de establecer una oposición entre la caridad y las demás virtudes, sino que el cristiano perfecto ejercita todas las virtudes **con caridad**. Y da lo que es justo con caridad; pero lo que es justo también. No se trata sólo de dar a cada uno lo suyo, sino de dar a cada uno lo suyo como a Cristo; con la misma delicadeza, con la misma caridad con que lo haría a Cristo mismo, con la misma sonrisa; igual que a Cristo. Y entonces, la vida, sí, sería celestial entre nosotros.

Y lo mismo verlo **en las niñas** que hay que educar. Porque "lo que hacéis a uno de estos pequeñuelos, a Mí me lo hacéis". Y hacerlo con el mismo espíritu, con el mismo amor, con la misma delicadeza y entusiasmo.

Pero no basta esto. Dice San Pablo: "Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación"; la santidad. Ahora bien, santidad no es privarse de espectáculos, privarse de placeres, privarse de comodidades. Eso **no es la santidad**. Y eso dicen muy bien, y hoy se insiste mucho en esto y con mucha razón. No es eso la santidad. Pero notad bien. Tampoco es santidad lo contrario. Que algunos sacan esa conclusión: luego santidad es ir al cine, santidad es fumar, santidad… No, no. Ni lo uno ni lo otro es santidad. Ahora, es muy cierto que la santidad, que no consiste formalmente en eso, no se obtiene de hecho sin el sacrificio de la mayor parte de esas cosas. Eso es un hecho. Aun cuando **no es** eso, pero no se realiza **sin** eso. Pero no es, no es. Como decíamos: la norma no es hacer lo que más me cuesta; no es.

"La santidad –dice San Juan de la Cruz- consiste formalmente en que el alma, según la voluntad, esté puramente transformada en la pura voluntad de Dios". Eso que pedimos todos los días: "sean ordenadas mis intenciones, acciones y operaciones **puramente** para agradar a Jesucristo".

En la capilla de la conversión de Loyola, hay una inscripción inspirada que dice así: "Aquí se entregó a Dios Iñigo de Loyola". Está muy bien dicho. No dice: Aquí se convirtió; "aquí **se entregó** a Dios Iñigo de Loyola". Iñigo de Loyola era –decía él- un soldado desgarrado y vano. Pero era buena persona en el fondo. Y de hecho, pues… practicaba los Sacramentos… Antes de la batalla de Pamplona, como no había sacerdote, se confesó con un soldado… Y ya está… Eso, ¿no es hermoso? Hizo su confesión con un compañero; le contó todo; se confesó. –De modo que no era así un… malo; no. Casi iba a decir –con un poco de ironía, pero…- que si se hubiese muerto en Pamplona, le hubiésemos podido hacer… pues, canonizar como patrono de los soldados de Acción Católica. ¡Buena persona!

Pero, en aquellos días de convalecencia en Loyola, cuando estaba allí, en la cama, se aburría; y pidió a su hermana Magdalena que le trajese alguna novela; novela de caballerías, de hazañas de caballeros. Magdalena –no sé si será verdad, o si era una pía mentira-, le dijo que no había en casa; que no había más que la vida de Cristo y la vida de los Santos. Pero como se aburría, dijo: Pues que me traigan la vida de Cristo y la vida de los Santos. Y en la lectura de la vida de Cristo y la vida de los santos, Ignacio de Loyola cayó en la cuenta de que Jesucristo tenía algo que hacer en su vida. Y entonces renunció a sus planes. –Tenía planes muy vanidosos; no pecaminosos, vanidosos. El quería casarse no con una condesa o marquesa, sino más arriba. Parece que era la hija del Emperador detrás de la que iba él, ¡nada menos! Serían vanidosos… pecado no. Pero cuando cayó en la cuenta de que Jesucristo tenía un papel que realizar en su vida, renunció a sus planes vanidosos, para realizar en todo los planes de Cristo sobre él. "Aquí se entregó a Dios Iñigo de Loyola", se puso a disposición de Dios. Basta.

Esa es la determinación de la santidad: renunciar a los propios planes en cuanto propios; incluso de santidad. Que nosotros hacemos planes hasta de santidad; una santidad que tiene que ser así, así, así, así; una santidad de la que cuando yo pase por la calle venga toda la gente a besar las huellas de mis pies, y que me vengan a besar la faja cuando pase –con tal de que no me la ensucien…- ¡Pues no…! –Una santidad en la que no haya humillaciones, sino todos admirados del esplendor de mi santidad. No. –Sin faltas; ni una falta… Siempre, todas las noches llego al examen de conciencia: no ha habido nada, nada, nada. ¡Señor! Todo es gloria tuya… -Y no es ese el plan de Dios, sino el plan de Dios es que lleve siempre una jorobilla que está allí dándole y dándole y dándole…

Y hay que renunciar a los propios planes, **incluso de santidad,** hechos por nosotros, para aceptar los **planes** de Dios sobre nosotros. Esa determinación; de eso se trata. Mis planes son un estorbo a los suyos. Como muchas veces pasa en la misma oración; y éste es el primer punto, y éste el segundo… y cuando Dios quiere intervenir, no le dejo ni meterse. –No, no, no; ahora estoy en el primer punto. Cuando haya terminado el tercer coloquio; entonces es tu tiempo. ¡No, no! Nuestros planes son estorbo a los suyos…

La más pequeña afección –de las que hablábamos el día pasado- impide más la santidad que un pecado mortal o muchos pecados mortales esporádicos, pasados y llorados. Sin duda ninguna.

Decía el P. Ginhac –que tenía buena experiencia de vida espiritual-: "Hay muchas almas que trabajan, hay muchas almas que se sacrifican, hay muchas almas que oran, hay muchas almas que hacen obras de caridad; pero hay pocas que se hayan dejado a sí mismas. En el fondo, en todas esas obras siguen buscándose a sí mismas". Y es muy difícil, es muy difícil. No es negocio fácil el realizar esta determinación de aceptar los planes de Cristo puramente; puramente agradarle a Él. Pero llegaremos poco a poco con la gracia de Dios, invocando al Espíritu Santo sobre nuestro sacrificio, como en la Santa Misa: **"Veni sanctificator omnipotens aeternae Deus et Benedit hoc sacrificium tuo sancto nomini preparatum".**

Pues bien; este acto de ponernos deliberadamente a entera disposición de Cristo, es la consagración a Él. Consagrarnos. Como el cáliz, que consagrado por el obispo, queda dedicado al culto divino, así nuestra persona, por esta determinación y este acto aceptado por el Señor, queda dedicado al servicio exclusivo del Corazón de Cristo. Se trata de hacer la consagración de toda mi persona. Yo ahora recojo todo mi pasado, porque soy fruto de todo mi pasado; preveo en cuanto puedo prever todo mi futuro en el instante presente, y así lo ofrezco al Señor como holocausto, como donación de amor. Es un acto importante. "Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?". "Que ya sólo el amor es mi ejercicio".

Pues bien; todo depende de mi **sí** al Señor; si le digo: **sí**. Y lo debo dar y lo puedo dar y hacer esta consagración de mí mismo, aun contando con mi vida pasada; que es una de las cosas que muchas veces nos impiden: el pensamiento de nuestra vida pasada; como si fuésemos indignos de ese ofrecimiento al Señor. Y es verdad que nosotros no somos dignos de darnos a Él, pero Él es digno de tomarnos, de que nos demos. –Contando con mi vida pasada; pongámosla toda en las manos del Señor.

En un barrio de Barcelona sucedió este caso que os voy a contar ahora, que me lo contó el mismo párroco, Mosén.

Había allí un barrio muy rojo –esto era hacia el año 49-. Y el párroco nuevo –que había sido nombrado para allí-, puso su iglesia en una barraca; y para hacer el apostolado, entre otros métodos recurrió a predicar el ejercicio del Vía Crucis todos los viernes. Y esto que atrae mucho a los hombres, hizo que comenzaran a acudir; y cada viernes había una serie de conversiones.

Y había una delegada comunista en el barrio que, viendo lo que estaba pasando, no quería acercarse a la barraca por miedo de convertirse. Y he aquí que una vez, mientras estaba lavando junto al río, oyó desde allí el sermón, y se convirtió. Comenzó una vida nueva, hizo una confesión magnífica, y siguió ejemplarmente la vida de la parroquia.

Esta mujer tenía dos hijas que trabajaban en una fábrica de máquinas de escribir. Y una vez que el párroco se encontró con su máquina rota, pensó en estas dos muchachas. Dijo: les voy a llevar la máquina a ver si me la arreglan. Toma la máquina, se va allí, le espera aquella ex-delegada comunista, y con mucha pena le dice que no podrían por ahora; tendría que esperar alguna semana, porque estaban sobrecargadas de trabajo. Y el párroco le dice: Muy bien, aquí se la dejo; cuando esté arreglada me la trae. –Y se marchó.

Al poco tiempo de haber vuelto a la casa parroquial, se acerca la comunista, la ex-delegada comunista llevado la máquina de escribir de ella. Y le dice: "Mosén, usted necesita una máquina, ¿no es verdad? Pues mire; con esta máquina yo he pecado tanto… Yo querría que usted ahora la santifique con sus manos de sacerdote. Aquí la tiene. Empléela entretanto".

Veis con qué finura había traducido en términos actuales modernos la palabra de San Pablo: "Los miembros que han servido a la iniquidad, sirvan ahora a la justicia en Cristo Jesús". Con toda sencillez.

Pues esto mismo tienes que hacer tú; igual, igual. Que yo he pecado tanto con este cuerpo, con esta alma, con estos ojos, con esta imaginación… No importa… no importa. Toma esa máquina tuya: ese cuerpo y esa alma, y se la presentas a Jesucristo y le dices: "Señor, yo con este cuerpo, con esta alma he pecado tanto… he pecado tanto con esta máquina… Yo quisiera que Tú ahora la santifiques con tus manos redentoras". Y se la dejas. A su disposición. Para que Él escriba el mensaje de paz y de amor que quiere escribir al mundo; mensaje que no se escribe con letras, sino con vida; con nuestra vida. Pero una vida, cuya vida sea Él.

Vida de toda mi vida,
no de toda, que fue loca,
pero vida de esta poca
a Vos tan tarde ofrecida.

Se la dejas… Y Él escribirá ese mensaje de vida al mundo a través de ti, que es lo que Él quiere.

"Aquí se entregó a Dios Iñigo de Loyola". Junto a estas palabras se podrían poner estas otras que tienen el mismo sentido: "Aquí se entregó Dios a Iñigo de Loyola"; porque entregarnos nosotros a Dios es dejarle paso libre para que Él pueda realizar sus planes sobre nosotros.

Esa consagración nuestra al Señor no es un mero ejercicio ascético, no. Es darle al Señor toda nuestra persona para que se sirva de ella y se manifieste a través de ella.

Recuerdo el caso histórico de aquella jovencita, María, que a los doce años se quedó sola con su hermanito pequeño. Murió su madre, y el hermanito tenía todavía pocos meses; y con mucho trabajo y mucho esfuerzo consiguió sacar adelante a su hermanito. Y cuando estaba ya a los cinco o seis años –esas cosas de niños-, jugando con los demás, cayó en la cuenta de que todos los demás tenían una madre y que él no tenía.

Cayendo en la cuenta de esto, va corriendo a donde su hermana y le dice:

-María, todos mis compañeros tienen una mamá. ¿Yo no tengo mamá?

Y ella le dice:

-Sí, también tú tienes mamá.

-Y, ¿es buena mi mamá?

-¡Huy! Es tan buena… Muy buena, muy buena.

Y dice entonces el pequeño:

-María, ¿es más buena que tú?

Y ella sollozando, le dice:

-**Mucho** mejor que yo, mucho mejor que yo.

-Y, ¿dónde está?

-En el cielo.

-Pues tengo unas ganas de ir al cielo… Porque si es más buena que tú… Quién sabe cómo será de buena, si es más buena que tú.

Este es el ideal cristiano; éste, éste. No es meramente no pecar. ¡No! La persona cristiana tiene que ser tal, que lleve al deseo de Cristo y de la Virgen. ¿Es más bueno que tú? Pues tengo unas ganas de conocer a Cristo… Porque si es más bueno que tú…

Eso me pasó a mí una vez con el P. Ubillos. Santo varón, de santa memoria, que tenía setenta y tantos años; ya hace muchos años. –Y yo le tuve que acompañar en un viaje. Toda la gente iba detrás de él. Apenas llegó a la estación, en Tudela, salieron todos los taxis a buscarlo; todos le querían llevar –gratis, se entiende-; con aquella fama de santidad que tenía… ¡Tan simpático el P. Ubillos! Le pasaban algunas cosas… Tenía la costumbre todas las noches –entre paréntesis; no importa-, tenía la costumbre todas las noches de rociar la cama con un poquito de agua de San Ignacio, que tenía encima de la mesilla, y después se echaba un trago de agua de San Ignacio, y apagaba la luz. Y una noche que no había luz, -había poca-, en lugar de la botella del agua de San Ignacio, cogió una botella de yodo, y roció la cama y se echó un trago. ¡Pobre hombre! ¡Con todos sus años! ¡Unos ardores…! No pudo dormir en toda la noche. Estaba intranquilísimo. Y a la mañana siguiente fue al enfermero –que no era el enfermero… muy famoso- y le dice: "Hermano, me ha pasado esto, ¿puedo desayunar?" Y el otro le dice: "Todo lo que pueda, todo lo que pueda. Hay que contrarrestar", contrarrestar.

Pues este P. Ubillos, que era la bondad personificada, iba a dar el catecismo a Castejón; más de media hora de tren; y tenía permiso para ir en una locomotora de mercancías. El iba allí todos los domingos por la tarde al catecismo; y explicaba el catecismo; Y lo querían tanto… Y cuando murió le hicieron funerales allí donde el catecismo. Y después de los funerales, se acerca uno de los ferroviarios y le dice al Padre que hizo los funerales: "Mire, Padre, yo he leído la vida de Cristo. ¡Y qué bueno era! Pero tan bueno como el P. Ubillos…" A él le parecía que no podía ser tanto; no podía ser tanto.

Pues decirle a uno de estos: “Pues Jesucristo es mucho más todavía”. –Pues tengo unas ganas de conocerle… Porque si es más bueno que tú… ¡quién sabe cómo será de **bueno**!

Pues de esto se trata. Y esto es lo que pretende Jesucristo con nuestra consagración a Él: manifestarse a través de nosotros; tomar posesión de todo nuestro ser para que todo nuestro ser lo manifieste a las almas. Que llegue así a invadir hasta la última sonrisa nuestra. Todo como invadido por Cristo, de modo que Él se manifieste a nosotros.

Y así sucede en realidad.

El cardenal Bertrán, en unas conferencias que tiene a sacerdotes, cuenta esto que le pasó a él en una ciudad alemana. Iba por la calle y se encontró con un ciego, y le dijo:

-¿Llevas mucho tiempo aquí?

Y el otro contesta:

-Pues diez años, Padre.

El otro se dijo: ¿Padre…? Este tiene que ver. ¿Cómo sabe que yo soy sacerdote? Y le pregunta:

-Pero, ¿tú eres ciego de nacimiento, verdad?

-Sí, Padre.

-Entonces, ¿cómo sabes que soy sacerdote?

Y el otro le dice:

-Se conoce por la voz.

Y es verdad, es verdad. Cuando el alma es muy de Dios se conoce por la voz. Se conoce en todo, en todo. Y eso es lo que tenemos que hacer. No se trata de disimular que somos de Dios; no. Hoy día se tiende un poco a poner esto como ideal: Que sea una chica excelente, pero que nadie lo note. –Pues, ¿para qué está?, ¿para qué está? –Que **videant opera vestra bona**, dice el Señor: “Que vean vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre que está en los cielos”. Dice: se equivocó, se equivocó el Señor. No. Lo importante es que no vean las obras buenas que no glorifiquen al Padre, sino que sigan en el mundo. –Pues no señor. El ideal nuestro es éste: dar testimonio de Cristo. Esto es. Que quien nos vea, se acerque a Cristo. ¿Es fácil? Es muy difícil, es muy difícil.

Pero para eso, tenemos que fiarnos de Él. Que Él realice en nuestro ser esa especie de transformación interior, total; de modo que en nosotros viva Cristo y se manifieste Cristo.

¡Señor!, yo quiero ser como esa Hostia,
cederte mi sustancia en un instante.
Mi vida toda se transforme en Cristo,
y sólo quede mi disfraz de carne.

EL NIÑO PERDIDO

Vamos a hacer esta contemplación sobre el Niño perdido en el Templo. Queremos seguir a Jesucristo.

Pongámonos en la presencia del Señor, como en todas estas contemplaciones: con el corazón abierto hacia Él, dejando que penetre en nuestro interior. **Dilatare, aperire, tanquam rosa fragrans mire**. "Dilátate, ábrete, como una rosa que exhala fragancia exquisita". Dilatar así nuestro corazón en la presencia del Señor.

Y le pedimos la gracia de la santidad, que veíamos en el Principio y Fundamento: que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean ordenadas, por la gracia divina, **puramente** a complacer a Cristo, a agradar a Jesucristo en todo.

Y para llegar a esto, nos estamos disponiendo con los Ejercicios.

Y ahora nos encontramos contemplando estos misterios de la vida de Cristo con la disposición de la oblación del rey temporal, que la podemos renovar: "Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra Madre gloriosa y de toda la corte celestial, que yo quiero, deseo, y es mi determinación deliberada de imitaros en pasar toda injuria, toda pobreza, si vuestra santísima Majestad me quisiere elegir en tal vida y estado". Esto dilata más nuestro corazón.

Y ahora le pedimos la gracia de conocerle **íntimamente** en este paso concreto. Conocimiento **íntimo** del Señor: lo que piensa, sus criterios. Y conocimiento íntimo en nuestro interior. Que también esto es importante. Conocimiento íntimo. Esto que en los Ejercicios aparece tantas veces, como: "sentir internamente, conocer internamente", no sólo se refiere a Jesucristo, a su intimidad, sino también que nos llegue hasta el fondo de nuestro corazón.

Por sentimiento se entiende aquí una especie de elevación general y una como investidura de afectos, que hacen obrar al hombre connaturalmente de una manera contraria a la de la carne y sangre. Sentimiento interno sobrenatural; un conjunto de sentimientos, de disposiciones interiores. Y en otras palabras: supone en el hombre una especial plenitud y dominio de lo que San Pablo llama espíritu: el espíritu de Cristo o el Espíritu Santo. Compenetrado el hombre en sus actuaciones de que Cristo lo hace todo en él –cuando está actuando-, sintiéndose arrebatado y fuera de sí, y transportado, como poseído de un espíritu que sabe y gusta experimentalmente que es Cristo mismo, el Hijo, que lo pone con el Padre, que lo ordena hacia el Padre, y ordena todas sus intenciones, acciones y operaciones hacia el Padre; sintiéndose coordinado y subordinado y orientado, como miembro de Cristo, en Cristo, al Padre. Eso es el sentimiento interno; conocimiento interno del Señor.

El hombre, cuando se encuentra así bajo este sentimiento interno, se siente silencioso en su actividad. Y en este silencio íntimo hay y se percibe una actuación, un hablar, un amar, un resolverse, que claramente proviene de otro Ser, tan íntimamente dueño de nosotros, que nos hace proceder al exterior con el mismo aplomo y seguridad como si fuéramos nosotros sin intervención alguna. Así, el hombre siente surgir **en** su interior, pero no **de** su interior un actuar, un formular, un clamar que llega hasta el Padre. El Espíritu que está en nosotros, clama al Padre.

Este sentir internamente, conocer internamente, gustar de las cosas internamente, implica una penetración amorosa hacia dentro, de la verdad que se propone. Una compenetración, además, **mía** con la verdad. Es decir; de tal manera que me penetra y moldea; la penetración del objeto en mi interior sustancial, calándome y empapándome hasta la médula. Es ese sentir que me corresponde como miembro de Cristo.

Así como cuando yo mando a la mano que haga algo, el acto de voluntad está en la mano, pero no nace de la mano, sino que le viene impuesto; de esta misma manera, estos sentimientos, este conocimiento está en mí, pero no nace de mí; me viene comunicado del Corazón de Cristo. Y en último término, esto es la perfección cristiana.

Nuestras virtudes, no son nuestras como moderación de una tendencia nuestra, meramente, de una tendencia humana, sino que son participación de las virtudes mismas de Cristo. Y así, mi

paciencia no es no enfadarme, sino es participar de la paciencia del Corazón de Cristo. Y lo mismo mi caridad, y lo mismo mi fortaleza. Todo es participar del Corazón de Cristo que me suele ir comunicando en esta gracia. Por eso, dejarnos empapar de este conocimiento íntimo de Cristo para enamorarme de Él e imitarle según su voluntad.

Hemos seguido a Cristo en su vida oculta. Ahora vamos a seguirlo en un momento difícil de su vida: cuando Jesucristo deja a sus padres para dedicarse al **puro** servicio del Padre.

Obediencia a Dios y a sus representantes. Pero primero a Dios… primero a Dios; a los representantes en cuanto legítimamente representan a Cristo. Cuando la voluntad de Dios sea otra, hay que aceptarla cueste lo que cueste, aunque sangre el corazón y haya lágrimas en los ojos. Esta es la lección de Jesús que se queda en el Templo.

Vamos a considerarla. Primero, camino de Jerusalén.

Preparativos de alegría en Nazaret. Van al Templo. El salmo de los peregrinos, que ellos repetían tantas veces, dice: "Me he alegrado en lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor". Y allí, en toda la casa de Nazaret como en todo el pueblo, se prepara con alegría este viaje.

En el camino, la Virgen camina con Jesús, en quien tiene todo su corazón; Ella lo tiene todo en Cristo. Para Ella no hay otras cosas. Sólo Jesús. Ella dice de verdad: **Iesus meus et omnia**. "Jesús mío y todas mis cosas". Fuera de Él no tiene nada. En Él lo tiene todo.

Mi amado las montañas
los valles solitarios nemorosos, etc.

Y la Virgen, en el camino, lo contempla tantas veces… Se le van los ojos detrás de Jesús, su tesoro y su todo. Con aquel vestido que, quizás, lo ha hecho Ella misma… lo ve tan simpático entre sus compañeros… centro de la compañía de sus amigos, que van todos a Él. Cuenta San Jerónimo que había quedado una tradición en Nazaret, según la cual, los muchachos del pueblo para decir que iban a Jesús solían decir: **Eamus ad suavitatem**, "vamos a la suavidad, al que es la suavidad". Era así el centro de todos.

Y Jesús va contento en este camino; muy contento. Porque va a someterse a la Ley. Y todo lo que es someterse a la Ley –Él, que ha venido para ser obediente hasta la muerte y muerte de cruz- le alegra. Lo contrario de nosotros, que muchas veces el solo pensar que nos tenemos que someter a una ley, nos entristece, y hacemos lo posible por librarnos de una ley, eximirnos de ella. Jesucristo no. Él va contento, va a someterse a la Ley impuesta por su Padre. Lo hace con gusto.

Está contento, en segundo lugar, porque va a hacer un gran sacrificio. Gran sacrificio. Y Él sabe que le va costar mucho: el quedarse sin que sus padres lo sepan, el hacer llorar a sus padres. Y esto le cuesta mucho. Va a hacer un gran sacrificio. Y esto le da alegría, porque Él ha venido a esto. "No ha querido el Padre hostias y oblaciones, pero le ha dado un cuerpo, una humanidad para que se ofrezca". Y lo va a ofrecer. Tanto más costoso cuanto que las lágrimas, más que suyas son de los suyos, de sus padres.

Y va contento porque va a preanunciar la vida religiosa. Ese quedarse Jesús en el Templo para sólo servicio del Padre, sin otras ocupaciones, es el prenuncio de una vida religiosa dedicada toda ella **sólo** a complacer al Padre, como primera y única ocupación de la vida. Y ve y está viendo en el futuro miles y miles de almas que seguirán su ejemplo y se dedicarán también ellas al servicio del Padre, aunque sea con lágrimas de los suyos.

Y así caminan. El mismo camino que hizo la Virgen cuando iba allá, hacia Belén, antes del nacimiento de Jesús. Y llegan hasta Jerusalén. –La llegada a Jerusalén era grandiosa. La vista que se ofrecía a sus ojos de la Ciudad Santa, al atardecer, cuando el sol reverberaba sobre los mármoles y el oro del Templo, debía ser grandiosa. Nos cuentan los contemporáneos que era un espectáculo único, que parecía aquel Templo en llamas con el esplendor del sol poniente. Y llegaban ellos, los judíos, los que venían de la Galilea, y se entusiasmaban ante aquella imagen que se presentaba a sus ojos.

Y entonces entonaban el cántico: “Me he alegrado de lo que se me ha dicho: vamos a la casa del Señor”. Y Jesús canta con los demás desde aquella altura, contemplando la ciudad de Jerusalén a sus pies, que va a ser más tarde –total… no tanto-, después de 21 años, el teatro de su Pasión y muerte.

Y por primera vez, pudiendo al menos reaccionar como hombre consciente, se presenta ante Jerusalén y ve con sus ojos el Calvario; allí lejos; lo está viendo.

Segundo: en Jerusalén.- ¿Qué hace Jesús en Jerusalén los días de Pascua? Lo primero visita el Templo y va a adorar al Padre. Era el lugar que el Padre se había escogido hasta que llegase el Mesías; lugar de predilección, donde reposaba, descansaba la gloria de Dios.

Y Jesús sube las escaleras grandiosas del Templo, pasa el atrio de los gentiles, sube a las escaleras del atrio de las mujeres, pasa al atrio de los hombres, y allí sube las últimas escaleras y se detiene a la entrada del atrio de los sacerdotes, porque Él no puede entrar allá; no es sacerdote. Y allí, en la última puerta, de cara hacia el Sancta Sanctorum, ora. La oración del Cristo al Padre. Allí, de pie, con las manos cruzadas sobre le pecho, como solían orar, con los ojos elevados hacia el cielo, está en unión de oración con el Padre.

Acerquémonos a los labios de Cristo y al Corazón de Cristo que ora con aquella elevación sublime; para enamorarnos de Cristo. “Véante mis ojos… muérame yo luego”.

Y si penetramos un poco en el Corazón de Cristo y nos acercamos a Él y ponemos nuestro oído cerca de sus labios, veremos que está pronunciando una oblación que, quizás, conocemos. Más o menos, en su sentido, decía el Señor así: “Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación… que yo quiero, y deseo, y es mi determinación deliberada de pasar todas las injurias y todo vituperio y toda pobreza… hasta morir en cruz”. Por ti. Y pronuncia tu nombre, porque te conoce. Lo ofrece por ti, por ti. Todo, todo. Ha venido a eso: a ofrecerse, a anonadarse a sí mismo hasta la muerte de cruz. Y ofrece también el sacrificio de las lágrimas de su Madre; todo. Por ti, por ti. Para que seas también tú generosa y fuerte.

Ora. –Contemplémoslo sin prisa a Jesús en oración.

Terminada su oración, Jesús, ¿qué hace? Asiste a las lecciones de Escritura. Eran las ocupaciones normales de los que venían a Jerusalén. De modo que allí en los atrios del Templo, había unas salas donde los Doctores de la Ley explicaban las Escrituras. Y Jesús va allá. ¡Qué emoción para Él el escuchar la explicación de las Escrituras que Él había dictado, que hablaban de Él! –porque todas las Escrituras se refieren a Cristo en último término-; y oír las exposiciones que hacían los Doctores, que no siempre eran acertadas. Y Él escucha con humildad, en silencio, con respeto a la palabra divina.

Jesús, además, asiste a los sacrificios. Era el sacrificio del cordero; y había allí un grande altar sobre el que iban sacrificándose los corderos que traían por familias. –Y nos acercamos con Jesús al altar de los sacrificios, y vemos que presentan un cordero; el sacerdote lo sacrifica, y Jesús se vuelve pálido. Y le preguntamos: ¿Qué tienes, Señor? ¿Qué te pasa? Y nos dice: “Es que me impresiona; porque dentro de 21 años, esto lo van a hacer conmigo. Porque este cordero es el símbolo, el tipo de mi muerte. Por eso no le rompen ningún hueso, porque a mí tampoco me lo romperán. Por eso sacan toda la sangre, porque a mí no me quedará ninguna gota de sangre. Es el cordero de Egipto, símbolo de la Pascua eterna, nueva, del Nuevo Testamento. Y me lo van a hacer a Mí”. -¡Qué impresión para Cristo! Todo lo que es el culto del pueblo de Israel, todo está ordenado a Él. Y Él recoge su sentido, porque lo conoce íntimamente.

Jesús, además, recorre el Vía Crucis. También va viendo lo que pasará en cada uno de los pasos. Aquí lo azotarán… Y Él ve el sitio. Aquí lo coronarán de espinas… aquí tomará la cruz… por aquí caminará… se encontrará con su Madre… Todo eso lo ve Él con una claridad plena. Y va haciendo su Vía Crucis y renovando constantemente su ofrecimiento por ti: “Que quiero y deseo y es mi determinación deliberada de sufrir todo esto por ti, por ti”.

Jesús ofrece, sobre todo, el sacrificio de las lágrimas de su Madre, que es el sacrificio inmediato que se va a realizar entonces mismo.

Y así pasa los días de Pascua, ocupado con estas santas meditaciones.

Y llega el momento de marchar. El Evangelio no dice más que esto: “Acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó en Niño Jesús en Jerusalén sin que sus padres lo advirtiesen”.

Meditemos esto en un sentido realista. Llega el momento, y Jesús se tiene que quedar. ¿Qué le costaba a Jesucristo haber dicho una palabra a sus padres? Nada… ¿Haberles dicho: No os maravilléis; el Padre quiere que me quede aquí un par de días todavía? Nada… -Es que, lo que quería el Padre no era eso, sino era el sacrificio: que se quedase sin que sus padres lo supieran. Era un sacrificio que el Padre pedía a Jesús; y Jesús, dócil, lo acepta. Y para realizar ese sacrificio, pues no sabemos cómo procedería el Señor. Quizás se esconde detrás de alguna de las columnas del Templo mientras marchan… Quizás los ve marchar… Ellos totalmente despreocupados, porque nunca habían tenido el mínimo disgusto de parte de Jesús. Sabían que era de fiarse totalmente. Y sin embargo, tenía que quedarse. Quizás los ve marchar; y a Jesús se le iban los ojos tras su Madre… y no le dice nada. Y la ve perderse de vista con San José… y nada. Se esconde; quieto, quieto. Quizás baja sus ojos antes de que su Madre desapareciese del todo. “Que quiero y deseo y es mi determinación deliberada, de ofrecer este sacrificio por ti, por ti”.

Y ellos caminan. “Anduvieron la jornada entera”.

¿Qué hace Jesús ese día en Jerusalén? -¡Pobre Jesús! Solo… doce años… Estaría por la ciudad, pues como un gitanillo. No tiene dónde reposar… no tiene dónde descansar… Seguiría haciendo esa vida ordinaria… iría a orar al Templo, asistiría a las lecciones, haría el Vía Crucis… Y lo demás, pues como un gitanillo sin casa, como un niño de la calle. Allí está.

Y llega la noche; y, ¿dónde dormiría Jesús? Dormiría en el atrio del Templo, allí, en un rincón… sobre un banco… Eso es Jesús.

Y su pensamiento está yéndosele detrás de su Madre, porque en ese momento ya su Madre ha caído en la cuenta de que Él no está con ellos. Y no puede dormir con ese pensamiento de su Madre, porque quiere **mucho** a su Madre; mucho. Es la criatura que más ama…

Y allí está Jesús.

“Entretanto, persuadidos de que venía con alguno de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera, buscándole después entre los parientes y conocidos”. Hacen el camino, un día entero de camino, y al anochecer, cuando llegan a la posada, al primer descanso, pues… no está Jesús.

-¿No ha venido contigo?

-No…

-¿Contigo?

-Tampoco

-Pues, ¿con quién habrá venido? Porque ha tenido que venir… Si es tan fiel… Siempre viene con nosotros… Obediente…

Y empiezan a preguntar entre los parientes y conocidos:

-Pero, ¿no habéis visto a Jesús?

-No; nadie. No; no ha venido, no ha venido.

¡Qué dolor para la Virgen! ¡Qué dolor! Porque, fijaos, que no tenía más amor que Cristo… Y ahora le falta Cristo. –La pérdida de Cristo, el esconderse de Jesús, es el gran dolor para quien tiene puesto todo en Jesús. Y la Virgen no tenía otro amor; no tenía ningún otro descanso más que Jesús. Ahora le falta todo. –Si allí en el Nacimiento, en la gruta, podía decir la Virgen: “Me ha quitado todo; me ha dejado sólo a mi Hijo”, ahora tiene que decir: “Me ha quitado hasta mi Hijo”. Todo…

Y aquella noche, la Virgen sufre. Su imaginación desatada, ¡qué cosas pensaría! Creen algunos teólogos que María sufrió entonces más que en la cruz; porque su imaginación le representaría todo lo más terrible que le podía representar: que quizás el Padre le había retirado a su Hijo porque no había sabido cuidarlo… que quizás el Padre había determinado que no se cuidase ya más de su Hijo… que Dios sabe lo que habrían hecho… si le habría pasado algo… Todo lo que una madre puede imaginar de peor cuando se trata de la desaparición de su hijo.

Y Jesús… quieto, quieto. Y está viendo el dolor de su Madre… y lo siente íntimamente… Y allí está: tumbado sobre un banco, quizás sobre la piedra, durmiendo, o sin poder dormir pensando en su Madre.

"Más como no le hallasen, retornaron a Jerusalén en busca suya".

Apenas llega la aurora, vuelta a Jerusalén. Es el segundo día ya. Vuelta a Jerusalén. Y llegan a Jerusalén ese día por la tarde, después de una jornada entera de camino.

Y pensad: Esa noche estaban en Jerusalén Jesús y sus padres. Y Jesús no va a encontrar a sus padres. –Eso que hablamos tantas veces de la caridad con los padres, la caridad con los padres… Pues, ¿dónde está la caridad de Cristo con los padres? –Nos quiere dar la grande lección del desprendimiento, de la fidelidad a la voluntad del Padre, cueste lo que cueste. Y esa noche, quizás Jesús los vio llegar, quizás los vio; con su mente divina, sin dudar; con su visión beatífica, sin dudar; pero quizás corporalmente, porque estaba allí y los vio pasar. Y no se presenta; porque no era la voluntad del Padre. Y esa noche están todos en Jerusalén. Y Jesús duerme como un gitanillo de nuevo, en el atrio del Templo, por algún rincón; y la Virgen y San José irían a una posada… Estaban todos allí.

Aquí sí que diría la Virgen todo este tiempo:

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste habiéndome herido;
Salí tras ti corriendo y eras ido.

"Y al cabo de los tres días –al día siguiente, el tercero- lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los Doctores. Y, ora los escuchaba, ora les preguntaba". -¡Qué serenidad de Cristo! Al día siguiente, tercero, de nuevo como siempre, a orar al Templo, a asistir a las lecciones sagradas. –Y Jesús va allí con todos los jóvenes de su edad y está escuchando las lecciones. Y los Doctores proponen; Él escucha. En determinados momentos ponía sus dificultades, pedía sus aclaraciones, y estaban todos asombrados. "Cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas". Dejó el equilibrio de aquella sencillez, de aquella penetración inteligente en aquel joven de 12 años, ya mayorcito. –Y se preguntarían; pero, ¿quién es éste? Pero, ¡cómo conoce la Escritura! ¡Con qué precisión pregunta! ¡Qué precisión de respuestas! Quizás les hablaba del Mesías… cuándo tenía que venir el Mesías… Les hablaría, quizás de la profecía de Daniel… las 72 semanas de Daniel… si no era ya el tiempo… Ponía objeciones… le respondían… Y todos miraban con admiración a aquel muchacho, a aquel joven.

Y he aquí que cuando estaba así, entonces, entra la Virgen con San José. –Ponderemos el dominio del corazón de los dos: de Jesús y de María; los dos; que son un gran ejemplo.

Entran; y al verle, sus padres quedaron maravillados. Allí estaba; sereno, tranquilo, como si no hubiese hecho nada. Se quedaron maravillados. Maravillados también por su sabiduría, por sus repuestas, porque la gente estaba preguntando: ¿quiénes serán los padres de este joven? ¿De dónde será? ¿Quién será su madre dichosa?

Y entran los dos, y se lo encuentran. Y Ella se abriría camino: "Es mi Hijo, es mi Hijo". –Y le mirarían con admiración, felicitándose con Ella de tener un hijo tal. Pero Ella va derecha hacia Él

"Su Madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo, llenos de aflicción, te hemos andado buscando". Tu padre y yo. –Aquí entramos en los misterios grandes. Tu padre y yo. A San José lo pone delante de Ella. Tu padre y yo. "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?". ¿Por qué nos has dejado solos? ¿Por qué te has escondido?

"Tu padre y yo te hemos estado buscando con dolor".

Es el símbolo del alma en todo el trayecto de este mundo. Es buscar a Jesús con dolor. Te hemos estado buscando con pena. Y eso al Señor le agrada: el que nuestro dolor sea su ausencia, y que, llevados de ese dolor, lo busquemos en todas las cosas y en todas partes. "Te hemos estado buscando **con dolor**". ¡Qué moderación en las palabras de la Virgen! Serena. Con un dolor íntimo, pero con un equilibrio… sin prorrumpir en grandes frases y grandes palabras. "Hijo, ¿por qué te has portado así? Mira que tu padre y yo te estábamos buscando con dolor".

Jesús le responde con una aparente dureza, que es un misterio. Entramos en los misterios. Parece que debía haber dicho: Menos mal, ahora ya ha terminado la prueba. No. "Él les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas del servicio de mi Padre?". –"Tu padre y yo te buscábamos". "Debo ocuparme en las cosas del servicio de **mi** Padre". El Padre suyo es el Padre que está en los cielos. "Mi Padre".

Pero ahora se presentan aquí grandes problemas, naturalmente. Grande misterio.

Primero, casi les reprende: "¿Por qué me buscabais?". Segundo: "Me debo ocupar en las cosas del servicio de mi Padre". –Pero es que cuando estabas en casa nuestra, ¿no te ocupabas en las cosas del servicio del Padre? –Este es el gran misterio que no entiende el mundo de hoy. ¿Veis?, ¿veis? Para el mundo de hoy, todo es igualmente el servicio del Padre, todo. Y la chica que está en su casa, que trabaja allí, está en el servicio del Padre lo mismo que la religiosa. Lo importante es que dondequiera que estemos, hagamos lo mejor que podamos. -¿Dónde sale esto? "En las cosas del servicio de mi Padre". Las cosas del servicio del Padre que nos enseña Cristo, son aquéllas que tienen como ocupación **única** complacer al Padre; **directa**. Jesús ha dejado todo, ha dejado su familia, ha dejado su ocupación, ha dejado todo, solamente para estar en el servicio del Padre, en la contemplación del Padre, en el culto del Padre, en eso que ya será el prenuncio de una vida **religiosa**. Y en su casa no. En su casa obedecía en el orden civil normal, y eso quería el Padre que lo hiciese; pero Jesucristo ahora ha dejado todo para el solo servicio del Padre.

Y dice más: "Mas ellos no comprendieron el sentido de la respuesta". No comprendieron. ¿Es que no sabían que era Dios? De aquí no se sigue absolutamente que no lo supieran. Sabían que era Dios, pero no comprendieron todo este modo de actuar del Señor. Esto para ellos resultó un misterio; como resulta un misterio hasta que uno no tiene que pasar por unas circunstancias parecidas; como resulta un misterio por qué –podemos decir tantas veces-, por qué un hijo debe dar un disgusto a sus padres. Y nos parece que no. Que la caridad pide que no se les dé nunca un disgusto. –No comprendieron la respuesta; como tantos no la comprenden hoy día. -¿Es que la Virgen no entendió nada de esto? –Entendió mucho. "Su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón". A ver si entramos un poco en el sentido de este progreso de la Virgen. Es muy curioso esto. Y nos va a dar pie esta especie de tipo, que es este hecho, para comprender cómo la Virgen iba creciendo en su progreso espiritual.

Mirad; lo que nos presenta el Evangelio de los encuentros de la Virgen con Jesús, creo que se pueden llamar y se pueden designar como una **separación** continua. La primera separación es el nacimiento mismo. En el nacimiento, el Niño se separa de la Madre. La segunda es la Presentación y la Purificación de la Virgen, cuando el anciano Simeón le anuncia la espada de dolor; y Ella deja a Jesús en los brazos de Simeón. Después, más adelante es esta escena del Niño perdido. Aquí, en la respuesta de Jesús aparece un abismo entre Él y la Virgen. "¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?". –Más adelante, en las bodas de Caná: "Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo?". Y eso lo tuvo que sentir la Virgen como una verdadera separación. –Y más adelante, en su vida pública: "Mira que tu Madre y tus hermanos están ahí fuera y te esperan". Y el Señor: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?". Y extendiendo las manos sobre los discípulos dice: "Estos son, los que hacen la voluntad de mi Padre, mi madre, mi hermano y mi hermana". –Si uno lo examina así, va abriéndose una separación entre la Virgen y Jesús.

¿Cuál es el sentido de esta separación? ¿Es una verdadera separación? No; es un progresivo **unirse** María a Jesús. ¿En qué sentido?

La Virgen, desde la Encarnación, según creo, al menos por la fe, había comprendido el misterio de Cristo; pero por fe; como nosotros conocemos el misterio de la Eucaristía por fe; que está presente allí en la Eucaristía. Pero, decíamos ayer en la plática, que el progreso espiritual está en una progresiva iluminación de la fe. La Virgen sabía por fe que su Hijo era Hijo de Dios. Pero en estos encuentros sucesivos, Jesucristo le hace **sentir internamente** que es el Hijo de Dios, y le muestra así progresivamente su relación con el Padre y su relación con los hombres.

Dice San Juan de la Cruz en uno de sus últimos cánticos, que en aquellos grados –en los últimos grados de la contemplación- el alma se goza en la consideración de los misterios de la vida de Cristo, y concretamente en el misterio de la unión hipostática y de la unión de los hombres con Cristo. Pues bien; fijaos que en todos estos pasos, Jesucristo da a la Virgen un conocimiento **experimental** de su filiación divina y de su unión con los hombres. Y aquí concretamente le dice: "las cosas de **mi** Padre", su filiación y su relación con el Padre, vital, real. Y la Virgen lo capta. Pero como dice el mismo San Juan de la Cruz de esos conocimientos íntimos del alma, cuando dice, por ejemplo, en aquella poesía:

Y todos cuantos vagan de Ti
me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan y déjame muriendo
un no se qué que queda balbuciendo.

Todos los que conocen a Dios me hablan de Él, y me hieren, me atraen hacia Él; pero lo que me mata, lo que me deja muriendo es un no sé qué, que quedan balbuciendo; algo que se entrevé, algo inmenso, que no llegan a decir, que quedan como balbuciendo, de la infinita grandeza de Dios.

Pues bien; esto mismo le pasa a la Virgen. La Virgen, en este conocimiento y en este momento **intuye** la divinidad de su Hijo de un modo mucho más luminoso que lo que Ella podía haber conocido en la Encarnación misma, con un conocimiento iluminado, experimental, como estas grandes gracias místicas. Pero como pasa con los místicos, que nos dicen que cuando entienden una cosa, entienden sin entender; entienden con un conocimiento superior que no pueden reducir al discurso. Y como ellos dicen, entiende, pero comprenden que queda mucho más sin entender; entienden sin entender. Esto le pasa a la Virgen ante este fuego luminoso. La Virgen entiende y no entiende. No entendieron del todo. Y por eso, como pasa después al alma espiritual, cuando pasa el fogonazo, se queda rumiando… rumiando lo que ha pasado. "Y la Virgen conservaba todas estas cosas, reflexionando sobre ellas en su corazón". Y así va creciendo la Virgen. Y ya, de ahí en adelante, cuando contempla a su Hijo, lo contempla con la luz que ha obtenido en este misterio. Y así ahora, cuando vuelven a Nazaret, siempre que lo ve allí al Niño Jesús, lo ve como Hijo del Padre, que está al servicio del Padre, y se acerca a Él con ese respeto, con esa delicadeza, porque ha aumentado su unión a Él. Es algo así como si una madre tuviese un hijo suyo gran general. Para realizar esas empresas de general tiene que separarse de su madre para que manifieste esa grandeza como general. Pero cada vez que manifiesta esa grandeza como general, la madre se une más a su hijo íntimamente, porque sabe que ese gran general es su hijo.

Pues bien; lo mismo le pasa a la Virgen: En cada uno de estos encuentros, la Virgen se une más a Cristo, porque ese Hijo de Dios que ha visto, ha intuido ahí, es su Hijo. Y cuando después lo verá en Nazaret como Hijo suyo, lo ve con esa luz superior como Hijo de Dios. Y así va progresando indefinidamente del conocimiento de Cristo a su amor a Cristo, a la mayor manifestación de la gloria de Cristo, hasta que llega el momento de la muerte en la cruz, que realiza la Virgen con el supremo conocimiento suyo del Hijo que ofrece al Padre en holocausto.

Pues bien; volvamos a nuestro misterio.

Este misterio de Jesús en el Templo es el misterio de Dios que hace sufrir a su Hijo viendo las lágrimas de su Madre. Por ti. –Y tú por Cristo, ¿qué? ¿Qué ofrecerás a Cristo? –Cualquier cosa. Aunque sangre tu corazón. Jesús no te quita el sufrimiento, pero da fuerzas para llevarlo.

Y quisiera aquí indicar una cuestión que casi parece fuera de moda, pero como siempre lo ha sido… Es insistir un poco en la lección que nos da el Señor de desprendimiento familiar.

Decía Santa Teresa en "Camino de Perfección", en el capítulo 9 –Exceptúa padres y hermanos en el nº 3 cuando dice-: «Es razón con ellos –con los padres- cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos no daña a lo principal, no seamos extraños, que con desasimiento se puede hacer, y con hermanos». La peste de la vida religiosa y sacerdotal son los sobrinos y las sobrinas. "A quien Dios –decía aquel malicioso, de los sacerdotes- a quienes Dios quitó los hijos y el demonio les dio sobrinos.

Y dice Santa Teresa hablando de esto, del trato con los parientes: “En esta casa –dice- mucho cuidado de encomendarlos a Dios, que es razón. En lo demás, apartarlos de la memoria lo más que podamos, porque es cosa natural asirse a ellos nuestra voluntad más que a otras personas”. Y como esto siempre ha sido cosa combatida, dice después Santa Teresa: “Quien os dijere otra cosa y que es virtud hacerla, no los creáis, que si dijese todo el daño que trae consigo, me había de alargar muchísimo”. Después dice: “Y qué olvidada parece está el día de hoy en las religiones esta perfección”. En su tiempo… Así vivimos siempre… siempre: ¡Oh! ¡Nuestros tiempos, nuestros tiempos! “Qué olvidada parece está el día de hoy en las religiones esta perfecciones. Viene ya la cosa a estado, que tienen por falta de virtud no querer tratar mucho los religiosos a sus deudos, y como que lo dicen ellos, y alegan sus razones”. –Y así pasa siempre, ¿verdad? “Hoy”, dice ésta, “hoy, el año 1580”; estaba olvidada de las religiones la perfección. –Pues… Decimos: es que… hemos descubierto ahora el 4º mandamiento. –Pues allí estaban igual, con los mismos problemas del 4º mandamiento.

Me hace mucha gracia esto, porque, como he tenido que estudiar algunas cosas, siempre estamos nosotros con que nuestros tiempos, como han cambiado… Nuestros tiempos… -Y a mí me pasó estudiando la obediencia. Ahora solemos decir: “Es que ahora han cambiado los tiempos, la gente es mucho más independiente… Y claro, pues ya la obediencia no se puede urgir lo mismo…” -¡Bueno! Pues empecé a estudiar un poco y ver algunas cosas, y me encontré el año 1583 un tratado de San Roberto Belarmino, con el título de “La obediencia que se llama ciega”, y dice entre las objeciones que se ponen: “Quizás alguno objetará: Pero aquella perfección de la virtud de la obediencia era buena para otros tiempos, pero hoy que han cambiado tanto las costumbres de los tiempos actuales, parece que requiere otra forma de virtud”. 1583. –Hacia atrás: 1480-90, Herp tiene un tratado, y dice: “Pero eso de la obediencia, quizá no se pueda aplicar en nuestros tiempos, sobre todo ahora que los Superiores se ocupan más de las cosas materiales que de las espirituales”. –Hacia atrás. Siglo XIII. Mil doscientos y pico. Jacobo de Milán. Dice: “Pero, ¿dónde encontrarás hoy quien quiera obedecer? ¿No encontrarás más bien quien quiera servirse de los Superiores para hacer de ellos lo que quiera?”. Dice: “Lo peor del caso es que lo que haríamos a gusto por nuestra cuenta, por el mero hecho de que nos lo mandan, ya no lo queremos hacer”. Dice: “¡Qué diferencia de nuestros padres! ¡Aquéllos sí que sabían obedecer! Porque no eran como los modernos de hoy –dice-, no eran como los modernos de hoy, que están siempre dando vueltas: si esto es bueno, si no es bueno, si está bien mandado, si está mal mandado… Aquéllos nuestros Padres eran los que obedecían”. Mil doscientos cincuenta y tantos. De modo que eran los modernos los que estaban entonces trayendo dificultades a la obediencia. 1200. Eso pasa siempre… y en todas las demás cosas pasa siempre. Existe siempre: el alma que se abraza con la cruz de Cristo y el alma que encuentra muchas dificultades para abrazarse con la cruz de Cristo.

Pues aquí igual. Santa Teresa dice lo mismo. Por eso añade ella: “Todo este decirnos que huyamos del mundo, que nos aconsejan los santos, claro está que es bueno. Pues creedme que lo que más se apega de él son los deudos, y lo más malo de desapegar. Por eso hacen bien los que huyen de su tierra, si les vale, digo, que no creo va el huir el cuerpo, sino en que determinadamente se abrace el alma con el buen Jesús Señor nuestro, que como allí lo halla todo, lo olvida todo; aunque ayuda es apartarlos muy grande hasta que ya tengamos conocida esta verdad. Que después podrá ser quiera el Señor por darnos cruz en lo que solíamos tener gusto, que tratemos con ellos”.

DOS BANDERAS

1ª MEDITACIÓN

Vamos a hacer esta meditación sobre lo que San Ignacio llama: MEDITACIÓN DE DOS BANDERAS. No llama contemplación, sino meditación.

¿Qué significan "Dos Banderas"? Significan, sencillamente, dos programas de vida. Dos programas de apostolado: la una de Cristo, Sumo Capitán y Señor nuestro, la otra de Lucifer. Por esto esta meditación trae en los Ejercicios antes de la Vida Pública, de la vida apostólica.

El sentido de esta meditación es iluminarnos; darnos luz para comprender un poco la técnica del auténtico apostolado.

Al encontrarnos ante los misterios de la vida pública de Cristo y verle actuar, podemos fácilmente caer en el engaño de creer que lo fundamental de la vida apostólica es algo que no es lo fundamental, y que, escondidamente, vayamos fomentando nuestros deseos humanos, naturalistas, en vez de seguir limpiamente la conducta del Espíritu Santo.

Es quizás el peligro más grande de todo apostolado.

Como intervenimos nosotros como instrumentos humanos –tenemos que actuar con nuestras fuerzas, tenemos nosotros también una mentalidad propia- es muy difícil el llegar a someter del todo nuestra mentalidad a la mentalidad de Cristo, y con la excusa de "gloria de Dios", se nos puede mezclar la búsqueda de nuestra propia gloria. Cuando el apostolado es un método para buscar la propia gloria, su eficacia se ha reducido muchísimo o se ha reducido a ser nada. Totalmente inútil; totalmente ineficaz. En el mismo Evangelio leemos aquella frase del Señor: "Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y quien le juzgue, que es el Padre. Pero yo no busco mi gloria. El que busque su gloria, de ése no se puede uno fiar". Y también a los fariseos les decía que ellos no podían creer porque buscaban la gloria los unos de los otros. Y lo mismo podemos decir del apostolado eficaz: no podréis buscar salvar las almas si buscáis en ello vuestra gloria; porque eso es lo opuesto al sentido verdadero del apostolado, que es **únicamente** extender el Reino de Cristo, no nuestro reino.

Pues bien; ante esta realidad de la vida apostólica que se va a abrir ante nuestros ojos, y a la que tenemos que dedicar de hecho nuestra vida, esta meditación nos quiere iluminar, nos quiere poner en guardia para que el demonio no nos desvíe de lo que debe ser la verdadera actitud nuestra apostólica, y así anule todos nuestros esfuerzos de apostolado.

Nos encontramos, por otra parte, adelante en la vida espiritual y, consiguientemente, es claro que en este momento en el cual nos queremos lanzar a ayudar a otros, a salvar a las almas, que el demonio no nos tiente claramente con algo que es pecaminoso. Eso es más evidente. Es inútil que en ese momento el demonio le presente a uno la tentación del pecado manifiesto; no. Ahora que tratamos de salvar almas, no nos va a preparar él esta trampa de un pecado manifiesto; sino que lo hace con apariencia de apostolado. Por eso se llama: dos programas de apostolado. Dos programas aparentemente más o menos eficaces, pero dos tipos de apostolado. Y el demonio quiere sugerirnos que el suyo –el que nos presenta- es más eficaz para salvar a las almas. Y aquí está precisamente el engaño del demonio, ¡que es muy inteligente!

El sentido, por tanto, de esta meditación de Dos Banderas, es abrirnos los ojos para que veamos la realidad sobrenatural que se está verificando; para no concebir nunca nuestro trabajo apostólico como una realidad meramente terrestre, palpable; esos elementos que nosotros podemos ver con nuestros sentidos. No es eso.

Se pretende en esta meditación llegar a un sentimiento interno, profundo; una convicción personal, íntima, de que nuestra vida apostólica es **colluctatio non adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestades, adversus mundi rectores tenebrarum harem**, como dice San Pablo en la carta a los Efesios en el capítulo 6. Tenemos que convencernos de que nuestra lucha en el apostolado "no es contra la carne y sangre; no es contra los poderes terrestres; no es contra la psicología humana; sino que es contre el demonio". **Princeps huius mundi**. Toda la lucha de Cristo era contra el "Príncipe de este mundo", que Él tenía que lanzar fuera. Y por eso nos

muestra tan claramente la Escritura: la lucha verdadera de Cristo era con Satanás, y la materia sobre la que versa esta lucha son los hombres; se disputa al hombre.

Por lo tanto, el sentido de esta meditación es obtener un sentimiento interno de la realidad existencial del demonio; que a veces lo creemos así…, pero con frialdad… sí, lo mínimo para salvar las cosas de fe; nada más. ¡Que el demonio existe! El demonio está en medio de nuestro trabajo apostólico, y ese demonio es listísimo y poderosísimo. La frase de San Pedro: **adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit querens devoret**, "vuestro adversario, Satanás, como un león rugiente está dando vueltas para ver si puede devorar a alguno". De ahí: sentimiento interno **de su potencia**, que casi nos quitaría todo aliento para el apostolado, al ver que es inteligentísimo. Es un ángel. Nuestra inteligencia, comparada a la suya, es nada; nuestra fuerza, comparada con la suya, es nada. Nos entraría un miedo inmenso si el demonio mismo, nuestro enemigo, se mostrase delante de nosotros. Y además, no sólo es un ángel y no sólo es inteligentísimo, sino que tiene una experiencia inmensa; sino que como ha visto pasar toda clase de gentes, y ha visto cómo han empezado todos los religiosos y todas las religiosas su vida de santidad, y cómo, poco a poco, los han ido engañando y quitándoles de aquellas alturas a que pensaban llegar; tiene una experiencia tan grande que conoce perfectísimamente los caminos por los cuales nos puede desviar.

Más; -como decía el otro- más sabe el demonio por viejo que por demonio. Y junto a él estamos nosotros, gente sin experiencia; la primera vez que nos encontramos con los problemas estos del apostolado; a veces confiados de nosotros mismos, creyendo que nosotros somos ya lo último que se puede decir en esta tierra… y el demonio se frota las manos.

De ahí, sentimiento interno también, de la fuerza de los poderes **sobrenaturales** en el apostolado. **Ser instrumentos de Cristo.** Que si ponemos nuestra esperanza en nuestros medios humanos: cualidades, talento, cultura, formación, en eso el demonio puede con nosotros cuando quiere y como quiere. Nuestra fuerza está en Cristo cuando se trata de apostolado. Por eso, tener fe en esos poderes; los poderes estrictamente sacerdotales. Fe en el espíritu de Cristo; saber actuar en el nombre de Cristo, con la fuerza de la oración, como instrumentos suyos para extender su Reino. Y por eso mostrarnos siempre apostólicamente como ministros de Cristo; como compañeros de Cristo; como colaboradores de Cristo, enemigos declarados de Satanás; y hablar siempre **in spiritu.** "En espíritu". Confiados siempre en la gracia apostólica.

Este es el sentido de la meditación.

El demonio tiene verdadero influjo en nuestra vida; mucho, mucho. No en cosas extrañas que suelen pasar de vez en cuando; esos espiritistas y toda esa gente. Esos, de ordinario, están ya de suyo bastante chiflados y el demonio no se preocupa ya mucho de ellos; no necesitan demonio; sino en nuestra vida normal, apostólica, ahí es donde se mezcla. En la vida de cada día; en nuestro modo de pensar; en nuestro modo de valorizar. Ahí entra. Y claro, como es tan inteligente…

A los santos mismos les ha causado siempre vértigo la presencia del demonio. Santa Teresa, en las Moradas quintas, habla del interés del demonio en estropear: "Yo os digo, hijas, que he conocido personas muy encumbradas y llegar a este estado; y con la gran sutileza y ardid del demonio tornarlas a ganar para sí, porque debe de juntarse todo el infierno para ello; porque –como muchas veces digo- no pierden un alma sola, sino gran multitud. Ya él tiene experiencia en este caso. Porque, si miramos la multitud de almas que por medio de una trae Dios a sí, es para alabarle mucho los millares que convertían los mártires, etc.".

Y San Juan de la Cruz, como también San Alonso Rodríguez, hablando del poder que tiene el demonio, dice así San Juan de la Cruz en el cántico III: "Sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer y más dificultosas de entender que las del mundo y carne; y porque también se fortalece de estos dos enemigos para hacer al alma fuerte guerra, ningún poder humano se podrá comparar con el suyo, y así sólo el poder divino basta para poderle vencer, y sólo la luz divina para poder entender sus ardides: por lo cual, el alma que hubiere de vencer su fortaleza, no podrá sin oración; ni sus engaños podrá entender sin mortificación y humildad.

Y San Alonso Rodríguez, hablando en su "Tratado de los varones perfectos", en el capítulo 7º dice: "Actúa con disfraz de ángel bueno con los buenos; disfraz de celo, trabajo, talento, obras

escritas, virtudes que hace creer posee, consolaciones sensibles, consolaciones muy elevadas, dando amor de Dios. Parece inflamar en amor divino y se levanta tan alto el entendimiento a contemplar los secretos divinos y misterios altísimos, con tan sensible suavidad, que le parece al alma gustar algunas reliquias de la gloria. Esto y muy más altas cosas puede el espíritu malo".

Así que nos encontramos ante esta realidad: el apostolado es una cosa muy delicada; el demonio tiene mucho interés en estropear –esto es una realidad auténtica- y junto a esto viene ese deseo de apoyarnos firmes en una roca sólida.

Yo me atrevería a decir que, en nuestros tiempos –en los tiempos que corremos siempre; siempre son nuestros tiempos- hay que fiarse únicamente –creo que puede decirse así-, primero: **de la autoridad eclesiástica que manda como tal.** Cuando la Autoridad Eclesiástica, el Papa, manda, dice: esto es así, haced así ¡basta eso! **Qui vos audit, me audit.** En donde tiene autoridad sobre nosotros y nos manda hacer, ¡es voluntad de Dios! Aun cuando el que manda no conforme su vida con la de Cristo. Eso no me interesa; porque, **qui vos audit, me audit.** Por lo tanto, el Papa manda hacer así, ¡se hace así! No digo que uno tiene que fiarse de los que indican enseguida la voluntad de la Santa Sede para todo: "Hoy, la Santa Sede quiere que ustedes vayan así". –Pues que nos lo diga; ¡que nos lo diga! "La Santa Sede desea que las Religiosas hagan esto". -¡Que nos lo diga! Porque si no, yo puedo invocar la Santa Sede para todo lo que quiero.

PRIMER PUNTO, por lo tanto, ¡firme!: AUTORIDAD ECLESIÁSTICA QUE MANDA COMO TAL.

SEGUNDO: Hay que fiarse únicamente –dentro de lo que es de Autoridad Eclesiástica, porque ahí siempre hablamos de eso; dentro de lo que es sumisión a la Iglesia Jerárquica, dentro de esto, fiarse de aquellos que conforman su vida con las enseñanzas de Cristo. De ésos. Lo demás… ¿dónde vamos a parar? ¿De los que tienen una gran inteligencia portentosa? Al menos para mí… yo me fío muy poco, muy poco… Porque no se trata de grandes inteligencias para seguir la vida de Cristo. No se trata. El Señor no ha hecho las cosas muy complicadas. La vida espiritual es sencillísima. Mucho, mucho. Solamente que, precisamente porque es muy sencilla, nos cuesta. Y entonces hacemos grandes equilibrios para unas cosas tan claras, evidentes, que está tan claro en el Evangelio, que el santo más sencillo lo capta enseguida. Pues, es esto. Costará, ¡pero bien claro está!

Es lo que decía San Pedro de Alcántara a Santa Teresa cuando se enteró que estaba consultando para las fundaciones del Carmelo. Estaba consultando a grandes teólogos y grandes canonistas. Le escribió una carta –que está en las Obras Completas de la BAC, en el tomo III-, le escribió en una hoja arrancada de un cuaderno, sin márgenes, y le dice así: "Señora mía –algo así empieza su carta-, maravíllome mucho que estéis consultando a teólogos y canonistas para cosas de perfección. A esos hay que consultarlos cuando se trata de cosas de teología y cánones, pero cuando se trata de cosas de perfección hay que consultar a los que tratan de perfección". Y entonces le echó una carta en la que dice que los consejos de Cristo son buenos, y muy buenos; y sabe lo que nos conviene.

Por eso en esta meditación, ante la vida apostólica misma, el punto de partida es éste: **Pedir al Señor luz**, luz, sabiendo que la realidad es que Él está por una parte: por el campo de la paz, por el campo del Reino de Cristo, del Reino del Padre, y el demonio está de la otra parte, en medio de confusión.

Sabiendo esto, **que el Señor nos conceda luz para conocer los engaños del demonio;** para que sepamos cómo olfatear dónde empieza a desviarse **algo** del espíritu evangélico. Que tengamos en eso como un sentido vivísimo. "Conocer los engaños del demonio; y gracia y fuerza para no dejarnos llevar por ellos". Porque es que, a veces, cae uno en la cuenta del engaño, pero no tiene fuerzas para arrancarse. Es que hoy día hay que tener un valor de león para hacer algunas cosas…

Recuerdo que en el Concilio –me decía uno que había estado en una Sesión del Concilio- se hablaba entonces de la "Iglesia de los pobres", y se levantó por lo visto un Cardenal, que era

español, y empezó su discurso y dice: "A mí, este nombre «Iglesia de los pobres» no me gusta". Y me decía el que había asistido: hacía falta un valor de león para decir eso… Eso no lo decía nadie, aunque no les gustase a nadie; pero decirlo para que salga después en el periódico… ¡eso cuesta horrores! Y esto nos pasa en infinidad de cosas. En el fondo, en el fondo uno ve: pero si esto espiritualmente no marcha… Pero, ¿quién lo dice? ¿Quién le pone el cascabel al gato? –Y por eso hace falta, no sólo caer en la cuenta, sino tener valor para no dejarse llevar de esos engaños, y para mantener una vida limpia apostólica, serena, cristiana, evangélica. Digan lo que digan, ¡adelante! Es muy costoso. –Y aquí está, me parece que en el fondo, todo el secreto de nuestra eficacia apostólica; y aquí está la dificultad más grande.

Pues bien; LUZ para conocer la vida verdadera que nos muestra Cristo –el apostolado auténtico que nos muestra Cristo, el camino de la paz que Él nos muestra- y FUERZA para seguirlo, porque cuesta también.

Con esto vamos a entrar ya en la meditación. Tiene dos partes. En la primera se expone el programa del demonio; es decir, es una especie de resumen, síntesis, como para darnos una especie de pauta: por dónde suele aparecer el engaño del demonio. Fíjate en estos particulares, en estos detalles, y con éstos podrás ver; cuando aparece esto y esto… ¡ponte en guardia!, por ahí suele empezar él. –Y después vemos cuál es la mentalidad de Cristo, y cómo suele Él llevar al apostolado, como normas, como indicaciones para estar atentos.

PRIMERA BANDERA

Primer programa de apostolado. Eso que nos pasa hoy día. Aquí lo que se refleja en el fondo es el problema eterno, que es muy difícil de resolver; eso que nos pasa a nosotros y les ha pasado a nuestros antepasados y les pasará a los que vengan detrás. Como tenemos que vivir en medio de un mundo real –un mundo con todos los adelantos, con todas las mentalidades- es evidente que tenemos que emplear todos los medios humanos. ¡Claro! Tenemos que emplear los medios que hay concretamente en nuestro tiempo; tenemos que emplear los medios que emplean las gentes con las que tratamos; no podemos aislarnos de la realidad en que vivimos. Esto es más que evidente.

Más; todos esos medios no son malos en sí mismos, porque si son malos, quedan excluidos. Por lo tanto, pueden tener utilidad y al tener utilidad, uno no puede dejarlos a una parte, de una manera definitiva, tajante, y decir:

-Aquí, ¡nada de eso!

-¿Qué va a hacer en el apostolado?

-Nada.

-¿Va usted a emplear la radio?

-¡No, señor! ¡Es del demonio!

-El cine, ¿lo va a emplear usted?

-¡Del demonio!

-¿La prensa?

-¡Nada de eso!

-Entonces, ¿qué va a hacer?

-Pues como iban los apóstoles en su tiempo: con un cayado y una alforja al hombro, a recorrer el mundo. ¡Eso es el verdadero apostolado!

Pues no tiene por qué. Eso es simplismo. Y en ese plan, no hay problemas; éste los arranca de raíz, desde luego.

Precisamente, porque son aspectos instrumentales de medios que pueden ser muy útiles, aquí es donde va a entrar la tentación del demonio. Si no hiciese falta sería imposible que nos tentase por ahí. Como hace falta… como puede ser muy útil… entonces viene que él, entrando por este aspecto de utilidad, vaya desviándonos del uso recto de esos medios mismos en el campo apostólico, no en el campo meramente humano. –Esta es la dificultad y esta es la táctica del enemigo y el peligro. Por eso es delicado esto.

Pues bien; para indicarnos un poco el camino por el que se suele notar la intervención del demonio, aquí en esta meditación nos encontramos con un primer punto, que es como darnos a conocer el tono de la voz del demonio, y en los siguientes el contenido de lo que nos dice el demonio.

TONO DE LA VOZ. Es lo que corresponde al primer punto. Enseguida voy a explicarlo.

Diga lo que diga el demonio; sugiera lo que sugiera como contenido, tiene siempre una voz un poco ronca; una voz que causaría ciertas vibraciones en el alma y por la cual uno puede advertir: aquí ha entrado la sugestión del demonio; esto no va limpio… -Es el primer punto de esta contemplación de la primera parte que dice así: "El primero, imaginar, así como si se asentase, el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una grande cátedra de fuego y humo; en figura horrible y espantosa". Es decir, siempre que interviene el demonio, aparece con estas características. ¿Cuáles son?

PRIMER PUNTO: sentado en una grande cátedra de fuego y humo. Cátedra de fuego y humo. Primero, **cátedra**. ¿Qué significa cátedra? Significa, en primer lugar –y se puede decir que suele caracterizarse el demonio por eso- "hablar ex-cátedra". No admite discusión de lo que dice. Hay que aceptarlo. Lo ha dicho **él**. No le interesa que lo que dice sea verdad, sino que lo que le interesa es que sea actual, que sea moderno. **Es así. ES ASÍ**. -¿Por qué razón? -¡Es así! ¡Basta! Es así. ¡Lo han dicho tantos! Lo ha dicho tal persona o tal otra. **Nunca el Evangelio, sino siempre personas concretas.** Esto da un valor enorme para orientación de uno personalmente. Notaréis siempre esto: en las doctrinas evangélicas no se aduce la fuerza del testimonio de un hombre concreto, actual. ¡Nunca, nunca, nunca! ¡Sino Cristo! ¡Los Santos Padres! ¡San Agustín! Estos lo han dicho, ¡basta! –En la otra, ¡nunca esto! Sino siempre: yo soy el seguidor de tal autor, de tal otro, de tal otro…, actual. Es curioso; muy curioso. Esto da mucha luz, mucha luz.

Pero, ¿a quién predicamos nosotros? ¿A Cristo? ¿O a este autor, o al otro autor? ¡La doctrina de tal…! ¡Variaciones al tal…! ¡Veneraciones al cual…! Esos –decía el Señor de los fariseos- que aman **salutationes in foro**. Salutaciones en las revistas; salutaciones en los libros, en que uno le tiene que decir al otro…. Como hace poco leía de uno que le había dedicado: "¡Usted es nuestra esperanza, señor Profesor!" -¡Yo creía que era Cristo nuestra esperanza…!

Esto es característico. Esto dice algo que no es evangélico; que no es evangélico.

CÁTEDRA. Cátedra, por lo tanto, quiere decir que uno impone la enseñanza sin admitir discusión; que es totalmente distinto de lo que tenemos nosotros en la Iglesia Católica cuando –aduciendo una cosa dicha por Cristo- dice: "Esto es enseñanza de Cristo, y hay que aceptarla, aun cuando no la entendamos". En este caso no es así, sino es: "Lo ha dicho tal persona, **humana** siempre. Lo ha dicho tal otro. Hoy día se hace así".

De modo que notaréis siempre esto: Cátedra, en cuanto que se dice: ¡Todos hacen eso!

-Y, ¿por qué hoy día, por ejemplo, no se ayuna?

-¡Hombre, si parece usted de la Edad Media!

-¡Hombre! Pero, ¿por qué no?

-Pero hombre, si hoy nadie, nadie hace eso ya.

-Eso ya lo veo, pero, ¿por qué?

-¡Pero hombre! Si parece usted no sé qué…

-Que sí; pero usted, ¿no me podría decir una razón por la cual…?

Y ahí no hay razón. Todos visten así… todos trabajan así… todos actúan así… Hoy se piensa así…

-Bueno; pero, ¿usted piensa o piensa otro por usted?

¡HOY SE PIENSA! Eso es cátedra. Cátedra. No hay mucho evangélico ahí: "Hoy se piensa así. Hoy no se usan las penitencias. Eso es de la Edad Media. Eso es de entonces…!

-Y usted, ¿come hoy?

-Sí.

-Y eso, ¿no era de la Edad Media?

-¡Ah! Eso es distinto; eso hay que entenderlo…

Pero lo demás… eso es moda. Hoy día gusta eso… -Eso lo suelen decir los vendedores: "Mire usted, hoy se lleva esto; hoy se lleva esto mucho". –Esto en la vida espiritual: "hoy se lleva esto", ¡eso no vale! ¡¡Eso no es de Cristo!!

Así que, este es el primer aspecto: cátedra.

Esa cátedra –grande cátedra- es soberbia. De modo que el centro del interés está en la persona, siempre que hay sugestión del demonio.

El demonio nos puede presentar grandes empresas, grandes acciones apostólicas, grandes sacrificios, grandes humillaciones. También eso nos puede presentar. Pero siempre acaba en la glorificación del siervo de Dios. Al final pasa la gente echándole incienso. ¡Ya está! ¡Ya ha terminado él en una cátedra! Eso es característico del demonio. ¡Siempre!

"¡Oh, con mi movimiento apostólico se transforma el mundo! Hecho por mí, por mí… Pero nadie se entera, ¿eh?, nadie se entera. Yo estaré retirada en mi celda, pero todo eso ha nacido de la semilla que he echado por todo el mundo".

¡Cátedra! Eso no es sano; hay algo que no suena. Hoy notamos eso. Y me lo decía una persona de mucho espíritu: "Hay cosas, hay artículos, hay revistas, hay libros, hay obras que suenan a metal falso; no sabe uno por qué, pero el sonido es ése; no parece que es macizo; hay algo ahí". –Esto da ese sonido, ¡cátedra! ¡Qué poco evangélico!

DE FUEGO Y HUMO. Cuando habla el demonio, aparece el FUEGO siempre. La pasión. Un cierto ardor, una cierta prisa, un no soportar las cosas. Fuego. Capricho. Momento. Ardor.

HUMO. Humo indica ese estado interior molesto, un poco picante; que no se ven las cosas con transparencia; que hay una especie de perder los detalles; parece que los bordes se van borrando, emborronando. –"Antes se veía más claro, ¡una preciosidad!, todo lo que tenía que ser mi vida de sacrificio… Mire usted, ahora, ¡no tiene usted ni idea! Se han quedado las cosas… ¿Sabe usted que no se puede pensar?

¡Ay! ¡Se ha metido! ¡Se ha metido! **"Ego sum Lux mundi. Qui sequitur me non ambula in tenebris"**, dice el Señor. "El que me sigue no camina en las tinieblas. Yo soy la Luz del mundo". En cambio, el que camina en la oscuridad y no tiene buena la conciencia, odia la luz. ¡Es demasiado claro eso! Y se tiende a eso. Use usted conceptos límites, en los cuales siempre quede una cosa vaga, indeterminada, para que así, poco a poco… ¿Estaba claro? Pues ahora ya no está claro. Y después, cuando ya no esté claro, procuraremos tirar el agua a nuestro molino. Traerla. Eso es táctica; eso es oscurecer. Humo.

Lo mismo pasa en la vida espiritual. Cuando el demonio entra… Antes estaba todo transparente, límpido –campo de generosidad, campo de donación, el buscar a Cristo- ¡todo estaba tan claro! "Ahora se me ha metido un nudillo ahí, que no veo claro. Sabe usted… ¡con lo hermoso que era entregarse a Cristo! ¿Sabe usted que no es tan claro eso? Que no… que no…" ¡Humo! ¡Cátedra de fuego y humo!

En aquel gran campo de Babilonia, que significa confusión. Campo de falta de limpieza de ideas. Confusión. En figura horrible y espantosa. De modo que -¡siempre!- el toque de la voz del demonio es éste: Cátedra, fuego, humo, confusión.

SEGUNDO PUNTO.- ¿Qué es lo que él sugiere? ¿Cuál es el contenido? ¿Qué es lo que él dice con esa voz ronca, característica suya, de cátedra, de fuego y humo? ¿Qué es lo que dice? ¿Contenido? –Y aquí, ¡esto es genial!: **"Considerar cómo hace el llamamiento de innumerables demonios, y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra; y así por todo el mundo. No dejando provincias, lugares, ni personas algunas en particular".** De modo que todos estamos en lucha con el demonio; nadie se escapa de él; aunque sea en conventos de clausura rigurosísima, rigurosísima. Allá va esta persona, y se lo lleva consigo… Y el demonio –como no queda atado por la clausura; a él no le obliga la ley de la clausura- ¡entra lo mismo! Nadie, nadie se escapa; aunque sea a los ermitaños de donde sea.

Y entra con sus ideas; y va. Y por eso este demonio manda a todos, a todos. Y, ¿qué les da? ¿Qué consejo les da?: Cómo tentar a los hombres.

"Considerar el sermón que les hace". Es decir, las normas del demonio puestas así, de una manera, diríamos, de parábola. Y cómo les amonesta para echar redes y cadenas.

Suponemos el caso concreto: cualquiera de vosotras que quiere realizar un apostolado eficacísimo; y está decidida, cueste lo que cueste; hasta a dar la propia vida por ello; unida a Cristo crucificado. Y ahora el demonio manda a uno de sus satélites y le dice: "Vete a aquélla y haz guardia en torno para, poco a poco, sin prisa –porque el demonio no tiene prisa, no tiene nunca prisa- sin prisa, para que poco a poco consigamos desviarla". –Y les amonesta a esto: que echen redes y cadenas. Que no digan cosas claramente pecaminosas o erróneas; ¡en absoluto! Porque con eso no hacemos nada. Es una persona que quiere servir a Dios sinceramente; por lo tanto, si se le presenta una cosa que es claramente contra la voluntad de Dios, la rechaza de plano. Tienen que ser **redes y cadenas**. Redes suaves; a poder ser, de estas redes de plexi-glass, transparentes, que no se note que existen; muy suaves, muy suaves; y sin prisas… Después se le da otra vueltecita ligerísima, ligerísima, ligerísima. "Ha aflojado ya en esto; muy bien". Después otra, después, cuando ya se les puede más, entonces les echaremos cuerdas más fuertes. Y por fin, **se les encadena.** Se les encadena de tal manera que queden inutilizadas apostólicamente. No que se sienten encadenadas, no; creen que han encontrado la libertad; pero apostólicamente toda su eficacia se ha ido por tierra.

¡REDES Y CADENAS! Y a esto les exhorta mucho. No empezar por las cadenas; ¡por las REDES!

"Que primero vengan a tentar de codicia de riquezas, como suele **ut in pluribus**, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia. Y de estos tres escalones induce a todos los otros vicios". Y por lo menos, una vez que ha llegado a esto, éste, apostólicamente, ¡cero! ¡Ya se acabó! Todo lo que éste podía haber hecho por Cristo, ya está todo esto destruido. Este ya no hace nada. Se le ha inutilizado.

Esta es, verdaderamente, la clave de una infinidad de engaños a que estamos sometidos.

¿Qué significa esto de que hayan de tentar de codicia de riquezas? ¿Qué se entiende por riquezas? Y, ¿por qué dicen que han de tentar de riquezas? Pues porque las riquezas no son malas; al contrario, son utilísimas para el apostolado.

Recuerdo que contaban una vez de una religiosa que fue a hacer unas compras y compró no sé qué cuestión, y cuando llegó la hora de pagar metió la mano por el bolso y parece que no tenía fondo el bolso ese, y no acababa de llegar hasta el fondo; más abajo, más abajo… Ya por fin, debió pescar allí dentro la cartera, y la sacó y estaba envuelta en no sé cuántos paños, y la desenganchó. Tiró por fin la cartera fuera, soltó los dineros que tenía que pagar, la volvió a meter, la empezó a dar vueltas, y otra vez allá, ¡hasta el fondo del bolsillo! Y cuando le vio uno que estaba allí cerca le dice: "Hermanita, está usted agarrada al dinero, ¿eh?". Y ella le contesta muy expedita, muy rápida: "¡Ah, señor!, es que el dinero es muy mal señor, pero es muy buen servidor". Muy buen servidor. Es verdad. La riqueza… ¡cosa más buena! Con las riquezas, ¡las cosas que se pueden hacer! ¡Cuántas obras apostólicas! ¡Cuánto bien a las almas! ¡Si tuviésemos más medios para fundar hospitales, obras benéficas, institutos!

Riquezas. Son muy buenas. Por lo tanto, el demonio dice: empezad por ahí; porque son cosas razonables, incluso desde un punto de vista apostólico y espiritual. Por lo tanto, empezad por ahí.

¿Qué se entiende, pues, por riquezas? En primer lugar, por riquezas se entiende el dinero. Pero **riqueza es todo aquello que es humanamente estimable.** Es riqueza. Es algo estimable. Es algo por lo cual uno daría dinero por obtenerlo. El dinero, al fin y al cabo, es para obtener otras comodidades; si en vez de tener yo dinero en oro lo tengo en acciones, me da lo mismo; si en lugar de tenerlo en acciones lo tengo yo en que esta persona vale tanto… y lo tengo también en mis cualidades que vienen apreciadas en tanto, pues…

Ahora bien; esto, el que uno tenga una inteligencia de esas que… producen hipo, ¿no?, una inteligencia… Le dan a usted una conferencia, ¡y nada!, como quiera se van treinta mil liras en media hora… ¡Tiene talento! Se aprecia… Facilidad de escribir… ¡Tiene una pluma!, y eso se paga, se cotiza.

Todo eso es humanamente estimable; es riqueza, riqueza. Por lo tanto: el talento, la ciencia, las aptitudes y la preparación insignes… Esos que tienen un título de láurea por la Universidad de Oxford, ¿no? ¡Hombre! Se quita el gorro… ¡Este es por Oxford! ¡Este por Lovaina! ¡Por la Universidad de Lovaina! Pues uno tiene que hacer un poco la venia, ¿no? ¡¡De Lovaina!!

Todo esto: aptitud extraordinaria, preparación insigne, es riqueza.

Más; ¡virtud conocida! Porque no es que vamos sólo por ahí, no. La virtud conocida, por ejemplo: "¿Sabe usted que este individuo es un santo? ¡Hace milagros!". Y hasta la gente –apenas se asoma él por allí- van todos detrás. Pues esa virtud conocida es estimable. A mí no me extraña nada que Simón Mago quisiera comprar eso con dinero.

Todo esto son riquezas; todo esto son elementos útiles para la extensión del Reino de Dios. ¡Claro! Porque imagínese usted un apóstol que tiene esa preparación puede hacer muchísimo más que no un pobrecillo al que se le desprecia porque no tiene preparación alguna. Este puede presentarse en determinados ambientes y estar a la altura. Por lo tanto, es un gran medio apostólico; indudablemente.

Notad esto –que aquí lo importante está en esto-: son cosas que no se pueden presentar como malas, porque no lo son. Más; que pueden ser útiles, e incluso a veces necesarias apostólicamente. Notad que no vamos a decir: ¡fuera todo eso! ¡Ni mucho menos! Pero el demonio les da este consejo: "Llevadles a codicia de riquezas". Codicia de esto: codicia de esas cualidades, de esas aptitudes, ¡codicia! Es decir, que se detengan en ellas, que pongan su corazón en ellas, que se afanen por ellas, que –ya que son cosas útiles- se conviertan para ellos en el último fin –diríamos- casi; porque están bajo Dios, desde luego, pero que sobrevaloren esto: en encontrar estas cualidades.

Esto es lo que se trata: llevarles a codicia de riquezas.

Y aquí, el texto de San Ignacio es muy luminoso. No dice de qué manera han de tentar, sino dice sencillamente: "Primero habían de tentar de codicia de riquezas" ¿Por qué métodos? ¿Por qué argumentos? Eso lo deja él a merced de cada uno de los demonios –es bien inteligente-, según el caso concreto. Diría San Ignacio aquí: **Según subiecta materia**. "Según el tipo que sea". Ahora, lo pueden hacer y lo saben hacer ellos perfectamente. O con razones escriturísticas… porque la Escritura dice esto, y lo prueba la Escritura. Pues ya dice allí, ¿verdad? **"Mulierem mortem, quis invenit?".** Aquella mujer fuerte que es ejemplo de la Biblia… todos sus criados están vestidos **sunt duplicibus**, todos tienen dos vestidos. Todo esto de la Escritura, o sea que es Palabra de Dios revelada… Pruebas escriturísticas, porque allí también dice a Adán y Eva: "Creced y multiplicaos, y poseed la tierra". Por lo tanto: poseed la tierra. –O razones teológicas: "la teología de los valores terrestres…". ¡Pues claro! Es ignorancia, ¿no? Aquel San Agustín, San Ambrosio y todos estos, no habían dado todavía con la verdad. Y el Señor mismo no fue claro suficientemente, ni llegó a captar, probablemente, la teología de las fuerzas sexuales, por ejemplo; no las expuso en el Evangelio con suficiente claridad; y hoy día lo hemos encontrado, hemos completado con esto el Evangelio. Porque allí, ¡claro!, se comprende que bajo el influjo en que vivían, etc., ¿verdad?, no llegasen a esto… Se comprende que un poco de maniqueísmo… es comprensible que el Señor no se librase un poco de esa mentalidad… y se comprende que Él insiste un poco demasiado en la virginidad… en exceso, ¿no? Ahora ya hemos llegado a la **moderatio**; ahora hemos visto ya lo que es el verdadero valor de esto; y por lo tanto, estos son valores teológicos; son auténticos no menos que los otros, etc. –Razones teológicas. Valores terrestres.

Incluso, a veces dice para evitar la vanidad –es muy listo el demonio-…

Leía en el Beato Ávila una frase que yo creo que picaríamos, me parece que todos. Dice así el Beato Ávila: "El robador que viene de noche es el más peligroso y más de temer. Tienes un buen pensamiento, y te da Dios un deseo de seguirlo en algo, y dices: ¿Para qué quiero riquezas, para qué

quiero fasto, para qué quiero honra vana?". Fijaos en este paso. Yo no sé qué les pasa a estos santos que todos dan en el mismo clavo: "¿Para qué quiero riquezas, para qué quiero fasto, para qué quiero honra vana?". El primer escalón, riquezas; el segundo, honor. ¡Es curioso!

"Quiero dejar todo esto; quiero pasarme con poco; quiero ser pobre; no quiero tratos; no quiero trampas; no quiero oficios; no quiero nada de este mundo. Viene este pensamiento.

Viene otro luego, y dice: "Déjate de esto; esto es perfección; esa vida es de perfectos". –Yo creo que esto ya no lo admitiríamos- "Sé que bien puedes mercadear, y tratar de ser rico y salvarte. ¡Claro! ¿Quién te quita?" –y hoy diríamos- y ser perfecto… "¡Quién te quita de que no sirvas a Dios y des limosnas y hagas muchos bienes! Antes los bienes se dan y dan más aparejo para salvarse en quien los tiene, que no si fueses pobre, porque la pobreza acarrea muchos males. ¡Ya lo creo! Hace distraer al hombre andando de las cosas que ha menester, y faltándole las más veces. ¡Anda! Que eso no lo quiere Dios., sino que anden sus siervos alegres y riéndose. La tristeza, y el andar con la cabeza baja, y traer los vestidos rotos y de mal paño, hace que seas conocido y te tengan por santo; y de esta manera caerás en algún pecado de soberbia. Más vale que andes como todos andan; que no seas singular; que comuniques con todos; que te vistas razonablemente. Más vale que andes humilde en lo de dentro que no en lo de fuera, que aquello es lo que mira Dios, que lo de fuera poco hace al caso, antes ayuda a encubrir la santidad del corazón, y de esta manera estarás más seguro".

¡Quién no escribiría esto! ¿Verdad? ¡Si parece un consejo de un Padre Espiritual!

Todo esto trae el demonio, no para que pares en esto, que no es en sí malo, sino para de aquí llevarte poco a poco a cosas peligrosas, en donde pierdas a Dios, y así hacerte entender que no hay peligro a donde le hay. Es curioso; esto es curioso.

De modo que se trata de tentar a codicia de riqueza. Es lo fundamental, sea por un camino o por otro: de teología o de apostolado, o de simple comodidad o de ahorro de tiempo. "Es para ahorrar tiempo", y después se le pasa el tiempo leyendo el periódico. O "para trabajar más tiempo por la gloria de Dios…". ¡Todo es por la gloria de Dios!

-¿Puedo hacer alguna mortificación, alguna penitencia?

-¡Oh! Tiene usted que ahorrar sus fuerzas; Usted todavía es joven. Tiene que dar mucha gloria a Dios. Cuando sea más viejo.

Llega a los treinta años.

-¿Puedo hacer algo? ¿Puedo hacer alguna penitencia?

-¡Treinta años! ¡Oh, la flor de la edad! Ahora no, no; ¡Tiene usted que rendir tanto por la gloria de Dios…!

¡Bueno!

A los cuarenta años.

-¡Cuarenta años! Jesucristo tenía un poco menos de esa edad… pero es precisamente cuando se empieza a rendir de verdad.

-A los cincuenta, puede hacer uno algo…

-¡Oh, cincuenta años! ¡Es la madurez del hombre! Antes a los cincuenta años se era viejo; ahora, con las cosas modernas, a los cincuenta años es cuando produce uno en serio.

A los sesenta:

-¡Oh, sesenta! El Señor le ha dado a usted muchas fuerzas; consérvelas, que está usted rindiendo mucho y tiene usted que rendir más.

Setenta.

-¿Puedo hacer algo?

-¡Oh, ahora nada! Tiene que concluir sus trabajos de ahora en adelante.

A los ochenta.

-¿Puedo hacer algo?

-¡Sí, ahora! ¡A la cama! ¡No tiene que ir más que ahí, a que le den la Extremaunción…!

Se le ha ido ahorrándose para lo que iba a hacer después; porque él iba a trabajar… pero iba a trabajar… Está siempre preparándose. Es como esos que están siempre estudiando, estudiando… Y está uno esperando: a ver qué va a rendir éste, ¿verdad? Porque, ¡tanto prepararse! Y después, pues… ¡a la cama!

Llevar a codicia de riquezas. Y, claro, ¿qué suele pasar? El demonio es muy listo. Como él le ha metido esto dentro, y le ha hecho valorizar… ¡Lo que vale esto! ¡Lo que vale el tener esta preparación y tener estos títulos! ¡Hombre!, sin eso no se puede trabajar hoy día. Eso es lo que da más; porque si usted lleva este título… si usted lleva, por ejemplo, el título de Oxford… después lleva el título de Lovaina… y después tiene usted todavía barnicillo de algún título de la ONU y de la FAO, ¡pues claro!, con eso se presenta usted y no hay quien le resista, ¿no? Y este individuo ha acabado por creerse que cuando se presente con esto es el único en el mundo que lo tiene; y claro, pues cuando se presenta… pues naturalmente, no puede pasar como todos los demás hijos de Dios; le corresponde algo. ¡No por él! ¡No es por él!, pero ciertamente que en esta reunión el puesto que le corresponde es éste, ¿no? A él no le importaría personalmente, pero es el honor del estado religioso, del estado eclesiástico, porque… para que vean, ¡que vean que no son todos tontos los que están en el estado religioso! Por lo tanto, está bien que le hagan esto. Tiene que presentarse con un vestido digno, para poder hacer un buen papel, etc. Y si no le dan eso, pues sale furioso porque no le respetan, porque no le hacer caso. Los Superiores no caen en la cuenta de que él tiene más cualidades que todo esto. ¡A ver dónde le van a poner! ¡A ver si le quieren meter en un colegio donde no hay nadie!

VANO HONOR DEL MUNDO. ¡Ya está! ¡Ya está! VANO HONOR DEL MUNDO. Venias…

¡Y esto se nos mete por todas las esquinas… por todas las esquinas! Y se nos va todo… ¡Oh, cuánto se nos va en vanos honores…! ¡Cuánto se nos va! En el apostolado: ¡La gloria de Dios! –"Que a la gloria, aunque sea por Cristo, le tengo miedo". ¡Por la gloria de Dios! Y claro, el demonio se frota las manos…

Ahí tenemos; en una ciudad: ¡COLEGIO! A ver quién tiene el mejor colegio de religiosos. "Aquéllas han puesto piscina de 20 x 50; nosotras: 25 x 53. Aquéllas van dos horas al día; nosotras, ¡dos horas y media! Estamos mejor". Y están al tanto: "a ver aquel otro colegio; a ver cuál es el mejor colegio de la ciudad". -¿Y esto el la gloria de Cristo? ¿Y eso es el hacer bien a las almas? ¿Y eso es el formar y educar? ¿Es eso? Se nos va todo después en humo de pajas. VANO HONOR DEL MUNDO. Vano honor. Y que tiene más licenciadas de aquí… más títulos de allá… -Conclusión: que termina el año. Salen felices porque las alumnas, ¡todas!, han sacado matrícula en la Reválida… -Bueno, pero, ¿para eso están en el colegio? ¿Es esa la gloria del colegio? –Y, ¿cómo va el amor de Cristo? Porque no es para eso la vida apostólica… ¿O es que ustedes han dejado todo, todo, para que las alumnas saquen matrícula? Para eso podían estar en un Instituto civil. ¡Que no! ¡Que se trata de educar hijos de Dios! ¡Que se trata de formar éstas que serán después santas madres de familia o vírgenes de Cristo! Y no sencillamente para decir: ¡Ah, es el mejor! En Gimnasia va estupendamente; después, en deportes, ¡el mejor colegio del mundo…!

¡Cuánto se nos puede mezclar! –"Es que hace falta". –Todos estamos de acuerdo; todos estamos de acuerdo. Y por eso está ahí el peligro de que caiga en CODICIA DE RIQUEZAS, codicia de esos elementos; el poner el acento en ellos; sobre valorizarlos. De ahí: VANO HONOR. Una cierta satisfacción; y de ahí a SOBERBIA.

Una vez que el hombre ha llegado a este VANO HONOR, a ese creérselas, a ese exigir que se le trate "por la gloria de Dios"; una vez que ha llegado a eso, viene la SOBERBIA, y ese hombre es irritable, intratable. A él no se le puede hacer la más mínima cosa, porque a él le corresponde este título… ¿Y para qué ha entrado este individuo en la vida religiosa? ¿Se ha consagrado a Dios de verdad? **Per ariam viam reversis sunt in regiones suma**. "Por un camino tan largo, después de una gran vuelta, han vuelto otra vez al punto de donde partieron".

Y ése es el espíritu del mundo: esa personalidad, ese derecho propio, ese juzgarlo todo, ese criticarlo todo. Porque uno se cree muy por encima, muy por encima de la Curia Romana –de la Curia Diocesana, ¡desde luego!, de la Curia Romana, "donde está esa gente que no entiende nada de nada… ¡Cuándo acabarán con todos esos!".

Pero, ¿eso es humildad? ¿Eso es buscar la gloria de Dios? ¿Eso es buscar el bien de las almas? ¡Y cuánto se nos mete! ¡Qué fácilmente podemos meternos a hacernos jueces, a imponer nuestros criterios, a creer que lo hemos visto todo! Y es una cosa que da una pena enorme. Porque esta persona, hace treinta años, hace treinta y cinco años, vivía y caminaba a cuatro patas todavía… Ahora es "maestro universal"; ¡muy por encima del Papa! Porque al Papa se le considera… ¡pobrecito…! ¿Verdad? ¡Pobrecito! Vicario de Cristo… pero eso no quita que sea un hombre muy limitado, muy limitado… ¡Y ni compararse! Ni compararse con lo que tenemos nosotros, desde luego.

Y "salvar los propios derechos". Y que nadie nos toque esto… y que lo otro…

¡Que no! ¡Que así no llegaremos nunca a la santidad! ¡Nunca, nunca! Y nuestro apostolado no será nunca eficaz; porque desde el momento en que la vida de apostolado se capta y se ve que el apóstol busca su propia gloria, ¡eso no da fruto! Eso es como cualquier otro; como un propagandista de sus propios negocios, ¡igual!

Es difícil.

Y nos lleva a esa codicia de riquezas también en la vida religiosa.

Y ahora, dos palabritas sobre esto: sobre el aspecto de CODICIAS entre nosotros.

Es cierto que no hay que exagerar en esto y decir: ¡Fuera todo lo que es moderno! ¡Ni mucho menos! Yo creo, más bien, que lo empleamos demasiado poco; más bien demasiado poco. Sino hay que estar siempre abiertos en esto, pero sin valorar las cosas más que lo que tienen; sino cada uno en su grado. Como: Yo hablo en una lengua, en castellano; pues si estoy en otro sitio tendré que hablar en otra lengua; y si estoy entre gente de otra cultura, en otra lengua. Eso es muy obvio y muy claro; pero no estoy allí dando vueltas: "¿Usted se fija la cultura que yo tengo? ¿Usted se fija lo bien que yo hablo español? Pero, ¿usted no se ha fijado? ¡Si soy miembro de la Real Academia! ¡Usted fíjese y aprenda!". No se me ocurre esto, ¿verdad?, sino que hablo, y ya está. ¿Tengo esta cultura? La tengo, y ya está, y no tengo ninguna exigencia ni nada por eso; porque todo esto son instrumentos para el apostolado, y nada más. En el puesto en que el Señor me quiera.

Bien; por lo tanto, nada de cortar esto. Tanto más que, en muchas Congregaciones Religiosas no se puede aplicar este Reino de Cristo de la pobreza plenamente, porque no es una actividad estrictamente apostólica; es decir, no es estrictamente apostólica en el sentido de que no es como los Apóstoles que sólo predican el Reino de Dios, sino que tienen una serie de elementos de educación, y por eso la medida no es exactamente la misma. –De todo esto hablaremos después, al hablar de la segunda parte, de la Bandera de Cristo-.

Ahora nos contentamos con esto: el tener esa especie de intuición para entender los ardides del demonio, que siempre lleva a lo mismo. Con esa voz que lleva en sí CÁTEDRA, imposición, moda, modernidad; sólo por el mero hecho de serlo, sin decir: ¡esto es verdadero!, sino "hoy se hace así"; con ese fuego, con ese humo, con esa oscuridad, va inculcando esto: CODICIA DE RIQUEZAS, codicia de posibilidades humanas, cosas humanamente estimables; todo eso que es humanamente estimable, para que de ahí vaya poco a poco creciendo el VANO HONOR DEL MUNDO, y desviándose de la búsqueda del puro amor de Cristo, acabe por SOBERBIA, por ser uno mismo el centro; acabe por sentarse en esa cátedra en la cual desea uno ser honrado. Ya sabemos que el Señor no honra a quien se honra; como decíamos desde el principio: "¿Cómo podéis creer vosotros, que buscáis la gloria los unos de los otros?". Y cuánto más: ¿Cómo podéis convertir las almas y atraerlas a Cristo, vosotros, que en vuestro apostolado buscáis meramente los unos la gloria de los otros?

DOS BANDERAS

2ª MEDITACIÓN

Vamos a ver ahora la segunda Bandera. El programa apostólico de Cristo.

"Así por el contrario, imaginar al Sumo y verdadero Capitán, que es Cristo Nuestro Señor".

Es el verdadero. En esto insisten siempre mucho los autores espirituales, los místicos. Para ellos, **de veras, verdadero**, tiene un sentido muy subido; siempre significa –diríamos- la plenitud: el alma que ama **de veras** a Cristo Nuestro Señor; la perfección **verdadera**; el amor **verdadero**; todo esto significa en ellos algo que **es**. Como dice el mismo Cristo: "Yo soy **vitis vera**; la vid verdadera". Y el **verdadero** Capitán es Cristo; el **verdadero** Jefe nuestro.

"El primer punto considerar cómo Cristo Nuestro Señor se pone en un gran campo de aquella región de Jerusalén, en lugar humilde y gracioso"

Aquí volvemos a la misma técnica de la primera parte de la meditación.

Primero: el todo de la voz de Cristo. –Cualquier sugerencia que nos viene de Cristo, lleva como característica ésta: en lugar humilde, hermoso y gracioso. En aquella región de paz.

La característica de la moción de Cristo es que lleva a olvidarse de sí mismo; a tender hacia Cristo; **sólo hacia Él**; de modo que uno quede en su lugar sencillo; en la paz, en la gracia, en la serenidad. Cuando esto se turba quiere decir que hay algo particular ahí que no es de Cristo, de **sólo Cristo.**

En este tono de paz, de serenidad, -nunca de angustia, nunca de amor propio, nunca de ese ardor impaciente e inquieto, que es propio de nuestra voluntad humana, de nuestra voluntad propia-, en eso, nos da también el contenido de lo que dice.

Respecto de este "tono", dice así el P. Baltasar Álvarez –en la explicación de las Reglas-: "Todo deseo que nace del amor propia y propia voluntad, padece engaño. Conocerse ha por dos indicios: primero, porque desasosiegan y quita la paz cuando quiere algo". El movimiento ese impaciente de cualquier retraso. "Segundo, porque alcanzada la cosa que desea, no hay paz tampoco. No haya excusa contra esto –dice él- no haya excusa contra esto".

Y en otro lugar de la misma explicación, dice: "Que ninguna excusa se admite en los estrados del Altísimo para que uno pierda la paz. No haya excusa contra esto; ni se diga que se desea la cosa so color de bien; **ne mentiatur iniquitas sibi quia in pace factus est locus eius**. Y añade: "Más se sirve a Dios con la quietud de espíritu que con el cumplimiento de nuestra propia voluntad aunque sea de cosa buena".

Y esto es muy importante. ¡Y es tan difícil! Tan difícil que uno pueda decir: este movimiento, esta acción –que es de cosa buena en sí-, esta acción, no es de la propia voluntad. Difícil. ¡Nos encariñamos tanto con nuestras ideas apostólicas, con nuestro modo de pensar! Cuando en el fondo está uno viendo: esta persona, actuando así, no aumenta su paz, no aumenta su humildad, ni en su sumisión a Dios; sino que más bien se confirma a sí mismo; más bien está levantándose una cátedra a sí mismo; cuando es esto, no estamos bajo la moción del Dios sincera, plena. Y esto da mucha luz para nuestra propia vida interior.

De modo que, en lugar humilde y gracioso. En la paz, en la quietud, en la docilidad al Señor.

Segundo: el contenido de lo que comunica el Señor. –"Considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos". Aquí no entran los ángeles, sino que está hablando de nuestra actividad apostólica; que nuestra misión es cooperar con Cristo al establecimiento de su Reino, y por lo tanto el Señor nos envía, y nos da un encargo para vivir nuestro apostolado, para realizar plenamente la idea de Cristo. "Y los envía por todo el mundo esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas". Nosotros tenemos que ir; sin dejar parte de la tierra donde no lleguemos. Lo que el Señor nos confía, ¡allá vamos!

¿Qué es lo que tenemos que comunicar en nombre de Cristo? El mensaje. Y por lo tanto, ¿qué es lo que Cristo son comunica a nosotros, sea por medio de los hombres, sea internamente por sus

inspiraciones? “Considerar el sermón que el Señor hace”; es decir, las normas que da de apostolado –y esto, no porque se las invente aquí San Ignacio, sino porque están en el Evangelio; son las normas de Cristo-. A todos sus siervos y amigos. **Iam nono dicam servos sed amicos**. Una vez que el Señor nos escoge para su trabajo apostólico, y nos comunica su idea íntima, apostólica, nos hace sus amigos. “Ya no os llamo siervos, sino amigos, porque todo lo que el Padre me había encargado, os lo he comunicado a vosotros”. “A todos sus siervos y amigos que a tal jornada envía; encomendándoles –no es que les imponga con un sentido de violencia y de angustia-, encomendándoles que a todos quieran ayudar”. ¡Cuánta, cuánta teología de apostolado hay en esta meditación! “Que a todos quieran ayudar”. No excluir a nadie de nuestra parte, ni incluir positivamente a cualquiera o a una persona concreta; ¡nada! Sino a todos los que el Señor nos ponga delante en nuestro trabajo, en nuestra vida, a todos queremos ayudar; sin excluir a nadie. Y este es el verdadero apóstol: el que, a quienquiera que se le acerca, ayuda.

“Que a todos quieran **ayudar**”. No es que violente, sino que el trabajo apostólico es, esencialmente, colaborar con la gracia. El trabajo que tiene que hacer un verdadero apóstol es siempre, con esa docilidad interior a la acción de Dios, descubrir en el alma la acción de la gracia y subrayarla. Si Dios está moviendo a esta alma por este camino, yo –recogiendo esa voz de la gracia en el alma- le hago como de altavoz, y le repito, y le subrayo **eso** que la Gracia está creando en esa alma. Insisto en ello: que quieran ayudar; ayudar. Palabra característica en San Ignacio y en el P. Nadal cuando habla, por ejemplo, de los ministerios de la Compañía: “que nuestra Compañía está para ayudar”.

“Ayudar en traerlos, primero: a suma pobreza espiritual”.

Esas encuestas que hacemos nosotros: “¿Qué piensa usted del apostolado?”. –Pues aquí tenemos lo que piensa del apostolado San Ignacio, con el Evangelio en la mano: “Que quieran ayudar en traerlos a suma pobreza espiritual”. Que como Él predicó las bienaventuranzas, que las prediquen también ellos. “Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos”.

“Que todos quieran traer a suma pobreza espiritual; y si su Divina Majestad fuere servida y **los quisiera elegir**, no menos a la pobreza actual”.

Volvemos ya al concepto de pobreza; y aquí tenemos también ese peligro constante de diluir la doctrina de Cristo. –Hoy día llamamos pobreza a cualquier cosa. Todo es pobreza. Los casados viven en pobreza; los religiosos en pobreza; los sacerdotes en pobreza; ¡todos en pobreza! Y aun cuando tengan todos los dineros que quieran y todos los millones… pero viven en un desprendimiento total, ¡en pobreza! Consejo de pobreza.

¿Qué es pobreza? ¿Se puede decir que pobreza es el uso cristiano de los bienes? ¡¡NO!! Eso es **uso cristiano de los bienes. Pobreza significa cuando uno carece de bienes.** Eso es pobreza.

Con esto no quiero indicar nada, ¿eh? Porque sería fatal y sería contradictorio que una persona, siguiendo una vocación concreta, quisiese cambiar su vocación. Lo que pasa es que creemos que todos estamos llamados a lo mismo en todos los aspectos de la Iglesia, y no es verdad. Cada uno tiene su propia vocación; y tiene que seguir su propia vocación.

Pero pobreza significa esto: **carencia de los bienes**. Pobreza. Y poco a poco, en la valoración misma de los Consejos Evangélicos, vamos tendiendo a desvirtuarlos. Y hemos reducido, poco a poco, el seguimiento de Cristo a tres Consejos; y estos tres Consejos los hemos reducido a la virtudes correspondientes; y todo lo que en esas virtudes correspondientes supera lo que es estrictamente obligatorio, lo llamamos Consejo Evangélico. De modo que la pobreza, la reducimos al **uso de los bienes;** uso moderado de los bienes; uso prudente de los bienes. Lo que ahí supera el pecado, lo que está uno obligado a hacer bajo pecado, es Consejo de pobreza. ¡Claro! ¡Así, todos tenemos pobreza! Basta que uno sea un buen cristiano, ¡y es pobre por el mismo hecho! Tiene consejo de pobreza.

La virginidad se reduce a la castidad. De modo que lo que ahí haya más que estricta obligación, ¡pues ya es consejo evangélico de castidad!

Y la obediencia la reducimos a la obediencia que uno tiene que cumplir en el propio estado: familia, en el aspecto civil, en el aspecto eclesiástico, religioso; y con eso, todo lo que ahí supere lo que es estrictamente obligatorio, estoy practicando el Consejo Evangélico de obediencia.

Puede ser que se pueda hacer, pero no se puede comparar con lo que es el seguimiento de Cristo, tal como está en el Evangelio cuando le dice al joven rico: "Vete, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y sígueme". Eso es pobreza. Es decir, la pobreza, como tal, no es una mera acción humana; sino la pobreza como tal, como consejo evangélico, es el seguimiento de Cristo dejando **todas** las cosas. Ese es el Consejo. –Como la castidad. La virginidad no es meramente abstenerse del matrimonio, sino es seguir a Cristo y enamorarse de Cristo de modo que no haya lugar para la propia voluntad, o la voluntad de otros fuera de Cristo. Eso. Los consejos evangélicos en su plenitud. Pero lo otro será una cosa de mérito, teológica.

Aquí, San Ignacio habla de pobreza. Y que se procure llevar a todos –aquellos que uno encuentra- a suma pobreza espiritual.

¿Qué significa esta pobreza espiritual? Que se procure ayudar a llegar al desprendimiento real de las cosas de este mundo. Desprendimiento del corazón; eso es suma pobreza espiritual. Que de parte suya no haya codicia de ninguna riqueza, sino que esté más bien en esa sumisión a Dios, con ese desprendimiento afectivo pleno.

Y añade: ¿Y es útil, y es conveniente ayudar a todos a que lleguen a la pobreza actual, al desprendimiento real de todos los bienes? Y esto no lo dice; sino que dice: "a todos ayudarles a ese desprendimiento cristiano". "Y si el Señor fuere servido –es decir-, si se viese la voluntad y el agrado de Dios- también a pobreza actual". ¡**Ayudar a eso!** Eso es muy poco popular; creedme que eso es muy poco popular. Lo otro –el darse así, una especie de tono de que uno está practicando todo y viviendo en grande- eso no es tan poco popular.

Pero pobreza no sólo es esa pobreza de todo aquello que es humanamente estimable, de todo lo que es pobreza en sentido de dinero, de disposición libre del dinero, sino que pobreza significa también el carecer de cierta formación.

Tenemos un caso clásico. ¡Cómo se está diluyendo poco a poco el concepto de hermano coadjutor entre los religiosos! –Entre las religiosas, hermana lega-. Eso parece que está diluyéndose del todo… ¿Por qué? ¡Ah! Porque es una humillación; es un estado de humillación… ¡Cuánta, cuánta lección da eso!

El Hermano lego, diríamos que **es la forma químicamente pura de la vida religiosa.** Es el hombre que está dedicado solamente al servicio de Dios; sin otros honores de ningún título. Y eso, que es la vida religiosa químicamente pura, ¡eso no entra! No entra porque, en gran parte, somos nosotros mismos los que alejamos a la gente de ese género de vida; como queriendo indicar que no es digno de hombres. Es una cosa que hace pensar mucho.

No ignoro todos los problemas que existen. Los sé muy bien. Pero, aun prescindiendo de esos problemas actuales, ¡eso cuesta muchísimo! Yo tendría tanto gusto… -porque somos nosotros tan novedosos, ¿verdad?, y hay cosas que son de moda- yo me inclinaría mucho a ver cuántos se podrían hacer sacerdotes-legos. Se ha hablado de sacerdotes-obreros; sacerdotes obreros… ¡sacerdotes-legos! Sacerdotes que van a hacer la vida de Hermano lego, dejando todo lo demás… ¡qué pocos encontraríamos, me parece! ¡Muy pocas vocaciones para esto! Los sacerdotes obreros ya encontraríamos probablemente; ¡sobre todo si después salen en el periódico! Sacerdote lego, ¡no!

Sin embargo, ahí está lo que es químicamente puro de la vida religiosa. De esa vida de desprendimiento de todas las riquezas; de todo lo que es humanamente estimable, y no para solamente servir a Dios. Diría yo que la vocación más hermosa dentro de la vida religiosa, es ésta. ¡La más hermosa! Y que, en el fondo, apostólicamente, la que más bien hace, es ésta.

Ahora, eso supone una gran predilección de Dios. Una gran predilección. "Y si nuestro Señor fuere servido, **y se dignase escogerme,** no menos en pobreza actual".

En pobreza de todo. De todo, de todo, de todo.

No podemos hacerlo por nuestras propias fuerzas o nuestra propia voluntad. Todo lo que es auténtica vocación no es fruto de nuestra propia voluntad, sino que es invitación del Señor, es delicadeza del Señor. Fijaos con qué delicadeza insiste aquí San Ignacio: ¡SI ÉL FUERE SERVIDO

no menos!; pero entretanto está uno deseando: "Señor, que seas servido de escogerme en esta pobreza actual". Como el endemoniado de Gerasa podemos decirle que deseamos ir con Él; pero puede ser que Él nos diga: No, vete y anuncia a los tuyos en medio de ese fausto y de esa grandeza lo que Yo te he hecho a ti.

Y eso es lo que tenemos que hacer, porque el estado de pobreza real, no querido por Cristo, no sería apostólico; no sería apostólico. Esto tenedlo muy presente siempre. En toda vocación nuestra. La virginidad, no querida por Cristo para esta alma, no tiene valor apostólico. Si es que yo lo he hecho por capricho, porque me he impuesto: "Yo quiero vivir esto, y no ser menos que San Jerónimo, y no ser menos que…", pues bien; eres menos que todos esos, porque todo esto que tú haces, no está bajo la acción de la gracia, sino bajo el capricho de tu voluntad. Y aun cuando te cuesta horrores, y quizás tengas más luchas interiores que las distracciones que tendrías en una vida de casada, toda esa lucha la has cogido así porque la has querido **tú**; no porque el Señor te ha llamado a ello.

Todos estos valores son muy delicados, y ¡claro!, cada vez estamos haciendo de toda esta vida nuestra de seguimiento de Cristo, una organización según nuestros pareceres. ¡Aquí está el gran peligro!

Por eso esta meditación es de una riqueza, ¡es de una luz! En toda esa condensación, tan breve, ¡hay tanta riqueza teológica!

De modo que, SI EL SEÑOR FUERE SERVIDO, no menos a la pobreza actual. ¡Pero no imponerla! Ni la persona a sí misma, ni a los otros. Si el Señor fuere servido. Está uno atento: "Pues parece que Dios me llama a esto. ¡Gracias a Dios! Parece que Dios me llama a una vida de pobreza actual". Es un don del Señor; es una predilección que tiene con pocos. –Lo mismo pasa con una vida de sufrimientos, o una vida de humillaciones. No es para todos; no la da el Señor a todos.

SEGUNDO: A DESEO DE OPROBIOS Y MENOSPRECIOS

Es el segundo paso. Si una persona no tiene títulos, no tiene representaciones humanas, etc., ¡se le deja el último lugar!

¿Que viene el Papa?

-Mire, yo soy el cardenal no sé cuántos…

-Un sillón aquí.

-Yo aquí venía a ver al Papa.

-Usted, ¿quién es?

-El Arzobispo no sé cuántos…

-¡Ah!, sí. Señor Arzobispo; aquí…

-Usted, ¿quién es?

-Pues yo soy Juan Pérez.

-¡Oh!... no hay sitio, no hay sitio… ¡Nada!

-¡Pero hombre!, y aquí, delante de todos me han mandado atrás…

Donde no hay riquezas –en el sentido de valores humanamente estimables- hay menosprecios. Porque está unido. Eso está unido.

Quien tiene valores humanamente estimables, difícilmente será despreciado; difícilmente. Se le despreciará por algún aspecto, en el cual no tiene valores humanamente estimables. Pero cuando faltan: ¡despreciados! No se les tiene en cuenta; no se les deja un sitio especial; no se les invita a nada; no se les honra. ¡Al contrario! No falta allí una pullita: "¡Claro, como es cortito…! Es muy bueno, muy bueno. ¡Cortito, cortito! Pero lo demás es un Padre estupendo, estupendo…". Ya está; con eso basta. –Y es una vida esa muy rica. Y eso, **sólo cuando el Señor escoge.** Eso es gran predilección.

¡Qué valores tan distintos de lo humano! ¿No es verdad? ¡Qué valores tan distintos!

¡Quién iba a decir, humanamente, que es una predilección de Dios ser escogido para una vida de menosprecios! Y, sin embargo, yo no puedo escoger esa vida de menosprecios porque me entra

el capricho de serlo, y así… para mostrar que soy capaz de llevarlo; no. Cuando se encuentran algunos casos, alguna persona que dice: ¡Cómo! ¿De modo que es verdad que con el hábito sería más santo? ¡Entonces se lo quito yo y me lo pongo ahora mismo! –Eso no tiene ni sentido de lo que es vocación de Dios. ¡Nada! Esas son cuestiones de gracia de Dios. Cuestiones de predilección; que si yo las hago por mi cuenta me quedo sin una cosa y sin la otra.

-"¡Yo para eso no me caso!"

-Pues se queda usted sin casarse y sin lo otro.

-¡Ah! Es que yo voy a vivir una vida de austeridad y de pobreza; porque yo veo que hoy día hay que hacer así, y voy a mostrar cómo hay que proceder así.

-Y, ¿le mueve a usted la gracia?

-¡Qué gracia ni qué cuentos! Yo vivo en pecado mortal; ¡Ni creo en Dios…!

-Pues no le sirve para nada; para nada.

Mientras que, cuando el Señor, atrayéndome a Sí, nos asocia a su obra redentora, cerca de su cruz, participando de sus sufrimientos, de sus humillaciones, de sus desprecios, entonces quiere decir que nos tiene muy cerca; que quiere que seamos instrumentos muy ricos, muy eficaces de su obra redentora.

Es evidente que, cuando el Señor llama a un alma a esta participación de sus misterios, del sufrimiento, tiene una particularísima predilección hacia ella. De ahí, en los santos, los **deseos de ser escogidos debajo de su Bandera**.

Y una vez puesto ahí, después de esos deseos de menosprecios, sigue la humildad. Es el hombre feliz. Porque éste tiene ya la suma libertad; no le importa nada de nada. Siempre feliz. ¡Que resulta que le han echado una bronca terrible…! ¡El hombre feliz! Y dice él: ¡La merecía! Y sale encantado, aun cuando allí… Como el santo ése, que le venían tentaciones de dar un bofetón a un Abad; y se santiguó entonces para vencer esa tentación, y el guardián dice: ¿pero estoy endemoniado que haces todavía el signo de la cruz? Y después se le pasaba ya; mordía esto y, ¡adelante!

Es el hombre feliz, el que ha llegado a esto. El que tenga deseo de menosprecios, deseo de humillaciones, ése tiene una paz inconmovible. Y Dios se le comunica de una manera inmensa a esta alma. Inmensa. La ha escogido para esto; él le sigue de cerca. No tiene nada que perder porque lo ha perdido todo, y "de mojados, ¡al agua!".

Es el camino feliz. ¿Difícil? ¡Claro que es difícil! Supone una vocación de Dios, pero grandiosa, y que, apostólicamente, hace una impresión inmensa, inmensa; y hace un bien inmenso en las almas.

"De modo que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza. El segundo, oprobio y menosprecio contra el honor mundano. Y tercero, humildad contra soberbia. Y de estos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes".

Insistía en que no puede uno mismo determinar –ya lo he indicado, porque tiene que ser por invitación del Señor- el grado de pobreza en que uno va a vivir; cada uno tiene su Instituto y su forma de vida; y sería erróneo el que uno no aceptase su propio Instituto. Sino: Dios me ha llamado aquí, y Dios me quiere con las condiciones de esta vida. Ahora; tener la humildad suficiente para decir: el Señor no me ha querido en otra; me ha querido en ésta. Y en lugar de decir: ¡Menos mal que me ha dejado todas estas comodidades!, decir: Señor, si me hubieses aceptado para una vida más dura quizás… o con otras dificultades… Pero uno acepta la voluntad de Dios sin atormentarse.

En general, cuando llama Dios a un alma a la vida estrictamente apostólica, **estrictamente,** dedicada sólo a la extensión de la palabra de Dios, suele pedir la pobreza total; suele llevar por la pobreza total. Porque no se entiende lo demás que, predicando la sola palabra de Dios, uno esté viviendo como por estipendio de esa palabra de Dios; ni puede tener la eficacia que tiene cuando uno se apoya sólo en el Señor. En general.

Es la cuestión de San Ignacio. San Ignacio lo puso así. Pero decía que, cuando uno vive ya en la vida apostólica, entonces debe vivir sólo de limosnas; entonces. Mientras estudia, no; porque

todavía no rinde; todavía no está preparado, no es el hombre apostólico. Cuando después esté ya trabajando, entonces tiene que vivir así. –Y decía que, donde no se produce bien de las almas, allí no se deben pedir limosnas. Es decir, tenía una idea muy clara de esto. El operario es digno de su merced, y no le faltará; ¡pero tiene que trabajar! Tiene que extender la palabra de Dios. Si en una ocasión no puede extenderla, que no pida limosna tampoco; que se arregle de otra manera.

Concretamente; en los colegios, por ejemplo, no se puede urgir esto. Esto es clarísimo. No es que dice: vamos a vivir de pura pobreza en los colegios. No puede ser. Por lo tanto, quiere decir que por la misma razón de ser de un Instituto que tiene que mantener estos colegios, tiene otro grado de pobreza. Pero aún aquí hay que distinguir siempre, creo, -en los colegios, etc.- la vida las religiosas mismas en contraposición al nivel del colegio donde se vive. Y la vida de las religiosas mismas debe ser siempre una vida de pobreza. Parece que eso lo lleva la mima Institución de la vida religiosa; aun cuando uno no debe aplicar esa misma norma al colegio, donde están las que tienen que ser educadas. Pero –y aquí sí que insistiría- no hay que olvidar que ha de ser una educación cristiana; a la realidad cristiana de la vida. Por lo tanto, hay que infundir a toda la educación cristiana auténtica, el valor cristiano y el uso cristiano de los bienes. Esto sí es importante.

Ahora bien; es sumamente destructivo el empeño en presentarse con lujos excesivos; el empeño en presentarse como el primer colegio de la ciudad en este punto, etc., etc. Eso se capta muy pronto. Eso es fatal. Además, que en sí, es dar una educación que los mismos padres en casa no les deberían dar. Esa educación a valorar la preparación, el lujo, etc., muestra que las religiosas estimas mucho tales cosas en la gente del mundo; y esto no es justo porque no es valoración cristiana de las cosas. Hoy día que el peligro está en el materialismo que todo lo invade, en que la gente no piensa más que en divertirse y pasarlo bien, es necesario que la educación cristiana muestre, no sólo en sus consejos, sino en su práctica, que no son esos los grandes valores; que una juventud sana debe valorar las cosas de otra manera. –Esto me parece muy importante.

Ahora bien; si uno insiste sobre esto: ¡es que son medios! –Pues no los anuncie usted, sino como medios.

Para poner un ejemplo:

-Es que hoy día, modernamente, esto no es más que un medio que se emplea.

-¡Pues no está usted diciendo en todos sus programas que aquí se usa esto, y esto, y esto…! ¡Déjelo! Si es un medio que se usa, pues es un medio que se usa; ¡y ya está! Usted anuncie que es un colegio de educación cristiana, para el día de hoy, ¡y basta!

No sobrevalorar, por lo tanto, lo que sobrevalora el mundo; sino dar a cada cosa su justo valor cristiano; y formar en él. No formar religiosas, pero sí formar cristianas; y cristianas que tienen un concepto cristiano del dinero. Sin ningún afán de ganar dinero; ni siquiera en apariencia. Todo lo que pueda tener apariencia de esto, no desedifica.

Eso, como un aspecto –diríamos- apostólico, en ciertos aspectos que no son estrictamente predicación de la palabra de Dios, tenerlo presente para no querer ser reformadores y revolucionarios en todas las cosas. Pero la idea evangélica que esté muy clara, que es ésta: que tenemos que llevar a la gente a esta valoración cristiana de los bienes; y si la gracia los lleva, ayudarles a que lleguen a pobreza actual. Y si la gracia les lleva, a menosprecios actuales, ayudarles a que vayan llegando a esto, para que así lleguen a la humildad, que es la base de todas las virtudes.

Termina la meditación con un coloquio.

Triple coloquio: a la Virgen, a Jesucristo, y al Padre.

Como una gran gracia. San Ignacio la pidió muchas veces en su vida. Y en todas aquellas vicisitudes cuando iba hacia Jerusalén y no encontraba barco –donde parece que él sufría porque no le ponía el Señor debajo de su Bandera; que no le escogía para una vida de humildad, para una vida de desprecio, de pobreza-, pedía constantemente a la Virgen que LE PUSIERA CON SU HIJO.

Que le pusiera con su Hijo quiere decir esto: que le pusiera cerca de su Hijo. Que le obtuviese la gracia para estar cerca de su Hijo. Para ser aceptado debajo de su programa; junto a Él en la cruz. –Es una gran gracia.

Y en la visión de la Storta es donde tuvo la seguridad de que el Padre le ponía con su Hijo. El Padre le ponía con su Hijo; bajo su Bandera. Jesucristo con la cruz.

Pues bien; coloquio: Porque me alcance la Virgen gracia de su Hijo y Señor. Notadlo bien: **gracia** de su Hijo y Señor; para que yo sea recibido debajo de su Bandera.

PARA QUE YO SEA RECIBIDO. Nada de violencias. Nada de voluntarismos; de meterme yo donde no me llaman. ¡QUE SEA RECIBIDO DEBAJO DE SU BANDERA!

Y **primero:** en suma pobreza espiritual. ¡Que llegue a esto! ¡Que me dé gracia para este desprendimiento real de todo! Desprendimiento espiritual auténtico, y, "si su Divina Majestad fuere servida, y ME QUISIERE ELEGIR Y RECIBIR –es gracia de elección-, no menos en la pobreza actual". Esa gran gracia.

Segundo: En pasar oprobios e injurias por más en ellas le imitar. Siempre con ese **pegarse a Cristo.** Imitarle a Él; estar cerca de Él; participar de su misma vida. Como una gran gracia. Que me dé también gracia para llegar a esto. "Sólo que las pueda pasar sin pecado de ninguna persona ni displacer de su Divina Majestad. Y con esto, un Ave María".

Es decir; pedirle la gracia en el campo apostólico de la Iglesia, donde hace falta de todo. Hace falta gente que emplee grandes medios, con grandes famas y grandes glorias; hace falta eso. No olvidemos nunca esto: que cuando uno hace voto de pobreza, no quiere decir que todos lo tienen que hacer. Cuando uno renuncia a dignidades eclesiásticas, no quiere decir que todos tienen que renunciar, ¡ni mucho menos! Si no, nadie podría ser ni obispo, ni presidente, ni ministro, ni nada. ¡No! Todos esos son también medios apostólicos; y pueden serlo. Sólo que uno le pida al Señor que **se digne escogerle** para ese ministerio apostólico, **en pobreza y humildad;** porque, siendo lo demás igual, esto significa más predilección de Cristo: que yo SEA ELEGIDO debajo de su Bandera.

Y con esto, un Ave María.

Pedir otro tanto al Hijo, para que me alcance del Padre; y decir el Anima Christi. Y pedir otro tanto al Padre, para que Él me lo conceda, y decir un Pater noster.

TENTACIONES DE JESÚS

Ayer por la tarde considerábamos la meditación de las Dos Banderas. Dos programas de vida apostólica: el programa de Cristo, el programa del demonio. Y veíamos cómo es necesario, al menos de nuestra parte, pedir al Señor que nos quiera escoger debajo de su Bandera; primero en suma pobreza espiritual, y si su Divina Majestad quisiere elegirnos, no menos en la actual: en pasar injurias, oprobios, desestimas, etc. Es decir, esa vida de semejanza de Cristo, como la pasó el mismo Jesucristo. Decidirnos a ese ideal. Ese ideal que podríamos expresar con palabras no tan brillantes: "Una vida perra por Cristo". Que sea ése nuestro ideal. No una vida cómoda por Cristo; "una vida perra por Cristo".

Ayer lo veíamos así, un poco en el aire. Unas conclusiones de una meditación hecha por un santo, aprobada por la Iglesia, genial, sintética… Hoy vamos a fijarnos: eso mismo contemplando a Cristo, para ver que es verdad, que tiene razón, que es así. Y por eso, vamos a fijar nuestra mirada directamente en Jesucristo, ya desde el principio, abriendo nuestro corazón hacia Él, en paz interior, con el alma quieta, pacífica, dispuesta. Fijar nuestra mirada en Jesucristo.

En el Evangelio de San Lucas, capítulo 4º, versículo 20, en aquella ocasión en que Jesucristo hablaba en la Sinagoga, cuando leyó un trozo de Isaías, y después de haberlo leído, enrolló de nuevo el volumen, se lo entregó al servidor y empezó a hablar, dice el evangelista: **Omnium oculi erant in sinagoga ascendentes in eum**. "Los ojos de todos, en la Sinagoga, estaban fijos en Él". – Así tenemos que poner nuestra mirada: fijos en Jesucristo.

Orígenes comenta sabrosamente: "También ahora, si queréis, en esta Sinagoga, en este grupo, vuestros ojos pueden fijarse en el Salvador. Porque, cuando el ojo principal de tu corazón lo diriges a la sabiduría y a la verdad, a contemplar el Unigénito de Dios, tus ojos se fijan en Jesús. Beata, feliz aquella reunión de la cual la Escritura atestigua que todos los ojos de los que estaban presentes estaban fijos en Jesús. Cómo quisiera yo que este grupo vuestro –dice Orígenes- pudiera recibir el mismo testimonio: Que los ojos de todos –de los catecúmenos y de los fieles, de las mujeres, de los hombres, de los niños-, no los ojos corporales, sino los ojos del alma, estuvieran fijos en Jesús". ¡Qué hermoso es! ¿Orígenes? Aquí suelen decir que esto es piedad de los siglos de San Bernardo. ¡Orígenes! ¡El gran Orígenes! ¡El amante del martirio!

Pues así, fijemos nuestra mirada en Jesús para que no se nos pierda nada, para conocerlo íntimamente, y ofrecernos con apertura del corazón a seguirle: "Que yo quiero, y deseo, y es mi determinación deliberada de imitaros". Y para eso, estoy fijándome con amor: todo lo que hace Él, cómo piensa Él, cómo organiza Él la Redención del género humano, cómo la hace, cómo la vive.

¡Oh Hermosura que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
del amor de las criaturas.
Oh nudo que así juntáis
dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males.

Vamos a ver cómo inaugura Jesucristo su vida pública –como nosotros queremos inaugurar nuestra vida de redención de las almas-; a ver qué criterios son los suyos, cómo actúa Él; porque ahí tenemos que apoyarnos –yo creo-, en Cristo, en cómo Él lo hace.

Pues bien; Jesucristo inaugura su ministerio con tres pasos. Primero, se despide de su Madre. Segundo, se deja bautizar por Juan. Tercero, pasa cuarenta días en el desierto y es tentado.

Vamos a ver estos tres puntos de meditación.

Primero, se despide de su Madre. –Jesucristo ha llegado hacia los 30 años. Juan está predicando el bautismo de penitencia por todo el Jordán; las multitudes corren a él; todos los tipos: negociantes, soldados… A cada uno dice su palabra de perdón, de preparación para la venida próxima del Mesías. Ya está. Ya ha llegado el momento; la plenitud de los tiempos.

Y Jesús oye llegar las noticias del Jordán, y Él sabe muy bien que eso significa su partida de Nazaret; que ha llegado el tiempo pleno. Y se lo diría a su Madre: "Madre, ya se acerca la hora; tengo que empezar mi obra, mi predicación; tengo que dejarte… te quedas aquí…". Es Madre viuda… con hijo único… y… que se quieren tanto… Pero, tiene que dejarla.

Se forman las caravanas, como se formaban en cada uno de los pueblos de las regiones, para ir a Juan a oír su predicación, a hacerse bautizar por él en el bautismo de penitencia. –Y Jesucristo se enrola en uno de esos grupos con toda naturalidad.

Y llegado el momento, parte la caravana. Jesús se despide de su Madre; le dice que ya no volverá por allí… Ya han terminado la obra que estaban haciendo juntos, hasta la cruz. En la cruz volverán a verse; volverán a **colaborar**.

Y la Virgen lo acepta todo; con mucho dolor… No tiene más que a Jesús… Hijo suyo único y su Dios. ¡Y es tan agradable la presencia de Cristo, tan necesaria para ella, pobre viuda…! Lo acepta. –Y cuando Jesús desaparezca… se retira a su casa… En su casa, todo le habla de Jesús; todo: El sitio donde trabaja, donde come; los alrededores, el jardín, la huerta… todo le habla de Jesús; los instrumentos que han quedado allí… todo. María, **sola**. –Soledad de la Virgen, que nos tiene que ayudar mucho en nuestras soledades. En nuestras desolaciones interiores, cuando Jesús se esconde en nuestro corazón, recurrir a la soledad de la Virgen, unirnos a Ella.

Este es el primer paso para la libertad del apóstol… del apóstol. El verdadero apóstol de Cristo tiene que estar libre, libre. Si no estamos, no salimos nunca de las faldas de mamá. Siempre, en todas partes: la mamá. Y manda la mamá. No. Si no, nos pasará lo del endemoniado del Padre Rodríguez, que quería echar al demonio y le dijo: "Mamá". Y acabó con él, con el sacerdote.

No. Libertad de espíritu. Estamos con Cristo y sólo con Cristo. Adelante. Lo mismo el sacerdote, que el religioso y la religiosa… no, no. Adelante. Si no puedes dejarlo y lo tienes, quédate en casa. Ya está. Te quedas ahí… Pero si quieres servir a Cristo, de verdad, hay que romper todo eso. De verdad… Y no hay marido que soportase a su mujer todos los requiebros que tiene muchas veces una religiosa que tiene que ir a ver a sus papás constantemente. Si fuese casada, no le dejaría, no.

Pues bien; libertad de espíritu. –Es que la Madre de Jesucristo le sigue. –Sí, le sigue. Eso puede hacer una madre: seguir. Pero no **preceder** al apóstol; nunca. Si ella va entre los fieles que le quieren seguir a escuchar la palabra de Dios, muy bien. Pero nunca supone ningún dominio sobre el apóstol de parte de sus padres. No. Está dedicado al ministerio del culto de Dios. Ministerio sagrado; apostolado.

Estimar esto. Como Cristo. Dejar todo. A seguir a Cristo.

Esto, ¿es faltar de amor a los padres? ¡Qué va a ser! Esto es aumentar el amor hacia Dios y aceptar su voluntad sobre nosotros; seguirle.

Y **va a bautizarse**. ¡El bautismo de Cristo! Es el primer misterio -¿veis?-: ¡Cómo va Jesucristo por el camino de las humillaciones! Es el bautismo de penitencia. No para perdón de los pecados –porque tenía que venir Cristo para perdonar los pecados- pero sí bautismo de penitencia para disponer al perdón de los pecados. Por lo tanto, quien viese a Jesucristo que se acercaba al Bautismo con un grupo de gente y que se hacía bautizar por Juan, sin juicio temerario podía decir que Jesucristo era un pecador. Iba a bautizarse. Bautismo de penitencia.

Nosotros, quizás, le hubiésemos aconsejado enseguida que no fuese, porque para el ministerio apostólico, su fama de santidad era necesaria. ¿Qué podían decir si empezaban por decir que fue a bautizarse como todos los demás a manos de Juan Bautista? –Y sin embargo, Jesucristo va por ahí: el camino de la humillación; que es distinto del nuestro…

Y llega al Jordán. ¿Hasta qué punto conoció Juan a Jesucristo? ¿Se conocían de antes? No. ¡Qué se van a conocer! No se conocían. –Bueno, pero es que esos cuadros que le pintan a Jesús con Juan Bautista y un corderito… -Esos están hechos por el pintor. –No se conocieron nunca. Juan Bautista, desde pequeño, fue al desierto… y nada… Pero el que conoció al Señor cuando todavía estaba en el seno de su madre –Isabel- lo tuvo que conocer también en aquel espíritu interior, con aquel instinto interior, cuando lo vio venir… tan distinto de los demás… lleno internamente de la divinidad… Y lo vio; y tuvo una intuición: "Ese es el Mesías". Todavía no había visto la señal que le había anunciado el Señor: "Sobre quien vieres bajar una paloma, ése es". No le había visto, pero ya le intuyó que era ése. Como pasa con las almas santas, que se intuyen, se conocen; una especie de intuición previa.

Y cuando Jesucristo empezó a conversar con Juan sobre el Bautismo, entonces se convenció más todavía. Al conversar con Él, comprendió que no tenía ningún pecado. Y entonces quería impedirlo: "Yo debo ser bautizado por Ti, y Tú vienes a mí". Y Jesucristo le responde: "Deja ahora, que así conviene que cumplamos nosotros toda justicia". ¿Qué significa esto?

El que dice estas palabras, cuenta estas palabras, es San Mateo. Ahora bien; en San Mateo, cumplir, el "implere" significa generalmente cumplir algo profetizado en el Antiguo Testamento. "Para que se cumpliera lo que estaba escrito"; para que se cumpliera. Pues bien; parece que aquí el Señor lo que le dijo a Juan es esto: "Conviene que se cumplan las profecías; por lo tanto, bautízame". ¿Cuáles eran esas profecías que iban a cumplirse? Parece que se refiere a Isaías en el capítulo 53, versículos 11 y 12, donde dice así: "El justo, servidor mío, justificará muchos. Él tomará sobre sí su iniquidad. Por tanto, Yo le daré como premio la multitud de los poderosos. Hará un gran botín, porque se ha ofrecido por sí mismo a la muerte y porque fue computado entre los malhechores". A esto parece que se refiere. "Conviene que cumplamos lo que está profetizado: Él cargó sobre sí los pecados de todos y fue considerado entre los malhechores. Conviene que entremos por aquí".

Y esto se confirma con la palabra del Padre, que una referencia a Isaías 53, 1. Y las mismas palabras del Padre después del Bautismo, cuando dice: "Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas mis complacencias", son una cita textual de una expresión que aparece tres veces en "Los Setenta", para designar a Abraham, su hijo, ofrecido como víctima: "Toma a tu hijo Isaac, a tu hijo el que amas el unigénito, en quien tienes tus complacencias, y ofrécelo en el altar". Conviene que cumplamos toda justicia". Jesucristo sabe que Él es el Isaac que el Padre ofrece por la salvación de los hombres. Jesucristo sabe que es el servidor fiel de Yahvé que tiene que cargarse sobre sí con las iniquidades de todos para redimirlos; y así tendrá un gran botín, porque ha sido contado entre los malhechores. Y por eso le dice a Juan: "Yo no tengo pecado, pero me sumerjo en el bautismo de penitencia porque estoy cargado con los pecados de la humanidad: Mis almas"; las almas de Cristo. Por eso Jesucristo inaugura su ministerio cargando sobre sí los pecados de sus almas, de la humanidad.

Reflexionad también sobre esto.

Así se inaugura su ministerio; así. No con muchas exterioridades; así. Sumergiéndose en el bautismo de penitencia; cargados con los pecados de nuestras almas.

Y baja. Y se hace bautizar.

Esto debió dejar a Juan tan impresionado, le hizo una impresión tan enorme, lo entendió tan bien, que para él, Jesucristo ya no era más que "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo". El Cordero de Dios que lleva sobre sí el pecado de la humanidad. Y así lo ve siempre: "**Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi**". Ahí está. Ya lo veía siempre así; como se sumergió en el Jordán: cargado con los pecados de la humanidad.

Tiene otras finalidades también el bautismo y nos señalan los teólogos: la santificación del agua bautismal… Todo esto, sí es verdad. Pero creo que el sentido íntimo es este: el cumplir la profecía, el cargarse con los pecados de la humanidad y sumergirse en el bautismo de penitencia.

Y cuando después de haberse bautizado –hecho este gesto de humillación, cargándose con los pecados-, sale del Jordán y se pone en oración, baja sobre Él el Espíritu Santo en forma de paloma,

visiblemente. Y Juan lo ve, y se confirma definitivamente. Y el Espíritu Santo posándose sobre Él, simboliza esa plenitud de la complacencia divina, que hace ya de la Humanidad de Cristo el instrumento habitual, constante, de la predicación evangélica y del ministerio evangélico. Así se inaugura: con la plenitud del Espíritu Santo sobre la suprema humillación de Cristo que carga con los pecados de la humanidad.

Aprendamos la vía sólida, segura: el programa de Cristo, la bandera de Cristo. Por ahí.

"Y Jesús –tercer aspecto- **lleno del Espíritu Santo**, dicen los Evangelistas…" –Parece que con esto quieren indicar que después del bautismo, después de esta teofanía, derivó sobre Cristo un especial esplendor del Espíritu Santo. Estaba ya unido a la divinidad hipostáticamente, pero ahora parece que sobrevino a la Humanidad un nuevo enriquecimiento, esplendor; y así parece que quieren indicar al decir: "lleno del Espíritu Santo". Subió al Jordán así, en la plenitud de su esplendor mesiánico.

"Y lleno del Espíritu Santo, fue **conducido** por el Espíritu Santo **al desierto** para ser tentado del demonio".

Otra humillación de Cristo. –Vamos a penetrar en el sentido de este desierto y de esta tentación del desierto.

Dice: "llevado del Espíritu", o "el Espíritu lo condujo al desierto". La palabra griega que aparece en uno de los evangelistas es la misma que emplea el evangelista cuando dice que Jesús **lanza** el demonio de los posesos; lo cual supone una fuerza, una cierta violencia. De modo que el Espíritu Santo conduce a Jesucristo –diremos- con violencia al desierto. Lo lanza al desierto. Supone casi como una resistencia de parte de la humanidad de Cristo, que estaba llena del Espíritu Santo.

Y lo lanza al desierto; y allí está orando y ayunando cuarenta días y cuarenta noches, para empezar el apostolado. –Eso que decimos ahora: -Pues eso no está en el Evangelio… -Pues los cuarenta días de ayuno allí están, en el Evangelio… para empezar…

Y se retiró. A la soledad, al silencio, a la penitencia. Y, ¿por qué esto?

Hay una analogía curiosa entre este período de Jesucristo en el desierto y la agonía del Huerto. Aquí dice que el Espíritu lo lanzó, como con violencia; allí, en la agonía del Huerto, dice que el Señor "**abulsus est**", "se arrancó de los Apóstoles", y entró en la soledad del Huerto de los olivos con fuerza. También allí sentía una violencia… Comienza igual. Termina en el desierto con que los ángeles le sirven; en el Huerto, un ángel le conforta. Y en medio, Jesucristo ora y es tentado. Hay una analogía, porque corresponden a situaciones análogas.

Dice alguno de los evangelistas que, cuando estaba allí en los cuarenta días, oraba, ayunaba, **et tentabatur a Satanan,** "y era tentado por Satanás". Algunos dicen que es un adelantar lo que viene después al fin; en cambio otros dicen: Pues no; puede ser y se puede entender de que era tentado en esos cuarenta días también. Era tentado; y alguno de ellos pone: "como de lejos": tentado con el sueño, la tristeza, una especie de hastío, y cosas semejantes. Algo parecido a lo del Huerto.

Pues, ¿qué es lo que veía Jesucristo que le hacía orar así, ser tentado de esa manera? Lo mismo que en el Huerto. En el Huerto veía cerca de sí ya inmediata la Pasión, y sentía naturalmente una repugnancia enorme a la Pasión y a la muerte. Tanta más repugnancia cuanto más valor tenía su vida y su sangre, que eran de valor infinito. Y ahora, esta repugnancia la siente Jesucristo ante el programa de su vida mesiánica, ante el programa que el Padre le ha trazado, que es terrible… terrible. El programa mesiánico de Cristo, cuando uno lo considera en fría, es espantoso: Tres años de vida pública… corriendo de una parte a otra… incomprendido… perseguido… calumniado… con discusiones constantes… Y al cabo de los tres años, la muerte en cruz. Espantoso. Tremendo.

Imaginad un sacerdote que el día de su primera Misa ve con claridad, con una visión de Dios ante sus ojos, que tiene este programa de apostolado: tres años de trabajo… de incomprensión… de cambios de una parte a otra… Y a los tres años, lo fusilan. Se ha acabado. Tres años nada más. Es enorme. Eso causa una repugnancia a la naturaleza… y

pensar que eso va a ser el programa de vida… Nosotros que imaginamos tantas veces un apostolado brillante de años y años de trabajo, de luminosidad por todas partes…

Y Jesucristo ve: tres años… al cabo de los cuales uno de los doce que ha escogido, le hará traición… la gente no le sigue… la gente dirá: crucifícalo, crucifícalo… Es enorme… -Y es el programa de Cristo, el programa del Padre; el que le ha confiado el Padre.

Y siente una repugnancia su naturaleza. Y se retira al desierto. Y ora. Y ayuna… Y lo acepta con todo su Corazón. Por eso dirá San Pablo: "Jesucristo no se agradó a sí mismo". **Iesus Christus non sibi placuit**. "No se agradó a sí mismo". Y por eso dice el mismo Señor: "Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre". **Quae placitur sibi gaudio** –dirá San Pablo- **sustinuit crucem confussionem contemplat**. "Poniéndose ante los ojos el goce, se quedó con la cruz, despreciando toda confusión". Es el tiempo del desierto: ayuno, oración. –Y lo acepta. Acepta su misión plenamente, hasta la cruz. "Se anonadó a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz". Y lo quiere. **Ecce venio**. "He venido a esto". Lo quiero. Lo acepto. Es mi determinación deliberada. El Padre lo quiere así, y Yo lo quiero; contra toda la repugnancia de la naturaleza humana, que naturalmente no está inclinada hacia el dolor. –Eso es la oración de Cristo en el desierto.

Aquí nos enseña el mismo Jesucristo, que no es imperfección al tener tentaciones en el apostolado, tentaciones ante la repugnancia de la vida apostólica que nos espera. Y por eso precisamente Jesucristo las tiene así, después de estar **lleno** del Espíritu Santo en el bautismo.

"Pasados los cuarenta días, Jesucristo siente hambre. Y se acerca el tentador.

Penetremos aquí en esto: la tentación del desierto. La tentación, la triple tentación, que es tan rica de enseñanzas para nosotros.

Si no queremos quitar a este episodio su verdadero carácter y menguar su significación, notemos que esta prueba que soporta Jesús en el desierto, no consistió meramente en una triple tentación de gula, de vanagloria y de ambición. No es ése el sentido total: tenía hambre, y le propuso satisfacerla. No; no es ése el sentido. Fue mucho más grave y decisiva. Todos los comentadores de hoy de los Evangelios están de acuerdo en verlo así: Jesús fue tentado, no a título de hombre ordinario, sino a título de Mesías, de su función mesiánica, en la hora misma en que iba a presentarse ante los israelitas, ante los judíos, ante sus compatriotas, como Mesías. Las imágenes que el demonio hace brillar ante sus ojos, las eligió con grandísima habilidad para seducirlo, si hubiese sido posible. Debemos repetir que la mayor parte de los judíos de entonces habían desfigurado el santo y celestial retrato que los profetas habían trazado del Mesías, hasta hacerlo completamente terreno y desconocido. El libertador que ellos esperaban había de aparecer de un modo teatral, debía multiplicar los milagros sin más, manifestarse como rey poderoso, dominar a los romanos, darles de comer, resolver sus problemas materiales… Este programa de falso mesianismo es el que el demonio, en sus consecutivos asaltos, propone a Jesús para que lo realice. Quería hacer de Él un Mesías por la gracia de Satanás, o por la gracia de los hombres; no por la gracia del Padre. –Y aquí está el secreto de las tentaciones. De una riqueza, de una actualidad para nosotros, enorme. Podríamos decir, usando términos modernos, que el demonio en estas tres tentaciones le presenta a Jesucristo el resultado de una encuesta hecha entre los judíos, sobre lo que ellos esperaban del Mesías; nada más, nada más. "Si Tú eres el Mesías, el pueblo judío espera de ti esto. Si no lo haces, no ganarás al pueblo. Espera de ti esto. No lo ganarás". Es decir, el demonio le propone un programa de éxito humano en su apostolado, al lado del programa que le presenta el Padre de muerte en cruz.

Este es el verdadero sentido de la tentación del desierto. Y vamos a verlo.

Se acerca el tentador. Había visto en Jesucristo algo más que un puro hombre. No era un hombre ordinario. Y entonces, sospechando que era el Mesías –quizás no el Hijo de Dios precisamente, pero el Mesías-, el demonio trata de desviarlo de su función mesiánica, para así impedir la redención de los hombres. Y se le presenta, y le dice: "Si Tú eres el Mesías…" –

eso que nos suele decir el mundo siempre con tanta insistencia y con tanta fuerza de convicción para tanta gente: Si tú eres el apóstol de hoy, si tú eres el apóstol actual que tiene verdadero celo de las almas…- "si Tú eres el Mesías, di que estas piedras se conviertan en pan".

¿Qué quiere decir con esto? ¿Satisfacer el hambre? No eso; sino, sabía él muy bien que el pueblo de Israel esperaba un Mesías que satisficiese las necesidades materiales del pueblo de un modo milagroso. Por lo tanto, lo que pretende es esto: satisfacer a las necesidades materiales del pueblo. –Si tú eres el apóstol de hoy –nos dicen-, remedia toda la cuestión social y creeremos en ti. Por ahí tienes que empezar. Multiplica los panes.

Sabía que era ésta la característica que el pueblo esperaba del Mesías. Por eso –fijaos que no es sólo de este momento-, estas tentaciones son un aspecto de este momento, pero que después se reflejan en toda la vida de Cristo. Y el demonio continúa siempre presentándole este aspecto para desviarlo de su función mesiánica. –Y por eso, cuando Jesucristo multiplica los panes en el desierto, inmediatamente la gente se pone a gritar: "¿No es éste acaso el Mesías que nosotros esperábamos?" Y le querían hacer rey. ¡Claro! Este era el Mesías que ellos esperaban. Y no hay, quizás, ningún milagro en que haya insistido tanto Jesucristo –después de haberles mandado a todos dispersos: a los apóstoles a la barca, y a la gente fuera, y Él se queda solo en el monte-, y al día siguiente, en Cafarnaúm, no hay milagro en el que haya insistido tanto Jesucristo, diciendo que "no lo habían entendido". Y les dice: "En verdad, vosotros me seguís, no porque habéis visto el signo –no porque habéis entendido el sentido de lo que he hecho- sino porque os he dado de comer". –Es éste el Mesías que ellos esperaban. Y estaban siempre revolviendo con aquello de que "Él dará un pan milagroso… Él nos dará un pan del cielo… todo nos lo remediará Él…" Y Él les dice: Pues no señor. No es éste el pan bajado del cielo el que os dio Moisés en el desierto, sino el verdadero pan es el Hijo de Dios; que es lo que Él les responde ahora.

De modo que, el demonio es muy listo. El demonio iba a desviarlo; a proponerle su programa, como siempre: Por riqueza, por vano honor, por soberbia. Ese camino va a seguir en el programa mesiánico.

Y entonces Jesucristo le responde: "Escrito está –Escritura-: no vive de sólo pan el hombre, sino de todo lo que Dios dice"; de cualquier cosa que venga de la mano de Dios. Allí en el desierto se les dio, no pan, sino se les dieron aquellas aves… el maná… "De lo que venga de Dios". Estamos en sus manos. –O también en un sentido pleno –que no me repugnaría-; en un sentido se podía decir que el Señor le dice, haciendo referencia a escondidas a lo que es el verdadero don mesiánico, que es el mismo Cristo en la Eucaristía: "No sólo de pan material vive el hombre, sino el pan que yo tengo que darles es mi Cuerpo y mi Sangre. Es lo que sale de la boca de Dios, que es la palabra de Dios. El alimento del hombre es la palabra de Dios, o la palabra de Dios encarnada y presente en la Eucaristía".

Pero no acepta. No es ése el camino, no. No le engaña…

Entonces el demonio pasa al segundo.

El diablo lo llevó al pináculo del Templo. Y mostrándole de allí abajo la multitud que estaba en los atrios del Templo, le dice: "Si Tú eres el Mesías, échate de aquí abajo". Como lo que esperaban es un Mesías teatral… échate de aquí abajo… Está escrito que no te harás nunca daño… es el Mesías que no sufrirá nunca… no te harás daño porque los ángeles te protegerán para que no te hagas daño… y así caerás en medio de la gente sin hacerte daño, y verán que el Mesías ha bajado del cielo; y entonces te aceptarán.

Es la teatralidad mesiánica. Es lo que ellos esperaban tantas veces; cuando decían: "Cuando venga el Mesías, no sabemos de dónde será; pero de éste lo sabemos que es de Nazaret". O cuando decían: "Muéstranos un signo o una señal del cielo". Y Jesucristo no se las concedía: la teatralidad del Mesías… que bajase del cielo… una cosa que se imponía por sí misma… luminosa…; como tantas veces nosotros somos tentados también en nuestro apostolado. Y aquí el demonio es él el que usa el argumento de la Escritura: "Porque está

escrito que los ángeles te recogerán en sus palmas para que no te hagas daño al caer, con los pies".

Y Jesucristo sigue fiel. No le gustan las teatralidades. –No hay que hacer teatro en la vida espiritual y apostólica.

Y Él entonces le dice: No… ¿Por qué me tengo que tirar? Si tengo aquí unas escaleras para bajar… "No tentarás al Señor tu Dios". No hay que recurrir a estos medios cuando hay otros humanos. No; no me voy a tirar. –Y va. Segunda tentación; mesiánica también.

Y el demonio, ya desesperado, sabiendo que la coronación del reino mesiánico –como esperaba el pueblo, como los mismos apóstoles lo tendrán siempre en su cabeza hasta el fin: a ver quién sería el primero en el reino de los cielos-, sabiendo esto, que debía terminar, según la mentalidad de los israelitas, de los judíos, en un reino universal, sin límites, superando a los romanos, todos, lo lleva a un monte alto, y le muestra, le hace ver la gloria del mundo, lo que significaría la posesión de todo ese mundo; y le hace brillar ante su imaginación todo el esplendor de las cortes de la tierra. Y le dice: "Todo esto te daré, serás rey de todo esto, si postrado me adoras". Es decir, si me sirves, si sigues mi voluntad, si sigues mis criterios, mis normas. Todo esto te lo daré. Serás el Rey universal, que es lo que pretendes como Mesías: el reino universal. **Adveniat regnum tuum**. Te lo daré. Sólo con una condición: que me hagas caso, que sigas mis criterios.

Y entonces, Jesús en respuesta le dijo: "Vete de ahí, porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo y a Él solo servirás", a Él solo agradarás en todo. –Es la respuesta del Principio y Fundamento: Agradar a solo Dios. Nada. Si a Él no le agrada, no daré un paso. El camino no será, quizás, tan triunfante como el que tú me indicas, pero yo sigo la voluntad del Padre. "A Él solo agradarás, a Él solo servirás".

¡Bueno…! Aquí están las tentaciones.

A nosotros nos tienta el demonio lo mismo. Y no hay apóstol que no atraviese por estas tentaciones. Es la tentación decisiva del apóstol. A Jesucristo –como les decía- no terminó en este momento, sino que siempre siguió el demonio presentándole estas perspectivas; constantemente, constantemente. Porque no se define de una vez para siempre. El demonio es muy inteligente, muy constante; y vuelve, y vuelve, y después de haber dicho que no, pues vuelve otra vez, y lo presenta de otra manera, y procura no desviar siempre en este sentido.

En cambio, Jesucristo siguió derecho hacia la cruz, derecho: a la voluntad del Padre. En la multiplicación de los panes le quieren desviar. En la oración del Huerto le quieren desviar. Sus mismos apóstoles le quieren desviar. Y la reacción de Cristo es siempre violenta, firme. Pocas veces fue áspero Jesucristo. Y lo fue con Pedro, cuando después de la confesión de la medianidad hecha por Pedro –en el capítulo 16 de San Mateo-, cuando Jesucristo les había preguntado: "¿Quién decís vosotros que es el Hijo del Hombre?". Y Pedro le contestó: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo que ha venido a este mundo". Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. Y Jesucristo le dice: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque esto no te lo ha revelado la carne y la sangre". Es decir, esto no lo has sacado tú por consideraciones humanas; lo que has visto no corresponde al ideal mesiánico que tienen los hombres. Por eso, el que tú hayas reconocido en esta vida mía al Mesías, eso te lo ha revelado el Padre. Sólo con luz divina lo podías entender. –Por eso, ¡cómo somos ridículos cuando creemos que nosotros con luz humana vamos a convencer a la gente del mesianismo, de la vida de Cristo, del camino apostólico! ¡Que no! ¡Que no! –Jesucristo se lo dice explícitamente: "Viéndome como me veías, tú no podías juzgar que Yo era el Mesías. No lo has juzgado así. No te lo ha dictado eso la carne y la sangre, el modo humano de pensar; sino mi Padre que está en los cielos te lo ha revelado, te lo ha hecho entender. Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia".

Bien… A renglón seguido dice el Señor: "Les mandó que a nadie dijesen que Él era el Cristo", que no lo dijesen, porque entenderían mal; que no lo dijesen. Y una vez que ya lo

habían aceptado como Cristo, Jesucristo empieza a manifestarles claramente su función mesiánica, que era la muerte en cruz. Y dice enseguida: "Y desde luego comenzó a manifestar a sus discípulos que convenía que fuese Él a Jerusalén, y que allí padeciese mucho de parte de los ancianos y de los escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto y que resucitase al tercer día". ¡Claro! Habéis reconocido que soy el Mesías. Mirad lo que significa ser el Mesías; esto: la muerte en cruz y la resurrección.

Y Pedro -¡el mismo!- tomándole aparte le agarra del brazo y le dice: ¿Qué estás diciendo? ¿Mesías en la cruz? "Trataba de disuadirlo diciendo: ¡Ah, Señor! De ningún modo, no ha de verificarse eso en ti". Que te van a matar… y que vas a ir a la cruz… No ha de verificarse. –La idea mesiánica humana.

Y entonces Jesús, vuelto a él le dijo: "Quítateme de delante, Satanás". –Este es Cristo. A quienquiera que se pone delante de su camino hacia la cruz: ¡fuera! "Quítateme de delante, Satanás. Me escandalizas. Porque no piensas como Dios sino como los hombres". –El Mesías según Dios. Aquí está la clave de todo. Aquí está: pensar como Dios, no como los hombres. El que antes había pensado como Dios, reconociéndole como Mesías, ya está ahora pensando como los hombres. Así cambiamos nosotros. Así somos de indóciles a la gracia. Así mezclamos nuestra miras humanas en nuestro apostolado: una vez todo por Dios, después mezclamos un criterio humano, un modo de ver humano. –Y Jesucristo eso no lo tolera. "Apártate, Satanás". Como fue en el desierto, igual; porque le separa de la cruz, le quiere llevar a un Mesías glorioso. Y ellos insistirán siempre, siempre, siempre: Si en este tiempo restituirás el reino de Israel… Señor, ¿quién será el primero en tu reino? Siempre… vuelta… y vuelta…

¡Es tan difícil al hombre entender el criterio divino, apostólico…! El ser Mesías según Dios o según los hombres.

Pues bien; cada una de vosotras tiene que soportar esta tentación. Cada una de vosotras sentirá infinitas veces: "Si eres religiosa de hoy; el mundo de hoy espera esto de las religiosas". Y, ¿qué te importa a ti lo que espera el mundo? Si el mundo nos va a dar los criterios de Redención, estamos buenos… estamos buenos… No me importa **nada** lo que espera el mundo de la religiosa. Lo que me importa es lo que espera **Dios** de la religiosa de hoy, en el mundo de hoy. Pero lo que espera Cristo, no lo que espera el mundo. Y ya sería hora de acabar con todas las encuestas de lo que espera el mundo de la religiosa. ¿Encuesta? Pregunta a Jesucristo lo que Él pide de las religiosas y lo que Él quiere de las religiosas. Y que sean religiosas abrazadas con la cruz. Y que vayan, sin ñoñerías, pero con la cruz de Cristo bien clavada. Hasta la Cruz.

Esta es nuestra tentación. Y ésta es la decisión que tienes que tomar. Ser religiosa según Dios, o ser religiosa según los hombres. Y aquí está la clave de la santidad: en este programa de vida. Y si te decides de verdad con Cristo a ser religiosa según Dios, aceptarlo hasta el fin, hasta morir con Cristo crucificado.

ELECCIÓN DE LOS APÓSTOLES

Vamos a hacer esta meditación o contemplación sobre el llamamiento de los Apóstoles, llamamiento a la vida apostólica.

También en esto deberíamos tener algunas ideas claras; que hay mucha confusión en todo este concepto de vida perfección, de vida de santidad, perfección apostólica, perfección matrimonial, etc., etc.

No es lo mismo –estrictamente hablando- la vida de perfección que la perfección en la propia vida; todos tenemos que procurar la perfección en la propia vida. Pero vida de perfección se llama aquélla que **toda** ella está **explícitamente** ordenada como una escuela especial a la obtención de la perfección interior, a la vida de oración, a la vida de unión con Dios. Y lo mismo la vida apostólica. En toda vida cristiana tiene que haber edificación del Cuerpo de Cristo, ejemplo, apostolado en los límites que uno pueda hacerlo; pero vida apostólica es aquélla que está **toda ella ordenada** al apostolado, en todos sus elementos. Por eso, la vida de matrimonio no es apostólica, no se puede llamar vida apostólica; nunca. Y tampoco se puede llamar vida apostólica la vida de negocios seculares. No es apostólica. Tiene que hacer apostolado, tiene que dar buen ejemplo, tiene que ejercitar ese negocio o esa vida de negocios de un modo cristiano, ejemplar; pero no es vida apostólica.

Y en eso hay mucha confusión. A fuerza de hacer votos se les ha quitado mucho valor. Todo el mundo hace votos ahora. Ya no sabe uno ni los votos que tiene. Voto de esto; hago voto. Y después, al mes, ya se ha cansado, y, "quíteme el voto". Y así estamos: poniendo votos y quitando votos. Se ha quitado mucho valor a los votos, mucho. Y en la misma vida religiosa, mucho. Y no sé cómo. Porque ahora hace uno los votos, y parece que casi no está obligado; sino, bien… caso de… se pide una pequeña dispensa. Y termina el año, y ya estoy libre otra vez. De modo que hay una depreciación de los votos, a fuerza de hacerlos. Y ya no sabe uno ni los que tiene. –Yo creo que no sé si los tengo, pero… muchos son. Desde los cuatro solemnes, después no sé; creo que son… no sé si son cinco o seis; no sé cuántos-.

Y con esto, no hay concepto claro de vocación. Porque los votos los puedo hacer cuando me parece; está en mi mano. Y hace uno un voto; hace voto de pobreza y… se queda uno con todo lo que tiene; pero hace voto de pobreza. Y como ese voto depende de uno, pues ya está; ya he hecho el voto; igual que el otro que ha dejado todo: San Francisco de Asís. -¿Cómo que igual? San Francisco dejó todo y vivió en pobreza; y yo tengo todo, vivo estupendamente, pero tengo voto de pobreza lo mismo que San Francisco. –Estas cosas no acaba uno de entenderlas del todo. Aquí hay algo que no marcha, algo que no marcha. Y es eso: el subrayar tanto, poner tanto el valor en **los votos** como tales. Y lo importante en la vida cristiana, lo importante no es el voto, sino lo importante es **la vida que se confirma con voto.** Eso es lo importante. El individuo que vive pobre, y no tiene nada, ya puede dejar de hacer el voto, porque no tiene nada… Muchas veces se hace el voto para quedarse con los bienes. Y hace uno el voto: voto de administrarlos ordenadamente, etc. Pues la pobreza es pobreza, pobreza; y pobreza no es uso ordenado de los bienes, sino pobreza es **pobreza**; y el uso ordenado de los bienes es algo que es para todos los cristianos, normalmente. **La pobreza** no es para todos los cristianos. Aun la persona que tiene más capitales y más bienes y más familia, tiene que usar cristianamente de sus bienes, y ésa es su obligación como cristiano; pero obligación de **pobreza**, no la tiene. La pobreza es privarse muchas veces de cosas necesarias y convenientes. Pobreza. –Y lo mismo en otras cosas, ¿verdad?

Con esto, que se ha extendido mucho, de estados de perfección, etc. –que es muy bueno y la Iglesia lo quiere-, pero tiene consigo el peligro éste de desprestigiar, es decir, de disminuir la importancia de la vida que está bajo los votos. Como si todo estuviese en hacer votos. Y no, no. Siempre tener presente el **modo de vida** que se confirma con los votos: el modo de vida pobre, casto, obediente. Y no meramente: he hecho voto de practicar **algún** grado de pobreza. Como para estar en estado jurídico de perfección, basta que haya alguna práctica, en algún grado, de la pobreza,

castidad y obediencia, pues… yo ya tengo. Pero notemos que hay estados de perfección y estados de perfección. Hay estados de perfección y estados de **mayor** perfección. No todos los estados de perfección son iguales, ni mucho menos. Hay estados de perfección y de mayor perfección. Basta un mínimo para que uno entre en el grado de estado de perfección; basta alguna práctica de la pobreza –que yo no se debe llamar pobreza en ese sentido-, basta alguna práctica de un cierto control en el uso de los bienes, que no estaría yo obligado personalmente a hacerlo, y que yo lo acepto. Ya está: estado de perfección. Pero de eso a ser como San Francisco de Asís, hay un mundo de distancia.

Pues bien. Se pierde con esto el concepto de la vocación. Porque, si lo que hago yo por el voto es una pequeña práctica, que no me coge toda la sustancia de mi vida, pues ahí no se acaba de ver qué sentido tiene la vocación. La vocación estrictamente significa una llamada de Dios a un **acercamiento a Él** y a una consiguiente mayor participación en su **obra redentora**. Eso es vocación. La vocación se entiende –en teología espiritual- vocación a un **estado de vida**, algo habitual; a un estado definitivo de vida; **más cerca de Cristo**; con mayor participación de la cruz de Cristo. Eso es vocación. Vocación no es toda buena inspiración de Dios; se podría llamar también, pero no se suele llamar. Y así yo no digo: tengo vocación de ayunar los viernes. No llamo a eso vocación. Puede ser que Dios me pida eso; pero no digo que tengo vocación de ayunar los viernes. O tengo vocación de tomar la disciplina todos los días. Vocación no llamo a eso. Eso es una práctica. Vocación supone que interesa **toda** la vida: el estado de vida que se acerca a Cristo.

Y en este sentido –entendiéndolo así- no ve uno, y no acaba de ver, a pesar de todo lo que se habla hoy día, que el matrimonio sea **vocación estricta, vocación** –notad- estricta. Si yo llamo vocación a toda **misión**, entonces el matrimonio es una vocación, eso es claro; porque tiene una función que realizar, una función confiada por Cristo. Pero, así como el paso del paganismo al cristianismo es vocación, vocación de Dios que llama a un estado cristiano de vida, el cristiano, si Dios no le llama más cerca de Sí, si Jesucristo no llama más cerca de Sí, normalmente se casará; no hace falta otra vocación para casarse. Es lo normal de quien está ahí. Si Él no lo toma y se lo atrae a Sí, pues es lo que tiene que seguir normalmente, Por eso, el Señor no dice: El que tiene oídos –para casarse- que oiga. No. "No todos entienden esta palabra, sino a los que les ha dado el Padre". Pues para entender que se pueden casar, no es que tengan necesidad de una palabra del Padre. –Eso en sentido estricto, ¿eh? Ahora, si uno llama **función**, es cierto que tiene una función; una función cristiana, y con la espiritualidad correspondiente, todo lo que usted quiera; pero vocación estrictamente… ¿A qué se llama vocación? A Jesús que **llama a Sí, llama a Sí.** Y no vemos ningún caso en el Evangelio, en el cual Jesús llamase a uno y le dijese: José, ven aquí; **ven aquí** a casarte con ésta. Vente conmigo para casarte con ésta. No aparece nunca en el evangelio. No es que Él llame a mayor intimidad para que se casen; llama para **estar con Él**. Esa es la verdadera vocación: a participar más de su vida y de su obra redentora.

Entendiendo así la vocación, claro que hace falta que Él nos llame; claro, claro. Y por lo tanto, yo no puedo decir que basta que yo lo quiera. No, no basta; sino, tiene que ser Él el que me llame. Hace falta una vocación divina, como insiste el Papa Pío XII y como insisten también los documentos pontificios.

No basta, pues, una mera buena voluntad; el Señor tiene que llamarme. Y mucho menos basta eso que, a veces, se hace. Que uno va por la calle y le dice: ¿Usted se va a hacer monja? –Y dice: No, no tengo vocación. –Yo se la doy, mire; yo le llamo en nombre del Señor; porque el Señor me ha mandado a mí a su encuentro. Ahí está. –Eso no; eso no es ni respeto a Dios, ni nada. Y mucho menos el decir: Pues resiste usted a la gracia si resiste a mis palabras. ¡Tonterías! Ahí no hay nada de resistencia a la gracia. –La vocación es de Dios y sólo de Dios. Es de Jesucristo; de Dios en Cristo, y sólo de Dios en Cristo.

Como digo, se refiere al verdadero estado de vida.

¿En qué consiste esta vocación? Pues consiste en que Jesucristo mismo, personalmente se ofrece al alma con particular **amabilidad**, y así atrae **al alma** a esa intimidad con Él. Ahí está la verdadera vocación: Jesucristo que se abre, se manifiesta al alma se le manifiesta amable, capaz de

polarizar su afectividad hacia Él, capaz de satisfacer al alma con su amistad; y entonces el alma se lanza a esta amistad de Cristo que Él le ofrece, y acepta ella libremente. De modo que hacen falta las dos cosas. No basta que uno diga: yo ahora, para sacrificarme, renuncio a todo; no basta eso. Sino que la renuncia tiene que venir porque el Señor internamente se me ofrece a su intimidad. Y claro, cuando Él se me ofrece… consecuencia: me quita todo lo demás.

Vamos a poner el ejemplo humano, que es el del amor humano.

En el amor humano, el que una joven renuncie a todos los demás afectos para aceptar el amor de un joven concreto, no es que el amor consista en renunciar a todos los demás, no; sino que, en fuerza del amor que ha nacido, lleva como consecuencia el que uno tiene que renunciar a todo, incluso para que pueda **madurar** este amor hacia él. Una vez que ha empezado a brotar, aunque todavía no domina del todo a la persona, ya uno tiene que cuidar; y va cortando todo lo demás para fomentar y favorecer este amor exclusivo y total a esta persona. De modo que, el amor, esa llamada de esa persona hacia sí, no hay que confundirla con la mera renuncia de los demás. Y así podéis comprender que una joven que dijese: Pues yo no me voy a casar más que con el rey de Bélgica; con ningún otro. Y le ofrecen aquí, y le ofrecen allá… -No señor; yo con el rey de Bélgica. A nadie. ¡Y qué! ¿Con eso se ha casado con el rey de Bélgica? Me parece que no. Si el rey de Bélgica no se le ofrece… Pues entonces, ¿qué hace? Pues, pobrecita; se queda sin el rey de Bélgica y sin ningún otro. Sin nada. Se ha empeñado, se ha emperrado en esto, que tenía que ser así, y ahí se ha quedado. Ahora; si fuese que él le hubiese invitado, entonces ésta tiene que dejar todo lo demás, incluso para madurar este amor exclusivo y total que nace.

Esta es la vida con Cristo. Es un trato personal con Él; que Él se abre a nuestra amistad y nos invita a su intimidad. Y sólo así se realiza. No por puro sacrificio: "renuncio a todo"; no. Si fuese por sacrificio, pues podía hacer otro distinto: llevarse una piedra encima de la cabeza, por ejemplo. Si es por sacrificio… que escoja otro.

De modo que hace falta que haya dentro del alma esta **vivencia** de tendencia a Cristo, de llamada de Cristo, de polarización hacia Cristo. Y entonces sí; todo lo demás lo lleva consigo. Lo demás, el cortar todo sin tener esa tendencia, no la crea la tendencia. Si el Señor no le ha invitado, no es que esté obligado a darle; y resultaría como les he dicho: "Pues usted se queda sin una cosa y sin otra". Sería como si aquí tuviéramos telegrafía con hilos, y de repente uno dice: ¡Ah! Pues mucho mejor era la telegrafía sin hilos… -Y, ¿cómo la va a hacer usted? –Pues, cortar los hilos, ¿verdad? –Y va, y corta los hilos. Se queda sin la telegrafía con hilos y sin la telegrafía sin hilos; porque mientras no cambie las máquinas… Esa telegrafía está hecha para hilos.

Pues esto mismo pasa en la vida espiritual. Verlo en su sentido realista, verdadero: nuestro trato de intimidad con Cristo. –Y esto mismo se ve en el Evangelio. Si Jesucristo no llama, aunque yo haga todos los votos, pues no me ha llamado. Los votos los puedo hacer; pero si no me llama, no me ha llamado.

Tenemos el ejemplo en el capítulo 5 de San Marcos, que es muy bonito. Jesucristo había pasado a la otra parte del mar y estaba en Gerasa.

"Pasaron al otro lado del lago, al territorio de los gerasenos. Apenas desembarcaron, les salió al encuentro un energúmeno, salido de los sepulcros, el cual tenía su morada en ellos y no había hombre que pudiese refrenarle ni aun con cadenas, pues muchas veces, aherrojado con grillos y cadenas, había roto las cadenas y despedazado los grillos sin que nadie pudiese domarle". Era el terror de la región este endemoniado; **furioso**. "Y andaba siempre día y noche por los sepulcros y por los montes gritando e hiriéndose con piedras a sí mismo". El terror. Es el demonio que domina la región. "Este, pues, viendo de lejos a Jesús, corrió a Él y le adoró. Y clamando en alta voz dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Altísimo Dios? En nombre del mismo Dios te conjuro que no me atormentes". Y es que Jesús le decía: "Sal, espíritu inmundo, de ese hombre". –"Y le preguntó Jesús: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Mi nombre es legión, porque somos muchos. Y le suplicaba con ahínco que no le echase de aquel país". Como cuando Jesucristo se encuentra en le alma con un demonio de estos.

“Estaba paciendo en la falda del monte vecino una gran piara de cardos, y los espíritus infernales le rogaban diciendo: Mándanos a los cerdos para que vayamos y estemos dentro de ellos. Y Jesús se lo permitió”. ¡Hala, marchaos: a los cerdos! “Y saliendo los espíritus inmundos entraron en los cerdos, y con gran furia toda la piara, en que se contaban al pie dos mil, corrió a precipitarse en el mar en donde se anegaron todos”. ¡Al agua! Y se les metieron al agua, todos. ¡Dos mil!

“Los que los guardaban huyeron, y trajeron las noticias a la ciudad y a las alquerías, y las gentes salieron a ver lo que había pasado. Y llegando a donde estaba Jesús, ven al que antes era atormentado del demonio, sentado, vestido y en su sano juicio”. Normalísimo. Y quedaron espantados: Pero éste… Tranquilo, manso; a los pies del Señor; sentado, como un perrito… “Los que se hallaban presentes les contaron lo que había sucedido al endemoniado y lo de los cerdos”; esa colilla que había traído. “Y temiendo nuevas pérdidas…”. Es lo que suele pasar, ¿eh? Cuando entra el Señor en el alma, al primer demonio que echa…: los conejillos. ¡Dos mil cerdos al agua! ¡Hala! ¡Con el demonio! ¡Todos muertos! Y la gente empieza a decir: Pues Señor, si sigue éste avanzando, no deja aquí títere con cabeza. ¡Y menuda! Si entra… si ha empezado con dos mil… nos quedamos sin cerdos, sin conejos… “Y temiendo nuevas pérdidas comenzaron a rogarle que se retirase de sus términos”: Señor, si te puedes marchar… -Esto pasa al alma. “Señor, vamos ya… ya está bien, ya está bien. Nosotros estamos muy contentos de que le has dejado a éste en paz, pero si vas a limpiar más todavía… Márchate un poco, un poquito, un poquito; a distancia”. Y el Señor humilde, se va, se va. “Si no quieres… si no quieres que limpie toda la región…”

“Y al salir Jesús a embarcarse, el que había sido atormentado del demonio, se puso a suplicarle que lo admitiese en su compañía”. ¡Pobrecito! Ya curado. El que hubiese estado endemoniado no significa nada. De María Magdalena había echado siete demonios… Eso no significa nada. Todos hemos estado endemoniados con el pecado. Eso no significa nada. –Y éste le pedía que le dejase ir en su compañía con los otros Apóstoles. “Mas Jesús no le admitió, no le admitió. Sino que le dijo: Vete a tu casa y con tus parientes”. Lo contrario de ir con Jesús. “Y anuncia a los tuyos la gran merced que te ha hecho el Señor y la misericordia que ha usado contigo”. Tiene que hacer apostolado; sí, también. Pero no vida apostólica con Cristo. No. “Vete, anuncia, manifiesta a los tuyos los bienes que el Señor te ha hecho”.

“Y se fue aquel hombre, y empezó a publicar por el distrito cuantos beneficios había recibido de Jesús”. –Y si le encontrásemos a este pobre hombre allí, sentado, un poco triste, y le preguntásemos: ¿Por qué estás triste?, nos diría: Pues el Señor no me ha acogido en su compañía; no me ha querido coger. –Nosotros, que somos tan fáciles de consolar, le diríamos enseguida: Pues señor; pues haz los tres votos; si es lo mismo… haz los tres votos. Haz voto de pobreza, de modo que des cuenta de lo que vas gastando al jefe de la sinagoga; después haces voto de castidad; haces voto de obediencia también al jefe de la sinagoga, y es lo mismo. –Pues no es lo mismo; porque éste no ha sido recibido en la compañía de Cristo. No ha sido… No lo ha recibido en su intimidad como los Apóstoles. Él quería, y Jesucristo no lo admitió. No hay vocación.

Segundo ejemplo. –Otras veces, Jesucristo invita, y el hombre no acepta. También esto puede pasar. El Señor muestra su intimidad. –Notad que siempre se manifiesta el Señor como Señor en todos estos casos: en el endemoniado liberando del demonio la región. Se ha manifestado con su poder divino y le ha atraído a esta alma, le ha parecido ver esto, y ha querido su intimidad.

En el otro, igual. Lo trae San Mateo en el capítulo XIX y San Marcos y los demás en los lugares paralelos.

El Señor había hablado de la pureza; después había hablado de los niños, de la inocencia; y después de que había hablado de esto, dice: “Se le acercó un hombre joven, que le dijo: “Maestro bueno”. Había visto esa bondad; se le había abierto el Señor; había visto que le atraía. “Maestro bueno, ¿qué obras buenas debo hacer para conseguir la vida eterna? –Y Él, Jesús, le respondió: ¿Por qué me llamas bueno?”. ¿Qué grado de bondad me atribuyes? –porque Él tiene la bondad de Hijo de Dios-. “Dios solo es el bueno”. Si soy bueno, saca las consecuencias… “Por lo demás, si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos. Y él le responde: ¿Qué mandamientos? –Jesús: No matarás, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra a tu padre y a

tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo. –Y el joven le dice: "Todos esos los he guardado desde mi infancia; ¿qué más me falta?". Y era verdad, ¿eh? Era un joven puro; porque, el Señor "le miró y le amó". Notaron los Evangelistas que se complacía en aquella alma. Que era verdad, era verdad. Lo miró con cariño, con amor. –"Y entonces le dice: Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después, ven y sígueme". Aquí lo invita; aquí se abre a su amistad: haz esto y sígueme, sígueme. "Habiendo oído el joven rico estas palabras, se retiró entristecido porque tenía muchas posesiones". –Ved lo que impide la intimidad con Cristo y el seguir la vocación. No son los pecados pasados –éste no tenía pecados; había guardado los mandamientos-, sino los apegos presentes. Tenía muchas posesiones… tenía muchos apegos… y el hombre espiritual que había en el joven rico se fue triste, porque fue mortificado. Tenía una tendencia hacia Cristo, y tuvo que mortificar esa tendencia para mantener sus posesiones. Y se marcha. Cristo lo ha invitado; él no ha querido. Por sus apegos.

También a éste le hubiésemos consolado nosotros fácilmente si le hubiésemos encontrado triste: ¿Por qué estás triste? -¡Ay! es que tengo que venderlo todo, darlo a los pobres, y fíjate tú… -Pues… no hace falta. Aquí lo importante es que tú hagas voto de pobreza; tú haz voto de pobreza, y te quedas con todo, como antes. Y sólo nos das cuenta de cómo lo administras. Ya está. Ya te graduaremos un poco en ciertos gastos; ya está. Pero lo mismo. -¡Qué va a ser lo mismo! **"Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres",** -no a tus parientes- "a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos". Aquí en la tierra, se acabó; no hay tesoros. Y entonces, vienes; sígueme, porque yo seré tu tesoro. Entonces me poseerás a Mí. –Pues no, no, no; el joven rico no fue admitido. Podía haber hecho todos los votos. El Señor le debía haber dicho de otra manera: Mira, haz voto de pobreza, de castidad y de obediencia, y sigue con tus bienes. –No. El Evangelio es claro, ¿eh? ¡Cómo lo oscurecemos cuando nos parece…!

"Jesús dijo entonces a sus discípulos: En verdad os digo, qué difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos"; los que están pegados a los bienes, a las riquezas. En cambio el demonio: a codicia de riquezas siempre, siempre; porque sabe que difícilmente entrarán en la intimidad de Cristo los que tienen codicia de riquezas, los que son ricos de verdad.

Tercero.- Jesucristo llama, se ofrece, y el hombre responde. Son los Apóstoles.

Y vamos a examinar y ver esta preciosidad del llamamiento de los Apóstoles.

Parece que Cristo llamó a los Apóstoles en tres etapas. En la primera, más que llamarles, les admite a su intimidad. Son ellos los que vienen, y Él los acepta, los admite para que vean un poco la vida que hace. Un primer encuentro. Después los llama a más continua compañía en la pesca milagrosa; al menos había cuatro de ellos. Y por fin, los llama ya para ser sus Apóstoles.

Vamos a ir siguiendo esto para ver la figura de Cristo, que es tan amable; es tan simpático el Señor… A veces le imaginamos como esas figuras bizantinas, que están así… que parece que asusta, con las manos así… pantocrátor. Pues no era así, no. Era simpático; les tomaba el pelo a los Apóstoles… Dicen que no se rió nunca; pues yo creo que más de una vez, más de una vez. No digo que estuviese a carcajadas, no. Pero tenía una sonrisa… que les tomaba el pelo a los Apóstoles. Y a ellos les gustaba mucho. Estaban muy a gusto con el Señor. Eso es una realidad. Estaban **muy a gusto** con el Señor. Y cuando les dijo que se marchaba, les parecía que se quedaban huérfanos. Eso supone un trato muy delicado de parte de Cristo.

Pues bien; vamos a verlo así.

Cuenta San Juan en el capítulo 1: "Los primeros discípulos"

"Al día siguiente –dice- otra estaba Juan allí con dos de sus discípulos: Andrés y Juan Evangelista". Juan evangelista tendría entonces unos diecisiete años, calculan; porque si no era casado, era porque no había llegado a la edad todavía; diecisiete años, una cosa así. Andrés un poco más; tendría sus veinte años… Estaban los dos con Juan Bautista. "Y viendo a Jesús que pasaba…". Allí estaban los tres; y Jesús como si no supiese nada, un poco haciendo el tonto… sucedió que pasó que pasó cerca; y pasaba como si no cayese en la cuenta de que estaban los tres; serio… adelante… Y lo ven pasar. ¡La hermosura de Cristo! "Y Juan cuando lo ve, les dice: He aquí el Cordero de Dios". Lo que le había quedado del Bautismo. "He aquí el Cordero de Dios". "Los dos

discípulos al oírlo hablar así, se fueron en pos de Jesús". -¡Bueno! Adiós. Detrás. – ¡Qué ejemplo es el de Juan el Bautista! El hombre desinteresado y desprendido, que busca solamente llevar las almas a Cristo y está siempre señalando a Cristo: "Ese es el Cordero de Dios". Y cuando se van todos detrás de Él, él queda contento, "porque el amigo del Esposo se alegra oyendo la voz del Esposo". Y él tiene esa función. Y Cristo debe crecer y él disminuir. Y es fiel a su misión hasta dar su vida por Cristo.

Y allá se van los dos: Juan y Andrés. –Pensad lo que significa en ellos este encuentro. Ellos que conocen el Antiguo Testamento, que conocen las profecías, se encuentran con el Mesías de carne y hueso. Ahí está. Y vamos a hablar con Él. ¿Sabéis lo que eso significa? Ahora tenían dentro un miedo… un respeto… una emoción… que no acababan de arrancar. –Y el señor caminaba delante y los dos detrás. –Oye; dile tú, dile tú, diría Andrés a Juan. ¡Hala! Empieza; tú dile algo. –Y el otro: No, no; dile tú que eres mayor. –Bueno; y, ¿qué le decimos? –Pues yo que sé qué le decimos. ¿Qué le preguntamos? –Tanto es así, que el Señor les estaba oyendo bisbisear detrás, y que no acababan de arrancar. Y Jesús… "Volviéndose Jesús a los dos, y viendo que le seguían les preguntó: ¿Qué buscáis? –Es la gran pregunta de Cristo siempre: ¿Qué buscas? Con tu caminar, con tu llorar, con tu reír, con tu trabajar, ¿qué buscas?, ¿qué estás buscando? –Buscar sólo a Cristo, agradar sólo a Cristo; esa sería la respuesta ideal para Cristo: A Ti te busco, a Ti. "En todas las cosas busque a Cristo Nuestro Señor". –"¿Qué buscáis? Y ellos respondieron: Maestro, ¿dónde vives?". Nosotros venimos así… a estar… a estar… Buscamos a Ti… ¿Dónde vives? "Y Él les dice: Venid y lo veréis". ¡Hala! Venid conmigo. –Y ellos, felices; con el Mesías. "Fueron, pues, y vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día. Y Jesús les habló del Reino de Dios. Y ellos estaban pendientes de sus labios. Era entonces como la hora de las diez", a las cuatro de la tarde. Y se quedaron. Felices. –Y lo que pasa siempre cuando uno se encuentra con Cristo: el deseo de llevar otras almas a Cristo. Eso es característico del encuentro con Cristo. Uno que se siente feliz quiere hacer felices a los demás. Y estos dos salieron con ese plan, ¿eh?: Al primero que encontremos, lo traemos aquí; al primero. –Y salieron.

"Uno de los dos que habían oído lo que dijo Juan y que siguieron a Jesús, era Andrés, hermano de Simón Pedro" –Andrés y Juan evangelista-. "El primero con quien éste tropezó" –porque éste iba: al primero que encuentre…- "el primero con quien se tropezó fue su hermano Simón". Simón era hombre de armas tomar, ¿eh? Simón era un jefecillo; éste tenía carácter de jefe; y se ve que allí en su pueblo, entre su grupo, entro los pescadores, mandaba él; se remangaba. –Y se encontró con él. "Y le dijo: Hemos hallado al Mesías. Y lo cogió y lo llevó a Jesús". Ese es el apóstol: llevarlo a Jesús. –Le llevó a Jesús. Él iría un poco prevenido: Vamos a ver a este Mesías; vamos a ver. Tenía una mirada tremenda Pedro, ¿eh? Vamos a ver el Mesías. –Y Jesús que le ve venir –que venía un poco tieso-, Jesús fijó los ojos en él –más fuerte que Pedro-, le mira a los ojos y le dice: "Tú eres Simón, hijo de Juan. Tú te vas a llamar Roca". Y le gustó, le gustó. Este me ha entendido. Eso de Roca… Eso está bien. Bien, bien, bien; me quedo, me quedo. Este me ha entendido. –Le pudo con su mirada. Y se acomodó a él. A Juan y a Andrés, los trajo a casa. A éste, al primer golpe: Roca. –Muy bien. Eso me va bien.

"Al día siguiente determinó Jesús encaminarse a Galilea; y en el camino encontró a Felipe". Felipín, majo… bueno… Este Felipe era un hombre culto, griego; el nombre es Philipos, griego. Un hombre culto, tímido… pero muy bueno. Y claro, pues… el Señor después le tomaba un poco el pelo. –Se encontró con Felipe y le dice: "Sígueme. Sin duda; sígueme. Porque si le hubiese dicho: Si quieres venir… todavía estaría dudando, ¿eh?: Si será verdad, si no será; si me habrá dicho, si no me habrá dicho; si será sólo por cortesía, si no será. Estaría dudando hasta ahora. "Sígueme". Y él como un corderito detrás.

¡Qué bonitas son las relaciones de Felipe con el Señor! Es simpático. –Aquí le pasa igual. El primero con quien se encuentra él es Natanael, que es doctor de la Ley. Lo que les pasa a los tímidos, que se tropiezan siempre con las dificultades. A ellos les toca todo. Y a éste fue con Natanael. Pero aún en el resto de la vida. ¿Os acordáis cuando un grupo de griegos querían ver a Jesús, poco antes de la Pasión?, y se acercaron al grupo de los Apóstoles y tropezaron con Felipe y le dicen: "¡Señor! –se quedaría… ¿yo, señor? – "Queremos ver a Jesús". Y él dice: ¡Ay va!, y, ¿qué

hago yo ahora? Si les llevo y no le gusta, me echa una bronca… Y fue –pues lo que hace todo tímido- fue a Andrés, y le dice: Oye, Andrés, éstos quieren ver a Jesús. Y entonces los dos juntos –con Andrés- al Señor. Dice: Ahora, si nos viene una bronca, para los dos. Ya está tranquilo. "Y le dicen: Ahí hay unos griegos que quieren verte". Y entonces tiene el Señor el gran sermón del grano de trigo.

Y lo mismo le pasó en la multiplicación de los panes, cuando llegan allí al atardecer y le dicen los Apóstoles al Señor: Señor, mándales a casa que todavía no han cenado, y les dice el Señor: ¿Cómo…? No, no; tenéis que darles de cenar vosotros. ¡Cinco mil hombres que había allá! "Dadles de cenar vosotros". Y Felipe se rascaba la oreja. –Pero, ¿qué ha dicho? ¿Nosotros? Estaba el pobre apurado. Y el Señor le dijo **a él,** a él: "Oye, Felipe, ¿de dónde sacaremos panes para todos éstos?". Y dice San Juan que se lo dijo **"Tentans eum"**, tomándole el pelo, probándolo. Y el pobre Felipe dice: **Ducentorum denariorum panem non suficiunt**. "Aunque tuviésemos un millón, no llega para que les toque a cada uno un currusco". **Modicum quid accipiat**, un currisquín. Y entonces el Señor les da, les da. Que se sienten. Pero a Felipe le toma el pelo. ¿Por qué? Pues porque era tímido… tímido… se asustaba… Y así hasta la última cena, el pobre. En la última cena estaba el señor hablando de aquellas grandezas: que voy hacia el Padre… y vosotros no sabéis el camino… Y Felipe –que no cogía nada de aquello- le dice: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Tanta cosa… -Y el Señor con un poco de ironía amable: "Felipe, Felipe, ¿tanto tiempo conmigo como estoy con vosotros y todavía no me conoces?". ¡Pobre Felipe! Se asusta… "Quien me ve a mí ve al Padre". –Pues éste es Felipe- Y el Señor le trata así… así…

Lo mismo podíamos hablar de los demás. De Tomás; el hombre… -pero quizás hable todavía más adelante- el hombre que encuentra el Señor **pesimista**. Es el hombre que tiene miedo de que le jueguen siempre alguna mala partida. Es como esos caseros que van contando los dineros así… que van contando… Así era Tomás, un poco así, pesimista. Es el que dice: "Vamos también a morir con Él". Y después de la resurrección, pues le pasó igual. Y el Señor le trató, porque le amó. Pero se emperró lo mismo: A mí no me engañan, a mí no me engañan. Y por poco le cuesta el apostolado. Y el Señor también lo sabe tratar, y le dice: "Tomás, no seas incrédulo, no seas desconfiado, sino fiel". Y lo cura también.

Y así de cada uno de ellos. Los trata así.

Pues bien; al día siguiente Felipe halló a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a aquél de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas: a Jesús de Nazaret, el hijo de José". Y Natanael le dice: ¿Qué estás diciendo? "¿Pero acaso de Nazaret puede salir cosa buena? Si de Nazaret no está profetizado nada en los libros sagrados…". ¡Pobre Felipe! ¡Menudo jarro de agua fría! ¡Al Doctor de la Ley! ¡Le tenía que tocar a él! –Y entonces él dice: Bueno, bueno, mira; "Ven y lo verás". ¡Hala! Vete, vete, vete. A mí no me vengas con líos. Ven y lo verás. Vete a hablar con Él.

"Vio Jesús venir hacia Él a Natanael, y dijo de él: -¡Qué delicado es el Señor! No a él directamente; dijo **de él** a los demás, pero de modo que él le oyese-: "He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez ni engaño. Y Natanael le dice: ¿De qué me conoces? Jesús le respondió: Antes de que Felipe te llamara, yo te vi cuando estabas debajo de la higuera". Nadie sabrá jamás a qué se refería el Señor aquí, ¿eh?, jamás. Él lo entendió. Es esa delicadeza de Jesucristo. Tocar el punto: "cuando estabas debajo de la higuera". Y Natanael: "¡Oh, Maestro, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel!" Le dice el Señor: "¡Pero hombre!, porque te he visto debajo de la higuera, ¿por eso crees? Mayores cosas verás cuando veas a los ángeles del cielo subir y bajar sirviendo al Hijo del Hombre". Ya verás, ya verás.

Les va introduciendo. Es el primer encuentro con Cristo con los Apóstoles.

Segundo. Les llama a más continua compañía. Esto lo describe muy bien San Lucas en el capítulo 5, que es delicioso, delicioso.

Pedro, con su hermano Andrés, Juan y Santiago habían estado pescando toda la noche en el lago. Echa la red por aquí, echa la red por allá. Nada. Cogieron ramas y piedras… ¿Peces? Nada; ni un pez. Y cuando llegó la mañana y salió el sol, pues vuelta a casa; a limpiar las redes y a dormir. –Y estaban ellos allí limpiando las redes –unas barcas que no eran muy grandes tampoco, pero

bien… buenas…-, y entretanto Jesucristo estaba ya predicando. Y estaba predicando allí cerquita del lago, y la gente se iba amontonando; y cada vez le empujaban más, le empujaban más, de modo que ya Él veía que el lago estaba detrás, que a la siguiente le tiraban. Y entonces dice… "Hallándose Jesús junto al lago de Genesaret, las gentes se agolpaban alrededor de Él ansiosas de oír la palabra de Dios". En esto, vio dos barcas a la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una de ellas, la cual era la de Simón, le dice a Simón: Simón, ven aquí, trae la barca. –Y Simón enseguida, obediente, sube arriba, cansado como estaba, mete las redes en la barca y… al sitio donde estaba el Señor. Rema. –Le dice: Ven aquí, ven aquí. –Sube a la barca, y le dice a Simón: Separa un par de metros. –Separa un par de metros y dice: Ya basta, quieto ahí. –Y sentado en la barca, les hablaba a la gente. Ya no había peligro de que le empujasen. Estaba a una separación del agua… Perfectamente. –Y les siguió amaestrando.

Acabada la plática –Pedro estaría con los dos o tres que tenía consigo, el grupo que estaba allí, oyéndole también sentados en la barca, con sueño, cansados; después, por no haber cogido nada, pues con mal humor, un poco de mal humor-; "Y acabada la plática dice Jesús a Simón: Guía mar adentro". Vamos a alta mar. Mar adentro. **Duc in altum**. Mar adentro. –Y a Pedro, eso no le haría mucha gracia, porque ya pensaba él que no iba a descansar. Y le diría: ¡Hombre! Bueno… si quieres… si quieres… Vamos allá; a coger los remos; mar adentro, mar adentro.

Cuando estaban así, un poco fuera, un poco dentro del mar, les dice el Señor: "Echad vuestras redes para la pesca". Y aquí Pedro le miraría al Señor un poco así…: Pero éste… qué bien habla y qué bueno es, pero de pesca… Yo creo que es de secano éste, de secano. Como es de Galilea éste… Le miraría un poco así y le diría: Señor, de pescar, se suele pescar de noche… de noche… Hemos estado toda la noche pescando y no hemos cogido nada; ¿y ahora vamos a echar con el sol? No se suele echar de día la red. –"Y le dice: Maestro; toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido". Pero parece que le está diciendo eso, ¿verdad?: Señor, sí; pero de pesca… yo creo que no es tu fuerte ése, ¿eh?, pescar. Pero en fin… "No obstante, sobre tu palabra, echaré la red". ¡Hala! Mira; me fío tanto… echo la red; por darte gusto, por agradarte a Ti. –Y echa la red. "Y habiéndolo hecho, empiezan a venir peces…" Y el Señor estaba tan tranquilo en su sitio; mirando. Y Pedro se asomaba allí por le babor y el estribor; y mira, y peces que vienen por allá; y va al otro, y peces por el otro lado. Jamás había visto tantos peces juntos. Y tira de aquí, y la red llena. Y miraba, miraba al Señor, miraba los peces; estaba… Dice el Evangelio que "les había invadido el estupor; el asombro se había apoderado así de él como de todos los demás que con él estaban". Veía por todas partes peces, peces. Y los pescadores ya saben dónde hay peces, y cuándo vienen los peces y cómo vienen los peces. Aquello no lo había visto jamás Pedro. –Y el Señor tranquilo; miraba como si no pasara nada. Y Pedro asustado; los otros asustados; y hablaban entre ellos, tiraban… Y nada, que no daban abasto con las redes. Empiezan a sacar las redes, y peces… y que se iba a fondo la barca. Y entonces a pegar gritos a los de la orilla: que viniesen de la otra barca para sacar peces. –Y el Señor tan tranquilo.

"Hicieron señal a los compañeros de la otra barca que viniesen y les ayudasen. Vinieron luego y llenaron tanto las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen". –Y el Señor tan tranquilo. Dice que no entendía de pesca… Estaría Pedro diciendo: Pero… -Es decir; Pedro estaba viendo la Majestad de Dios. En Cristo estaba viendo el dominio absoluto que tenía. Para el pescador eso es claro. Para el que estudia en su mesa de trabajo, podrá decir que no es milagro absoluto, que a lo mejor los peces estaban ahí. –¡Pero si tú no has montado en una barca ni en figura! ¡Qué vas a saber cómo van los peces! Los peces saben cómo van, lo pescadores. Y ellos saben bien si eso lo hace o no lo hace Dios. –Y él estaba asombrado. Eso no, no; no pasaba nunca.

"Y viendo Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús". El pobre no sabía qué hacer ante aquello. "Y se arrojó a los pies de Jesús diciendo: Apártate de mí, Señor". –Eso que decíamos de la presencia de la gloria de Dios, siempre: que el hombre se siente como indigno y que desea alejarlo, como José ante la Encarnación de Jesús. "Apártate de mí, Señor, que yo soy un hombre pecador". Pero, Señor, si supieses lo que yo soy… ¡Qué hermoso es este gesto de Pedro! ¡Humilde! Soy un hombre pecador. Se sentía como **indigno** de aquella majestad de Dios que se había manifestado en ese **portento** de la pesca. Este no dice como el joven rico: "Todo eso lo he observado desde mi

juventud"; "soy un pecador, apártate". "Y es que el asombro se había apoderado, así de él como de todos los demás a vista de la pesca que acababan de hacer".

"Entonces, Jesús dijo a Simón: No tienes que temer". No tengas miedo, hombre, no tengas miedo. ¿Has visto lo que es pescar? Tú que te crees un gran pescador, ¿has visto? Bueno. Pues mira; esto, con hombres, ¿entiendes? Vas a ser pescador de hombres. Pero como te he dicho yo, ¿eh?: **sobre mi palabra**, sobre mi palabra. En las condiciones más desfavorables, sobre la palabra de Cristo, tú conseguirás pescar. En las condiciones más favorables, que a ti te parecían, sin mi palabra, no pescarás nada, ¿eh? Pues bien. ¿Has visto lo que es pescar? Con hombres. ¡Hala! De hoy en adelante, serán hombres lo que has de pescar. Así.

"Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron". Dejando las redes y al padre; todo. El negocio; todo. No es que fuera en el mismo momento. Probablemente llegaron a tierra, pusieron en orden las cosas, confiaron el negocio al padre, y dejando el negocio y al padre, fueron con Jesús. Paso más definitivo; atraídos por la majestad de Cristo que se les ofrece a que vengan con Él, a la intimidad suya.

Último paso. El Señor los escoge ya como sus Apóstoles. Y esto lo cuenta Marcos en el capítulo 3, y también Lucas en el capítulo 4. Lucas, en el capítulo 6 insiste en las circunstancias en que elige el Señor a los Apóstoles. Las circunstancias fueron cuando más arreciaba la persecución; cuando empezaban ya a perseguir al Señor de una manera sistemática, y se aumentaba el odio y la animosidad contra Él, entonces se escogió a los doce consigo. Y lo hizo así. Subió una noche solo al monte a orar; para orar por sus Apóstoles.

"Por este tiempo, se retiró a orar en un monte. Y pasó toda la noche haciendo oración a Dios" por sus Apóstoles: "Padre, los que me has dado los he conservado". Le da al Padre sus Apóstoles. Y Él está en esa intimidad con el Señor. –Contemplarle allí en la montaña, en la **noche**, en la oscuridad, solo, orando.

"Así que fue de día, llamó a sus discípulos". Y llamó –dice el Evangelio- "**a los que Él quiso, a los que Él quiso**" No a los que quisieron ellos. "A los que Él quiso". **Vocabit ad se, quod ipse voluit**. "Llamó a Sí a los que Él quiso".

Veamos esa escena: Jesús, que baja con esa riqueza interior de su oración de unión íntima con el Padre. Está la multitud abajo, en el monte, en los prados. Y Jesús empieza a llamarles uno por uno. "Los que Él quiso". –"Simón, ven aquí". Y Simón se separa del grupo; se pone junto a Él. "Andrés, ven aquí". "Santiago, Juan, Felipe" Y van viniendo todos… uno a uno. Momento de emoción, que todo sacerdote recuerda cuando ha oído su nombre para la ordenación sacerdotal, y ha respondido: **Adsum**; estoy presente. –Uno a uno. Escogió doce. ¿Para qué? Para tenerlos consigo; para que estuvieran con Él y para mandarlos a predicar, "dándoles potestad de curar enfermedades y de arrojar demonios". –Esta es la vocación de los Apóstoles. Los llama el Señor a cada uno.

¡Qué grandeza de delicadeza de Cristo! Para estar con Él… Como en la misma vida religiosa: para estar con Jesucristo. Para predicar –ese no es vuestro oficio inmediato-, pero, para extender el reino de Cristo; para educar, para formar a Cristo en las almas. –"Dándoles poder de curar enfermedades y expeler demonios". Esto de curar enfermedades, en la Escritura está siempre vinculado al demonio: lo de la enfermedad; las enfermedades. Es consecuencia del pecado original. Por lo tanto, cuando Jesucristo cura las enfermedades, lo hace como Salvador, en cuanto quiere mostrar su dominio sobre todas las consecuencias del pecado; e indicando la misma liberación del pecado, en cuanto la enfermedad como unión con Cristo crucificado; pero la enfermedad **mala**, la enfermedad **posesión del demonio**, que supone en ella un espíritu que está como impaciente, inquieto en el mal, el Señor viene a liberar de esa enfermedad; a arrojar los demonios.

Y ahí están los doce Apóstoles. ¡Qué planes de Cristo! ¡Cómo ha querido iniciar su apostolado! ¿Instituyendo una gran Universidad? No. ¿Escogiendo grandes lumbreras de ciencia? No. Pescadores… publicanos… pobres… ¡Los planes de Dios! Si hubiese escogido grandes hombres, se diría que la obra de Cristo era debida a los talentos humanos. Aquí nadie puede decir eso. Son hombres recios. Son pobres, enfermos, débiles, sin cualidades, aparentemente de ninguna formación, y el Señor tiene una paciencia infinita para tratarles, para irles formando con paciencia.

¡Cuánto, cuánto tiene que sudar el Señor! ¡Hay momento en que le salen con cada cosa! Y hasta el fin, nunca entendieron la cruz; nunca. Otras cosas… Es famoso aquel pasaje en el cual el Señor después de haber disputado con los fariseos les dice: "Guardaos del fermento de los fariseos". Dicen ellos: ¡Ay va! ¡Si nos hemos olvidado del pan! Por eso nos lo dice; no hemos cogido el pan. Les dice el Señor: Cuando Yo he multiplicado los panes, ¿os ha faltado pan alguna vez? ¡Pero cómo os voy a decir Yo eso! ¡Si estoy hablando del fermento de los fariseos que es la hipocresía! ¡Que no seáis hipócritas! -¡¡¡Ah!!!

Y lo mismo en tantas otras ocasiones. Con Pedro, cuando se le acerca el que recogía el tributo del Templo y le dice: Oye, ¿vuestro Maestro paga? -¡Claro! Y el Señor le dice: "Mira, echa el anzuelo y al primer pez le abres la boca y encontrarás dos piezas, una para ti y otra para Mí; paga. Y cuando llega a casa le dice: Oye, Pedro, los reyes de la tierra, ¿de quién toman los tributos, de los hijos o de los súbditos? –De los súbditos. –Luego los hijos no pagan. ¡Hala! Aprende. ¿Para qué les has dicho que Yo pago?

Con una paciencia les forma; no le entienden, y vuelta y vuelta. Llega la última cena. Está hablando de que va a morir. Y a pesar de eso, Él les entiende y les dice: Vosotros estáis limpios, aunque no todos; pero estáis limpios; y vosotros habéis sido fieles, y habéis permanecido conmigo en mis tentaciones y os preparo un buen sitio en el cielo.

Ese es Jesucristo.

Que os entre muy dentro esto. Nuestra vida es para vivirla con Cristo, con ese Cristo, que como decía desde el principio y lo vemos aquí, en el fondo es una buena persona.

La Reforma

Hemos meditado esta mañana en el llamamiento de los Apóstoles a estar con Jesucristo, y para que Él les enviase a ayudar a otros a estar con Él.

Ahora vamos a hablar de la reforma de nuestra vida; la reforma de los Ejercicios: los propósitos.

En nuestra vida tenemos que dirigirnos, no por lo que es agradable o desagradable. Ninguna de las dos cosas es norma de determinación. Una cosa es agradable, luego la hago. Eso no es criterio sobrenatural. O lo contrario: una cosa es desagradable, luego la hago. Tampoco es criterio sobrenatural. El criterio es: lo que agrada más a Cristo. Ni siquiera es la norma lo que es en sí más perfecto, sino lo que en mí agrada más a Cristo.

A veces, se ve tan claro lo que Dios quiere de uno, que no se puede dudar. A veces, Dios manifiesta tan patentemente su voluntad sobre nosotros, que el alma no puede dudar de ello: Dios me quiere así. Dios quiere esto concretamente de mí. Como cuando el Señor llamaba, por ejemplo, a Felipe: "Sígueme".

Otras veces no se ve tan claro, y entonces vienen las normas para elegir, que pone San Ignacio en el libro de los Ejercicios para personas **espirituales**. Cuando hay una orden determinada, en cosa que no es pecado, pues eso es como si fuese ya claro y evidente lo que tengo que hacer. ¿Hay esta orden? Dios quiere que lo haga. Se ha acabado. Eso es sencillísimo. Hay este precepto de la Iglesia, hay este precepto de la ley de Dios… Eso, todo es ya patente y claro.

La dificultad se presenta en lo que queda todavía a nuestro libre albedrío, a nuestra libertad. Fuera de eso que el Señor ha prohibido, ha excluido, queda un campo, en el cual yo puedo escoger entre una cosa y otra.

Para que yo pueda ponerme a deliberar sobre una cosa u otra, estas dos cosas tienen que ser, al menos, buenas. Si una de las dos fuese mala, no tengo nada que deliberar; hay que hacer la buena. La elección del hombre espiritual, la elección auténtica del hombre espiritual, en cuanto es elección, no entre el bien y el mal, sino entre el **bien** y el **mejor**. Y esto es fundamental. –Por eso, cuando a veces se insiste tanto en los valores terrestres: que el matrimonio es una cosa buena; que los medios modernos de práctica de la vida, los continuos inventos que hay para comodidad de la vida… que eso es bueno… Supongo… Porque si no fuese bueno, no habría que elegir, sino rechazarlo. Pero desde el momento en que usted me dice que es **bueno**, lo único que me dice es que puede entrar en una elección mía, que puedo elegir entre eso y lo mejor. De modo que, siempre nuestra elección tiene que ser entre lo bueno y lo mejor. La renuncia cristiana es renuncia a algo bueno, a algo que enriquece la personalidad, **incluso en el orden sobrenatural**; pero que en el caso concreto, Dios nos muestra que es incompatible con el enriquecimiento mayor que nos quiere dar por otra parte. La elección nuestra es: como un padre que a su hijo le ofrece dos juguetes, los dos preciosos, y le dice; Escoge. Y el niño dice: Pues los dos. –No, uno de los dos.

Pues bien; aquí tengo que renunciar a uno bueno, a una cosa buena para tomar otra que me parece mejor. Esa es la elección del hombre espiritual. De modo que, nunca movernos como elección entre el bien y el mal. Y cuando oigamos: "es una cosa buena, es una cosa que aun espiritualmente puede enriquecer", con eso no hemos decidido nada; eso nos dice solamente que puede ser materia de elección. Si no estuviese dentro de la Iglesia y de la ley de Dios, no sería materia de elección. Ahora; entre dos cosas buenas, pues tengo que elegir una u otra. Y aquí es donde algunas veces, aun aquí, en lo libre, Dios puede manifestarnos lo que a Él más le agrada. Y hay casos. Por ejemplo, en ciertas vocaciones que, desde pequeñas, sin ninguna duda jamás, se han ordenado en la vida religiosa; y han pasado todas las crisis de la pubertad, etc., y nunca han puesto en duda esa orientación hacia la vida religiosa. Eso es patente que es vocación. Eso es clarísimo. Es la vocación más clara; aun cuando nunca se haya puesto a reflexionar explícitamente sobre ello. Ahí hay algo que, puesto por Dios, persevera constante en medio de todas las crisis.

Pero otras veces no se ve tan claro. Entonces, ¿cómo actuar? San Ignacio pone ahí diversos modos de elegir, que deberían ser, poco a poco, como el sistema normal de nuestra vida. Toda

nuestra vida tiene que estar agradando a Cristo; por lo tanto, saber cómo encontrar su voluntad y cómo vivir este agrado de Cristo.

Él pone tres tiempos de elección, tres tiempos para hacer una buena elección. El primero es el que acabo de indicar: cuando el Señor se manifiesta tan claramente, que sin dudar, ni poder dudar, el alma sigue lo que le es mostrado.

Pero no siempre se da esto. Entonces queda el segundo tiempo.

El segundo tiempo es por experiencia de consuelos y desconsuelos interiores. No es que haya que hacer aquí un discurso grande, no; sino la consolación es algo divino en el alma. Cierta presencia del Señor, cierta elevación de la mente al puro amor de Dios; no meras emotividades, sino con mucha paz interior, con mucha igualdad de espíritu, tendiendo a un amor **grande** al Señor, ardiente; con deseos de humildad, con sumisión a la Iglesia, etc. Todo esto es la consolación. –Y contrario a la esto, está la desolación, que es: tristeza interior, hastío de la vida, desesperación; el alma está como sin fe, sin esperanza, sin amor; como toda fría, toda alejada del Señor, atraída quizás a las cosas bajas y terrenas… Eso es desolación. Y en el alma se dan consolaciones y desolaciones. Como en el mundo hay día y noche, así también en el alma hay día y noche; y estas diversas mociones que se dan no tiene nada de particular.

Ahora; el modo para poder acertar si esto agrada al Señor, puede manifestarse en esta experiencia de consolaciones y desolaciones, en cuanto que muchas veces un alma atenta puede observar esto: que siempre que está en consolación, insiste una determinada idea, una determinada invitación de parte del Señor. Cuando estoy alegre, me siento, por ejemplo, inclinada, particularmente inclinada a las Misiones; cuando estoy consolada **internamente**, no con buen humor, que es distinto. Que algunos confunden la consolación con una buena digestión; y no es lo mismo. Cuando está en la auténtica consolación, le viene enseguida la idea de las Misiones, del darse al Señor allí; con paz, con buenas señales. Y cuando le viene la desolación, lo contrario; todo eso le da rabia y no sabe por qué Misiones ni qué cuentos.

Si esto es constante y hay una suficiente **confirmación** por estas experiencias constantes, entonces puede uno vincular y ver: Parece que la consolación, que viene de Dios, trae consigo también esta moción, que parece que viene también de Dios. Si llegase uno a asegurarse de este empalme, ya uno podría tomar esa determinación: A Dios le agrada de mí, esto: mi marcha a las Misiones; que en último término tenemos en la vida religiosa la señal de la voluntad de Dios por el Superior; aun cuando el Superior mismo tiene que hallar, buscar esa voluntad de Dios según los grados en que se encuentre el súbdito.

De modo que puede ser así: por consolaciones y desolaciones.

También puede hacerse el paso contrario: que una persona cuando está en consolación, por ejemplo, presente al Señor esa idea que tiene de ir a las Misiones; y cuando está muy ardiente, muy consolado, muy cerca del Señor, se lo presenta, como para ver su gusto. Si la consolación se aumenta, se confirma, y esto es algo habitual, pues parece que es una confirmación de parte de Dios. –En la desolación lo mismo: lo ofrece al Señor. Si en la desolación siempre viene una especie de repugnancia, pues puede ser también lo mismo: que es una confirmación de que ésa es la voluntad del Señor; pero tiene que ser con suficiente experiencia, y no nunca sin el apoyo, al menos inicial, introductivo, de una persona experimentada, que ordene un poco estas experiencias y haga ver el valor que tienen. –Pero el método vendría a resultar el mismo que un servidor que no sabe el gusto de su señor, y tiene unos cuantos platos… y le presenta un plato y se fija en la cara que pone: -Pues parece que le gusta, porque la reacción no es de comunicación mayor; más bien he perdido la consolación que tenía. Lo retiro. Eso es. –O como decía el mismo san Ignacio del alma sencilla, que en su vida normal se rige un poco suavemente por esto en lo que queda su libre albedrío; decía que tenemos que proceder en el conversar con las criaturas, como una persona que pasa un vado, el río, un río; y no ve el fondo. Entonces esta persona pone un pie y prueba si el piso está firme. Si el piso está firme, lo asienta y pasa el otro pie. Y vuelve a probar. Si aquello está firme, lo asienta, y entonces otra vez el otro pie. Y va avanzando, hasta que llega un momento en que no ve piso firme, y se tira atrás. –Así hay que proceder en nuestra vida. –O como un niño que, cuando no saber si

puede hacer una cosa en la mesa, o no puede hacerla, pues suele hacer así: echa la mano, mirándole a la madre, y si la madre sonríe, pues se anima, y si pone cara seria, pues retira la mano, porque se ve que aquello no va. –Así tenemos que proceder con Dios, un poco en esta línea, sin entrar ahora en más detalles.

Cuando así uno no encuentra eso que agrada al Señor, entonces tiene uno que regirse por un juicio humano prudente sobrenatural. Sencillamente procurar ver qué razones hay, por qué esto puede agradar al Señor. Y según esas razones, buenamente, sin complicaciones mayores, según el grado de la cosa, ha de haber una proporción para una determinación en lo que uno presenta al Señor o piensa internamente. Si es una cosa de poca importancia, pues no perder tiempo. Dice: Para ver si mañana voy a pasar por este tránsito o por el otro, voy a hacer hay un día de retiro. –Pues no merece la pena. Pase por donde le dé la gana. –Pero por este juicio prudente se puede a veces ver: Me parece que prudentemente… creo que esto es lo más agradable, lo que más me parece que le gustará al Señor; y lo hace uno buenamente. Eso que Él quiere de nosotros es esa **buena** voluntad **sincera** de complacerle. Y para este disponernos a captar su voluntad, la mejor preparación es ésta: la constante elección de lo que nos parece mejor; sanamente lo mejor; en cada momento.

Ahora, indicado ya esto, vamos a dar algunas normas sobre la reforma de nuestra vida.

¿Por qué –vamos a examinarnos primero-, por qué tantas veces nuestros propósitos quedan en papel mojado? Hace uno propósitos… -¿Propósitos? Los del año pasado. Vuelta a proponer, y al poco tiempo, vuelta a caer. Y después de un rato dice: Yo, como si no hubiese hecho Ejercicios; no he sacado nada de los Ejercicios. -¡Mentira, mentira! El fruto de los Ejercicios lo estás obteniendo, aunque después cometas muchas faltas. El acercamiento a Cristo, el enamoramiento de Cristo, eso es el fruto de los Ejercicios. En el mes de Ejercicios de los novicios, decía San Ignacio: **Para calentarse el alma en el amor de Cristo** se hacen Ejercicios. El calentarse el alma en el amor de Cristo es fruto de los Ejercicios, y es buen fruto de los Ejercicios.

Pero examinemos esto: Por qué tantas veces nuestros propósitos han sido flojos, y por qué han sido inútiles y se han convertido en papel mojado y nos han desanimado. Pues por varias razones.

Primero, porque confiamos en nosotros mismos al hacer los propósitos. Y si uno confía en sí mismo está perdido. Lo dice Santa Teresa con mucha gracia y con mucha fuerza. Dice: "¿Por qué tantas veces había hecho yo propósitos, y hasta esta última vez del cuadro no los cumplía? Pues, porque creo que en todos ellos ponía la confianza en mí misma". Esto es fundamental para que haya un buen propósito: No poner la confianza en nosotros mismos; no poner la confianza en nuestros esfuerzos, ni en nuestros trabajos, ni en nuestros propósitos, ni en nuestros apuntes; todas esas cosas; no. Yo creo que el Señor muchas veces no da ni gracias a mucha gente; porque van cargadas con un almacén de apuntes… y llevan allá todo, todo. Y el Señor dice: "Pues para qué le voy a dar más ideas, si ya tiene bastantes… Ya tiene todo lo que quiere…" Y se queda Él… Como uno que no invita a otro porque viene allí con una mochila llena de cosas… -Pues bueno; pues coma usted lo que ha traído… Está usted tan entusiasmado con eso… -Hay que decir de verdad el Padre nuestro aun en sentido espiritual. "El pan nuestro de cada día dánosle hoy", y no el pan seco de hace un año. No; el pan nuestro de cada día; que Él proveerá. El pan nuestro de cada día también espiritualmente. –Entonces, ¿no hay que tomar ningún apunte? No digo eso; pero no apoyarse en ellos. Buenamente; como tantas otras cosas, toma uno sus apuntes… pero sin estar allí: Ya, ya estamos seguros, aquí está en el bolsillo; ya llevamos la receta.

Otra razón por la cual fallamos en nuestros propósitos: Porque confiamos en nuestro fervor. –Y en los Ejercicios, pues hay un fervor crecido generalmente. Y entonces hace uno los cálculos de lo que hará por el nivel en el que está entonces; y claro, es desproporcionado. ES algo así como si uno que tuviese mucha hambre, mucho apetito, y dice: -Usted, ¿qué va a comer? –Yo, un buey; entero; con los cuernos y todo. –Bueno. Le empiezan a sacar el buey… pues a la cuarta parte del buey, ya no puede más. ¡Qué a la cuarta parte! A la décima parte. Se le ha acabado el apetito, se ha llenado… De modo que no hay que hacer propósitos desproporcionados. Es justo el fervor de los Ejercicios, que debe ir, en un cierto sentido, en aumento; pero no es el ambiente de los Ejercicios el

que habrá también en la vida. La vida cotidiana es la vida normal, religiosa, de verdad, con Cristo; pero no precisamente es la de los Ejercicios. Por eso, no poner este nivel.

Otra razón: Porque se hacen propósitos de no cometer ninguna falta. Más; se suele hacer el propósito de no cometer faltas, tratándose de defectos **congénitos, temperamentales.** Y… ¿Propósitos? –No cometer ninguna falta. –Bueno. Y es una persona que tiene un genio tremendo. –Termina los Ejercicios: -¿Qué propósito ha hecho? –No enfadarme nunca. –Bueno. Sale de los Ejercicios esa noche, y en la cena no la han traído el plato, y se ha enfadado. Y dice: Ya no he hecho nada en los Ejercicios. –Pero, ¡infeliz! ¿Por qué has hecho el propósito de no cometer ninguna falta? No hagas ese propósito. Nunca hagan el propósito de no cometer ninguna falta en los Ejercicios; sino hagan el propósito de ocuparse particularmente de aquel aspecto de su vida. Pero no hagan el propósito: No cometeré ninguna falta. ¿Quién puede hacer el propósito de no cometer ninguna falta venial? Si no podemos vivir sin pecados veniales… Por lo tanto, cuando cae dice: Ya no vale mi propósito. –No. –Estaré atento.

Vamos a ver este aspecto.

Defectos congénitos; con los que ha nacido uno o que se le han formado muy pronto en la vida: el mal genio, o la impaciencia, o cierta imaginación un poco agitada que uno lleva… Pues bien; ese defecto, probablemente morirá con usted en la hora de la muerte; probablemente. Y quizás algún minuto más tarde que usted…, porque todavía colea después. –Lo del vino del otro, que era tan borracho. Dice: Este, mientras no reaccione al vino, quiere decir que ha muerto. Si se le pone una botella delante, y no salta, se ha muerto. Y aun cuando salte, puede ser reacción después de muerto.

Pues… es así. El defecto congénito, muy fácilmente uno lo lleva consigo. Y… es un campo de muchas humillaciones… De modo que, no asustarse por esto. –Si no, se desanima enseguida. No tenemos **nunca** que asustarnos por nuestras faltas. La santidad no consiste en no tener defectos. Los santos, pues los han tenido; algunos eran tremendos… Ahora estamos un poco acostumbrados a unos santos tan santos que… ni suspiraban siquiera, porque se apagaba la vela; ni suspiraban… Y ahora, pues tiene que ser así… una florecita así… Ya podían venir esos santos un poco vendavales; aquel tipo San Jerónimo, que era un gran santo y tenía su mal genio… y sus arranques… Y lo mismo el P. Satu, que a lo mejor conocieron ustedes; Satu, que era un gran santo; pero tenía un genio. Me decía uno que trabajó con él de misionero: "Si hay que hablar, yo hablaré de todo; yo no he visto hombre más santo ni más demonio". Y, ¡claro!, a ése le pasaba eso: que tenía una naturaleza vivísima… Y una vez que fue a un moribundo… él tenía una predicación fuerte, y le echó un sermón sobre el cielo, del cielo que le esperaba. -¿Se confiesa usted? –No. –Se calentó. ¡Al infierno! Le hizo un sermón del infierno… Le echó allí los tormentos que le esperaban si no se confesaba… -¿Se confiesa? –No. –Lo cogió por el cuello y le dijo: "O te confiesas, o te ahorco". –Y dijo: Sí, sí, sí, sí. El pobre moribundo dijo: Sí, sí, sí, sí. Y se confesó. –Un método poco evangélico, pero se confesó. Y quién sabe si fue al cielo gracias a eso. –Un poco de nervio hace falta, aunque se escape un poco. Y no: ¡Uy! Es que he dicho… no sé… fu, al gato –No es para tanto. –No pongamos tanto en eso. Una fidelidad **sincera**. Determinación de la voluntad, **sincera,** de servir al Señor, con una fidelidad a **todo**; pero no poner todo en no tener defectos: Se me ha escapado esto… ya no soy santa. –Déjelo, déjelo.

La santidad está en que el alma, según la voluntad, esté puramente transformada en la pura voluntad de Dios.

De modo que nada de esa especie de quejas y nostalgias después: Es que yo creía que después de los Ejercicios ya no iba a cometer ninguna falta. -¿Quién se lo ha dicho? Pues ha creído mal. -¿Tendré defectos? –Sí señor, se lo aseguro desde ahora. Así que cuando los tenga no diga: Han ido mal los Ejercicios. No; sí los tendrá, los tendrá…

Pero como la santidad no consiste en no tener defectos, sino en no hacer las paces con los defectos… pues, adelante, adelante. La santidad está en una determinación de la voluntad, **sincera. No perder NUNCA la paz por las faltas, y no hacer NUNCA paces con las faltas.** Sino siempre

adelante; sin turbarse; adelante. No maravillarse de sí mismo; que somos muy débiles y muy frágiles.

Santa Teresa decía así: "Cuidad de entender de Dios en verdad. No se os encoja la voluntad, que se puede perder mucho bueno". Así; muy justo. La determinación sincera. Que alguna vez caigo? Pues bien, me arrepiento, y ya está; adelante. Sin detenerme más; sin estar dando vueltas…

Una vez –recuerdo haber oído este hecho en Alta Italia- iban dos en bicicleta en dirección contraria; y en una curva se pegaron, chocaron; no se hicieron nada. Bajaron de la bicicleta, y empezaron a discutir entre los dos quién tenía la culpa: Que no, que eres tú; que yo venía de aquí; que no; pues sí… Vino un coche y los cogió a los dos. ¡Al hospital! Pasaba un coche por la curva y los atropelló a los dos.

Esto pasa muchas veces en la vida espiritual; ¡muchas veces! Que se ha cometido una falta… y está ahí, a dar vueltas: hasta dónde habrá habido… si habré llegado, si no habré llegado… -Pero, ¡cuánto tiempo está perdiendo! Deje eso, y ame al Señor. Ya está. Ofrézcale lo que haya sido; y Él lo ve, y adelante, adelante; a amar al Señor. Tenemos tan poco tiempo para amar a Jesucristo en esta vida… Hay que aprovecharlo.

Es lo que suele pasar en el orden humano. Una persona que tiene un coche nuevo, nuevecito, recién salido de la fábrica. Y hay tipos diversos de persona: Una está siempre con un pañito a limpiar el coche por todas partes para que no le caiga un poquito de polvo, y cuando está caminando: ¡Ojo!, que… ¡Ay!, me parece que… se ha rozado. Baja del coche; para. Pues parece… No, no; ¡menos mal! Le da; le pasa otra vez el pañito; adelante, otro poquito. Y… ¡ay, ay, ay! aquí un poco de barro. ¡Pero hombre! ¿Para qué tiene usted el coche? Es usted esclavo del coche… -¡Ah! Entonces, ¿tengo que pegarle trompazos? –Tampoco. Para vaya con el coche a donde tiene que ir. Y si alguna vez tiene algún rasponazo, pues ya lo arreglará usted. Pero no estar todo centrado: en que no caiga una mancha al coche. Si no está hecho para eso… -Usted trabaje por el Señor, con decisión y con verdad, y esté siempre atento. Y cuando hay algún roce, lo remedia enseguida. No haga paces, no quiero; mi determinación es seguir al Señor pero sin detenerme sólo en un **preciosismo**, centrado en mí mismo. No.

Dice Santa Teresa en el trozo que les decía: "Hemos de pensar que estas cosas, aunque a nosotros nos parecen faltas, no lo son. Ya sabe Él nuestra miseria y bajo natural, y sabe que estas almas desean siempre pensar en Él y amarle. Eso es lo que Él quiere, y no esa otra congoja que nos tomamos nosotros. Esta otra congoja –dice- hace sólo que si hubiésemos sido inútiles para servir al Señor media hora, que ahora lo seamos cuatro horas". Es justo. Y es verdad. No; no. –Hace una persona un acto de impaciencia, y se pasa todo el resto del día impaciente porque se ha impacientado. -¡Pues chico! ¡Ya está arreglado eso! Y dice ella, Santa Teresa: "Que muchas veces viene de la indisposición del cuerpo, y ésta encarceladita de esta alma no puede hacer lo que quiere, y cuanto más la quieren forzar entonces, es peor". –Muchas veces pasa esto. –Pero si no puedo… pero Señor, si… -Tenemos nuestras limitaciones. **La determinación sincera de darnos del todo a Cristo.** ¿Que ahora no responde nuestra imaginación…? Pues no se apure. –Pero es que ahora tengo unas tentaciones… y contra la fe… y todo… y contra la castidad… y contra la caridad… ¿De qué viene esto? –Que, ¿de qué viene? ¡Viento sur! De eso viene; que hay viento sur. ¡Déjelo…! Ya cambiará la veleta… y entretanto aguante; y no esté entretenida dando vueltas, dando vueltas a eso. Vaya a lo que tiene que ir.

Lo esencial está en la determinación de la voluntad. En todos hay sus bajones orgánicos, físicos, que tienen un influjo sobre el alma. Y dice entonces Santa Teresa: "Sírvale entonces al cuerpo el alma por amor de Dios, porque otras muchas sirva él al alma, y todo se haga como aconsejare el confesor". Porque ni siempre conviene dejar los ejercicios espirituales porque uno no se encuentra bien, ni siempre conviene forzar al alma para que los haga cuando no tiene capacidad para ello". Y ahí es donde dice Santa Teresa: "Pues algunas veces tendrá que interrumpir, y tendrá que irse al campo"; y no estarle ahí violentando, porque no puede la pobrecita.

Hay así momentos en que la imaginación da vueltas; y uno la quiere parar… Pues no se puede parar. ¿Cómo pararía usted el sol cuando corre en su curso? –Lo voy a parar. –No se puede… -Y así estamos en nuestra vida; que hay que procurar tender a lo que uno tiende. Hay que tener

paciencia, y la paciencia más difícil es la paciencia con nosotros. Y ver nuestras faltas con los ojos con los que las ve Cristo; no con los ojos de nuestro amor propio, que muchas veces es el herido y el que queda humillado. Dejarse en paz en las manos de Dios.

Pues bien. ¿Cómo vamos a hacer la reforma entonces, para que sea una cosa útil, práctica? La mejor reforma es reformar **nuestra vida**, **la vida**. La mejor reforma es: que tú hagas el propósito de ser religiosa de la Compañía de María. Esa es la reforma. Pero religiosa de la Compañía de María **según Dios**, no según los hombres. **Cien por cien.** Es cuestión de esa mentalidad tuya: **Yo quiero ser lo que soy.** Esa es la reforma de la vida: ir a la **raíz**, a mi concepción de la vida religiosa, a mi concepción de la vida religiosa, a mi concepción de la vida de la Compañía de María; y reformarla para **gloria y alabanza de Cristo**. Porque, cuando uno se hecho religioso o religiosa, pues no es que siempre lo haga **puramente** por **puro** complacer a Dios, sino se mezclan muchas cosas: Pues, porque había una religiosa que era muy simpática y me gustaba; o porque yo creía que de esta manera podía estar, pues mejor; humanamente arreglaba ciertas cosas… Se mezclan muchos motivos, fácilmente. –Pues bien; la reforma de la vida es **purificar** esos motivos de nuestra vida. Y ahora –que ya no somos como entonces, que creíamos que los ángeles no tenían barbas, sino que ahora sabemos lo que es la vida religiosa, lo que es la vida de comunidad auténtica, con las personas de carne y hueso, auténticas- ahora es cuando yo hago el propósito, o cuando yo hago la elección de **mi vida actual**. De modo que en este momento yo elijo ser religiosa de la Compañía de María, que la conozco ya. Con todas las limitaciones humanas; todo, todo, todo. **Puramente** para agradar a Cristo. Eso es reforma de la vida. Como si tuviese que elegir hoy; igual. Ahora, lo elijo.

Purificar, pues, mi intención. Darle a esta vida religiosa el sentido de una **consagración a Cristo**; para vivir sólo en Cristo, según el Instituto. Y tender hacia el aspecto de santidad en que Dios me quiere; no con sucedáneos y pegotes por todas partes, que parecemos una criba… No, no, no. Sino limpiamente: agradar a Cristo. Religiosa cien por cien. Religiosa según Dios, no según los hombres; según Dios. Por lo tanto, no directamente, primariamente: Es que… no cometeré más faltas. No… Deja eso. Sino, esto: ser religiosa cien por cien.

Al hacer esto, **rectifica la vanidad**. Es decir, aquello que más nos ha impedido en la vida religiosa para tener esta **pura** intención. De modo que sea una vida religiosa austera, sin respetos humanos. Lo que más me haya impedido; ahí. Para ser, como religiosa, toda de Dios. Y esto –ya que he venido a estar con Cristo, a hacerle un holocausto, a hacer lo que a Él le agrada- esto será la orientación sustancial de mi vida, la determinación de mi voluntad. Y entonces le pido al Señor que, para mantener esta pureza de intención, que permita, que me elija, para ser humillada en aquel punto de mi vida religiosa donde yo he puesto mi vanidad. Y el Señor lo hace; esto lo hace enseguida, enseguida. En esto es generosísimo, generosísimo. **Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum**. Traducción literal: "A los que aman a Dios, todo son jorobas". Tiene el mismo sentido. De modo que esto lo concede el Señor enseguida, enseguida. –Y suele pasar lo de esas estaciones grandes: Roma, etc., que hay muchas taquillas, y en algunas hay una cola larga… En el cielo hay igual, muchas taquillas, y hay unas colas que no terminan nunca. Si usted se pone en cola, para cuando le toca… Y son esas que piden, pues una vida feliz, un matrimonio feliz… que los hijos aprueben los exámenes… Hay allí una cola… Para cuando le toca, muchas veces ha pasado ya el examen, y todavía no ha llegado la respuesta del cielo. –Pero hay otras… que llega usted, no hay nadie. Pide usted el billete y se lo dan; a vuelta de mano. Y son esas: la pide usted que le humille… Eso… a vuelta de mano. Si usted pide ahora, para la tarde ya lo tiene de vuelta; inmediata, rapidísima.

Pues bien; pedir esto. Aquel aspecto donde más ponemos nuestra vanidad. ¿Eh? Pues una será: En que canta bien; pues que le salga un gallo. Otra será: Pues que los exámenes todos brillantes; pues que le salga un suspenso. Otra será… pues yo que sé… que es muy observante y que nunca falta al silencio; pues, que le encuentren faltando al silencio. Allá. Y… adiós, cae uno con todo su equipo. –Eso. Que purifique eso; ese aspecto de la vida religiosa: donde más ponemos nuestro cariño.

Esta es la reforma de la vida; esto, esto.

Una vez que has hecho esto de verdad, bien hecho, ahora puedes fijarte en un punto de oración; en lo que es meditación, en la oración, vida de oración; un solo punto, uno. –Es que a mí me falla la oración, porque no tengo recogimiento después de cenar, supongamos, o después de la noche… Pues ese punto. O porque no preparo los puntos… Eso. O por la hora en que hago la oración, o el modo… Ahí. Un punto de la vida de oración. No vas a hacer propósito de que no vas a caer en eso, sino que vas a estar atenta en ese punto.

Otro punto: de la vida de trabajo. En el apostolado seglar, en la educación, en el trabajo del colegio… Otro punto. U orden en el trabajo, o cierto defecto que yo veo que aquello me va mal, o que me dejo absorber demasiado, o que no sé frenarme cuando debo terminar las obras. Un punto del trabajo.

Y, un punto de la Regla. Un punto. Tal regla que no marcha. Un punto. Que veo que es importante esto y estoy detrás. Atenta a eso. Tampoco aquí hacer el propósito de no caer. Atenta a ese punto de la Regla.

Y una vez que hayáis hecho esto, ahora podéis poner todos los defectos congénitos, todos en fila, detrás; todo lo que queráis. Pero la sustancia aquí, aquí: en vuestra relación con Cristo.

Y aplicar también a eso, quizás, el examen particular. –Les voy a dar un consejo, les voy a indicar una manera, porque algunas veces suele haber problema en esto del examen particular. Y algunos no se arreglan, no se acaban de arreglar.

Un modo, que me parece bueno, del examen particular, puede ser este: En lugar de apuntar precisamente: cada vez que me impaciente, una falta; o cada vez que he faltado al recogimiento, una falta. Desde luego, que no es práctico el contrario. Eso de decir: cada vez que hago un acto de amor de Dios, pues lo anoto. Porque eso… eso no resuelve mucho; porque a lo mejor, en media hora hago veinte; recupero todo lo que no había hecho durante el día. Y a lo mejor durante el día he hecho muy pocos. –De modo que el mero número no ayuda. -¿En las faltas? Pues muchas veces tampoco; en algunas personas, por lo menos, no. Si a alguna le ayuda, pues muy bien; que lo siga haciendo. Pero a otras no le ayuda. Pues bien; en vez de esto, puede ser que sea útil esto: Fijándonos siempre en una virtud cristiana; es decir, una virtud que debemos participar del Corazón de Cristo. Si se trata de la paciencia o de la caridad, llevarlo de esta manera: Tres o cuatro veces por la mañana, otras tantas por la tarde, recogerse suavemente, de verdad –o incluso haciendo una visita, o si uno no puede hacer la visita recogiéndose de veras-, recogerse en el Corazón de Cristo –o en el Corazón de la Virgen, si una tiene más devoción a esto-, pues… hay allí todas las virtudes; allí están los lagos… bosques… "Mi Amado las montañas…" Y va uno allí a recogerse en esa virtud concreta, en la que uno está procurando especializarse. Y descansa allí, recorriendo la vida de Cristo, por ejemplo, algún paso de la vida de Cristo; de su caridad, tan fina, tan delicada. Y se deja un poco empapar por esta caridad de Cristo, para que baje a nosotros; porque nuestra caridad tiene que ser participación de la de Cristo. Y que nos entre un poco; contemplándolo, nos empape. Y una vez así empapados, examinar desde la última vez que me he recogido, cómo he ido en la caridad. Y prevenir un poco hasta la próxima vez que me recogeré: cómo debo actuar para manifestar esta caridad de Cristo, para empaparme en esta caridad de Cristo. Y así, la vez siguiente. Y como falta, se anota solamente cuando no me he recogido en el momento en que me había propuesto recogerme. Al terminar tal clase, al terminar tal trabajo me iba a recoger; ¿no lo he hecho? Eso, es falta. Y así no habrá muchas faltas, pero existe el interés constante de entrar en el Corazón de Cristo y de **participar** sus virtudes; porque no es lo más importante el anotar la falta: he cometido una impaciencia y ahora me venzo, y soy así paciente en cuanto me hago violencia; sino que el remedio mayor está en el **participar** del Corazón de Cristo. "Jesús manso y humilde de Corazón, haced nuestro corazón semejante al vuestro". Ahí tenéis una aplicación para eso que hayáis escogido, para eso que os pueda interesar como un elemento importante en vuestra vida.

Ahora, para alcanzar gracia de Dios para esto, un consejo. No entra en el propósito; la reforma ya está hecha: ser religiosa cien por cien. Eso es el **gordo**; eso. Para esto gordo, ayuda pedir al Señor que me humille en el punto donde yo he puesto mi vanidad. Y después los tres puntitos: un punto de oración, un punto de trabajo, un punto de Regla. Ya está hecho. Ahora; sin propósito, por

un acto de generosidad actual. Mira; sin ponerte a cavilar: a mí, ¿qué me podría pasar; que me hiciesen pedacitos con un cuchillo, así, a pedacitos…? No, eso es cavilar. Nada de esas cavilaciones. Entre las cosas posibles, probables, pero de esas que nos dan miedo: A mí si me ponen en tal clase… estoy a punto, porque eso está ahora moviéndose…; a mí que me manden a tal ocupación, a tal sitio, a tal Casa, ¿eh?; entre esas probables, de esas que nos quitan un poco la paz, mira si llegas a tener tres cosas así, y pídele al Señor que te las conceda, que te elija para esas tres. Que oye, ¿eh?, oye, oye, oye. Esto no hacerlo en broma, si no… Es mejor decir: Pues no lo hago; porque si lo haces de veras, oye. –Yo se lo oí contar esto a un predicador con mucha gracia, y era verdad. Le pasó a él una vez. En unos Ejercicios a religiosas dijo esto: Que pidiesen tres cosas. Y se marchó.

Al cabo de algún tiempo –un año, dos años-, fue a otra casa, y se encontró con una religiosa que le recibía; y le dijo:

-Padre, yo le debo a usted mucho.

-Pues no sé. Yo no recuerdo; yo no la conozco.

-Pues usted dio Ejercicios en tal Casa, ¿no es verdad?

-Sí.

-Pues mire usted. Cuando usted nos dijo aquello, yo tenía una repugnancia enorme a ir a una casa determinada de nuestra Congregación. ¡Le tenía una antipatía…! Y le dije al Señor: Señor, que me manden a esa Casa. Después tenía una antipatía muy grande a una religiosa. Y tenerla a aquélla como Superiora era… el acabóse para mí. Y le dije: Bueno pues; ésa como Superiora. Y después, lo que yo no puedo aguantar nunca es la escuela de párvulos, porque son insoportables. Y le dije: Pues Señor, ésa también. ¡Bueno! –Eso era el día de la reforma. Termino los Ejercicios… una carta de la Provincial. La abro. Me había destinado a aquel colegio. Y bueno… hice la maleta y me marché. Llego; estaban de fiesta. Y digo: ¿Qué pasa hoy, qué fiesta es? –Han cambiado la Superiora. Y digo: ¿Y quién viene aquí? La que había dicho yo. ¡De Superiora! –Al día siguiente me llama a su cuarto y me dice: Oiga, estaba ordenando las clases y he pensado que usted podía llevarse las párvulas… ¡La tercera! En días me vino todo. Y dice: “Y jamás he sido tan feliz en mi vida. He encontrado la felicidad aquí donde yo creía que me iba a morir de miedo. He sido feliz”.

Pues bien; algo así. A ver si tenéis el ánimo –esto es de generosidad, ¿eh?, no toca a los propósitos-, un ánimo que diga: Pues nada, Señor, para atraer las bendiciones sobre mi reforma, así, sólida, auténtica, Señor, si a Ti te parece, aquí me ofrezco a esto: a las tres cosas que más me cuestan.

La Samaritana

Jesucristo ha querido llamarse el Buen Pastor. Dice que el buen pastor conoce sus ovejas, y sus ovejas le conocen a él. El buen pastor –según Jesús- busca la oveja perdida. –Y Él se ha detenido muchas veces en esta parábola de la oveja perdida.

En su sentido literal, esta parábola es una respuesta a las críticas de los fariseos –que es como el profesionalismo religioso-; ésos que se creían santos. Y una respuesta a los escribas –que era como la teología académica de su tiempo-, explicando con afable y persuasiva convicción por qué Él se mezcla a los pecadores: a Zaqueo, a Mateo, a la Samaritana, acogiéndolos y respondiendo a sus invitaciones.

El ambiente en que se manifiesta esta parábola del Buen Pastor, es el del tiempo de Jesús; cuando los pastores recogían sus ovejas, las tenían en un redil, las juntaban varios en el mismo redil, y a la mañana siguiente salía cada pastor y comenzaba a llamar a sus ovejas, o sencillamente a silbar. Y entonces le seguían las propias; todas las demás quedaban en el redil. E iban, caminaban, siguiendo a su pastor hacia los pastos. –En cambio, si aquel pastor no era el auténtico, no era el suyo, aunque las llamaba, no le siguen; y si viene un ladrón y llama a las ovejas, éstas no le siguen, porque conocen la voz del pastor. –Aquí se refiere el Señor, y se mueve, en todo este ambiente de aquel tiempo.

La respuesta de Jesucristo a los que le critican que trata con los pobres pecadores, se apoya, pues, en un hecho humano. Es el hombre imagen de Dios, y por eso se apoya en la imagen de Dios, que es el hombre. Es un hecho familiar, evidente: que es el pastor… que es el profesor –podríamos decir-; el buen profesor, no mercenario, es el que se interesa por el alumno, por aquel alumno que no puede seguir las clases… por el alumno que ha perdido el gusto de los estudios… por el que ha fracasado… por el alumno en crisis… Ese es el buen profesor; no el que no se ocupa sino de los más aventajados en el curso. Es el que concentra sus esfuerzos –olvidando la clase que puede ya seguir sola- en levantar al alumno fracasado; el que se entretiene con él, que procura comprenderle, animarle… que le soporta, le alienta, le estimula hasta ponerlo al nivel de los mejores. Y en esto encuentra un sentimiento de triunfo; es **su** triunfo, del que habla con sus colegas. –En esto demuestra un alma de profesor o de profesora; en esto.

Y esto mismo pasa con el pastor. El alma del pastor se ve en esto. No en que sigue a las ovejas buenas, que están sanas y que le siguen dócilmente, sino, como dice el Señor: en que va a buscar a la oveja herida, a la pobrecita que no puede seguir al rebaño, que se ha perdido. –De modo que se apoya en este hecho humano, familiar, evidente, afirmando conjuntamente la divinidad de Jesús. En efecto, toda la imagen del pastor tiene una resonancia del Antiguo Testamento, donde Dios aparece como el Pastor de Israel, el Buen Pastor.

Habría, sí, que tener presente en le memoria, cuando se leen estos pasajes del buen pastor, los grandes temas escriturísticos, especialmente el del Pastor del Salmo 22: “El Señor es mi Pastor, nada me puede faltar”. Y entonces se capta que Jesucristo se identifica limpiamente con el Dios de Israel, e introduce a la inteligencia de su divinidad, de su Encarnación, de su Corazón y del Corazón del Padre. Fijaos. Jesucristo con la parábola del buen pastor que va a buscar la oveja perdida, nos está mostrando en su obra redentora –que eso es la redención-, su Corazón, su intimidad. La Creación no nos lo mostraba esto. En la Creación se había mostrado solamente por fuera: en su potencia, en su sabiduría, en su benevolencia. En la Redención, que es obra personal, Dios revela su ánimo secreto. Enseña a asemejarnos a Él, a ser como Él, e introduce a la visión beatífica que nos pone en el gozo del Padre, en el Hijo con el Espíritu Santo.

Este es el ideal de Cristo, el que Él nos propone en estas parábolas del Buen Pastor.

Y cuando habla del buen pastor encontramos todos los elementos: la pérdida de la oveja y su búsqueda. Son en diversos grados. La pérdida de la oveja es el alejamiento de Dios, el aislamiento, la miseria, la vía de la voluntad humana. Conforme va entrando en un alma la voluntad puramente humana, conforme, así, se va alejando la oveja perdida. Pobrecita.

Insiste en la búsqueda de esa oveja perdida. Porque la oveja perdida, esta pobrecita que se ha alejado, sigue siendo **tesoro** para Dios. Es objeto del amor **individual** de Dios. La conoce por su nombre. La que falta es la **tal** oveja. Por eso, cuando entra en el redil, y las cuenta y las sigue, y ve que falta una de las cien, examina todas, y dice: Falta la **tal** oveja. –Es tesoro de Dios, tesoro de predilección de Dios, objeto del amor individual de Dios, a pesar de sus obstinadas resistencias. Y Dios, en la búsqueda de esa alma, se acerca de todos los modos; por todas las partes está rodeando esa alma hasta que la vuelve al redil.

La coge, y la vuelve; la vuelve sobre sus hombros el Señor. No tenemos que maravillarnos que la oveja se sienta débil y que en determinados momentos se sienta herida. Por eso, precisamente, la lleva sobre sus hombros el buen pastor. Y cuando nos sentimos débiles, no tenemos que echarnos fuera de las espaldas de Cristo, sino que entonces más fuertemente tenemos que agarrarnos al Corazón de Cristo para que Él nos lleve sobre sus hombros hacia la vida común eclesiástica, que ya en este mundo es el gozo de los que han hallado a Dios o de los que han sido hallados por Dios, y que será todavía más plena en la felicidad eterna, la alegría final. Ahí es donde aparece la **humanidad** y benignidad de Dios: en la comunión de alegría en el misterio de la Trinidad.

Pues bien; esta búsqueda del Buen Pastor que va a buscar la oveja perdida, la podemos encontrar realizada por el Señor en un caso concreto, en la Samaritana. Y si tenemos tiempo, consideraremos después el bellísimo salmo 22, como canto del alma que, ya curada, unida a la comunidad eclesiástica, canta con el Señor la bondad de Dios: "El Señor es mi pastor, nada me puede faltar"; el de la confianza, cuando somos ya llevados por el Señor.

Vamos a ver, pues, el encuentro de la oveja perdida en la escena de la Samaritana.

Fijemos nuestra mirada en Jesucristo, puestos en la presencia del Señor; abriendo nuestro corazón a Él para que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean ordenadas puramente a agradar a Jesucristo.

Fijando en Él nuestras miradas, le pedimos este conocimiento íntimo para ver cómo actúa Él, cuáles son sus criterios, cuáles son sus gustos; y para aprender nosotros de Jesucristo cómo Él, toda su vida, toda, toda ella está ordenada a la redención de los hombres. No hay un solo paso en su vida que no sea **para** las almas; toda ella. No es nada egoísta el Señor. Y ahora vamos a ver cómo Jesucristo sabe conversar espiritualmente. Una conversación sencilla… Ese gran apostolado que nosotros podemos hacer en el trato con las niñas, en los colegios, en las residencias, en todas partes; como Jesucristo. ¿Qué conversaciones tendría Jesucristo con las jóvenes de hoy? ¿Les estaría hablando del cine, les estaría hablando de la radio, les estaría hablando de las novelas últimas que han salido? ¿Podemos imaginarlo así al Señor, como esperando las últimas noticias de los circos de Roma que iban llegando, para hablarles de esto?

Vamos a ver cómo habla el Señor.

Que sepa hablar de Jesucristo de modo que lleve a su amor. Ahí tenéis una grande gracia que pedir. Esas son las grandes gracias. Que nadie se acerque a mí, que no se acerque más al Señor. Que sepa hablar de Cristo de modo que lleve a su amor.

¿Por qué Jesucristo, yendo a Galilea pasó por Samaría? Las razones que nos dan los evangelistas son diversas; pero es muy útil también esto.

En Mateo, capítulo 4, y en Marcos, capítulo 1, se dice que "como oyó Jesús que Juan había sido **entregado** a Herodes, se retiró a Galilea". Lo habían puesto en manos de Herodes; lo habían traicionado. Y Jesús se retira a Galilea.

¿Cuál fue la razón objetiva de la prisión? Pues fue que Herodes había sido sorprendido por él, por motivo de Herodías; le había hablado fuerte, y entonces Herodes lo metió en la cárcel. Marcos dice lo mismo: "A causa de Herodías", lo habían traicionado, lo habían puesto en la cárcel. Y sin embargo, dicen Mateo y Marcos que Juan había sido **entregado**. Que Herodes le hace matar, eso no es entregarlo. Lo habían entregado –parece- los judíos. Se habían arreglado para desprenderse de él porque los molestaba. Había sido **entregado**. ¿La razón objetiva en los otros evangelistas? Por razón de Herodías.

En Juan dice: “Luego que entendió Jesús que los fariseos habían sabido que Él juntaba más discípulos y bautizaba más que Juan, dejó la Judea y volvió otra vez a Galilea”. Temía más Jesús a los fariseos –que probablemente habían entregado a Juan en manos de Herodes, presentándole como indiscreto censor de su vida privada-, temía más a los fariseos que a Herodes. Y, en efecto, si realmente tuviese miedo de Herodes, no iría a Galilea, que era precisamente donde Herodes era tetrarca. Sin embargo, sabía bien que los fariseos que le tenían envidia, primero se habían, primero se habían desprendido de Juan y lo habían entregado a Herodes; ahora que sabían que los judíos estaban diciendo que Él tenía más discípulos y bautizaba más que Juan –aun cuando Él no bautizaba-, pues entonces dice: Ahora querrán hacerme lo mismo. –Y huye de los judíos.

“Los fariseos y los legistas –dice Lucas en el capítulo 7- desbarataron el consejo de Dios respecto de ellos, no haciéndose bautizar por Juan”. Aquí estuvo el pecado inicial de ellos. Si ellos hubiesen tenido la humildad de someterse al bautismo de Juan, no hubieran desbaratado los planes de Dios.

Pues bien; aquí vemos una serie de manejos humanos. Esta es la vida apostólica. No imaginarla como una limpieza de razones, todas ellas puramente sobrenaturales en todos. Eso son utopías. Tenemos que tender cada uno a ese ideal, pero en la realidad, todo está lleno de motivos humanos, de intereses. Y en medio de eso juega la Providencia.

De modo que “sabiendo que le habían entregado a Herodes”; Juan dice: “Cuando se supo que los fariseos decían que Él tenía más discípulos que Juan…” Y Lucas, en el capítulo 4 dice: “Volvió Jesús **en la fuerza del Espíritu** a Galilea”. De modo que en la fuerza del Espíritu, no quita nada todas esas otras motivaciones, porque ahí se manifiesta también la voluntad de Dios. Y cuando uno toma esa decisión porque ve que Dios lo quiere, se mueve por la fuerza del Espíritu.

Y Él tenía que volver a Galilea. Y dice el Evangelio: “Debía, por tanto, pasar por Samaría”. Y se preguntan enseguida los comentadores: “**Oportebat**”; ¿por qué tenía que pasar por Samaría? Podía dar una vuelta y pasar por Perea. No había razón ninguna. Un tener que pasar… Tanto más, que Samaría era un puesto, un territorio muy enemigo de los galileos, que a veces les trataban muy mal a los galileos e intentaban matarlos, porque tenían enemistad con ellos por razón de que los galileos iban a adorar al templo de Jerusalén y los samaritanos adoraban en el Garizín, que tenían ellos junto a la capital de Samaría. Y, ¿por qué tenía que pasar por Samaría? “Tenía que pasar”. No hay una razón geográfica.

Pues bien; algunos comentaristas con razón –lo podemos pensar así- dicen que no se trata de necesidad física, sino del amor. Y aplican aquellos de **in virtute spiritus,** “en fuerza del Espíritu”. Era el amor el que le hacía pasar por Samaría.

En efecto, Jesucristo va a Samaría a llamar a esta mujer, una pobre mujer samaritana... –pero ven; que esta es la realidad de nuestra vida sobrenatural- la cual no tiene ni idea de que Jesús, este día y medio –que dura ese camino de Jerusalén hasta Samaría-, que este día y medio está caminando para buscarle a ella.

¡Cómo es el Señor! ¡Buscando la oveja perdida! ¡El tesoro de Dios! ¡Una pobre mujer! Y Jesús se desvía del camino, se pone en peligros para buscar a esta pobre mujer, la cual ese día y medio, esa noche, toda la noche, pues durmió tranquilísimamente, sin poder sospechar que Jesús estaba acercándose en busca de ella.

Y Jesús va a buscar la oveja; por todas las partes la rodea.

¿Qué vida haría la mujer en esa noche? No lo sabemos… no lo sabemos. Una vida materializada… con las preocupaciones suyas materiales… quizás de pecado… No lo sabemos. Y Jesús venía buscándola, caminando, caminando. Y a la mañana siguiente, con todo el calor, con todo el sol de Samaría, camina, camina, sudando… en busca de la oveja. El Buen Pastor que busca la oveja perdida.

Y dice: “Llegó, pues, a la ciudad de Samaría, llamada Sicar, vecina a la heredad que Jacob dio a su hijo José”. ¡Cuánta riqueza hay aquí! ¿Veis? En San Juan, estos detalles son todos históricos, pero tienen un contenido… Como el Señor, hace que la realidad entera que Él ha puesto en la tierra sea un reflejo, una imagen de las realidades superiores, Juan está leyendo toda la realidad con los ojos divinos; y está viendo todo el contenido de tipo, de imagen, que tenía cuanto daba. Y en efecto,

llegó a la ciudad de Samaría, llamada Sicar, vecina a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Este pozo, esta heredad, es el **don** de Jacob a su hijo José; su hijo predilecto: José. Un don de Jacob. –Y aquí va a presentarse el pozo, que es Cristo; la fuente de agua viva, que es el don de Dios a los hombres, sobre el que insistirá Cristo. Aquí estaba la fuente de Jacob, el pozo que se llamaba así.

Jesús, pues, cansado del camino, **fatigatus ex itinere**, se sentó así, sobre el brocal de ese pozo; esperando a la samaritana. "Yo os haré pescadores de hombres". Está esperando… cansado… lleno de sudor… Ha sido un día y medio de camino para buscar a la oveja perdida; y la espera. "**Quaerens me sedisti lassus**". "Te sentaste cansado cuando me buscabas a mí". Y San Agustín con sus cosas maravillosas que tiene, dice: "Ya comienzan los misterios; porque no en vano se cansa Jesús. No en vano se cansa la fuerza de Dios. No en vano se cansa Aquél por quien los cansados reciben fuerzas. No en vano se cansa Aquél que si nos deja nos cansamos y que si nos tiene presentes, nos da fortaleza. Y sin embargo, se cansa Jesús, y se cansa del camino, y se sienta. Y se sienta junto al pozo, y se sienta cansado a la hora Sexta. "Era ya cerca la hora de Sexta". Todo esto, algo nos quiere decir; algo nos quieren insinuar. Nos hacen estar atentos. Nos exhortan a que llamemos a la puerta. Que Él nos abra, a nosotros y a vosotros; Aquél que se dignó exhortarnos y decir: "Llamad y se os abrirá". Por ti se ha cansado del camino Jesús. Hemos hallado la fuerza de Jesús y hemos hallado a Jesús débil. "Fuerte y débil", sigue San Agustín con sus maravillosas palabras. –Es esto: el misterio de Cristo.

"Y era cerca de la hora de Sexta; más o menos la hora Sexta".

Juan, cuando llega el momento en que Pilatos entrega a Jesús para que lo crucificasen, dice que era la hora sexta. La misma; la hora sexta. Y no; no creo que en vano, no. Sino que es la misma cosa. Jesús, a la hora Sexta, hacia el mediodía, está allí cansado, con sed; como en la cruz estará cansado, sentado en la cruz, con sed. Allí dirá también: "Tengo sed", como aquí va a decir a la Samaritana: "Mujer, dame de beber". Está recordando el misterio de la redención; el encuentro de Cristo con el alma en la Redención; el recoger a la oveja perdida con su obra redentora, con su muerte en cruz; sentado, cansado, junto al pozo de Jacob, junto al pozo de los placeres humanos, del agua de la tierra, de la vida terrena, para darnos la vida superior, la vida de la gracia.

"Y entonces vino una mujer samaritana a sacar agua". Jesús la espera, la ve venir con su cántaro sobre la cabeza. Y se acerca. Y aquella buena mujer, en el fondo tenía un buen corazón. Tenía deseos cuando vio a aquel judío –que los reconocían enseguida-, sentía deseos de ofrecer el agua, porque veía que no tenía nada; pero no se hubiese atrevido nunca ella a ofrecer a Jesús.

Y aquí nos da también Jesús tantos ejemplos de conversación, de trato con las almas. Cuántas veces el gesto de pedir un favor, de abrir una cordialidad, puede permitir a una persona hacer un favor que deseaba hacer y no podía hacer. –Y Jesús quiere provocarle a esto: a una obra buena. Y cuando la ve llegar así, una mujer, por otra parte –así diríamos hoy-, pues de buena voluntad, a pesar de los vicios en que se movía, le dice Jesús: "Dame de beber". -¡Qué maravilloso! "Dame de beber". El Hijo de Dios, Jesucristo, a un alma, a una pobre mujer que Él conoce, le pide de beber: "Dame de beber". Es como si dijese: Tengo sed, tengo sed. Y dice San Agustín: "El que pedía de beber, tenía sed de la fe de la mujer". La sed que tenía: "Dame de beber" es: cree en mí; tengo sed de que creas en Mí. Dame de beber. Ten sed de Mí. –Y ella no lo entiende. Es la conversación de Cristo, que está jugando siempre con el sentido superior de las realidades terrestres. Hay un agua… Y Él está viendo un agua un agua superior. Hay un pozo… está viendo las fuentes del Salvador. Y está moviéndose así, llevando al alma a elevarle de las realidades terrestres a las cosas superiores. Subir desde las cosas sensibles a las sobrenaturales.

Y en esto, ella le dice: "¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? Porque los judíos no se avienen con los samaritanos". Estaban en guerra, estaban en lucha siempre. Y tú, judío –se te nota por el modo de hablar- ¿vienes a pedirme a mí, que soy samaritana? ¿Cómo tú me pides? –Si supiese ella que era el **Hijo de Dios**, eso sí que sería admiración: ¿Cómo tú, Hijo de Dios, me pides de beber a **mí**, que soy una pobre criatura?

¡Cuánta profundidad en estas palabras de Cristo: "Dame de beber"! ¡Tú a mí! ¡Yo, criatura, puedo darte de beber a ti, Creador! Es todo el misterio de la vida cristiana, de la oveja perdida, que

no acaba de comprender que ella puede ser el tesoro de Dios. Y sin embargo, es el tesoro de Dios, que viene buscándola en la redención de un modo, para nosotros, increíble.

Y entonces, Jesús le dice en respuesta: "Si tú conocieras el don de Dios…" Tú me estás hablando aquí, en el pozo de Jacob, que es el don de Jacob a su hijo José. "Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, puede ser que tú le hubieras pedido a Él, y Él te hubiera dado un agua viva". Ya le va elevando. "Si tú supieras…". **Si scires donum Dei**… Es lo que a uno se le ocurre al ver tanto afán de placer, tanto deseo de gustar de las cosas de este mundo. Y uno les pide: Dame de beber un poco. Y creen que el dar de beber es dar de las cosas de la tierra, disfrutar de las cosas de este mundo… ¡Si no es eso…! ¡Si tú supieras quién es el don de Dios…! Jesucristo es el don de Dios. "Así amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único". Se da a sí mismo a mí. Él es el don de Dios: en la Encarnación, en la Eucaristía; más todavía, en mi vocación. El don de Dios. Ese es Cristo. El don que se te da.

"Tú quizás le hubieras pedido a Él", le está diciendo el Señor; y trata de llevarle a sentir una inclinación interior y una sed interior, de la que no es consciente la samaritana. Si tú conocieras este don de Dios, caerías en la cuenta que dentro de ti tienes una sed, no formulada, indeterminada, que es la que te llevaría a desear y a pedir esta agua viva. Hay una sed interior que tú no sabes formular.

Y ella sigue por su línea. El Señor es paciente; propone…

Tenemos que aprender mucho esto: no insistir inútilmente y constantemente en una idea que se nos ha ocurrido. Hay que ofrecer al alma la oportunidad y saberle dejar; y si no la coge, pues volver más adelante. Pero sin empeñarnos: a éste tengo que convencerle con este argumento y nada más. No. El Señor no es así en sus conversaciones. –Y ella vuelve.

"Le dice la mujer: Señor, tú no tienes con qué sacar el agua, y el pozo es profundo. ¿Dónde tienes esa agua viva?". Si no tienes nada, ningún recipiente para sacarla… El pozo es tan profundo… -tenía unos 30 metros- ¿De dónde vas a sacar esa agua viva? "¿Eres tú, por ventura, mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebió él mismo, y sus hijos, y sus ganados?"

El pozo de Jacob era para todas las cosas humanas. Allí bebían los hombres: bebía Jacob, bebían sus hijos; y bebían sus ganados. Es el símbolo de los placeres terrestres, que los goza el hombre y los gozan los animales. De todos. Ese es el pozo. Un pozo profundo, del que hay que sacar el agua, pero que no acaba de saciar. –No tienes –le dice al Señor la samaritana-, no tienes medios para sacarla… No tienes para sacar esa agua que es propia de hombres y de animales.

Y Jesús le responde: "Quienquiera que beba de esta agua, tendrá otra vez sed"; sed tendrá otra vez; tiene que venir a buscarla. "Pero quien bebiere del agua que Yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed de esta agua", de esta agua de los hombres y animales, de los placeres de la tierra, de las felicidades puramente humanas, terrestres… No volverá a tener sed. Antes bien, el agua que yo le daré, vendrá a ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna, que brotará siempre, siempre; que clamará, saltando hacia el Padre; como decía Ignacio de Antioquia: "Tengo dentro de mí, siento una voz que me dice: Ven al Padre, ven al Padre". Es la gracia, la vida interior que va siempre hacia la Trinidad, hacia el Padre. Es el anuncio ya del agua suya, de un agua superior; no como ésta; muy superior; que quita la sed de esta agua.

Y la mujer entonces le dice: "Señor, dame de esa agua para que no tenga yo más sed ni haya de venir aquí a sacarla". Dame de esa agua. –Ya le había dicho antes: "Si tú conocieras el don de Dios, tú, quizás le hubieras pedido". Ya está pidiendo, ya está realizándose el deseo de Cristo, de Cristo crucificado, que tenía sed –"tengo sed"- de que las almas tengan sed de Él, de que le pidan: Dame de esa agua; de esa agua que brota del Corazón de Cristo, de la sangre del Corazón de Cristo. Ya esta mujer –sin saber todavía lo que es-, pero ya ha formulado su deseo, ya se acerca: "Dame de esa agua para que no tenga más sed". Fijaos; no es sólo para que no venga a beber aquí, conteniendo mi sed, sino para que ni siquiera tenga sed; y en consecuencia, para que no venga aquí de nuevo jamás, a este pozo donde he bebido tantas veces en estas cosas de la tierra. Que ya ni tenga sed ni venga más.

Ya lo ha pedido, ya lo ha formulado. El Señor la va llevando al deseo de los bienes superiores.

Y entonces, Jesús, que le quiere dar esa agua, quiere además realizar un paso. Y el paso es que la mujer reconozca su miseria, y que la mujer sepa que Jesucristo cuando le habla, no le habla porque esté equivocado, porque creía que trataba a una persona muy digna de su amor, una persona muy santa; no. Jesucristo trata con una persona real, concreta. –Y entonces le dice: "Anda, llama a tu marido y vuelve acá con él". ¡Con qué suavidad! Le está tocando la llaga… está tocando el punto débil de esta mujer… En efecto, lo que le impide a la samaritana, y lo que Jesucristo procura cuando ella le pide el agua, es esto: que ella creía que Jesucristo le hablaba porque no conocía quién era ella. Si no, -pensaba ella-, no me ofrecería su amistad. –Y Jesucristo, para llevarle a este conocimiento, va muy suavemente. "Llama a tu marido" a ver qué dice. Y ella, con un poco de esta ligereza, le dice: "Yo no tengo marido". Y Jesús –quería esconder ese punto delicado de la mujer-, y Jesús entonces le dice: "Tienes razón en decir que no tienes marido, porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes, no es marido tuyo. En eso has dicho la verdad". –No es que ignorase lo que había dentro. El Pastor, buen Pastor que va buscando la oveja perdida en la obra de Redención, sabe que es una oveja herida. –No tenemos que disimular nuestras miserias cuando Jesucristo viene a recogernos sobre sus hombros, no. Claro; patente; patente: "Has dicho la verdad". –Y le manifiesta toda su llaga interior.

Y ella le dice: "Señor, veo que eres un profeta". Pero desvía la conversación. Es un punto éste, delicado, y no va a buscarle; sino, "veo que eres un profeta", es decir, un ser muy especial; todavía no el Mesías, no el Hijo de Dios, sino un profeta. Tú conoces las conciencias, conoces la interioridad del alma; veo que eres un profeta. ¡Ah!, bien. Pues ya que eres un profeta, respóndeme a esto: "Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, Garizín, y vosotros –los judíos- decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar". Le responde Jesús: "Mujer, **créeme a mí**". La fe. Fíate de mí; créeme a mí. Está hablándole del agua que le está dando. Él vuelve siempre a lo suyo. "Ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre, sino en cualquier lugar", en todas partes. "Vosotros adoráis lo que no conocéis, pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque el Salvador procede de los judíos. Pero ya llega el tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad". De veras. En espíritu. Es el tiempo nuevo mesiánico el que se caracteriza por esta adoración del Padre en espíritu y verdad; no a través de imágenes, de figuras, como la del templo de Jerusalén, a donde entraba el sacerdote una vez al año, sino que en el Nuevo Testamento se abre la cortina; el sancta sanctorum se abre a todos; y como dice la carta a los hebreos, "queda patente el camino del santa sanctorum para todos". Todos podemos vivir en el templo de Dios, todos. Y el templo de Dios no es aquí o allá, sino viviremos en el Corazón de Dios, que nos ha abierto su Corazón, nos ha abierto los bienes sobrenaturales con su resurrección, y vamos a vivir siempre, en todas partes, en adoración constante al Padre en espíritu y en verdad, agradándole en todo, adorándole; como dirá San Pablo: "A quien sirvo en mi evangelio con mi apostolado". –Le ha abierto todo el horizonte de la gracia. La vida de gracia, que en sí misma es una cosa íntima, interna en nosotros que salta hasta la vida eterna, y que al mismo tiempo nos hace llevar dentro de nosotros el templo del Espíritu Santo, el templo de la divinidad para vivir siempre en adoración al Padre.

Y dice más: "Porque tales son los adoradores que el Padre busca". El Padre se está formando estos adoradores. "Dios es espíritu, y por lo mismo, los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle en fuerza del espíritu y en verdad; de veras. Sin ficciones; de veras. Sin nervios; de veras.

Le dice la mujer: "Sé que está para venir el Mesías, esto es, el Cristo; cuando venga, Él nos lo declarará todo". Ya ha llegado hasta el Mesías; la figura suprema que esperaban todos los israelitas; los judíos, los samaritanos, los galileos; todos hacia el Mesías; la gran figura del Mesías.

Y el Señor le dice: "Ese soy Yo, que hablo contigo". Aquí está todo el cristianismo. Yo, el Mesías, el Hijo de Dios, Verbo del Padre, que hablo, converso contigo; la mujer que ha tenido cinco maridos, y el que tiene no es suyo. Yo converso contigo. –Este es el Buen Pastor que ya coge a su oveja sobre los hombros. "Yo, que converso contigo".

"En esto, llegaron sus discípulos, y extrañaban que hablase con aquella mujer. No obstante, nadie le dijo: ¿Qué le preguntas o por qué hablas con ella?". No. Ya van entrando en el espíritu de Cristo. Y no se maravillan ellos como se maravillarán después los escribas y fariseos: por qué va a

tratar con los pecadores. Él es el Buen Pastor que viene a buscar la oveja perdida. –No le preguntaron ya.

"Entretanto, la mujer, dejando allí su cántaro, se fue a la ciudad, y dijo a las gentes: "Venid y veréis un hombre que me ha dicho todo cuanto yo he hecho. ¿Será, quizás, éste el Cristo? Con eso salieron de la ciudad y vinieron a encontrarle".

Un hereje de los primeros siglos, Heracleón, se fija en un pequeño detalle, que no consta en el Evangelio, pero que él lo pone así. Aquella mujer convertida ya, que buscaba el agua, el agua terrestre, y se ha encontrado con Cristo –que se le ha hecho así encontradizo, y a propósito del agua terrestre le ha infundido el deseo del agua superior-; esta mujer, dice Heracleón que: cuando se fue a Samaría, dejó su cántaro junto a la fuente. ¿Junto a la fuente para que el Señor se sirviese? Quizás; pero él lo interpreta en un sentido más espiritual, en cuanto dejó el cántaro a los pies de Cristo. El cántaro sería algo así como la parte superior de su alma: la mente. La mente que queda siempre en esta pobre samaritana, agradecida, a llenarse del agua de Cristo a los pies del Señor. Allí queda fija. Mientras sus pies corren, mientras va ella a anunciar y a predicar el evangelio, su mente ya no se separa del Corazón de Cristo; está allí, a los pies del Señor. Como el endemoniado de Gerasa, que estaba a los pies del Señor, allí, vestido, modesto, ordenado, también la samaritana dejaría el cántaro así a los pies. Ya no quería separarse de Cristo. ¡Qué corazón el de la samaritana! Estaría allí siempre… Pero fue a anunciarlo, fue a decirles que estaba el Mesías; porque –como decíamos-, siempre es el resultado de quien ha encontrado a Cristo, el deseo de comunicarlo a los demás.

Y entonces le instaban los discípulos diciendo: "Maestro, come. Y Él les dice: Yo tengo para alimentarme un manjar que vosotros no sabéis". Y se decían ellos unos a otros: "¿Le habrá traído alguno algo de comer?". Jesús les dijo: "Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra". A esto está dedicado Cristo totalmente. Por eso Él se alimenta de este **buscar** las ovejas. Ese es su alimento, y esa es el agua que Él bebe: la sed de las almas, la salvación de las almas. Por eso en la cruz dirá la misma palabra: "Tengo sed"; sed de las almas; que tengan sed de mí.

"El hecho fue que muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él por las palabras de la mujer que aseguraba: me ha dicho todo cuanto yo he hecho". No tiene dificultad en confesar: me ha contado todas mis miserias; las sabe.

"Y venidos a Él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. Y, en efecto, se detuvo dos días en aquella ciudad. Con lo que fueron muchos más los que creyeron en Él por haber oído sus discursos". –Cuando un alma llega a entablar su discurso con Cristo, Jesucristo la gana, la vence.

Y entonces decían a la mujer: "Ya no creemos por lo que tú has dicho, pues nosotros mismos hemos oído y hemos conocido que Éste es verdaderamente el Salvador del mundo". **Salvator mundi**. Es la designación única, aquí, y en la primera carta de San Juan. Es la designación que se dio a José: Salvator mundi; allí, en Egipto; el José del pozo. –Este es el verdadero Salvador del mundo.

Y así, Jesús ganó a aquellas ovejas de Samaría.

Pues bien; esto mismo hace Jesucristo con nosotros. Y esto mismo nosotros, como ministros de Cristo, tenemos que hacerlo con las almas. Nuestro oficio es, sobre todo, atender a las ovejas perdidas, descarriadas. Con mucha paciencia… con un camino áspero, cansados del camino; con una dedicación total a esto, como manjar nuestro que nos alimente, porque es contribuir a que venga el reino de Cristo. "Y ése es mi alimento –como tiene que ser el mío, como el del Señor-, ése es mi alimento: buscar hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra".

LOS TRES BINARIOS

Antes de la vida pública de Cristo, hemos hecho la meditación fundamental de las "Dos banderas", como una iluminación del entendimiento para comprender los engaños del enemigo y una luz para conocer el camino de Cristo. Y para decidirnos a una vida así de santidad, de verdad, es muy importante esto: el que tengamos esta claridad de los planes de Dios y de los planes del demonio.

Ahora vamos a hacer esta meditación sobre los tres binarios. Es un término ya pasado de moda. Tres binarios significa tres clases de hombres.

Y se trata de examinar cuál es nuestra decisión de voluntad **sobrenatural**. Estamos siempre en el campo sobrenatural. Y realmente, es una meditación ésta, de mucha importancia, genial, en cuanto resulta una verdadera prueba de voluntad. Puesto en un caso así, impersonal, es un ejemplo que uno ve objetivamente, ver cómo proceden esos tres tipos, para deducir cuál es mi estado interior, mi modo de voluntad.

Es oración de verdad. Por lo tanto, caer en la cuenta de la ilogicidad que hay en algunos modos de proceder, y disponernos para elegir lo más perfectamente posible.

Primero voy a leer el texto, explicarlo un poco, y después haremos la aplicación a lo que en nosotros puede ser una dificultad.

Puestos en la presencia del Señor, con el corazón abierto a Él, le pedimos gracia para que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas a complacer, a agradar a Jesucristo.

Y para eso entramos en esta meditación, contemplación.

La historia.- La historia aquí siempre es un punto de arranque. Siempre la verdadera historia es la nuestra; siempre. Hay una historia objetiva, que es un misterio de la vida de Cristo, pero eso es como el punto de arranque –una historia objetiva-, para después aplicarlo a nuestra propia historia, la que estamos nosotros viviendo.

Y aquí pasa lo mismo. La historia es: de tres clases de hombres. Y cada uno de ellos ha adquirido diez mil ducados. Vamos a poner: ha adquirido, pues cien millones, por poner una cifra fuerte. Cien millones. Le han venido a caer en su bolsillo cien millones. Una cantidad respetable.

Pero los ha adquirido no **puramente** por amor de Dios. No se podría decir que es **puro** amor de Dios. No es que se ha hecho con pecado; eso tampoco. Pero **puro** amor de Dios, tampoco. Puramente para complacer a Cristo, no. Y como lo han adquirido así, pues se pegan a los cien millones… Y están allí pegaditos, y sienten dificultad en hallar en paz a Dios Nuestro Señor; porque cuando van a la oración, siempre les viene aquel peso, y cuando quieren desarrollar su vida interior, siempre están de medio aquellos cien millones. No **pura** o debidamente por amor de Dios. Y quieren todos salvarse. Salvarse, no en el sentido sólo de salvarse a última hora, porque no lo han hecho con pecado, sino salvarse en el sentido de tener la plana salud del alma, tener la plena felicidad y hallar en paz a Dios Nuestro Señor. Y como son inteligentes, ellos comprenden que lo que les impide esa paz y esa plena salud del alma, no son los cien millones que están allí fuera –esos no influyen en la paz del alma-, sino es el peso que ellos tienen por el apego a los cien millones; porque los cien millones ni quitan ni ponen en el espíritu. Que estén en aquel cajón, allí metidos, o en el Banco, a mí eso no me pone un peso. El peso está en mi apego a los cien millones. Y ése es el peso que impide el que yo encuentre en paz a Dios Nuestro Señor. Porque estoy apegado, estoy preocupado, y me da gusto volver de vez en cuando al Banco y revisar que tengo cien millones. Y de vez en cuando me pongo a pensar: ¡Qué bien! Ya con estos cien millones estamos en seguro. ¿Eh? Este peso es el que no le deja hallar en paz a Dios Nuestro Señor.

Y los tres quieren quitar ese peso.

Este es mi caso personal. Por lo tanto, me tengo que ver así delante de Dios Nuestro Señor y de todos los santos, para desear y conocer lo que sea más grato a su Divina Majestad. Esta es la mayor gloria de Dios: lo que sea más grato a su Divina Majestad.

Y para eso, pedir lo que quiero. Pedir gracia para elegir lo que más a gloria de su Divina Majestad y salud de mi ánima sea. Lo que sea más grato al Señor y más útil para la perfecta salud de mi alma.

Primer binario.- "El primer binario –el primer tipo de hombres, el primer hombre-, querría quitar el afecto que tiene a la cosa esa, para hallar en paz a Dios Nuestro Señor y saberse salvar; y no pone los medios hasta la hora de la muerte". No es que remita las cosas hasta la hora de la muerte, sino que querría, y de hecho no pone los medios hasta la hora de la muerte. Y a la hora de la muerte tampoco, porque se muere. –Enseguida haremos la aplicación.

Segundo binario.- "El segundo hombre quiere quitar el afecto; lo quiere. Pero así le quiere quitar, que queda con los cien millones". Una única condición pone: que los cien millones se queden en el Banco a su nombre. Ahora; con tal de que usted no me toque los cien millones, yo haré todo por quitar el afecto. Pero los cien millones déjemelos en paz. La única condición. "De manera que allí venga Dios donde él quiere, y no determina de dejarla para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él".

-¡Bueno! ¿Y si fuese mejor que usted dejase los cien millones?

-Eso no; los cien millones, no.

-¡Bueno! ¿Y si es mejor estado?

-No, no, no. Mire, mire; cien millones no. Yo lo que quiero es hallar en paz a Dios Nuestro Señor y mantener los cien millones. Ahora, déme usted remedio; los que usted quiera, para tener los cien millones y la paz.

De modo que no está dispuesto a llegar, a seguir a Dios Nuestro Señor, sino que quiere que Dios Nuestro Señor venga a donde él quiere.

Tercer binario.- "El tercer hombre **quiere** quitar el afecto. Y así le quiere quitar, que tampoco está apegado a **tener** los cien millones o no tenerlos. Ni siquiera a eso está apegado. El otro quiere quitar el apego, pero continúa a pegado a tenerlos. Que se sin impresión afectiva, ¿verdad?, pero que los tenga. –Este no. Sino quiere solamente "está determinado –por su parte- a tenerla esa cosa o no tenerla, según que Dios Nuestro señor le pondrá en voluntad, y a la tal persona le parecerá mejor para servicio y alabanza de su Divina Majestad". Sólo en este grado: en cuanto realmente pueda ser mejor para gloria de Dios. Pero si para gloria de Dios es mejor que yo no tenga los millones, yo los dejo. Y entretanto –y ése es el ejercicio ascético; esta meditación es muy buena para indicar dónde va el ejercicio ascético-, y entretanto, quiere hacer cuenta que todo lo deja en afecto. Es decir; ese hacer cuenta quiere decir que ya se hace a la idea; hacer cuenta… -Decía uno de un pueblecito de Oña: "Naces en Oña, vives en Oña, mueres en Oña; hazte cuenta que no has nacido".

Pues bien; hacer cuenta es eso: hacer cuenta que lo deja en afecto. Por parte de él ya está: yo me despego de esto. En cuanto se refiere a mi disposición de espíritu, esto, como si no existiera para mí. Yo hago ya la idea de que esto lo dejo. Hace cuenta que lo deja en afecto. "Poniendo fuerza –aquí está el ejercicio ascético- de no querer aquello ni otra cosa ninguna, si no me moviere solo el servicio de Dios Nuestro Señor". Solo esto. Y ahí pone fuerza siempre. Donde no me mueve sólo el servicio de Dios Nuestro Señor, allí yo no me inclino, no quiero inclinarme.

De manera que, el deseo de mejor poder servir a Dios Nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dejarla; sólo eso. No la inclinación que yo pueda tener; eso no entra; sino el solo servicio de Dios Nuestro Señor me mueve a eso: a dejar la cosa o tenerla.

Y termina con los coloquios de la contemplación de las "Dos banderas", pidiendo a la Virgen, a Jesús y al Padre que lo quiera escoger debajo de su bandera: en suma pobreza, en pasar oprobios… Y con esto dice después una nota: "Es de notar que cuando nosotros sentimos afecto o repugnancia contra la pobreza actual, cuando no somos indiferentes a pobreza o riqueza, mucho

aprovecha para extinguir este afecto desordenado, pedir en los coloquios que el Señor le **elija** en pobreza actual". Nunca, nunca dice: "entonces, lo hago"; nunca. Sino, pedir que le elija en eso. Uno puede hacer como ejercicio ascético en un pequeño acto; pero algo que sea posición de vida, nunca se debe tomar, si no es que consta que el Señor lo elige. Entretanto, no. Pida que el Señor le elija en esa pobreza actual. "Y que él quiere, pide, suplica, sólo que sea servicio y alabanza de su divina Bondad", como aparecía en el Rey temporal.

Esta es la meditación, que es magnífica.

Vamos a ver la aplicación a nosotros y la explicación del caso.

La cosa adquirida. Ahí pone esos denario –hemos dicho cien millones-, pero puede ser lo mismo para nosotros, pues un puesto, no **puramente** por Dios. Mis sudores me ha costado… codazo a la derecha y codazo a la izquierda… intercesión por aquí, intercesión por allá… y ahora estoy en un puesto, bien… bien… donde me encuentro bien. ¡Un puesto!

Una afición que uno tiene… un apego…

Una vanidad, a la cual uno está agarrado… Es una pequeñez… pero ahí está. Como si fuesen cien millones. Porque lo que impide es el apego a la cosa adquirida.

Una curiosidad… Un cierto nivel de vida religiosa un poco así… Ya me he acolchonado un poco… Ya está; ya lo he adquirido.

Una posición tomada en un grupo, o en un ambiente, que quizás fomenta ciertos espíritus antijerárquicos…: yo soy de la oposición… Ya, he adquirido este puesto…

Una actitud ya tomada claramente ante superiores o súbditos… Pues yo soy de la nueva onda. Ya está. Eso ya saben. ¡Caracterizado! -¿Puramente para agradar a Cristo? –Puramente pues… puramente… -¿Sólo para complacerle? –¡Pero la nouvelle vague…! Ahí está. –O yo soy de la vieja vague… que es lo mismo; igual. Eso lo mismo una que otra.

Un destino sacado a pulso… que ya me ha costado… -Una santidad que no es de verdad, sino de mucha ficción y mucha fórmula… Un apostolado muy a modo humano… en el cual ya estoy metido… -Un modo de educar pagano y mundano… y ya estoy también dentro…

Eso es la cosa adquirida; eso. Y tantas otras cosas, ¿verdad? Esos son los cien millones.

El alma no lo ha encontrado o no lo ha obtenido por **puro** complacer a Cristo. Puramente… eso no. No es que haya cometido un pecado, pero puramente para complacer a Cristo, no.

Consecuencia: No halla en paz a Dios Nuestro Señor. No tiene la plena salud del alma. En la oración no llega a entrar, no llega a encontrar esa comunicación divina. No… -Yo ya me he quedado en ese grado… Dicen que eso: que Santa Teresa contaba las baldosas… Yo estoy por ahí, en ese grado de oración. Eso me consuela: que Santa Teresa… -Pero Santa Teresa contaba las baldosas cuando iba al locutorio todos los días a charlar; no cuando estaba subiendo, ¿eh?

No tiene devoción… No tiene una castidad angélica… porque cuando tiene que ser la revisora de los cines y de los espectáculos –que le ha costado su trabajo llegar a ese cargo-, pues no puramente porque le mandaban, sino… ya he llegado… Y ahora, pues no tiene una castidad angélica tampoco… Se pasa sus grandes escrúpulos… -Y a usted, ¿quién le ha dado vela en este entierro? Pues se ha metido usted por su voluntad…

No se siente en la plenitud de su espíritu religioso… y siente un cierto vacío… no es todo de verdad…

Si tuviera que empezar ahora… sería muy fácil. Basta continuar el camino recto. Pero… ya estamos ya… Y entonces solemos decir: "Pero es que si insistimos en el verdadero espíritu de nuestra Congregación, tendremos que dejar ciertas obras que llevamos adelante y que nos producen buenas entradas…" Entradas… suele haber de por medio. ¡Hombre! Si empezamos a aplicar ese criterio de que hay que eliminar las que no son buenas, ¡pues chico!, ¡cuántas pesetas menos al mes…! Y aguantar… aguantar…

Es que perderemos la estima que tienen de nosotros como religiosos actuales… ¿Y vamos a meternos por aquí?

Eso es no hallar en paz a Dios Nuestro Señor. –Si fuese en comienzo… pero ahora ya… Está en marcha… está en marcha… -Es lo que pasa en la afección…: que está en marcha. Y la dificultad viene de eso: de que está en marcha.

No es que sea pecado lo que hace. ¡¡¡No!!! No es que sea pecado. Y estas almas que no hallan en paz a Dios Nuestro Señor suelen decir: "No, no; si yo… yo estoy tranquila, estoy tranquila. Yo ya sé que no es pecado eso, y yo no lo he hecho con pecado; ¡y claro!, algunas veces suelo tener una cierta cosa, pero… pero estoy tranquila, sustancialmente tranquila. Alguna vez, ¿verdad?, me viene cierta turbación, pero… yo qué sé, por ser un poco escrupulosa, aunque temperamentalmente sí… pero sustancialmente tranquila, tranquila. No… estoy bien, estoy bien. Podría hacer, quizás, más; pero en fin, estoy bien, estoy tranquila; yo estoy tranquila". –No halla en paz a Dios Nuestro Señor.

Es el problema sencillo de alguna afección desordenada… existente… que oscurece la mente y le hace hallar mil razones para justificar su posición. Ahí encuentra por todas partes unos equilibrios… Pues sí, mire; visto todo, pues tengo que quedarme, por fin. Visto todo el conjunto… -Una afección desordenada.

Y el alma pierde transparencia. Antes era un alma transparente. Ahora ya se ha complicado. Van naciendo, haciéndose, formándose cálculos en el alma. Ya no circula tanto con la transparencia de antes. E inmediatamente busca sucedáneos… los eternos sucedáneos que nos vienen muy bien para justificar lo que uno hace.

En fin, el alma se debate en una defensa heroica de sus posiciones. ¡¡¡Ah!!! Toda la lucha está aquí. A ver cómo salvo esto. Que yo salve la posición en que me encuentro; ahí está todo.

Pues bien; este es el caso, que muy fácilmente lo tenemos también nosotros en algún grado.

Y ahora vamos a ver las tres clases de reacción; que suele ser la clave de la dirección espiritual eficaz. El problema de la dirección, muchas veces depende del Director, es verdad; pero, los directores suelen decir que depende de los dirigidos. También es verdad. Porque, cuando una persona se presenta a la dirección con una disponibilidad total, el alma sube derecha, como esos cohetes, ahora, de los astronautas; así, derecha…; cuando deja todo. Y dice: Usted de mí… lléveme a Dios; basta, basta.

Y aquí está la clave: en las disposiciones de las tres clases de hombres, que son también tres clases de almas que se presentan a la dirección espiritual; igual. Y por eso les tiene que servir lo mismo para las dos cosas ahora esta especie de examen, de meditación.

Primera clase de hombres. "Querría quitar el afecto, pero no pone los medios hasta la hora de la muerte". ¿Qué significa esto?

Le podíamos poner como título a esta primera clase de hombres "Acuerdo de principios". Eso es la primera clase de hombres. Eso lo sabe todo director espiritual. Cuando una persona le dice a su director: "Mire usted; yo, en principio estoy de acuerdo con usted". –Ya basta, ya hemos terminado. Se le saluda y se le manda. Ya basta, basta. Es la primera clase de hombres; nada más. "Acuerdo de principios". No va a estar en desacuerdo de principios… Sería muy gordo. "Acuerdo de principios". Pero suele reaccionar así: "Mire usted; yo en principio estoy de acuerdo con usted, pero en la práctica no se pueden aplicar esos principios. ¡Claro…! En la práctica no se puede vivir de principios sobrenaturales; en la práctica… Yo estoy de acuerdo… yo también creo en el Evangelio… pero del Evangelio no se puede vivir, mire usted; no se puede… Hay que saber un poco de gramática… hay que vivir con los pies sobre la tierra… si no, vivirá usted en babia… Pero en principio estamos los dos de acuerdo. ¿Ve usted? Cuando cambien las circunstancias, entonces aplicaremos los principios. ¡Claro…! Porque… eso que usted dice… pues eso, hace 10 años, quizás, todavía se podría aplicar. ¡Claro! Usted se acuerda de su tiempo. Hace 10 años… desde luego, hace 50 años, sin duda; pero ahora… pues no se pueden aplicar, desgraciadamente. Cuando hayamos transformado el mundo, hayamos hecho un mundo mejor del que tenemos ahora, entonces se podrá volver a eso. Porque, tiene usted razón; sí. Si en lo que dice usted, tiene más razón que un santo. Así debía ser, mire usted. En principio es perfecto lo que usted dice; no se le puede poner una objeción. ¡Ah!... en la práctica… como usted ve, en la práctica…"

Lo deja para la hora de la muerte, para la hora de la muerte. Ni siquiera lo toma en consideración seria. No. En principio, de acuerdo. En principio sí. Sólo que aquello no es para estos tiempos. Cuando le quiten el cargo, cuando se terminen ciertas obras que estamos ahora terminando, cuando pasen ciertas preocupaciones que tengo, cuando haya dado los exámenes y ya podamos otra vez pensar las cosas más lentamente, cuando cambie la moda, cuando podamos introducir de nuevo lo que debía ser el tipo cristiano auténtico –si es que es ése-, cuando nos pongan otro cardenal protector –hasta eso se puede llegar-, pues entonces. A la hora de la muerte.

Consecuencias de este modo de actuar: No hay perfección, no hay perfección. No hay alegría espiritual profunda; no puede haber, porque hay una escisión íntima de la personalidad. Hay en mí dos personalidades: la que acepta los principios y la que no los aplica a la práctica. Y esos principios, si es verdad que son del Evangelio y son para la vida, o se pueden aplicar o no se pueden aplicar. Si no se pueden aplicar, no son principios de vida; y no me los afirme. Porque el Señor no ha hablado en el Evangelio para seres angélicos… Ahí está. Y esta persona está dividida internamente.

¡Claro! ¿Consecuencia? A veces esta escisión lleva a dolores de cabeza. Una religiosa tiene un dolor de cabeza persistente –no siempre, ¿eh?, porque a veces uno tiene un tumor dentro, pero… dice que uno avisó a la policía que tenía un cocodrilo debajo de la cama. Y mandaron a un psiquiatra. Y cuando llegó el psiquiatra, se lo había comido, porque se había escapado del circo el cocodrilo. Y decían que veía fantasmas. No. Puede ser que un cocodrilo también se escape. No hay que decir solo: fantasmas; no- Pues bueno. ¿Dolores de cabeza? Pues muchas veces viene de aquí. Y eso los médicos lo saben de memoria.

Tristezas hondas, hondas… Pues porque no puede encontrar la felicidad… ¿Cómo va a poder encontrar, si uno se siente siempre profesando unos principios que no puede practicar? ¿Cómo? O se dejan los principios o se deja la práctica.

¿Visitas al psiquiatra? Sí… Yo soy muy amigo de los psiquiatras en Roma. Ellos me mandan a mí y yo les mando a ellos. Estamos muy de acuerdo, muy de acuerdo. Y la mayor parte de las cosas: dolores de cabeza, etc., vienen de aquí. Muy de acuerdo estamos, muy de acuerdo. Viene de aquí: de una no adecuación con la realidad, de una no aceptación de la realidad auténtica. Es fatal eso. Una posición fatal, fatal.

¿En el apostolado? Fruto mediado en las almas… muy mediocre. Porque eso se le ve a la legua, que esta persona no vive de esos principios. ¿Y qué va predicar: los principios o la práctica?

Y por último, peligro de desaliento. Se llega a no ver la belleza del fin pretendido. Ya no lo ve como bello… porque se lo considera como quimérico. “Pues ya… Son ilusiones; una fantasía todo eso… En el orden práctico no se puede hacer eso; es una quimera; y yo he ordenado mi vida hacia una quimera, y estoy viviendo de imaginación, de hipocresía”. Eso es el desaliento. Es lógico.

Examinar esto. Y examinarlo en mi dirección espiritual. ¿Soy yo de los que están de “acuerdo de principios”?, que voy allá y le digo: Mire, mire; en lo que usted dice tiene más razón que un santo, pero en la práctica… -Porque eso es inútil, es inútil; se pierde tiempo.

Segunda clase de hombres. ¿Cómo reacciona esta segunda clase de hombres?

Son –se puede titular así- “compromiso con Dios, acuerdo con Dios”. Yo cedo un poco y Él cede un poco. Los dos un poco y venimos a un acuerdo. Pone condiciones a Dios. No **todos** los sacrificios necesarios, sino los que me parezca. –Como decía aquel Padre: “Que entre el gobierno español y los españoles había un acuerdo secreto, que no consta en ningún sitio; por el cual, el gobierno se compromete a dar leyes, y los súbditos se comprometen a observar las que le parece de las leyes”. –Pues algo de esto pasa aquí, ¿eh? Viene el Señor… -Ponga condiciones; ya veré yo las que acepto; pero no todas; todas no. ¿Sacrificios? Sí, sí, sí, pero no todos. Este no; este no me lo pida.

A un seglar le invita el Señor a ir a la Trapa. Dice: ¡Hombre! ¡La Trapa! ¡Pero hombre! ¿La Trapa precisamente…? Pues… -Pero, ¿por qué la Trapa? ¿Vida austera? -¿A qué hora se levantan en la Trapa? ¿A las tres y media? Yo a las dos y media; pero en casa, ¿eh?, en casa. -¿Cuánto trabajan en la huerta? ¿Cuatro horas? Yo seis; pero en el jardín de casa, ¿eh? -¿Toman disciplina?

Yo dos veces al día; pero en casa. Todo, con tal de estar en casa. Es… condiciones. –Haré una vida de un sacrificio y de una santidad… pero no religiosa, ¿eh? ¡Ah, no! Eso no, eso no.

Tiene una afección a una persona, a un trato, a una cosa… Le dicen: ¡Hombre! Y, ¿por qué no deja usted esa cosa? ¿No estaría decidido a dejarla? -¡Ah, no!; no, no, no, no; pero oraré, ¿eh?, oraré. Yo, desde hoy, comienzo una serie de novenas de la confianza ininterrumpida para que el Señor libre mi corazón de todo afecto a todas las criaturas; pero dejarlo, no puede ser, no puede ser. Además, ya sabe usted, lo dice la Escritura: **Non currentis, neque volentis, sed miserentis est Dei**. "Que la cuestión no del que corre o del que quiere, sino de Dios que se compadece". Por lo tanto, yo no quiero ser semipelagiano, ¿eh? Yo oraré, oraré. Eso sí, oraré, ¡pero cuánto!, ¡lo que voy a rezar! ¿Y a usted le parece que será más eficaz si la hago una por la mañana y otra por la tarde? Porque yo estoy dispuesto, ¿eh?, a orar, a orar todo lo que haga falta. Pero no me diga que lo deje eso, porque no puede ser.

Toda la gana de sucedáneos, de penitencias y de programas espirituales que entran aquí. –Usted debería dejar esa diversión, ese baile… -No, no, no; yo bailaré con cilicio. –Pero, ¿a qué viene el cilicio?, si ahí no duele… Lo que duele es lo otro.

Esta es la segunda clase de hombres, que es absurdo. Es absurdo; porque la cuestión está donde duele; no lo que usted quiere, sino donde hay necesidad de un corte. Sería como uno que va al médico; y tiene unos de estómago y dice:

-¿Quiere usted que veamos con rayos X?

-Sí señor.

-Le mira: Huy, huy, huy. Tiene usted una úlcera terrible. Esto está muy mal, muy mal. ¿Usted quiere curarse?

-Sí señor.

-¿A cualquier precio?

-A cualquier precio.

-Bueno; pues mire usted; aquí hay que operar.

-¿Operar ha dicho? Mire; todas las medicinas que usted quiera, todas; pero, ¿operación? Las operaciones son costosas, dolorosas y peligrosas, mire usted. Yo por ahí no paso. A mí el estómago no me lo ve nadie a ojo así… a ojo limpio; no, no. Si quiere, me ve con rayos X, pero así… directamente, no me lo ve nadie.

-Pues mire usted, que no se puede curar así…

-Ah, no, no, no, no, no. Déme medicinas… las que usted quiera; todas. Yo estoy dispuesto a todas.

-Pero, ¿la operación?

-La operación no; eso no.

-¿Pero usted quiere curar?

-Sí señor.

-Pues no hay más remedio.

-Pues yo todas las medicinas que usted quiera. ¿Por qué se empeña usted en la operación, señor? Si usted quiere operar, aquí está el brazo; mire. Aquí puede usted hacer lo que quiera.

-Pero si el brazo está sano… Si aquí lo que duele es el estómago…

-¡Ah! Pues el estómago no, no.

Esto es la segunda clase de hombres. Está dispuesto a **ciertos** sacrificios, con tal de que no toquen el punto débil…

Examinar esto: cuál es mi estado en esto. Y examinarlo en mi dirección espiritual. Que no hallaré la paz ni el pleno fruto del espíritu mientras esté así. Nunca. Estaré siempre: a ver cómo defiendo esto… a ver cómo salvo esto… ¡No!

Tercera clase de hombres. Es el hombre eficaz. Enseguida se le nota a este hombre. Hasta en el modo de presentar las cosas. Como suele presentar éste las cosas así: "Mire usted; si usted no me dice lo contrario, yo dejo esos millones". Porque hay algunos que presentan la trama, ¿verdad? Se les ve que están más agarrados… Y le dicen a usted: "Mire usted, yo… me costaría mucho, mucho,

mucho… y además tengo tantas razones… pero, en fin, si usted cree que realmente Dios quiere esto de mí… pues mire usted, yo creo que ya me daría gracia para superarlo". Y está uno viendo que no hay modo de que ceda. Y, ¿qué le va a decir usted; que lo deje? ¡¡¡No!!! No meta el dedo en el ventilador. No se mete, porque hace daño.

Y así pasa a estas almas. Cuando se presentan con muchas cosas y muchas defensas, y al fin le dicen: En fin, de todos modos, si a usted le parece… -¡A cualquiera le parece! Quedamos mal para toda la vida. Al principio sí. El espiritual joven, de empuje, al principio pues… Hasta que se rompe la cabeza tres o cuatro veces, y dice: ¡Quia! Si no está dispuesto, no se lo digo. Total, se queda como antes y quedamos reñidos los dos. Nada de eso.

Pongamos un ejemplo para verlo. De fuera, ¿eh?

Supongamos que tengo un dirigido sacerdote. Y un día –ése que es dirigido mío-, leo en el periódico que le han hecho obispo, le han nombrado obispo. Y veo que ha anunciado el día de la consagración: "El día tal y tal lo consagrará Fulano de Tal y Tal". Y cuando faltan cuatro días se me presenta y me dice:

-Oiga, me han nombrado obispo.

-¡Hombre!, me alegro, me alegro, en fin…

-Mire usted, yo quiero proceder así, limpiamente. Si a usted le parece que es mejor que yo renuncie, renuncio.

-Pero, ¡cómo que está usted dispuesto! ¡Pero si han anunciado en el periódico! ¡Si ya se ha hecho los trapos rojos y todo! ¿Y ahora yo le tengo que decir que renuncie? ¡Ni hablar! Que el Señor le bendiga en su nuevo estado… y que haga mucho bien…

¡Claro…! El hombre eficaz no es ése. El hombre eficaz es: Cuando ha recibido el aviso de que le van a nombrar, viene corriendo y dice: "Mire usted, aquí está. Acabo de recibir este aviso. Si a usted no le parece lo contrario, yo renuncio". Yo le digo: Pues no veo nada en contrario… no veo razones… Eso es muy fácil. Pero si tiene que ser usted el que le ponga las razones en contra… eso es más difícil, es más doloroso.

De modo que éste es el hombre eficaz. Hace cuenta que lo deja en afecto. Por su parte como si no estuviere: esto se ha acabado. Y vive así en grande. Es el que se echa el mundo por montera; éste. ¡A mí que me importa!

Examinar esto también en la dirección espiritual.

Tiene consecuencias grandiosas: Abundan las gracias de Dios en esta alma. Como no tiene ningún obstáculo… pues a donde quieran… Pueden llevarme aquí, o allá… lo mismo; a donde quieran.

Grande alegría interior. No se la quita nadie, nadie.

Grande eficacia apostólica, porque es el hombre que se ve que está convencido, y el hombre que convence de verdad. Porque, le da lo mismo… lo que Dios quiera. Que le quitan de aquí… ¡Bien, hombre, bien! Que le han puesto de Superior y le quitan… ¡Bien!, como quieran. Mejor… mejor. Siempre está mejor; todo le va mejor.

A ver si llegamos a esto, a esta disposición. De verdad…

¿Cómo se llega a esto? Pues orando. Ahí están los tres coloquios. Con la cooperación nuestra y el esfuerzo nuestro por inclinarnos de nuestra parte a lo que más nos cuesta.

San Ignacio aquí, no dice nunca que nos **determinemos** a dejar esa cosa porque sentimos afecto, no; sino, tenemos que estar dispuestos a dejarlo, e inclinarnos a dejarlo. Pero no dejarlo, mientras no veamos la voluntad de Dios. Esto es cierto. Y esta es la misma mente de San Juan de la Cruz. San Juan de la Cruz no dice: "Hacer lo que más te cueste", sino "inclinarte más a lo que más te cueste", con la finalidad de encontrar limpiamente la voluntad de Dios, que será que deje o que no deje; eso habrá que ver.

Y aquí es donde se ven las almas **de temple**. Aquí salen. El alma de temple, que sabe afrontar la vida espiritual en serio, como una verdadera empresa, y no como una fábrica de merengues…

Hay un ejemplo del Hermano Jimeno; lo trae en la vida del P. Baltasar Álvarez el P. Lapuente. El Hermano Jimeno era un hortelano; un santo varón, simpático, sencillo. Y una vez le hicieron predicar en público en el refectorio, cunado fue el P. Baltasar Álvarez. Y subió el pobre hermanito

hortelano. Y estaban todos los profesores del colegio; todos mirándose uno a otro y riéndose cuando subió. Y sube y dice: "El día pasado, yendo de camino, nos encontramos con una mula que llevaba un carro lleno de paja. Y la burra estaba muy débil y se había caído, y tuvimos que ayudarla a levantarse. Y teniendo todo el carro lleno de paja, estaba muy débil". Todos riéndose. –Y dice: "Eso les pasa a muchos letrados: que llevan un carro lleno de paja, de ciencia, de consejos, y ellos están muertos de debilidad". Se acabaron las risas.

Este era el Hermano Jimeno; simpático, sencillo; un hombre muy de Dios, muy de Dios; que sufría el pobre… Y le pasaba esto al Hermano Jimeno: Una vez –cuenta su vida-, cuando volvía de la huerta –que había estado trabajando todo el día y estaba reventado a la noche- el pobre no se podía tener de pie. Subió a la mula, y camino de Zaragoza –que era el huerto de Zaragoza-. Mientras se acercaba al colegio iba dialogando consigo mismo:

-¡Hermano Jimeno!

-¿Qué?

-Si cuando llegas a casa, el P. Ministro te manda lavar los platos…

-Pero, ¡qué me va a mandar, hombre!, ¡qué me va a mandar!, ¡si estoy reventado, si no puedo estar ni de pie…! ¡Qué me va a mandar!

-¿Y si te manda?

-Pero, ¡qué me va a mandar! ¡Si tiene sentido común el P. Ministro…! No me puede mandar esto. No puedo estar de pie…

-¡Bueno! ¿Y si te manda?

-Pues iré, iré, iré; iré a lavar platos; iré. -¡Señor!, que me mande el P. Ministro a lavar platos; que me mande a lavar platos.

Este es; este es el hombre de cuajo; éste. "Que me manden a lavar platos". No dice: voy a ir a lavar platos. "Que me manden". Y le mandaban allá.

Eso, antes de que vengan los bocados, ¿eh?; esos bocados amargos que uno puede prever. –Pero después vienen los bocados amargos, muy amargos. Cuestan…: humillaciones… trabajos… Y ahora viene. Cuando llegan los bocados, ¿qué hay que hacer? Pues, cuando llegan los bocados, primero hay que tragar; primero. Cuando viene un disgusto de estos… con esfuerzo, con esfuerzo, pues… ya ha pasado. Pero no basta, ¿eh? Hay que digerirlos… digerirlos… Porque si se quedan en el estómago, repiten como las cebollas, y vuelven… vuelven. De modo que, un disgusto, una humillación que ha habido… y ya me la trago. Peor se queda ahí. Y después de un rato dice: "Pero hombre, qué tontería me han dicho, pero hombre… que me hayan tratado de esa manera a mí…" Ya está, ya está. –Lo traga otra vez. Y otra vez se queda en el estómago, y repite. Y no se acaba de digerir. Y cuando mejores son los bocados, son tanto peores si se quedan en el estómago. Por eso hay que digerir, hay que digerir. Y aquí es; si no se digieren, van dejando dentro del corazón esa especie de cálculos. Al principio era transparente; después se van formando una serie de cálculos, que la sangre no circula tan bien; una especie de pedruscos que entran dentro… Y a veces tenemos como una plaga de esos por todo el cuerpo, por toda el alma. Durezas que se han ido formando.

Dicen los mejicanos –con mucha verdad-: "La mula no era tan arisca, pero la hicieron a palos". ¿Eh? –De esos bocados sin digerir, de ahí salen: la amargurilla… y la cara triste… y el desengaño… y la desilusión… y el empezar a decir: ¡Huy!, esta vida… ¡Huy!, todo va mal, todo va mal… Como decía aquel hermanito nuestro: "Desgrasiadamente salió de la Compañía". Todos los que le habían hecho algo: "Desgrasiadamente salió de la Compañía". Todos, todos. No veía más que todo negro, todo negro. "Siempre creando necesidades… siempre avisos al Superior…". Todo lo veía así ya. Él por enfermedad, pero otros, por esto. Todo negro… **Porque no han digerido los bocados**; se les han quedado en el estómago. Y hay que digerir. –Y, ¿cómo se digieren?, ¿cómo se digieren? **Con mucho amor a Cristo.** A fuerza de amor a Cristo. Y no hay otro modo de digerir.

Y aquí es donde viene bien lo que cuenta San Alonso Rodríguez. Más o menos lo cuenta él así.

San Alonso Rodríguez se pasaba unas humillaciones tremendas, y le costaba mucho… Y él, que era un hombre tan de Dios, pues cuenta qué método seguía para digerir los bocados. Y dice que pasaba esto: A veces le venía una humillación o alguna cosa que le costaba mucho; y era como un

hueso grande que le hubiesen echado a un perro, que no podía con él. ¡¡¡Huy!!! Y entonces lo llevaba a un rincón, y dejaba allá el hueso; sin pensar… ¡Hala! Allí. –Y entonces miraba a Jesucristo crucificado de frente, y se empezaba a enardecer de amor a Cristo, sin pensar en el hueso; sino lo que Jesucristo le había amado y lo que él merecía, y… hasta que se inflamaba de amor. Y cuando se inflamaba de amor, iba corriendo al hueso, lo cogía y lo ponía en medio, para que su amor a Cristo disolviera el hueso. –Y dice que se le enfriaba el amor. Y entonces dejaba el hueso otra vez al rincón. ¡Hala! Y otra vez a amar a Jesucristo con toda su alma. Cuando estaba así amando fuerte, fuerte, fuerte… al hueso otra vez: al medio. Hasta que al fin ya, lo disolvía y lo digería. Y entonces decía al Señor: ¡Señor! Mándame otro hueso, mándame otro hueso.

Esa son las almas de temple, almas de temple.

Así tenemos que hacer nosotros; aunque nos cueste… ¡Nada! A fuerza de trabajar… "mándame otro hueso".

Es lo que le pasaba al sobrinico de un jesuita. Tenían una boda –un banquete-; y este chiquillo tenía cuatro o cinco años. Y al final les pusieron una copita de coñac; y el chiquillo dijo: "Yo también quiero coñac, yo también quiero coñac". -¡Pero hombre!, que te va a quemar… que no puedes tú, pobrecillo, que eres todavía muy pequeño… -"Yo también quiero coñac, yo también quiero coñac". ¡Bueno…! Deliberaciones de los padres…: ¿Qué hacemos con esto? Le ponemos una gotica así, una gotica. Le ponen una gotica al chiquillo… Por poco se ahoga el pobrecillo; se quemaba por dentro. Toda la familia alrededor, dándole palmadas por todas partes, ayudándole… Y él con aquella angustia… que no podía más… que no podía… Y lo primero que dijo: -"Pero me gusta, ¿eh?, pero me gusta, me gusta".

Pues esto mismo tenemos que hacer nosotros. Cuando el Señor nos da una gotica de su coñac, que es la cruz, una gotita… -porque nos la da así, porque somos pequeñines: una gotita-, y nos abrasamos…que tienen que venir todos los ángeles y santos de la corte celestial a darnos palmadas a ver si llegamos a digerir aquello… pues mire; cuando ya hemos tragado un poco: "Pero me gusta, ¿eh?, pero me gusta".

Que sea ése nuestro ideal: ser almas de temple, que lleven **de veras** a la realización, los principios evangélicos.

SOBRE LA ORACIÓN

Jesucristo nos llama para que estemos con Él, y para que ayudemos a todos a estar con Él. Esta es nuestra vocación: estar con Jesucristo, llevar las almas a estar con Jesucristo. Si no, no tendría sentido nuestra vocación apostólica. Nuestro trabajo de educación y ocupación con las almas va a esto: ayudarles a estar con Jesucristo. Ayudarles a venir a suma pobreza, a la perfección de su unión con Cristo; a todas las almas. Y esto meterlo dentro; es **nuestra** vocación. No otras cosas, no otras famas. Lo demás, seríamos como dice San Pablo, como la campana que suena, el bronce que suena; todo vacío. Como esas pamparas de las paradas militares que van metiendo ruido delante sin hacer nada de provecho. Eso no puede ser.

De modo que, estamos hechos, puestos aquí, para estar con Cristo y ayudar a otros a estar con Cristo. "**Si scires donum Dei**", decía el Señor a la Samaritana: "Si supieras el don de Dios, tú le pedirías a Él". Dar a conocer este don de Dios; conocerlo nosotros, estimarlo y darlo a conocer a los demás, para que todos tengan sed de Cristo, y vayan, y le pidan esta agua viva; y Jesús así, les coja sobre sus hombros para volverlos al redil del Padre.

Esta es nuestra **enorme** responsabilidad, que muchas veces la descuidamos. Ya nos van metiendo una cierta responsabilidad de la formación cultural que tenemos que dar a las niñas, etc., que hay que preparar bien… todo; pero para estar verdadera formación **radical**. ¿Cuántas de nuestras niñas salen enamoradas de Cristo, que saben estar con Cristo? –¡Enorme responsabilidad! Dar consejos, ayudar. No decir nunca que es pecado lo que no lo es; **nunca**. Si no es pecado, no es pecado. Pero tampoco llamar perfecto lo que no lo es. Eso no es perfecto, pues no es. Y nosotros tenemos que tender a lo perfecto. Darles el agua de vida eterna, y no contentarnos nunca con: no es pecado. Nunca.

Y en esto se presentan grandes problemas para gente que desea decididamente tender a la perfección. Cuántas veces entonces, un consejo espiritual puede ser fatal; un consejo espiritual que no corresponde al de Cristo, que no sería el que Jesucristo le hubiese dado a esa joven o a esa niña en ese momento; sino así; el que a mí se me ha ocurrido por las circunstancias de hoy. Pero tendrás que responder ante Jesucristo de ese consejo que has dado. Y la única cosa que te salvará será ésta: Señor, yo dije esto creyendo que Tú habrías dicho lo mismo. Por eso se lo dije; sinceramente.

Grande responsabilidad. Si San Juan de la Cruz habla con tanta energía contra los maestros espirituales –que da miedo; porque dice allí que los enemigos que pueden impedir al alma el progreso espiritual son principalmente tres; ciegos que conduzcan a un ciego, y son: el maestro espiritual, el demonio y el alma; tres enemigos-, esto tienes que aplicártelo también a ti para tu **aconsejar** espiritual: qué tienes que decir a un alma, cómo tiene que proceder, cómo sale de tus manos; almas que te ha confiado Cristo.

Cuanto hemos dicho hasta ahora en los Ejercicios es duro. ¡Qué duda cabe! Sencillo sí que es; pero duro también; nadie duda de ello. Pero por ahí hay que subir a la unión familiar con Cristo; y no hay otro camino. No se ha inventado otro camino y no se inventará. Porque la unión familiar con Cristo es una unión de amor, y para la unión de amor tiene que haber unión de amor **exclusivo** y total. Y eso lleva consigo que hay que eliminar todo lo demás. De modo que Jesús se da totalmente a quien le tiene a Él como el único tesoro. Y Él lo dice bien claramente: **Nisi quis renunciaverit ómnibus qui possidet, non potest esse meus discipulus**. "Si uno no renuncia a **todo** lo que posee"; todo. Aquí no hay excepción; eso está bien claro en el Evangelio. A **todo** hay que renunciar. Y entretanto no será del todo discípulo mío. Puede ser que llegue a un cierto grado, pero **del todo** discípulo mío no será. Y el grado en que será discípulo mío será el grado en que renunciará a todo lo demás. Por eso, cuando Jesucristo a un alma exige poco, quiere decir que se quiere dar poco. Cuando a un alma exige **mucho**, quiere decir que se quiere dar Él mucho. Y si exige **todo**, que se quiere dar Él del todo para ser **Él** la felicidad del alma. Por eso, si invitados por Cristo lo dejamos todo, **relictis redibus et patrem**, "dejando las redes y el padre", entonces seguiremos a Cristo; entonces viviremos una vida de oración íntima, una de aquellas profundidades del tesoro íntimo de Cristo:

Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos, etc.

Todo eso es mi Amado para mí, dice San Juan de la Cruz. Lo que para otros son las montañas y los valles y los mares y los ríos, eso es mi Amado para mí. Y ahí lo tengo, y ahí lo encuentro todo; cuando has renunciado a todo. De modo oque se puede decir también de ti en verdad:

En soledad vivía,
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido.

Ahí está; todo es soledad ahí. –Es que estoy con los demás. –Claro que estás; claro. Pero nadie te quita esa soledad interior que tenemos que formar **dentro** de nuestro corazón; esa especie de zona de silencio, esa especie de clausura interior que tenemos que llevar con nosotros en todas partes, en todo el mundo. Y allí dentro… el Señor, como en un Sagrario; en la punta de nuestra alma, como una lamparilla encendida que le hace vela siempre. Eso es lo que se pretende: "En soledad vivía". Y aun cuando estéis en medio de la multitud, "en soledad vivía". Y cuando se vive en soledad con la persona que se quiere, nunca se está menos solo que cuando se está solo. Cuando dos personas se aman, nunca están menos solas que cuando están solas. Y nunca están más solas que cuando están acompañadas de otros. Y es así. Nuestra soledad no es estar solos con nosotros, sino estar solos con Dios, en el diálogo íntimo con Dios, que es la plenitud de vida.

Por eso, el Señor te dice también a ti, que rompas las amarras y vayas mar adentro. Que se acaben ya esas medianías, que te des de una vez a la verdadera vida del espíritu. **Duc in altum**, te dice Jesús como a Pedro: "Mar adentro".

Mar adentro,
un misterio de la mar.
Mar adentro,
mar y cielo; soledad.
¡Señor!, qué pocas las almas
que mar adentro se van.
¡Qué misterios insondables tendrá el mar,
qué misterio en la barquilla,
que mar adentro se va!
Hay una historia en los santos
que Dios sabe; nadie más.
Mar adentro, mar adentro
me mandaste navegar;
mar adentro voy remando.
Mar y cielo; soledad.

Así te invita el Señor: Mar adentro; a ese misterio insondable, a ese secreto íntimo del alma con Dios. Pero hay que decidirse para ello. A nosotros nos gusta tanto ser un poquito de agua y un poquito de tierra… Como las ranas: un poquito en el agua con la cabecita fuera para respirar, y después a la tierra, a tomar el sol. Y en último término, si pasa una tempestad, nos agarramos a las ramas; no demasiado. Eso es no fiarse de Cristo. ¡Mar adentro! Déjate de tierras; mar adentro. Sola con Cristo. "Estar con Cristo"; entonces sí; estar con Cristo en soledad.

Eso es la vida de oración: estar con Cristo. Dios no se muda; Él es siempre constante, siempre igual.

Todo se pasa.
Dios no se muda.
Quien a Dios tiene
nada le falta.
Solo Dios basta.

Nosotros sí cambiamos mucho; mucho. –Le decía el Señor una vez a Santa Teresa –cuenta ella-: "Díjome una vez, consolándome, que no me fatigase –esto con mucho amor-. Que en esta vida no podíamos estar siempre en un ser. Que unas veces tendría fervor y otras estaría sin él; unas con desasosiegos y otras con quietud y tentaciones; mas que esperase en Él y no temiese". Eso dice también el Señor; Él no se muda. Nosotros cambiamos; nosotros sí; Él no. Y Dios que nunca se muda, Él **ora siempre conmigo**; siempre. En el cielo, donde está viviendo siempre para interceder por nosotros; en el Sagrario donde está siempre en vela, orando en todo momento del día y de la noche; en mí, en mi corazón ora por su Espíritu. "Mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos". Con nosotros está; siempre. Y ese Jesucristo que ora conmigo, ése es al mismo tiempo mi modelo. Él, que nunca ha dejado este oficio que tuvo también en la tierra, me está enseñando al mismo tiempo cómo orar. "Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que ellos sean uno en nosotros".

La oración es importantísima para nosotros. El empaparnos, establecer el contacto con el Señor, adorar al Señor; es muy importante.

Vamos a ver, pues, si hablamos hoy de esta oración explícita. En la siguiente meditación hablaremos de la vida de oración durante el día, la unión con Dios; y por la tarde hablaremos de Marta y María y de la contemplación en el trabajo o en la acción.

La oración misma. Algunos encuentran dificultades hoy día, y quieren encontrar también justificaciones para no orar explícitamente. Justificaciones muy subidas, a las veces, muy llenas de teología y de caridad, pero que en el fondo, muchas veces esconden la imposibilidad o la dificultad de la oración explícita. Se insiste mucho en la oración virtual: -Para mí todo el día es oración; no necesito ponerme allí delante del Sagrario a orar una hora entera, sino, ya está: todo el día estoy yo con el Señor. ¿Para qué más oración? –Pues… no corresponde tampoco esto a lo que hacía Jesucristo. Toda la vida de Jesucristo era oración en ese sentido. Él tenía la visión del Padre, estaba siempre unido al Padre. "Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre". En todo lo buscaba, en todo estaba unido a Él. Tanto, que podía decir: "Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo". Siempre. Nunca estaba solo. Siempre en unión con el Padre. En Jesucristo, todo era oración, era holocausto continuo en obsequio al Padre, era **estado** habitual de oración. Porque si es verdad –como dice Orígenes-, que todo deseo de la mente buena, todo deseo eficaz de una mente buena, de un alma buena, es oración eficaz ante Dios, en Jesucristo eso era **todo** oración. Él todo lo hacía como abierto al Padre, como una oración continua para el Padre. Y era una oración, al mismo tiempo, colectiva, porque era de Cristo Cabeza de todo el Cuerpo Místico, del Cristo total; siempre, en todo se presentaba al Padre como Cabeza del Cuerpo Místico. Y a pesar de todo, Jesucristo **oraba**. Dice el Evangelio en varios sitios: "Y muy temprano, levantándose salió y se marchó a un lugar desierto y allí oraba". "Y después de haberles mandado fuera, subió al monte a orar". "Y estaba Él solo en tierra". "Y se pasaba la noche en la oración de Dios". "Él, se retiraba a un lugar desierto y oraba". ¡Cuántas veces nos dicen esto! Tanto, tanto, que esta oración de Cristo, como en el Huerto, en que se retira de los Apóstoles y va a orar; y en el desierto los cuarenta días que va a orar y ayunar-; esto, el verle a Jesucristo como ellos le veían a una cierta distancia con respeto, en aquella posición tan respetuosa, tan subida, tan serena al mismo tiempo, es lo que a ellos les movía a decirle: "Señor, enséñanos a orar", enséñanos. **Doce nos orare**. Orar. No la oración virtual sólo, sino la oración explícita.

¿Por qué oraba así Jesucristo? ¿Para darnos ejemplo? Ya eso nos bastaría para que nos dedicásemos también nosotros a la oración explícita. Pero no era sólo eso. Es que también el Señor tenía necesidad de la oración. Porque, en cuanto hombre, estaba sometido al Padre; en cuanto hombre mostraba su culto, su adoración, ofreciendo en holocausto esa misma Humanidad al Padre. Y en la oración, lo que hacemos es ofrecernos en espíritu y en verdad como holocausto total al Padre; dedicados todo, todo el ser, cuerpo y alma, al culto a Dios. En lo demás, hacemos lo que tenemos que hacer sobre la tierra como sometidos a Dios, bajo la voluntad de Dios. Aquí, buscamos el rostro mismo de Dios con todo nuestro ser, hecho holocausto. Es el obsequio de nuestra humana naturaleza. Por eso, es verdad que toda nuestra vida debe ser de unión con Dios; eso es verdad –y de ello hablaremos-, y en este sentido debe ser toda oración, pero debemos dar siempre el tiempo exclusivo a la oración; "dejadas todas las otras cosas"; ahora para el Señor.

Así es el ejemplo de Jesucristo –como he indicado-; por esta razón: porque también Él ofrece el holocausto de su ser total, en cuanto es criatura, al Padre, y tenemos que hacerlo así aun cuando –notemos- ese tiempo de oración frecuentemente pueda resultar duro, en medio del curso, etc. Puede ser… A veces porque no nos preparamos bien; pero puede ser que resulte. Aun cuando resulte duro, hay que ser fiel; aun cuando resulte desagradable; como la aridez del desierto a donde se retiraba Jesús a orar. Hay que aguantar, hay que soportar que el Señor esté con nosotros. –Y esa dureza, pues puede venir muchas veces de nuestra indisposición; entonces hay que curarla. Otras veces, de un cansancio en todo el cuerpo, de un día de trabajo que pesa después. Pues, tomarlo como desierto, pero ser fieles en nuestro holocausto al Señor. Como un soldado tiene que hacer guardia aunque esté cansado; allí está.

Otras veces se hace duro por las distracciones de las ocupaciones, aun muy santas, que tenemos. A veces porque no las llevamos bien; otras veces porque, a pesar de que las llevamos, quedan. Otras veces es castigo y penitencia por nuestras infidelidades durante el día; por nuestras faltas de observancia, de caridad, de generosidad. Pues bien; tenemos que orar a pesar de todo. Es nuestro oficio, es nuestro deber. Y no caer **nunca** en esa tentación de decir: Ya basta lo otro; porque es más cómodo. No.

Jesucristo en esto es nuestro modelo. Él oraba, pasaba las noches en oración. –Y nos tiene que enseñar también. Tanto más, cuanto que Él **ora en nosotros**. Él mismo. Y nosotros prestamos nuestra colaboración a esa oración de Cristo Cabeza que quiere orar en nosotros al Padre. Lo decía así Orígenes: "Jesucristo permanece en aquellos que oran, y especialmente cuando los que oran salen de su ciudad y vienen al mismo Jesús, imitando a Abrahán que obedecía a Dios que le decía: Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre". Cuánto más dejemos todo, más ora Cristo en nosotros. Por eso, tenemos que transformarnos en Cristo cada vez más, para que nuestra oración sea así oración de Cristo en nosotros. Tienes que cambiar para que, buscando el rostro de Dios, lo encuentres y lo veas. Tienes que arrojar de ti todas las cosas humanas; tienes que hacerte **ángel**, mejor dicho, tienes que hacerte **Dios** para orar a Dios. Por eso la oración es dura muchas veces. La oración, en sí, no es dura; lo que es duro es lo que lleva consigo la oración, la exigencia de la oración, la continua transformación en Dios para poder orar **bien**, como Cristo ora al Padre. –Y ese es el trabajo constante, el trabajo de nuestra renuncia constante.

Hay una imagen clásica en los autores espirituales sobre la transformación del alma en Dios. Dice que le alma subió a un castillo alto, en el monte, y cuando llegó a la puerta, llama a la puerta:

-Tan, tan, tan, tan.

Y le responden de dentro:

-¿Quién es?

Y responde el alma:

-Yo.

Y le dicen de dentro:

-No hay sitio para dos.

Y no le abren.

Entonces el alma se marcha, va al bosque; se va por allá, hace penitencia, se purifica. Y después de tiempo, después de un par de años, vuelve y llama:

-Tan, tan, tan, tan.

-¿Quién es?

-Tú.

-Entra, porque aquí sólo vive la gloria de Dios.

Le abren la puerta; cuando ya no es el yo, cuando es Cristo, el alma transformada en Cristo. –Tienes que cambiar, cambiar. Hacerte ángel. Más; -es frase de Orígenes-: tienes que hacerte **Dios**, **divinizarte**, para que puedas ver el rostro de Dios, que es lo que buscamos en la oración.

Él ora, pues, en nosotros. Y esto nos tiene que animar mucho en nuestra oración. Él está en nosotros. Tenemos que disponernos, y orar.

Encontraremos, ciertamente, algunas dificultades en la oración. Quiero indicar un poco sobre este punto.

Dificultades de la oración. –Primero: un concepto que se nos puede meter, de que estamos perdiendo el tiempo de la oración. –Estoy allí… no hago nada… pierdo el tiempo. Para eso, pues mejor es ocuparlo en cosas útiles. ¡Hay tanto que hacer…! ¡Tantas almas que se pierden! ¡Tanto apostolado! –Esos son engaños, engaños. De ningún modo salvarás tantas almas como siendo fiel a tu vida de oración habitualmente –puede haber un caso extremo, en el cual uno pasa por encima de esto; de acuerdo-, pero habitualmente, esa vida de oración; porque de ahí nacerá la elevación misma de tu trato con las almas; les podrás llevar el contenido íntimo de tu unión con Cristo. Lo demás, llevarás palabras vacías, en las que se verá muy claro que eres como un repetidor, como un disco que suena. Pero no representan esas palabras el contenido de tu corazón. Hace falta, es necesario transformarnos en Cristo.

De modo que ese concepto de perder el tiempo hay que eliminarlo totalmente. Es concepto **pagano**. Es concepto de **carne y sangre**, que no estima sino lo que es **útil** humanamente; en este mundo que sólo estima la utilidad de las acciones de los hombres respecto de los otros hombres. Y a eso llaman caridad, y a eso llaman amabilidad y a eso llaman grandeza. -¿Y Cristo? Que se esté. –Pues no es verdad. Merece la pena –y caed en la cuenta de esto-; Jesucristo merece una hora de mi día, dedicada sólo a Él; y no es mucho. Y no es perder el tiempo estar ocupado en **amar a Cristo**. –De ahí suele venir ese concepto mismo mundano: el que muchos –los mundanos en general- no estimen nunca una vida de contemplación pura: de la Trapa, la Cartuja, el Carmelo. Eso no lo entienden. ¿Qué hacen esas personan sin hacer nada? ¡Que trabajen un poco! –Los más ateos no tienen inconveniente contra las religiosas de enseñanza, contra las religiosas de los hospitales, si no es porque les meten esas ideas religiosas; pero como actividad, no tienen ningún inconveniente en que estén allí, y que cuiden de los hospitales; y las estiman, y las admiran: ¡Oh, qué hermoso! ¡Mire qué sacrificio! ¡Y cómo se dedican a los demás! Eso es caridad, eso es vida religiosa; todo lo demás son historias. –Pero las religiosas contemplativas, no. No las entienden. ¿Por qué? Porque eso no tiene sentido humano. Una vida de oración y penitencia, humanamente no se entiende. Eso sólo lo entiende quien entiende el amor de Cristo; como no entiende el amor matrimonial auténtico una persona que nunca sabe lo que es amar, y que concibe la vida sólo en un sentido utilitario: disfrutar de la vida.

Pues en nuestra vida concreta hay una partecita de ella que es de contemplación pura: la oración. Que es partecita sea de veras para el Señor; con una estima **grande** de ella. Que sea como la **flor** de todo el día. Así. Fruto de todo lo demás; porque no se puede separar. No es que estamos ordenados sólo a la contemplación, no. Vosotras no sois puramente contemplativas; pero que ahí, el rato de oración venga a resultar como la flor de todo el día, que se ha formado con el resultado de todo el día, y se abre al Señor. "**Dilatare, aperire, tanquam rosa fragrans mire**". Es el holocausto nuestro; es la unción de la cabeza de Cristo, como dice Orígenes. Nosotros podemos ungir los pies del Señor y la cabeza del Señor. "Ungimos los pies del Señor –dice Él- cuando hacemos obras a favor de nuestros hermanos: obras de limosnas, de caridad, de ayuda; porque nuestros hermanos son como los pies de Cristo, con los que Él camina ahora sobre la tierra. Pero podemos ungir también la cabeza de Cristo. Y ungimos la cabeza cuando hacemos obras **puramente de amor a Cristo sin utilidad aparente de nadie.** Sólo para obsequiarle a Él, a la Cabeza. Y de este perfume se llena

toda la Iglesia de Dios". ¡Qué finura de Orígenes! –Las cosas modernas… ¡Orígenes! Vaya usted a los grandes hombres. Esos son los grandes intelectuales y los grandes amantes de Cristo; los de verdad. –Ese es el perfume de la Iglesia. Ahí está. Y ese tiene que ser el perfume de todo nuestro día. Como esa rosa que se abre, que deja después todo el día perfumado. Holocausto; unción de la cabeza; desprendimiento de todo. Y cuando se va haciendo así en todo, entonces se puede convertir también todo el día en una especie de continuación de ese holocausto, de ese obsequio al Señor todo el día.

Otra dificultad de la oración, que retrae a muchas almas: son las distracciones de la oración. Distracciones que no hay que minimizar. –Hay tratados enteros para evitar distracciones en la oración-. No concebir nunca la oración meramente como pasar una hora sin distraerse. No es eso la oración. Hay almas que parece que se preparan así, con un poco de miedo; dicen: Bueno, ahora empieza la oración. Oración preparatoria. Se santiguan, y dice: Ahora, desde ahora vale. A no distraerme. Una hora. –No es eso la oración. Puede ser que sea un buen ejercicio, pero no es eso la oración. La oración no es estar una hora sin distraerse. No es estar allí con: "A la primera distracción que aparece, la rechazo. A ver…". –Pues ya estás distraída. Esa actitud no es de oración; es de atención a las distracciones que pueden salir; es ya una distracción. A la oración hay que ir con espíritu amplio, con el corazón dilatado; sin estar **encapotadas**, como dice Santa Teresa, ¡encapotadas! No. Sin tensión de músculos. Ir **de verdad** a estar con el Señor. No, a no tener distracciones. No ir a la oración a pasar entretenidos la hora, solo eso; y ya recurrimos a todos los medios habitualmente. Y primero, pues empiezo a meditar, después saco el rosario, después un libro, después empiezo jaculatorias, termino con las letanías; y todavía me faltan dos minutos, y ahora repito una jaculatoria… No es pasar **entretenidos** la hora. Puede ser que alguna vez también haya que recurrir a eso, pero no es ése el sentido sustancial. Sino, a la oración se va **a estar con Cristo en pura fe**, de veras. A estar con el Señor; como posición sustancial. Y estando con el Señor, uno piensa, se dispone, se prepara. Pero fundamentalmente, **estando** con el Señor.

Hay diversas clases de distracciones, que hay que tener presentes cuando uno las quiere corregir. Si siempre son distracciones de una materia, siempre, esto suele indicar un apego del corazón en esa materia; y el remedio tiene que ser librarse de ese apego. Eso suele pasar en determinados momentos, determinadas preocupaciones, trabajos que hay que hacer, cosas que uno teme, antes de los exámenes, etc. Donde hay apegos. Librarse. Es una afición desordenada, o vanidad; lo que sea.

Otras veces son variadas, de las ocupaciones del día. Y esto puede argüir una falta de recogimiento durante el día; que no está uno en el Señor, sino se deja coger demasiado de las cosas, y después vienen en tiempo de oración.

A veces son distracciones que vienen contra todo lo que uno podía esperar, y vivísimas, y como tentaciones. Y esto puede ser, incluso, del demonio. –No asustarse. Es algo anormal. No es que suceda así siempre; alguna vez.

Otras veces son tentaciones varias, a pesar del recogimiento que uno tiene durante el día. Estas distracciones son de debilidad humana. Y en este caso hay que aprovecharlas lo más posible; con sencillez. Actuar la presencia de Dios cuando uno se acuerda. No estar entreteniéndose con la distracción y discutiendo con ella, sino volver de nuevo al Señor por la vía más breve. No repensando desde el punto en que me separé, no; porque entonces pierdo mucho tiempo. Me encuentro con que la imaginación se ha ido por aquellos montes, aquellas colinas, y me la encuentro allí lejos; y ahora la traigo como una niña haciéndole un sermón: tienes que venir aquí… -Sigues distraída… No hagas eso, no hagas eso. Sino, cuando caes en la cuenta de que estabas en las montes por allí, vuelve al Sagrario y sigue adelante. Ya está. No pienses más. Ni cuánto tiempo… Señor, siempre estoy con esta distracción… Nada, nada; todo eso es perder el tiempo. Al Señor. Seguir adelante.

Los remedios de las distracciones, por lo tanto, no hay que aplicarlos tanto en el **momento** de la oración, sino que, en general, hay que aplicarlos al resto del día. Es el día entero. –Hay almas que desean hacerlo todo bien. De modo que se divierten en grande. Trabajan absorbidos por el trabajo totalmente; comen bien; y después quieren rezar bien. Todo bien. "Todo lo hizo bien". Pues… es difícil esto; muy difícil; muy difícil. La oración es el resultado de todo el día. No se puede separar del resto. Y es el resultado, como la flor de nuestra conversación con Dios todo el día. Y si durante todo el día, el Señor ha estado insistiendo, inspirando, pidiendo, y yo me he estado haciendo el sordo de la mañana a la noche, después a la oración, voy yo allí y se hace **Él** el sordo. Y no hay manera. –Para que aprendas a ser cortés, a ser delicado con Jesucristo, que es con el único con el cual no eres delicado; con Él. Pues no. Estate atenta, hospédale en tu casa. Y cuando haya procedido así normalmente, la oración se hace mucho más fácil, y mucho más normalmente se comunica el Señor. De modo que no es una asignatura más, sino que es tratar de persona a persona con el Señor en todo nuestro día.

Otro peligro de la oración y otra dificultad suele ser la **curiosidad**; el ir a la oración a tener grandes ideas; ideas sublimes, bellísimas. ¡Oh!, he pasado toda la hora considerando las procesiones trinitarias. ¡Qué hermoso es eso! ¡Las potencias trinitarias! Y casi las ven con la cruz alzada y todo que van con la procesión con dentro; intratrinitarias. ¡Qué sabrá ésa de las procesiones trinitarias! Pero está emocionada con las procesiones trinitarias. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo haciendo procesión. –Ha leído a Sor Isabel de la Trinidad: ¡Oh, qué sublime! ¡El Espíritu Santo! ¡Unas ideas magníficas! ¡Maravillosas! Que no se trata de ideas hermosas, sino se trata de **adherir a Cristo,** a la persona de Cristo, adherir a Dios. No a las ideas de Dios, sino a Dios mismo. Y cuando uno dice: ¡Oh, qué ideas tan maravillosas!, dice: Adiós, estamos fuera del tiesto. ¡Malo! –Que no te apegues a las ideas, sino a la **persona**. Y muchas veces las ideas impiden que uno se apegue a la persona. Debería de ayudar, debería disponer el alma para adherirse a Él, y sin embargo, a veces no. Mirad; **quien se acerca a Dios, siempre sale más humilde del contacto con Dios,** más conocedor de su miseria, más sentirá su propia nada. Siempre. Moisés, cuando se encuentra con Dios que le habla desde la zarza, se descalza, se humilla. Todos los demás tienen ese santo temor de Dios, como San José ante la Encarnación, todos. **El alma que se acerca a las ideas de Dios, sale más satisfecha de sí misma:** ¡Oh, lo que he entendido! ¡Qué hermosura! ¡Oh! –Eso quiere decir que no has llegado hasta Dios. Dios entra de otra manera dentro del alma.

Pues bien; muchas veces a la oración se va a esto: a tener ideas y a ver si se me ocurre algo bonito para poder apuntarlo después, para que se me quede allí; y si encuentran mis apuntes que digan: ¡Oh, qué oración tenía!, ¿eh? ¡Tenía grandes ideas! –Pues no.

En esto se me suele ocurrir que a veces nos quedamos en las ideas de Dios sin entrar en Dios, de un modo parecido a lo que contaba ese pintor tan curioso y original: Dalí, ¿verdad? Dalí, entre esas originalidades que tiene, tiene unos bigotes que le llegan casi hasta los ojos o así, hacia arriba; los pone dentro con un alambre para que estén así. Y va con esos bigotes por todas partes; toda la gente se le queda mirando. Dice que los lleva para captar las radiaciones astrales, que las capta con esos bigotes. –Y le preguntaron una vez a ver para qué llevaba esos bigotes. Y dice: **Pues para pasar desapercibido.** Y le dicen: ¡Pero qué ocurrencia! Pero, ¿no ve usted que todos le miran? –"No señor; miran a los bigotes, y yo detrás, observo a los que me miran". –Pues bien; muchos se quedan en la oración en los bigotes de Dios; sin llegar hasta Él. Y hay que pasar por encima. No en las ideas hermosas; a Dios. Pegarse a Él. Pegarse a Jesucristo, a la persona misma de Cristo. A Dios mismo, no a las ideas de Dios. Por eso hay que tener siempre esta actitud de atención interior. Abiertos. A **estar** con Él. Estar con Jesucristo. Abiertos a Cristo.

Modos de orar. –Brevemente.

Lo fundamental es esto último en que he estado insistiendo ahora: ir a estar con Cristo, en pura fe, con el corazón abierto; para recibir su influjo, su contacto. No ir a la oración tanto al "tener que estar una hora entera ahora", como un deber que hacer: ahora es la hora de orar, voy allá a orar;

cumplir mi deber. No tanto darle este tono, sino ir a estar con Cristo. Con alegría. Voy a estar un rato con el Señor. Como si fuese paseo en silencio. Igual.

Se advierte muchas veces en las almas que, almas que no encuentran a Dios en la hora de oración, lo encuentran en un rato de paseo en silencio, o lo encuentran en un rato de visita voluntaria por la tarde. Esto, ¿a qué se debe? No se puede dar una norma absoluta. A veces, sienten la tentación de decir: Pues ya que encuentro a Dios de esta manera, voy a dejar la oración, porque allí pierdo el tiempo; y por la tarde haré mi visita, o, en paseo, en silencio encontraré al Señor. Esto es fatal. **Nunca** esto. A las veces, esta oración más rica, más sabrosa de la tarde, del paseo en silencio, es fruto de la oración de la mañana. Si cesase esa oración de la mañana, cesaría también lo otro. Y ahí viene el demonio a tentar a que dejes la oración de la mañana. –Nunca. No. Ser fiel, ser fiel. –Pero, otras veces puede ser perfectamente que la actitud con la cual uno entra en la oración obligatoria, como una obligación que tiene: a no perder tiempo, a no distraerme, esa actitud cree una verdadera inhibición del espíritu, que, consiguientemente se encuentra más árido. –Si yo tengo que estar con una persona una hora, y antes de estar una hora estoy pensando que tengo que hablar la hora entera sin parar, y que, a ver qué se me ocurre; pues no se me ocurre nada. La más charlatana que sea, si va en ese plan, se le acaba la conversación: el tener que estar la hora entera; y mira; y todavía no ha hablado más que cinco minutos; y quedan cincuenta y cinco todavía; y de dónde saco yo materia… Y en cambio, los demás días habla tres horas, cuatro horas, cinco horas, sin parar. –Y es un poco de esto también en la oración: Como **tengo** que estar con el Señor, pues va uno con el miedo: a ver cómo ocupo el tiempo… No, no. Ir en la actitud esa interior sencilla, serena; a desahogarse afectivamente con el Señor; a estar con Él. Sin prisas, sin miedo de que alguna vez tenga alguna distracción; no ir así. Si uno va a habla con su madre no está pensando: a ver si no me distraigo en este tiempo, no. Estoy hablando, y a lo mejor tengo un libro en la mano, o veo una flor, o cojo algo… No pasa nada. Estamos los dos conversando. Esa holgura de espíritu en la oración. Ir **de veras**, en espíritu y en verdad a estar con el Señor.

Y saber estar quietos; saber estar quietos. Que no todos saben estar quietos en la oración. Hay gente que está charlando, hablando, pidiendo… Y… no le dejan meter baza al Señor, no. –Eso me decía una vez uno: No, no; cuando yo voy a la oración hablo yo, ¿eh?, hablo yo. El Señor no; no tiene entonces nada que decir; ahora hablo yo; ahora me toca a mí. –Y de parte del Señor, debe ser a veces un poco molesto. –Pero, pero ¡cuándo te callarás! –Charla que charla y charla que charla. –Pero… ¡estate callado! –Sí; sí. Hemos conocido gente que charla, ¿verdad? Recuerdo un compañero que era… ¡qué charlatán! No he visto cosa parecida. Y éste una vez que fue a la barbería, pues le estaban afeitando; y él hablaba y hablaba y hablaba y hablaba. Y ya le llegaban hacia la boca. ¡Igual! Con la boca torcida, pero hablar, hablar. -¡Pero hombre, que le van a cortar! No charle así. –Saber estar quietos.

En la oración vamos, sobre todo, no a una quietud; no vamos a una quietud; vamos a pensar, pero con actitud quieta, interior. Mientras uno piensa, mientras busca al Señor, quieta. Y apenas el Señor da una muestra, o apenas uno se encuentra bien con el Señor, quedarse allí, quedarse. Y no estar hablando y hablando y hablando. –Porque es que si no, me parece que no hago nada. –Pues vence eso. –Y ésa es una de las dificultades más grandes de la oración: ese deseo de estar satisfechos de que hemos hecho todo y de que: ya está, estoy tranquilo; que por lo menos he trabajado. –Pero no se trata de eso; estamos buscando al Señor. Por lo tanto, cuando Él se muestre, calla. Como dice Santa Teresa: que hay algunas almas que tienen su plan hecho de oración, y aun cuando el Señor se les muestre y se les comunique, le dicen: Señor, espera, que tengo que acabar estos Padrenuestros; ahora los tengo que terminar; después ya podrás venir. –Así no se trata al Señor. Con delicadeza. –Y suele pasar eso, que el señor, yo creo que a muchas almas, a muchas les dice: Pero estate callada; calla de una vez, por lo menos. Óyeme, óyeme. –No, no, no; espera, espera; ahora hablo yo. –Pero, óyeme. –Y el Señor querría concentrar sus rayos sobre el alma; y si el alma estuviese quieta, se inflamaría. Pero no hay modo, porque es inquietísima, y está ahí pensando y repensando; volviendo a un libro, y unas jaculatorias, y el rosario y el otro… -Estate quieto.

Esto como actitud.

Modos concretos. –A veces la plegaria, la oración de petición, que es muy buena. Pero oración de petición que no tiene que convertirse en un sucedáneo.

La oración de petición es excelente; es la que más se subraya en el Evangelio directamente; en la insistencia. Pero es la que más tenemos que emplear como oración durante todo el día: la de petición. Según las cosas que vayamos necesitando, viendo: por las almas; en lo que nosotros estamos trabajando; en nuestra propia santificación; en nuestras humillaciones; pedir siempre, siempre, siempre. Era la oración continua de que hablaban los Padres del desierto, que repetían: **Deus in adjutorium deum intende**. Siempre; todo el día estaban pidiendo el auxilio del Señor. Es muy bueno.

En el tiempo de la hora de oración, ¿mucha petición? A veces puede ser, puede ser. Y hay almas que se pasan rezando el Padre nuestro. Aquel Padre Sautu que les hablé, que cogía al enfermo por el cuello, pues se pasaba todos los días –cuando ya perdió la voz, estaba en la Curia Romana- dos horas de oración con los brazos en cruz. Dos horas. Y le preguntaban a ver qué hacía; porque le vio alguno.

-Pues orar.

-Y, ¿qué reza?

-Padre nuestro.

-Y, ¿por qué está con los brazos en cruz?

-Porque, si no, me duermo.

Se levantaba a las tres de la mañana, y dos horas de oración con los brazos en cruz.

Puede ser, para almas -¡bien!- hora de oración, de petición de repetir; puede ser. No se puede dar normas absolutas. Pero en todo caso, oración de petición es compatible con las afecciones desordenadas. Uno no limpia su corazón, y en cambio llega a la oración y pide al Señor, y pide, y pide, y pide. Por eso hay muchas almas que piden mucho, mucho, y después siguen sus gustos. Se confirman en su santísima voluntad; la de ellas. Piden. Parece que están pidiendo todos los días: Hágase mi voluntad así en el cielo como en la tierra. –Pues… puede haber más sucedáneos. –Y puede haber sucedáneos también en cuando se suele insistir tanto, ¿verdad?: Es tan fácil orar… Te presentas al Señor con necesidades tuyas; se las presentas al Señor. –Y así puede ser que almas que estén con verdaderos apegos desordenados, hacen la oración sobre ellos. ¿Eh? Tiene uno que examinarse y está medio loco con los exámenes –y no agrada mucho al Señor eso; debería tener un poco más de dominio-, y sin embargo, va a la oración, y vuelta a los exámenes: Señor, dame gracia para esto, para que los lleve bien, para que sepa examinarme; ¡venga! E incluso puede llegar a dialogar con el Señor sobre la materia del examen: ¿Cómo es aquella lección que no me acuerdo? Señor, ayúdame. –Y se pasa la hora repasando la lección. –Esos pueden ser sucedáneos. Y lo mismo en las necesidades del ministerio o del apostolado. Está una preocupada con el caso de una chica, y dice: llega la oración y hago de la preocupación oración, y allí estoy a repetir. –Pero si estás apegada a esa chica… ¿Y también en la oración quieres estar pensando en ella? Piensa en el Señor.

Pueden entrar estos sucedáneos, y pueden entrar cuando un alma a la que Dios ya se comunica en paz y que se encuentra bien con el Señor, le entra el escrúpulo de que no hace nada. Y aun cuando estaría muy bien a gusto así con el Señor, entonces le viene: pues algo hay que hacer; y empieza a pedir, y a decir jaculatorias. –Pues, no señor. Si Dios te quiere en silencio, estate en silencio. Si Dios te quiere serena y tranquila, estate así, aun cuando no tengas la satisfacción de que has hecho algo. De modo que no se convierta esa petición, que es tan buena, en un sucedáneo del espíritu.

Después está la meditación. La meditación es sencillamente reflexionar, de veras. Aquí no hay ficciones. Reflexionar en espíritu de fe sobre la palabra sensible de Dios, para que el corazón se compenetre de ella. Eso es meditar. En vedad; sin ficciones; sin violencias; sin no distraerme. No; en verdad. Reflexionar, pero en espíritu de fe, a la luz de la fe. Como hacía la Virgen. “María conservaba todas esas cosas, reflexionando en su corazón”. Les daba vuelta; lo que había pasado. –Pues igual. Lee un trozo del Evangelio y reflexiona; en espíritu de fe; con criterios divinos. Reflexiona sobre esa palabra sensible de Dios que le llega a ella por la palabra escrita, por la

Revelación, por la historia, la enseñanza de la Iglesia, la Liturgia; todo eso. Reflexiona en espíritu de fe para que el corazón se compenetre de ella, para que llegue hasta el corazón, para que se encariñe con ella, se aficione a ella, piense según la palabra de Dios, la vaya asimilando; y así, Cristo se vaya formando en su corazón, se vaya transformando en Cristo, pensando como Él, amando como Él, gustando como Él. Eso es la asimilación.

Y por fin, una cosa que puede sernos muy útil. Hay días y hay horas en las cuales uno no está para muchas cosas: cansancio, trabajo, salud. Pues bien. BAÑOS DE EUCARISTÍA. Os lo aconsejo **mucho**. BAÑOS DE EUCARISTÍA. Se va uno al banco de la capilla, se sienta allí delante del Señor, y se está; tomando baños de Eucaristía. Dejándose mirar del Señor. Que la mire, que la cure, que la inflame… Está allí. -¿Qué hace usted? ¡Si no hace nada…! –Tomando baños de Eucaristía. –Pero, ¡si no hace usted nada…! –Baños de Eucaristía. –Como uno que toma baños de sol. –No hace usted nada. –Pues tomo baños de sol. –Pues igual. Baños de Eucaristía muy, muy ricos. De mucho fruto espiritual, cuando uno en espíritu de fe está allí delante del Señor sin tener prisa para hacer otras cosas que le esperan. Baños de Eucaristía.

Pues bien; tenedlo todo esto presente. Sin olvidar que la raíz de todo está en renunciar a todo. **Nisi quis renuntiaverit omnibus quae possidet non potest meus esse discipulus**. "Si uno no renuncia a todo lo que posee no me encontrará plenamente como su Maestro y su Amigo".

CONSOLACIÓN Y DESOLACIÓN

Hemos sido llamados para estar con Jesucristo, para vivir con Cristo. No sólo en el rato de oración explícita, sino todo el día, y todos los días de nuestra vida. **In sanctitate et justitia coram ipso ómnibus diebus vital nostrae**. "En santidad y justicia ante sus ojos todos los días de nuestra vida" y todos los momentos del día. A eso nos llama Él; y ése es el ideal: la perfección de la caridad. La perfección de la caridad, que no hay que entenderla como una mera presencia de la gracia santificante en el alma, sino una presencia muy activa y muy vital, de modo que llegue al grado supremo de caridad que el Señor pretende de nosotros. La caridad, en la que consiste la perfección –a la cual dedicaremos después una plática-, la caridad ésta, no es meramente la presencia de la virtud teológica de la caridad, sino que la caridad, en sentido espiritual, es el amor divino de Dios; un amor de Dios que, en su modo mismo llega al aspecto divino, infundido por Él como coronación misteriosa de la buena voluntad del hombre sobrenatural; por la cual el hombre adhiere afectuosamente a Dios en Cristo y se une a Él; no sólo considerándolo como fin que obtendrá el término de la vida temporal, sino como substancia ya de vida eterna que está viviendo. Esa es la caridad. A eso tendemos. Y hacia esa caridad tendemos por la caridad virtud, por nuestro esfuerzo en colaboración con la gracia. Y esta caridad perfecta es la que no se impone, sino que es el fin del precepto. No es el objeto del precepto, sino el fin a que tiende la ley; el fin de la predicación evangélica. Y por eso no puede imperarse, sino que nace limpia del corazón puro, de la buena conciencia, espontáneamente conformada ya a la ley; el hombre carnal que se ha sometido al hombre espiritual. Espontáneamente sometida al agradar a Dios, espontáneamente; nace de la fe franca. Es la caridad que eliminada toda nube –al menos habitualmente-, ya ilumina todo el paisaje de la vida. Es la caridad celeste que en su modo deiforme, transfigura el alma en el candor de Cristo y hace ver a Dios en todas las cosas, descubriéndolo aun en las cosas más pequeñas. Es la que vive de la fe en la vida cotidiana, con sencillez y serenidad.

Un tal estado al que el Señor nos llama, evidentemente no puede ser jamás un estado particular, un momento del día solamente, sino que es una voluntad vínculo; la misma voluntad que une a Dios toda la persona humana para que esté, no solamente dotada de caridad, sino inflamada en la caridad. Por lo tanto, el alma en ese estado, no sólo acepta la voluntad concreta que Dios le da, y la recoge, sino que ya antes de que Dios mande una cosa, adhiere a la voluntad de Dios; se han hecho una voluntad. Es lo que se llama la unión de voluntad; constituyen una única voluntad. Y entonces es la unción que, como aceite se difunde por toda la persona e informa todos los sentimientos, mitiga internamente las pasiones, ya que sólo ese amor grande, lleno de adhesión afectiva, es capaz de transformar internamente los sentimientos.

Este es el aspecto donal del hombre; la comunicación de los dones del Espíritu Santo. Es el Espíritu de verdad; de sinceridad plena, de sinceridad auténtica, porque ya lo más íntimo del hombre, visitado por el Espíritu Santo, forma uno con lo íntimo de Dios. Y las acciones son ya solamente una manifestación del espíritu interior divinizado sin violencia.

Este es el ideal. Y por lo tanto es normal que en la vida espiritual desarrollada con fidelidad, se sienta habitualmente la devoción. Que la devoción brota de esta caridad; es el acto de esta caridad. No hablo de esa devoción así, mientras uno está en la capilla; no; esta devoción íntima, sabrosa, que sirve al Señor con gusto, con gusto **íntimo**. En la simple unión de caridad, la acción de Dios suele ser tan normal en el alma, que ya no se nota. Como se dice de un estudiante que siente gusto en el estudio, sin querer con esto afirmar que siente una impresión sensible, lo mismo puede decirse que se forma en el corazón el gusto de Dios. Esta alma tiene ya el gusto de Dios; notando el bien, que tal gusto de Dios sobrepasa todo sentimiento pío. **Pax Dei quae superat omnem sensum**. "La paz íntima de Dios que sobrepasa todo sentido".

Cuando el corazón se abandona totalmente –como hemos dicho- a esa ley divina; cuando consiente con toda su energía natural y sobrenatural, entonces se vuelve diáfano de caridad, transparente de caridad. Ese abandono de sí mismo a la afección de la caridad, proceso supremo de nuestra adhesión humana y de nuestro trabajo humano de adhesión a la voluntad de Dios, resumen

de todas las tesis ignacianas, que va a esto: al abandono total a la voluntad de Dios, poniendo todo nuestro ser a su servicio, efecto característico de los dones del Espíritu Santo –es la actitud donal-, es representado por la flexibilidad maravillosa del tallo del girasol en su vértice. Aquí la rectitud no es ya rigidez, sino constante flexibilidad, disponibilidad, movilidad al ritmo del movimiento solar, a la inspiración el Cristo celeste. Como dice también la Iglesia en su himno: **O sol salutis intimies Iesu refulge mentibus**. "Oh, sol de salud, brilla, Jesús, en lo más íntimo de nuestras mentes".

Esta es la devoción **normal** en la vida espiritual. Cuando uno ha trabajado un poco, y con sinceridad se ha despojado de sí mismo y de las cosas, esto no es una cosa extraordinaria y particular; no, no. Los Apóstoles vivían a gusto con Jesucristo; estaban a gusto con Él. Es lo normal esa devoción, que es como la flor del siglo futuro, como la llama San Bernardo: **Flos eri futuri**. Dice San Bernardo: **Tempus preteriti fructus est compuncio**. "La compunción es el fruto del tiempo pasado". **Flos eri futuri es devotio**. "La flor –que todavía no es fruto-, la flor del siglo futuro, de la eternidad, es la devoción. La devoción viene a ser como el pregusto de la eternidad. Ya actualmente estamos participando en nuestro grado. Y comentando esto, Suárez dice que es verdad que es así, y que esa devoción brota de la caridad. Si miramos la suavidad y el deleite que suele traer consigo la devoción, de ningún acto se sigue tan eficazmente como del afecto de la caridad; de esa caridad llena de afecto, de riqueza hacia Cristo.

La devoción es, pues, -ese estado habitual del alma en todo el día en el servicio del Señor- es, pues, la flor de la caridad actuada; como su lecho blando y la información actual de todas sus virtudes que va alimentando esa caridad y va cultivando todas ellas como amor de Dios, con amor. Puede terminarse a los Santos, a la humanidad de Cristo, a los objetos, al trabajo apostólico; todo hacerlo con devoción, con devoción; en el servicio del Señor, en el agradar al Señor. Y así se convierte todo en un ejercicio de amor. "Que ya sólo en amar es mi ejercicio", aun cuando esté trabajando en cualquier parte; en la plenitud de la devoción.

Los obstáculos que impiden esta devoción, que inciden sobre ella, que la perturban, nunca provienen **meramente** de fuera. **Gaudium vestrum nemo tolle ad vobis**. "Vuestro gozo nadie os lo quitará". Ninguno puede arrancarte esta devoción, de fuera, sino que supone siempre una actitud tomada por el alma misma; una reacción personal del alma; un adaptarse del alma, en una dirección que no está de acuerdo con la corriente de la vida que le viene comunicada por Cristo. Jesucristo la mueve en un sentido, y ella se empeña en otra actitud. Entonces se perturba la devoción interior. Entonces, el alma trata de adaptarse a alguna posición concreta suya, y esa resistencia al flujo de la gracia, que venía comunicándosele, esa resistencia a la corriente de la devoción que ya existía, forma esas ondas sobre la tersura del alma. El alma estaba como reflejando a Dios, el rostro de Dios, habitualmente, serenamente –**ilumina vultum tuum super nos**, "ilustra sobre nosotros, haz brillar sobre nosotros tu rostro"-, estaba reflejándose, y ahora se han formado estas pequeñas ondas sobre la superficie del alma y **se emborrona el rostro de Dios** que antes se reflejaba en ella. Entonces se comprende experimentalmente que aquella actividad no es según la corriente que viene de Dios por la caridad. ¿He perdido la devoción? He metido algo que no era propiamente lo que Dios quería. Y esta atención interior es la que hace al alma espiritual; esta constante atención a Dios. –Muchos dicen que no se complican la vida con esto; no necesitan; viven mucho más tranquilos. Y es verdad. El tener este huésped del alma "**dulcis hospes animae**", supone una dedicación total a su cuidado. Y cuando se suspende esa devoción, esa especie de reflejo del rostro de Dios sobre el alma, el alma sabe decir: aquí he metido algo que no era lo que Dios quería. Algo así como pasa con la luz. Que uno vive en la luz de Dios, como vive con nuestra luz. Es una cosa que inunda el ambiente; estamos en la luz. **In luce ambulare**, sale tantas veces en la Escritura, "caminar en la luz, a la luz de Dios". Es como la devoción en la cual uno camina. Y, como pasa con la luz nuestra, que si uno introduce algún instrumento con perfecto, donde hay algún contacto, salta el plomo y se queda a oscuras. He perdido la luz. ¿Qué quiere decir esto? Que he introducido algo que no era lo que Dios quería; que he metido algo mío en mi obrar. Y entonces se examina uno: he perdido la luz; ¿Por qué habrá sido eso? Y va allí a ver, a buscar el defecto, a eliminar aquel aparato, aquella máquina, y entonces vuelve a ponerse la luz de nuevo y a caminar en la luz. Así se camina en el Señor.

Así entendida la devoción, es como la salud del alma. Decíamos desde el Principio y Fundamento: el hombre ha sido creado para agradar a Cristo, y así obtener la salud del alma. Viviendo así, reflejando el rostro de Dios, ya está obteniendo su plena sensibilidad a la acción de la gracia. Habrá momentos de crecida devoción, que son una verdadera consolación del espíritu, más que lo normal que suele tener de ordinario; como una inyección de elementos sobrenaturales, que si están bien empleados deben producir un aumento de salud, una mayor invasión de la gracia sobre la persona humana, haciéndola aún más dócil, más adherida a Dios, más pegada a Dios.

Si, sin que venga un obstáculo nuevo nuestro, cesa la devoción, si parece emborronarse la figura de Dios sobre el alma, sin que yo haya hecho nada –después de examinarme bien-, puede uno tener la seguridad de que ahora se trata de una prueba de Dios. Y entonces, en realidad, no es que se ha perdido la paz, sino que se ha trasladado más a la profundidad, más debajo de la superficie, más al fondo, aunque las purificaciones sean profundas; pero Dios está más en comunicación que antes con el alma. La imagen de Cristo está pasando de la superficie del corazón a lo más profundo del alma; allí donde no está sometida a los vaivenes de la imaginación y de la sensibilidad, donde después no llegarán ya las modificaciones del cuerpo, ni de la sensibilidad, ni de la imaginación.

Esta es la obra de Dios. Y a esto tenemos que tender, sin cansarnos. Se puede decir así, que la devoción es como una especie de conciencia del amor de Dios y de su complacencia sobre el alma. El alma se mueve así bajo la mirada de Dios. –Tender a eso; no ser fáciles en evitarlo. Que es tan fácil decir que la vida cristiana, pues es muy sencilla, y no hay que trabajar mucho, y basta el hacer obras de caridad a los demás. Es mucho más íntima la riqueza de vida que el Señor nos ha traído. "**Si scires donum Dei**". "Si supieras el don de Dios", y lo que Él quiere tratar con el alma, tú se lo pedirías, y no te quedarías en la superficie.

Dice el obispo Antoline, comentador de San Juan de la Cruz –tiene unas cosas preciosas-: "A estas almas –dice-, a estas almas que van buscando a Dios a su manera, sin llegar a estas profundidades; a estas almas parece habla San Agustín cuando dice: "Buscad lo que buscáis, pero no a do lo buscáis". Como si dijera: ¡Oh, qué bien me parecen vuestras ansias! ¡Cómo me agradan esos deseos de encontrar a Dios que es el Bien de mi alma! Buscadle en buena hora. Pero si le queréis hallar, no le busquéis a do le buscáis. Mudad de veras y camino. Tomad la senda larga del alma, andad por ella, que ella os llevará a donde está el Amado descansando. Y si es verdad –como lo es- que Dios está en lo **muy hondo del alma**, mira cómo le hallará quien le busca **por de fuera**. Cuando veo aquestas almas, no me parecen sino a la mujer que hace que le pregonen al hijo por la ciudad, y anda muy ansiosa por toda ella diciendo a voz de pregonero le den su niño perdido; y déjale dormido en el rincón más escondido de la casa. Y a la que anda revolviendo su casa por encontrar el anillo que no halla, y desanda cuanto tiene andado aquel día a ver si encontrará su joya; y llévala escondida dentro del pecho a do le puso para lavarse las manos. ¡Qué de pesadumbres que ahorrarán estas personas si se miraran a sí primero y a su casa! ¡Con qué facilidad se encontrarán con el hijo y el anillo! ¡Oh, válgame Dios, Señor! ¡Cómo te hallara esta alma y hubiera gozado de tus brazos si te buscara dentro de sí y no fuera de casa! ¡Qué de pesadumbre que ahorraras! Por lo menos no hubiera caído en las manos de unos guardas que la hirieron, ni hubiera recibido los golpes que recibió de haber caído en ellas".

Es eso. Buscarlo, buscarlo. Dentro de nosotros, en nuestra vida interior. No en la introversión, sino en la realidad de su presencia en nosotros.

Para poder vivir así hace falta esa pureza. Esa devoción constante, ese reflejar en nosotros el rostro de Dios supone un alma pura. Y el presupuesto de esta presencia de Dios es una castidad angélica; castidad angélica que no significa que no hay inclinaciones o mociones, sino significa esa castidad **positiva** del corazón. Que no va sólo a evitar el pecado, sino que va a poner su corazón en **solo Dios**. Y se desprende de todo lo que es carnal y sensual, sin poner su nido en ello, sino limpiamente. Si se desprende de las cosas, si huye de las ocasiones, no es por sólo el temor del pecado –como: si no hubiera pecado yo me quedaría aquí-, sino es para adherirse a solo Dios, solo Dios. Y renuncia a los gustos de las criaturas para ponerle en solo Dios. –Este es el presupuesto. El corazón que no se libra así de los gustos terrestres, sobre todo carnales y sensuales, no gustará

tampoco de esta devoción íntima del alma, sino se contentará con una medianía en esto; el ser un buen cristiano. Bien. Patriarcalmente.

Pues bien; esto es lo habitual. Y considerémoslo así; y no estemos siempre diciendo que lo importante es hacer lo que uno tiene que hacer; no. Hay que llegar a esto. Más en la vida religiosa, como estáis vosotras.

Si esto es lo normal –como los Apóstoles lo tenían así normalmente; vivían así con Cristo, con gusto; aun cuando estaban corriendo de una parte a otra de la Palestina, pero iban siempre con Jesús, y tenían el gusto de estar con Él-, pero hay momentos en los cuales se pierde este sentido. Son las **desolaciones**, desolaciones; en que parece que el Señor esconde esa luz. Como indicábamos, a veces se puede fundir el plomo. Se encuentra uno en la oscuridad; hay el día y la noche en nuestra vida normal. Y en la vida espiritual el Señor de vez en cuando se esconde. Se escondía a la Virgen cuando se quedó en el Templo, se esconde a los Apóstoles otras veces, se esconde a las almas. Es la **desolación**. Esta desolación puede ser una desolación **sin** culpa o **con** culpa. Sin culpa; porque el Señor en un determinado momento quiere retirarse para dejar el alma en prueba, para ver cómo camina. Es lo que decía San Agustín, que se quejaba a veces del Señor: "Señor –decía- Señor, ¿cómo es que me tratáis así, que os vayáis sin decirme: Agustín, que me voy?" Sino, cuando menos lo esperaba, se retira; cuando menos lo esperaba. Se queja de esto: de que se vaya y de que no le diga que se marcha. –Pues así pasa también en el alma, a veces: que se marcha.

¿Qué se entiende por desolación? Por desolación se entiende oscuridad del alma. Si antes estaba en la luz, ahora está en tinieblas. Turbación en ella. Moción a las cosas bajas y terrenas: a la sensualidad, a lo material. Inquietud de varias agitaciones, tentaciones. Moviendo a desconfianza: "No puedo ya más". Sin esperanza; "yo no salgo de esto, no tengo remedio". Sin amor: "ya no me dice nada el amor". Hallándose toda **perezosa**, tibia, triste, y como separada, alejada de su Criador y Señor Jesucristo. Eso es la desolación; momentos en que está uno así. Parece que todo se ha acabado.

Y esto les pasa a todos, a todos; todos pasamos por ahí. Y el P. Nadal, hablando una vez a los estudiantes de España, de la oración, y de las consolaciones y desolaciones, decía lo que era desolación; y decía: esto, pues hay que pasarlo bien; y parece que se relamía en decir que el P. Ignacio también las pasaba, y que le dijo a él en Roma, que tenía algunas desolaciones que no se podía valer; que no podía estar de pie de la desolación que tenía. Y cuando venía esta desolación, a veces sentía como si en toda su vida no hubiese recibido un solo favor de Dios; como si todo lo pasado fuese una mentira, Eso es lo que sentía en ese momento. Era fiel, y pasaba adelante.

Pero estas desolaciones, es normal que vengan. Lo que no es normal es que habitualmente viva uno en sequedad, en aridez, y todo lo demás es normal; eso no. Pero que vengan momentos de desolación, eso hay que cargarse con ello. Tienen que venir. Con causa o sin causa.

El ejemplo de esto y el símbolo de lo que es una desolación, en el orden material –como el agua del pozo de Jacob es símbolo del agua de la gracia- es la tempestad. La desolación es como una tempestad en el alma. En la tempestad se oscurece el cielo, los nubarrones se adensan, el agua del amar se agita, viene el temor de que se va a perecer, da la impresión de que de ésa ya no se sale, de que las cosas se ponen cada vez más negras; se pierde la fe, la esperanza, se olvida todo el resto; ya no se ve más que la tempestad. –Esa es la significación, la imagen de lo que es la desolación espiritual.

Pues bien; éstas pueden ser –como digo- sin causa. Y el ejemplo de esta tempestad sin causa, o de esta desolación sin causa nos la representa San Mateo, en el capítulo 8: en la tempestad.

Dice así San Mateo: "Entró, pues, en una barca acompañado de sus discípulos, y he aquí que se levantó una tempestad tan recia en el mar, que las ondas cubrían la barca. Mas Jesús estaba durmiendo". –Estaba en la barca. ¿Tenían la culpa los Apóstoles? Ninguna. Jesucristo había entrado en la barca; estaba allí, estaba descansando. No tienen culpa. Pero la tempestad es recia.

"Y acercándose a Él sus discípulos –que trabajaban y luchaban con la tempestad, ya creyeron que estaba todo perdido- acercándose sus discípulos le despertaron diciendo: ¡Señor, sálvanos que

perecemos! Les dice Jesús: ¿De qué teméis, hombres de poca fe? Y entonces, puesto en pie, mandó a los vientos y a la mar, y se siguió una gran bonanza". –Esta es la tempestad **sin** causa. Pero, donde se ven todas las inclinaciones: la agitación del espíritu, el temor; sin esperanza, sin amor, y que les parece que el Señor, si no está despierto y lo sienten despierto, no hace nada ya en la barca ni les puede defender. La falta de confianza.

Pues esto mismo nos puede pasar a nosotros. Cuando es sin causa, en el momento en que uno entra en desolación tiene que mirar hacia atrás en todo caso, y ver si de la consolación precedente, uno ha dado causa para esta desolación. En el caso de éstos, Jesucristo había entrado en la barca. No lo habían echado de la barca, no había salido; estaba allí. Ellos no le habían tratado mal; luego estaba. Sólo que estaba durmiendo; no se hacía sentir en la barca; no se hacía sentir su presencia. Estaba allí presente, pero como dormido. –Y de aquí viene la tentación de desconfianza. Y habrá momentos en nuestra vida en lo que lo sintamos así: todo oscuro. Y el Señor está que no se le siente; parece que no está dentro, y está, porque no ha salido. Y estaba dentro. Quietos, quietos. Y si quieres un consejo en estos momentos de desolación: no despertar al Señor. A ver si tienes valor para eso. Que no tenga que decirte: Mujer de poca fe, ¿por qué has dudado?, ¿por qué tienes miedo? ¿Es que Yo no te puedo proteger, aun cuando no me sientas? ¡Si estoy aquí contigo dentro de tu barca! Si el alma va así: ¿A dónde te escondiste, Amado? El Señor le dice: No, aquí estoy, aquí estoy; estoy aquí; aun cuando parezco no darme cuenta. Ten confianza. –Y ten esa confianza en las desolaciones sin causa. Fiarte del Señor y caminar adelante, aun cuando parece que se va a hundir todo. Él está dentro; no hay peligro. Adelante.

Voy a detenerme un poquito en algún punto de estos escrúpulos, de estas tempestades interiores, porque también puede ser algo útil en nuestra vida.

En estas ansiedades de espíritu de tipo de escrupulosidad, procurar no detenerse demasiado, no angustiarse como si todo fuese a acabar; no. No es fácil lo que estoy diciendo; lo sé. Pero, acostumbrarse a no dialogar con la angustia interior. No mirar a ella, no creer que hay que ponerle paz antes de poder caminar adelante; sino caminar adelante, a pesar de que uno siente esa angustia o esa tribulación. Es uno de los aspectos de ansiedad y de escrúpulo y de tempestad en la vida espiritual.

Hay algunas almas que por una cualquier pequeña cosa con que se encuentran, se turban. Si tienen que ver algo o leer un libro; oyen una narración… y apenas sale la mínima cosa, ya están turbadas; ya están: que si habré pecado, que si malos pensamientos, que si me gusta, no me gusta… Y están así. Si han visto una imagen o un cuadro: ¡Ay!, ¡si habré pecado! Dice: Pues no; yo creo que podía verlo. Vuelven a mirar otra vez: ¡¡¡Ay!!! ¡Peor! Pues no puedo. Pues yo creo que puedo, porque eso no tiene gran… A ver otra vez. –Y están así. Después se marchan, y: He pecado, no he pecado… ¡Cuánta angustia en esto! Y llegan a tener un poco de envidia de otras almas que son tranquilísimas, tranquilísimas. Ven las cosas más audaces con una paz de espíritu… Y después, nada; sin ninguna turbación. Y llegan a tener un poco de envidia y decir: ¡Si yo pudiese tener eso! A mí me gustaría poder ver todo lo que puedo ver y no sentir ninguna turbación. Sería ideal. –Tienen envidia. –No tengan envidia de eso, ¿eh? Ninguna. Porque la paz que tienen ésos es una paz de las patriarcas del Antiguo Testamento. No es la del Nuevo Testamento. En el Nuevo Testamento, nuestra paz es Cristo, Cristo. Una paz positiva. Allí distingue Santa Teresa en los conceptos del amor de Dios, muchas paces que hay en el alma. Y ésa es, pues del Antiguo Testamento; aquellos Patriarcas. –En cambio, cuando el Señor pone una inquietud en el alma en estas cosas, muchas veces es porque quiere comunicar al alma una paz muy profunda. Y para ello tiene que desprenderla de todo. Y como esta alma, por lo que ella misma está diciendo, si no tuviese esa inquietud se detendría en todas esas cosas –porque es lo que ella desea: si yo pudiese mirar y ver todo sin sentir nada… -si no tuviese esa inquietud se detendría en todas esas cosas, porque no sería pecado; y el Señor, a veces, le pone esa especie de espina interior para que no se detenga, porque le quiere dar todo, y quiere librarla de todo eso.

De modo que el camino ahí, no es el estar discutiendo: si es, no es; sino el formarse esta castidad **positiva.** Si yo renuncio a esto, no es porque crea que es pecado; y esa ansiedad que tengo

no es de pecado, sino porque quiero gustar de sólo Jesucristo. Y lo demás no me importa. Es que podía gozarlo sin pecado –supongamos-; pero no quiero. Y gozaré de solo Dios, sólo Dios. –Y entonces se libra uno de muchas cosas. Es que puedo mirarlo; puede ser; sí, sí. Lo podría hacer, a pesar de la turbación que me parece que sentiría, pero quiero gozar de sólo Dios, sólo Dios.

A propósito de esto, ahí se puede aplicar lo que dice San Juan de la Cruz en aquellos versos:

> Oh, ninfas de Judea,
> en tanto que en las flores y rosales
> el ámbar perfumea,
> morad en los arrabales,
> y no queráis tocar nuestros umbrales.

Esta especie de solicitación de la sensibilidad, de la sensualidad, la maneja mucho el demonio para –y es la finalidad mayor que tiene el demonio-, más que para hacer pecar, para distraer el alma del coloquio con Dios, del coloquio con Jesucristo; para hacerle atraer su atención sobre este campo; y así hacerle perder mucho el amor de Dios. Eso es lo que pretende el demonio. –Y esto hay que tenerlo muy presente. En todo lo que es imaginación y afectividad, ahí no debe entrar le voluntad directamente a luchar con esas cosas, porque no puede hacer nada la voluntad; ahí le dominan. La imaginación tiene tal fuerza de sugestión sobre nosotros, que la voluntad se pierde, y cuando quiere imponerse, se encuentra como sugestionada. Por eso hay que dejarla bajar a la imaginación y afectividad; sino que existen como dos planos: el plano imaginación afectividad y el plano voluntad. Que la imaginación y afectividad, como un perrito de ésos, va allí a buscar su alimento; si la voluntad va detrás y trata de tirarlo, pues se va a ocupar mucho tiempo y va a estar los dos a forcejear, y a lo mejor se queda intranquila, porque está: si me gusta, si no me gusta. ¡Pues claro que te gusta! ¡Claro que te gusta! Pero, aunque te gusta, no estés discutiendo con eso; sigue el camino de la voluntad adelante; a hacer lo que tienes que hacer. Y entonces, la imaginación y afectividad vienen detrás, después de un poquito. Ya está. –Pero es que a lo mejor… -Déjalo todo eso, deja eso; que eso es turbación, inquietud, fijarte demasiado en ti misma; déjalo, déjalo. Confíalo al Señor, y ya está. Adelante.

Pero notad que lo importante es esto: no interrumpir el diálogo con Cristo, no interrumpirlo.

La intención del demonio y el daño de entretenernos con esas sirenas, es el peligro de perder este tiempo de amar a Cristo, de atraernos hacia esas cosas y ocuparnos con ellas. Ha pasado el día, todo el día pensando en esto, y no ha amado al Señor, sino ha estado ocupada: a ver cómo limpiar esto.

Yo recuerdo que cuando éramos pequeños, además de las cosas que hacíamos en la Enseñanza, teníamos una diversión entre los chicos, que consistía en esto: Se iba por las casas, escaleras arriba, y se tocaba el timbre, y salía una mujer con la escoba. Y nos seguía. Con eso nos divertíamos. Cuando no se sabía qué hacer, pues, tocar el timbre. Se subía la escalera… a correr, correr, correr. Si uno tocaba el timbre y no salía la mujer con la escoba, pues no nos divertía. Para eso no se volvía a aquella casa; como no salía con la escoba… Lo que era interesante es que saliese con la escoba, porque así nos divertíamos.

Esto mismo hace el demonio en el alma; exactamente. Toca el timbre para que salgas con la escoba. Si tú no sales con la escoba, el demonio no te tocará más el timbre, porque lo que él pretende es que salgas fuera, que dejes el diálogo con Cristo para salir fuera. Y no lo tienes que dejar. –Entonces, ¿cómo proceder? Siguiendo tu diálogo con Cristo.

Un ejemplo también, para que se os grabe bien esto. Suponed que yo estoy hablando aquí con una persona; y cuando estamos hablando, viene un perro y empieza a ladrar ahí. Y esta persona me dice: “Huy, mire; eso me molesta muchísimo y yo no puedo hablar así. Mire, espere un poco que voy a hacerlo callar”. Y se va y empieza: ¡Chis, chis! Y el perro: Guau, guau; más fuerte. Y estamos una hora, dos horas. Hasta que yo le digo: Mire usted; cuando le haya hecho callar me llama, porque entretanto voy a ir por ahí a dar una vuelta. –Justo, ¿no?

Eso es lo que quieren muchas almas. Están hablando con Cristo, y el demonio empieza a ladrar y les presenta esas cosas de imaginación y de afectividad; y dicen: ¡Huy!, ¿cómo me presento yo así con Cristo? Yo no puedo hablar así con Cristo. Voy a hacer callar esta imaginación y esta afectividad. Y se están todo el día con la imaginación y la afectividad. Y el Señor, con los brazos cruzados esperando. –Ha conseguido el demonio lo que quería: **interrumpir el diálogo con Cristo**.

Entonces, ¿cómo hay que hacer? Pues, hay otro método. Cuando estamos hablando, empieza a ladrar el perro, y yo le digo a esta persona: Mire usted; ese perro nos va a molestar, pero nosotros seguiremos hablando. Si alguna vez nos distrae y no oímos bien, repetiremos; pero no nos vamos a molestar por el perro. Y el perro, al poco tiempo, se cansa y se marcha. Y nosotros seguimos hablando. –Este es el modo de tratar al demonio en todas estas sugestiones: no interrumpir el diálogo con Cristo. Aun cuando parezca que nos turba, aun cuando parezca que mancha, no hacer caso. Adelante con Jesucristo, en el amor de Cristo. Lo demás sería absurdo. Nosotros tenemos nuestra imaginación y nuestra afectividad que siguen su curso y van por su cuenta. ES como los chiquillos que están allí jugando, en el último piso. Ya sabe uno que están allí jugando. Pues déjelos estar; que jueguen. Si no, sería tan absurdo como una persona que tiene que trabajar en una oficina que da a la calle; y cuando empieza a trabajar, empiezan a pasar los coches; y es una gran ciudad, y no le dejan a uno en paz, y los tranvías, y la gente que pasa. –Yo no puedo trabajar así. Y sale a la ventana a detener la circulación. Pues le llevan al manicomio. ¿Cómo va usted a parar eso? –Pero, ¡es que no puedo trabajar! Pues, ¡qué le voy a hacer! Usted no va a parar la circulación. –Entonces, ¿qué voy a hacer? –Mire; si cada vez que usted tiene ganas sale a la ventana, pues le llevarán al manicomio. -¿Qué voy a hacer? –Pues usted póngase a trabajar, y cuando le cuando le vengas ganas de decir: ¡Ay!, ya está eso, no se detenga; siga trabajando. No interrumpa nunca deliberadamente su trabajo. No se ponga nunca a reflexionar: ¡qué hago ahora!, si saldré a la ventana a parar la circulación. Nunca. Sino, vuelve a seguir; y a los dos o tres días, pues ya se ha acostumbrado. Y trabaja y no cae en la cuenta.

Esto es lo que hay que hacer espiritualmente en este campo.

Otras veces, las desolaciones vienen **con** causa; las producimos nosotros, las atraemos nosotros. Ejemplo de esta desolación con causa en el Evangelio, tenemos en el capítulo 14 de San Mateo. Ahí, sigue esta escena a la multiplicación de los panes. –Cuando Jesucristo multiplicó los panes, aquéllos que estaban presentes lo quisieron hacer rey. Y parece que los Apóstoles también se contagiaron de esto: del deseo de que le hicieran rey. Y Jesucristo interviene drásticamente. Y les obligó a los Apóstoles a que fueran a la barca; a todos. La barca y al otro lado. Y yo les despediré a estos otros. –Y los mandó solos, sin Él, al otro lado del lago. Él mandó a la gente y subió al monte solo, a orar.

Dice: “Inmediatamente después, Jesús obligó a sus discípulos a embarcarse e ir a esperarle al otro lado del lago, mientras que despedía a los pueblos. Y despedidos éstos, subió solo a orar en un monte, y entrada la noche se mantuvo allí solo. Entretanto, la barca estaba en medio del mar batida reciamente de las olas por tener el viento contrario”.

Aquí, esta tempestad es con causa. Jesucristo no está dentro, y no está dentro porque ellos han dado motivo, en cuanto no lo han aceptado como Mesías según Dios, sino han mezclado miras **humanas** en el Mesías. Se han dejado guiar por el juicio **humano** del Mesías, por lo que esperaba el pueblo de Israel del Mesías. Y entonces, el Señor les manda solos. Tienen la tempestad. Pero Él ora. Y como dice Orígenes: “Podemos pensar que la oración de Cristo es la que mantuvo a los Apóstoles en vida y los salvó en medio de la tempestad, porque Él seguía orando por ellos”. –Aun cuando haya sido una desolación así y no esté presente en el alma de esta manera, en cuanto que el alma ha sido culpable, pero Él sigue orando lo mismo por el alma en medio de la tempestad.

Después se presenta Jesucristo… le tienen por fantasma… le permite a Pedro que venga… Pedro duda… Dándonos siempre este ejemplo: que en toda tempestad tenemos que confortar nuestra fe y nuestra esperanza, y mantenernos fieles a lo que teníamos pensado antes de la desolación. Corregir lo que es causa de la desolación, enmendarlo, y volver a fiarnos de nuevo del Señor.

En general, la razón por la cual viene la desolación por causa nuestra es siempre porque no se piensa con criterios de Dios. Porque uno atribuye a sí mismo las cosas que tiene; porque se fía de sí mismo; porque ha cedido en casa ajena… Pero siempre es porque no sigue los criterios divinos. Y lo mismo en nuestro apostolado, en nuestro trabajo; muchas desolaciones porque te guías a modo humano, no según el modo divino. Y no sigues los principios sobrenaturales.

Pero en la vida espiritual, no sólo hay desolaciones, sino que también hay consolaciones, y consolaciones muy grandes; además del nivel ése de devoción que hay. Y hoy, que es precisamente el día de **la Transfiguración del Señor,** es el día que se presta a esta meditación de la Transfiguración de Cristo; la consolación de los Apóstoles. Que es deliciosa esta escena de la Transfiguración.

"Seis días después –dice el Evangelio- tomó Jesús consigo a Pedro, y a Santiago y a Juan su hermano". Los tres predilectos. "Y subiendo con ellos solos a un alto monte" –que no sabemos cuál era, quizás el monte Tabor, quizás el monte Hermón-, los lleva consigo; y parece que estaba en oración, se pusieron en oración, se pusieron en oración. Y estando en oración "se transfiguró en su presencia". Apareció lo que Él tenía dentro escondido. Eso que lleva Jesucristo, que nosotros conocemos por fe y ellos sabían por fe, pero que ahora se manifestaba externamente como la gloria del unigénito del Padre. Y lo vieron en todo su ser transfigurado. "Su rostro se puso resplandeciente como el sol, sus vestidos blancos como la nieve". Y, una delicia, y una paz, y una serenidad, una alegría interior… "Y al mismo tiempo les aparecieron Moisés y Elías". Notad. Esta transfiguración viene inmediatamente después del anuncio de la Pasión, que ellos no querían creer, que Pedro le había dicho que no le pasaría eso. Pues, viene ahora la transfiguración. "Y aparecieron Moisés y Elías, hablando con Él de lo que debía **padecer** en Jerusalén". De modo que si ellos creían que, según la Ley y los Profetas, el Mesías tenía que ser el triunfador y no padecer, ellos se encuentran con Jesucristo transfigurado, el Jesús Hijo de Dios, Moisés, la Ley, y los Profetas, que están hablando de lo que iba a padecer en Jerusalén. De modo que la Ley y los Profetas hablaban de sus sufrimientos, del Mesías auténtico; no como lo entendía el pueblo –que lo entendía mal-; hablan de la Pasión. –Pero Pedro lo que está viendo es lo bien que se está allí.

"Entonces Pedro, tomando la palabra, le dijo a Jesús: ¡Señor!, aquí estamos muy bien. Si te parece, yo construiré aquí tres pabellones, tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Para los tres. Dice el Evangelio que "no sabía lo que se decía". Pero aquí, ¡a quién se le ocurre estar! Las tiendas para ellos; nosotros nos arreglaremos sin nada. Para vosotros las tres tiendas; os las hacemos aquí. –Era la fiesta de los Tabernáculos; iban camino de Jerusalén para la fiesta de las Tiendas, pero se podían hacer; no hacía falta ir hasta Jerusalén. Y eso quería decir él: aquí las hacemos las tres. ¿Para qué nos marchamos? Aquí estamos muy bien. –Es la tentación de siempre. Cuando viene la consolación, a quedarse. ¡Oh, qué bien se está aquí!, ¡qué bien, qué bien! Y creer que uno puede detener la consolación con tres tiendas. A meterlos aquí para que no escapen. ¡Hala!, ¡a las tres tiendas!

Así nos pasa a veces, ¿eh? Cuando uno quiere meter la consolación en un cuaderno, es lo mismo. ¡Ah!, aquí metemos los tres: una hoja para Elías, otra para el Señor, otra para Moisés. No sabían lo que se decían. No sabía el pobre Pedro lo que se decía. Estaba fuera de sí. Estaba tan contento… que ya se olvidaba de sí mismo. A los demás.

"Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino a cubrirlos". Es la gloria de Dios. La nube resplandeciente, tenebrosa al mismo tiempo, viene a cubrirlos. Entran como en la gloria de Dios. Es la gloria, la nube, que hace sombra al Arca; la que hace sombra a la Virgen es esa nube: la gloria de Dios. Les rodeó la majestad de Cristo Dios; el Padre.

"Y al mismo tiempo, al mismo instante, resonó desde la nube una voz que decía: "Este es". Éste, éste que está aquí, éste es mi querido Hijo; el que habló ya en el Bautismo con la referencia a Isaac: Toma a tu hijo muy querido en quien tienes tus complacencias y ofrécelo en el altar. Todo esto está hablando de la cruz; todo, todo, todo. Y la voz del Padre insiste en lo mismo; Jesús había hablado de lo mismo; Moisés y Elías vuelven a la cruz. El Padre dice: Este es mi Isaac. "Este es mi Hijo muy querido en quien tengo mis complacencias. A Él habéis de escuchar". Haced caso de lo

que Él os diga. Si Él os habla de esto, es así. Este es mi Hijo muy amado. Este es el Isaac. Hacedle caso.

"A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra y quedaron poseídos de un gran espanto". Estaban así, boca abajo. "Mas Jesús se llegó a ellos, los tocó y les dijo: Levantaos, no tengáis miedo", no tengáis miedo. Levantaos, que ya ha pasado todo. "Y alzando los ojos -¡ah, qué bonito es esto!- **no vieron a nadie, mas que sólo a Jesús".** ¿Qué quiere decir esto? Que no vieron a Moisés, ni a Elías, ni la nube, ni gloria, ni luz, ni resplandor, ni vestidos blancos; a sólo Jesús. Al Jesús de siempre, al de todos los días. Sólo Jesús. Pero para un alma espiritual, aquí encuentra tanto… "Ya no vieron más que a sólo Jesús". Para ellos ya no había más que sólo Jesús, sólo Jesús. Todo lo demás desaparece. Sólo Jesús. ¿Todos los resplandores…? La persona la tienen consigo. A Jesús lo tienen. Sólo Jesús. Ya no ven más. –El alma que ha sido iluminada por la consolación divina no ve más que sólo Jesús; en todo, sólo Jesús.

Pues bien; esta es la consolación: la transfiguración de Cristo. ¿Cuál es el fin de la consolación? Ese aumento de fe, esperanza y caridad, esa elevación a las cosas sobrenaturales, esa paz del alma, esa serenidad, esa fortaleza; ¿a qué viene eso?, ¿por qué lo comunica el Señor? Pues, el fin de la consolación auténtica es **recalcar la cruz**. A eso va: recalcar el camino de la cruz. Todos van a eso, todos: El Padre, Moisés, Elías, Cristo: la cruz. Seguidle, que tiene razón. Marcar la señal clara, el camino claro que hay que seguir. Que después no lo estará repitiendo a cada paso… Después podrá venir la desolación; vendrá el túnel; y cuando llega el túnel, no hay que quedarse: a sentarse, a esperar a que venga el sol otra vez. Hay que caminar, caminar; como se pueda. ¿Qué se ve la luz? Pues hay que seguir adelante, y no todos parados. No. Sino que se pone uno las manos delante, y, ¡adelante! (Entre paréntesis. Cuando vayan en la oscuridad, no pongan nunca la mano así; porque puede haber una puerta abierta y les da en la nariz. Cruzar las manos. Con las manos cruzadas, así se va bien) Pero no detenerse. Ya nos ha señalado el camino: por allá, por allá. –¡Es que no lo repite cada metro! -¡Claro que no! ¡Ya te lo he dicho! –Las señales luminosas en la carretera no se ponen en cada metro, sino cuando hace falta: en un cruce, en un momento difícil, dice: por aquí va. Y entra uno luego en la oscuridad; lo que haga falta. Ya nos lo ha señalado. Lo seguimos a Él. –A esto viene la consolación: recalcar los criterios y marcar el camino que hay que seguir después, aun cuando ya no se sienta la luz de la consolación y quede sólo Jesús que está junto a nosotros, pero sin ese esplendor del momento de la consolación. Y la señal de la consolación divina se ve en esto: en que recalca la cruz y en que hace que desaparezca todo lo que no sea sólo Jesús. **Neminen viderunt nisi solum Jesé**. "Ya no vieron más que sólo a Jesús en todo".

La Caridad

Vamos a tratar hoy de un tema muy actual. Y vamos a encuadrarlo –como hay que encuadrarlo- en el plan divino para entenderla perfectamente. Aun cuando me alargaré en alguna cosa un poco, pero quisiera decir varias cosas.

El plan de Dios, ¿cuál es? San Juan, el evangelista, en su prólogo y en su introducción dice: "Hemos visto su gloria como unigénito del Padre". Toda la gloria del Padre se nos ha manifestado en Cristo. Cristo es la gloria del Padre. Y Cristo, en su vida terrena, va manifestando progresivamente esa gloria del Padre.

Dios, en todo el Antiguo Testamento, se le muestra a Juan como una constante manifestación de amor a los hombres. Y esa manifestación de amor a los hombres se va a coronar en Cristo, y en la cruz de Cristo. Por eso, la cruz de Cristo es la gloria y la glorificación del Padre por parte de Cristo.

Jesucristo, unigénito del Padre, glorifica al Padre en cuanto en todas sus acciones procede como unigénito suyo, en cuanto el Padre es el que en Cristo actúa, obra; Él obra las obras del Padre.

Y lo mismo pasa en el amor supremo de la cruz. Ese amor supremo de la cruz de Cristo, es también, como en las demás obras, el Padre el que obra en Él. Por eso, así como quien ve a Cristo ve al Padre, así quien ve el amor de Cristo, ve el amor del Padre. Y como ésta es la suprema glorificación del Padre, el supremo amor de Cristo y el supremo amor del Padre, por eso precisamente la cruz es la coronación de la glorificación del Padre.

En el plan divino, no termina todo en la cruz; sino que la glorificación la tiene que realizar el Espíritu Santo en la Iglesia, en cuanto a cada uno de los fieles comunica luz y gracia para **entender** ese amor personal de Dios en Cristo a nosotros. La expresión de San Pablo: "Me amó y se entregó a sí mismo por mí". "Así amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito". Y esto es obra del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el que tiene que introducir a los fieles en el corazón del misterio del amor de Dios; ese misterio escondido desde los siglos, que se ha manifestado en Cristo. Y por eso, San Pablo ruega de rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo para que conceda a los fieles la luz, la gracia, para conocer la largura, la anchura, la profundidad y la altura del amor de Cristo que supera toda ciencia. Y como dirá San Juan: **Nos autem credidimus caritatis**. "Nosotros hemos creído en el amor". Pero naturalmente que esta aceptación del amor de Cristo, el comprender esa anchura, largura, altura y profundidad del amor de Cristo, que es glorificarle, no se entiende de una comprensión meramente intelectual, sino que el fiel comprende ese amor de Cristo en cuanto se lo asimila y en cuanto penetra y se sumerge en ese amor del Corazón de Cristo, y en consecuencia se deja coger como a oveja sobre los hombros del Buen Pastor, sabiendo que el Corazón de Cristo palpita de amor por cada uno de nosotros.

Este es el misterio cristiano; aquí está. El corazón del misterio cristiano es el corazón mismo de Cristo. Dondequiera que se ve un cristiano que pasa, tiene que verse en él un hombre que está sumergido en el amor de Cristo. Y así creyendo en ese amor que le ha llevado hasta la cruz, glorifica a Cristo y al Padre.

Ahora bien –y con esto entramos en el misterio del amor y en la plenitud de ese misterio del amor de Dios en Cristo-; decimos que la glorificación de Cristo y del Padre se consuma en la Iglesia. El cristiano es la gloria de Cristo. Y se completa –como decíamos- por la acción del Espíritu Santo. En la Iglesia, el Espíritu acaba de revelar el misterio del amor divino, y los fieles penetran en la perfección de este amor con fe perfecta en el amor de Dios. Entonces es glorificado el Hijo en nosotros, cuando nosotros **creemos** en el amor que Dios tiene para con nosotros en Cristo.

El fruto que tiene que glorificar al Padre es el amor que hace a los hombres discípulos fieles de Cristo. No cualquier amor, sino el amor pleno, que les hace fieles discípulos de Cristo; el amor hasta el sacrificio.

Y así, vamos a penetrar en este misterio de la caridad, del amor. Eso que hoy día tanto se habla: de la caridad. Es la verdadera glorificación del Padre, que está toda en la caridad. Pero vamos a entender bien esta caridad.

La plenitud del fruto que glorifica al Padre es el amor que hace a los hombres fieles discípulos de Cristo. No el amor como tal, así, sino el amor **auténtico,** que si es auténtico les hace fieles discípulos de Cristo. Y es bien curioso notar que el evangelista que más habla de la obediencia de Cristo al Padre es San Juan, el evangelista del amor; porque toda la obediencia de Cristo era en amor, y todo el amor de Cristo a los hombres era en obediencia al Padre. "Para que el mundo conozca que amo al Padre, levantaos, vamos de aquí". Pues bien; así como esta caridad sometía a Cristo al Padre en amor, gustosamente, así la verdadera caridad que glorifica al Padre es la que somete al fiel discípulo a Cristo. Y cuando llega, como en el caso de Cristo, a una sumisión tal, obediente en amor, que le lleva hasta el sacrificio de su vida, entonces la glorificación de la caridad en la Iglesia respecto del Padre y de Cristo, es completar cuando se llega al sacrificio total. Entonces la manifestación del amor es plena.

Por eso, cuando Jesucristo predecía a Pedro lo que pasaría después y le decía: "Cuando seas mayor, otro te atará y te llevará donde tú no hubieras querido ir", dice San Juan que esto lo decía prediciendo la muerte con la que iba a **glorificar** a Dios. Le iba a glorificar con un amor tan grande que lo llevase hasta dar su vida por Cristo. "Para que el mundo conozca que amor a Cristo, levantaos, vamos a la cruz". –Y esta va a ser después la aplicación a vosotras: Para que el mundo conozca que amo a Cristo, vamos a la cruz, vamos a trabajar por Él; hasta dar nuestra vida por Él.

Es la plenitud de la gloria de Dios. De ahí el deseo ardiente que había entre los primeros cristianos de ser escogidos como mártires del amor de Cristo. Ellos ya tenían el deseo supremo: hasta dar la vida por Él, es decir, el deseo ardiente que les poseyese el amor mismo de Cristo hasta dar, en obediencia a ese mismo amor, la propia vida por Él.

El fruto, por lo tanto, que glorifica al Padre, aquél de quien decía: "Yo os mando para que produzcáis fruto, y ese fruto permanezca siempre", el fruto pleno, es el amor que unifica, que lleva hasta el holocausto total, que es la plenitud de la caridad.

Así tenemos que encuadrar la caridad para no desviarnos; a partir de la raíz del misterio mismo de Cristo, que es la caridad.

Ahora bien; cuando en el Nuevo Testamento se habla de caridad, este término de "ἀγάπη" se refiere unas veces al amor del Padre para con el Hijo: el Padre ama al Hijo. Otras veces, al amor del Hijo para con el Padre: Jesucristo ama a su Padre; la misma palabra. Otras veces, al amor del Padre o del Hijo para con los hombres: ama a los hombres. Y otras veces al amor de los hombres entre sí y para con el Padre y el Hijo.

El Nuevo Testamento sólo conoce una **única** caridad: es el amor **unificante**. Y según las circunstancias propone bajo uno u otro aspecto. La caridad es sencillamente el amor mutuo de todo el Nuevo Testamento entre Dios y el hombre y de los hombres entre sí, que existe en Dios, existe en los hombres, y que no constituye más que un único amor: el amor del Padre en Cristo, el amor de Cristo en nosotros, y consiguientemente el amor del Padre en nosotros. Es lo que pedía Jesucristo en la Última Cena: "Para que el amor con que me has amado esté en ellos, y Yo en ellos". Esta es **la** caridad. Con artículo: **la** caridad. Y esta es la gloria de Cristo: el amor unificante. En último término, en su realización plena será en al Resurrección, cuando será todo el amor unificante de todos los bienaventurados con el Padre y con Cristo. Pero entretanto, el cristiano En su vida, ahora, tiene que revelar a Cristo. Revelar a Cristo en él, en cada uno de nosotros; y así la unidad de los cristianos será la gloria de Jesús, que recoge a los suyos y los une. El amor de Cristo nos ha congregado como ovejas dispersas, y las ha hecho constituir esta realidad común, esta unión nuestra, que es la Iglesia, y más concretamente cada una de nuestras Congregaciones, reunidas todas con un amor particular de Cristo, como es vuestro Instituto. Dentro de todo, Él ha reunido este Instituto, como unidas por el amor de Cristo.

Con esto tenemos ya la base de lo que es la caridad fraterna del Nuevo Testamento. La caridad fraterna del Nuevo Testamento es esencialmente **en Cristo;** esencialmente. Porque se funda y brota

de la realidad que constituye la unidad del Cuerpo Místico. No es una cuestión meramente individual de cada uno de nosotros, que nace en cada uno de nosotros y va hacia Dios, no. Sino que al constituir entre nosotros una realidad mística, una unión, una familia, mucho más íntima, en cuanto a su unión, que la que puede existir entre los miembros de una familia terrestre, en cuanto se forma esta realidad del cuerpo místico, brota como expresión afectiva una unión de amor. Mirad. En una familia terrestre existe una unión objetiva de carne y sangre; y de la participación de la misma carne y sangre –que es lo que constituye la familia-, brota una flor afectiva, una unión afectiva, que es la piedad familiar, que está en los padres para con los hijos, está en los hijos para con los padres, está entre los hermanos entre sí. Brota todo de la participación de la misma carne y sangre.

Pues bien; en esta nueva unión real, existente, mística, del cuerpo místico, brota también una floración afectiva, que es **la** caridad. Esa es **la** caridad. La que une a todos los miembros de esta realidad: Dios Padre con el Hijo y con nosotros en el Espíritu Santo.

De modo que Cristo es **todo en todas las cosas**. Por eso, esa realidad en el Nuevo Testamento se atribuye unas veces al Padre, otras al Hijo, otras a los hombres, porque es una única cosa, que nos une a todos: es la caridad que brota de la unión del Cuerpo Místico. Y así es como Cristo es todo en todas las cosas. El amor del Padre y del Hijo está en el cristiano de un modo análogo a como el amor del Padre está en el Hijo, está en Jesucristo; está en nosotros con todo su vigor, con toda su fuerza, con toda su tendencia interior, su dinamismo interior. Y así, vamos a entender perfectamente el principio fundamental de la caridad fraterna.

El fiel cristiano, sintiendo en sí la presencia y la **urgencia** de este amor, como dice San Pablo: la caridad de Cristo, ésa que tenemos nosotros dentro, la caridad comunicada de Cristo, que le pesa, ésa me urge, me impulsa; es como una fuerza interior que no le deja en paz. Ama a los hermanos, y los recoge y los abraza con el mismo amor con el que Cristo lo recogió a él. Por eso nosotros somos cooperadores del Buen Pastor en cuanto estamos llenos de la caridad de Cristo; en cuanto nosotros, viendo a los hermanos, en fuerza de esa caridad de Cristo que está en nosotros, les abrimos los brazos como los abrió Cristo en la Cruz, y los acogemos con el mismo amor con que Cristo nos acogió a nosotros.

Esta es la realidad de la Iglesia: con el mismo amor; porque es la caridad **suya** la que habita en nosotros.

Y si decimos que amamos a Dios con la caridad –notad- con **la** caridad –porque nosotros podemos amar a Dios no con la caridad sobrenatural sino con un sentimiento religioso humano; no hablo de esto-; si amamos a Dios con **la** caridad, es imposible que no tengamos dentro de nosotros esa misma caridad que se abre a los hermanos. Porque, como es una unidad, es una realidad sobrenatural que lleva consigo el dinamismo de abrirse hacia la oveja perdida; quien dice que tiene en sí la caridad, con la cual ama a Dios y no abre sus brazos a la oveja perdida, se ha equivocado; no tiene **la** caridad. Podrá tener un amor humano a Dios, es posible; pero no tiene **la** caridad. Porque si tuviera **la** caridad, tendría en sí el dinamismo interno de la caridad. Y al revés; quien dice que tiene **la** caridad para con el prójimo y no ama a Dios, no tiene **la** caridad. Tendrá la afabilidad, la filantropía; no tiene **la** caridad. La caridad es una unidad. Es el amor de Dios en Cristo que se extiende hasta nosotros y nos comunica un corazón como el de Cristo; como tiene que ser –y lo veremos- toda virtud del hombre cristiano, participación de los sentimientos íntimos del Corazón de Cristo. Y por eso, el dinamismo interno de este amor, hace que se abra uno hacia los demás hombres. Y cuando vemos a un pagano, a un alma alejada de Dios por el pecado, el impulso del amor de Dios en nosotros tiene que llevarnos a tomarlo, a recogerlo, a mostrarle los brazos abiertos. Es la caridad fraterna. Y quien no tiene ese dinamismo, que no diga que tiene **la** caridad, porque no la tiene.

Virtud fundamental ésta de la caridad. En el plan divino, Cristo se manifiesta amante en cada uno de los fieles. Y tiene que manifestarse **Él**, pero con **la** caridad. Notad que la característica de la caridad es, que es gratuita. La caridad de Dios no está determinada por la criatura, no. No es ella la que le atrae determinantemente, sino que Él primero ama a la criatura. Y **la** caridad hacia la oveja perdida no está determinada por **esa** criatura, sino que es el impulso interno del amor de Dios que se

abre hacia ella; es el deseo de comunicar Cristo a las almas. Lo que busca en la oveja perdida el buen pastor, no es lo que la oveja perdida tiene en su ser natural: sus bellezas naturales y sus valores naturales, sino lo que busca es lo que Él quiere **comunicar** a esa oveja perdida. Ese es el verdadero **tesoro**. Lo que ama es lo que Él va a dar. Es gratuito. Y esto es característico de todo verdadero amor de caridad hacia el prójimo. No está determinado por sus cualidades; eso no es **la** caridad. No es malo; no es **la** caridad. La caridad de Cristo es: Cristo que se quiere comunicar a sí mismo a las almas.

Nos une, pues, a todos –y aquí a vosotras en este Instituto- el amor de Cristo; la caridad de Cristo comunicada a nosotros. Tiene que ser amor ardiente. Y nos une a todos el mismo celo por las almas en fuerza de ese mismo amor de Cristo. Y así, vamos a volver ahora la mirada a la realidad de nuestra caridad, que nace de Dios. Toda **la** caridad nace de Dios, viene de Dios, ha bajado hasta nosotros.

Se habla tanto de esto…

Nuestra vida religiosa tiene que ser una familia. Más; nos unen vínculos más estrechos. Por lo tanto, tiene que ser un verdadero amor, donde todos nos amemos ardientemente. Pero fijaos; no tiene que ser como una familia **terrena**. No confundamos estas dos cosas. Tenemos que amarnos; amarnos con ese amor divino que es amor grande, grande amor. Pero sin confundirlo con un amor meramente terreno. Es un amor mucho más hondo, mucho más grande; pero no está fundado en los mismos lazos que el amor terreno.

Por eso, a mí me da mucha pena cuando hay que mantener la vida de familia en la vida religiosa con espectáculos, con copitas, para que cuando se junten las religiosas, pues… estén más unidas en caridad. Fijaos que no digo que esté mal; no juzgo. Lo que digo es que eso no es **la** caridad, **la** caridad. Puede ser que sea bueno, pero no hablemos de fomentar **la caridad**. Si quiere, diga que quiere fomentar la coexistencia, la comunicación mutua, la alegría humana, lo que quiera; pero no crea que va a sostener **la** caridad con esas cosas; **la** caridad. Así no se mantiene, cuando tenemos nosotros dentro **la** caridad de Cristo que busca a las almas.

A la vida religiosa venimos a consagrarnos plenamente al amor exclusivo de Cristo y a dejarnos coger por ese amor total de Cristo hacia las almas. Y si no, nos hemos equivocado. Hemos venido a dedicarnos al amor exclusivo de Cristo. Lo cual quiere decir que hemos venido a hacer nuestro corazón transparente a la plenitud del amor de Cristo a los fieles, del amor de Cristo, que es el que tiene que manifestarse. Esos son inseparables.

Y no es buen amor de Dios el que no nos abre hacia el amor del prójimo. No es bueno. Y esas señales pone algún autor espiritual para conocer si las comunicaciones divinas son auténticas. Si son auténticas llevan a abrirse hacia el prójimo, a desear el bien del prójimo.

Por eso no hay que confundir. Tenemos que poner nuestro corazón a disposición de Cristo. En nosotros tiene que ser Cristo el que ame a los hombres. Pero no caigamos nunca en esa confusión de pensar: Yo creía que la vida religiosa era como la familia donde yo vivía. ¡Oh!, se equivoca. –La Compañía de Jesús es Madre… Madre… Nuestra Madre la Compañía de Jesús… Pero es una Madre seca. Y tiene que ser así. Y si no, te equivocas. Si vienes a buscar dulzuras, que te tengan en brazos y que te ayuden… ¡No!, apóstol de Cristo, religiosa de Cristo, ¡no! Eso no. –De modo que no es lo mismo que la familia terrena. Y no caer nunca en la disposición de aquella pobre novicia, que le decía llorando a su Maestra: -¿Por qué lloras? Dice: ¡Ay! Es que en mi casa me tenían tanto cariño… pero aquí me tienen sólo caridad… ¡Pues bueno!, si no puede resistir esto, si no puede uno mantener esa firmeza, esa dureza, pues… es mejor que lo deje, que no vaya por la vida religiosa. Si tiene que tener siempre al lado a su mamá que es esté atendiendo… ¡No!

Y entramos ya en la famosa y complicada cuestión de la caridad. Pocas palabras se prestan tanto a desviaciones, como ésta de la caridad. En otros tiempos el peligro iba por el iluminismo, el quietismo, por el misticismo. Se abusaba en otros tiempos de todo lo que era más íntimo y espiritual. Hoy se abusa de la caridad. Y se puede decir, en verdad, aplicando a lo que decía el

Señor: **In caritatis vestra invenitur voluntas vestra**. "Con tanta caridad os hacéis vuestra real gana". ¡Oh, cuántas veces! Mucha caridad; lo que le da la gana. –Eso significa la palabra del Señor.

Y se llega en esto, pues a cosas románticas y sentimentales, y a interpretaciones del Evangelio como lo haría un protestante que cogiese un texto solo, y… ¡Aquí está! -¡Pero hombre! –Ponen el ejemplo de un maquinista que lleva un tren. Si hace esta maniobra pues… mata a todo el tren y se salva él. Si hace esta otra maniobra se mata él, pero salva el tren. Y este hombre es ateo y no tiene fe; y hace esa maniobra y se muere allí. ¿Se salva? Pues, ¡eso es la caridad! ¡Claro que se salva! -¡Romanticismo puro! Si ese hombre no tiene fe, se condena; porque sin fe nadie se salva. Eso está muy claro: "El que crea y se bautice se salvará, y el que no crea será condenado". De esto no cabe duda. –¡Pero hombre!, ¡qué pena! –Toda la que usted quiera. Pero si se ha condenado ha sido por su culpa, por su culpa. Ahora; que Dios tendrá eso en cuenta, que es un alma generosa, muy bien. Pero si no ha creído, se condena. De esto no me cabe la menor duda, porque eso es explícito y clarísimo. -¡Ah!, pero es que mire usted, es que… es que allí el Evangelio dice que: estuve enfermo y me visitasteis, estuve en esto… Y ya ve usted, ahí no habla de la fe, y no habla… -¡Pero hombre!, ¿vamos a entendernos el Evangelio a trozos? Entonces, ¿la tradición no significa nada?, y la enseñanza de la Iglesia, ¿no significa nada? ¿Y va usted a coger una frase, la que usted le parece, como quiera, sin tener en cuenta todo lo demás?

Así que eso es fatal. Y es ese empeño, ¿verdad?, esa especie de romanticismo de querer hacer la vida cómoda a todos. Y ahora ya se hace voto de hacer la vida agradable a los demás. Sí, sí… se hace voto de eso.

Pues bien; vamos a ir a las cosas sólidas, como es Cristo; que como les decía, tanta paternidad divina se convierte en abuelez.

Vamos a ver este punto. –Sin fe no se salva nadie. Y sin caridad, virtud teológica de caridad, no se salva nadie. A quién el Señor le comunica, y cómo, y qué medios emplea, eso es otra cuestión. Si a esta persona el Señor le premia ese acto de generosidad con una iluminación y se salva, muy bien. No quito nada. Y esto es claro. –Es que estuve enfermo y me visitaste… -Pero esto, ¿cómo lo conoces?, esto, aislado de todo el resto… En primer lugar, ¿se trata de obras de misericordia o se trata de obras de precepto? Pues evidente que se trata de obras de precepto. –Yo me pasé una tarde en la enfermería con gripe, y no me visitó esta hermana. -¡Hala!, ¡condenada al infierno! -¡Hombre, por Dios! No, no. No quiere decir eso el Señor. Lo que pasa es que todas las obras de misericordia obligan de precepto a modo de ejemplo, de ejemplo. Otras veces se atribuye la salvación a la limosna, otras veces se atribuye la salvación a la sola fe. Y ahí, dentro de los ejemplos que pone de caridad, pues pone unos cuantos. Pero a otro será: Pues mira; fui discípulo tuyo y no me enseñaste ni jota. ¡Al infierno! Porque no le educó al Señor que fue discípulo. –Me procesaste y me condenaste injustamente. Y le condenará por eso.

Lo que nos quiere enseñar el Señor es que toda la observancia del Nuevo Testamento es **cristiana**. Esto es de mucha importancia; cristiana. De modo que el cristiano no es el que meramente obedece, sino es el que obedece **como** a Cristo. Y el verdadero cristiano que actúa, no es el que da al obrero su jornal, sino el que se lo da **como** a Cristo; así, personalmente; como a Cristo; con el mismo amor que a Cristo. Y si lo hace así, se lo hace a Cristo plenamente. Y lo demás, Jesucristo tomará toda esta observancia como hecha a sí mismo. Y lo condenará; aun cuando a él le ha parecido que no ofendía a Dios… Tú me ofendiste cuando no hiciste esto, como si lo hubieses hecho a mí mismo. Te condeno por esto.

De modo que no vayamos por ahí, por romanticismos.

Si viviésemos así, con esta observancia cristiana de la ley, sería una delicia. Si cada uno de nosotros, al hacer un favor a los demás, lo hiciese **como** a Cristo y procurase tratar a los demás **como** a Cristo, ¡qué bien!

Para defender estas desviaciones que a veces se van extendiendo con excusa de la caridad, se recurre a indicar que todo nuestro apostolado y toda la perfección consisten en la caridad. Y es verdad. En **la** caridad. Con artículo: en **la** caridad. Y que la caridad está por encima de todo. –Sí; pero, ¿qué caridad es **la** caridad? La virtud teológica, desde luego; la virtud teológica. Es la única que dicen los teólogos que está por encima de todo. Pero no la afabilidad humana y no el contentar

a los demás meramente; esto no está por encima de todo. Y algunos, que se sienten muy violentos con los vínculos de la obediencia y del silencio, creen que esto impide la plena efusión de la caridad. Porque para ellos… ¡Oh!, ¡la caridad! Son tan plenos, pletóricos de caridad, que eso de estar media hora sin hablar… ¡Hombre…! Y la otra pobrecita que a lo mejor está triste… Media hora sin hablar… Tengo que hablar. ¡Dónde vamos, dónde vamos!

Recuerdo el caso de tres religiosas de una Congregación que obtuvieron permiso del Nuncio de Su Santidad, que era entonces Antoniutti, cardenal Antoniutti; y como les impedía la vida religiosa que ellas llevaban el entregarse a la caridad como ellas querían, pues obtuvieron del Nuncio permiso para dejar la Congregación y dedicarse a su apostolado de caridad en un suburbio de una ciudad. –Y fueron allí, y a los tres meses riñeron. Y se acabó la caridad. Ya está. Eso es; dejaron la Congregación para practicar la caridad, y a los tres meses ya estaban: cada una por su lado. Ya está. Habían reñido. ¡Cómo engaña el demonio con la caridad, la famosa cuestión de la caridad! Si fuese, si hubiese sido **la** caridad, no pasaba eso con **la** caridad.

Eso les pasa infinitas veces. La perfección consiste en la caridad. Sí, si se entiende bien, en la auténtica caridad. Pero no tanto en otras virtudes **subordinadas** a la caridad; sí. Que la caridad no suprime nada, sino que da forma a todo y sostiene cada cosa en su forma. –Y no dejarnos llevar meramente de juicios humanos y de afabilidades humanas.

Vamos a entrar más en esta caridad nuestra, tal como debería ser, para indicar sus caracteres.

Toda la vida de la Iglesia, la vida de cada parroquia, de cada Instituto, vista desde el cielo, desde la altura, debía ser como una flor repetida constantemente, una flor de caridad, una unión de pétalos, de almas, que están unidas entre sí, porque todas están unidas en el pedúnculo común, que es Cristo. **Congregavit nos in unum Christi amor**. Y entonces, sí; sería un espectáculo maravilloso, toda la Iglesia que se presentase así en todas las Comunidades. ¡Y cuánta edificación en los fieles! Esa sería la impresión que más atrajese las almas a Cristo. Todas unidas; no directamente unas con otras por un aspecto exterior, por una práctica exterior, sino unidas porque están enraizadas en la Santísima Trinidad, en al amor a Cristo. Ahí están **fuertes**; cada una de ellas y todas, unidas en el mismo amor. Uniéndonos todos en Cristo nos unimos todos entre nosotros en fuerza de ese mismo amor. ¡Oh, si lo hiciésemos así!

Y éste sería el verdadero camino de la unión con Dios. Y el alma que no entiende esto en la misma vida religiosa, pues no ha dado todavía con el punto.

Santa Teresa, en las moradas quintas, capítulo 3, dice así: “Cuando yo veo almas muy diligentes en entender la oración que tienen” –están allí: si están en el desposorio espiritual, o en el matrimonio o en el segundo grado del matrimonio espiritual-, “muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella” –así: como con la toca por encima, así- “muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir” –ahí, ahí; el dedo se le ha quedado así, así…- “bullir, ni menear el pensamiento” –no un dedo sino el pensamiento- “porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido” –pues les parece ya todo un mundo aquello- “han tenido, háceme ver cuán poco entienden el camino por donde se alcanza la unión y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanos, no. Obras quiere el Señor. Y si ves una hermana enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esta devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si es menester lo ayunes porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello”. Aquí está. “No tanto por ella cuanto porque sabes que tu Señor quiere aquello”. En Cristo, con Cristo. Esta es la verdadera unión con su voluntad. Es en la propia docilidad a ese dinamismo interior de la gracia en nosotros; ahí está. Porque el amor de Dios en Cristo que está en nuestro corazón, que se ha difundido dentro, nos impulsa a eso: a ser cordiales, benignos, a participar de los sufrimientos de los demás, a remediarlos, en fuerza de ese mismo amor interior que tenemos a Cristo.

Y añade Santa Teresa: “Y que si vieres loar mucho a una persona, te alegres más mucho que si te loasen a ti”. Aquí, aquí. Esta es **la** caridad; aquí. “Esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes tendrá pena de veras loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las Hermanas

es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta de alguna, sentirla como si fuera nuestra y encubrirla". Esto es la caridad, esto. Encubrirla enseguida, y no empezar a contar por aquí y por allá: ¿Sabe usted lo que le ha pasado a ésta? No. Encubrirla como si fuese mía; taparla, taparla.

"Cuando os viereis faltas de esto –dice Santa Teresa-, aunque tengáis devoción y regalos y que os parezca habéis llegado ahí, y alguna suspencionsilla en la oración de quietud (que a algunas luego les parecerá que está todo hecho)" -¡claro!, han tenido una suspencionsilla… se me fue el pensamiento; ya… ya…-, pues, "creedme que no habéis llegado a unión". Ya está; bien claro. "Y pedid a Nuestro Señor que os dé con perfección este amor del prójimo y dejad hacer a Su Majestad".

Esto es sano. Aquí tenemos lo que decíamos antes: este amor de Dios en Cristo, que si es auténtico –en la comunicación de Dios-, tiene que llevar a más amor del prójimo; si es auténtico. Como actitud sencilla y espontánea de amor.

Y añade ella: "Que Él os dará más que sepáis desear, como vosotras os esforcéis y procuréis en todo lo que pudiereis y forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo, aunque más contradicción os haga al natural, y procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo cuando se ofreciere. No penséis que no ha de costar algo y que lo habéis de hallar hecho".

Esta es la verdadera caridad, la que tiene que resplandecer en nuestra vida.

Vamos a penetrar bien en esto de la caridad; más adelante.

De modo que **la** caridad no es hacer el propio gusto con excusa de caridad, trayendo el agua a nuestro molino con mucha diplomacia y con mucha delicadeza.

Tampoco es la simpatía natural. No digo que es mala. Algunos cuando no es la caridad, creen que es pecado. No. No es mala. No es eso **la** caridad. Es mucho más grande que eso.

Tampoco es la **filantropía**, esa especie de interés social que tenemos por todos; que nos dan pena en un orden puramente humano: por el estado en que están económicamente, etc. No es esto. Tampoco digo que esto es malo. Es noble, es bueno; pero no es **la** caridad. Y es triste que muchas veces en estos movimientos nuestros actuales, nos interesa más el evitar una incomodidad humana que una ofensa divina. Y creo que no nos moveríamos mucho hoy en el mundo porque Dios sea ofendido o menos ofendido, porque todo el mundo tiene que salvar sus derechos hoy día, menos los de Dios, que no interesan.

Tampoco es el cariño afectuoso que viene determinado muchas veces por elementos humanos; que viene a arrastrarnos. Algo humano que uno encuentra, una ligadura que se establece con lo humano. Es un cariño. Es un cariño afectuoso del orden familiar o semejante. Por eso decía que nuestra vida tiene que ser una vida de familia, pero no como una familia terrena. Tampoco es esto. Tampoco digo que es malo; pero no es esto. –Hoy se insiste mucho en esto: en que hay que amar la persona concreta. Lo de la novicia: "allí me tenían cariño, aquí me tienen caridad"; la persona concreta, cuerpo y alma, tal como es; y amarla así. Y se insiste mucho en esto. Pues bien; con una cierta moderación, es cierto. Cierto que hay que amar la persona concreta, cuerpo y alma, pero de tal manera que uno no se **sumerja** en esto. Tiene uno que moderarlo siempre. Pero desde otro campo. Y es muy curioso que esas personas que hablan tanto de ese amar, amar de verdad, y amar cuerpo y alma, que no apliquen esto a Jesucristo. ¡Qué miedo tenemos de esto: sentimiento en la vida espiritual, sentir internamente, y después resulta que estamos pegados a todo! Pero respecto de Jesucristo, ¡ojo, ojo!, que no te hagas… Es verdad que no tienes que ser sentimental desproporcionado, pero eso se ve en la actuación de todo el día. La persona que: ¡Ay!, todo suspiros… y después no sabe obedecer. No; no, no. Pero una cosa es proceder por sentimiento, por afecto, y otra cosa es proceder **con** afecto. Y no me diréis nunca que el ideal del hombre es proceder por sola razón, sin afecto; no. Un matrimonio dice: Nosotros procedemos muy humanamente, por pura razón. Pues nada; yo pienso: ahora hay que dar un beso al niño; pues… ¡pum!, porque eso es lo perfecto, ¿no?; es de razón. –No me diga usted esas cosas; ni que es lo más humano. No. Hay que proceder no **por** sentimiento, pero hay que proceder **con** sentimiento. Eso es obvio.

Y lo mismo pasa en nuestro trato con Dios. Pues estas mismas almas que son tan exigentes en que hay que amar al prójimo, respecto de Dios dice: Uno… buena voluntad; buena voluntad; pero el amor verdadero, se entiende. –Pues entonces usted, ¿ama de veras a Dios, o no? Deberíamos partir de aquí.

De modo que una cosa y otra. Estoy de acuerdo: hay que amar a Dios y hay que amar al prójimo.

Tampoco es lo mismo que amor, ni amor sobrenatural estrictamente. –A ver si esto también lo cogéis bien-. No es lo mismo que amor. Una persona que está en gracia de Dios y ama humanamente, con amor humano –supongamos entre dos novios que se quieren bien- este amor no es pecado. Es un amor verdadero. Es amor sobrenatural también. Están en un nivel sobrenatural. Pero no es **la** caridad. No es **la** caridad. Es bueno, y amor sobrenatural es. –Y aquí no hacer caso de muchos argumentos filosóficos que se hacen. Que dice uno: Pues mire, todo eso será precioso y tiene usted un talento extraordinario, porque usted me demuestra que todo amor es participación de Dios, participación del amor supremo; todo eso es muy bonito; pero eso no es **la** caridad. –Todo amor terrestre es participación del amor de Dios. También el amor malo es participación del amor de Dios. Si no, no lo amaría. Pero no es **la** caridad. ¡Estaría bonito! Dice: Todo amor honesto es la caridad. -¡Mire qué bien! De modo que dos novios que se quieren, y están amando a Dios; el uno en el otro está amando a Dios. ¡Suerte! Mire usted; está uno trabajando, trabajando a ver si llega a amar a Dios, y los otros, ya están. Eso es… es mucho alambiqueo y mucha cosa; pero uno por sentido común dice: Déjeme usted de cuentos, ¿verdad?, déjeme usted de cuentos. Eso será muy bueno y será lo que usted quiera; pero eso, **la** caridad no es. ¡Trabajo nos cuesta!

Entonces, ¿qué es **la** caridad? La caridad es el afecto cordial; cordial. Y lo pongo así: afecto cordial. No pongo el afecto sensible, el afecto de emotividad sensible; cordial, íntimo, personal. Afecto cordial hacia Dios en Cristo, es **la** caridad, y su extensión afectiva a los hombres; el amor fraterno, como extensión del amor de Cristo. De modo que caridad fraterna es en Cristo por dos aspectos: en primer lugar porque su fuego interior es la caridad participada de Cristo. En segundo lugar, porque su objeto, terminativamente los hombres, los ama como extensión de su amor a Cristo mismo, en cuanto ve en ellos la extensión de Cristo. Y así, los ama. -¡Ah! –y aquí se hace la objeción-, entonces… entonces usted no ama a las personas. Usted los ama en Cristo. Como decía aquel hombre en el hospital a la Hermanita: "Hermanita, usted no me quiere; usted quiere a Dios, pero a mí no me quiere. Usted lo hace todo por Dios", dando aquí a entender que quiere que le quiera. Aquí vemos que hay que amar la persona concreta. –Pues, no señor. Si yo amo así al prójimo, amo al prójimo como lo ama Cristo. -¡Ah!, entonces usted no me ama. –Entonces, tampoco Cristo le ama. Y si no le ama Cristo, ¿quién le ama? Y si le ama Cristo, le amo yo también como Cristo, como extensión del mismo amor de Cristo.

Y se entiende un poco esto. Y voy a detenerme aquí en esto un momento todavía, para explicaros un poco de esta extensión afectiva, para que cojáis bien, y veáis también el proceso normal como se llega a esta auténtica caridad, que no es tan fácil como se imaginan muchos de los predicadores de la caridad. Por todas partes encuentran caridad.

¿Qué significa esta extensión afectiva? Es algo que se realiza muy frecuentemente entre los hombres, sólo en el reino del afecto, del amor. Y así vemos muchas veces, que una persona que nos resultaba indiferente, desde que sabemos que es pariente de tal otra, pues ya se nos hace simpática. "Mire usted; yo no sabía quién era, pero como es prima de no sé quién, pues… me tiene cierta gracia". Ya está. Y lo mismo nos pasa con el número de la calle, del teléfono. Todo esto, primero nos parecía indiferente; ahora, como vive aquí Fulana de Tal, pues, ¿sabe usted que este sitio de la ciudad me gusta ya? Me resulta más agradable. –Es extensión afectiva a los hombres.

¿Cómo procede aquí? ¿Cómo se procede en esto? Pues bien; voy a poneros un ejemplo para ver cómo amamos a las criaturas mismas y las amamos en Cristo y las amamos de verdad, de veras.

Un ejemplo. Suponed una joven universitaria. Esta joven universitaria, aficionada al arte, a la pintura, va a una exposición de pinturas. Y le empiezan a gustar aquellos cuadros, y se encuentra con dos particularmente que le atraen la atención extraordinariamente. Se informa, va enseguida a preguntar quién es el autor de estos cuadros, y le dicen: No; es un autor desconocido, que no ha

querido dar su nombre. –Bueno, ¿pero se pueden adquirir? Sí, sí; eso sí. Aquí tiene usted el precio. Y es un precio que cuesta un ojo de la cara. Pero como tiene dinero, pues: Sí, sí, sí; me los llevo, me los llevo. Es que a mí me entusiasma aquel cuadro. –Y se los lleva a su casa. Les pone buenos marcos… en el mejor sitio de la casa… vez que sale, vez que entra… a contemplar el cuadro, y durante el día de vez en cuando: ¡Ah, si tengo esos dos cuadros! ¡Qué maravilla! Y venga, y venga, y venga. Y así se está. –Hasta que se enamora de un chico, un universitario. Conforme se va enamorando del universitario, los cuadros se van empolvando, los dos cuadros; porque ahora tiene un cuadro vivo, otro cuadro vivo; y se va olvidando. Ya no se acuerda más que del otro, y del teléfono, y llamar, y esto. Bueno. Hasta que, tratando, tratando con el otro, se entera de que el otro, pues también es aficionado a la pintura. ¡Hombre! Y le dice: ¡Pues si tengo dos cuadros! Verás cómo te gustan. Y… a quitar el polvo a los cuadros. Los limpia bien, los prepara bien, pone una lámpara, una luz para que se vean y le llama. Y viene éste a contemplar los cuadros. Y los mira un poco… suelta una carcajada. Y dice: ¡Si estos cuadros los he pintado yo! ¡Son míos! -¡Ah!, no vuelve a caer un gramo de polvo en esos cuadros. No hay cuidado, no. Quiere los cuadros locamente. Más que antes. Los entiende más que antes, porque ahora los entiende de verdad. Ahora los entiende como expresión que son de esa persona, porque son eso: son la expresión de aquella persona a quien ella va penetrando, conociendo, y ahora ve más el valor íntimo que tienen. ¿Los identifica estos dos cuadros? No. Son distintos. Uno es un cuadro, y el otro es otro; y uno le gusta más que el otro o menos que el otro, pero los dos muchísimo porque son de éste. –Extensión afectiva del amor real de los cuadros.

Esto mismo pasa al alma. Y este es el proceso normal.

Nosotros, primeramente nos encontramos con los cuadros, que son las criaturas. Y nos entusiasmamos con ellas. Y estamos, venga con ellas, dando vueltas. Hasta que el Señor se nos hace el encontradizo y nos atrae y ocupa nuestro corazón. Y cuando Él ocupa nuestro corazón, las criaturas se empolvan. Y esto es lo normal. Y no ser en esto exagerados, es decir: ¡Ay de la novicia que no se le empolven las criaturas! ¡¡¡Ay!!! No se enamorará mucho de Cristo. Y que hagan algunos disparates **muy bien hechos**; muy bien hechos; muy bien hechos. Y Dios que es buen Maestro de novicios, a los que ha cogido Él bajo su dirección, nunca les ha impedido hacer disparates. Porque es muy lógico. Y tenemos que tener una gran comprensión de esto. Y no decir: Ya están las novicias ahí… sin sentido común. Pues bendito sea que lo pierden. Y si no lo pierden, mala señal. Poco enamoramiento de Cristo. Pero es que… ¡hombre!, ¡es que no se puede tolerar! -¡Pero hombre! En otras cosas los toleramos. Viene uno que comete pecados mortales de todas clases… ¡mucha comprensión!, ¡pobrecito! Viene el otro novicio que ha hecho un disparate, porque no sé qué… se ha pasado un mes sin bañarse, y, ¡ay!, ¡qué disparate! Pues… tenga también un poco de comprensión. ¡Si es obvio que los cuadros se empolven! ¡Pero si es obvio! Si se ha enamorado de otra persona, pues es obvio.

Hasta que llega un momento, en el cual ya el mismo Señor, le dice al alma: Esos cuadros son míos, son míos. Y le da luz para comprender la realidad. Son míos. Y entonces, ¡ah!, entonces se vuelve también hacia las criaturas, pero de una manera distinta de antes. Las entiende ahora en su verdadera realidad, como las ha hecho el mismo Cristo y las ama el mismo Cristo; como expresión que son de Cristo; como mayor expresión que todavía quiere dar Cristo a ese cuadro y que desea comunicársele más plenamente. Y entonces es cuando ya vive esa vida de fraterna caridad en esta plenitud del amor de Cristo.

Este es el camino normal. Y éste es el verdadero sentido de **la** caridad cristiana. Cuando vivamos así, entonces podremos decir de verdad: "**Congregavit nos in unum Christi amor**". Y así, congregados en uno por el amor de Cristo, iremos también en busca de esa oveja perdida, para que en ella se realice también el plan redentor de Cristo.

MARTA Y MARÍA

Al fin del libro de los Ejercicios pone San Ignacio algunas meditaciones, o puntos de meditación como materias; y son muy breves. Y uno de ellos, uno de esos puntos que él pone, se refiere a la predicación en le Templo. Y dice así:

Primer punto.- Estaba cada día enseñando en el Templo.

Segundo punto.- Acabada la predicación, porque no había quien le recibiese en Jerusalén, se volvió a Betania. –Esa es la meditación.

Esto indica que a San Ignacio le impresionaba este hecho: Tanto triunfo de Jesucristo… enseñaba todo el día… y después nadie lo quería recibir en Jerusalén. Y cuando nadie lo quería recibir en Jerusalén, se volvía a Betania, porque en Betania tenía siempre una casa que estaba abierta a Él.

Manete in me et ego in vobis, dirá Jesucristo en la última cena: "Permaneced en Mí y Yo en vosotros". Jesucristo permanece en mí; yo permanezco en Él. Cuando yo voy a Él, lo encuentro siempre en el Sagrario a mi disposición, siempre orando por mí, siempre dispuesto a comunicarme sus dones. –Cuando Él viene a mi corazón, ¿me encuentra siempre? ¿Soy yo para Jesucristo como la casa de Betania que está siempre abierta? Porque el Señor suele llamar al corazón, por ejemplo, en ciertos días, ciertas fiestas, domingos por la tarde…; cuando se le ofende tanto en tantos modos, Él suele llamar muchas veces al corazón de un alma religiosa, pidiéndole que le consuele; es decir, que le abra su corazón, que se entregue a Él, que se ofrezca por las almas. Cuando viene así, ¿me encuentra a mí dispuesto?, ¿o me hago yo sordo y encuentra cerrada la puerta de mi alma? ¿Soy yo la Betania de Cristo?

Y, ¿qué significa esa Betania de Cristo? Betania es una lección de vida espiritual, que vamos a meditar ahora.

Siempre ha sido clásica en la vida espiritual la imagen de Marta y de María. A veces se interpretan como si Marta significase la vida activa, apostólica; y María significase la vida de contemplación pura: en la Cartuja, o en la Trapa, o en el Carmelo.

No es ése, sin embargo, según parece, el verdadero sentido íntimo; sino significan dos modos de vivir la vida espiritual. Puede ser una religiosa contemplativa, Marta, y una persona apostólica activa, puede ser María, según el modo como vive su vida espiritual. Por eso vamos a estudiar, vamos a considerar y contemplar en la presencia del Señor estas lecciones de Betania.

En el Evangelio nos habla en tres ocasiones de Betania, de Marta y de María. La primera en Lucas, capítulo 10, versículo 38 y siguientes. La segunda en la resurrección de Lázaro, en San Juan, en el capítulo 11, y la tercera en el mismo San Juan, en el capítulo 12, cuando después de la resurrección de Lázaro le hacen un banquete, y María derrama sobre los pies de Jesús aquel ungüento precioso de nardo puro, y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Vamos a considerar estas tres cosas para sacar estas lecciones de vida espiritual.

Primer paso. De Lucas. Es la primera vez que se nos muestran Marta y María. Y vamos a ver cómo se caracteriza la vida de cada una de las dos hermanas.

"Prosiguiendo Jesús su viaje a Jerusalén, entró en cierta aldea, donde una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa". Esta Marta, creen algunos comentadores, era todavía joven, porque si no estaban casadas era porque no habían llegado a la edad. De modo que calculan algunos, Marta tendría entonces unos 17 años. María era más joven; tendría sus 15 años, y Lázaro era el hermano menor. Por eso, en todas estas escenas, Lázaro apenas representa nada, que era un niño todavía de 12 ó 13 años; el hermano menos de Marta y María.

Marta es la hermana mayor, es la que hospeda a Jesús. Y notad que Marta recibe de Jesucristo peculiares muestras de afecto y de amor. A ella se dirige el Señor muchas veces personalmente, la llama por su nombre. Y es que necesitaba más esta especie de atención personal de Cristo. Mientras

que a María nunca le habla directamente; nunca la llama por su nombre, porque no necesita. María está siempre atenta a todo lo que dice Cristo. Y todo lo que dice lo acoge ella, aunque no se dirija a ella personalmente.

Vamos a ver, pues, aquí cómo actúan estas dos, estos dos tipos de vida espiritual.

"Tenía ésta una hermana llamada María, -la hermana menor-, la cual, sentada a los pies del Señor estaba escuchando su palabra". María se sentó allí y no se despegaba de los labios de Cristo: lo miraba, lo contemplaba, lo escuchaba, como embelesada; sin prisa. Fijaos en este gesto de María que es característico: sentada a los pies de Cristo, siempre; como el cántaro de la Samaritana que decíamos en la otra meditación; sentada a los pies de Cristo.

"Mientras tanto, Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era menester": la cocina, la mesa, el comedor… "Por lo cual se presentó y dijo: Señor, ¿no te fijas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile que me ayude. Pero el Señor le dio esta respuesta: Marta, Marta, tú te afanas y acongojas con muchísimas cosas; a la verdad que una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte que no le quitaré jamás". Esta es la primera lección de Betania.

Marta es un alma ardiente, que ama mucho al Señor, indudablemente; mucho. Y es casi una pena que en la liturgia tenga una Misa tan pobrecita. Es la misa de "Comunes Virginum". Creo que merecía una Misa suya, Marta. Mucho amor de Cristo. Una grande figura Marta.

Pero con este grande amor de Cristo, tiene también sus grandes limitaciones en su vida espiritual. Si trabaja, si está moviéndose en la cocina y en el comedor y corriendo de una parte a otra, es **por** amor de Cristo. Está preparándolo todo **para** Cristo. Y sin embargo, trabaja tanto por Cristo, que pierde la paz. Trabaja tanto por Cristo, que se **sumerge** en el trabajo. Y mientras está trabajando, ya no **oye** la palabra de Cristo.

Esta es la limitación de Marta. Y ése es el tipo de Marta en la vida espiritual. El tipo de Marta en la vida espiritual, su característica está en una vida de preocupaciones incontroladas, incluso en las cosas de amor a Cristo. Trabaja intensamente, pero ya no oye a Jesucristo; interrumpe su diálogo con Cristo para servir a Cristo. Y en consecuencia, llega a **corregir** al mismo Jesucristo. Y así le dice: "Señor, ¿pero no te fijas que mi hermana me ha dejado sola? Dile que me ayude"; no la entretengas; dile que me ayude.

Es, pues, el alma Marta, el alma siempre preocupada por novedades en la vida espiritual. Siempre preocupada por cambiar materias de examen, de meditación, de métodos de oración, continuos problemas de acomodaciones; todo para servicio del Señor. Pero es como una criada de una señora de una casa, a quien ha dado la señora la orden de hacer tal cosa, y ya aunque la llame, ya no oye nada; porque es inútil; ahora está haciendo lo que le han dicho. Ya no oye; hasta que termine, como si no existiese; no cuente con ella. –Esta es el alma Marta. Por eso el Señor le responde con una respuesta que es un poco de, una cierta, una ligera reprensión: "Marta, Marta". Le repite, ¿eh? Porque Marta ya estaba corriendo; después que había dicho aquello, estaba ya en la cocina. Es que no espera; Marta no espera. Ella va de prisa. Y tiene que decirle: "Marta", porque si no, no oye, ya no oye. Y le tiene que llamar el Señor: "Marta, Marta; tú te afanas y acongojas con muchísimas cosas". Estás trabajando ahí en tantas cosas que te distraen, te dispersan, todas te acongojan. –Aquí hay una diversidad de comentario. "A la verdad una sola cosa es necesaria". Algunos lo interpretan en un sentido material, que sería el punto de partida: Marta, Marta, estás preparando demasiadas cosas. ¡Si a mí me bastan unos puerritos! Una sola cosa es necesaria; me basta una cosa. –Algunos comentadores lo interpretan así, en sentido material. Pero hay razones muy poderosas para pensar –sin excluir esto- que aquí hay una verdadera lección espiritual. Por lo tanto, se habla del trabajo **dispersivo** de Marta, ocupada en muchas cosas, mientras que "María ha escogido la mejor parte", porque María tiene como oficio oír la palabra de Dios. Y ésa es su ocupación: oír la palabra de Dios. La virtud de María no es que no trabaje. Con esto no se quiere decir que no hay que trabajar, ni mucho menos; sino quiere decir que la ocupación principal, la única necesaria es escuchar la palabra de Dios y no perder nunca el hilo de contacto con Dios, el diálogo constante con el Señor.

Ahí tenemos, pues, los dos tipos, y el juicio del Señor. "María ha escogido la mejor parte, y jamás se la quitaré". No le voy a decir que se vaya, no; déjala en paz. –Así sale el Señor en defensa

del alma serenamente contemplativa, pacífica. Que a veces –incluso en la vida religiosa- se llega a estimar más el alma Marta, que es muy eficaz… Ya San Ignacio decía en su regla: "Se haga más caudal de las virtudes que de las letras y otros dones naturales y humanos". Y a veces, pues no, no se estima tanto. Y aquí está el juicio claro del Señor: "María ha escogido la parte mejor". Y a veces, pues los mismos que tienen que regir a otros en la vida religiosa, se fijan más…: "Mire, mire; déjeme de vidas interiores; aquí una persona eficaz". Y se estima más a ésas que son eficaces, verdaderas Martas, que no al alma de vida interior, de vida espiritual.

Efectos de esta vida de Marta y de esta vida de María, se ven muy bien en el segundo pasaje del Evangelio: En la resurrección de Lázaro, que es el símbolo de la resurrección del pecador. Una realidad, un hecho histórico, pero que al mismo tiempo simboliza la resurrección del pecador por la intervención y por las lágrimas y peticiones de las almas amigas de Cristo; del pecador también amigo de estas almas. Es la resurrección de **nuestras** almas.

Vamos a verlo así, porque además conocemos aquí el Corazón de Cristo; en esta meditación, que es preciosa.

"Estaba enfermo por este tiempo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania, patria de María y de Marta, sus hermanas"; hermano de estas dos. Las hermanas, pues, enviaron a decirle: -Notad que lo que había pasado es esto: que le quisieron prender a Jesús; habían cogido piedras para apedrearle, y después al final les dijo: "¿Por qué me apedreáis? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis, pero si las hago… Cuando no queráis darme crédito a mí, dádselo a mis obras. Entonces quisieron prenderle, mas Él se escapó de entre sus manos. Y entonces se marchó a Perea, a la otra parte del Jordán, a dos días de camino de distancia". Se retiró allí ante el peligro de que los judíos le persiguieran; "se fue de nuevo a lo otra parte del Jordán y permaneció allí"-. Pues bien; ahí está Jesucristo; está con sus Apóstoles, que había escapado de un peligro de muerte.

Y estando allí –en este tiempo-, estaba enfermo Lázaro; y las hermanas enviaron un mensajero que recorriese esos dos días de camino y que le dijese: "Señor, aquél a quien tú amas está enfermo". Oración sencilla, expositiva. Basta. Es la confianza suma. Oración dictada por María, sin duda ninguna. "Aquél a quien tú amas está enfermo". Basta, basta. No, no insistir más. Basta que le digas esto. Que sepa: Aquél a quien tú amas está enfermo.

"Oyendo Jesús el recado, les dijo: Esta enfermedad no es mortal, no es para muerte, sino que está ordenada para gloria de Dios, para que por ella el Hijo de Dios sea glorificado". Imaginad cómo trata el Señor a sus almas; cómo las prueba en la confianza.

El mensajero oye este mensaje, vuelve a Betania tranquilamente, después de dos días de camino, y les dice: Me ha dicho el Señor que no muere. Y le dicen ellas: Pues si ha muerto, ha muerto ya. -¡Qué prueba de confianza! No ha entendido bien. El Señor no dijo que no iba a morir; que no acabará en muerte, sino que será glorificado el Hijo de Dios por ella.

Nosotros entendemos muchas veces mal lo que nos dice el Señor; lo entendemos a nuestro modo. Y de ahí nos vienen muchas veces las dudas, las desconfianzas… porque nos hacemos nuestros planes e interpretamos la voluntad de Dios a nuestra manera, y su gloria tiene que ser de la manera que a nosotros nos parece; y cuando no resulta, pues pasamos grandes oscuridades de espíritu. –Fiarnos de Jesucristo. "Aunque me mates, me fiaré de ti"; aunque me mates. Aunque yo no vea nada, me fiaré de Ti.

Y así están estas dos; reciben el mensaje de Cristo, y ha muerto, ha muerto.

Y ahora, fijaos lo que es el Corazón de Cristo, para entenderlo. Jesús tenía particular afecto a Marta, a su hermana María y a Lázaro. "Cuando oyó que estaba enfermo, se quedó aún dos días en el mismo sitio". Unan estas dos cosas: "tenía particular afecto" y "se quedó dos días hasta que se murió". Y está así: "particular afecto". Y es verdad, es verdad. Si Jesucristo se quedó allí, fue para cumplir la voluntad de su Padre. No era por falta de poder de curar a Lázaro, sino que el Padre quería que **resucitase** a Lázaro. Y si Él hubiese estado presente, ¿cómo podía dejarlo morir allí, Él presente, ante las lágrimas de Marta y María, para resucitarlo a los cuatro días? Estando lejos sí lo podía hacer, porque hay cosas que la presencia física no permite, aun cuando la distancia no impediría la curación; pero la violencia que tenía que hacerse el Corazón de Cristo era diversa. No

tendría sentido: estar allí, dejarlo enterrar, llevarlo, y a los cuatro días: "ahora, quitad la piedra". Mientras que si está lejos, pues eso humanamente es más comprensible. –De modo que era verdad: "Porque amaba con particular afecto a Marta, María y Lázaro, se quedó otros dos días en el mismo sitio".

Después de pasados éstos –cuando ya había muerto- dijo a los discípulos: "Vamos otra vez a Judea". Y aquí tenemos a los buenos discípulos que te tenían un miedo de volver… ¡Lo que hace una afección desordenada! "Que yo no sea sordo a su llamamiento". Aquí éstos… eso de Judea… Hace poco allí las piedras silbaban; y ahora volver a Judea… Y sin embargo, el Señor dice –así ama a Lázaro-: "Vamos otra vez a Judea". Le dicen sus discípulos: "Maestro, hace poco los judíos querían apedrearte y, ¿quieres volver allá?". Ellos se separan un poco, ¿verdad? Vamos –le dicen: ¿quieres volver?, ¿quieres ir? –Jesús les responde: "¡Pues qué! ¿No son doce las horas del día? El que anda de día no tropieza porque ve la luz de este mundo; al contrario, quien anda de noche tropieza porque no tiene luz". Quiere decir eso: no es la hora de las tinieblas todavía, no hay peligro. "Así dijo, y les añadió: Nuestro amigo Lázaro –qué palabras dulces del Señor: nuestro amigo Lázaro-, nuestro amigo Lázaro duerme; pero yo voy a despertarle del sueño". Bastante claro, ¿no es verdad? Un mensaje… estaba grave… va a ir dos días de camino... ¡No va a ir a despertarle del sueño! Era bastante claro. –Pues no lo entendieron. Tenían tal miedo, que no lo entendieron.

"A lo que dijeron sus discípulos: Señor, si duerme, se curará"; buena señal es. Si ya está durmiendo… Cuando un enfermo llega a dormir, pues bueno es; ya se cura. ¿Para qué vamos a ir? –Cualquier cosa con tal de no ir. Segundo binario.

"Mas Jesús había hablado de la muerte. Y ellos pensaban –mirad que no es que fingían-, pensaban que hablaba del sueño natural". Dos días de camino para despertarlo. ¡Parece mentira! Pues pensaban que hablaba del sueño natural.

"Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro ha muerto. Y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí a fin de que creáis". Fijaos la importancia que tiene la fe en la gloria de Cristo, que se alegra de una cosa tan dolorosa para Él, para que crean los Apóstoles, para que tengan un argumento claro de la gloria de Cristo.

"Pero vamos a él". –Y no se movían los Apóstoles, no se movían. Eso de Judea… las piedras aquellas… no les hacían gracia.

"Entonces Tomás, por otro nombre Dídimo, dijo a sus condiscípulos: Vamos también nosotros y muramos con Él". Ahí no va a quedar títere con cabeza; vamos a morir todos. Pero eso no se lo quitaba nadie. ¡Qué resucitar a Lázaro! Vamos a morir todos. Pero vamos a morir con Él. ¡Hala! –Es el pesimista. Tomás. ¡Pesimista! Pero vamos… generoso: vamos a morir.

"Llegó, pues, Jesús, y halló que hacía cuatro días que Lázaro estaba sepultado: dos días de viaje del mensajero, los dos días de Jesucristo… los cuatro días que estaba ya sepultado.

"Marta, luego que oyó que Jesús venía, le salió a recibir; y María se quedó sentada en casa". Aquí están los dos caracteres: Marta, muy amante de Cristo, muy buena, pero curioseando por la ventana: a ver las últimas noticias; a ver qué hay de nuevo. Y se enteró: Pues ha venido Jesús. Y apenas oye, sin que Él la llame para nada, a correr, a recibir al Señor. En cambio María, sentada en casa; quieta, quieta. No tiene prisa; está allí, en casa.

"Dijo, pues, Marta a Jesús: -aquí vemos el carácter de Marta: un poco precipitada, de grande amor a Jesucristo-, le dice: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano". Lo habían repetido muchas veces las dos hermanas, pero con un matiz distinto. Fijaos esta frase; la de María es un poco distinta. "Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano". Y ahora le añade: "Ahora que **ya sé yo** que ahora mismo te concederá Dios cualquier cosa que le pidieras". Fijaos Marta. Marta en el diálogo con Cristo habla, habla mucho. Además le muestra al Señor que ella lo sabe todo. "Si hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano; pero ya sé yo, eso **ya lo sé,** que cualquier cosa que pidas al Padre te la concede". Es casi una herejía, porque no es creer en la divinidad de Cristo. Jesús tiene que pedirle al Padre… Pero Marta lo sabe, eso ya lo sabe, que cualquier cosa que pide al Padre se lo concede. –Y Jesús, que tiene una paciencia enorme, le dice: "Tu hermano resucitará". Palabras de grande consuelo. –Y Marta: "Ya sé yo que resucitará". Ya sabe también esto: "que resucitará en la resurrección universal del último día". Como diciendo:

Precisamente esto lo hemos estudiado en el último círculo de estudios: la resurrección universal. Ya lo sé, ya lo sé. No me dices nada nuevo… Ya lo sé. -¡Qué paciencia tiene el Señor!, ¿verdad? ¡Qué pronto se podía acabar con esta conversación! Unas ganas de darle un cachete, ¿eh?, y decirle: Vete de ahí… Lo sabe todo, lo sabe todo Marta.

"Le responde Jesús: Yo soy la resurrección y la vida". Palabras grandiosas. Tener un amigo que puede repetir estas palabras: "Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en Mí, aunque hubiera muerto, vivirá. Y todo aquél que vive y cree en Mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto, Marta? Le responde: ¡Oh, Señor! Sí que lo creo; y que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que ha venido a este mundo". Como una respuesta de catecismo. Pero, ¿a qué viene eso: que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo que ha venido a este mundo? ¡Si no digo eso! Que Yo soy la resurrección y la vida; ¿crees? "Y dicho esto, se fue". Da la vuelta, y a correr. –Muy amante de Cristo, pero éste es el carácter de Marta; es característico. "Se fue, y llamó secretamente a María, su hermana diciéndole: Está aquí el Maestro y te llama".

Vamos a detenernos un poco. El alma que es Marta, por regla general lo sabe todo, lo sabe todo. Y si alguno la quiere orientar espiritualmente… "ya lo sabía; eso ya lo sabía; sí, sí; eso ya lo he oído, ya lo sé". Pero es un conocimiento de Cristo que no llega al corazón. Para Marta, Jesús es demasiado **hombre**. "Todo lo que pidas al Padre, te lo concederá". La divinidad de Cristo no ha penetrado en lo profundo de su corazón. A pesar de que ella dice que **cree** en la resurrección de su hermano, que **cree** que Cristo es el Hijo de Dios, cuando llega la hora, y Jesucristo le dice: "Quitad la piedra", Marta duda: "Señor, que ya lleva cuatro días, que huele mal…". ¿Dónde está la fe? ¿No decías que creías, que sabías todo eso? –Y el Señor le responde con aspereza: ¿No te he dicho que si te fías de Mí, verás la gloria de Dios?". Fíate de Mí. –Es éste el carácter de Marta. En teoría, brillante; sabe mucho, conoce mucho intelectualmente; agitada; corre de aquí para allá; culturalmente perfecta; y el conocimiento de Cristo no le llega al corazón. La divinidad de Cristo no le penetra hasta el fondo; no **forma** esta vida, no la informa del todo.

María es muy distinta. María se ha sentado a los pies de Cristo. Había encontrado el Corazón de Jesucristo, y eso era todo para ella. Ella fue, sin duda, la que envió el mensaje: "Aquél que Tú amas está enfermo". Jesucristo, para María, es "el que ama". Es el Maestro que ama. Y ella está siempre sentada a los pies del Maestro; siempre. Aun cuando Cristo está lejos y ella está en su casa, está como a los pies del Maestro. María cree profunda y prácticamente en la divinidad de Jesucristo; en una divinidad que es amor. Por eso, no se agita hasta que Cristo mismo la llama. Espera a que la llame. Y entonces, se apresura, sale corriendo. No tiene fórmulas como Marta; llega y se echa a los pies de Cristo y se entrega al amor. Repite casi las mismas palabras de Marta, pero con esta pequeña diferencia. María, en el texto griego, dice al Señor: "Señor, si Tú hubieras estado aquí, no **se me** hubiera muerto el hermano". La pérdida ha sido **suya**, y Jesucristo no hubiera permitido **en ella** este dolor. Es el amor **personal** a ella. Y es verdad. Como hemos indicado antes: lo que no podía sufrir Jesucristo era dejarlo morir a la vista de ellas. –Es el amor.

En Marta parece que la razón por la cual dice que si hubiera estado presente no hubiera muerto el hermano, era por su omnipotencia. Como que, parece casi no creyese que a distancia lo podía haber curado. En el caso de María, no; es el amor. "No **se me** hubiera muerto mi hermano" Me amas tanto, que no hubieras permitido que, a vista de mis lágrimas, muriera mi hermano. Sabe que para el Señor, los familiares de los que se han entregado a Él son atendidos por Cristo con una atención especial. –Y cuando llega la hora de quitar la piedra, María no dudará. "Quitad la piedra". Y María lo sabe; se fía del amor de Cristo.

Pues bien; cuando llega allí María, sencillamente, después de repetir estas palabras: "Si hubieras estado aquí, no **se me** hubiera muerto mi hermano", se echa a los pies de Cristo. "Y echándose a los pies, no dice más; se echa a llorar". "Jesús, al verla llorar, y llorar también los judíos que habían venido con ella, se estremeció en su alma y se conturbó a Sí mismo y dijo: ¿Dónde lo pusisteis? –Ven, Señor, le dijeron, y lo verás. Entonces, a Jesús se le arrastraron los ojos en lágrimas". Las lágrimas de María. No hablaba nada, no le ha expuesto nada: ni que espera esto, si que sabe lo otro; nada. Echarse a sus pies y llorar; nada más. Y Jesús se conmueve. Le milagro de la resurrección de Lázaro lo arranca las lágrimas de María. "Entonces se dijeron los judíos: Mirad

cómo le amaba"; hasta llora. Es el Corazón de Cristo. "Mas algunos de ellos dijeron: Pues éste que abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿no podía hacer que Lázaro no muriese? –Siempre por razón de la omnipotencia, sin ver la finalidad de la gloria de Dios. Y Jesús sigue la voluntad del Padre, aunque sea en cosas costosas a su Corazón.

"Finalmente, prorrumpiendo Jesús en nuevos sollozos que le salían del corazón, vino al sepulcro –que era una gruta cerrada con una gran piedra-, y dijo: "¡Quitad la piedra! Marta, hermana del difunto, le respondió: Señor, que ya huele mal; que ya hace cuatro días que está ahí. Le dice Jesús: ¿No te he dicho que si creyeres, verás la gloria de Dios?". No tienes fe. ¿No te he dicho que Yo soy la resurrección y la vida? –Eso te lo repite también el Señor a ti: ¿No te he dicho…? Pero, es que mi pasado, que todo esto… -Pero, ¿no te he dicho que si te fías de mí, verás la gloria de Dios; que tu santidad, tu vida futura tiene que ser **gloria** de Dios; y verás lo que es la gloria de Dios y el poder de Dios?

Quitaron la piedra. Jesús oró: "Padre, gracias te doy porque me has oído. Bien es verdad que Yo sabía que siempre me oyes; mas lo he dicho por este pueblo que me rodea, con el fin de que crean que Tú eres el que me has enviado. Y dicho esto, gritó con voz muy alta: Lázaro, sal afuera". ¡Qué momento sublime! La resurrección y la vida frente a la muerte. Y con una voz potente, lo arranca de las garras de la muerte. Y sale el que estaba muerto. "Salió fuera ligado de pies y manos con fajas, y tapado el rostro con un sudario. Y les dice Jesús: Desatadlo y dejadlo caminar"; ayudadle.

Es el Señor. Es el milagro de la resurrección del pecador por las lágrimas de las almas amigas de Jesús. Es el amor de María quieto y lloroso quien arranca el milagro. Viendo llorar a María, llora Jesús. –Si queremos convertir las almas, tenemos que estar en la actitud de María. Tenemos que estar en esa actitud constante de quien está a los pies de Jesús llorando, porque son **nuestras** almas. Y entonces haremos algo. Esa actitud la tenía también Ignacio, y la quería San Ignacio, cuando dice en una carta: "Sólo nos resta llorar y rogar a la salud mayor de su conciencia y de todos los otros". 1536. Y en otra parte dice: "No vemos otro medio sino oraciones y buenas obras, encomendándoselo todo a Dios. De allí ha de venir el remedio y virtud para todo lo demás".

Esta es María, María. Serena. A los pies del Señor. Llena de amor a los hombres, porque está llena de amor a Cristo, al Corazón de Cristo.

Y poco después en la <u>última escena</u>, en la unción anticipada de Jesús, se ve también esta actitud de María que penetra en el Corazón de Cristo. Y ella está cayendo en la cuenta perfectamente que las nubes se van ensombreciendo; cada vez más densas; que ya el Señor tiene que morir. Ya ha tenido la intuición de la muerte de Cristo. Y por eso "seis días antes de la Pascua, volvió Jesús a Betania, donde Lázaro había muerto, a quien Jesús resucitó. Aquí le dispusieron una cena; Marta servía; Lázaro era uno de los que estaban a la mesa con Él, y María tomó una libra de ungüento, de nardo puro, de gran precio, y lo derrama sobre los pies de Jesús, y los enjuga con sus cabellos. Y se llenó la casa de la fragancia del perfume".

Es la intuición de María. Su corazón le decía que el Señor estaba poco tiempo con ella, con su cuerpo, con su humanidad. Y quiso darle ese obsequio de amor en su intuición. Y el Señor lo dice así explícitamente, cuando a Judas, que se quejaba de aquel gesto, sin hablar nada a María, defendiendo a María, le dice: "Dejadla que lo emplee para honrar de antemano el día de mi sepultura". Que tiene razón, tiene razón. Su corazón no le engaña. No me tendrá mucho tiempo aquí presente. "Pues en cuanto a los pobres, los tenéis siempre con vosotros, pero a Mí no me tenéis siempre".

Esta es María; es la delicadeza, la intuición. Según creo, María no fue al sepulcro; no es María de Betania la que fue al sepulcro. Porque María no iba con los ungüentos. Le había ungido antes y esperaba su resurrección, como María, la Madre de Jesús.

Pues bien; no es para nosotros una vida contemplativa pura. No es la vida de María en ese sentido que se suele entender, a veces, como si fuese una vida de **pura** contemplación en el claustro absoluto, en la Cartuja, en la Trapa, no. Pero tiene que ser una vida de María en el sentido espiritual. Fundada en la persuasión íntima de que Jesucristo me ama en cada momento, me quiere de día y de

noche, mientras mis potencias trabajan para Él. Se trata de que el esplendor de la fe nos haga elevar nuestras potencias; ver con los ojos de Dios, al modo de Dios, como una claridad y esplendor de virtud. No tenemos que guardar con avaricia las gracias que Dios nos da, sino con esa actitud de quien está a los pies de Cristo, sintiéndonos pobres, incapaces de nada, sin poder resistir a las tentaciones, miserables, pecadores; pero siempre con nuestro corazón fijo en Cristo; fijo en Cristo e implorando: "Señor, el que Tú amas está enfermo". Y que en el frío, nuestro calor sea Cristo, pero de veras. Y que en el calor, nuestro refrigerio sea Cristo. De modo que podamos decir de verdad: "Jesús mío y todas mis cosas". "Teniendo a Jesús en lugar de padres, hermanos y de todas las cosas".

Sobre esta vida de María, sobre esta vida de contemplación en medio de la acción, trataremos en la meditación siguiente.

CONTEMPLACIÓN EN LA ACCIÓN

Vamos a ver lo que Jesucristo desea de nosotros como ideal de vida de unión con Él. No sólo como un comienzo de vida espiritual, sino **el ideal** de nuestra vida apostólica, de modo que vivamos siempre en esa unión, con ese espíritu de María. En ese estado que San Ignacio llama contemplación en la acción.

Dice Jesucristo en una de sus parábolas, que el reino de los cielos es semejante a diez vírgenes que esperan al esposo cuando vuelve de las bodas. Y dice también que es semejante a los servidores que esperan a su Señor. Aquellas diez vírgenes que esperaban, no todas eran prudentes; cinco eran necias, y habiendo tomado las lámparas, no tomaron consigo el aceite. De los servidores dice: "que si viene en la segunda vigilia de la noche y le encuentra en vela, y si viene en la tercera y en la cuarta, se lo encuentra en vela, dichoso aquél siervo. Os digo de verdad, que el Señor mismo se ceñirá y se pondrá a servirle".

Todo esto nos muestra cómo la vida cristiana, en su esencia misma, es una **espera** del Señor, que puede venir a nosotros en cualquier momento del día. No sólo en su visita final, el día de nuestra muerte, sino en las visitas que hace constantemente a las almas. Estar siempre en vela esperando al Señor. Eso es ser cristiano. "**Sperate perfecte**" dice San Pedro en su carta. Es lo que pide también la Iglesia en la Prima del Oficio Divino: **Dominus dirigat corda nostra et corpora nostra in caritatem Dei et patientiam Christi**. "El Señor dirija nuestros corazones y nuestros cuerpos al amor de Dios y a la espera **paciente** de Cristo. Y precisamente la vida sincera, sencilla, de fe, es aquélla que con ojos **puros** está constantemente contemplando al Señor, que se presenta en todas las circunstancias de la vida. En efecto, las visitas del Señor son muy diversas. Visitas del Señor son las cosas agradables y las cosas desagradables que Él nos envía: es la salud y es la enfermedad, es la alegría y es la tristeza, es la consolación y es la desolación. –El domingo pasado leíamos en el Evangelio: "porque si hubieses conocido hoy el día de tu visita…" El Señor venía a visitar Jerusalén en aquél último día de los Ramos. Y así al alma también la visita constantemente, con todos los tipos de visita del Señor: agradables y desagradables. **Sólo un alma pura es capaz de ver al Señor en todas sus visitas. Sólo un alma pura es capaz de ver al Señor en todas las cosas.**

Ya en el Antiguo Testamento encontramos un pasaje que nos habla y representa esta disposición interior. Es el capítulo 19 del libro 3º de los Reyes, o si lo considera el libro de Samuel, el libro 1º de los Reyes. El profeta Elías había tenido aquella disputa con los profetas de Baal. Había puesto aquel altar, ellos habían puesto el buey, habían invocado todo el día al Señor de ellos, al dios Baal, para que bajase fuego y consumase el sacrificio, sin obtener nada. Y por su parte, Elías había invocado al Señor y había bajado el fuego que había consumado el buey que él había puesto sobre el altar. Y entonces Elías dijo: Ahora, cogedles a todos –que eran muchos, 400 ó 500- y los llevó a todos a un torrente y los degolló a todos. No quedó ni un profeta de Baal. Antes la reina Jezabel había degollado a todos los profetas del Dios verdadero. Cuando Acab anunció esto a Jezabel, Jezabel le mandó un aviso a Elías: "Los dioses me den esto y me añadan otras cosas, si mañana a estas horas no estás tú como los profetas que has degollado". Entonces le entró miedo a Elías y se escapó; desesperado, desalentado ante la maldad de Acab, de Jezabel, el estado del pueblo. Y se marchó por el desierto. Y se puso a dormir debajo de un árbol, cansado de la vida. Y dijo al Señor: "Señor, quítame la vida, que yo no soy mejor que mis padres; la vida aquí en la tierra es insoportable. Quítame la vida". Y así, desanimado totalmente, desesperado, se durmió debajo de aquel árbol, esperando la muerte. Un ángel le despertó y le mostró un alimento y una bebida. Elías comió de aquel pan, bebió de aquella bebida, y se volvió a dormir otra vez, esperando la muerte. El ángel entonces le despertó otra vez y le dijo: Elías, come de ese alimento y bebe de esa bebida, porque tienes que caminar mucho; aún te queda un camino muy largo, tienes mucho que hacer". Y él caminó con la fuerza de aquella comida y aquella bebida por cuarenta días hasta el monte Orbe, el monte de la visión de Dios, que el monte Sinaí, el monte de la contemplación del Señor. Y subió al monte, y de nuevo se metió en una gruta de aquéllas que había en la montaña.

Es la reacción del hombre desalentado, que ya no sabe qué hacer. Y se mete en las grutas y se esconde.

Y estaba allí dentro, hasta que el Señor le llamó y le dijo: "Elías –tres palabras claves para la vida de contemplación del Señor-: **egredere**, "sal de ahí, sal de esa gruta"; **sta in monte**, "ponte de pie sobre el monte"; **coram Domino**, "delante del Señor". Estado contemplativo, estado de vela.

La montaña, el monte Orbe es para nosotros el monte de la vida religiosa, con las ayudas de la Eucaristía, del alimento del Señor, en medio de un mundo que para nosotros es hostil en la vida espiritual. No nos entiende, nos persigue. Hemos caminado siguiendo nuestra vocación hasta llegar al monte de la visión de Dios, al monte Sinaí. Y el peligro está aquí: que llegamos al monte y nos volvemos a meter en las grutas, en las concavidades, preocupados siempre con nosotros mismos, hastiados de la vida, ocupados por las pequeñeces de cada momento: que si nos ven o no nos ven; que si nos consideran o no nos consideran; que si nos duele la nariz; que si nuestro apostolado rinde o no rinde. Todas esas pequeñeces, que son como las grutas del monte. Y nos estamos allí metidos dentro, todo oscuro. Hasta que el Señor como a Elías nos dice: Sal de ahí, sal de ti misma, déjate a ti, sal afuera, a la luz, al sol, al día del Señor. **In die Domini**, a la luz esplendente del rostro de Dios. Sal. **Sta in monte**. Estate de pie sobre el monte, en la punta más alta del alma, por encima de las criaturas, y estate de pie. Estar de pie es el estado del que vela. Estar de pie con atención amorosa, con el espíritu, no concentrado en un punto, sino con el espíritu abierto al Señor. Dice San Ignacio: "Antes del lugar donde voy a hacer oración, ponerme de pie, y elevando la mente hacia Dios, pensar dónde voy y a qué". Velar. Manteniendo el alma vigilante y atenta por encima de todas las pequeñeces de este mundo. **Coram Domino**, "delante del Señor"; esperando al Señor, al Señor que viene. Eso es lo que da sentido a la vida cristiana, y más todavía a la vida religiosa fervorosa, perfecta. Salir de sí; estar en el monte; delante del Señor; porque el Señor va a pasar.

Elías se puso allí de pie sobre el monte, delante del Señor. Y cuenta la Escritura que vino un viento fortísimo, y el Señor no estaba en el viento fortísimo. Vino un terremoto, que sacudió todas las rocas del monte, y el Señor no estaba en el terremoto. Vino un fuego que abrasaba todo, y el Señor no estaba en el fuego. Vino, por fin, una brisa sutilísima, un silbo de aire, y allí estaba el Señor.

¿Qué nos quiere dar a entender esto? Que para encontrar al Señor en nuestra vida, no hay que esperar a los grandes acontecimientos, esos que destrozan la naturaleza y que la revuelven toda. No. El Señor viene en el silbo sutil, en el **pequeño detalle de cada día.** Ahí viene el Señor. Es imprescindible para descubrirlo, que el alma esté atenta. En cada momento del día pasa el Señor. **Beati mundo corde quoniam ipsi Deum videbunt**. "Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos **verán** a Dios". Verán a Dios, no sólo en la Patria celeste, sino que verán a Dios los que tienen el corazón puro, en el pequeño detalle de cada día. Allí lo verán. –Y así como nosotros, cuando conocemos a una persona a la que le gusta jugar, darnos sorpresas, gastarnos bromas, y llegamos a nuestro cuarto y vemos que nos han revuelto la mesa, decimos enseguida: Ya está aquí ése, ya ha puesto su mano, inconfundible, no puede dejarme en paz; pues lo mismo con el Señor. El alma que está en vela, ya habituada, apenas ve un detalle: que le han estropeado un plan que tenía, que las cosas le salen al revés, dice: Ya está aquí el Señor. Es el Señor. Es el Señor. Te agradezco, Dios mío, porque las cosas no van según el modo mío. Como San Juan después de la Resurrección en la pesca milagrosa, cuando empezaron a entrar los peces en la red, miró hacia la orilla y le dijo a Pedro: **Dominus est**. "Es el Señor; estas cosas son suyas. Es el Señor".

Pues esto lo hace el alma que tiene fe, todos los momentos del día: La campana que suena, y la orden de los Superiores, y el disgusto, y el contratiempo, y la alegría. Es el Señor. Es el Señor. Es el Señor. Y así, lo encuentra en el silbo claro y sutil de cada día, porque está en vela sobre el monte, fuera de sí misma.

Así le pasó al anciano Simeón en el Templo. El anciano Simeón había recibido una promesa del Espíritu Santo: que no vería la muerte hasta encontrarse con el Mesías que iba a salvar al pueblo. Y Simeón estaba en vela, siempre en vela. Estaba también él encima del monte, en el monte del Señor, **in monte sancto tuo**, en el monte santo, en le Templo, todos los días, saliendo de sí

mismo, delante del Señor, esperándole. Y el Señor se presentó a Simeón, no en la figura grandiosa que hubiese imaginado quien leyera, sin discreción, a Isaías, y a todos aquellos profetas que describían al **gran** Mesías que entraba en el Templo con magnificencia, no. El Mesías no viene en aquel temporal, sino que viene en los brazos de una madre joven. Y él, que estaba en vela, lo reconoció. **Dominus est**. "Es el Señor". Tan distinto de lo que esperaba el mundo. Él no tenía una idea mundana del Señor, sino una idea divina. Y como dice el Señor: "Dichoso aquel siervo que cuando llega el señor, lo encuentra en vela. En verdad os digo que él se ceñirá y lo servirá", pues así se realiza con Simeón. La Virgen se lo deja en sus brazos, y le da el Niño Jesús a él para que lo tenga en sus brazos. Y recibiéndole en sus brazos, entona aquel **Nunc dimitis servum tuum Domine**, "Ahora, Señor, puedes enviar a tu siervo en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, el que has preparado para luz de las gentes, luz para revelación de los pueblos y gloria de tu pueblo Israel". Es el himno que cantamos todos los días en Completas, cada día; como queriendo indicar que **cada día** tenemos que agradecer al Señor, porque lo hemos encontrado, porque lo hemos visto, "porque mis ojos han visto a tu Salvador". Es eso que tenemos que examinar todos los días en nuestro examen: Si he hallado a Dios en el día de hoy, para poder cantar de verdad el "**Nunc dimitis**", ahora puedo descansar tranquilo porque mis ojos, también hoy, han visto al Salvador en el silbo de aire del detalle de cada día. Lo he visto, lo he encontrado tal como Él me había dicho. Y entonces me ha regalado también, porque se ha puesto a servirme y a consolar mi espíritu.

Esto es la vida cristiana perfecta: las vírgenes, el criado que espera al Señor, Elías que está sobre el monte delante del Señor, Simeón que en el Templo espera la llegada del Mesías. Esto es la vida cristiana; la vida, sobre todo, perfecta.

Estamos, pues, llamados a esta vida. Más particularmente nosotros, llamados a la vida religiosa, dedicados a esta vida de María en la contemplación. No en el sentido de María como si fuera una religiosa de clausura en pura contemplación, pero sí en cuanto tenemos que mantener en el alma en nuestra vida toda, la posición de María a los pies del Señor. Tenemos que ser contemplativos en esa actitud interior, siempre atenta al Señor en todo momento. En tiempo de oración, en la oración; en tiempo de la acción, en la acción.

Vamos a aplicarlo ahora en nuestra vida concreta. Vamos a ver si describimos ese estado de contemplación. No es que vayamos a exponer ahora, precisamente la contemplación infusa, estricta, en sentido técnico, sino vamos a exponer algunas ideas, que para nosotros, prácticamente –prescindiendo de muchas explicaciones científicas- nos ayuden para ver cómo tiene que proceder nuestra vida.

Estamos llamados a trabajar, a contemplar al Señor, a vivir en vela. Estamos llamados, no sólo a hacer las cosas **por** Dios, **por** Jesucristo –como Marta-, sino que estamos llamados a hacer las obras **en** Cristo, como instrumentos perfectos suyos que Él maneja, y que están siempre dependiendo de su palabra y de su mirada. Se trata de vivir una vida de unión constante con Dios. Esa vida de unión constante –y en ese sentido verdadera contemplación-, supone que el alma se ocupa con sabor en Dios, como en el **objeto de su felicidad.** Quiere decir que todo el día el alma se ocupa en Dios. No sólo en cuanto hace las cosas **para poseer un día a Dios** al fin de su vida, sino como quien ya ha comenzado la posesión del mismo Dios. Y camina sin prisas. Hace lo que un día María, sentada a los pies del Señor. ¿Qué le falta a esa alma para la felicidad perpetua? Pues que se corra el muro, y que eso que es fe, se convierta en visión. Pero a Dios lo tiene ya, lo posee ya, lo gusta ya inicialmente. Por eso camina con esa paz perpetua, constante, serena. Con deseo ardiente del Señor pero en la paz constante del Señor. La vida de unión contemplativa en el sentido que hablamos se da, pues, cuando el alma, en pura fe, dejadas todas las cosas, busca temblorosa el rostro de Dios invisible que la llama. Esto es la contemplación constante. El alma, en pura fe, no en visión. Porque siempre se trata de **fe**, mientras estamos en este mundo. "Peregrinamos lejos del Señor", como dice San Pablo. Dejadas todas las cosas, en desprendimiento afectivo total. Busca temblorosa –temblorosa por el recuerdo de sus faltas pasadas, que han dejado en ella una profunda humildad-, temblorosa, pero busca animosamente, busca con gran confianza en el Señor, temblorosa, el rostro de Dios invisible que la está llamando. Cuando el alma, pues, está ocupada con Dios en posesión

actual, cuando el alma, dejada todas las cosas, todo absolutamente, busca temblorosa, con ánimo, el rostro invisible de Dios que le está llamando hacia Sí, el alma siente constantemente como una tendencia hacia sólo Dios, sólo Dios. Y en todas partes busca ese rostro de Dios. Es la actitud que indicábamos: **Egredere; sta in monte; coram Domino**. Está buscando el rostro de Dios en todas las cosas y en todo momento.

Esa actitud que leemos en aquella estrofa de San Juan de la Cruz:

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

Así está en todo instante, en toda ocupación, sea oración, sea trabajo, sea conversación, sea enseñanza, sea la cocina, sea la ropería, en todo está buscando el rostro de Dios; como ocupación **principal** suya. ¿Está haciendo apostolado en las almas? Busca el rostro de Dios. ¿Está enseñando a los niños? Busca el rostro de Dios. En todas las cosas. Esto supone un holocausto total de sí mismo. Dejadas todas las cosas, dejado a sí mismo. Supone un grande sacrificio, un instrumento dócil al Señor, que lo busca en todas partes.

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

Lo que dice de cristalina fuente -San Juan de la Cruz- se refiere a las fórmulas del dogma, que nos ofrecen escondido dentro de sí el contenido que es Dios mismo. Y le dice: “Oh cristalina fuente”, ¡Oh verdades dogmáticas! “Si en esos tus semblantes plateados formases de repente los ojos mismos de Dios”.

Pero eso tenemos que decir de todas las realidades también. De todo lo que tenemos entre manos. Y la que está en la cocina, puede decir:

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

Y en la otra que está barriendo o fregando el suelo, dirá:

¡Oh baldosa esplendente,
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!

En otra será en correr de aquí para allá, será en la escuela, en las niñas… Es buscar en todos los sitios, en todas las cosas, el rostro de Dios. Es la obsesión del alma: “si formases los ojos deseados…” Esa es la actitud contemplativa. Esa actitud no se forma por concentración, sino que se realiza por retracción de todas las criaturas y abertura hacia Dios. No es que esté yo pensando en un concepto concreto de Dios, en una imagen concreta de Dios, no. Es una atención amorosa del alma que está buscando. “Sobre el monte, delante del Señor”. Espera, siempre, para poderlo encontrar. “En todas las cosas –dice San Ignacio- busquen a Dios nuestro Señor, apartando de sí cuanto es posible el amor de todas las criaturas –retracción- por ponerle en el Creador de ellas. A **Él** en todas las cosas amando y a todas en **Él**”. Y a San Francisco de Borja –que tenía tantos deseos de hacer

oración y penitencia- le escribía que moderase mucho todo eso, que viviese con devoción constante. Y le decía: "procurando siempre de tener la propia ánima quieta, pacífica y dispuesta para cuando el Señor nuestro quisiere obrar en ella, que sin duda es mayor virtud de ella y mayor gracia poder gozar de su Señor en varios oficios y en varios lugares, que en uno solo. Para lo cual mucho nos debemos ayudar en la su divina bondad". –Es por retracción. "El alma quieta, pacífica y dispuesta; abierta al Señor, para cuando el Señor nuestro quisiere obrar en ella"; que esté siempre atenta. –Por lo tanto, no es formarse una idea, un concepto de Dios, una imagen. Al alma que vive así, si le preguntamos: Pero, ¿qué conoce usted concretamente? Nos responderá: Pues… Dios… Dios… -Pero, ¿qué conoce usted de Dios? Pues… que existe… Dios… -Eso que ha causado tal deseo de conocerlo, es Dios, Él mismo. Le busca a Él. Es la frase predilecta del Señor: ¿A quién buscáis? A Juan y a Andrés que le seguían: ¿Qué buscáis? A la Magdalena: ¿A quién buscas? ¿Por qué lloras? –Y si nosotros podemos decirle siempre, cada momento del día: A Ti. "Te quaerimus". A Ti. El Señor. El Señor. –Y en esa acción que haces ahora, ¿qué estás buscando? –Tu rostro, Señor. –Esa es la actitud, no por concentración, sino por **retracción,** por **separación** de las cosas. "Dejadas todas las cosas a un lado, la mente se abre hacia solo Dios". Por eso, se mantiene el alma –como dijimos al principio de la oración- abierta al Señor; como uno que abre las ventanas para que entre el sol. Naturalmente esto hay que mantenerlo también en todos los trabajos y en todas las ocupaciones: el corazón abierto hacia Dios. Y por ahí es por donde se sabe si un alma trabaja **por** Dios o trabaja **en** Dios. Trabajar **por** Dios no es lo mismo que trabajar **en** Dios. No es lo mismo trabajar **por** Jesucristo que trabajar **en** Jesucristo. ¿Qué diferencia hay? Un ejemplo práctico, para ver la diferencia.

Imaginad una persona que está trabajando en una oficina. Tiene su teléfono sobre la mesa; teléfono que le une al jefe de su oficina. Toma el teléfono, hace el número, oye la respuesta, se pone en contacto y dice, pregunta: ¿Qué tengo que hacer ahora? –Le responden: Tal y tal cosa. –Lo haré con mucho gusto. –Cuelga el teléfono y se da al trabajo. Se sumerge en él, se olvida de todo lo demás. Sólo cuando ha terminado su trabajo después de dos o tres horas, vuelve a coger el teléfono y dice: Esto ya está hecho. –Es el examen del trabajo. Lo he hecho de esta manera y de esta. ¿Está bien? –Le responden: Está bien. –Ahora, ¿qué hago? –purificación de la obra que va a comenzar-. Tal cosa. –Perfectamente. –Esto es hacer las cosas **por** Dios. Muy bueno, muy bueno, no hay que dudar de eso. Una cosa muy buena. Purifica la intención, se da al trabajo, y después se examina.

Pero, ¿qué es hacer las cosas **en** Dios, **en** Cristo? Coger el teléfono y no soltarlo del oído, sino trabajar con el teléfono aplicado al oído. Si el jefe quiere hablarme no tiene que hacer sonar el teléfono; basta que hable, porque yo lo estoy oyendo. Es la posición de María a los pies del Señor: está siempre oyendo. Marta, en cambio, no. Marta cuelga el teléfono para **hacer** las cosas del Señor. Esa actitud, que es mantener los auriculares puestos al oído **en todo**, es lo que nos une al Señor; esa elevación de la mente; ese estar en todo delante del Señor, buscando al rostro de Dios; a ver si se forman los ojos deseados; a ver si veo en todo la mano de Dios; a ver si le conozco en sus visitas de todos los tipos, en cualquier momento que se presente. Es hacer las cosas **en** Dios, como **punto central** de mi vida. Estar esperándole, esperándole. Como uno que espera el autobús, y pasa por encima de las demás cosas, y mira siempre al horizonte a ver si es que viene. –Pues no es éste… Y lo deja pasar porque no le ocupa. No se fija en todo lo demás. Todo lo demás pasa. "Todo se pasa, Dios no se muda". Está solo mirando a ver si asoma por allí el autobús que le interesa.

Esa es la actitud del alma contemplativa. Está buscando a Dios y constantemente dice: Pues, no es el Señor, no es el Señor. **Ahora** es el Señor. Y esta es su verdadera ocupación todo el día: conseguir que su mente no sea ocupada por ninguna otra cosa.

Esta es la ocupación **mientras** espera al Señor: actúa. Y actúa con diligencia. Peor no se da al trabajo; **darse** no. No permite que su corazón se sumerja en el trabajo, se ahogue en el trabajo, sino, se mantiene siempre dueña de su trabajo. Se aplica con toda diligencia, continúa siempre esperando al Señor en él, en su trabajo, oyendo si el Señor habla: "Habla, Señor, que tu siervo escucha" también ahora.

Podíamos designar también esta actitud contemplativa como una actitud natatoria en las criaturas. Como uno que está nadando constantemente sobre las criaturas, y retira las criaturas, sea a

la derecha sea a la izquierda; no es el Señor. Es agradable, pero no es el Señor. Es espiritual, pero no es el Señor. –Desagradables, lo mismo: dolor, sufrimiento, desolación; no es el Señor. Y procura mantener siempre la fuerza que se junta en el alma. Cuida de de las criaturas sin sumergirse en ellas, manteniendo siempre fuera la mente, la parte superior del alma, por encima de todas las criaturas, para que en el momento en que aparezca entre las nubes el sol, **O Sol salutis intimis Jesu regulget mentibus**, el Señor, Cristo, la ilumine inmediatamente y la encuentre dispuesta a ser iluminada. La frase de San Ignacio: "Mantener el alma quieta, pacífica y dispuesta para cuando el Señor nuestro quisiere obrar en ella".

Este es nuestro ideal, el ideal de perfección. Esto supone generalmente en el alma un esfuerzo, un trabajo, un período ascético, por el cual nos disponemos pensando, resistiendo, recurriendo a medios humanos. Para poder mantener esta unión con el Señor durante el día, el alma inicialmente, recordará los misterios de la vida de Cristo, escenas de la Pasión, una jaculatoria, el resumen de la meditación de la mañana. Este es un trabajo previo, que se supone, para poder llegar a lo que hemos indicado, hasta que entra el alma en un período, que es muy delicado, y lo quiero exponer ahora.

Después de un período de verdadero fervor, estas almas buenas, religiosas, que se han enardecido leyendo la vida de Cristo, leyendo libros piadosos, gustándolos, saboreándolos, aun siendo el alma muy fiel, constantemente fiel, pueden entrar en un camino de aridez insistente, en el cual el alma no gusta ya ni la lectura del Evangelio, ni las vidas de los santos, ni otras lecturas espirituales que antes le llenaban de fervor. No las gusta en este sentido, no le causan el entusiasmo de antes, sino que, cuando lee el Evangelio, o lee la vida de los santos, o un libro ascético, sus reacciones son éstas: Está bien, estoy de acuerdo. Termina de leer, ya no le dice nada. Tiene más bien un cierto aburrimiento, y fácilmente empieza a preocuparse. No tiene interés en volverlo a leer y empieza a decir: "Se ve que estoy cayendo en la tibieza, porque no me atraen nada las cosas espirituales. Antes tenía un fervor tan grande… Antes tomaba notas de todo lo que leía en el Evangelio; todo me interesaba. Ahora ya no me interesa. ¿Será tibieza?" –Y fácilmente se confunde con la tibieza este estado, que puede ser muy bien el estado interior de **entrada** en esta actitud purgativa, buscando a solo Dios, solo Dios. Y con todo, si uno la examina un poco en detalle, se distingue de la tibieza, y se distingue sin grandes dificultades. Prescindiendo ahora de otros aspectos que puede haber, temperamentales, psicológicos –que Santa Teresa y San Juan de la Cruz llamaban la "malenconía", la melancolía- prescindiendo de esos aspectos, que se entremezclan muchas veces, la tibieza se distingue en esto: En que el alma tibia no gusta de las cosas espirituales, pero gusta de las cosas **mundanas**. Fomenta sus desviaciones hacia curiosidades, vanidad, hacia ocuparse de cosas del mundo, y consiguientemente le resultan insípidas las cosas espirituales. En cambio, en el alma que está entrando en ese período de purgación y de preparación después de aquel fervor ascético, esta alma ni gusta de las cosas espirituales, ni de las cosas mundanas. ES como un estado febril interior, de fiebre, de inquietud, de no descansar en las criaturas. Una especie de falta de gusto, de descontento más o menos general. Y la razón de esto es: que el alma está orientada hacia Dios con una orientación **íntima**, como **instintiva**, aunque en concreto, no cae ella misma en la cuenta de que está buscando a solo Dios. ¿Por qué? ¿Cuál es esta inclinación instintiva? Pues, porque ha entrado el instinto divino de solo Dios en el alma. Se ha madurado en ella este instinto, de forma como instintiva. –Nos hablan los santos del instinto del Espíritu Santo, el instinto de solo Dios.

Vamos a explicarlo.

¿Qué significa este instinto de solo Dios? No es que el alma vaya detrás de una idea concreta de Dios, de una imagen concreta de Dios, sino que es una elevación como **vaga**, aparentemente indeterminada hacia el rostro de Dios invisible que la está llamando. El alma no cae en la cuenta de que tiene el instinto hacia solo Dios, sino que, pasa algo así como cuando en el tiempo de la pubertad se despierta el instinto sexual en el hombre. Aun cuando esta persona esté sola y no conociera el otro sexo, llegado aquel período, siente dentro de sí una inquietud interior, que no sabe definir y no sabe a qué tiende en concreto. Sólo nota esto: que lo que antes le gustaba –juegos de niños, etc.-, ahora no le gusta, y nota que todo aquello ya no le llena, y tiene una inquietud interior,

un estado febril que no sabe explicar a dónde va ni qué es, pero que de hecho no es más que la maduración del instinto sexual hacia el otro sexo. Pues bien; en este momento que estamos describiendo de la vida de fervor, se ha despertado en el alma el instinto de solo Dios. El Señor ha hecho despertar en el alma esta tendencia; y al tener el instinto de sólo Dios, lo único que nota el alma es que todos aquellos gustos de cosas concretas, aun espirituales, y por tanto creadas, que antes le llenaban, ahora no le llenan; ahora, lo único que le preocupa es el creer que está mal, que ha empeorado, que por sus pecados Dios la ha dejado, aun cuando en realidad, Dios la está llamando ya hacia Sí; y sin saberlo ella misma, está buscando de hecho el rostro mismo de Dios. Por eso decíamos que, dejadas todas las cosas, busca, **temblorosa**, el rostro del Señor, que la está llamando de una forma como instintiva. Así como la paloma mensajera se orienta enseguida hacia su término, así a esta alma se le ha creado ya el instinto de orientación hacia sólo Dios. –Y así como en el caso que hemos dicho de la pubertad, cuando esta persona se encontrase en realidad con el otro sexo, tiende hacia él su inquietud y termina en esa persona el deseo indeterminado que tenía, así también esta alma contemplativa, cuando Dios se le empieza a comunicar de un modo particular, comprende hacia dónde iba orientado su instinto, ese instinto que había nacido en ella y que se había manifestado en esas inquietudes, en esa aridez interior, en esa especie de insipidez.

Un criterio para ver esto en estas almas, para ver que está madurando en ellas un instinto superior, es el de la iluminación subjetiva de esas almas. Esas almas suelen decir que no entienden nada, que no gustan nada, que no tienen ganas ni impulsos de hacer nada. Y sin embargo, en el orden práctico, entienden y captan muy bien la conducta de Dios. Y son almas muy fieles en la determinación, aun cuando no corresponde a lo que ellas puedan pensar de su fidelidad. Y caen en la cuenta con mucha lucidez de las exigencias evangélicas. **Muy** detalladamente. De modo que si se les pregunta: ¿Qué habría de hacer aquí idealmente? ¿Cuáles son las exigencias de la vida interior? ¿Qué significa esta expresión evangélica? Entonces se ve que afinan **muchísimo**. Son muy delicadas. Pero a pesar de eso tienen la impresión, mirándose a sí mismas, de que es todo oscuridad, que no entienden nada, que están dejadas de la mano de Dios. –Es que la luz que reciben esas almas, no es para iluminarles a ellas, sino para iluminarles el camino hacia Dios. Como los faros del coche están dados, no para iluminar el coche, sino para iluminar la carretera que tienen que seguir. Y si uno se pone a mirar a los faros, queda ciego; no ve. No están hechos para eso. En cambio, si lanza sus faros a iluminar la carretera, la iluminan perfectamente. –Esta luz que da Dios al alma, y que va dándole cada vez más progresivamente, es la luz para agradar al Señor, para contemplar al Señor, para seguir los caminos del Señor. Por eso, esas almas afinan mucho en las exigencias del Señor sobre ellas, aun cuando les parece que no son capaces de hacer nada de eso que ven que el Señor exigiría de ellas. –Y esto que he dicho vale como indicación general de un paso difícil en la vida espiritual, que suele presentarse en esos momentos.

De todos modos, volvamos a la actitud hacia la que tenemos que tender; esa actitud de estar sobre el monte, esperando al Señor, buscándole en todas las cosas, buscando en todo, el rostro de Dios. ¿Cómo llegar a esto?

Hay ciertas resistencias en el alma. El alma se resiste por diversas razones. Y en primer lugar, siempre al hombre le resulta difícil seguir a Dios si no lo palpa con sus sentidos. Le gusta tener siempre **algo** concreto que palpar, algo que le deje seguro de que ha hecho lo que tenía que hacer, y que las cosas están así en su puesto. –Así les pasaba a los israelitas cuando iban caminando por el desierto: que al menos deseaban tener una representación sensible de Dios. –Y eso le pasa también al alma. Y por eso, este abandonarse ene. Señor, este ponerse a disposición del Señor, buscando en pura fe el rostro invisible de Dios, le causa siempre un cierto temor y vértigo. Uno quisiera más bien tener la seguridad de que está pisando sobre terreno firme, seguro. Y así el alma resiste como con una resistencia ontológica –diríamos-, por su misma naturaleza. Pero además se presentan ciertas dificultades a toda alma, que le impiden o dificultan llegar a este estado. Vamos a dar algunas normas prácticas para salir al encuentro de estas dificultades, que nos ayuden eficazmente a disponernos hacia ese estado de vida espiritual.

Primer peligro que hay que evitar. Es consejo de San Ignacio en la regla de los peregrinos, y que también el P. Lallemant recomienda mucho. Para evitar este peligro damos este consejo: "Nunca determinar simultáneamente el tiempo en que hay que hacer una obra y la obra que hay que hacer en este tiempo", cuando se trata de cosas precipitadas. Es decir, no hablo de las distribuciones normales que uno tiene; sino algo **empeñativo**. Por ejemplo, uno que dice: "En esta hora tengo que leer estas treinta páginas". Nunca señalar esto. ¿Por qué? Porque esto introduce en el alma dos ideas y dos preocupaciones. Cuando decimos, por ejemplo: en todo buscar al Señor, mantener el corazón libre, abierto, entonces no es que decimos que tenemos que tener dos ideas en la cabeza, no. Peor en lo que hemos dicho: en esta hora tengo que leer estas treinta páginas, ahí sí que hay dos ideas en la cabeza. Esta persona está preocupada por el tiempo y por lo que tiene que hacer en ese tiempo. De modo que, normalmente estará constantemente mirando al reloj: Todavía tengo este tiempo; todavía me faltan estos minutos. Y es obvio, porque tiene dos ideas en la cabeza. –Esto hace daño. Hace daño a la cabeza y hace daño a la contemplación misma, porque no puede estar el corazón libre y abierto. Y no hay cosa más fatal ni que más impida la contemplación que esto. Yo puedo decir: "Tengo que leer estas treinta páginas; hasta que las termine". Muy bien. "Me dedicaré con verdadera diligencia; por Dios, pero con verdadera diligencia, sin sumergirme en ellas; pero si no termino en una hora, será en hora y media". O al revés. Puedo determinar: "Tengo una hora para leer; hasta donde llegue". Pero si quiero unir las dos cosas, es fatal. –Y esto es lo que en la vida religiosa no puede ser. -¡Ah!, pero es que yo soy estudiante, ¿sabe usted?, y tengo que trabajar, y tengo que dar el examen de esta materia. –Pero entonces, ¿para qué se ha hecho usted religiosa? ¿Para ser como una estudiante de fuera? No. El ser religiosa tiene sus limitaciones. Como evidentemente, si uno es de una Orden muy penitente, muy estrecha, y tiene que estudiar, yo le pregunto a este señor: ¿Para qué se hizo usted miembro de esta Orden? –Para hacer penitencia. Pero es que la penitencia, me impide estudiar. –Pues entonces… escoja, escoja. Porque una Orden austera, penitente, y nunca puede practicar la penitencia porque tiene otras cosas que hacer. Pues podía haberse hecho de otra Orden… Usted tiene que practicar como miembro de esa Religión, y si no, ¿para qué se ha hecho de ella? Si no, resulta que vivimos todos igual. Cada uno ha escogido una Orden en la que tiene que vivir un tono de vida concreto. En nosotros, como religiosos, hay una limitación, y es la que lleva esas obligaciones de vida religiosa, que es "estar en el monte delante del Señor". Eso lo puede hacer usted como religiosa. ¡Ah!, pero… es que así… resultará que no soy tan brillante como otras. -¿Y qué? ¿Vamos a hacer más difícil las cosas porque somos religiosos? Este es un punto muy importante. De modo que, hacer el trabajo hasta donde llegue. ¿No puedo más? Pues no puedo más. Si esto es realmente insuficiente para un rendimiento normal de una persona, le corregirán. Pero no tiene usted que trabajar con tanto interés por perfeccionar cada elemento. Y aprender a trabajar, pero no estar nunca con esas ideas que sería **fatal** y difícil de superar.

Segunda dificultad y segundo peligro. Son los puntos de honra en los trabajos que uno hace. Eso que a veces se suele decir –quizás en broma, no sé-, pero es un mal consejo que se da a veces o se oye: "Usted que se va a dedicar a tal obra, a tal trabajo, ¡a triunfar!, por el **HONOR** del Instituto, por el honor de la Congregación, de la Orden. Eso es fatal. ¿Pero es que ahora vamos a estar con la fama del Instituto siempre? Como el primer valor de lo que tenemos que hacer: la fama del Instituto. Como si no tuviese uno bastante poco con la fama personal, ahora le tiene que venir la fama del Instituto. Es la que tiene uno que salvar, que es más importante que la mía. –A veces se suele dar ese consejo, y se introduce eso de las dos Banderas que decíamos: "Punto de honra, el vano honor, la soberbia". Pues no. Trabajar con diligencia, procurar hacer todo lo mejor que pueda, perfectamente; pero no apurarse. Que si a usted no le sale bien, no tenga ningún miedo a que nos deje mal. Esa es la verdadera posición de un Superior. Usted trabaje. Lo que queremos es que agrade a Dios y que llegue a ser una verdadera religiosa. ¿El resultado? Dios dirá. –Eso sí. Eso la es verdad. No ir a triunfar en los trabajos. –Pero es que entonces, ¿si no resulta? Si no trabajo así, a lo mejor después me paso una humillación. –Pero, ¿no dice usted que igual gloria de Dios, que prefiere lo que más le cueste, lo más humillante? ¿O es que vamos a estar siempre así de broma en la vida con el Señor? Este es el caso. ¿Usted espera que llegue un día distinto de los días normales,

en que usted va a vivir eso del tercer grado de humildad y todas esas cosas? Eso hay que vivirlo cada día. Haga lo que pueda. ¿Que después le viene la humillación? Pues bendito sea Dios. Ahí es donde fallamos. Por eso no llegamos a esa contemplación en la acción. Si no llegamos a esto, ¿a qué vamos a llegar? La vida espiritual hay que tomarla con la seriedad que tiene. Con buen humor siempre, pero con la seriedad que tiene. Ese es el punto de honra de que hablaba Santa Teresa, que es uno de los inconvenientes más graves para esta vida de unión con el Señor.

Otra dificultad es la entrega a las obras. **Entregarse** a los trabajos. A veces se da también este consejo: "Usted purifique la intención y después, **se dé** al trabajo". Se propone la dificultad: ¿Cómo me las arreglaré yo para juntamente vivir esa unión con Dios? Y se le dice eso: "No debe dejar de hacer las cosas; no complique. Usted purifica la intención y después se lanza, y adelante". –Pero, ¿y quién le da permiso a usted para hacer esto? Sería como una persona que tiene muy mal genio y yo le digo: "Usted tiene muy mal genio, ¿verdad? Pues mire, no se preocupe. Cuando usted ve que le viene un ataque de rabia, usted purifica la intención, y después se deja llevar". Pero es que, ¿qué entiende usted por pureza de intención? ¿Dejarse llevar después? ¿Eso es pureza de intención? No. La pureza de intención no es sólo un acto previo que yo hago. Purificar la intención es: de verdad, buscar el contentar puramente al Señor, vivir en esta actitud interior en que tenemos que vivir, buscándole a Él en todas las cosas, lo mismo en la conversación como en la oración, como en todo. Y si en la oración decíamos que el acto de presencia de Dios no es un acto pasajero, sino que es el que tiene que informar toda la vida, lo mismo pasa en cualquier otra obra. -¡Ah!, es que eso es complicar las cosas, porque así tiene usted varias ideas en la cabeza. –Pero, ¿quién le ha dicho que tiene varias ideas en la cabeza cuando tiene el corazón abierto hacia Dios? Esa otra manera que les he dicho de la preocupación del tiempo y del trabajo, esa sí. La preocupación por sacar una buena nota; eso sí que es tener dos ideas en la cabeza. Pero el que yo al trabajar, aplicándome con diligencia tenga los auriculares puestos y esté por encima de todo, sin esclavizarme debajo del trabajo, sin sumergirme, sino siendo siempre dueña del trabajo, esto significa hacer del estudio oración. No precisamente hacer un acto de purificar la intención de antemano y entregarse, no; el estudiar con esa actitud interior de buscar a Dios.

Otro punto es la voluntad propia y los derechos propios; y por eso voy a indicar brevemente dos caminos rápidos; difíciles, pero rápidos. **Dos pequeños medios prácticos**, eficaces si los hacéis de verdad.

El primero, que cada vez que veas que no eres dueña de tus ocupaciones, sino esclava de las obras que estás haciendo, te separas de ellas, un momento, un minuto o dos minutos. Sepárate. Yo estaba ya debajo, ya no era dueña, era esclava, estaba sumergida. Sepárate un minuto o dos… y abrir el corazón a Dios y volver al trabajo, aun a cierta distancia, y volver otra vez con los auriculares puestos. Es eficaz y es necesario para nuestra vida religiosa.

Segundo medio muy eficaz también, es proponerse el hacer la voluntad de otro antes que la suya donde no haya pecado ni desagrado del Señor. En todas las particularidades y caprichos que tenemos, en todas. Es que voy a limpiar los cristales, y vamos dos. Y ésta otra tiene un método y yo el mío que siempre me parece el mejor. Y le miro un poco con el rabico del ojo, y veo que va a otro método, y yo me lo tomo igual, el mismo, sin discutir, y lo hago igual. En todo lo que no desagrade al Cristo, el gusto, la voluntad de otra antes que la propia.

La persona que así camina, que se impone esto como norma en todo lo que no es pecado, en cuanto no desagrada al Señor, se dispondrá muy fácilmente, si lo hace así pendiente del Señor, liberada de todo, saliendo de sí misma, se habituará a estar en el monte, delante del Señor y con el corazón puro hallará a Dios en todas las cosas.

PRINCIPIO DE LA PASIÓN

Entramos en las meditaciones de la Pasión de Cristo y de la Resurrección.

Tenemos que evitar siempre en nuestra vida espiritual el escollo de prescindir de Cristo y se de Pasión. No caer nunca en esa tentación que algunas almas sienten y a la que ceden: de querer volar más alto que Cristo, más allá. Cristo para algunas es un paso, que ya han llegado a superar, y ahora ya, no necesitan de Cristo. Eso no es sano. Tenemos que seguir siempre a Cristo, y aun en la gloria, glorificaremos al Padre en Cristo, y Cristo en nosotros. Todo lo que nosotros podemos hacer de grande, lo tiene Cristo en nosotros. Y nosotros, eternamente tendremos que ser almas fieles a Cristo, dóciles a Cristo; de modo que **Él** sea todo en nosotros.

Imitar a Cristo en su Pasión y seguir a Cristo en su Pasión; no olvidarla nunca. San Juan de la Cruz insiste mucho en esto en la subida del Monte Carmelo; en el libro II capítulo VII tiene unas expresiones magníficas. –Porque parece que San Juan de la Cruz es el que lleva al Verbo… aquellas sublimidades… y que desaparece ahí Jesucristo y su Pasión-. Dice así: "Querría yo persuadir a los espirituales" –espirituales llama a las almas de oración, a las almas contemplativas que han entrado ya en esos estados; lo dice él después expresamente; al final de este mismo capítulo, dice él: "hablemos ahora con el entendimiento del espiritual, y particularmente de aquél a quien Dios ha hecho merced de poner en el estado de contemplación, porque, como he dicho, ahora voy particularmente con estos hablando, y digamos cómo se ha de enderezar a Dios en fe y purgarse de las cosas contrarias". –Pues bien; está hablando de los espirituales, de los que Dios ha puesto en este estado de contemplación. "Querría yo persuadir a los espirituales cómo este camino de Dios no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni maneras, ni gustos –aunque esto en su manera sea necesario a los principiantes-, sino en una cosa sola necesaria, que es, saberse negar de veras, según lo exterior e interior, dándose al padecer por Cristo y aniquilarse en todo". Eso es programa. Ahí va. "Porque ejercitándose en esto, todo esotro y más que ello se obra y se halla en ello, y si en este ejercicio hay falta, que el es total y la raíz de las virtudes, todas esotras maneras de andar por las ramas y no aprovechar, aunque tengan tan altas consideraciones y comunicaciones como los ángeles. Porque el aprovechar no se halla sino imitando a Cristo, que es el Camino, y la Verdad y la Vida, y ninguno viene al Padre sino por Él, según Él mino dice por San Juan. Y en otra parte dice: Yo soy la Puerta. Por Mí, si alguno entrare, salvarse ha. De donde, todo espíritu que quiere ir por dulzuras y facilidad, y huye imitar a Cristo, no le tendría por bueno". Bien claro.

"Y porque he dicho que Cristo es el Camino, y que este camino es morir a nuestra naturaleza en sensitivo y espiritual, quiero dar a entender cómo sea esto a ejemplo de Cristo; porque Él es nuestro ejemplo y luz". Y dice eso, explícitamente en su muerte.

"Cuanto a lo primero, cierto está que Él murió a lo sensitivo espiritualmente en su vida y naturalmente en su muerte, porque como Él dijo: en la vida no tuvo dónde reclinar su cabeza y en la muerte lo tuvo menos".

"Cuanto a lo segundo, cierto está que al punto de la muerte quedó también aniquilado en el alma, sin consuelo y alivio alguno, dejándole el Padre así en íntima sequedad según la parte inferior. Por lo cual fue necesitado a clamar diciendo: ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado? Lo cual fue el mayor desamparo sensitivamente que había tenido en su vida. Y así, en Él hizo la mayor obra que en toda su vida con milagros y obras había hecho, ni en la tierra ni en el cielo, que fue reconciliar y unir al género humano por gracia de Dios. Y esto fue, como digo, al tiempo y punto que este Señor estuvo más aniquilado en todo", etc.

"No consiste, pues, en recreaciones y gustos y sentimientos espirituales, sino en una viva muerte de cruz sensitiva y espiritual, esto es, interior y exterior".

"No me quiero alargar más en esto –dice San Juan de la Cruz- aunque no quisiera acabar de hablar en ello, porque veo es muy poco conocido Cristo de los que se tienen por sus amigos; pues los vemos andar buscando en Él sus gustos y consolaciones, amándose mucho a sí, más no sus amarguras y muerte, amándole mucho a Él". Este es el amor de Cristo: amarle mucho a Él, a Él, no sus gustos; y adherir a Él.

Pues bien; tenemos que entrar en esta Pasión, que es el **camino** para imitar a Cristo, para confortarnos con Él.

Es muy importante la Pasión de Cristo, y desgraciadamente se está perdiendo mucho esta devoción y este recuerdo del pueblo cristiano. Y en parte es de nuestra educación, fruto de nuestra educación. **Ecce quomodo moritur iustus et non est qui recogitet corde**. "Mira cómo muere el justo, y nadie piensa en ello". Esta es la tristeza de Cristo en cruz: Verlo ahí pendiente en la cruz, y ya, la misma Cruz tendemos tanto a ponerla como un elemento de arte, que a veces no se distingue ni a Cristo crucificado; sino, es el gusto de ahora: ahora se hace la cruz así. Con tantas ideas, tanta multiplicidad de gustos, de sentimientos, de discursos, de elevaciones, y Cristo crucificado queda ahí arrinconado; nadie piensa en Él. ¡Qué poca gente hace el Vía Crucis, etc.! Y es eso: que se pierde entre los seglares. Antes había más devoción, me parece, a la Pasión de Cristo.

Pensar con frecuencia en la Pasión de Cristo, aunque sólo sea por agradecimiento; y vale para todos los estados de vida espiritual. Por eso tenemos que entrar en estas meditaciones con suavidad. A veces se pierde el fruto de esta semana de Ejercicios por ciertas cosas de las que hablaremos un poco, pero no siempre se obtiene el fruto total. Y eso es una pena. Con suavidad, pero con verdad, acompañar a Cristo en su Pasión.

Además, es la fortaleza para **nuestra** pasión. Hemos sido asociados a la Pasión de Cristo. San Pablo habla de su conversión, de todas las riquezas que él tenía en el judaísmo, las glorias que él había heredado y a las que renunció todas y las consideró como estiércol por conseguir a Cristo, por conquistar a Cristo; y dice entonces –como esencia del cristianismo que había encontrado-: "para conocer a Cristo". –Conocer no se entiende intelectualmente, sino venir al conocimiento íntimo de Cristo-. "Para conocer a Cristo, y la virtud de su resurrección, y la compañía de sus pasiones". Ese es el cristiano. No como en etapas sucesivas, sino que siempre participa de esto. Al compenetrarse con Cristo, recibe en sí la fuerza de su resurrección, que es la gracia, es el consuelo, y al mismo tiempo la compañía de sus pasiones; simultáneamente. Y en los sufrimientos, goza uno; pero sufre. Las dos cosas. Y así les dice muchas veces a los cristianos: "El Señor que nos consuela en todas nuestras tribulaciones". Y les dice otras veces: "Y habéis soportado con alegría que os arrebataran vuestros bienes". Y así siempre. Es, unido. No imaginar el cristianismo: consolación pura y no hay nada que sufrir, no. Y nunca prometer esto a los fieles, porque no es el cristianismo. El cristianismo, cuanto más cristiano normalmente, más sufre; pero, más se consuela también. Porque el Señor, donde abundan las pasiones, hace que abunde también la consolación de Cristo. Hay una unión muy íntima. Tanto es así que, Jesucristo cuando habla de glorificar al Padre, habla ya de su muerte; su muerte glorifica al Padre. Y es muerte dolorosa, muy dolorosa; pero al mismo tiempo Él tiene la visión beatífica. Y aun cuando no llega a la parte inferior, se realiza este misterio, que después se vuelve a repetir en todo cristiano auténtico. Es un sufrir y gozar al mismo tiempo.

Es el misterio del cristiano y es el misterio del apostolado, de la redención. Está aquí. En tiempo de Pasión, la Iglesia suele cantar el himno **Vexilla regis prodeunt**. "Avanzan las enseñas del Rey". Pues bien; esas enseñas del Rey son: la muerte y la resurrección, unidas. Es Cristo crucificado, pero que tenía alrededor de su cabeza aquellos rayos que todavía quedan en los crucifijos, que significan la gloria. Es el trono desde el cual reina Cristo; y esto es por su resurrección. Esas son las enseñas del Rey: muerte y resurrección. Y así, Cristo crucificado **glorioso** es el signo de salvación, hacia el cual tenemos que volver nuestra mirada, como los israelitas en el desierto sobre aquella señal, aquella cruz con aquella serpiente que había elevado Moisés, para que los que habían sido mordidos por la serpiente, recobrasen la salud. Así nosotros tenemos que volver nuestros ojos a Cristo crucificado. El cristiano tiene que ver siempre la cruz coronada de gloria.

Jesucristo expresa esto –y vamos a detenernos un poco en ello- en un pasaje del Evangelio de San Juan, poco después de lo que meditábamos ayer de la resurrección de Lázaro y de la unción anticipada de Betania. En el capítulo 12, en el versículo 20, después de la entrada de Jesús en Jerusalén, en este ambiente que se va adensando contra Cristo, en el ambiente de la resurrección de Lázaro, que habla de su muerte, sepultura, resurrección; cuando las sombras de la persecución están cada vez más negras, se presenta a la comitiva de los apóstoles un grupo de griegos, diciendo: "Queremos ver a Jesús". Introducidos a la presencia del Maestro, Jesucristo pronuncia unas

palabras que, a primera vista, parecen muy altas, una doctrina muy elevada, pero que no corresponde a lo que han pedido los gentiles. Y sin embargo, tiene mucho que ver; es la respuesta de Cristo a la petición de los gentiles. En efecto, ante la mirada de Cristo, en aquel momento, se extienden todas las masas de los gentiles, de los paganos de todos los tiempos, las cuales, representadas por esos griegos, se acercan con el deseo ardiente de ver a Jesús. **Domine, volumus Jesum videre**.

En el Evangelio de San Juan el **ver** a Jesús no significa verle con los ojos materiales, sino que significa verle en su gloria de unigénito del Padre. Significa conocerle íntimamente. Significa entrar en su amistad, tratar con Él como amigo. Pues bien; estos griegos querían **ver** a Jesús, querían establecer un contacto de amistad con Jesús; y por eso se acercan a los Apóstoles. –Es el deseo de tantas almas que, sin saberlo ellas mismas, están torturadas en el fondo de su alma con este deseo de **ver** a Jesús. Y ellas mismas no lo saben. En cuántas inquietudes de espíritu, en cuántos vacíos del corazón, en cuántas turbaciones, en el fondo del alma está este deseo: queremos **ver** a Jesús. Y cuando uno llega ya a Cristo; ha caído en la cuenta que ese vacío, que esa falta de su interior, que esa insatisfacción es el deseo de ver a Cristo.

Pues bien; ante el deseo de verlo, expresado por aquel grupo de griegos en representación de toda la humanidad, de todos los gentiles –recordad la tentación del demonio en el desierto: "Todo esto te daré si postrado me adoras"-, ve ahora toda esa extensión. Jesús, al ver esto, ve también llegado el momento de manifestarse a todo el mundo y conquistarlo por el camino de la Cruz, que es el verdadero camino, el único camino de salvación. **Volumus Jesum videre**. Y Jesús dice: Pues para verme, tengo que morir en Cruz; para que me podáis ver. Es el camino del cual trataba de desviarle el demonio en las tentaciones del desierto, cuando le ofrecía el camino de la gloria para conquistar todo el mundo. Entonces Jesús había respondido: "Al Señor solo adorarás y a Él solo servirás". Y ahora siguiendo fielmente ese servicio y adoración del Padre, se encuentra con la cruz inminente, que será el camino por el cual se va a manifestar al mundo todo y conquistarlo. "Cuando Yo sea levantado en la Cruz, todo lo atraeré a Mí".

Pues bien; en este contexto de la fructificación de Cristo, de la glorificación de Cristo, de la conquista del mundo –**Adveniat regnum tuum**-, con este panorama de cruz y de gentilidad ante sus ojos, Jesucristo pronuncia el misterio de la Redención, el misterio de todo apostolado; también del nuestro, si queremos colaborar con Cristo; y el misterio de la ascética cristiana misma. Oigamos de los labios de Cristo. Es un principio fundamental, **misterioso**, que nos quedará siempre en misterio y siempre sin acabar de entenderlo del todo: "Si el grano de trigo no muere queda el solo; pero si muere, entonces produce mucho fruto". Principio **misterioso**, que por mucho que penetremos, quedará siempre oscuro en nuestra mente; porque es verdadero misterio de vida ascética y de vida apostólica. Y que es la clave de la vida ascética y de la vida apostólica. Tenemos que guiarnos en el misterio.

Están claros en las palabras del Señor los dos aspectos: la muerte y al mismo tiempo la resurrección, la fructificación, la gloria. Y estos dos aspectos están muy unidos; casi son dos aspectos de una misma realidad.

Vamos a examinar qué pasa con el grano de trigo. ¿Qué significa ese "morir" del grano: "si el grano no muere" ¿Muere en realidad el grano?

Jesucristo se estaba sirviendo de un hecho común, diario, en la vida campesina. Para que fructifique el grano de trigo hay que sepultarlo bajo la tierra. Tiene que germinar, tiene que morir, tiene que pudrirse aparentemente; pudrirse en ciertos aspectos. Porque, notad; la vida misma del trigo no se pudre, la vida misma del trigo no muere; sino que precisamente para que se desarrolle la vida, tiene que morir el grano en cuanto grano, en sus apariencias de grano; tiene que destruirse la corteza, el límite que sofoca la vida en su interior, que la limita. La vida misma **interior** es la que, en su expansión vital, requiere la ruptura y la corrupción de la corteza que la ahoga. Eso pasa en el grano de trigo. De hecho, no muere.

Ahora bien; ese grano de trigo es Jesucristo; Él lo sabe perfectamente: Cristo, Dios-Hombre, que lleva en Sí toda la vida divina dentro de su Humanidad unida a ella hipostáticamente. Y esa

totalidad de su ser, Dios-Hombre, la Palabra de Dios encarnada, ésa es el grano de trigo. Y ese morir; tiene que ser despreciado, escupido, muerto, sepultado. Si muere así, si soporta todos esos sufrimientos, entonces sí, entonces produce mucho fruto. Entonces crece, grana, se multiplica; y será esa mies inmensa que Él está viendo ante sus ojos. Pero si no muere, si ante la realidad dura que se presenta como proceso de la fructificación, se echa atrás por miedo de la muerte, entonces, si no rompe la barrera de limitación que sofoca la pujanza de la vida, queda solo; como el grano que cae rodando por el camino fuera de la tierra, y queda allí, solo, abandonado, junto al camino, sin fructificar. Es la verdadera muerte del grano. Ahora, la que muere es la vida. No muere la corteza; no muere la apariencia exterior, sino la vida que estaba dentro del grano de trigo. Queda solo allí fuera.

He aquí el significado de toda la Pasión de Cristo; es éste. Pasión de Cristo que es fructificación, que es glorificación del Padre, manifestación a los hombres de las riquezas íntimas de su Corazón, que ama a todos, en esta obra grandiosa, que es la reparación del pecado, la justificación nuestra, la resurrección.

Pero esto no vale sólo para Cristo, sino que también vale para todos aquellos que se asocian a su obra redentora. Por eso Jesucristo inmediatamente generaliza su expresión. Él ve toda la realidad, como la ve siempre en todos los planes de la vida. Y ve que su ejemplo, y su realidad y su muerte y su glorificación tienen que repetirse en cada uno de cuantos han de asociarse con Él como cooperadores de su obra de Redención. Y entonces propone un principio más general: "El que ama su alma, la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna"; en ese mismo sentido que hemos dicho. Si alguno quiere conservar intacto todo lo que tiene, y tiene miedo de perder la vida, perderse a sí mismo, la vida corporal, sus comodidades, éste las perderá y perderá su vida íntima. Perderá la vida íntima, y con ella, también la vida corporal. Pero si es capaz, **quiere**, y da su vida aparente y la pone bajo tierra, entonces dará mucho fruto y salvará su alma, salvará su vida. Y añade el Señor: "El que me sirve, sígame, y donde esté yo, esté también mi servidor". Aquí está toda la obra de la Iglesia, asociada a la cruz de Cristo: "El que me sirve que me siga". Donde va el Señor, allá va su servidor. El gran principio de la imitación de Cristo, que seguirán tanto más cerca las almas, cuanto más tengan que cooperar con Cristo en la redención de los hombres. Lo que salva a los hombres, no es el simple amor. El amor que glorifica grandemente al Padre, es el amor que llega hasta dar **la vida** por Cristo, como Jesucristo ha dado su vida por las almas; el amor que se hace holocausto, donación total, que cae bajo la tierra, y muere. Sea porque muere de una vez para siempre, dado toda su vida, sea porque en **cada momento** vive su holocausto y **muere** a sí mismo, y en todo momento está ofreciendo todas sus fuerzas y todo su ser a la **pura** voluntad de Cristo.

¿Esto es difícil? –Sí. -¿Cuesta? –Cuesta; y cuesta mucho. Por eso Él ha ido delante; para darnos su fuerza y su ejemplo. "Si alguno tiene que dar su vida, que me siga a Mí que voy delante. Que fije su mirada en Mí, en Cristo crucificado. Y donde esté yo, también estará él, porque también él glorificará al que le haya glorificado". Y si hemos participado de la cruz de Cristo, nos pondrá a su lado el día de la resurrección. Es lo que dice Jesucristo terminando: "Si alguno me sirve, mi Padre le glorificará, le dará gloria".

Todo esto cuesta mucho. Por eso es tan difícil. Por eso el Señor encuentra tantos que quieren estar con Él, pero encuentra tan pocos que sinceramente quieran cooperar con Él en la redención de los hombres. Y apenas nos encontramos con la cruz, nos asustamos. Cuesta.

Recuerdo aquella joven, que era religiosa y que tuvo que dejar el noviciado por una enfermedad muy grave, de la cual murió a los pocos años, con 24 ó 25 años de vida. Y cuando en la enfermedad sufría y estaba ya casi muriendo, aquella joven decía en momentos de espasmo: "¡Oh, grano de trigo, cómo te cuesta morir; cómo te cuesta morir!" –Cuesta; cuesta el morir.

Más; sería imposible que de nuestra parte pudiésemos acompañar en el sufrimiento a Cristo, si no estamos **íntimamente** unidos a Él. Y no podemos estar íntimamente unidos a Él, si Él mismo no nos escoge, no se une a nosotros, y así, formando una unidad con nosotros, no nos asocia a Sí en amor. Hay muchos que sufren simultáneamente con Cristo: Cristo en la Cruz, y ellos en otra cruz, pero sin estar unidos con Él con unidad de amor. Y así no se puede sufrir. "Sígame"; si alguno me

ama, me quiere servir, "sígame". No podríamos acompañarle sin que Él mismo, conocedor de nuestra miseria, no se infundiera en nosotros como vida nuestra., para que creciendo en nosotros Él, que es nuestra vida, "vida de nuestra vida", rompa también la corteza, y el germen de la vida fructifique en nosotros.

Por eso, parece que Él ha querido instituir antes de su Pasión el Sacramento de la Eucaristía, como recuerdo de su Pasión y memorial de su Pasión, pero al mismo tiempo, como medio de asociarnos a su Corazón, para tener así la fuerza de acompañarle en la cruz.

Vamos a considerar esta Pasión de Cristo. Y vamos a empezar por la Eucaristía, para asociarnos con Él.

Jesucristo, en la Última Cena, comienza con el lavar los pies a los Apóstoles. Pues vamos a empezar también nosotros por aquí, para asociarnos al amor de Cristo y a la Pasión de Cristo.

Ambientémonos un poco en espíritu de oración. Jesucristo, antes del lavatorio de los pies, ora. Ora como siempre ha orado ante los grandes acontecimientos de su vida. Como oró antes de la multiplicación de los panes, levantando los ojos al cielo. Como oró antes de la Transfiguración. Como oró antes de las tentaciones del desierto. Pues también ahora ha llegado el momento supremo, en el cual se expresará plenamente como el Mesías enviado por el Padre; y en este momento supremo, habrá también Pan –como en la multiplicación de los panes-, que sale de la boca de Dios, que es la Eucaristía. Y habrá elevación, como cuando lo llevó el demonio al pináculo del Templo; esta elevación será la Cruz. Y habrá un reino, como el demonio se lo había presentado, y este reino será el fruto de la Redención. "Cuando Yo sea exaltado de la tierra, todo lo atraeré hacia Mí". Ora Jesús.

Y envía dos de sus discípulos para que preparen la sala de la Última Cena. Y quiere que la sala esté bien adornada, porque es la noche del Amor de Cristo.

Entremos en el Corazón de Cristo, en los deseos **íntimos** de Cristo. –Dice Jesús: **Desiderio desederavit hoc Pascha manducare vobiscum ante quam patiam**. "Con deseo **ardiente** he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer". "Con deseo he deseado"; por servir al Padre, por agradarle; como cuando se quedaba en el Templo. Con deseo. Todo lo que es agradar al Padre es el alimento de Cristo. –Deseo grande también de salvarte a ti. Con deseo grande. Antes de padecer por ti. Con deseo grande. Porque esta Pascua, como canta la Iglesia en el himno de Santo Tomás: **Novum Pascha, novo leges**, "la Pascua nueva de la nueva Ley", es la Eucaristía. "Con deseo he deseado comer contigo esta Pascua", porque la Eucaristía es lo que va a hacerle el alimento y el banquete con el cual se va a unir contigo, con cada uno de los hombres en todo el Nuevo Testamento. Con deseo he deseado comer esta Pascua **contigo**, **esta Pascua** de la Nueva Ley, antes de padecer; con sufrimiento. Porque esta Pascua va a ser el memorial de la Pasión de Cristo. –Que a veces, muchas cosas que hacemos nosotros, que son muy hermosas y muy necesarias: en el modo de oír la Misa, en el escucharla en grupos, uniformemente; todo eso es muy hermoso y muy necesario; pero no olvidemos que es memorial de la Pasión de Cristo, recuerdo de la Pasión de Cristo. Y que no oiríamos bien la Misa, si no recordáramos la Pasión de Cristo, que lo ha dejado para eso en el último momento: "Haced esto en recuerdo mío", en memoria de mi Pasión.

Con sufrimientos. Con deseo ha deseado esta Pascua para quedarse **contigo**. Con vosotros, con cada uno de los fieles. ¡Lo que desea padecer por ti Jesucristo! Desea quedarse; desea dar su vida; todo.

Contraste. –Mirad; el Jueves Santo y la Última Cena es el día del Amor, de la manifestación del Amor **personal** de Cristo. La Eucaristía es **misterio de Amor**. Si el misterio cristiano es caer en la cuenta sinceramente y creer que Dios nos ha amado, el Sacramento de la Eucaristía es el Sacramento que nos indica más a las claras ese amor de Cristo. Y eso se ve desde su preparación: "Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros". Por eso empieza el mismo lavatorio con esas mismas palabras de San Juan: "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo".

Pues bien; parece que en toda esta parte de la Pasión –que comienza aquí, en la Eucaristía-, parece que Jesucristo ha querido asociar este anuncio del amor grande suyo, en todo, al recuerdo de nuestra ingratitud para con Él. Y así Jesucristo ha querido que los Apóstoles uniesen siempre estos dos aspectos: el amor suyo y la ingratitud y la frialdad de los hombres. Y esto se veía desde este primer momento, desde el lavatorio de los pies; y después en la Eucaristía.

Jesucristo, con grande deseo desea dar su vida y comer esta Pascua con los Apóstoles. Y los Apóstoles disputaban entre ellos quién sería el mayor. ¡Qué contraste! Jesucristo desinteresado; llevado en fuerza de su amor hasta dar su vida por ellos, y ellos… quién de ellos parece que era el mayor, el primero. ¡Qué dolor para Cristo! Y sin embargo, ¡qué compasivo es Jesucristo! En esa misma Cena –que nosotros hubiésemos dicho: ¡qué falta de respeto!; es una cosa muy grave-, en esa misma Cena, Jesucristo dice a los Apóstoles: "Y vosotros estáis limpios, aunque no todos". Pero a esto, parece que ni siquiera le da importancia. ¡Qué comprensivo es Jesucristo! En sus mismos sufrimientos, ¡qué comprensivo es! Y en esta Última Cena precisamente les dice Él a los Apóstoles: "Vosotros sois los que habéis permanecido fieles conmigo en los días de mis pruebas, y yo voy a prepararos un buen sitio en el cielo". Y es el juez de vivos y muertos. ¡Qué comprensivo es! –Que tengamos esta idea grande del Corazón de Cristo. Que es verdad que Jesucristo nos va a juzgar; pero tampoco tenemos que imaginarlo como un juez mezquino –que no lo es nunca-. Es un gran caballero; en todo. –Y nos encontraremos con grandes sorpresas. Yo estoy seguro que muchas veces el juicio de Jesucristo sobre nosotros es más benévolo que el nuestro; por nuestras angustias, por nuestro complejo de inferioridad, por nuestras inseguridades personales, por nuestra soberbia, que no quiere reconocer las propias limitaciones como Él las reconoce. Y estoy seguro que el día del juicio, el Señor te va a decir muchas veces: "Esto que pasó… hasta aquí resististe; te lo cuento por bueno. Después, caíste. Bien. Después te arrepentiste. Pero hasta este momento fueron todo méritos tuyos, hasta el último momento en que cediste". –Te encontrarás con grandes sorpresas. Es muy comprensivo el Señor; muy comprensivo. –"Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en los momentos de mis pruebas". Parece que el Señor les podía haber dicho: Siempre habéis estado igual. Nunca acabáis de entender lo que os digo. Sois insoportables. –No. Jesucristo les comprende.

El grande dolor de Jesús es Judas; la espina de Cristo en toda esta Última Cena. "Estáis limpios –les dirá enseguida-, mas no todos". –Pues bien; en este momento, con grande amor de Cristo –frialdad de los hombres, incomprensión de los hombres-, Jesucristo se levanta de la mesa y les leva los pies. –El lavatorio de los pies, que sobrecoge a Juan. Y se ve que todavía estaba él impresionado cuando hablaba, cuando escribía de aquella escena: "La víspera del día solemne de la Pascua, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin", hasta el extremo, hasta la muerte, pero hasta todo lo que se podía amar. "Y acabada la Cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle" –siempre el contraste: el amor de Cristo, la ingratitud de los hombres-, "Jesús, que sabía que el Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestido, y habiendo tomado una toalla, se le ciñe; echa después agua en un lebrillo y se pone a lavar los pies de los discípulos y a limpiárselos con la toalla que se había ceñido". Esto a Juan le deja sobrecogido.

Lo miran con asombro. Empieza a lavar los pies, arrodillado a los pies de cada uno de sus amigos, de sus Apóstoles. Y lava los pies de Judas. Esto está claro; porque después de esto dice: "Vosotros estáis limpios, mas no todos". Si no, no hubiese lavado a todos. Lava los pies de Judas. ¡Qué repugnantes los pies de los que anuncian la traición! Si el salmo dice: "¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio!", también podemos decir: ¡Qué repugnantes los pies de los que anuncian la traición!, de los que habían ido allí diciendo: ¿qué me queréis dar y yo os lo entrego? –Y sin embargo, es inútil. Judas no se conmueve. –Es el alma endurecida, que por mucha misericordia del Señor y muchas delicadezas y muchas humillaciones del Señor, que se pone a sus pies a servirle, una vez que uno toma ese camino de decir: "Yo ya estoy así; adelante", no se mueve. ¡Qué misterio el del corazón humano!

Jesucristo consuma en Él las últimas ternuras y las últimas delicadezas de su amor para conmover a aquella alma sin remedio, sin fruto. Y pasa a los demás, con el corazón deshecho internamente. ¡Es tan fino el Señor! ¡Y es tan sensible a las ingratitudes de los hombres! ¡Y aquel Judas ha recibido tantos favores suyos! Pero no; está endurecido, está endurecido.

Vox mundi estis, sed non omnes. Y eso lo siente Cristo hasta el fondo: "no todos". Hay uno que no. –Y entonces pasa, y llega hasta Simón Pedro. Y Simón Pedro, con aquel ímpetu, un poco así, recio, pero de grade amor de Cristo, cae en la cuenta de lo que está pasando allí, y al ver que Jesucristo se le arrodilla a los pies, y que le quiere lavar los pies, no puede soportar eso, y le dice: "Señor, ¿**Tú** lavarme a mí los pies?". **¿Tú a mí?** –Si le había dicho ya en la pesca milagrosa: "**Apártate** de mí, que soy un hombre pecador", ¿ahora ése mismo me va a lavar los pies? –No lo entiende. –Y es verdad, y es admirable. "Yo soy el que hablo contigo"; pero mucho más es "Yo soy el que te lavo los pies".

Y Jesús le responde y le dice: "Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora", no hace falta que lo entiendas; "lo entenderás después". –Le dice Pedro: "Jamás me lavarás Tú a mí los pies"; ni ahora, ni después, ni nunca. Por ahí no paso. –Un poco duro; un poco seguro de sí mismo; un poco confiado en sus fuerzas. Impetuoso, pero de buen corazón. Y al alma que tiene un buen corazón y que ama de veras a Cristo, ¡qué bien se le domina!; ¡qué fácil es llevarlo, si ama de veras a Cristo!, aun cuando tenga algunos ímpetus.

Le responde Jesús: Muy bien. "Si yo no te lavo, no tendrás parte conmigo". Ya te puedes marchar. –Y entonces Pedro, al ver que aquello se pone serio, le dice: "Señor, no sólo los pies, sino las manos y la cabeza"; todo lo que haga falta, con tal de no marcharme de tu lado. "No permitas que yo me separe de Ti". Señor, haz de mí lo que quieras; pero yo contigo, contigo. –Y entonces le dice Jesús: Si me lo hubiese dicho esto Judas, que le lavase todo… porque está todo necesitado. "El que acaba de lavarse no necesita lavarse más que los pies, estando como está limpio todo lo demás". –Se refiere a las costumbres de Palestina, que cuando pasaban un río, etc., generalmente entraban en el agua, se bañaban. Con el calor… con el sudor… el polvo… -Bien; el que se ha bañado así recientemente, pues está limpio. Lo único es que en el trozo de camino que ha hecho, se el empolvan los pies. –Pues bien; el que se ha bañado hace poco, basta que se lave los pies. "Y vosotros, limpios estáis, aunque no todos". Y Judas lo oye, y nada. Quieto. "Que como sabía quién era el que le había de hacer traición, por eso dijo: No todos estáis limpios". –Pensad que el Señor pueda decir esas cosas de nosotros: "No todos estáis limpios".

Esto me enseña –es el juicio de Cristo sobre los Apóstoles-, me enseña a no asustarme por mis pequeñas faltas. No. Porque, aun cuando me manche en el servicio sincero de Cristo –que hay momentos de debilidad y de fragilidad-, ahí está el lavatorio de los pies de Cristo. Ahí está Jesucristo, dispuesto a lavarme los pies. Y así tengo que acercarme al examen de conciencia y a la confesión; no a torturarme el espíritu, no; sino a sentir las manos amorosas de Cristo que me lava mis faltas. Y con más admiración que Pedro, debo decir yo al Señor cuando me viene a lavar: "Señor, **Tú a mí** me lavas **mis** pecados con tu sangre, ¡con tu sangre! Hasta eso has llegado. -¡Cómo debo ir así a la Penitencia!, a sentir las caricias de esas manos redentoras de Cristo. Con humildad; dejándome lavar. Que es necesario; que sólo Él me los puede lavar.

Y después le dice el Señor: "¿Comprendéis lo que acabo de hacer con vosotros? Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies uno al otro. Os he dado ejemplo, para que lo que Yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también". Tomar esto como programa de vida. Ofrecerme a lavar los pies de los demás, las faltas de los demás; a esconderlas, a no publicarlas, a remediarlas, aun cuando tenga que mezclar mi sangre con la sangre de Cristo –que no sólo me ha lavado los pies con agua, sino con su sangre-, ayude también con la mía, con mi vida, con mi sacrificio, a lavar los pecados de los demás, las faltas de los demás; para que reine en todo la caridad auténtica de Cristo.

Así ha instituido Jesús también la confesión; como el lavatorio continuado de los pies de los fieles; el ministerio de la misericordia de Cristo; la preparación para la Comunión, que es el Sacramento del Amor.

Decíamos que este Sacramento de la Eucaristía –pasamos a este punto de la institución de la Eucaristía- que este Sacramento de la Eucaristía que ha dejado el Señor como recuerdo y como muestra de su amor personal, parece que ha tenido interés en que se asocie también al recuerdo de nuestra ingratitud.

Siempre en los Apóstoles –o en los relatos evangélicos-, siempre están unidas esas dos expresiones: "En la noche en que era traicionado, Él instituyó la Eucaristía". Es –parece- el recuerdo, el memorial del amor de Cristo hasta la muerte, y de la ingratitud nuestra hasta el deicidio, hasta la muerte de Dios. Sabiendo que era traicionado; sabiendo. Lo sabía; lo sabía. Sabía quién era el traidor, y sabía que le estaba traicionando. –De modo que esto en nuestra vida no nos tiene que asustar nunca. En la noche de la ingratitud de los hombres se instituye el Sacramento del Amor. Vamos a verlo así. **In qua nocte tradebatur**.

¿Qué traición era ésta? Judas es el que le traiciona. En la noche en que era traicionado por Judas. Judas, la espina del Corazón de Cristo en la Última Cena. "El traidor", le llaman. Y cuando sale Judas del Cenáculo, el Señor se encuentra aliviado; respira. **Nunc clarificatur Filius Hominis**. "Ahora es glorificado el Hijo de Dios"; ahora se realiza ya su muerte y su pasión; ahora va a buscar ya a los verdugos, a los soldados. Y Juan, que estaba penetrando en aquella noche de misterios el Corazón de Cristo, sabía que era Judas el que lo traicionaba, porque el Señor le había dado la señal; y fijó su mirada en él cuando salía precipitadamente. Y se fijó que, cuando abría la puerta, era **autem nox**, "era ya de noche", era noche oscura. Noche, en Jerusalén; noche, en el alma de Judas; noche, en el Corazón de Cristo. **In qua nocte tradebatur**. "En la noche en que era traicionado por Judas". –Judas sale; y Cristo, aliviado. –Pensar que alguna vez Cristo se pueda aliviar con que yo me aleje… que desaparezca de su presencia…

En la noche en que era traicionado, no sólo por Judas, sino por **Pedro**; en esa noche, en que Pedro le iba a traicionar. Y Él lo sabía, y se lo había predicho: "Esta noche, antes de que el gallo cante, tú me habrás negado tres veces". La noche **negra** para Cristo, cuando se quedó con nosotros. En la noche en que era traicionado **por mí**; en la noche de **mi** ingratitud, de mi pecado; cuando yo estaba en pecado. En esa noche en que yo le ofendía, en la noche de nuestra ingratitud, saltó el rayo del amor de Cristo. Precisamente **en nuestra ingratitud**. Y con este amor precisamente, nos arranca de ese estado nuestro, para aplicarnos el fruto de su Pasión y para unirnos a él en la obra de la Redención. **In qua nocte tradebatur**.

Jesucristo tiene delante toda la visión oscura de la ingratitud humana; esa noche negra; y está viéndote a ti a través de los siglos, después de dos mil años, y te conoce, y te ama, y por encima de este océano de ingratitudes, quiere estar contigo, quiere eso: **personalmente** estar contigo. Y entonces, sobre esta visión –diríamos maléfica- de todos los males, de todos los sacrilegios, de todas las ingratitudes, el Señor eleva sus ojos hacia el Padre, a la visión beatífica, y entonces, contemplando al Padre y para agradar al Padre y en fuerza del amor al Padre, en el que nos ama a todos, da el salto gigantesco de quedarse en la Eucaristía. Supera todas nuestras ingratitudes, y se da. **Dedit se**; "se da a sí mismo". Se me da a mí. Es el don de Dios, a mí. **Si scires donum Dei**. "¡Si conocieras el don de Dios!" Ese es el don de Dios. Y se entregó a **cada uno de los fieles**. Se entrega; se deja en sus manos. Y con obligación de que lo tomen; en la noche de la ingratitud de ellos, cuando ellos no lo querían y no querían estar con Él y querían echarle fuera de este mundo.

Cristo encubre su rostro bajo las especies de la Eucaristía para que le comamos, para que sea alimento y vida nuestra, para que nos transforme en Él. **Si scires donum Dei**. ¡Si supieras lo que tienes en esa Hostia!, lo que es el don de Dios… ¡cómo la desearías! ¡Qué hambre tendrías de Eucaristía! **Si scires donum Dei**. –Pedir al Señor que nos dé luz para conocer el don de Dios; para poder decir de verdad mirando a la Hostia: **Jesus meus et omnia**. "Jesús mío y todas mis cosas". Aquí tengo todo; ya no necesito más. –Y después de la Eucaristía, después de la Comunión, tú lo tienes todo, todo. "Jesús mío y todas mis cosas".

Y así instituye la Eucaristía. Bajo los signos visibles, se da Él a sí mismo; inmolado. Y se a **mí**, pecador. A cada una de sus ovejas perdidas; como a Zaqueo, como a la Samaritana. En los demás Sacramentos me da su gracia; aquí se da a Sí mismo, fuente de la gracia, para ser Él mi vida.

“Así como Yo he sido enviado por el Padre y vivo por el Padre, así el que me come vivirá de mi vida”; para ser Él mi vida como cabeza del Cuerpo Místico; para que en todo yo me rija por su moción y su sentimiento; para actuar la realidad sobrenatural de esa vida divina del cuerpo místico, en la cual, el miembro vive de la cabeza, es prolongación de la cabeza, es dócil a todo lo que viene de la cabeza. Para ser **Él** mi vida, la vida del miembro, y para ser **Él** el fundamento de la caridad fraterna; para que unidos todos en Él, como los pétalos de la flor en el pedúnculo, estemos todos formando esa flor de la caridad fraterna. **Congregavit nos in unum Christi amor**. “Nos ha unido a todos en uno el amor de Cristo”, de modo que sea “todo y en todas las cosas Cristo”.

Y examina un poco esto. Examina un poco tu actuación eucarística. ¿Aprovechas la presencia eucarística de Cristo? ¿Practicas la adoración de Cristo, a veces la adoración nocturna de Cristo, cuando te lo permiten? ¿Fomentas en las almas la adoración de la Eucaristía, sin dejarte coger por corrientes y cosas, que para eso está ahí? ¿Adoración de Jesucristo? ¿Lo consideras una persona viva? ¿Sabes –en cualquier sitio donde vas, en cualquier casa, en cualquier parte de la casa donde tú estás trabajando- sabes colocarte en dirección al Sagrario? ¿Sabes situarte y orientarte: ahí está el Sagrario más cercano? Allí está Cristo, allí está el centro de la casa, allí está Él. **Hoc facite un meam commemorationem**.

Tenemos que acordarnos mucho de Él, que así recordaremos la Pasión. La Eucaristía en medio de nosotros, es la presencia corporal del Señor, personal, que está siempre influyendo en nuestra vida y que se convierte en el centro de toda la vida cristiana. Si la vida cristiana es ese diálogo con Cristo, con Dios en Cristo; si la vida cristiana no consiste en no pecar solamente, sino estar convencido y vivir que Jesucristo es una persona viva, que tiene parte en nuestra vida, esto se realiza de una manera eminente en la Eucaristía. No lo olvidemos. Él está aquí, Él está aquí.

Como la Jerusalén celeste, toda la ciudad celeste, está iluminada por el Cordero Inmaculado, que ha sido inmolado como lo describe el Apocalipsis, así también la Jerusalén terrestre, la Iglesia, toda ella gira alrededor de Cristo Eucaristía; es como el centro. Y esto muy particularmente en la vida religiosa, en la cual ocupa el lugar central de toda la casa. ¡Qué hermoso es ver así toda la vida cristiana, toda la vida religiosa centrada en la Capilla, en la Eucaristía. Y desde que se levantan por la mañana, a Jesús Eucaristía; y cuando se van a comer, a Jesús Eucaristía; y cuando se van a acostar, a Jesús Eucaristía; y así toda la vida.

Es el centro, es el sol de la Casa Religiosa; y lo mismo debemos procurar de parte de nuestro apostolado y de nuestro trabajo; que sea el centro de cada Parroquia, de cada familia cristiana. El centro de todo el cristianismo es Jesucristo presente en la Eucaristía, que sólo en nuestra asociación con Él encontraremos la fuerza para comprender y para vivir como Él ha vivido. “Donde esté Yo, allí estará mi servidor”. Y gracias a esa unión con Cristo, que es la que da sentido a toda nuestra vida, podremos penetrar en la participación con la Cruz de Cristo.

Adoremos así a la Eucaristía y pidámosle esa fuerza y esa gracia para entender su Cruz, para sentir dolor con Cristo doloroso y para hacer que esa luz de Cristo se refleje también en nuestra vida.

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Vamos a hacer la meditación sobre la oración del Huerto. Pero primero vamos a explicar los puntos particulares de esta tercera semana de los Ejercicios.

Aquí concretamente pretendemos una gracia particular. Se trata en esta semana de sentir –como gracia de la semana misma, para llegar a aquel ideal de agradar en todo a Jesucristo, para transformarnos en Cristo-, sentir dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena **interna** de tanta pena que **Cristo** pasó por mí. De la pena de **Cristo**. Sin desviarnos de esto.

Naturalmente no es una gracia sencilla ésta, sino que es difícil. Y hay que reconocer que no siempre se obtiene en los Ejercicios. ¿Por qué? Lo veremos enseguida, quizás, por qué: la gracia que pretendemos aquí, no es sencillamente una compasión humana al ver los sufrimientos de Cristo. Cualquier persona de corazón noble que asistiese a la Pasión de Cristo y lo viese, sentiría pena, sentiría compasión, como la sentimos aun oyendo la muerte o viendo la muerte de un ajusticiado.

No es esa compasión humana. Cuanto más viva tenga una la imaginación y más tierno tenga el corazón humanamente, tanto más, al representarse con viveza la Pasión de Cristo en un cuadro muy al natural, sentirá pena e incluso lágrimas; pero sería una compasión humana.

Ni siquiera bastaría el que esa compasión tuviera como fondo un espíritu de fe, pero **humana** todavía. Es decir: Uno que pasase entonces por el Calvario y viese a Jesucristo crucificado, sin saber quién era, sentiría pena; porque es un hombre que sufre. Aun cuando tuviera fe y supiese que es Cristo, mientras quedase en esa compasión humana, todavía no habría llegado al ideal supremo de esta gracia que aquí pretendemos. El ideal de esta gracia es mucho más. La compasión humana en espíritu de fe, es sólo una preparación para esta gracia interior, que es participar de la pena **interna** del mismo Cristo; como sumergirnos en la pena de su Corazón. Sentir pena de la **pena de Cristo**. No de mi pena. No de que yo me queda sin Jesús porque muere, sino de la pena que Él tiene dentro. Penetrar en ella; entrar en la pena de Cristo. –Por eso, "dolor con **Cristo** doloroso, quebranto con **Cristo** quebrantado, lágrimas, pena interna de **tanta** pena como **Cristo** pasa **por mí**". Cuando decimos pena interna –de nuevo insisto-, excluimos los nervios, que son superficiales. **Íntima**, en lo íntimo del corazón nuestro. Ni es el sentimiento inicial, que a veces se da en un comienzo de vida de fervor. Es algo mucho más profundo. Es penetrar en el Corazón de Cristo, sumergirnos en su amargura, que es infinita; de Dios-Hombre. Si penetrásemos un poco lo que Cristo siente ahí dentro… cómo repercuten en Él todas las heridas, todos los sufrimientos físicos que en los demás hombres no tienen esas raíces de profundidad divina.

Fijaos que en la Pasión, el pecado que cometen los hombre: Pilatos, e incluso aquellas piadosas mujeres de Jerusalén que lloraban por Cristo, y a las que Cristo, de hecho, reprende; porque hay que entenderlo como una verdadera reprensión cuando les dice: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque si en el árbol verde se hace esto, en el seco, ¿qué se hará?" Es una especie de reprensión. ¿Por qué? Porque estas piadosas mujeres, estas mujeres de Jerusalén, como Pilatos, como Herodes, como los mismos judíos, están considerando en aquel que sufre al **puro hombre**, al puro hombre. Y si uno no ve más que el puro hombre en Cristo, no hay ninguna razón para pensar que los sufrimientos de Cristo superen a los sufrimientos de tantos otros que han sufrido en este mundo. Los sufrimientos de Cristo, considerados así, en su realidad humana, no son superiores a los que han sufrido muchos otros. Total, duraron… no llegaron a 24 horas. Poco tiempo. Pero, ahí estaba precisamente el pecado: el considerarlo como puro hombre. Y así Pilatos les dice: "¿Qué acusación tenéis contra este hombre?" **Ecce homo**. "He aquí el hombre". Y las mujeres de Jerusalén lloran al hombre. Por eso el Señor les dice: Si vosotras tenéis pena por esto que veis, que consideráis vosotras en mí, más vais a sufrir vosotras dentro de poco, como castigo por esto.

De modo que, no caigamos en este pecado nosotros; sino, hay que penetrar en el misterio del Corazón del Dios-Hombre que sufre. "Pena de tanta pena como Cristo pasa por mí".

Digo que es un sufrimiento íntimo, si el Señor nos lo concede –y aquí veremos por qué a veces no lo concede-.

Santa Teresa en las moradas quintas, en el capítulo 2, dice así: "¡Oh grandeza de Dios!, que pocos años antes estaba esta alma, y aún quizás días –pocos días antes-, que no se acordaba sino de sí. ¿Quién la ha metido en tan penosos cuidados? Que aunque queramos tener muchos años de meditación, tan penosamente como ahora esta alma lo siente, no lo podremos sentir. Pues, válgame Dios, si muchos días y años yo me procuro ejercitar en el gran mal que es ser Dios ofendido, y pensar que estos que se condenan son hijos suyos y hermanos míos, y los peligros en que vivimos, cuán bien nos está salir de esta miserable vida, ¿no bastará? Que no, hijas, no es la pena que se siente aquí, como las de acá; que eso bien podríamos, con el favor del Señor, tenerla, pensando mucho esto; mas no llega a lo íntimo de las entrañas". Pena **interna** de tanta pena. "No llega a lo íntimo de las entrañas, como aquí, que parece desmenuza un alma y la muele, sin procurarlo ella, y aun a veces sin quererlo". Allí lo tiene dentro. Le queda allí, sin quererlo. Fijaos en la expresión: que parece que **desmenuza** el alma y la muele. "Pues, ¿qué es esto? ¿De dónde procede? Yo os lo diré.

¿No habéis oído que la Esposa, que la metió Dios a la bodega del vino, y ordenó en ella la caridad? Pues esto eso, que como aquel alma **ya se entrega en sus manos** –aquí está la raíz- **ya se entrega en sus manos**, y el gran amor la tiene tan rendida, que no sabe ni quiere más de que haga Dios lo que quisiere de ella (que jamás hará Dios, a lo que yo pienso, esta merced, sino a alma que ya toma por muy suya), quiere que, sin que ella entienda cómo, salga de allí sellada con su sello. Porque, verdaderamente, el alma allí no hace más que la cera cuando imprime otro el sello, que la cera no se le imprime así, sólo está dispuesta". Recordad: el alma quieta, pacífica y dispuesta para cuando el Señor quiera obrar en ella. "Digo blanda; y aun para esta disposición tampoco se ablanda ella, sino que se está queda y lo consiente. ¡Oh bondad de Dios, que todo ha de ser a vuestra costa! Sólo queréis vuestra voluntad, y que no haya impedimento en la cera.

"Pues veis aquí, hermanas, lo que nuestro Dios hace aquí, para que esta alma ya se conozca por suya –el sello que le pone-; da de lo que tiene, que es lo que tuvo su Hijo en esta vida: no nos puede hacer merced".

Esta es la gracia que pretendemos, gracia que es coronación de otras. Y si uno no se da, no puede pretender que el Señor también le haga sentir **internamente** esta pena. Porque es un gran don de Dios el participar de los sentimientos de su Pasión. Es de **muy** predilectos. Y entretanto, pues contentémonos con ese sentimiento en espíritu de fe, de ver a Jesucristo, con espíritu de humildad por nuestra parte, y procurar pegarnos a Jesucristo, adherir a Él, Cristo crucificado.

Para penetrar, para disponernos a esta gracia –que es gracia suya, que no podemos obtener por nuestras fuerzas, no podemos causar, sino únicamente tenemos que disponernos y quitar los impedimentos-, nos ayudan los puntos que San Ignacio pone en estas meditaciones de la Pasión, como tema sobre los que volver para disponernos a sentir esa pena interna. Y estos puntos especiales, en las meditaciones de la Pasión, son éstos: "El cuarto, considerar lo que Cristo Nuestro Señor padece en la Humanidad, o quiere padecer según el paso que se contempla". Así que, fijarnos en el aspecto humano, detenernos un poco. Pensar: lo que Cristo está sufriendo, lo que Cristo quiere sufrir, e irlo considerando poco a poco. Todavía es un orden humano; es para disponernos. "Y aquí comenzar con mucha fuerza, y esforzarme a doler, tristar y llorar". A dolerme con Él, entristecerme con Él, llorar con Él. "Y así trabajando por los otros puntos que se siguen". De modo que, este esfuerzo es sincero, verdadero. Que es verdad, no es ficción. Que es verdad que Cristo está sufriendo esto. Y al ver que es verdad, esforzarme por compadecerme de Él. Dolerme, entristecerme, llorar. Pero siempre, de verdad. Por lo tanto, sin esfuerzos nerviosos; que éstos hacen daño. No. De veras: Señor, ¡cuánto has sufrido por mí! Que lo sienta, Señor. Este dolor, este otro, esas espinas; que lo sienta. Dámelo a sentir más íntimamente. De veras; esforzarme de veras; con mucha fuerza, con mucha verdad; esforzarme. En un sentido **auténtico**, de verdad. Que es cierto que Cristo ha sufrido esto por mí. –De modo que ese esfuerzo no es esfuerzo nervioso, esfuerzo de

concentración, sino que es esfuerzo de verdad; que puede ser con el espíritu de penitencia, que puede ser con el recogimiento, con el volver sobre ello, con el orar sinceramente.

"El quinto, considerar cómo la divinidad se esconde", cuando se trata de la Pasión de Cristo. Es decir, penetrar en el sentimiento **íntimo** de Cristo. Que está **solo**. Que no siente en su parte inferior esa presencia de la divinidad, a la que está unida hipostáticamente su Humanidad. No lo siente. La divinidad se esconde. Él nos manifiesta esto en la oración del Huerto y en la Cruz: que la divinidad se ha escondido. Si no, no lo hubiéramos imaginado; es decir, que queda muy sola la Humanidad en su sufrimiento. Y en esa Humanidad que sufre, no se ve nada de la divinidad. Parece que no es Dios el que está ahí, sino que es puro hombre, y aun una miseria entre los hombres. "La divinidad se esconde". Cómo podría destruir a sus enemigos, y no lo hace. Cómo podría manifestarse con la gloria de la Transfiguración, y no lo hace; y cómo deja padecer la sacratísima Humanidad tan crudelísimamente. Tanto… Y la deja. La divinidad escondida. Es el dolor inmenso de Cristo. –Cuando estaba en su vida mortal, cuando estaba en su vida pública, Él decía: "Y no estoy solo, porque el Padre está conmigo". Ahora en la Pasión dirá: "Padre, ¿por qué me has abandonado?" No siente en su parte inferior. –Considerar esto en los sufrimientos de Cristo; no sólo el sufrimiento exterior y el sufrimiento físico, sino la soledad interior, la tristeza interior, la tristeza **de muerte** de Cristo.

"Y el sexto, considerar cómo todo esto padece por mis pecados". Por mí. Que esto me ayudará también a disponerme a esa gracia. Por mí lo padece. "Y qué debo yo padecer por Él". La primera vez que sale el padecer en los Ejercicios. Hasta ahora no; hasta ahora salía pobreza, salía injurias, vituperios, ese esfuerzo apostólico; todo esto. Pero ahora, ya es padecer. "Qué debo yo hacer y padecer por Él". Él, todo eso lo padece por mí. Y yo por Él, qué debo hacer; qué debo padecer.

Si entrásemos en esto, que está en la misma petición también: De tanta pena como Cristo pasa por mí, ¡por mí! Si penetrásemos el sentido de este "por mí", ¡qué de otra manera meditaríamos la Pasión! ¡Y qué de otra manera tendríamos el recuerdo de Cristo crucificado! ¡Y qué de otra manera nos enamoraríamos de Él! ¿Qué significa este "por mí"? Significa, en primer lugar, en vez de mí, en lugar mío. Yo debía sufrir; y Él padece en lugar mío. Si estuviésemos convencidos de esto: que yo debía ser castigado; ¡no Él! No Él sufrir, sino yo.

En la guerra última pasada murió en Polonia, en Auschwitz, el P. Maximiliano Kolbe, capuchino, antiguo alumno de la Universidad Gregoriana. Murió el 14 de agosto de 1941 a las 12'50. Está introducida la causa.

¿Cómo murió este Padre Maximiliano Kolbe? Mártir de la caridad. Era un grande apóstol de Polonia. Lo metieron en el campo de concentración. Y había una orden tajante del comandante del campo, como en los demás, que por cada uno que se escapase del campo, morían 20. Pues bien. Un día se corrió la voz en el campo, de que había escapado uno, y el pánico cundió en todo el campo. Porque allí las cosas se hacían. Y en efecto, al poco tiempo, los reúne el comandante del campo, y les dice: Os acordáis de lo que está ordenado: 20 por uno. Para hacer una buena impresión, redujo el número, primero a 15. Bien. Y por fin, a 10. Escogeremos diez. Entonces, como todos, cada uno tenía su número –allí no se les conocía por los nombres-, empezó a dictar los números que iba escribiendo su asistente: Número tal, número tal, número tal. Diez. Y al nombrar uno de los números, el pobre que lo llevaba, lanzó un grito y dijo: ¡Ah, mi mujer y mis hijos que ya no volveré a ver! -¿Quién era? Nadie lo sabe. Entonces, al menos, no lo sabían. Sólo lo conocían por el número. –Cerca de él estaba el P. Maximiliano Kolbe. Y cuando oyó esto, dio un paso adelante. Y entonces el comandante preguntó:

-¿Qué quiere el nº 16.670?

Y el P. Maximiliano dice: -Me gustaría ponerme en lugar de éste. Yo no tengo mujer, no tengo hijos, y quisiera sustituirle.

-Aceptado.

No sabía él quién era tampoco el que tenía el número.

El héroe se preparó rápidamente. Parecía que tenía prisa por ofrecer su último sacrificio. –Y los metieron en la cámara de la muerte, en la cámara del hambre, porque a estos condenados los

cerraban en un cuarto y nadie se preocupaba de ellos hasta que iban muriendo todos. El último que quedó fue el P. Maximiliano Kolbe, que les animó a todos ellos hasta la muerte. Y por fin, cuando ya quedaba sólo él y tenían prisa, porque hacía falta el cuarto para otras cosas, se dio la orden de que le introdujesen una inyección de veneno en la mano izquierda o en el brazo izquierdo, y así se murió la antorcha de Nuestra Señora el día 14 de agosto de 1941 a las 12'50.

Este ha muerto por el otro. Ha dado su vida por el otro. ¿Vosotras podéis imaginar que el hombre que fue liberado por el P. Maximiliano Kolbe, piense con frialdad en la muerte del P. Maximiliano Kolbe; que no tenga su fotografía en su casa, y que no les haya explicado a sus hijos y a su mujer: éste ha muerto por mí, por mí; le debo todo a él; y murió, murió por mí?

Pues bien. Eso es Jesucristo para nosotros. Cuando veas la cruz, Cristo crucificado, tienes que decir así: Ha muerto por mí, en vez de mí. Yo debía haber muerto. –Y así tienes que decirlo también a las niñas que educas: Ha muerto por mí, por ti.

Jesucristo ha muerto por mí. Es el primer sentido: "Cómo todo esto lo padece por mí, por mí". –Pero todavía tiene más sentido. Por mí quiere decir por causa mía; yo he causado esa muerte. Por mí quiere decir todavía, por mi perfección; para que yo me dé a la santidad. Ha muerto para eso. Todo eso junto.

Podríamos decir, exponer una parábola en la cual recogiésemos toda esta riqueza de sentido en ese "por mí", para que nos haga fuerza y nos disponga a esa gracia del Señor.

Imaginad una nación donde hay persecución religiosa. E imaginad que allí hay una orden, por la cual, todos los estudiantes universitarios y universitarias tienen que denunciar a sus padres si es que practican la religión. E imaginad una joven universitaria que sabe que su padre practica la religión, pero no lo denuncia; y sus compañeras se enteran, y empiezan a reírse de ella, a amenazarla, a decirle que tiene que denunciar a su padre, que si no, ellas la denuncian a ella. Y la pobre, apurada, denuncia a su padre. Y encarcelan a su padre, lo procesan, y supongamos que lo condenan a muerte; a su padre. Y esta chica, la víspera del fusilamiento de su padre, como si no supiese nada, se acerca a su padre para despedirse. Y su padre, que lo sabe todo, le dice sólo esta palabra: "Hija, muero por ti, por ti". -¿Qué quiere decir "por ti"? Muero en vez de ti, porque tú no has tenido valor para afrontar la muerte; muero por ti. Muero por ti, es decir, muero por causa tuya; tú me has denunciado, tú me has llevado a los tribunales. Muero por ti, para que seas buena en el futuro; a ves si en adelante eres mejor de lo que has sido hasta ahora, hija mía. -¿Cómo se le puede olvidar a esta hija esa palabra de su padre: muero por ti? –Pues así muere Jesucristo. Todo eso lo padece **por mí**, en el sentido pleno. Por mí, en lugar de mí; por mí, por causa mía, por mis pecados, causa de su muerte; por mí, para mi santificación.

Pues bien; esto nos puede ayudar a disponernos en todas las meditaciones de la Pasión de Cristo. Además, aprendamos a ver en esos sufrimientos y en esa Pasión de Cristo, nuestro tesoro, que podemos ofrecer al Padre; para nuestra fortaleza; para obsequiar al Padre. También cuenta Santa Teresa esto:

"Quizás le responderá lo que a una persona que estaba muy afligida delante de un crucifijo en este punto, considerando que nunca había tenido qué dar a Dios ni qué dejar por Él. Díjole el mismo crucificado consolándola, que Él le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su Pasión; que los tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquella alma tan consolada y tan rica, según de ella he entendido, que no se le puede olvidar, antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada". Nos da el Señor; se nos da todo, todo. A nuestra disposición. Todo por mí. Todo para mí.

Pues bien. Con estas disposiciones y con esta petición vamos a entrar en la meditación de la oración del Huerto mismo. Lo importante es este encuadrar las meditaciones de la Pasión. Y ahora, brevemente, expondremos los puntos de la oración del Huerto.

Jesús, con los Apóstoles, sale del Cenáculo, después de aquella oración sacerdotal; atraviesa el torrente de Cedrón, pasa al otro lado y llega al Huerto de los Olivos. Y en un lugar les deja a los

ocho Apóstoles. Les dice: Quedaos aquí. A estos ocho Apóstoles no les dice que oren, sino los deja. Pueden descansar, pueden dormir. Toma consigo solamente a tres, los tres predilectos: Pedro, Santiago y Juan. Esto nos indica ya cómo el penetrar en los sufrimientos del Corazón de Cristo es de predilectos, de muy predilectos. Entre los mismos Apóstoles, escoge a tres. Sólo tres. Es una gran gracia la de entrar y participar del dolor mismo de Cristo.

Cuando se encuentra con ellos solo, entonces empieza a atemorizarse, a angustiarse, a entristecerse, a tener tedio. Los Apóstoles, contemplando al Señor vieron que su rostro se cambiaba, que se ponía triste, se ponía con un gesto como de angustia; que miraba a todas partes como lleno de pavor. Nunca lo habían visto así. Él, que era siempre tan dueño de las circunstancias, en todos los momentos de su vida, ahora lo encuentran así y se asustan ellos mismos de verlo. Y el Señor entonces les dice: "Mi alma está triste hasta la muerte". Está con angustias de muerte. Y les pide sólo esto: "Aguardad aquí y orad conmigo". Estad en vela, orad conmigo. Y entonces Él se separa de los Apóstoles, "**arrancándose** de ellos con violencia". Hace un sacrificio costoso. Les ha pedido que oren con Él. Y se adentra entre los olivos solo, con paso inseguro, tambaleándose, porque ha tomado sobre sí nuestra debilidad. ¡Cómo se esconde la divinidad! ¡Quién diría que ése es Dios! Con miedo, con angustia, con **tedio** de la vida. La divinidad se esconde. ¡Lo que sufre Cristo internamente! Vamos a penetrar aquí.

Los sufrimientos de Cristo. –La tristeza de Cristo es una verdad revelada. La ha querido revelar Él mismo. Si no, no hubiésemos penetrado **nunca** en ese misterio de la divinidad que se esconde en Cristo. Es revelada.

¿Por qué está triste el Señor? A ver si Él nos concede participar un poco de esa profunda tristeza de Cristo. Cristo camina entre los olivos, tambaleándose hasta caer por tierra, bajo la mirada del Padre. Tiene pavor ante la justicia divina. Él es cabeza real de la humanidad. Los pecados de la humanidad, en un cierto sentido, caen sobre Él todos; en un modo real, no por pura ficción del Padre. Y ante esta justicia divina, se ve con luz mística cargado con todos esos pecados de la humanidad.

Tiene pavor. Pavor ante los tormentos espantosos que le esperan, que Él los siente en todo detalle, en toda su profundidad. Y ante esos tormentos, que ve con su imaginación vivísima en todos sus detalles, tiene que estar abandonado de Dios, con la divinidad escondida. Maldito de los hombres, abandonado también de los hombres. Y ante todos esos sufrimientos, tiene que ser como un cordero manso que no abre la boca, que no suaviza el dolor. La divinidad no intervendrá para nada. Dejará sufrir crudelísimamente a la sacratísima Humanidad. Por eso tiene pavor, pavor.

Siente tedio, tedio; es esa especie de cansancio de la vida. Ese no sentir y no ver el sentido que puede tener la vida nuestra; que le parece que no tiene, no hay razón de sufrir; que no hay razón de pasar ese cáliz tan amargo. Sin fruto. –Ya Orígenes, sabiendo esto y conociendo esta íntima tristeza de Cristo y tedio de Cristo, decía así hablando de lo que a nosotros nos puede pasar: "¿Qué voy a decir de las luchas, de los pensamientos que nos sugiere a veces el enemigo para quitarnos de la fe de Cristo y de la esperanza de nuestra vocación? Porque cuando suscita en nosotros las aflicciones de las tentaciones y las molestias del siglo, consecuentemente ya empieza a sugerir a nuestra imaginación que es superfluo y es inepto tolerar tantas cosas por Cristo. Que es mucho mejor llevar una vida tranquila y sin persecuciones". Es lo que le pasa a Cristo en este momento. ¿Para qué? ¿Para qué tanto sufrimiento? ¿Para qué tanta Pasión? Total, por la importancia que le van a dar los hombres… por el interés que se van a tomar por sus sufrimientos… que nadie se acordará ya ni siquiera de tener una imagen suya… ¿Y para eso voy a dar yo la vida? Siente tedio; tedio de sus sufrimientos. Tedio también porque se siente identificado con el pecador. Pasamos todos por Jesucristo, porque Él es el Cordero que lleva los pecados del mundo. Y todos pasamos a depositar nuestros pecados sobre Él, todos, todos. Cada uno de los nuestros. Y así ve Él ese río inmenso de la humanidad –ése es el sufrimiento de Cristo- con todos los detalles de cada hombre que ha existido y existirá, que todos ellos pasan junto a Él depositando sobre Él los propios pecados; los pecados más inmundos, más impuros, más repugnantes, más contra Dios, más sacrílegos; todos los van depositando sobre Él. Y Él se siente cargado, como sumergido en ese fango inmundo; Él que es tan

puro. –Si para una virgen delicada es tan costosa una calumnia de pureza –porque es lo contrario de lo que ella puede desear y buscar-, ¡qué sería para Cristo ver toda esa repugnancia! Con toda su reverencia al Padre, sentir sobre Sí todos los sacrilegios y todas las blasfemias; con toda su delicadeza de corazón sentir todas las impurezas. –Y así vamos pasando toda la Humanidad. Y en ese momento están pesando sobre el Corazón de Cristo todos los pecados de la Humanidad. Y Él los siente vivamente. Y ve en sus manos los pecados de todas las manos, y las siente como leprosas, repugnantes, hinchadas. En sus labios los pecados de todos los labios: de palabras, de sacrilegios, de blasfemias, de besos; todos los pecados; y los siente en sus labios. En sus ojos, los pecados de todos los ojos de la humanidad. En su boca los pecados de todas las bocas. En su Corazón los pecados de todos los corazones: de amarguras, de odios, de amores; todo. Y así, ante la justicia del Padre siente que le afean realmente, que le avergüenzan; con toda su delicadeza finísima… -Penetrar en esa pena de Cristo, en ese dolor íntimo de Cristo.

Y está triste; triste. Ante la mirada del Padre, la mirada de la justicia divina, ante la Pasión, siente quebrantos de dolor por nuestros pecados. El Profeta le había dicho: **Atritus propter scelerat nostra**. "Por nuestros crímenes"; se siente con todo el peso de la inutilidad de su Pasión, que le deja triste. **Quem tilitas in sanguine meo**.

Tristeza y tedio que se hacen ya aplastantes por el abandono del Padre, porque encuentra esa soledad ante el Padre. –Y siente los sufrimientos de su Madre que va a estar presente en la cruz, que va a seguirle en los momentos más duros de su sacrificio, y va a sufrir; y Él la va a ver sufrir. Siente los sufrimientos de todos los Santos. –Piensa en esto: No hay sufrimiento de tu vida que Cristo no hay sufrido antes de su agonía. Todo lo que te ha venido a ti, lo ha sufrido Él antes; todo. Y todavía más que tú, porque veía toda la profundidad de ese sufrimiento. Y dado el amor que te tenía, lo ha sufrido más. Todo. Y eso que te pasa a ti, pasa con todos los hombres de todos los tiempos. Y eso está pasando en este momento sobre el Corazón de Cristo: sufrimientos de los Santos, los sufrimientos de la Iglesia entera, las persecuciones; todo lo siente.

Y siente muy particularmente la indelicadeza y la ruindad de tantas almas, que después de lo que Él ha sufrido por ellas, no hay modo de que se molesten, no hay modo. No merece la pena. Están arrastrando una vida lánguida; siempre salvando sus derechos; siempre salvando sus comodidades. No hay modo de que hagan nada por Cristo. "Si fuese un enemigo… pero eres tú, que Yo escogí para esposa mía, para que enseñases a los demás, para que les condujeras a la intimidad conmigo. Y ahora me tratas así". Y eso le da una repugnancia… Y todas esas infidelidades nuestras están cayendo sobre Él, las está viendo. Y le causan tristeza. "Mi alma está triste hasta la muerte".

¿Qué podemos hacer nosotros viendo así a Jesucristo por tierra entre los olivos? Pues, no hablar mucho; pero **pegarnos** a Jesucristo, y oírle cómo clama al Padre en ese momento, diciendo: "Padre, si es posible pase este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya". Si es posible, pase este cáliz. El Señor nos quiere mostrar que podemos seguir siendo hombres en nuestros sufrimientos. Que no es el ideal cristiano un estoicismo; no. El Señor pide: "Si es posible, pase este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya". Siente toda la repugnancia, siente toda la dificultad de su naturaleza humana. Pero está firme. "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Es un grito que el Padre te lo pasa a ti en el momento en que vas a depositar tus pecados y tu vida en el Corazón de Cristo, que la va a ofrecer así en su Pasión; Jesucristo agonizante, caído por tierra como un gusano, que no parece ni hombre, que cualquiera que hubiese pasado por allí le hubiera dicho: ¡Vamos, sé hombre, levántate! Y era Dios. Pues, ese es Jesucristo, con esa mirada agonizante, cuando tú te acercas a depositar tu vida y tus pecados, te mira y te dice: Si es posible, pase este cáliz; el de tu vida, al menos éste; que éste pase. Eso depende de ti. Al menos tú, sé generosa. No cargarme más. Eso de pende de ti; pero, si es posible. No se haga mi voluntad sino la tuya, porque Él va a cargar con tu voluntad en tu vida. –Y cuántas veces se hace nuestra voluntad sobre Cristo.

Pues contemplarlo así, seguirlo, sin movernos mucho; pero muy cerca de Cristo. Como quien asiste a un enfermo y lo agarra de la mano, y no tiene nada que decirle, sino que: estoy contigo, Señor, estoy contigo, estoy contigo. Estar con Él.

Jesucristo, después de un rato, se levanta para buscar a los discípulos. Está deshecho. "Y vino a los discípulos y los halló dormidos". ¡Qué dolor éste de Cristo! Casi peor que todo lo que estaba sufriendo; el encontrarlos dormidos. Después que ha aceptado todo, se vuelve a ésos a quienes había pedido un favor: Estad en vela y orad conmigo, que Yo lo necesito ahora; que me basta saber que hay una persona que está conmigo, que eso es ya un consuelo para mí. Pues bien; vuelve a los tres y los encuentra dormidos. No les interesa a ellos Cristo.

No hay cosa más desoladora que el encontrarse un enfermo grave, que está muy mal, que está sufriendo mucho, con que la persona que le debía velar, está durmiendo. Es decir: no le interesa nada. Yo que estoy pasando estos ratos… la otra persona no se interesa.

Y así los encuentra a los tres. Dormidos. Él pasando toda esa agonía, y los otros, dormidos. El único que vela es Judas. ¡Qué tristeza ésta para Cristo! Y Jesucristo se siente solo. **Consolante me quaesivi et non inveni**. "Busqué uno que me consolase y no lo encontré".

Sacar también esta conclusión para nosotros: **Aceptar el desierto afectivo**. Que muchas veces tendremos que estar solos. Y sentir esa soledad íntima. Que encontraremos nuestra fuerza en la Pasión de Cristo. Y hacer el propósito de acompañar a Jesucristo en su Pasión en la Hora Santa. Yo, y otros, en cuanto pueda, ayudar para que acompañen a Cristo.

Y les dice: "Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora conmigo?" ¿Ni siquiera eso? "Velad y orad para que no caigáis en la tentación". Fijaos que Jesucristo siempre repite el Padre Nuestro. "No se haga mi voluntad, sino la tuya". **Fiat voluntas tua**. Y ahora les dice a los Apóstoles: "Velad y orad para que no caigáis en la tentación". **Et ne nos inducas in tentationem**. Ahí está todo: en el Padre nuestro; todo lo que se puede pedir. Y el Señor siempre lo tiene en sus labios. "El espíritu, a la verdad, está pronto, pero la carne es flaca". Y se fue otra vez a orar, repitiendo las mismas palabras. Vuelve a la misma oración. A esa hora en que tantos le ofenden, siente en su dolor y en su Corazón todos los dolores y tristezas de todos los hombres; en un Corazón. Los dolores de todas las madres, los dolores de todos los padres… y sufre crudelísimamente. Tiene pesando sobre sí en este momento todos los tormentos de la Pasión: los dolores físicos, morales, las afrentas, el abandono del Padre, congojas de muerte… Padece en el interior; en el corazón, que se le desgarra, como que se le desencajan los huesos; con un choque entre la repugnancia al cáliz que se le presenta y la voluntad absoluta de beberlo; quiere beberlo. "Si es posible pase este cáliz; pero lo que Tú quieras, lo quiero yo". ¡Con qué voluntad padece Cristo! ¡Con qué firmeza! Y de este choque, precisamente, de este sufrimiento, cuando la divinidad se esconde, salta la agonía de Cristo.

Un ángel le conforta; le muestra, quizás, el fruto de su Pasión. Si el demonio insistía en mostrarle la inutilidad de la Pasión –como suele hacerlo con todas las almas para indicarles que es inútil trabajar tanto, que no merece la pena, que por qué va a cargarse con una vida tan molesta, tan insegura, que es mejor pasarlo con tranquilidad en este mundo-, el ángel le muestra el fruto de la Pasión, quizás. Y primero, la Inmaculada Concepción de María, fruto de la Redención de Cristo, que es una gloria al Padre inmensa. Y después, la santidad de tantas almas, que van a ser verdaderamente heroicas en su generosidad para con Cristo para gloria del Padre. Y eso merece ya la pena. A así, el ángel le conforta. Con grande humillación de Cristo, porque es consolado por una criatura, por un servidor suyo. Pero le conforta. No es que le quita los sufrimientos; no. El ángel no viene a quitarle parte del cáliz. No le quita nada. El Señor no nos quita las cruces, no nos quita los sufrimientos, sino que nos **conforta**. "Pasión de Cristo, confórtame". Dame fuerza para llevar los sufrimientos. –Y entonces, en aquel impulso del Corazón de Cristo que **acepta** con decisión todo, y toma el cáliz para beberlo hasta las heces, salta el sudor de sangre. "Y empezó a sudar gotas de sangre que corrían por la tierra". –Pegarme a Jesucristo; adherirme a Él, a Él.

Cómo me impresionó aquel hermano coadjutor tan santo, que tenía luces muy particulares sobre la Pasión, y que me decía un día hablando con él –ya murió; sufría mucho, estaba retirado-, me decía: Que el Señor me dé fuerza, porque en esos momentos me ahogo, cualquier cosa haría uno. Pero le pido que me mate antes de un pecado; que me dé fortaleza. Pero con eso, cruz, cruz. No hay cosa mejor –me decía-, cruz. Yo no entiendo. Ya habrá otros caminos; pero a mí, la cruz me

parece de los mejores. Ver a Jesucristo; quién es y cómo está. Se deshace, se deshace". Recordáis las palabras de Santa Teresa: "Que desmenuza el alma y la muele". Este decía lo mismo: "se deshace, se deshace". Tenía dones superiores. Se deshace. Ver quién es y cómo está. Verlo allí en el Huerto; quién es y cómo está. "Pegarse a Jesucristo –me decía- pero de veras, de veras. Sobre todo cuando es usted joven no hay cosa mejor, pegado a Jesucristo con la cruz, pero de veras, de veras". Qué bien está esto: de veras. Así, junto a Jesucristo en la agonía del Huerto, pegado a Jesucristo, aplicando tu rostro al suyo, para estar allí con Cristo, acompañándole en su agonía, sin decir nada. Pegado a Jesucristo.

Y terminada su oración, se levantó y los encontró otra vez dormidos. Sólo vela Judas. Y el Señor, después de aquella hora de vela, les dice ya a los Apóstoles: Bueno, hijos; ahora dormid y descansad. Y Él, el que va a la muerte, vela el sueño de los Apóstoles con grande delicadeza. No por ironía; con verdad. Dormid, que yo os velo. Y Él, el que va a morir, está cuidándoles a los otros. Y está allí, ofreciéndose al Padre.

Y estando así, puede ver con sus ojos humanos las luces, las lámparas de los que vienen por el otro lado del torrente. Y en la soledad de la noche, quizás puede oír las palabras tristes de Judas que, volviéndose a ellos, les dice: "¿Lo conocéis? Mirad; aquél a quien yo daré un beso, ése es. Atadlo y conducidlo con cautela; que no se os escape". Y eso lo oye Jesucristo. ¡Qué pena para Él! –Con cautela, que no se os escape; que es muy vivo… -¡Pobre Judas! El único que vela; el traidor. –Jesucristo lo oye; siente pena. Y se le va a ofrecer como amigo a ese mismo Judas por su parte. –Y cuando ya están cerca, entonces les despierta a los Apóstoles: ¡Hala! Levantaos. Ya está cerca el que me hace traición. Y entonces, firme, se presenta a Judas, el cual le da un beso **fuerte**. "Lo besó fuertemente y le dijo: Dios te guarde, Maestro". ¡Cómo le quemó esto al Señor, este beso de traición, de hipocresía! Y le dice: ¡Judas; amigo, amigo! Amigo, no porque lo eres, sino porque lo puedes ser. Amigo, porque de parte mía lo serás desde ahora. "Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" ¿A qué has venido: a entregarme?, o, a qué has venido; hasta dónde has bajado. A qué has venido. ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre? ¿A esto has venido a parar? A qué has venido.

Y Judas se retira, y después prenden al Señor. Esto lo veremos después.

Reflexionemos sobre el sentido de la oración del Huerto, las lecciones de la oración del Huerto. La oración del Huerto nos muestra explícitamente que el cáliz se lo envía el Padre. Esto es muy importante. El cáliz de la Pasión, no se lo envían los escribas y fariseos; es el Padre. "Padre, si es posible pase este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". El cáliz que le preparan los otros, se lo envía el Padre. "El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?", dirá a Pedro.

Segundo. Muestra que lo acepta libremente. "Se entregó a la muerte porque quiso". "No se haga mi voluntad, sino la tuya". Podía huir, podía librarse, pero era voluntad del Padre. Y Él lo acepta. Nos muestra que en toda la Pasión se esconde la divinidad. No lo hubiéramos sabido. Hubiésemos creído que Cristo en su Pasión no sentía esas heridas con su deseo de agradar al Padre; que Él sufría con gozo interior. No. Nos muestra que la divinidad se esconde. Que deja sufrir crudelísimamente a la Humanidad. Nos muestra que esa Pasión la ofrece **por mí**, por mí. Yo soy el tormento de Cristo en su agonía inmediatamente; no mediante los verdugos y los soldados, sino por mi persona. Yo soy el sufrimiento de Cristo en la agonía. Y esto no es un paso que termina, y sigue la pasión de otra manera, no. Ese estado de Cristo sucede escondidamente en toda la Pasión. En toda la Pasión, Jesucristo está triste hasta la muerte. En cualquier paso de ella, en su Corazón, íntimamente, está triste. En la flagelación, y en la noche triste, y en la corona de espinas, y ante Herodes y ante Pilato y en la cruz, está triste hasta la muerte. En toda la Pasión ora al Padre: "Si es posible pase este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya". En toda la Pasión busca consuelo en sus discípulos, y no lo encuentra. Y en toda la Pasión siente la soledad más profunda; soledad de Cristo débil para fortalecernos.

Que esto sea para nosotros le comienzo de nuestra fuerza.

Y preguntarnos: Cuánto padece Cristo por mí; y qué debo yo padecer por Él.

La Reparación

Preguntamos en esta tercera semana de los Ejercicios, qué debo yo hacer y padecer por Él. Y es el momento oportuno para hablar de la segunda respuesta nuestra a los principios fundamentales de la devoción al Corazón de Cristo: sobre la reparación.

La reparación se puede distinguir en tres clases: reparación negativa, reparación afectiva y reparación aflictiva. Las dos primeras no son reparaciones en el sentido más estricto de la palabra, sino en un sentido más amplio.

Reparación negativa. Si es que estoy convencido de que Cristo sufre **por mí**, por mis pecados, por los pecados de los demás, que el pecado causa esta herida en el Corazón de Cristo, la respuesta obvia será procurar **evitar** las ofensas a Jesucristo; las mías y las de los demás. Evitar, pues, el pecado, sus causas y sus efectos. Es lo menos que uno puede hacer. Y a esto se llama reparación negativa. Esto, tanto en mí cuanto en los demás.

En mí. –Cuál debe ser mi actitud ante el pecado si viene, si se presenta en mi vida, y se presentará. Porque, como decíamos, no hacemos el propósito de no caer nunca en pecado, sino que hacemos el propósito de estar con particular atención en eso que hemos visto que el Señor desea más de nosotros. Pero el pecado se presenta. En cosas de debilidad, y aún quizás, si el Señor lo permite –esperemos que no-, aun en cosas mayores. Puede ser. De nosotros nada nos debe maravillar. Por eso, yo pondría indulgencias si pudiese –no puedo-, a esta jaculatoria –hace 15 días hizo Ejercicios conmigo un obispo, y no picó; no me las puso a esta jaculatoria: "De un mal cuarto de hora, líbranos, Señor". Porque todos podemos tener un mal cuarto de hora. Y en un mal cuarto de hora puede hacer uno muchos disparates, algunos disparates gordos. Por eso pedidle al Señor: Líbranos de un mal cuarto de hora. Pero si ese mal cuarto de hora llegase, ¿cómo tenemos que reaccionar? No asustarnos; es lo primero. No es una sorpresa para el Señor. Ya nos conoce. Él sabía lo que había dentro del hombre. No asustarnos. Y no asustándonos, no perder la confianza, sino: "ya sabía, contaba con esto, no me había apoyado en mis fuerzas; esto lo suponía que podía pasar. Mi confianza no estaba en esto, sino en el Señor. Y como Dios no se muda, mi confianza sigue firme en el Señor". No perder la confianza. –Por eso, todavía pondría más indulgencias –a algún Arzobispo se las pediré- a esta otra jaculatoria: "De la desconfianza después de un mal cuarto de hora, líbranos, Señor". De modo que, no perderla; firmes. Más; si tenemos valor, hagamos ese acto de agradecer al Señor el que haya permitido esa falta en nosotros; falta que nos servirá como humildad, como comprensión, con tantos otros frutos espirituales. Y en este tono de serenidad y de paz y de confianza, pide uno perdón al Señor. Y entonces puede uno aplicar también una reparación aun también aflictiva, pero en este tono. No como una rabia contra uno mismo, una especie de odio o de furor, como indignado de que yo haya cometido tal falta; esto no es sano, no es bueno.

Leía una vez en un autor –no recuerdo quién era-, que una vez un santo, pasando por un corredor del convento donde estaba, se le fueron los ojos por la ventana y vio una mujer que pasaba. Tuvo una tentación. –Esto en la Edad Media; si fuese ahora, se hubiese desmayado-. Pues bien; dice que cada vez que pasaba por delante de aquella ventana se tiraba de los pelos por aquella infidelidad que había hecho. –Será muy bueno, pero mejor sería que tuviese más paz, más humildad dentro, y que recurriese al Señor en ese espíritu sereno, pacífico, de humillación, de humildad. La penitencia auténtica no procede de un espíritu áspero, sino procede de un espíritu manso, de un espíritu humilde. Si no, cada vez se hace más bruto uno.

Eso le pasó a un connovicio mío. De esas cosas que pasan. –Está ahora trabajando muy bien en América. –Y un día, estaba en su cuarto y se le fundió la bombilla. Fue al Padre Ayudante:

-Padre, se me ha fundido la bombilla.

-Ahí tiene usted otra.

Llega a su cuarto, deja la bombilla sobre la mesa, da unas cuantas vueltas la bombilla… al suelo. Y vuelve:

-Padre, se me he roto la bombilla.

-¡Si le acabo de dar una!

-Esa se me ha roto. La he dejado sobre la mesa y se me ha caído al suelo.

-Bueno; tenga usted otra, pero tenga cuidado.

Aquel día tocaba barrido. Teníamos aquellos pingos de entonces para dar petróleo al suelo. Coge uno de aquellos pingos, empieza a sacudir, y lo rompe. Al Padre Ayudante:

-Padre, he roto un pingo.

-Pero usted, ¿qué tiene hoy? Pues no vuelva a coger otro pingo. Dedíquese a correr las camas.

Coge la primera cama, le da un arrancón y la rompe. Vuelve al Padre Ayudante:

-He roto la cama.

-¡Señor! Pues eso es cosa muy seria. –El Padre Ayudante estaba que no podía de risa-. Eso es cosa muy seria. Así no hay Compañía de Jesús que resista. Si va usted a ese paso… Así que esto me hace dudar mucho de su vocación. Mire; va usted a ir a la capilla, hace usted media hora de oración y piense usted qué penitencia va a hacer.

El pobre novicio asustado fue al Maestro. Y el Maestro le dice:

-No, no; haga usted como le dice el Padre Ayudante; eso es cosa del Padre Ayudante.

Va a la capilla, hace su media hora de oración y vuelve todo compungido:

-Ya he hecho la media hora de oración.

-Y, ¿qué penitencia ha pensado usted?

-Una disciplina.

-¡Una disciplina! ¿Para que se haga usted más bruto todavía?

Pues bien; eso puede venir; un poco de ese espíritu. No. Tiene que ser de espíritu manso, de un espíritu sereno internamente. De ahí viene la auténtica penitencia. Y una vez hecho esto, entonces destruirlo con ese espíritu hasta la raíz, aplicando la mortificación de la voluntad, de la fantasía, del cuerpo; robustecimiento de la voluntad; el examen de conciencia; todo esto que nos puede servir para cumplir la obra que el Señor quiere de nosotros; todos estos medios, a los que se les puede dar este sentido de reparación negativa.

Entre estos medios, merece particular interés uno: es la aplicación de la Santa Misa. Para almas, a quienes haya que ayudar, que tienen mucho que purificarse, pues… darles este consejo: que hagan decir una Misa para que se les aplique a ellos; aplicación a ellos de las satisfacciones de Cristo. Es muy bueno. Es el más grande medio, que muchas veces no se emplea, sino para otras intenciones más de petición. Y sin embargo, ésta es muy propia de la Santa Misa: la aplicación de las satisfacciones de Cristo. Y para muchas almas, un grande consejo. Y así, de vez en cuando, pedir una Misa por las propias intenciones, por la purificación de todo lo que haya en nosotros de menos agradable al Señor.

Y lo mismo que en nosotros, en los demás. Todo el trabajo, que se ordene, a evitar el pecado, sea o no sea doloroso: la educación, el apostolado, el evitar escándalos. Todo esto es reparación negativa. Y en este sentido, toda vuestra vida puede tener perfectamente un sentido de amor a Cristo y de reparación negativa.

Está después <u>la reparación afectiva</u>, de amor; que, usando ciertos términos un poco antropomórficos, podríamos definir como el amor a Cristo que quiere distraerle del dolor que le causan los pecados de los hombres. Antropomórfico; pero para dar el sentido de esta acción consolativa de Cristo. El alma, contemplando a Jesucristo ofendido, lo ama; lo ama como queriendo compensar el desamor de los otros; queriéndolo consolar, tanto del dolor que tuvo en su vida, como de las heridas que ahora se causan en su Cuerpo Místico. –Así habla en este sentido el Papa Pío XI en su encíclica “Miserentissimus”, indicando cómo Jesucristo, lo mismo que veía nuestros pecados, veía también nuestro amor en todos los pasos de su vida. Y este amor nuestro, visto por Él, lo consolaba en medio de sus tribulaciones, como veíamos también en la oración del Huerto.

Esta reparación afectiva se puede hacer de muchas maneras. Y voy a proponer algunas. Espero que a nadie se le ocurrirá hacer todo lo que yo diga ahora, porque se vuelve loca; sino, yo sugiero algunos caminos, algunas cosas, para que cada una escoja lo que más le pueda ayudar. En la

vida espiritual hay que tener espontaneidad en el espíritu y libertad de corazón. Y un día, pues practica esto, y otro día, pues reza tres Padrenuestros a San Roque; que es un gran santo también.

Pues bien; un modo de realizar esta reparación, sin cargar nada nuestra vida, es informar toda la vida con esa intención; lo que hacemos normalmente. Darle esa intención. Uno que se levanta por la mañana, levantarse con diligencia, con puntualidad, **para reparar** las perezas, etc. El ir a la capilla a adorar al Señor, por tantos que le olvidan y que no le adoran. El oír la Santa Misa, con la misma intención: por tantos que la descuidan los domingos, días de fiesta, etc. Sobre todo, haciéndolo esto en orden a **nuestras** almas. Las almas nuestras que no cuidan de estos deberes, etc. Y así se puede hacer de toda la vida.

Esto, ¿qué da? ¿Qué eleva? ¿Es que ya toda obra buena no era consolativa de Jesucristo? Sí, le consuela toda obra buena, pero es que aquí hay una mayor **delicadeza de amor**. El motivo es el **puro** amor de Jesucristo, ese deseo **puro** de agradarle, de consolarle, que va informando todo el día de cada uno de nosotros.

Además de esto, hay actos especiales de delicadeza y de finura en el amor de Cristo, que no todas las almas son igualmente capaces de hacer. Ahí depende del temple de cada alma.

Recordad el ejemplo de aquel negro que tenía el alma blanca. Aquel africano que se presentó al misionero y le pidió si había sitio en el seminario para él. Y el Padre le dice:

-Pues… con mucho gusto te aceptaría, pero no tengo medios.

-Y él se calló, se marchó y desapareció del pueblo. Nadie sabía dónde había ido. Y después de un año volvió, todo contento y satisfecho. Fue al misionero y le presentó una bolsa de monedas de oro. Y le dice:

-¿Basta esto ahora?

Dice:

-Oh, sí, ¡demasiado! Aquí ya hay suficiente.

-Pues… me ha costado mucho; el trabajo ha sido muy duro. He estado en las minas de oro trabajando mucho, pero estoy muy contento. Ahora puedo ser sacerdote.

Y entró en el seminario. Pero había trabajado demasiado y sus pulmones estaban deshechos. Y al poco tiempo tuvo que dejar el seminario porque no tenía salud. –Y entonces aquel pobre negro va al misionero y le dice:

-Padre, estas monedas para usted, para algún otro que quiera ser seminarista y no tenga dinero. Se las dejo; para que sea sacerdote; ya que yo no puedo serlo, que otro sea sacerdote. Yo me vuelvo a las minas a ver su puedo conseguir más dinero para otro sacerdote.

Y allí se volvió. Y cuando estaba ya para morirse decía al Señor: Señor, un mes todavía, y tengo dinero para otro seminarista. –Esto. Él no puede ser sacerdote; que otro sea sacerdote.

Pues así podemos hacer muchas veces. Que yo no he conservado mi inocencia, que no he conservado mi virginidad, mi pureza… voy a procurar que haya otra alma que conserve esa pureza, esa virginidad, para reparar. Ya que yo no puedo, Señor, esta alma, para que te ame. Y tantas otras cosas. Delicadezas de la vida de un alma que quiere en todo agradar a Jesucristo y que está centrada en Él.

Entre las obras, así, más aptas para esta reparación afectiva, está, sin duda ninguna, la oración; pero la oración afectiva. Esa de la que hemos hablado:

Olvido de lo creado,
memoria del Creador.
Atención al interior
y **estarse** amando al Amado.

Ese estarse amando a Jesucristo por tantos que no se acuerdan de Él y que consideran tiempo perdido el estar con Él, es un acto de mucha reparación.

Lo mismo la Santa Misa y la Comunión. Son los actos más grandes del amor de Cristo y de nuestro amor. El Sacramento del amor. Servirse de ello para obsequiar y adorar particularmente al

Señor, es el gran medio de repararlo **afectivamente**, ofreciendo la Santa Misa así, como reparación de nuestro amor, como holocausto ofrecido por nuestro amor.

Y una práctica que les puede ser muy útil es la del ofrecimiento de la virtud contraria del Corazón de Cristo. Decíamos el día pasado, ayer, cómo no tenemos que estar siempre dando vueltas a nuestras faltas. Que una ha cometido una falta, y está impaciente porque se ha puesto impaciente, y está examinando hasta dónde, y cómo, y cuándo, y si sería, si no sería, si sería mejor así, si habrá habido consentimiento pleno, si quizás alguna parte no… Pierde mucho tiempo. En lugar de esas discusiones con las faltas y de perder ese tiempo precioso del amor de Cristo, la reacción, muy buena, puede ser esta otra. Cuando una ha cometido una falta cualquiera, sin discutir sobre ella, sencillamente recurrir al Corazón de Cristo y ofrecer al Padre la virtud contraria del Corazón de Cristo, y en obsequio suyo. Y basta. De modo que si ha sido una falta de caridad, se recoge uno en el Corazón de Cristo y se la ofrece al Padre: Padre, te ofrezco la caridad del Corazón de Cristo en reparación de mi falta de caridad. Y se sumerge en ella; y esto es mucho más eficaz; sea por el culto que se da a Dios, sea también porque el Señor nos infunde más eficazmente esa su caridad, que es la que tiene que constituir nuestra virtud cristiana.

Y pasamos a <u>la reparación aflictiva</u>. Es la **cruz**. Es la reparación **dolorosa**. El misterio de la cruz, que es un verdadero misterio. Y de aquí tenemos que partir siempre. No lo entenderemos nunca del todo: ¿Por qué tengo que sufrir? ¿Por qué la cruz? Y menos todavía cuando se trata de la cruz de Cristo. No la entendemos nunca. Y no la entenderemos… Por tanto, si un alma exige que le expliquemos la cruz antes de abrazarse con ella y dice que ella no se abrazará con la cruz hasta que haya entendido por qué uno debe abrazarse con la cruz, esa alma no se abrazará **nunca** con ella; nunca. Como uno que no aceptase el misterio de la Trinidad hasta que no lo hubiese comprendido; no lo entenderá nunca. Si se abraza con ella con generosidad, mirando a Cristo, que es el que nos dice que hay que cargar con la cruz, entonces puede ser que entienda algo, puede ser que encuentre luz para comprender la cruz. Pero si no se abraza con ella, no la entenderá nunca. Es un misterio.

Como es un misterio –la cruz- en su sentido apostólico. Aquella palabra del Señor al bajar del monte de la Transfiguración y encontrarse con aquella escena del pobre padre que había presentado a su hijo a los Apóstoles para que arrojasen de él el demonio, y los Apóstoles lo habían intentado y el demonio no se iba. Y llega el Señor, y sale el padre, el pobre padre, y le dice: Señor, si puedes… si puedes… Lo he traído a tus discípulos y no lo hacen. Pero, Señor, si puedes… ten compasión de mí. Y el Señor le dice: "Si puedes creer, todo es posible al que cree". –"Señor, creo; ayuda mi incredulidad", decía el padre con lágrimas en los ojos. "Creo, Señor; ayuda mi incredulidad". Y entonces el Señor arroja el demonio. Y los Apóstoles le preguntaron: "¿Por qué nosotros no le hemos arrojado, no le hemos podido arrojar? Y el Señor dice: Esta clase de demonios no se puede arrojar si no es con la oración y el ayuno". –Y uno se pregunta: ¿Y por qué? ¿Por qué? Son las leyes de la vida sobrenatural. -¿Por qué? ¿Qué tiene que ver que yo ayune para que el demonio se marche del otro? Que ayune él… Parece que sería lo más obvio. –Pues no. Tiene que ayunar el que lo quiere echar.

Es el misterio de la cruz; misterio de santificación y misterio de apostolado. Y todo se oscurece así. E inmediatamente nos dicen: -Bueno; y, ¿cómo prueba usted eso por la Escritura? –Pues mire; muy difícil, muy difícil. Usted apriete, y después mire la Escritura. Pero si primero quiere ver la Escritura, es muy difícil, muy difícil. Una prueba convincente para uno que se pone en plan de no creer, es muy difícil de obtener, muy difícil.

Pues bien; es el misterio de la cruz, que tiene grande valor en el apostolado y en la santificación. El mundo no puede ver la cruz. Le tiene una especie de antipatía **radical**. Y es que Cristo ha vencido al mundo con la cruz. "Te adoramos, Cristo, y te bendecimos porque por tu santa Cruz redimiste al mundo". Y como ha sido derrotado por la cruz, y el demonio ha querido desviarlo de la cruz y no ha podido, y ve en la cruz el signo de la victoria de Cristo y de la glorificación de Cristo, pues no puede ni verla. Y por eso, lo que más odia el mundo es la cruz. Todo lo demás lo tolera, pero la cruz, no. Y apenas llega un Gobierno ateo, un Gobierno antirreligioso, lo primero, quitar las cruces. No lo puede ver. Y lo malo es que muchas veces, nosotros, oyendo esos gritos del

mundo que nos llama y nos dice siempre: “Dadnos un cristianismo sin cruz y creeremos en vosotros; dadnos un catolicismo sin cruz y todos nos hacemos católicos”, creemos que ese es el camino, y escondemos la cruz. Y no sabemos que es el camino **fatal**. Porque por la cruz se redime al mundo. “Quiso Dios, por la estulticia de la cruz, salvar a los creyentes”. Es así… -Por eso es nuestra lucha. Queremos esconderla, queremos hablar de un catolicismo positivo, de un catolicismo humano, donde no haya cruz. No hace falta. La cruz más bien es un elemento artístico para poner ahí, en un modo que uno tiene que adivinar: eso es la cruz, ¿verdad? Ya; sí. Claro es un… un escorzo, debe ser. La cruz. –Pues no. Lo que vence al mundo es la cruz. Convencernos de eso; convencernos de eso.

La cruz, que tiene que ser una cruz viva. Más. No tenemos que esconderla nunca, sino que tenemos que ser, nosotros mismos, cruces **vivas**; que si somos nosotros cruces vivas, entonces el mundo reconocerá en nosotros a Jesucristo crucificado. Y Jesucristo crucificado **per signum sanctae crucis**. ¡Cómo olvidamos esto! Siempre estamos: Por la señal de la santa cruz, de nuestros enemigos, líbranos Señor, Dios nuestro. Y ya queremos esconderla. Pero, ¿cómo?, ¿cómo? Si está ahí la fuerza: en la cruz… -**Ser cruces vivas**.

En un barrio de una ciudad, había una vez un catecismo, al cual iba un Padre, un sacerdote. Se presentó un chico de unos nueve años, el cual era nuevo; nunca lo habían visto allí. Entró, estuvo muy atento en todo el catecismo, y al terminarse, lo llama el sacerdote y le dice:

-¿Has hecho la Primera Comunión?

-No.

-Bueno; entonces, ¿quieres que hable yo con tus padres para que te preparemos un poco para la Comunión?

-No; no hable usted con mis padres, porque mi padre es comunista, y suele decir que no quiere ver a un cura en su casa, porque es capaz de hacer cualquier disparate; y que no quiere ver cruces ni todas esas cosas.

-Y, ¿no hay nadie en tu casa que sea religioso?

-Pues mi abuelita, todavía va a la Iglesia.

-Pues ya hablaré yo con tu abuelita. Dile que venga, y ya hablaré yo con ella, a ver cómo arreglamos esto.

Y habló con ella y lo arreglaron y pudo hacer la Primera Comunión sin que sus padres lo supiesen, a escondidas de su padre; una Primera Comunión muy fervorosa. Era un chico excelente.

Y al poco tiempo, después de algún tiempo, viene la abuelita, y le dice:

-Padre, el pequeño está muy grave, está muy enfermo. Pero su padre dice que no quiere ni cura, ni cruz, ni nada; y que si se muere, se harán los funerales civiles, pero que en su casa no entrará un sacerdote y que la cruz no la quiere ver para nada.

Le dio las instrucciones para asistirle en la hora de la muerte, y al poco tiempo volvió la abuelita y le dice:

-Padre, el niño ha muerte. Y mi hijo dice que puede usted venir y que puede hacer usted los funerales y todo, todo; la cruz; todo.

-¿Cómo ha sido eso?

Y le contó entonces la abuelita:

-Mire. El pequeño estaba en su camita, siempre con los ojos cerrados; sufría. Y mi hijo, el padre del chico, no se separaba nunca de él. Y estaba allí contemplándole, con mucha pena. Y en un momento, el chiquillo abre los ojos grandes y le dice: “Papá, mira”. Mi hijo se inclinó y él no hizo más que esto: “En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. Y se murió. Y mi hijo levantó la cabeza lleno de lágrimas y me dijo: Madre, ahora puede venir el cura, y la cruz, y todo. –No quería la cruz hasta que la vio viva en su hijo. Allí. Y entonces se convirtió. Como decía la abuelita: “Y la voz de mi hijo era la que tenía él antes de que se hiciera comunista”. –Le había cambiado la cruz. Tanto huir de la cruz, que no quería verla. Nadie se la ponía delante de los ojos la cruz. –Cruces vivas.

Tiene un grande valor la cruz, aun cuando a nosotros nos cuesta creerlo, porque es dolorosa y siempre encontramos razones para no cargar con ella.

Pío XI, en su encíclica "Miserentissimus", cataloga estos valores de la cruz e indica tres, en tres períodos diversos. Dice que, la cruz, la reparación dolorosa, aflictiva, **incoa la unión con Cristo** satisfaciendo por los propios pecados. Es el primer grado. –Hemos cometido pecados; hay que satisfacer por ellos. Y dice el Papa que es un deber **de justicia** satisfacer por los propios pecados. El Concilio de Trento dice que podemos satisfacer por los pecados con penitencias y con aflicciones. Penitencias que sean voluntariamente aceptadas, sean impuestas por el confesor; y aflicciones, es decir, lo que nos viene sin que nuestra voluntad intervenga para nada, como son las aflicciones de enfermedades, de clima, calor, frío, molestias, de vida común, etc. Todo esto son aflicciones, que por la misericordia del Señor, también nos sirven para satisfacer por nuestros pecados.

Las penitencias impuestas por el confesor, también. Las penitencias, de suyo, como penitencias, no hay que pensar –hubo algún teólogo que pensó así-, que la penitencia que impone el confesor, aunque sea pequeña, satisface por todas las penas que se deben por aquella confesión. De modo que uno que muriese después, iría derecho al cielo. Pero eso no se admite en general, porque no hay proporción. Y ningún confesor piensa normalmente que pone una proporción entre la penitencia que impone y lo que puede merecer aquella alma. Al contrario; en general, cuanto más pecadora es un alma, fácilmente se le impone determinados grados. A un alma muy alejada de Dios, que se acerca al Señor por la primera vez, fácilmente se le impone una penitencia mínima. Y es prudente. Porque si a ese señor le dijese: Rece usted un rosario, me preguntaría –o no me preguntaría-, saldría de allá: ¿Qué es eso de un rosario? – ¡Si no sé el Ave María…! ¡Tengo que aprender el Ave María…! ¿Cincuenta veces? Y no se vuelve a acercar a un confesionario en los días de su vida. –Hay que ser muy delicado. Y el confesor lo tiene que saber.

En Roma, un Padre iba a confesar a sitios donde había confesiones en serio. Y estaba un poco asustado; confesiones después de treinta, cuarenta años; y pecados serios; y decía: ¿cómo se pone una penitencia proporcionada? Y fue a consultarle al P. Capello, el santo P. Capello, que murió el año pasado en fama de santidad, de grande santidad en la Universidad Gregoriana; santo hombre. Y le preguntó: ¿Qué penitencia? –Y él le dice –como siempre solía decir: "Mira, mira, mira; se le pregunta si sabe rezar el Ave María. Si no la sabe, se le aconseja –no como penitencia que la aprenda, a ver si puede aprenderla; que le hará bien. Y entonces se le pone como penitencia que dé una limosna al primer pobre que encuentre fuera de la iglesia; que no dé a la Iglesia, sino fuera de la iglesia. Y le dará una buena limosna. –Si sabe el Ave María, una Ave María. Y el otro se quedaba así asustado. –Sí, hágalo así, porque ése volverá, volverá. Y poco a poco se le podrá formar. Mientras que si le pone usted una penitencia que para él es desacostumbrada y no está preparado, ni hará la penitencia ni volverá otra vez a confesarse. Y es muy justo. –En cambio le decía: "A las monjas, fuerte, déle fuerte". Es decir, a quien tiene disposición; a ésas ya les puede poner. Y es cuestión de delicadeza.

De modo que eso no quiere decir que porque le ha puesto un Ave María ya se le perdona toda la pena debida por el pecado; no. Pero aquí, lo que sí se abre muchas veces es un modo también para actualizar la confesión. Muchas veces, ya entra una especie de rutina en la confesión. Tal penitencia. Y el confesor, pues tiene que ser bueno también, naturalmente. Y es justo que lo sea. Integridad de la confesión, y, una cosa proporcionada, que tampoco son causas del otro mundo. Pero el alma, que desea en esto también progresar y avivar el espíritu de la confesión, muchas veces puede ser **ella misma** la que proponga una penitencia, porque puede facilitar. Un alma puede decir al confesor: Pues no; yo deseo una penitencia así, en serio, proporcionada, si puede ser. –Y, ¿qué penitencia haría usted? –Pues, tal cosa. –Y el confesor se la puede dar como penitencia. Y a veces hay almas muy generosas.

Hablando de esto y haciendo una prueba –no es confesión, sino fuera de confesión- indicándole a una persona: ¿qué penitencia haría usted, por ejemplo, por tal cosa? –¡a qué confesor se le hubiese ocurrido!-, me contestó: Pues yo, por mí, levantarme un mes a las seis de la mañana

para ir a Misa y comulgar. ¿Quién le impone esa penitencia? –Y sin embargo, el confesor le puede elevar eso a penitencia sacramental. E incluso, cuando no se le imponga con obligación para la confesión, sino que le diga: Mire; para la confesión basta que haga esto, ya está; aunque no haga lo demás, no peca; pero si lo hace, y le aconsejo que lo haga, todo eso viene elevado a penitencia **sacramental**, que tiene más eficacia para satisfacción de los pecados. –De modo que ahí puede haber siempre un campo para **actualizar** el fervor de la vida espiritual.

Noto, todavía, que el sufrir las aflicciones no significa que uno las sufre con gusto. Algunos creen que sufrir meritoriamente significa sufrir con una paz beatífica interior. Imperturbables: -¡Ah, con un gusto estoy sufriendo! –Pues, ¡entonces no sufre! ¡Claro…! El verdadero sufrimiento es un sufrimiento que es sufrimiento, y que cuesta. Y el verdadero sufrimiento es ése con el cual el alma está allí que no puede más, y se aprieta los dientes; y casi se le escapa una palabra; y casi está desesperada. Eso es sufrir, eso. Y esto es lo que satisface también. –Es que yo no quiero sufrir porque, a veces, me impaciento. ¡Mire que bonito! Pues, aunque se impaciente un poco; la cruz es muy saludable, aunque a veces cometamos algunas imperfecciones llevándola. Nos hace mucho bien, mucho bien. Y no ser tan ingenuos que dice: Es que como no puedo rezar así, le pido al Señor que me quite la cruz. -¡Mire qué bien! Ahora no es tiempo de rezar; es tiempo de sufrir. Y lo que tiene que ofrecer al Señor es su sufrimiento. Y el sufrimiento ofrézcaselo, sobre todo, cuando no sufre, antes de que venga, y cuando venga, lo pasa como puede; pero allí, en la cruz. Estaría bien que el Señor en la cruz dijese en un determinado momento: Padre, que estoy muy incómodo, no puedo rezar; me bajo para rezar mejor. ¡Mire qué bien! ¡A la cruz!, que es lo que une con Dios: la cruz, el sufrimiento; pero el sufrimiento de verdad, sufrimiento de veras; aun cuando haya imperfecciones. Nos hace mucho bien. Es como el purgatorio para la unión de amor; la cruz, en cuanto es reparación por los propios pecados.

Segundo grado; segundo valor de la cruz: Perfecciona la unión sufriendo a imitación de Cristo crucificado, con el deseo de parecerse a Él, de imitarle a Él -¡Oh, si formásemos así a las almas! Almas de temple, almas de oración y de cruz. Que sepan imitar a Cristo. Estos son los grandes apóstoles; aquí se ve el temple de las almas. Que no las hagamos así, dulces, dulces; sino que sepan imitar a Cristo con la cruz.

Así le pasaba a San Francisco Javier. Nosotros cuando vemos al grande Apóstol, queremos imitarle en el correr de aquí para allá –que hizo 100.000 Km. a pie en 10 años-. Incansable. Con unos fracasos enormes. Cuando los chiquillos se le reían y le tiraban piedras, y él iba allí, con los pies descalzos por la nieve del Japón, echando una manzana al aire loco de alegría, mientras los chiquillos se reían de él. Y cuando murió Javier, se escribió desde allí, escribió a un religioso como con un alivio: "Ya murió por fin aquel fanático", como diciendo: Menos mal, ahora estamos ya tranquilos. –Ese era Javier. Un hombre que a los 45 años estaba todo cano, lleno de desilusiones; siempre alegre al mismo tiempo. Ese es Javier. –Pero éste formaba a las almas en serio, como a él le había formado Ignacio. Y así, es una cosa muy curiosa que él apenas se detenía en ningún sitio más de algún par de meses, y corría a otro lado y a otro lado. Y le achacan eso: que no tuvo el asiento de fundar las cristiandades a fondo. Y sin embargo, él decía que no era esa su vocación, sino abrir brecha por todas partes, que después vendrían los demás a asentar. Y, además, las cristiandades fundadas por él perseveran; y cuántos se glorían de la cristiandad fundada por Javier.

Pues bien; es que éste los formaba a temple: Caso bonito es el caso de Amboino, donde él estuvo poco tiempo. Formó un grupo de cristianos, tuvo que marcharse después y éstos quedaron sin misionero durante 10 años, en medio de una persecución musulmana fortísima. Y cuando después de 10 años se presentaron los primeros misioneros, creyeron que no encontraban a ninguno. Y con grande sorpresa encontraron que el grupo, sustancialmente era fiel y se había conservado. Y entonces, al jefe de ellos, que era un Manuel de Jacibe, le preguntaron: Pero, ¿qué es lo que os ha mantenido fieles? ¿Qué es lo que os ha dado fuerza en medio de tantos trabajos, de tantas persecuciones para manteneros fieles a Jesucristo? Y él respondió muy sencillo: Mire Padre; yo no conozco mucha Teología; yo apenas distingo una verdad de otra, pero yo sólo sé una cosa que me la grabó a fuego el P. Javier, y es ésta: "que es muy hermoso sufrir y morir por Cristo". No sabía más.

Y allí estaba: "que es muy hermoso sufrir y morir por Cristo". ¡Oh!, si metiésemos esto a las almas: que es muy hermoso sufrir y morir por Cristo. Que hablamos mucho hoy mucho de la formación de los seglares y de la formación… ¡**Temple** hay que darles! Que ya nos costará formar unos seglares como los del tiempo del P. Lapuente. Es admirable. La vida de Luisa de Carvajal… ¡Qué figura, qué figura! Formada por el virrey de Navarra que había sido embajador ante el emperador, ante el rey de romanos, Fernando, y que era un hombre que conocía el latín perfectamente; virrey; que conocía la teología mística al dedillo; de una penitencia extraordinaria; que le formó a esta niña que había quedado huérfana en un espíritu de penitencia enorme… Y esta chica tuvo la vocación de irse a Inglaterra a predicar la fe en medio de los protestantes, como seglar. E hizo voto de que no rehuiría ninguna ocasión que se le presentase de martirio, que lo pudiese hacer sin pecado; que no la rehuiría. Y cuando quería marcharse, una chica de 30 años, sola, a Inglaterra, a predicar la fe en medio de la persecución protestante de Inglaterra, le preguntaron al P. Lapuente -¡qué santos eran aquéllos! ¡Qué fibra tenían!- le preguntaron qué le parecía de ese espíritu, si le aprobaba ese viaje. Y él, después de haberla conocido, después de haber oído, todo, respondió: "Que él no era en aconsejar el tal viaje, pero que mucho menos se atrevería a desaconsejarlo". ¡Menos! – Y se fue, se fue. Y allí una vez se puso de rodillas delante de una cruz que estaba en una vía pública, y por poco la apedrean; y la querían meter en la cárcel. Y fundó un convento en la Embajada española, una especie de convento de una serie de mujeres que vivían allí; y se pusieron furiosos los protestantes de que les hubieran puesto un convento allí en las narices de la Reina. –¡Y cuánto tenía que sufrir! Vivir en aquella ansiedad… Su hermano fue a visitarla. La quería volver, y le dijo que a lo mejor era amor propio lo que tenía. Y le contestó: "Pero, ¿vos pensáis que si hubiese sido por amor propio, yo hubiese aguantado aquí más de un par de días? Pero, si el Señor no me hace olvidar lo mucho que le debo, y lo mucho que él merece que yo sufra por Él, estad seguro de que no me volveré a España". Y allí se quedó. Esos son de temple. "Lo que Él merece que yo sufra por Él".

Pues bien; éste es el segundo grado: imitación de Cristo. Él ha sufrido por mí. ¿Qué debo yo sufrir por Él?

Tercer grado; tercer valor: **completa la unión ofreciendo sacrificios por los hermanos.** Cuando ya la cruz se ha convertido en cruz **corredentora** con Cristo de las almas. Y en primer lugar, por los efectos de mis pecados en el Cuerpo Místico: pecados de colaboración, de mal ejemplo. Y sobre todo, por los pecados de **mis** almas. Notemos que es probable que no haya ninguna explicación de la Redención sin el sacrificio de un cristiano que aplique las satisfacciones infinitas de Cristo. Es verdad que Jesucristo ha ofrecido satisfacciones infinitas. Pero esas satisfacciones vienen a ser como una grande central eléctrica, llena de potencia, pero que tiene que aplicarse. Y el motor que aplica esa potencia es el sacrificio de un cristiano. En ese sentido se puede entender la frase de Orígenes, que tenía tanta estima de los mártires, y decía: "Yo me temo que, desde que no hay mártires, que no se nos perdonan los pecados, porque no hay almas que ofrezcan su holocausto por nosotros". Es una exageración, porque no hace falta el martirio mismo para esto; está Jesucristo en la Eucaristía como sacrificio, y está después el sacrificio de cada cristiano que se sacrifica haciendo la voluntad del Padre. Pero ahí se ve un poco esa tendencia, ese sentimiento de que hace falta el sacrificio de un cristiano para que se nos apliquen las satisfacciones de Cristo. Y así se comprende un poco y se ve la grandeza de lo que es el apostolado: Un sacerdote que ve muchas veces tantas conversiones por un lado, tantos sacrificios por otro, y sabe uno que cada conversión de éstas es fruto de sacrificio y de sacrificios costosos de otros; y estas otras almas que se sacrifican no saben a quiénes se han aplicado sus frutos; pero ahí está ese juego que veremos un día con luminosidad. –Ofrecer sacrificios por los hermanos. –Así se comprende también la llamada de la Virgen de Fátima, que: "se condenan muchos porque hay pocos que **oren y se sacrifiquen por ellos**".

¿De qué depende la eficacia de esta redención o de esta cruz redentora de las almas, de esta reparación? La eficacia depende de dos elementos, los dos esenciales: de la intensidad del sufrimiento y de la dignidad de la persona que sufre. Las dos cosas tienen que haber. Si el sufrimiento fuese nulo, la dignidad más grande no ofrece reparación. Tendrá mérito, pero no es

reparación estricta. Y si el sufrimiento es intensísimo, pero la dignidad es nula porque está en pecado mortal, entonces tampoco hay reparación. ¡Qué pena que se pierdan tantos sufrimientos porque las almas no están en gracia!

De estos dos elementos, el más importante es la dignidad de la persona que sufre, la santidad de la persona que sufre, porque sufrimiento no nos faltará nunca. Y aun los más pequeños sufrimientos en un alma muy digna, pues tienen una eficacia muy grande. Por eso el demonio tiene tanto interés en impedir la santidad de las almas, porque sabe que un grado de alta santidad que impida, impide más bien en las almas que muchas santidades mediocres. Y se comprende. –En esas grandes máquinas que hay ahora, que desmontan las montañas para hacer esos aeropuertos, campos de aviación, etc., que actúan y se llevan un monte por delante; una máquina de esas que se detenga durante una hora de trabajo, significa mayor daño que no un obrero con su azadón que se detiene en trabajar durante una semana. Es mucho más la otra en un día. Por eso el demonio pretende eliminar estas almas, evitar que actúen estas grandes potencias, o que no se hagan, sino que se quedan en azadones que trabajan; y aun cuando éstos alguna vez se suspendan por horas y días, hacen muy poco; siempre en orden relativo.

Pues bien; esa dignidad viene de la unión con Cristo. Pero sobre todo esto hablaremos otra vez. Ahora detengámonos aquí, conscientes de este valor de la reparación nuestra; que estamos llamados a participar del misterio del grano de trigo. Como decíamos esta mañana: si el grano de trigo no muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto.

PROCESO DE JESÚS

Puestos en la presencia del Señor, con el corazón abierto hacia Él, con serenidad, manteniendo el alma quieta, pacífica y dispuesta, le pedimos la gracia de la santidad; que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas, en todo, para agradar al Señor. Para llegar a eso, estamos haciendo estas meditaciones de la Pasión de Cristo, que nos ayudarán a compenetrarnos con Cristo, a hacernos íntimamente dóciles en fuerza del amor.

Y le pedimos la gracia propia de estas meditaciones, que es gracia para sentir dolor con Cristo doloroso; y sentirlo íntimamente, con aquel sentimiento que llega a las entrañas, a lo más íntimo del ser.

Dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasa por mí. No es la mera compasión exterior, sino esa participación, esa penetración en el dolor íntimo de Cristo, en el que la divinidad está escondida; que sufre tanto en su humanidad, tan crudelísimamente. Y todo eso lo padece por mí. Y qué debo yo hacer y padecer por Él.

Enamorarnos de Cristo crucificado. Decía el Beato Ávila: "Habemos de pedir a Nuestro Señor que nos escriba en nuestros corazones a Cristo crucificado. ¡Qué desagradecidos son los hijos de Adán a los beneficios que les ha hecho! ¡Qué cierto merecen nombre de ingratos, y principalmente por el olvido que tienen de Nuestro Señor Jesucristo! San Pablo, de amor que tenía, no hacía sino nombrarlo mucho. A un mártir se lo hallaron escrito en el corazón. De no tratar a Jesucristo hay tanta sequedad y miseria. Esa es la piedra de donde hiriendo, el predicador ha de sacar agua, como dice San Pablo, y el pedernal que hiriéndolo saca el fuego para encender los corazones. Porque sin Cristo no se inflaman los corazones ni se vuelven a Nuestro Señor. Y así es la empresa de los predicadores, llevar el nombre del Señor Jesús y evangelizar sus riquezas. Esto es oficio de ángeles: animar con Jesucristo. Que es dar ayuda, descanso y paraíso y lo demás. Y así no será menester pedirles siempre que den, sino darles lo que han menester. Porque Cristo Nuestro Señor es el que envió el Padre para remedio de nuestros males. Y después de enseñados los males que nos vinieron por el pecado, debe evangelizarles Jesús, que es, sanar a los contritos, y lo demás que dice San Lucas en el capítulo 4. Y estas dos cosas se han de tratar mucho, a saber: Jesucristo en la cruz y en el altar. Los que predican reformación de Iglesia, por predicación e imitación de Cristo crucificado lo han de hacer y pretender". ¡Qué actual es esto también hoy! ¡Tanto reformar la Iglesia! Por ahí, por ahí. Por aquí: "por predicación e imitación de Cristo crucificado lo han de hacer y pretender".

"Y así, de mirar su imagen se han remediado algunos. Porque mirándole a Él, Él nos mira a nosotros, y da gracia para que se muevan los corazones a convertirse a Él. Y así, mirándonos y dándonos gracia es como nos ayuda. Es camino de Nuestro Señor Jesucristo, seguro y firme entre las aguas de aqueste mar que navegamos. Por eso, el evangelio se dice con luz y se oye en pie, para que se oiga y se estime y se ponga por obra".

Pues esto es muy de actualidad. Y en nuestra educación y en nuestra formación, por aquí tenemos que comenzar: por Cristo crucificado. Y no por ahí, yendo por las ramas, por cosas muy ajenas, medio humanas, medio naturales en todo. ¡Cristo crucificado! Y no lo haremos si no lo conocemos y si no tenemos dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado. Y la misma Santa Misa nos tiene que recordar constantemente esta Pasión de Cristo. "Jesucristo en la cruz y en el altar".

Mándame donde Tú quieras;
dame trabajo o quietud,
que donde quiera que vaya
esperándome estás Tú
en la Hostia y en la Cruz.

Vamos brevemente, siguiendo los puntos, a recorrer algo de la Pasión de Cristo hasta la Crucifixión; brevísimamente.

Cuando prendieron a Jesús en el Huerto, lo llevaron, dice el Evangelio, atado a Anás; atado con cuerdas. Las cadenas no se las ponían hasta que eran condenados a muerte.

Consideremos este paso, viendo a Jesucristo atado, humillado, que es arrastrado así, con las manos atadas, desde el Huerto hasta casa de Anás; el dolor físico de Cristo.

Jesucristo estaba agotado por el derramamiento de sangre del Huerto, por la agonía, por aquella lucha terrible, aquel temor, angustia. Y le ponen cuerdas fuertes, y le atan fuertemente. "Con cautela, como había dicho Judas, para que no se escape". Y lo llevan a empellones. Quizás cae derribado por tierra pasando el torrente. Y podemos decir con San Agustín: **Non frustra ligatur Verbum Dei**. "No en vano es atado el Verbo de Dios". O como dirá después San Pablo: **Sed Verbum Dei non est aligatum**.

¡Cuántas veces, los ministros de Cristo han sido atados como Cristo mismo! Pero la palabra de Cristo no se ata. Y allí está atada la palabra de Cristo. El Verbo de Dios atado. Ahí han aprendido tantos y tantos santos el deseo de atarse, viendo ese Cristo, que parece que pierde su libertad; esas manos omnipotentes que pierden ya su libertad. Los hombres quieren que Dios no pueda actuar. Entonces se sienten como contentos; cuando saben que el Señor no se venga de ellos, no les castiga, y quisieran tenerle siempre así, para tener ellos libertad de hacer lo que quieren.

Y viéndolo así al Verbo de Dios, atado, humillado, han aprendido los santos a atarse. De ahí el deseo de vincularse con votos, con obligaciones, con reglas, como la palabra de Dios.

Pero no es sólo dolor físico; es dolor moral. Es una humillación muy grande para Jesucristo.

Entra en la ciudad a aquellas horas de la noche, atado como malhechor. Él, que era tan estimado, que había estado discutiendo todos los días con los escribas y fariseos victoriosamente, con admiración del pueblo; Él, que había sido recibido pocos días antes en gloria, en triunfo; ahora el contraste es mayor. Resulta que lo han vencido, y sus enemigos triunfan. Y esto es muy costoso. A los ojos de todos aparece como derrotado. Han podido con Él.

Es lo que muchas veces pasa a las almas buenas y justas; que son siempre loa que aparecen vencidas, porque los hombres son más audaces y son más astutos, y se sirven de tantos medios… Y muchas veces vemos a la virtud derrotada. Es el ejemplo de Cristo.

Cristo entra derrotado. Ante cuantos en el pueblo y en la ciudad habían asistido a las luchas, y habían oído los sermones de Cristo, las predicaciones de Cristo, y las disputas y las injurias de los escribas y fariseos, ahora reconocen, tienen que ver sencillamente las almas sencillas, que Jesucristo era el que no tenía razón; que por fin lo han descubierto. Miradas desde las ventanas, en las calles. Risas. ¿Ese era aquél que decía que era el Mesías? Míralo; resulta que era un malhechor. Ya le han cogido por fin. –Y Jesucristo lo oye, lo oye.

Entra por la misma puerta, probablemente, por donde el domingo hizo su ingreso triunfal. Por la misma calle que entonces estaba alfombrada, donde todavía quizás quedan restos de aquellos adornos del domingo –estamos ahora en el jueves-. La gente sale de todas partes a la puerta, a la ventana, al oír los gritos de la gente que pasa.

¡Cómo me costaría esto!, ¿no es verdad? –Y Jesucristo lo sufre en lo íntimo de su Corazón. Porque no es sólo ese mundillo de entonces, sino que Jesucristo ve cada uno de los sentimientos de aquellos hombres y de los sentimientos de los hombres de toda la humanidad, que muchas veces lo van a considerar así, con desprecio, con irrisión, despreciando su doctrina, despreciando a sus discípulos, despreciando todo lo que Él ha enseñado en el Evangelio, como si fuese todo una locura, falta de sentido; lo llevan atado a Cristo.

Y al mismo tiempo, Jesucristo está sintiendo todo el dolor de su Cuerpo Místico. De su Cuerpo Místico atado. Tantas prisiones de sus ministros y de sus fieles; tantos mártires. Siente hasta las ligaduras de sus santos; como las ligaduras de Javier, que se ataba las piernas para reparar la vanidad con que se había considerado y gloriado de ser el primer bailador de París. Y después se ataba las piernas. Hasta que se le incrustan las cuerdas en la pierna y le tienen que operar.

Y Jesús siente todo esto. Todo lo que es ligadura, todo esto lo siente Él. Las penitencias de sus santos; y todo le causa dolor; las siente Él. Las ligaduras, sobre todo, de la palabra de Dios; que muchas veces sometemos a nosotros y llevamos a Jesucristo donde Él no quiere, diciendo que es ésa su voluntad. Y le hacemos ir contra su voluntad.

Considerar lo que sufre Cristo y lo que quiere sufrir. Todo eso todavía le parece poco en fuerza de su amor. Y desea que esas cuerdas se conviertan en cadenas. Y que esas cadenas se conviertan en clavos. Que esas miradas sean las de todo el mundo; y así ve toda la historia. Que la humillación sea hasta la muerte; aun cuando en su interior, ese cáliz le repugna. –Notad que siente toda la tristeza del Huerto-. Está triste hasta la muerte en medio de estos pasos. Y su naturaleza se resiste. **Transeat a me calix iste**.

¡Cómo se esconde la divinidad! Está solo entre sus enemigos.

Qué debo yo hacer, y qué debo padecer por Él. A mí que me gusta tanto la libertad, el ser libre, el moverme a mi gusto en todo. Qué debo yo hacer y padecer por Él para corresponder un poco a la generosidad con que Él se ha atado por mí.

Lo llevan a Anás así como está; a altas horas de la noche.

Anás.- ¿Quién es este hombre? Es un hombre astuto y apreciado, de mucho influjo. Es el suegro del sumo pontífice de aquel año. Hombre muy rico. La historia nos cuenta que Anás llegó hasta los 90 años de edad. Cinco hijos suyos fueron sumos sacerdotes, y ahora era sacerdote su yerno. –De modo que, un hombre hábil, diplomático, de grande influencia en la ciudad, de esos vividores que saben venderse en todas las circunstancias.

Y, ¿por qué le someten a Jesucristo a Anás? –porque no tenía autoridad, aun cuando se podía llamar sumo sacerdote porque lo había sido, pero no tenía autoridad actual-. Pues lo llevan porque era suegro de Caifás, dice San Juan. Es decir, querían dar una satisfacción a aquel anciano que no podía ver a Jesucristo. Y ahora, que tenga la satisfacción de verlo, de verlo atado, de jugar con Él, de gozarse de que ya va camino de la muerte. Ya han acabado con Él.

Siempre la paga Jesucristo. A costa de Jesucristo tienen que encontrar satisfacción los hombres. No les importa Jesucristo.

Pero hay otra razón por la que lo llevan a Anás. No sólo porque era suegro de Caifás y tendría gusto en ello, sino porque Anás era el **principal enemigo** de Cristo. Y más tarde, en los Actos de los Apóstoles, en el capítulo 4, aparecerá Anás como el grande enemigo de los cristianos. Y quieren –Caifás y los demás-, que Anás se harte de mirarlo y de despreciarlo. Que se dé un gusto grande.

Y última razón; porque como era muy inteligente, había que hacer una prueba antes del proceso verdadero, cómo podían ir las cosas. Y esto Anás lo podía hacer perfectamente. Aun cuando él no era autoridad, podía tantear cómo iría un proceso.

Y comienza el interrogatorio en casa de Anás. El interrogatorio en que se refleja nuestro pecado respecto de Jesucristo tantas veces; cada uno a su manera.

Anás, dice el Evangelio que le preguntó sobre sus discípulos y sobre su doctrina como con autoridad. Como nosotros muchas veces nos plantamos delante de Cristo queriendo juzgar de sus discípulos y de su doctrina. Cuántas veces el hombre se pone así delante de la enseñanza de Cristo para ver si tiene razón o no tiene razón. Que nos diga Él qué es lo que piensa de las cosas. Ya veremos si es razonable lo que dice o no.

Así está Anás con Cristo: sus discípulos y su doctrina.

Jesucristo, con una delicadeza suma, calla sobre sus discípulos y responde sobre su doctrina. Pero notad, que ya antes de esta respuesta de Cristo y del bofetón que le dará el soldado, el primer bofetón le está dando Anás, Anás; no con guante de hierro o con un bastón, sino con su ficción. Cómo Jesucristo tantas veces se presenta también atado a los pecadores como si no fuera Dios, con la divinidad escondida. Así está también delante Anás; que parece que el pecador puede hacer lo que quiera de Cristo. Es dueño absoluto. Jesús atado junto a él. Así se presenta también ahora.

Con grande delicadeza, Jesucristo calla sobre los discípulos. ¿Qué podía decir él de sus discípulos? Si habían huido todos… Y el que no había huido, Pedro, estaba negándole fuera. Quizás le estaba oyendo Él, en medio de aquellos apuros de la noche, diciendo que no conocía a Cristo. No dice nada de los discípulos.

De su doctrina, Él dice: "¿Por qué me preguntas a mí de la doctrina? No se le pregunta al reo; sino, están los acusadores. Yo no he hablado siempre en secreto diciendo cosas misteriosas, sino que siempre he hablado en la Sinagoga y en el Templo donde recurren todos los judíos. ¿Por qué

me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído lo que yo he dicho. Ellos te dirán cuál es mi doctrina". Respuesta justísimo. Le está diciendo en el fondo –que es lo que cuesta a Anás-, que él no tiene autoridad; primera cosa: no tiene autoridad. No está procediendo en un verdadero proceso. Y esto le hiere a Anás; pero es la verdad. No tiene autoridad. Pero en todo caso hay testigos. Él no está buscando misterios.

Y entonces, uno de los ministros, acercándose al Señor, le da un bofetón, quizás con un bastón; un golpe fuerte en la mejilla que hace temblar al Señor, a la virtud de Dios.

El la expresión del bofetón de Anás; lo que más le hiere a Cristo es Anás; no es el pobre soldado, que es un ignorante; y él, lo que ha oído. Quizás le han acuciado para que le dé ese golpe; quizás provocado por el mismo Anás. De todos modos, le hieren a Jesucristo para dar gusto a los hombres; como suele ser casi siempre: el dar gusto a los hombres, al mundo. Entonces cedemos y no tenemos dificultad en herir a Cristo.

Con razón decía San Pablo: **Si hominibus placerem servus Dei non essem**. ¡Cómo teníamos que tener esto dentro del alma!: "Si yo buscase el agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo". No podría ser; no podría agradar a Cristo. Porque no están de acuerdo los gustos de los hombres y los gustos de Dios. –Y éste quiere agradar a los hombres, y ofende a Cristo. Le da fuerte en su rostro divino. Y nadie protesta. Esto es lo que siente la soledad de Cristo; eso de decir: todos contra Él. Y se siente en aquella tristeza íntima, solo, solo, solo. Con la divinidad escondida; todos contra Él; ningún discípulo que le consuele, que esté con Él.

Exclamación llena de admiración: ¡Cómo el Señor soporta esto! ¡Cómo no hace que el brazo de ese soldado se paralice! No, no. Jesucristo no procede así. La divinidad se esconde. Ahora es el poder de las tinieblas. Y ahora Jesucristo está sometido a ellos, como está sometido a los pecadores que pueden hacer con Él lo que quieran: pueden ofenderle, cometer sacrilegios; y Él no se ofende; Él no se venga. Más; Cristo ofrece el perdón. Y con grande mansedumbre le dice: "Si he hablado mal, di en qué he faltado. Y si he obrado bien, ¿por qué me hieres?". ¿Te he hecho algún daño? ¿Por qué lo tengo que pagar Yo? ¿Por agradar a los hombres? –Y Jesús se encuentra solo, solo; completamente solo.

Y lo llevan así atado a Caifás.

Quizás fue en este paso o más adelante –quizás más adelante-, pero en uno de estos pasos, de una casa a otra, de una habitación a otra-, cuando Jesucristo miró a Pedro –si es que eso hay que entenderlo de una mirada material, y no de una mirada interior, de que el Señor se compadeció de él-. Pero en todo caso, tenemos que considerar que estas casas –las casas del suegro y del yerno-, probablemente eran una sola grande casa, un grande palacio. Un grande palacio con un grande patio interior, ene. Cual se entraba de fuera por una puerta, y después estaban las habitaciones. Por una parte estaría Anás, en otra, Caifás, de modo que se entra y se sale, aun sin salir del patio interior, a la calle. Y esto explica muchas cosas de las de la Pasión. Pasa el atrio interior, que es donde estaban los soldados, en aquel grande atrio interior; pasa de un sitio a otro en la oscuridad de la noche, entre el fuego que habían encendido los soldados, porque hacía frío aquella noche. Jesús, al resplandor de las llamas se le ve que entra en la casa de Caifás. Aquí es un verdadero proceso. Caifás es el sumo sacerdote.

Dice el evangelista: "Y lo mandó Anás, atado, a Caifás pontífice". Juan había dicho en el capítulo 18: "Caifás era aquél que había dado este consejo a los judíos: "Conviene que un hombre muera por el pueblo". Y va a ser éste el juez; éste que ya de antemano ha dicho que conviene que uno muera por el pueblo. –Nosotros que nos quejamos tantas veces de que no nos juzgan objetivamente; de que esa persona está prevenida contra nosotros… como si entonces ya no se realizase la voluntad de Dios sobre nosotros…"El cáliz éste lo ha dado mi Padre". Y el que le va a juzgar a Cristo, ya le ha prejuzgado. Tiene que morir. "Conviene que uno muera por el pueblo".

Caifás.- Es el enemigo personal de Cristo. Se considera él enemigo personal. Fue pontífice del año 18 al año 34. Le va a juzgar, junto a Caifás, el Sinedrio. Y el Sinedrio había ya decretado su condenación. En el capítulo 11 de San Juan, en el verso 52 lo leemos. Lo había decretado ya. Por lo

tanto, va a caer en manos de unos jueces que tenían ansias de quitárselo de encima. Y allá va; indefenso, atado. "Anás lo mandó, atado, a Caifás". A Caifás que lo había prejuzgado, lo había condenado, y estaba con su Sinedrio que lo había ha condenado a muerte.

Y es el camino de Dios. Y es la glorificación del Padre. ¡Cómo nos cuesta entender esto!

Junto a Caifás, o con el Sinedrio, hay –parece; al menos yo me inclino a ello-, hay dos sesiones: una sesión nocturna y una sesión a la mañana siguiente, muy breve, porque ya estaba hecho lo principal. En la sesión nocturna, las características son éstas: Buscan un falso testimonio contra Jesucristo. ¡Un falso testimonio! –Nosotros también nos quejamos: Mire usted quién ha dicho, quién ha hablado de mí. -¡Un falso testimonio! ¡Buscado! Y no lo encuentran. Aun gente que viene allí a decir, no es capaz. No sabe concretar un falso testimonio. ¡Qué santidad la de Cristo! Sus enemigos que le observaban día y noche, y son incapaces de acusarlo de una falta verdadera. Y ni puestos a buscar falsos testimonios, los encuentran.

Por fin, encuentran dos que dicen lo que Jesucristo habló en el Templo. Éste dijo: "Yo destruiré este templo, y en tres días lo reedificaré". Y el otro decía una cosa parecida. "Pero no era igual el testimonio de ellos". Puede significar que no era concorde el testimonio de ellos, o quizás –como piensan otros-, no era suficiente, no era el testimonio como para condenarle, porque no se veía razón suficiente para condenarlo. No es que Él hubiese despreciado el Templo, sino que Él no habló de desprecio del Templo.

Y viendo que aquello no marchaba, y que no había modo de condenarlo, entonces el sumo sacerdote, ya nervioso, le conjura con solemnidad. Primero le dice: "¿Nada respondes a lo que éstos todos están testimoniando contra ti? ¿No dices nada?" –No tenía nada que decir. No había testimonio suficiente. –Y dice el evangelista la gran palabra, que ha sido clave para muchas almas: **Jesus autem tacebat**. "Jesús estaba en silencio"; no decía nada. Es el grande silencio de Cristo en la Pasión. Los que dicen que el Evangelio no habla del silencio. ¡Que no habla del silencio! **Jesus autem tacebat**. En medio de todas las quejas, en medio de todos los testimonios, de todas las calumnias, **Jesus autem tacebat**. Aquí han aprendido las almas a callar. El silencio. A no quejarse, a no murmurar; a no quejarse ni por fuera ni por dentro, de nada ni de nadie, ni de sí mismo; a vivir en la soledad silenciosa. **Jesus autem tacebat**.

Y como Jesús callaba y no se establecía una discusión, como ellos hubiesen deseado que hubiese saltado con impaciencia, ya no tiene más remedio el sumo sacerdote, en su puesto de sumo sacerdote, con su autoridad legítima: "Te conjuro en nombre de Dios vivo, que nos digas si Tú eres el Mesías". Esto es autoridad; la autoridad que le pide un testimonio. Y Jesucristo sabe la gravedad de este testimonio que tiene que dar. Por eso dirá San Pablo: "el cual dio buen testimonio" –aun cuando él habla de Pilatos-; pero lo mismo pasa aquí: "dio buen testimonio"; buen martirio. –Martirio significa testimonio. –Como la respuesta de Juana de Arco, en la que anotó el notario: "Respuesta mortífera". Pues Jesús, sabiendo todo, dice: "Tú lo has dicho; Yo soy el Mesías".

Ved un poco esto. Es casi increíble la fuerza que tiene esta expresión. Aquel pobre hombre, con su mejilla ya hinchada, con sus cabellos desgreñados después de la agonía del Huerto; macilento, agotado, oye esta pregunta del sumo sacerdote: "Te conjuro que nos digas, en nombre de Dios vivo, si Tú –pobre hombre, pobre hombre que estás ahí-, si Tú eres el Mesías". Y Él dice: "Sí; Yo soy el Mesías". –Éste, éste, con la divinidad escondida; este hombre, que no parece hombre, es el Mesías.

Y entonces el sumo sacerdote se rasga las vestiduras, escandalizado. ¡Qué hipócrita! Había encontrado lo que quería. Y mostraba una tristeza por la ofensa de Dios…

"Vosotros mismos habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece a vosotros? ¡Oh, reo es de muerte! Merece la muerte". Por haber dicho la verdad.

¿Por qué le condenan a muerte a Jesucristo? Estaba escrito en el Levítico, capítulo 24: "Quien se jacte falsamente de ser profeta enviado por Dios, morirá". Pero aquí, ¿quién se jacta falsamente de ser profeta enviado por Dios? Ningún Profeta podía presentarse como Profeta entonces.

Durante la vida pública le habían preguntado muchas veces: "Si Tú eres el Cristo, dínoslo claramente". Y Jesús les había dicho: "Vosotros no queréis venir a Mí para tener vida. Yo no recibo la gloria de los hombres. ¿Cómo podéis creer, vosotros, que buscáis la gloria los unos de los otros?

No estáis dispuestos". Y aun de los príncipes, muchos habían creído en Él. Pero por los fariseos, por temor de los fariseos, no lo confesaban, para que no los arrojasen de la Sinagoga. Porque amaron la gloria de los hombres más que la gloria de Dios.

Aquí se ve todo esto en este momento. Jesucristo habla claro. "Si Tú eres el Cristo, dínoslo claro". Aquí está. Y sin embargo, no lo aceptaron. No pueden venir a Él, porque buscan la gloria los unos de los otros, y buscan la comodidad y el honor. Buscan las cosas de este mundo y no están dispuestos a seguir a Cristo y dejarlo todo para seguir su voluntad. –Es lo que muchas veces nos pasa a nosotros: que no confesamos a Cristo del todo, porque amamos la gloria de los hombres; amamos nuestras comodidades.

Pero lo condenan a muerte. Porque es el Mesías…

Es tremendo esto que nos pasa a nosotros con Cristo: que lo hemos condenado a muerte por ser Mesías, por ser Hijo de Dios y por ser Rey. Por ser lo que es, lo hemos condenado a muerte. Como si nos molestase que fuera lo que es. Como muchas veces lo despreciamos porque es lo que es: porque es Dios. Y nosotros querríamos que no fuera Dios.

Y lo llevan allí, a una sala, para que pase la noche. La sala de belleza de Cristo en la noche triste. La sala de belleza de Cristo con que se está preparando para el día de la muerte, el día de su amor.

Esa noche los soldados que están de guardia se entretienen con Él. "Le daban bofetadas, le vendaban los ojos, le escupían en el rostro y le decían: Tú, Mesías, profetiza quién es el que te ha dado este golpe". Habían oído que le habían condenado a muerte por decirse Mesías, Profeta; y se reían de Él. "Profetiza quién te ha herido". Pero podían decirlo en verdad, en verdad; porque esas heridas que Él recibía, no eran sólo de los soldados, de los verdugos, sino que eran de toda la humanidad, que descargaba sus golpes sobre Él. "Profetiza quién te ha herido". Él sí lo veía. Para Él esas vendas que le ponían ante los ojos no significaban nada, y veía a través de ellas a los soldados, y más que a los soldados –porque ellos eran pobres ignorantes-, a los que conscientemente han abofeteado a Cristo en su vida. "Profetiza quién te ha herido".

Hay un cuadro de Fray Angélico, en el cual está el Señor en esta escena con una venda, a través de la cual se ven los ojos del Señor como transparentes. Y alrededor de Él se ven unas manos que lo hieren, pero esas manos no terminan en nadie, sino son como manos al aire, con lo cual quiere decir que ahí terminan las manos nuestras; que terminan en esas bofetadas al Señor.

Pero allí está toda la noche. –A divertirse a costa del Señor. –Para reparar tantas horas de salas de belleza.

Y al terminarse estas escenas de la noche, los soldados volverían a casa contentos: Esta noche nos hemos divertido. Esta noche se nos ha pasado pronto. ¿Por qué? Lo hemos pasado bien. –Se han divertido a costa de Cristo. Cuántas noches se pasan divertidas a costa de Cristo, mientras Él está allí recibiendo estos golpes; que le escupen en el rostro, que lo desprecian. Y la gente al día siguiente sale contenta y satisfecha: nos hemos divertido en grande esta noche; a costa de Cristo.

¡Cuántos sufrimientos de Cristo! Cristo sufre. Además de esos físicos, está sufriendo la negación de Pedro. Está sufriendo la muerte de Judas. Todo eso le pesa sobre el alma. Las negaciones de Pedro, mucho le duelen. Sus discípulos duermen de verdad. Pedro se había metido en aquel peligro imprudentemente. Había querido seguir al Señor, pero lo seguía un poco de lejos. Y Juan, que parece que tenía amigos en casa del pontífice, entró sin dificultad, y le dijo a la sirvienta, que estaba en la puerta, que aquél otro era un amigo suyo, que le dejase pasar. Y entró también Pedro; con mucho miedo; deseando ver en qué terminaba todo.

Y se acercó con timidez al fuego. A la luz del fuego, la criada lo ve, lo mira, y dice: "Yo creo que también éste es de los que iban con Jesús". Y el pobre ya pierde la serenidad, y le asegura que no, que no conoce a ese hombre, que jamás ha estado con Él, que no sabe quién es. ¡Pobre Pedro!, el que decía que: "antes morir. Aun cuando tenga que ir a la muerte, yo no te negaré jamás", ante las palabras de esta pobre criada, ya tiene miedo de lo que puede pasar. Dice que nunca ha estado con Él, que no le conoce, no lo conoce. Y quizás, el Señor le oía esas palabras. ¡Qué dolor para

Cristo! –Pedro, ¿no me conoces? Y, ¿quién te ha prometido el Primado?, y, ¿quién te ha ordenado sacerdote esta noche?, y, ¿quién te ha dado la Primera Comunión esta noche? ¿No me conoces?

Y después las cosas se multiplican, se complican, y los peligros son mayores, y la gente se va interesando; y vienen los soldados, y le vuelven a repetir: ¡Pero si el mismo hablar te dice que eres galileo! No vengas aquí contando esas cosas. ¡Si es claro que tú eres de Galilea! -¡Que no, que no, que no! Y perjuraba, y aseguraba, y echaba imprecaciones; que no conocía a ese hombre.

Cuando estaba así es cuando Jesús pasa, o de Anás a Caifás, o de Caifás a la sala ésta de la noche triste. Y Jesús, con una delicadeza enorme –podía haber pasado muy bien-, pero con una delicadeza enorme para no traicionarle –porque el Señor no traiciona nunca; y si le hubiese mirado claramente le hubiesen dicho: ¿lo ves?, ¿lo ves cómo eres, cómo te conoce?- sin que nadie caiga en la cuenta, furtivamente, lo miró; miró a Pedro. Y esa mirada de Cristo –"Ojos de Cristo miradme"-, esa mirada de Cristo, le dijo todo. Le dijo que ya se lo había predicho; que no se fiase de sí mismo; que ya le había perdonado; que, adelante, adelante; que, convertido, vuelto, confirmase a sus hermanos.

Y Pedro, entonces, comprende que allí no puede estar. Y va hacia la puerta de salida, y pide que se la abran, y sale fuera. Y se echa a llorar. **Flevit amare**. Allí, apoyado contra el muro, sollozando. Todo lo que ha pasado en aquella hora, en aquellas dos horas… ¡Cuántas cosas en poco tiempo!

"**Flevit amare**". Y se fue, probablemente, a la Virgen. ¡Dónde iría! Al refugio de los pecadores. Quizás el primer pecador que recogió la Virgen –socia del Redentor- fue el primer Papa: a Pedro; a quien mostró las delicadezas de su corazón, y a quien mostró las delicadezas del Corazón de Cristo, asegurándole que Jesús le perdonaba, que Ella lo conocía, que no pensase más en ello, que ya se había pasado eso.

A la mañana siguiente –si seguimos el relato de San Lucas-, se reunió el Sinedrio brevemente para confirmar lo hecho". Y el sumo sacerdote parece que esta vez le preguntó ya directamente no sólo si era el Mesías, sino si era el Hijo de Dios. Ya antes los escribas y fariseos habían notado que Él se hacía Dios. Cuando Él les preguntó una vez: "¿Por qué me queréis apedrear? –No te queremos apedrear por las buenas obras que haces, sino porque siendo hombre te haces Dios". Y esto lo temían. –De modo que le podía preguntar muy bien, dando un paso más: no sólo Mesías, sino Hijo de Dios.

Pues bien; le presentan allí atado, delante de aquella asamblea grande. El pobre Señor, agotado por la agonía, agotado por toda la noche de vela, con todos aquellos insultos que le habían hecho: bofetones, le habían escupido, todo sucio, que apenas se tiene en pie; y a este hombre le preguntan: **¿De modo que Tú eres el Hijo de Dios?** Casi suena a una ironía de parte del sumo sacerdote. Tú, pobrecillo, miserable, que no puedes tenerte en pie, ¿Tú eres el Hijo de Dios? -¡Cómo se esconde la divinidad de Cristo! ¡Cómo se esconde! ¡Tú! –"Quién es y cómo está. Se deshace".

Y Él, no obstante todo, con grande energía y firmeza, le responde ante todos: "Tú lo has dicho. Yo te aseguro que veréis al Hijo del Hombre venir sobre las nubes del cielo con grande poder y majestad". ¡Ese pobre hombre! ¡Parece mentira! Lo manifiesta así, y ahora ya lo condenan definitivamente a muerte. Porque es blasfemo; se ha hecho Dios este pobrecillo hombre. Si fuese loco… Si fuese loco ya se habría arreglado, pero si no es loco, es un blasfemo.

Y le atan, le atan con cadenas y lo llevan a Pilatos.

En este momento cae sobre el Corazón de Cristo la pena inmensa de la muerte de Judas, que la siente tanto.

Al ver que las cosas iban en serio –Judas quizás no había caído en la cuenta del todo de la rapidez con que iban las cosas, de la seriedad con que buscaban al Señor-, al ver lo precipitado que iba todo, al oír que ya lo habían condenado a muerte y que lo llevaban ya a Pilatos para que se realizase la sentencia aquel mismo día, sintió aquel remordimiento interior. Un remordimiento sin confianza, una desesperación. Y entonces fue al Templo con sus monedas y su bolsa. Y les dice:

“He pecado entregando sangre inocente”. Lo habéis condenado a muerte. Es falso. Ese hombre no merece la muerte. –El mismo que lo ha traicionado lo reconoce: No merece la muerte.

Pero a ellos no les importa nada, no les importa nada. Y dicen: “Ahí te las arregles. Eso es cosa tuya. Nosotros haremos lo que nos parece”. Y entonces, echa sus monedas al templo. -¿De qué le sirve todo lo que él pensaba hacer con esos dineros? ¡Desesperado!

Y entonces busca un árbol; se ahorca. Si hubiese ido a los brazos de Cristo, aun entonces le hubiera recibido diciendo: ¡Amigo, amigo mío! Porque Él tiene un Corazón grande como para eso. ¡Amigo mío!

Pero no fue a Cristo. Se alejó de Él. Se colgó desesperado.

Cómo tiene que resonar en los oídos de Judas las últimas palabras que él ha pronunciado, y que él ha oído de Cristo: “Llevadlo con cuidado para que no se os escape”. ¡Que yo haya dicho esto! Pero, ¡a dónde he llegado! –“Amigo”, que le decía Jesucristo. “Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre?” Y aquellas otras palabras de Jesucristo en la última cena: “Mejor le hubiera sido no haber nacido”. Todo esto, ¡cómo resonará en los oídos de Judas eternamente!

¡Y cuánto sufre Jesucristo! Un alma por la cual Él ha hecho tanto, y que no ha sido capaz de volver a Él; que no se ha fiado de Él. Le ha faltado la confianza.

Y lo llevan a Pilatos. Pilatos es el brazo secular. Tienen prisa por realizar la sentencia. Tienen que buscar otra sentencia de los romanos. Porque si los romanos hubieran confirmado solamente la sentencia de los judíos, entonces no hubieran podido ejecutarla el mismo día. Y ellos son muy celosos de salvar la ley. Ellos, de otras cosas no tienen escrúpulos, pero de que la fórmula de la ley se salve, sí. Lo que les decía el Señor: ¡Hipócritas, hipócritas!, que salváis la letra de la ley y pasáis por encima de la misericordia y de todas las virtudes.

Cuando la ley se hace abstracta y formal, ¡cuántos recursos legalísticos!; cuando la ley no se toma como la señal del agrado de Dios y el deseo de contentarle en todo.

Llevan, pues, a Jesús atado con cadenas –después de la condena de muerte-, ya de día, ante todo el pueblo, en la ciudad donde era conocido. Para Él, ¡qué dolor! Tener que atravesar aquellas calles donde todos le conocen; donde todos lo han visto victorioso, triunfante; ahora atado con cadenas, condenado a muerte. Y oír esos comentarios que no puede menos de hacer la gente: Mira, mira, ¡cómo nos había engañado! Mira, ¡por fin lo han reconocido! ¡Fíjate! ¡Y nosotros que íbamos detrás de Él!

Las manos atadas de Jesús, sus ojos bajos, su rostro afeado, sucio, con sangre, con saliva, amoratado. Y en su corazón, toda la tristeza, todo el hastío de la oración del Huerto. Y en medio de todo eso, el amor a ti que salta por encima de todo y que le hace llevar todo eso. **Dilexit me et tradidit semetipsum pro me**.

Oye los comentarios de la multitud desagradecida, que ha olvidado todo. Y llegando a casa de Pilatos, los que lo llevan, -los sacerdotes-, no entran por no contaminarse. No entran allí para no mancharse. Era la casa de un pagano. Ellos no podían entrar. Tenía sus ídolos, tenía sus estatuas romanas. Era un sitio impuro, y ellos se hubieran manchado.

Y le acusan desde fuera. Tiene que salir Pilatos.

Es Pilatos un hombre legalista, romano, auténtico. De “buena” voluntad. Eso que solemos decir muchas veces: de “buena” voluntad. Donde lo de “buena”, pase; pero la voluntad no se ve por ningún lado. Le falta voluntad. “Buena voluntad”. Mientras no toque sus intereses, desea arreglarlo todo. Está cansado de los problemas de los judíos, que ya le han traído varias veces muchas dificultades y muchas cuestiones, y está harto de ellos.

Sale a los judíos. Jesucristo es el centro del diálogo de Pilatos con ellos. Y les pregunta: “¿Qué acusación tenéis contra este hombre?” –Lo que decíamos del pecado de todos en la pasión de Cristo: considerarlo puro hombre. “¿Qué acusación tenéis contra este hombre?” Y ellos indignados, le dicen: “Si este no fuera un malhechor, -uno que obra cosas malas-, no te lo hubiéramos traído”. Pues ya puedes suponer; si te traemos a uno… ¿No te fías de nosotros? Es un malhechor.

Y él les dice: “Pues si no le habéis juzgado, juzgadle vosotros según vuestra ley”. Y ellos le responden: “Nosotros tenemos una ley, y según esa ley, nosotros no podemos matar a ninguno”. Este es uno de tantos; pero nosotros no podemos matar a ninguno. No podemos poner en cruz, como nosotros deseamos. La ley nos lo prohíbe. Y éste merece la cruz. Éste es un cualquiera; un malhechor.

Y entonces presentan los capítulos de acusación, que son estos tres, convenientes para ellos. Ellos le habían condenado por otra razón: porque se había hecho Hijo de Dios. A Pilatos eso le importaba muy poco, que fuera Hijo de Dios o no. Pero a Pilatos le presentan otras tres causas de acusación: “A éste lo hemos hallado que agitaba nuestro pueblo”, lo revolucionaba contra vosotros. Es un agitador. “A éste lo hemos hallado que prohibía dar el tributo al César”, que decía que no había que dar el tributo al rey de los romanos. “Y a éste lo hemos hallado diciendo que Él era el Cristo Rey de Israel”. ¡Qué contrario a la verdad! Él, ¡que había agitado al pueblo! Él, ¡que había prohibido dar tributo al César, cuando dijo: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”! Él, que se quería hacer Rey, cuando en la multiplicación de los panes –esto es lo que quería el demonio, esto; pero Él no iba por ese camino-, cuando en la multiplicación de los panes habían querido hacerle rey, Él no lo aceptó, en absoluto.

Y entonces Pilatos se lo lleva adentro. Y le pregunta.

Trascendencia de este diálogo de Pilatos. Pilatos se encuentra con un caso que para él era nuevo totalmente. Él era un ignorante de todo lo que estaba pasando alrededor de Cristo. Y se encontraba con un caso nuevo. De un hombre a quien se acusaba de tres capítulos, de agitación contra los romanos, y que por lo tanto podía ser puesto en cruz, como todos los revolucionarios y esos patriotas. Por lo tanto, un caso normal.

Fijaos en la trascendencia de cualquier caso de nuestra vida. En todos los momentos de la vida estamos actuando **en Cristo**. Todo es una operación en el Corazón de Cristo. Lo que hiciereis a uno de éstos, a Mí me lo hacéis. Él, el día del juicio –Pilatos- será juzgado por esto: Cuando tú condenaste a aquél injustamente, condenaste a Cristo; porque es el caso real. Pero él procedía como cualquier otro en cualquier otro caso, con la misma neutralidad.

Y ahí está Jesús, hecho una miseria ante Pilatos, lleno de majestad y de autoridad, rodeado de todo el lujo romano. Y le pregunta: “De modo que, ¿eres tú el Rey de los judíos?” ¿Eres Tú? –Pero también esto, ¿cómo? ¡No lo podría sentir! Aquel pobre hombre: “¿Eres Tú el Rey de los judíos?”

Y Jesucristo, con una entereza, le pregunta: “¿Es pregunta que te interesa personalmente?” Es decir, ¿tienes tú razones para pensar esto? ¿O es porque te lo han dicho otros? ¿Te interesa verdaderamente? ¿O es que lo has oído así…?

Y él le dice: “Yo no soy judío. Yo no entiendo de esas cosas. Tu pueblo, los tuyos, los judíos y los pontífices te han entregado a mí”. Yo no me he metido en nada. Son propiamente los tuyos los que te traen. ¿Qué has hecho?

Y entonces Jesucristo le dice: “Mi reino no es de este mundo. Si mi reino hubiera sido de este mundo, mis ministros, mis súbditos, mis soldados hubieran luchado para que yo no fuera entregado a los judíos. Pero mi reino no es de aquí abajo”. Palabras misteriosas para Pilatos. Dice que es Rey, pero no el rey al modo humano. No rey como quería hacerle el demonio en las tentaciones; si no, sus súbditos, sus soldados hubieran luchado, no le hubieran dejado así.

Entonces Pilatos le dice: “Luego, ¿Tú eres Rey?” Tú, ¿eres Rey? –Y Él: “Tú lo has dicho. **Quia Rex sum ego**. “Yo soy Rey. Yo para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la Verdad, oye mi palabra”. –Va por otro lado. Un reino de Verdad. No es el reino de la tierra, el reino de los romanos, el reino de rebelión contra los invasores. No. De la Verdad. “Todo el que es de la Verdad me sigue”.

Y entonces Pilatos vio que la cosa iba por otro lado. Y con aquel sentido de escepticismo, levantando un poco los hombros, le dice: “Bueno, ¿y qué es eso de la verdad? **Quid est veritas?**” ¡Bah! ¡Vaya usted a saber qué es verdad! ¡Eso no me toca!

Y salió fuera. Y les dijo claro: “Yo no encuentro causa alguna en este hombre”. Aquí no hay motivo. ¿No habéis dicho que quiere ser Rey? Aquí no hay nada de eso. Este es un pobre hombre que no tiene nada, no ha hecho nada grave; aquí no hay ninguna rebelión.

Y entonces ellos le insultaban y le insistían: que ha hecho esto, que ha hecho lo otro. –Jesús callaba. Nada, nada. De modo que el Presidente se maravillaba grandemente de que Jesús no dijese una palabra.

Mirad; siempre la táctica de Cristo: A la autoridad legítima que le pregunta lo que tiene que preguntar, responde. Fuera de eso, nada. **Jesus tacebat**. Los demás pueden decir lo que quieran.

E insistiendo los otros en aquella lluvia de acusaciones, le dicen: "¡Pero si no ha parado de revolver a toda la gente desde Galilea hasta aquí!" No ha parado en todo el tiempo. Empezó por Galilea, y no ha parado. Y pregunta él, apenas oye esto: "¡Cómo! Pero, ¿es de Galilea éste? –Sí. -¡Ah!, pues muy bien. Si es de Galilea, no me toca a mí, no me toca a mí. Está Herodes, que es tetrarca de Galilea –con el cual he tenido ya algunos conflictos por cuestiones de jurisdicción, que dice que yo intervine donde no me tocaba-, pues es la ocasión mía. Que lo lleven a Herodes, y que se arregle Herodes. –Y lo mandan, atado, a Herodes.

Herodes.- La persona Herodes. Sus relaciones con Jesucristo. Cómo va Jesucristo pasando de enemigo suyo en enemigo suyo.

Herodes es el hombre voluptuoso, débil, regido por una mujer que había decapitado a Juan por una bailarina. Ese es. Ahí va; a esas manos va a parar. Es Jesucristo artado en manos de la concupiscencia y del mundo. Ahí va. Un hombre supersticioso, que creía que Juan había resucitado en Cristo. Quizás estaba allí, en Jerusalén, Herodías y su hija. Y allá va Jesús; a todo este ambiente. Y va atado. Va a responder. Su vida está en manos de todos estos. ¡Qué humillación para Cristo! La divinidad se esconde. ¡Cuánto sufrimiento! Todos esos pecados cargan sobre Él.

Dice el Evangelio que "Herodes se alegró al ver a Jesús". Se alegó. Pero se alegó como quien iba a ver un espectáculo interesante.

¡Tantos se alegran de ver a Cristo como un espectáculo interesante! No porque van a jugarse la vida por Él; no porque van a tomar en serio lo que Jesucristo diga, sino, un espectáculo interesante. Interesarse por Cristo; es un elemento cultural; conviene leer el Evangelio; conviene conocer las vidas de Cristo; conviene conocer la Historia. Es el tipo de hombre voluptuoso, para quien Jesucristo no interesa en el fondo de su vida solamente como un suplemento, o como un complemento en la conversación de una verbena. ¡Cuántas veces pasa esto! Tiene uno su vida, y de vez en cuando habla de Cristo; el problema. Y pregunta de Cristo: Oiga usted, ¿y qué, cómo está ahora el problema teológico actual? –Pero, ¡qué le interesa a éste! ¡Si no es más que para pasar el tiempo! Curiosidad intelectual; curiosidad sensacional. Con deseo de conocerlo, pero sin cambiar su vida; sino, de lado.

Y Jesucristo calla, calla. No levanta sus ojos.

Herodes, en efecto, no le preguntaba por su causa. No le preguntaba por lo que había venido allí; cuál era su crimen, la acusación que tenían contra Él. Sino le preguntaba cosas de curiosidad; como tantas especulaciones de racionalistas y de intelectuales. No va a la raíz, sino, curiosidad, interés, problemas históricos.

Y Jesús calla. No abre su boca delante de Herodes, porque era voluptuoso empedernido; y no puede uno oír a Jesús cuando se da a los placeres. Es inútil; no lo oiremos, no lo escucharemos. Mientras nos demos a la voluptuosidad, al placer, a la carnalidad, no se puede oír a Jesús. No habla. "Jesús callaba". Calla porque está ante Herodes que ha decapitado a Juan por un capricho. Porque era un apóstata práctico.

Entretanto, los judíos le acusan con muchas palabras, muchas acusaciones. Y Él se calla. Y Herodes lo despreció; lo despreció con toda su corte.

El mundo, que es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida –eso es Herodes-, desprecia a Cristo, y lo desprecia cordialmente. No le sirve para lo que él pretende. "La sabiduría de Dios es estupidez a los ojos de los hombres, y la sabiduría de los hombres es estupidez a los ojos de Dios". Como lo despreciamos nosotros cuando estimamos alguna cosa más que Cristo; o cuando no le creemos capaz de saciarnos y de llenar nuestro corazón.

Y lo mandó así. Le puso un manto brillante, y tratándole como loco, le mandó de nuevo a Pilatos. "Y en ese día se hicieron amigos Herodes y Pilatos, por causa de Jesucristo".

Bien. Vamos a interrumpir aquí ahora esto. Quizás pasemos directamente a la crucifixión. Completad vosotras, por vuestra parte, ésas y las siguientes escenas de la Pasión. Si podéis, tenéis oportunidad, tenéis devoción, podríais hacer cada una por su parte el Vía Crucis, acompañando así al Señor en espíritu de amor en este sufrimiento que padece **por mí**, por mis pecados.

CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DE JESÚS

Vamos a hacer esta contemplación en la presencia del Señor, sobre la Crucifixión y Muerte del Señor, las Siete Palabras de Jesucristo en la Cruz, y el Descendimiento. Vamos a asistir así, con ese deseo, con ese corazón abierto, con el afecto de un hijo que asiste a la agonía de su padre moribundo y que recoge de sus labios su testamento de amor. Así vamos a asistir a esta escena final de la vida de Cristo. Pero actuando la fe viva: que ese moribundo es Dios. Que así lo hemos tratado. Que no es un mero hombre. Por lo tanto, penetrando en este dolor íntimo de Cristo doloroso, en este quebranto con Cristo quebrantado, de modo que sea un sumergirnos en el océano infinito de su sufrimiento, de su dolor, el sumo aniquilamiento, como decía San Juan de la Cruz en el texto que he citado esta mañana.

Después de la condena a muerte, después del camino del vía crucis, llegan al Calvario Jesús con los dos ladrones. Y dice el Evangelio que le dieron a beber vino mezclado con mirra. Aquellas piadosas mujeres que tenían como obras de caridad –llamemos en el término general de caridad-, como obras de afecto, de benevolencia hacia los condenados a muerte tenían ésta: darles a beber vino mezclado con mirra, que era una especie de bebida embriagante, con la finalidad de mitigar un poco los dolores. Por eso hay que distinguir del todo este vino mezclado con mirra del vinagre que le darán después. Son dos cosas distintas. Esta es una ofrenda de amor, de compasión a ellos. "Le dieron vino mezclado con mirra". Es un calmante. Y Él no quiso beberlo, sino que gustándolo, renunció a él. No quiso, porque quería sufrir del todo, el sufrimiento de la Cruz. Él venía allí como víctima. Tenía dentro de sí la divinidad que podía calmar todos los dolores, y no quería. Dejaba sufrir tan crudelísimamente a la sacratísima Humanidad, la contenía. Y no iba a tomar esos calmantes exteriores. Quería sufrirlo todo, hasta lo último, por amor de mí. Agradece a aquellas piadosas mujeres, pero no lo toma.

Luego, le arrancan los vestidos con violencia, vestidos que se habían adherido ya a las llagas de la flagelación, con dolor nuevo. Siente dolor y vergüenza al verse así desnudo ante la multitud.

Entrar en el Corazón de Cristo, donde siente Él todos los pecados de toda la humanidad. Se ve ante todos, con todos ellos, delante de la justicia del Padre.

Y le ordenan que se eche sobre la cruz. Y Él obedece. **Factus obediens usque ad mortem**. "Él obedece hasta la muerte".

Es como está salvando a la Humanidad. Es lo que nos cuesta creer a nosotros: que muriendo uno en la cruz salve a la Humanidad. Nos parece que tiene que ser siempre la victoria, la gloria, el aplauso del mundo, y no el ser cosidos a la cruz entre la irrisión y en la vergüenza de todos los que nos rodean.

Y lo crucifican. Probablemente siguieron el método que parece era el habitual. El palo transversal estaba sobre la tierra. El palo vertical estaba ya clavado, sujeto en tierra, elevado, y lo hacían ponerse sobre el suelo y le clavaban las manos en el palo transversal. Luego levantaban ese palo sobre el otro con cuerdas y fijaban éste sobre el vertical. Entonces clavaban los pies. Una operación muy dolorosa, sumamente dolorosa, aun humanamente. Cuánto más para la sensibilidad de Cristo que en todos esos sufrimientos veía toda la realidad que estaba pasando sobre esas heridas y que le llegaba hasta la sensibilidad suma de su naturaleza humana hipostáticamente unida a la divinidad.

Fijan la mano derecha. Naturalmente los agujeros estaban hechos previamente, porque servían unos mismos maderos para muchos ajusticiados, y para facilitar el clavar los mismos clavos, tenían ya los agujeros que aprovechaban. Pasan la mano a martillazos; se encogen los nervios de los dedos, los brazos, con ese calambre de dolor agudísimo. Martillazos que resuenan en el Corazón de la Virgen que está presente, que los oye, con dolor también. Después los clavos suenan ya más en firme; se fija en el madero el clavo y queda ya la mano derecha clavada. Todo el cuerpo encogido de dolor. Tienen que estirarlo normalmente con cuerdas por la otra parte para que llegue la mano al sitio prefijado para el clavo. Quizás se dislocan los huesos. "Se pueden contar todos sus huesos".

Y fijan también el segundo clavo. Queda la mano izquierda clavada en la cruz. Y el Señor está así: boca arriba, hacia el cielo, como víctima, en medio de dolores espantosos. Y lo levantan en el aire; con todo el peso que pende en ese primer momento de los dos clavos. Dolorosísimo. Entre el cielo y la tierra. Fijan el palo transversal en el vertical, y clavan los pies. Doloroso; muy doloroso. Ahí está ya el Señor como víctima entre el cielo y la tierra. No está en la tierra ya. Tampoco en el cielo. Es el momento del sacrificio. Suenen las trompetas del Templo; más o menos era la hora del mediodía. Os acordáis de la Samaritana: era como la hora sexta. También aquí dice San Juan: era la hora de sexta. Y era el momento en que se comía el cordero pascual; y por eso las trompetas lo anunciaban. El cordero pascual verdadero es el que pende ya entre el cielo y la tierra.

Dolores agudísimos, intolerables. Los dos que estaban con Jesucristo –los dos ladrones- los soportan también igual que Él, y lanzan gritos de dolor, lanzan palabras de blasfemia, de imprecaciones, de queja. Jesucristo, en este momento precisamente, es cuando pronuncia su **primera palabra**: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen". Es como el Memento del sacrificio sangriento de la cruz. Perdónales. Pide el fruto de la Pasión por las almas: el perdón. Perdónales, porque no saben lo que hacen. ¡Qué reacción tan distinta de los ladrones! "Porque no saben lo que hacen". Y lo dice de verdad el Corazón de Cristo. El Corazón de Cristo no miente. No es que hace una ficción. No, no. Lo dice de veras. "Porque no saben lo que hacen". Excusa al pecador en cuanto puede. No quiere decir con esto que no pecan, y que no pecan gravemente, pero quiere decir que busca la excusa que se puede presentar al Padre. Que no saben **todo** lo que están haciendo. Ellos, no son tan malos que hubieran crucificado al Rey de la gloria su hubiesen creído en Él. Lo dirá lo mismo San Pablo: **Si cognovissent nunquam Dominum majestatis crucifixissent**. "Si lo hubiesen conocido, nunca le hubieran crucificado al Señor de la majestad". Pero no es que no pequen. "Cuanto hicisteis a uno de éstos, a mí me lo hicisteis". Pero, a pesar de eso, les quiere excusar en lo que pueda. Es el Corazón de Cristo, que siempre trata de comprender y de excusar. Como el corazón de una madre, que sin mentir, siempre trata de excusar al propio hijo. Aun cuando haya cometido algún crimen y lo hayan condenado a muerte, la madre siempre dirá: No es malo; yo lo conozco, no es malo. Le han engañado. Es verdad que ha hecho eso, pero es que le han engañado. Pero él no es malo. –Ese es el Corazón de Cristo. "No saben lo que hacen".

Lección grande para nosotros, tan difíciles en perdonar. Tan difíciles en olvidar las ofensas y las injurias que nos hacen, las pequeñas molestias que nos causan. ¡Qué tiene que ver eso con los sufrimientos de la cruz de Cristo! Y sin embargo, Jesucristo, la primera palabra que pronuncia: "Perdónales, perdónales que no saben lo que hacen". En medio de esos acerbos dolores, piensa en nosotros, como si no pensara en sí, y piensa precisamente en los que le atormentan. Porque sabe que si no obtuviese el perdón para ellos, serían castigados terriblemente. Piensa en sus propios enemigos, y nos enseña a perdonar; a perdonar a los mismos que nos ponen en la cruz; perdonarles de corazón.

Segunda palabra.- Ante esta palabra de Jesucristo, uno de los dos ladrones que quizás al principio blasfemaba también y se quejaba –tenían algo contra el Señor, porque quizás por Él habían adelantado la hora de ajusticiarles; quizás no hubiesen sido ajusticiados en ese día si no hubiese habido que ajusticiar a Cristo-; pues uno de los dos, no puede menos de quedar admirado ante esta reacción de Cristo. Este ladrón ha observado a Jesús; sabe lo que es la cruz, ventajas de la cruz. Él sabe lo que es sufrir, sabe lo que es el tormento que padece Cristo, aun cuando es **mucho** menor de lo que Cristo padece en realidad; no tiene comparación. Pero algo lo ha captado.

Y ve que aquel hombre es más que hombre. Lo observa en la cruz. Ha oído aquella palabra: "Perdónales, porque no saben lo que hacen". Lo mira; se fija en Él. Sus ojos se llenan de Cristo crucificado. Y mirándole a Jesucristo, Jesucristo le mira a él. Como miró a Pedro, **respexit Petrum**, mira también al buen ladrón. Las dos miradas se cruzan. Y Jesucristo le toca en el fondo de su corazón. Y se realiza en el buen ladrón un milagro de la gracia. ¡Es una figura tan maravillosa la del buen ladrón! Una santidad hecha así tan de repente, ¡y tan alta! Tan llena de confianza y de fe, que es realmente la obra maestra de Cristo crucificado.

Y este buen ladrón parte de una confesión de sí mismo. Se pone a defender a Jesucristo. El otro blasfemaba contra Cristo, contra Dios, imprecaba; y él se pone a defenderle: "¿Ni tú temes al Señor, estando como estás en el mismo suplicio?" "El Señor". A Cristo, ¿no le temes? ¿No tienes respeto, estando en el mismo suplicio que Él? –Defiende a Cristo. Es el efecto de la gracia. Defiende a Cristo porque **reconoce** su propia miseria. "Y nosotros hemos merecido esta cruz", porque hemos cometido muchos crímenes. Reconoce que su cruz es merecida. ¡Qué difícil es esto entre los hombres: reconocer que nuestra cruz es merecida! Siempre oímos quejas: Yo, ¿por qué tengo que sufrir? Pero el Señor, ¿cómo permite esto? Pero yo, que soy inocente, ¿por qué tengo que pasar todas estas tinieblas? –No es verdad, no es verdad. Lo hemos merecido. ¿Quién puede decir que no ha merecido la cruz? –Y este buen ladrón parte de aquí: "Nosotros hemos merecido nuestra cruz". El verdadero misterio no es nuestra cruz; el verdadero misterio es la cruz de Cristo: "Pero este, ¿qué mal ha hecho?" Aquí está tocando toda la grandeza del misterio de la cruz, sobre el que volveremos a meditar enseguida: el misterio de la cruz de Cristo. "¿Qué mal ha hecho?" –Y así, movido por esa cruz de Cristo, lleno de la belleza de la cruz de Cristo –que como dice San Agustín: para quien la entiende es muy hermosa la cruz-, se vuelve al Señor y clama: "Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu Reino". Cuando vengas en tu gloria, acuérdate de mí. Oración magnífica; llena de confianza; sin pedirle nada en particular. "Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino". Notad esto: Ha **creído** en el reino de Cristo, en el cual no han creído los escribas y fariseos, y no ha creído Pilatos, y no han creído los mismos discípulos y los mismos Apóstoles. Ha creído en el reino de Cristo viendo a Cristo CRUCIFICADO. Ese mismo Cristo crucificado que ha sido el escándalo que ha dispersado a los Apóstoles; el que llevará a los de Emaús lejos de la ciudad, porque esperaban que fuera el Mesías que iba a restituir a Israel, y lo han crucificado. El buen ladrón solo, conoce a Cristo **crucificado**. Y viendo a Cristo crucificado cree en el reino de Cristo. Cree que es el Hijo de Dios, porque le ha visto crucificado de cerca, con la experiencia de la cruz y con ese modo divino de llevar la cruz, donde se manifiesta la divinidad. No por el esplendor de su gloria que está escondida, sino por el modo con que la lleva, por la paciencia, por la grandeza de ánimo, por la generosidad, por el perdón que ofrece y que pide al Padre. Ha creído viendo a Cristo crucificado; lo que no hizo Santo Tomás, lo que no hicieron los de Emaús ni los Apóstoles. Y con una confianza total, se abandona todo a ese Corazón de Cristo crucificado: "Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu Reino". Ve toda su vida perdida; toda ella no ha hecho más que ofender a Dios. Sólo le quedan pocas horas de vida. Y no se asusta, y no se precipita, y no empieza a hacer grandes cosas y grandes conflictos, sino que sencillamente, se abandona al Corazón de Cristo. Se fía de Él. "Acuérdate de mí el día que vengas en tu gloria".

¡Qué lección para nosotros! Aunque mi vida toda haya sido un engaño hasta ahora, aunque haya estado siempre a mitad, siempre a medias, aunque la cruz que llevo la tengo merecida, aunque me queden pocas horas de vida, ¿a dónde iremos? ¿Dónde huiremos? Al Corazón de Cristo; sólo allí. "Acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino". ¡Qué figura tan hermosa el buen ladrón!

Y el Señor inmediatamente le responde: "En verdad te digo, hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". "Hoy mismo". No hay mucho que esperar. "Hoy mismo". "Estarás conmigo". Estaremos juntos. Como estás conmigo en la cruz, estarás conmigo en la gloria. Y desde ese momento, la cruz del buen ladrón se convierte en la cruz del **corredentor** con Cristo. Es el primer corredentor en la cruz, junto con la Santísima Virgen. Su cruz ahora es distinta de lo que era antes. Antes era el castigo de los pecados; ahora es la cruz asociada a Cristo; con Él va a reinar. "Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". Es la grandeza del perdón. Si en la primera palabra Jesucristo había pedido el perdón, ahora lo aplica. Es la aplicación de la primera Palabra de Cristo: "Hoy mismo". El fruto de la Redención comienza ya a aplicarse.

¡Qué lecciones para mí! ¡Qué bueno y qué comprensivo y qué generoso es el Señor! Basta que uno reconozca que merece la cruz que lleva, y esa cruz queda transformada. ¡Qué bueno es! ¡Qué fuerza tiene su gracia! ¡Cómo ha transformado a un hombre en un momento! Cuando parecía que ya no había nada que hacer; cuando pocos minutos antes, quizás, estaba blasfemando e imprecando al Señor… ¡Qué fuerza tiene el presentar a los ojos de los hombres la cruz de Cristo! Pero la cruz de Cristo llevada como Cristo; de modo que a través de ella se manifieste Cristo. No hay ninguno en

este mundo sin cruz. Nadie. Nuestra cruz, o es la cruz del mal ladrón, o es la cruz del buen ladrón, o es la cruz de Cristo. O es la cruz del que expía sus pecados, o es la cruz del que se condena, o es la cruz del que redime con Cristo.

Jesucristo ha comenzado ya a extender el fruto de su Redención.

Las tinieblas se hacen cada vez más oscuras. Alrededor de Cristo está la multitud que lo contempla, que se va aburriendo. Notad esto, que es impresionante. Los momentos más grandes de la Historia están realizándose ahora. Y los que están más presentes, se aburren. Se alarga aquella escena. Al principio la emoción, el momento de levantarlo en cruz; después ya verlo; la sangre que corre, le afea; los insectos que rondan alrededor de Cristo; las tinieblas que oscurecen el ambiente, porque han bajado en este momento sobre la colina del Calvario; la gente se aburre; las injurias continúan lloviendo sobre la cruz de Cristo: "Si tú eres el Mesías, baja de la cruz y creeremos en ti". "Ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo"; ese sufrir todo el sacrificio de la cruz entre las ironías y las risas de los presentes, que es enorme. El sufrir es costoso; pero el sufrir con la estima de los que están alrededor, de la compasión de los otros, todavía se puede. Pero mientras los demás se ríen y se burlan de quien sufre, es el colmo de la cruz.

Pero como se alarga la escena, la gente se va cansando. Se cansa de todo, de lo más sensacional. Y empiezan a marcharse. Las tinieblas les asustan un poco; se empiezan a escapar. Y así, las piadosas mujeres con la Virgen, pueden acercarse un poco hacia la cruz. La cruz no estaría muy levantada. Solían estar levantados sobre la multitud algo así como la altura de los hombros para arriba; poco. Y así, la Virgen con las piadosas mujeres y San Juan, se acercan lo más posible; lo que les permiten los guardias de la cruz.

Y Jesús está en silencio. Está en el canon de su sangriento sacrificio. Dentro, ya lo podemos ver; en medio de aquella tristeza íntima, aquel tedio de la vida, aquella soledad, aquella especie de abandono del Padre, en ninguna parte encuentra consuelo. Con los ojos cerrados, en dolores físicos inmensos, dolores morales, humillaciones. No le queda nada; lo ha dado todo por nosotros. No tiene nada. En el estado que sabemos, probablemente está muriendo asfixiado, ahogado. La muerte del crucificado, de ordinario era ahogo, porque la postura misma del cuerpo hacía que el crucificado tuviera dos posiciones: una posición con los brazos horizontales y otra posición con los brazos casi verticales. Era lo normal. Estando en aquella posición, el peso del cuerpo tendía hacia abajo, y entonces los brazos se ponían casi en posición vertical.

Y estaba así, sufriendo, pero al menos dejándose caer de su peso, hasta que la respiración le faltaba y se ahogaba; y entonces haciendo un esfuerzo se imponía de nuevo, se erguía, quedaban los brazos casi horizontales. Y es lo que se nota en la misma sábana santa. Se formaban dos corrientes de sangre: la una que caía directamente de los clavos a tierra, y la otra que corría a lo largo de los brazos, que correspondían a las dos posiciones del crucificado.

Y así está Jesucristo; ofreciendo su sacrificio; con un dolor inmenso. Ahí no hay esa gran serenidad y esa grande paz en la parte inferior de su espíritu. Está en soledad suma, en abandono sumo, aridez total, aniquilación total. Y estando así en ese estado de angustia interior, de ahogo, en un determinado momento abre sus ojos y ve a su Madre, su pobre Madre, que lo ve sufrir sin poder hacer nada. –¡Tantos condenados a muerte que no quieren que su madre se entere! –Su Madre está allí, y lo ve morir.

Y mirándola, a su Madre, afligida, y a Juan junto a Ella, entreabriendo sus párpados entre los grumos de sangre que le caen, le dice: "Mujer, ahí tienes a tu Hijo". Palabras trascendentales. Tienen un sentido –como se ha demostrado actualmente con fuerza y con verdad- un sentido mesiánico, no privado de Cristo. Es función mesiánica la que está ejercitando. "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Y volviéndose a Juan: "Ahí tienes a tu Madre". No es que va a cuidar de su madre y dejarle allí para que no esté sola y cuiden de ella, no. Notemos que tanto más fuerza tiene esta palabra de Cristo, cuanto que probablemente estaba presente a los pies de la cruz la madre de Juan, la madre de los hijos del Zebedeo. Y estando la madre presente, dice a Juan: "Ahí tienes a tu Madre".

Tiene sentido mesiánico, sí: El Señor –dijimos- que en toda su vida se mostraba casi con una separación continua de la Virgen. Y llegando a la vida pública, en las bodas de Caná, le había dicho: "¿Qué tienes que ver conmigo, Mujer? No ha llegado todavía mi hora". Y anotan los comentaristas, que la hora de Cristo es la muerte, es la cruz. Es decir, que la función de María en la obra de Cristo, en la obra redentora, tenía que realizarse en la cruz de Cristo. Pero allí tenía una función que realizar María. Y si en los demás pasos de la vida pública muestra respecto de Ella esa especie de despego, indicando la independencia que tiene que tener el ministro de Cristo de todos sus lazos familiares, y dice: "Mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre", ahora, en este momento, no la rechaza, porque es el momento en que María realiza su función de socia del Redentor. Tiene una función mesiánica María. Y las palabras de Cristo se refieren a esta función mesiánica. María es **nuestra** Madre. "Ahí tienes a tu hijo".

Y notad –como advierte Orígenes-; no dice Jesucristo a la Virgen: Ahí tienes **otro hijo tuyo**, sino "Ahí tienes **a tu hijo**". María no tiene más que un Hijo, que es Jesús. "Ahí tienes a tu hijo", ahí tienes a tu Jesús: Juan. Porque ahora todos los redimidos son Cristo. Y María es Madre de Cristo, y sólo de Cristo; del Cristo total, de los miembros de Cristo. Y todos los miembros de Cristo tienen por Madre a María, como el mismo Jesucristo tiene por Madre a María. Y esto por esencia del cristiano. Porque el cristiano es cristiano en cuanto es Cristo, es miembro de Cristo. Y en cuanto es miembro de Cristo, es hijo de María. Así como Jesús es por su naturaleza misma Hijo de María, así todos nosotros, somos por naturaleza hijos de María. Y no se puede decir que para nosotros es una cosa más o menos accidental nuestra relación con la Virgen, nuestra devoción a María no es accidental. No puede ser buen cristiano el que no tiene a María por Madre; no puede ser cristiano. Y así como a ser cristianos se nos ha dado en ese corazón una afectividad, con la cual podemos amar a María como Madre. Y esto es lo que Jesucristo recalca ahora. Al decirle a María, con palabras eficaces suyas en la cruz: "Mujer, ahí tienes a tu hijo", ahí tienes al único hijo tuyo, que es Cristo; ahora, por mi muerte, Juan es Cristo, es miembro de Cristo, ahora le comunica a María un corazón de Madre para con todos los cristianos, para con todos los miembros de Cristo. "Ahí tienes a tu hijo". No sólo con una relación exterior, sino, desde ahora, María nos ama como hijos; no como ficción, sino como que son verdaderos hijos suyos. Y así también Juan recibe la misma orden: "Ahí tienes a tu Madre". Y Juan recibe un corazón de hijo para con María. "Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa", en su corazón, como hijo, porque era hijo de María. Es la obra de la Redención y es la función de María. Es la función mesiánica. Es palabra de Cristo Redentor.

Al buen ladrón le ofrece el Paraíso. A Juan le da otro Paraíso, que es el Corazón de su Madre. "Ahí tienes a tu Madre". Es el fruto de la Redención; la realización del Cristo total en la cruz.

Contemplemos a Cristo, físicamente deshecho. De nuevo fijemos nuestra mirada para llenarnos, como el buen ladrón, que seguiría mirando todo el tiempo a Cristo, su esperanza, su amor. Físicamente no hay en Él parte sana. Todo es un dolor intensísimo. Moralmente ha quedado sin fama, sin honor; humillado. Él ha sido derrotado. La razón la tienen los otros; la razón es la del vencedor. Despreciado de todos. Blanco de los insultos del pueblo. Con su Madre a sus pies, rodeado de oscuridad, terminando su sacrificio. Es la hora suprema. Dentro de su Corazón siente el asco del pecado, del que está cubierto, lleno. Ha cargado sobre sí nuestros pecados. Es el cordero de Dios que lleva sobre sí el pecado del mundo. Se revolvía su Corazón en un mar de tristezas. Mira ansiosamente a todas partes como un náufrago en medio de las olas, y cuando levanta sus ojos al Padre encuentra un cielo de acero.

Notemos que estas siete palabras de Cristo, no son estados sucesivos de Cristo, sino que representan aspectos simultáneos del ofrecimiento de Cristo en la cruz. En cada momento Él está pidiendo perdón, está ofreciendo ese perdón, está realizando el fruto de la Redención, está sintiendo la soledad del Padre, está confiado en las manos del Padre. No son como períodos sucesivos, sino son como planos diversos del alma de Cristo; aspectos diversos de su vida interior.

Se vuelve, pues, al Padre y no lo encuentra. Y entonces pronuncia esas palabras misteriosas, que nunca penetraremos: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Son palabras del

Salmo, que Jesucristo repite aquí; del salmo en el cual se describe la muerte del Mesías en la soledad, en el abandono.

La única consolación de Cristo era siempre el Padre. Jesucristo fue en toda su vida un incomprendido. Nadie lo comprendió jamás. Ni siquiera su Madre llegaba a comprenderlo, por muy santa y muy elevada que era. Pero es como un grande genio o un grande matemático, que tiene que explicar siempre sus Matemáticas a párvulos, que nunca lo comprenden. Así es la sabiduría divina cuando tiene que explicarla a inteligencias humanas. Siempre incomprendido. La soledad de Cristo tuvo que ser enorme en su vida. Por eso Él insistía siempre: que si no estaba solo era porque el Padre estaba con Él. **Non sum ego solus quia Pater mecum est**. Y ahora es la suprema humillación de Cristo: el Padre no está con Él. Es decir, sigue unido hipostáticamente a la divinidad, tiene la visión beatífica, y a pesar de eso, esa presencia del Padre en Él, esa unión hipostática con la naturaleza divina, no llega a sentirse en los estadios inferiores de su alma. Y está triste. Y está solo, como abandonado del Padre. Anuncia su estado interior, el estado de su suprema humillación, porque a mí no me importa alejarme del Padre; eso que, quizás a mí no me importa. Que el Padre me abandone, no me importa. Con tal de que no me abandonen los hombres… Y en cambio, Jesucristo siente, es el grande dolor de Cristo.

¿Cómo puede realizarse esto? Es el grande misterio que nunca llegaremos a penetrar del todo. ¿Cómo es posible que teniendo la visión beatífica Cristo, no sienta el consuelo de ella? Es un misterio. Tenemos el ejemplo que se suele poner de una montaña muy alta, que en su cumbre está iluminada, y en su parte inferior está cubierta de nubes; al mismo tiempo tiene aquel reflejo del sol y abajo tiene toda la oscuridad y la tempestad y las tinieblas. Es una imagen.

Otra imagen puede ser la del padre moribundo, en medio de dolores atroces, que en el momento mismo de su agonía llega a ver a su hijo que ha venido de muy lejos para asistir a la muerte de su padre. Y lo ve llegar, y siente sobre su frente el beso de afecto de su hijo que ha llegado. Está en medio de sus dolores, y siente al mismo tiempo ese afecto de su hijo.

Son imágenes, pero es un misterio enorme. El misterio del pecado, en cuanto el pecado aleja al hombre de Dios, y aleja a Dios del pecador.

Jesús, viendo que todo se había cumplido, cayendo en la cuenta que faltaba para cumplirse una cosa, es decir: "que en su sed le dieron a beber vinagre", se vuelve hacia los soldados que están cerca de Él, y les dice: "Tengo sed". –Recordemos a la Samaritana: "Mujer, dame de beber". "Tengo sed". Ahora lo pide a los soldados que están cerca de Él. –Su Madre oye la voz de su Hijo. ¡Y con qué gusto hubiera ido a buscarle esa agua! Y no puede darle nada. Esa sed la tiene que saciar el pecador, la oveja perdida. "Tengo sed". Le dice a la Samaritana, le dice a los soldados, les dice a los pecadores; a esos que pueden saciar la sed. Porque en último término es sed de que los hombres tengan sed de Él, de su sangre.

"Tengo sed". En su sentido físico era clarísimo. Jesucristo estaba abrasado de sed. Sus labios estaban resecos, partidos; no había tomado nada desde el día anterior. Había derramado tanta sangre… que no podemos hacernos idea.

Una vez que daba yo Ejercicios, hablando de la flagelación, indicaba que lo grande de la flagelación de Cristo no era el que hubiera sufrido tantos azotes –como suelen decir a veces, que parecen exageradísimos-. Cuando los verdugos saben azotar, con 40 azotes se mata a una persona. Y si no lo matan, es porque no quieren matarla. Pero no hacen falta muchos azotes, no. Y uno de los que me oyó dijo: ¡Qué verdad tan grande es eso! Porque yo he sido azotado. En una cierta revolución yo tomé parte, y después nos azotaron. Y me dieron 60 golpes. Y nos los dieron soldados especializados de caballería. Después de cada 10 golpes se turnaban porque ya estaban rendidos lo que nos los daban. Y al terminar, sí, yo caí por tierra deshecho, y me bebí seis litros de agua, de la sed que tenía.

La sed de Cristo era ardiente, ardiente, enorme. Su lengua reseca, abierta, rajada. Sus labios, como dice el salmista "como tejas resecas". "Tengo sed". Era verdad. No se había quejado hasta entonces porque no estaba escrito, pero ahora se queja; lo tenía dentro. Por tantos y tantos pecados

de la lengua y de la boca. “Tengo sed”. Pero, sobre todo, tenía sed de las almas; como en la Samaritana, igual. Tenía sed de la samaritana, de los soldados, de las almas. “Tengo sed”.

Y entonces, uno de los soldados, corriendo, empapó una esponja en vinagre. ¿Por qué en vinagre? Pues era natural. Tenían un pozal de vinagre. Los que han tenido que intervenir en cosas de sangre, en derramamientos de sangre, saben bien que el vinagre limpia la sangre. Y por eso los soldados, en las ejecuciones capitales en que hay derramamiento de sangre, llevan siempre un pozal de vinagre para lavarse las manos. Quita la sangre. Y en ese pozal tenían sus esponjas para lavarse, naturalmente. Y después de la crucifixión normalmente se lavaban las manos de sangre en aquellos pozales de vinagre.

Y cuando el Señor dijo que tenía sed, uno de los soldados, lo primero que vio de líquido fue el pozal de vinagre; y sacando una de las esponjas que estaban dentro, empapada en vinagre, la puso en el extremo de la lanza, y se la acercó a los labios de Cristo.

Así hemos tratado a Cristo. Cuando pidió agua en su sed ardiente le hemos dado vinagre; cosa que no haríamos con nadie. Cosa que no haríamos con el criminal mayor que en el momento de su muerte nos pidiese agua. Le daríamos agua, y si posible fuera, agua endulzada, azucarada, para que al menos las últimas horas de ese moribundo fuesen lo menos dolorosas posibles. A Cristo, en su sed, le hemos dado a beber vinagre; vinagre que tuvo que caer en aquellas heridas abiertas de sus labios como un tormento; doloroso; ardor.

Y entonces, viendo que todo se había acabado, dice el Señor: **Consummatum est**. Se acabó. “Todo está consumado”. Es un grito de victoria de Cristo. Mirando hacia atrás, ve todo el plan del Padre sobre su vida. Desde que nació en Belén; desde que se quedó en el Templo; desde que fue a bautizarse al Jordán; desde las tentaciones del desierto; todo el plan que el Padre le había trazado, lo ha seguido **todo** al pie de la letra. **Consummatum est**. Se acabó, se acabó. Todo está concluido. Todo lo que el Padre me confió lo he hecho. ¡Padre!, **opus consumarum quod dedisti mihi facian**. “He terminado la obra que me confiaste”. Todo, todo. Tenía que dar mi vida, tenía que morir entre humillaciones, como el hombre derrotado, como el gusano pisoteado por sus enemigos. Ya está. Todo está cumplido. Ahora sólo falta la **glorificación** de Cristo. El Padre le glorificará. “Si el grano de trigo no muere, no da fruto, pero si muere, da mucho fruto”. Es el triunfo de Cristo: **Consummatum est**. La obra de la Redención está cumplida. Todo lo que el Padre me confió lo he hecho. Era el camino opuesto a lo que los israelitas esperaban de Él. Le costó. Jesucristo no se agradó a sí mismo. Pero ahora ha llegado ya al fin. Todo está consumado.

¡Si yo pudiese decir lo mismo cuando se acerque la hora de mi muerte! He consumado el plan que me has confiado; todo lo he hecho. Ha sido costoso; he tenido que pasar cruces, humillaciones, sacrificios; pero todo está consumado. No ha habido nada, no ha habido regla que Tú me hayas indicado que tenía que cumplir, que no la haya cumplido. Todo está consumado; al menos después de aquellos Ejercicios. –Que yo pueda decir esto: **Consummatum estn.** Todo está cumplido.

Y entonces, con grande gozo, con confianza plena en el Padre, dice: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Confianza absoluta. Es Padre. Aun cuando lo siente lejos, aun cuando no tiene esa consolación de su presencia sensible en la parte inferior, pero sabe que es su Padre. “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Ahí está, en el seno del Padre. Vuelve al Padre de donde salió. “Sabiendo que venía del Padre y que volvía al Padre”. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”. “En tus manos encomiendo mi espíritu”. “Y diciendo esto, inclinó la cabeza”; porque quiso. “Y entregó su espíritu”.

Contemplemos a Cristo muerto en la cruz. Contemplar suavemente ese cadáver de Cristo; como vería aquella joven, de que decíamos esta mañana, el cadáver de su padre fusilado, muerto por ella. Muerto por ti. Y oiría a alguien que le decía al oído: Ha muerto por ti, por ti. Muerto por mí. Ha hecho el sacrificio de todo. Todo lo ha sacrificado. En el sumo dolor corporal, en la suma ignominia, en la suma angustia interior, en el sumo esfuerzo de su voluntad por beber el cáliz que le ofrece el Padre. Pero hay una sobreabundancia de gracia y de perdón. Es un amor ilimitado el que le

ha llevado hasta la cruz. En la entrega absoluta ha realizado la obra del Padre. Es nuestro Maestro y nuestro Modelo.

Contemplemos esa Cruz de Cristo. Y le podíamos decir con el poeta:

Delante de la cruz los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando
y sin ellos quererlo, estén llorando
y porque pecaron mucho y están fríos.
Y estos labios que dicen mis desvíos
quédenseme, Señor, así callando
y sin ellos quererlo, estén rezando
porque pecaron mucho y son impíos.
Y así, con la mirada en Vos prendida
y así con la palabra prisionera
como la carne a vuestra cruz asida
quédeseme, Señor, el alma entera.
Y así clavada en vuestra cruz mi vida
así, Señor, cuando queráis que muera.

Contemplemos así a Cristo. Y contemplemos cómo la Virgen –que contempla a su Hijo- ve que llegan los soldados, después de un rato, por orden del Sanedrín, para romper las piernas de los crucificados, para que no estuviesen en la cruz el día solemne de la Pascua. Y llegan a la cruz. ¡Qué dolor para la Virgen cuando ve que comienzan a quebrar las piernas de los dos ladrones para que se desangren y mueran y sean bajados de la cruz! A veces tardaban mucho en morir. ¡Qué dolor para Ella! Eso de prever: Y ahora con mi Hijo, ¡lo mismo! –Su Hijo está ya muerto. Cuando el soldado llega y lo contempla, ve que ha muerto ya. Pilato mismo quedará admirado cuando le digan que ya ha muerto, porque le parece que ha muerto muy pronto.

Y entonces, el soldado, en lugar de quebrarle las piernas, enristra la lanza y se la mete por el costado. Le abre el costado; hasta el corazón. “Y salió sangre y agua”. “Y quien lo vio dio testimonio, y su testimonio es verdadero”. Sangre y agua. El misterio de la Iglesia, de los Sacramentos: Eucaristía y Bautismo, que proceden del Corazón de Cristo, de Cristo muerto en la Cruz, de la Redención de Cristo. Como Eva fue formada del costado de Adán, así la Iglesia, del costado de Cristo dormido en la Cruz.

Es el último gesto de Cristo. Ha querido poner la firma a toda su vida. Abrirnos el secreto que ha movido a toda ella: su Corazón. “Me amó y dio su vida por mí”, dirá San Pablo. Me amó. Es la firma. Es el Corazón abierto para que podamos entrar allí. Y como decía el poeta Lope de Vega:

Muerto estáis. Por eso os pido
el Corazón descubierto
para castigar dormido
para perdonar despierto.
Si decís que está velando
cuando Vos estáis durmiendo,
¿quién duda que estáis oyendo
a quien os canta llorando?
Y si Vos dormís, Señor,
el amor vive despierto
que no es el amor el muerto,
Vos sois el muerto de amor.
Que si la lanza, mi Dios,
el Corazón pudo herir
no pudo el amor morir

que es tan vida como Vos.

Ese es el Corazón de Cristo. Es el secreto de toda la vida. Para que podamos penetrar la anchura y la largura y la profundidad y la altura del amor de Cristo, que supera toda ciencia.

Ahí está nuestro tesoro. Ahí está nuestra habitación. Ese Corazón es vuestro. Mirad lo que os dice el Beato Ávila: "Hermanas, entended la gran merced que os ha hecho Dios. Paraos a pensar en el costado de Jesucristo. Que allí querría que fuese vuestra morada, como lo dice el Esposo de los Cantares: **Surge, propera amica mea, speciosa mea, et veni columba mea in coraminibus petre**. La piedra es Cristo y los agujeros de ella son sus llagas; y a esta morada os convida. El decir que no me quieren allá, no lo creeré, aunque me lo juréis. Porque si tengo yo una casa mía en tierra, de justicia no me han de echar de ella. El hábito, las tocas, no es tan vuestro como las llagas de Jesucristo. ¿Para qué son las llagas? Para que si la carne os persiguiere, tengáis casa a donde os defendáis del diablo. ¡Cómo creeré yo que me arrojarán de esta casa siendo Dios tan amoroso! No es de creer que os negará lo que tan vuestro es. Mirad vos, si vais como debéis. Que muchas veces cierra Dios la puerta de la casa, mas no por desamor, ni por negarnos lo que es tan nuestro, sino por ver cómo vais, por probaros si vais de verdad, para ver si os marcháis luego en llegando a la puerta. Porque sois romero hijo, habéis de porfiar y decir: Señor, no me iré de aquí hasta que me abráis la puerta; no me iré hasta que me deis limosna. ¡Oh, qué de gente perdida hay en esta casa! Váse el pobre luego en diciéndole el muchacho: ¡Dios os ayude!, y desde que viene su padre para darle limosna, dice: ¿A dónde está el pobre? Ya no parece. Si perseveráis en las llagas de Cristo, sin duda alcanzaréis lo que pidiereis".

Ahí lo tenéis. Es Cristo crucificado. Si vosotras lo habéis dejado todo por Cristo, Cristo os lo ofrece todo en su Corazón. Es vuestro. Es el fruto de vuestra Redención. Y junto con el Corazón de Cristo, desde su cruz, tenéis también como vuestra a su Madre. "He ahí vuestra Madre".

Y examinaos si habéis cumplido la voluntad de Cristo agonizante. Quizás no he sido fiel con mi Madre. Quizás no la he tratado tanto como Madre. Pues que de aquí en adelante cumplamos su testamento. Y pongamos nuestra morada en Cristo y nos cobijemos bajo el manto de su Madre.

La Resurrección

Vamos a hacer estas meditaciones de la cuarta semana de los Ejercicios; brevísimamente.

Puestos en la presencia del Señor, abriendo nuestro corazón a Él siempre, en todo, le pedimos gracia para que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas por su gracia a agradarle a Él. Ese ideal que vimos ya desde el primer día de los Ejercicios y hacia el cual procuramos tender. Ideal que en último término nos lo tiene que conceder Él, y nosotros nos disponemos, procurando ser dóciles a su misma gracia.

Y para llegar a este ideal, vamos a hacer estas meditaciones de la cuarta semana. Meditaciones que son de un grande valor espiritual. Difíciles de obtener las gracias que pedimos en ellas, que muchas veces no se obtienen por la brevedad del tiempo, por las condiciones en que se hacen estas meditaciones. Y es una pena, porque realmente son las gracias más subidas de todos los Ejercicios.

La gracia que pedimos aquí es gracia para alegrarse y gozarme intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor. Es una gracia muy delicada, muy subida. Y precisamente el peligro está en esto: que se confunda esta gracia con una gracia muy humana; que se confunda esta alegría, este gozo, con una alegría y un gozo humanos. Y muchas veces esta alegría y gozo humanos perturban la intimidad de aquella alegría y de aquel gozo que deberíamos sentir de la resurrección de Cristo, de Cristo glorioso. No porque ese gozo íntimo de Cristo glorioso no sea un gozo que supera a todo gozo, sino porque el gozo humano nuestro lo ponemos fundado en elementos humanos, en elementos nuestros, a veces incluso espirituales, pero muy nuestros. Y tampoco quiero decir con esto que ese gozo humano sobrenatural sea malo; es bueno, pero puede, a las veces, por lo menos perturbar e impedir que se tenga este otro. Mucho más, si ese gozo es humano en el sentido normal de la palabra.

¡Cuántas veces pasa en el pueblo cristiano que toda la obra y todo el trabajo de la Cuaresma, venga a perderse el día de Pascua! Por este contraste: sale uno ya de la Semana Santa, se da a la alegría humana, a los desahogos humanos, y pierde todo lo que había recogido en todo el tiempo; ¡con tanta pena! ¡Pensar que para muchas almas los días de Pascua son los días de pérdida de la gracia!

Pues bien; que no nos pase a nosotros esto. Por eso vamos a penetrar el sentido. Y en esta meditación, como hicimos en la primera meditación de la Pasión, vamos a ver el sentido de estas meditaciones, y los puntos diversos que nos pueden ayudar a disponernos a esta grande gracia.

Gracia para alegrarme y gozarme de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor. Es la verdadera consolación del espíritu, la suprema consolación del espíritu; cuando el alma se goza no del propio gozo, no de la propia paz, no de haber resuelto los propios problemas, y esto le consuela: el estar en gracia, el haber trabajado mucho en los Ejercicios, el haber trabajado mucho en la meditación; todo eso es bueno, y es también un premio del Señor esa tranquilidad de la buena conciencia; pero lo que aquí se pretende es mucho más; es la consolación y gozo que tiene el mismo Cristo. Entrar en esta consolación de Cristo, en esta gloria que Él está disfrutando en su Resurrección. Por lo tanto, no se trata de un gozo reflejo, de gozarnos al ver que poseemos a Dios, sino que gozamos del gozo mismo de Dios. –A ver si esto lo entendemos bien; este **penetrar**. Parecido a lo que decíamos de la Pasión.

Como una persona, un artista que admira una obra de arte, puede tener dos etapas en esta admiración. Un grande músico que escucha la interpretación de una ópera grandiosa, de Wagner. En el uno –en el período primero- esta persona está juzgando la obra y gozándose del modo como él mismo está juzgando la obra: va indicando si está bien interpretada, si está mal…; esto es más perfecto de lo que yo había oído hasta ahora. –Bien. Y va gozando, y goza mucho. Pero no goza todavía del todo; gozaría del todo si en un determinado momento fuese de tal manera cogido por las armonías de aquella ópera, por aquella representación, que en un cierto sentido perdiese la dualidad, su separación de la misma obra interpretada; perdiese como la conciencia de que él estaba oyendo, y quedase sumergido en esas armonías y en esas bellezas, como sin caer en la cuenta de que él está juzgando nada, sino metido dentro. Y sólo cuando termina así la obra, como quien despertaba de un

sueño, diría: ¡Qué maravilloso! Ahora cae en la cuenta de que es distinto de la ópera misma que está juzgando. Ha sido cogido por ella, se ha sumergido en la armonía.

Pues bien; en lugar de esas armonías humanas, poned armonía de Dios, la belleza de Cristo resucitado. Y el alma, arrebatada por esa belleza, por esa armonía, como que pierde la conciencia de sí misma. No es que la pierde, porque está disfrutando y se está gozando; pero pierde esa especie de conciencia de separación de la cosa de quien está superior a la cosa misma, juzgándola, deleitándose en ella, y viene cogido por la belleza, la armonía del mismo Dios; su perfume, su gusto; y queda sumergido en el gozo de Dios.

Eso es lo que pedimos: gracia para alegrarse y gozarme de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor. Y como ese gozo es infinito, esas armonías son infinitamente sonoras e infinitamente bellas, queda uno allí dentro. **Intra in gaudium Domini tui**. "Entra en el gozo de tu Señor mismo". Allí dentro. Por el **mucho** sufrir hay que entrar en el **mucho** gozar.

Esto son las consolaciones divinas, esto: entrar en el gozo del Señor; al menos lo más subido de ellas. Y, ¿cuál es ese gozo de Cristo resucitado? ¿Cuál es esa gloria de Cristo resucitado?

La gloria de Cristo resucitado es sencillamente su divinidad; la divinidad que ahora se difunde, empapa su Humanidad a la cual siempre ha estado hipostáticamente unida, pero que ahora glorifica, consuela, invade, como una especie de embriaguez de gloria, de gozo, de gusto. Ese es el gozo de Cristo.

San Pablo, en la 2ª Carta a los Corintios, en el primer capítulo les dice a los fieles: "Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo y Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que podamos también nosotros consolar a los que padecen las mismas tribulaciones que nosotros; con la misma consolación con que nosotros somos consolados de Dios, porque a medida que abundan hasta nosotros las aflicciones de Cristo, también abunda en nosotros la consolación de Cristo". Aquí está la clave de la vida cristiana: Jesucristo glorificado, lleno de la consolación del Padre, lleno de la participación en su Humanidad misma, de la gloria de la divinidad, que la ha invadido y la hace feliz. Pues bien; dice San Pablo: "Como los sufrimientos de Cristo abundan hasta nosotros…" La imagen es ésta: Cristo es como un vaso grande, un cáliz. Los sufrimientos no vienen del Padre. El Padre no sufre. No es el Padre de todo sufrimiento. Los sufrimientos nacen de la limitación de la Humanidad de Cristo. Nacen en su Humanidad, llenan esa Humanidad de Cristo, y rebosan el cáliz de la Humanidad de Cristo saltando hasta nosotros.

Pues bien; así como las aflicciones de Cristo, los sufrimientos de Cristo, llenando todo su Corazón rebosan hasta nosotros, de la misma manera, la consolación que viene del Padre, a través de Cristo, después de llenar toda la Humanidad de Cristo, sobreabunda hasta nosotros. Es la obra de Cristo, es la glorificación de Cristo. Glorificación que tiene dos etapas: la primera es la plenitud de esa Humanidad de Cristo llena de la gloria del Padre. Es lo que vemos en la Humanidad gloriosa de Cristo ahora, que nos hace gozar, nos hace entrar en ella.

Segunda etapa: la abundancia de esa plenitud a todo su Cuerpo Místico. De modo que en fuerza de esa plenitud del Espíritu, que ya comunica a Cristo glorioso, porque como dice San Pablo: "Se ha hecho Espíritu vivificante", ahora ya ese Cristo glorioso tiene como función comunicar a todas las almas su consolación, su divinidad, y hacer que las almas llenas del Espíritu, reconozcan en Cristo al Hijo del Padre, vean en Él su divinidad, y conociendo su divinidad y llenos de la participación de esa divinidad, reconozcan el amor del Padre en Cristo a los hombres, y reconozcan así a Cristo y al Padre, que es la vida eterna: la glorificación eterna del Padre.

Este es el plan de Dios. Es lo que se realiza en estos misterios: la Humanidad de Cristo llena de gozo y de gloria. Pero no se ha quedado sólo para sí. Cristo glorioso, hecho Espíritu vivificante, tiene como función suya comunicar a los demás esa consolación. Y es lo que dice San Ignacio en uno de los puntos que hay que añadir ahora a estas meditaciones para llegar a obtener esta gracia que pretendemos. "Considerar cómo la divinidad que parecía esconderse en la Pasión, parece y se muestra ahora tan milagrosamente en la santísima resurrección por los verdaderos y santísimos efectos de ella". Ahora la divinidad se muestra en la Humanidad. La Humanidad queda toda ella, aun como Humanidad, como **divinizada** con la gloria.

"Y el quinto: Mirar el oficio de consolar que Cristo Nuestro Señor trae, comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros"; pero no sólo con una consolación –diríamos- de palabra; la consolación que trae es el comunicar su misma divinidad a los hombres. Ese es el grande oficio de Cristo. El oficio que Él comunica a sus ministros. Los ministros de Cristo, los apóstoles de Cristo, los envía Él para consolar a las almas; consolarlas no sólo con palabras, sino comunicándoles la divinidad, la gracia santificante, las gracias actuales, para que vivan una vida divina en todo, para que sobreabunde hasta ellas la consolación de Cristo.

Esta es toda la realidad cristiana. De modo que, penetremos bien estas dos etapas y estos dos estados de la Resurrección de Cristo: la gloria personal suya, y su glorificación, su fructificación en el conocimiento del amor de Cristo en las almas y en la vida de la gracia en las almas. San Pablo sintetiza todo en aquellas tres expresiones: "Conocer a Cristo, la fuerza de su resurrección y la compañía de sus pasiones". No se separan. La vida cristiana es una asociación misteriosa al amor de Cristo, que **por** la Pasión y **en** la Pasión vive de la gloria de la resurrección. No nos quitará nuestros sufrimientos, no. Y sin embargo, gozaremos del gozo de Cristo, gozaremos de la consolación del Padre en nuestras mismas tribulaciones.

Esta es la gracia que pretendemos: Sentir internamente este gozo grande del gozo de Cristo.

También tiene otros frutos esta cuarta semana de los Ejercicios. El confortarnos, viendo dónde vamos a ir a terminar. Porque si Cristo ha sido glorificado, también lo seremos nosotros. "El que me sirva, que me siga, y donde Yo estoy también estará él. Para que habiéndome seguido en el sufrimiento, me siga también en la gloria. Y mi Padre le glorificará", decía el Señor.

Y otro fruto es también quitarnos el miedo a la muerte, sabiendo que hay una vida después, que es una vida de gozo con Cristo.

Otro fruto, por fin, es: caer en la cuenta de cómo es Cristo. Que tengamos nuestra conversación con Él. Que ese Cristo –podíamos pensar- en la vida humana, mortal, pues era así: muy afable, muy simpático, muy agradable, muy sencillo; pero es que ahora ya es Cristo glorioso; ahora ha cambiado. Pues en estas escenas lo vemos a Cristo glorioso que trata con los Apóstoles como antes, como ahora trata con las almas, igual. Esta vida de Cristo glorioso es la vida que sin presentarse Él corporalmente a las almas, vive con ellas: escondiéndose, presentándose, probándolas, jugando con ellas. Es el Cristo nuestro. Nuestro Cristo; como está ahora. No hay que tenerlo ahora impasible; que está allí en el cielo sin ocuparse de nada, no. Es Jesucristo glorioso, tal como lo vemos en estos misterios.

Y así, con esta ambientación, vamos a hacer la primera meditación de la Resurrección y de la aparición a la Santísima Virgen. Una aparición que no consta en el Evangelio; que varias veces le sugirieron a San Ignacio que la quitara. Los mismos compañeros suyos, que eran profesores de Escritura, le hacían notar que eso no consta en el Evangelio, y que por lo tanto, casi sería mejor que lo quitase. Pero no hubo manera. San Ignacio no la quitó nunca. Y por esa razón lo puso él al final con un poco de malicia. Dice él: "Primero apareció a la Virgen María". Primera meditación: "Primero apareció a la Virgen María; lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros". No le cabía en la cabeza eso. ¡Pero si dice que apareció a otros! ¡Pues ya está dicho que apareció a la Virgen! "Porque la Escritura supone que tenemos entendimiento. Como está escrito: ¿También vosotros estáis sin entendimiento?" Argumento de la Escritura. Y es verdad. ¡Cómo no se iba a aparecer a su Madre! Lo que pasa es que la aparición a su Madre tiene un sentido totalmente distinto de las demás apariciones. La aparición a su Madre no era para dar testimonio de la resurrección. El testimonio de su Madre no se aceptaría como testimonio; es un testimonio interesado. Sino que la aparición a su Madre fue asunto íntimo y personal suyo con la Virgen.

Pero lo vamos a considerar, y así, consideraremos la resurrección en su aparición a su Madre.

Jesucristo, al morir en la cruz, deja su cuerpo en la cruz unido a la divinidad, y su alma baja al limbo de los justos. Parece que esta bajada al limbo de los justos conviene interpretarla –aun cuando no muchos lo ponen así-, conviene interpretarla, no como el comienzo de la gloria de Cristo, sino

como lo sumo de su humillación: el bajar al limbo de los justos. Realmente en el Credo aparece así. El creo en Dios Padre y en Jesucristo su único Hijo… **bajó** de los cielos a la tierra; es una humillación. "Murió, fue sepultado, **descendió** a los infiernos". Parece que todavía es: bajó más; descendió. No es que empezó a subir hacia el limbo, sino que descendió a los infiernos.

Se podía, pues, interpretar que la bajada al limbo es la muerte verdadera de Cristo. No pensar así, como que Cristo en el momento de morir, en ese momento lanza su espíritu y…¡glorioso! No; apenas sería muerte eso. Cristo quiso **gustar** la muerte **para** facilitarnos a nosotros. ¡Cómo tendríamos que estar agradecidos a Cristo!

Los que morían en el Antiguo Testamento, aun los justos: David, Moisés, los grandes Patriarcas, los grandes Profetas, no iban al cielo derechos, sino que tenían que esperar la venida de Cristo. No entraba nadie en el cielo a la visión beatífica; nadie. Y el alma de estos santos, patriarcas, profetas, estaba en el limbo, sin ver a Dios, en un estado que es como de una cierta languidez espiritual. Y allí estaban, esperando la venida del Señor, el cual glorificado debería glorificarles también a ellos e introducirlos en la visión beatífica. De modo que el porvenir que ellos tenían en la muerte no era nada halagüeño. Por eso explica que los Patriarcas y Profetas del Antiguo Testamento no deseaban nunca la muerte; nunca. No la deseaban porque no tenían ninguna ventaja. **In inferno quis confitebur tibi?** ¿Allí qué hacemos? Méritos no tenían; visión de Dios, tampoco tenían; no tenían tampoco la vida de la tierra. De modo que la muerte era muerte; era muerte. Y era el verdadero efecto del pecado original; no sólo la muerte corporal, no sólo la muerte del pecado, sino también esta muerte, esta languidez. Hasta que vino el Señor. Y el Señor parece que quiso gustar ese mismo estado de muerte como las almas de los justos del Antiguo Testamento; que murió de veras. Y su alma gustó esa languidez, aunque estaba unido a la divinidad; pero todavía no permitió que esa divinidad la invadiera del todo y la glorificase, sino que quiso, como dice San Pablo, **gustar** la muerte; gustarla. ¡La suprema humillación! **Para** librarnos de ella. En cambio, nosotros ahora no. El alma que muere en gracia de Dios, purificada de sus pecados, apenas muere… al cielo. Por eso decía San Pablo: **Cupio disolvet esse cum Christo**. "Tengo ganas de liberarme de este cuerpo para estar con Cristo". Es un grande don que el Señor nos ha hecho, del cual le debemos estar muy agradecidos. La muerte para nosotros ya no es muerte prácticamente. Si nos purificamos, si correspondemos al Señor, es un abrir los ojos a la luz plena del día. Eso es la muerte. –Pero allí no. Y Jesucristo muere de veras. Desciende al limbo de los justos.

Se encuentra allí con todos los Patriarcas y Profetas que le esperan, y a ellos también anuncia la próxima resurrección y les comienza a consolar.

Entretanto, los judíos han ido corriendo a Pilatos para decirle que se habían acordado de que aquel impostor, cuando estaba en vida estuvo diciendo no sé qué cosas; que al tercer día no sé qué iba a pasar. Dicen: "Pon guardias en el sepulcro; es necesario. No sea que vengan sus discípulos, lo roben, y después digan: Ha resucitado como había predicho. Y el último engaño será peor que los anteriores". Cuida, cuida eso; pon soldados. –Pilatos estaba ya harto y les dice: "Tomad los soldados y ponedlos como os dé la gana. Marchad". Y ellos, llevaron los soldados, sellaron la piedra con las cuerdas, los sellos, y dejaron allí los soldados en guardia.

Jesucristo, llegado el tercer día, ya tenía deseos de resucitar para **consolar** a las almas, para llenarse Él mismo en su Humanidad de esa plenitud de su divinidad, glorioso, y comunicar esa misma gloria y esa misma divinidad a las almas, sobre todo a las más atribuladas por su Pasión; como pasa siempre. A toda glorificación precede la Pasión, a toda grande glorificación precede la grande pasión. Y cuanto más se participa de la Pasión, más se participará de la gloria de Cristo.

Y está deseoso de consolar a su Madre, de consolar a los Apóstoles, de recogerlos. Y en un momento, el alma de Cristo se vuelve gloriosa, resplandeciente. Ya aquellas almas de los justos son felices, porque en la Humanidad de Cristo ven la divinidad, ya gloriosa. Olvidan todo lo pasado. El pobre Adán que se acuerda de su pecado; David; todos ellos. Ahora ya todo ha pasado. Ahora es la gloria de Cristo consolador, que siendo Él glorificado, comunica también a los demás esa misma gloria; sin envidia, sin celos.

Y entonces van hacia el sepulcro. También el cuerpo tiene que participar de esta gloria. El cuerpo que sigue unido a la divinidad, pero que todavía no ha sido glorificado. Y se inicia aquella procesión de espíritus bienaventurados hacia el sepulcro.

Cuando pasan por allá ven a los guardias que están en el sepulcro; serios, muy serios. Allí no pasa nada. Allí no entra nadie. Con sus armas, sus lanzas, sus escudos, paseando de una parte a otra. ¡Qué ridícula es la potencia humana! El Señor diría: Mira, mira; mira esos que van a impedir mi resurrección. Veréis ahora qué carrera se van a dar; todos. ¡Qué ridículos somos los hombres ante Dios! ¡Y cómo nos apoyamos en esto, aun ahora: que si las armas, que si las bombas! Pero, ¡qué es eso ante Dios! Tengamos una confianza ilimitada en Cristo glorioso, que nos dará su virtud y su poder para llevar con fuerza nuestra misma pasión.

Y entra en el sepulcro, acompañado de las almas bienaventuradas, del cortejo de los ángeles, las legiones de ángeles que acompañan a su Dios y Señor, y les muestra el cuerpo, cómo ha quedado, cómo le han dejado en la Pasión. Fruto de nuestros pecados. Así ha quedado **por mí**. Y cada uno de ellos dicen: Por mí; por mí. Adán y Eva, y David; todos; por mí. Y lo adoran, y lo admiran, y agradecen a Jesucristo su amor.

Y en un determinado momento, Jesucristo hace que su alma entre en el cuerpo. Entra e informa ese cuerpo y lo hace hermosísimo, con un resplandor, una gloria, sutilidad, belleza indescriptible. Todos quedan adorando esa Humanidad gloriosa. Cristo glorioso. Ya está. La Humanidad de Cristo ha entrado en el gozo de Padre. Para siempre. No como en la Transfiguración en un cierto momento, en que ciertos destellos de la gloria divina iluminan a la Humanidad, sino ahora es ya para siempre. Ha entrado en la gloria del Padre. Durante su vida estaba unido hipostáticamente al Verbo; pero en esa Humanidad no había entrado aún la gloria del Padre en toda su plenitud, ni siquiera el alma misma tenía esa gloria del Padre en toda su plenitud. Ahora es la invasión total que llena de felicidad indescriptible e inimaginable a la Humanidad de Cristo. El consuelo de Cristo es su divinidad, que por Él se va a comunicar a nosotros. Gustar la divinidad de Cristo; entrar dentro. ¡Qué felicidad tiene que tener el Corazón de Cristo con esa invasión de divinidad, de gloria! Porque padeció en la Cruz, lo llenó de gloria. Hecho Hijo de Dios en virtud, dice San Pablo.

La Iglesia canta: **Veniens a Libano quam pulchra facta es, alleluia**. "Viniendo del Líbano, ¡qué hermosa se ha hecho! **Et dolor vestimentorum eius super omnia aromata, alleluia, alleluia**. "Y el perfume de sus vestidos –de su Humanidad- sobre todos los aromas". **Fabuns distilans labia eius, mel et lac sub lingua eius**. "Es miel lo que hay en sus labios; miel y leche bajo su lengua". Es eso. La Humanidad de Cristo es todo eso. Toda esa riqueza de divinidad, de dulzura, de armonía, de perfume, de gusto, eso es Cristo, la Humanidad de Cristo. Entrar en el gozo del Señor.

Jesucristo sale del sepulcro. Aquella piedra no le dice nada, no le impide nada; vuela. Tiene que ir a consolar a su Madre. Se marcha. Y a uno de los ángeles que le acompaña le dice: quita esa piedra, que estorba. Y el ángel baja como un relámpago, sacude la piedra, tiembla todo el calvario y los soldados que ven aquello echan a correr con un espanto… sin mirar atrás; hasta llegar a los escribas y fariseos, que los habían puesto allá. Y llegan sin aliento. –Pero, ¿qué pasa? –Que, ¿qué pasa? ¡El fin del mundo! –Pero, ¿qué ha pasado? –Un rayo que ha caído. ¡Que ha resucitado! La piedra ha ido por los aires. –Pero, habréis soñado. -¿Soñar? Id vosotros a verlo. –Menudo espanto tenían los pobres. ¡Que ha resucitado!

La noticia de la resurrección de Cristo, para quien le ama es el grande gozo. **Anuntio vobis gaudium magnum**. Pero para quien no le ama, es la noticia más terrible: la resurrección de Cristo. Para los escribas y fariseos era lo peor que les podía pasar. -¡Ya está otra vez! Ellos creían que se habían deshecho de Él. –Pero, ¿quién se puede deshacer de Cristo? No podemos nunca. Él es insistente, constante. Y es Dios. Y supera todas nuestras dificultades. Ahí está otra vez. Creían que se habían deshecho de Él, y ahora es peor que antes. ¡Ha resucitado! Se quedan atónitos. Y los soldados que todavía no volvían en sí del susto, sentados allí, dicen: Buena le hemos hecho. –Bueno, pero… pero, ¿de verdad? -¡Que si era de verdad! Allí no se podía estar. –Bueno, bueno, pero habréis soñado. ¡Qué soñar! –Bueno, pero al menos decir eso: que han venido los Apóstoles… -¡Qué Apóstoles! Allí no había nadie; aquello ha saltado de dentro. –Pero, decidlo. -¡Decidlo!, ¡sí!

Pero, ¡cómo vamos a decir que han venido los Apóstoles! ¿Y los hemos dejado pasar? –No, decid que estabais durmiendo. –Sí, durmiendo. Y nuestro jefe nos mete en la cárcel o nos manda fusilar. Estamos en servicio. –Bueno, bueno, pero vosotros decid que estando durmiendo vinieron los Apóstoles. –Bueno, pero si vinieron los Apóstoles y estábamos durmiendo, ¿cómo los vimos? ¡Cómo vamos a decir que estando durmiendo vinieron los Apóstoles! O los vimos, o no los vimos. –San Agustín dice: Verdaderamente, tú sí que duermes, que traes testigos dormidos.

Es el esplendor de la resurrección de Cristo el dolor de los escribas y fariseos.

Jesús va a su Madre. Deja todo eso. ¡Pequeñeces! Eso los derrota y los deshace, sin caer en la cuenta de lo que está haciendo el Señor con todos los hombres y todos sus enemigos. Va a su Madre.

Veamos esa aparición a María, que es muy consoladora para nosotros. No tenemos datos evangélicos, sino tenemos más bien lo que nos dice la razón iluminada por la fe.

Para María, la aparición de Cristo no es prueba de su resurrección. Ella creía en la resurrección de Cristo. No necesitaba verlo para creer. Aun cuando no se le hubiese aparecido, aun cuando nadie le hubiese dicho nada, Ella estaba segura: el tercer día había resucitado. Aun cuando no hubiese aparecido a nadie, el cuarto día ya tendría la seguridad: Cristo ha resucitado, mi Hijo ha resucitado. Lo sabía.

María es la lámpara de fe en medio de las tinieblas de la cruz el día de Viernes Santo. Tiene un dolor profundísimo, pero está serena. De Ella principalmente, y quizás de Ella únicamente –yo creo que María de Betania vale también, pero ciertamente de su Madre- vale la primera palabra del Señor cuando le dijo a Tomás: "Bienaventurados los que sin haberme visto han creído". Allí Jesucristo no habla directamente del futuro, no habla de los que sin haberle visto creerán, sino de los que "no me han visto y han creído; sin haberme visto". Esta bienaventuranza, en sentido pleno, vale para la Virgen. La Virgen creyó sin haber visto señales portentosas. Tenía fe; la pura fe. Y en la resurrección de Cristo, en el Evangelio se nos muestra muy claramente que Cristo no se muestra sino a quien ha madurado en la fe, en la pura fe. San Juan de la Cruz insiste mucho en esto; con verdad. Porque es lo mismo que pasa en el alma. Jesucristo no se muestra al alma hasta que no la ha purificado bien, bien, bien, bien en le fe; en la fe. Hasta que ha creído. Y cuando ha creído, se le muestra.

Lo mismo hace con los Apóstoles. A todos ellos, como iremos viendo, empieza por madurarlos en la fe, aduciendo para ello señales, signos exteriores. Pero Él no se muestra hasta que no han creído. Creer.

En cambio, en la Virgen no necesitaba de estos signos. Ella creía ya. Y porque creía ya, no pedía ninguna señal del cielo.

Lo comprendemos en el orden humano también. Suponed que yo sé por un mensaje secreto que se me comunicó en Roma, que hoy el Papa iba a venir a Talavera. Me lo dijo él: el día tal llegaré yo allí. Y supongamos que yo estoy aquí en casa, y en un determinado momento me dicen: el Papa ha llegado, el Papa está aquí. Yo le diría: ¿Ha llegado **ya**? -¡Cómo **ya**! -¡Es que ya sabía que iba a venir! No me asombra; ya lo sabía.

En cambio, si yo no lo sabía, si no creía que iba a venir y me lo dicen, digo: Pero usted está riéndose de mí. ¿El Papa aquí? ¡Qué cuentos! Usted me quiere gastar una broma. –No lo creería. Y pediría una señal: Vamos a ver, dígame usted: ¿cómo me lo prueba usted eso?

Es lo que pasa en la Resurrección de Cristo. María ya lo esperaba, lo esperaba. Los Apóstoles no lo esperaban. Por eso a los Apóstoles les prepara a la fe; a todos los demás va preparando en la fe. Sólo la Virgen estaba preparada. "Bienaventurados los que sin haberme visto –sin haber esperado señales visibles- han creído", tenían fe en la resurrección, como ya les había predicho. Ya os había dicho que al tercer día resucitaba.

Tiene, pues, esta fe profunda la Virgen. Pero esto no impide que tenga un dolor profundísimo, pero sereno. Sin esos aspavientos, sin esos gestos teatrales y espectaculares. Cuanto más honda es la pena, menos espectacular es; más íntima. Lo ha perdido todo la Virgen. No tiene más afecto que Cristo, y ahora Cristo ha muerto.

Y entretanto, María no busca alivio ninguno fuera de Cristo. Ella sí que también se aplica aquello de San Juan de la Cruz:

> Ni cogeré las flores,
> ni temeré las fieras –no se desvía-,
> pasaré los fuertes y fronteras.

Considera a Jesucristo como una persona viva; no como una persona muerta. Y sabe que vendrá; sabe que resucitará. En cambio, los Apóstoles lo consideran como muerto, no cuentan con Él.

Y estando así, contemplando con dolor hondo las reliquias de la Pasión de su Hijo, en un momento se le muestra Jesucristo glorioso. ¡Quién podría describir ese encuentro! Jesucristo, como Dios, aun en su Humanidad, con todo el esplendor de la divinidad que se refleja en ella, Jesucristo, mostrándose a su Madre que cambia el rostro, y que es feliz, Jesucristo agradece a su Madre; le da gracias. –Y tiene que ser grandioso esto: sentir a Jesucristo que **nos** agradece: Gracias por todo lo que has hecho; gracias. Y lo oiremos esto. El día del Juicio, Jesucristo nos agradecerá lo que hemos hecho por Él. Gracias por la manera como has trabajado, por tus sacrificios, por tu dedicación apostólica, por tu holocausto de amor; gracias. Es muy agradecido Jesucristo. Como dice Santa Teresa: "Que es muy bien nacido; que es Hijo de Virgen". Jesucristo agradece a su Madre por todo lo que ha hecho, desde Nazaret hasta la Cruz; todo; mostrándole que lo tiene todo presente. Lo había hecho muchas veces en su vida; con una palabra, con una sonrisa. Pero lo había hecho discretamente; sólo como enviado de Dios, en su apariencia muy humana. Muy cortés, muy agradecido. Pero ahora le agradece como Dios. –Y tiene que ser inmenso el sentir que **Dios** nos agradece; como Dios, con todo su esplendor, con toda esa gloria, esa majestad.

Recoge Jesús todo el ímpetu de su agradecimiento de treinta y tres años, que lo tenía allí contenido en su Corazón, mostrándole que no olvida nada, que todo lo tiene presente, que sabe muy bien y aprecia muy bien que ha agotado las ternuras de su Corazón de Madre Virgen para con Él. Todo eso se lo muestra. Y María es feliz. Esto le causa una alegría profunda a la Virgen. A Ella, que siendo Madre, quiere ser considerada como esclava. "Señor, yo a tu servicio, para darte gusto siempre; no he hecho nada. «Siervos inútiles somos; lo que teníamos que hacer, eso hicimos». Señor; yo no he hecho nada, nada. No me hables de eso. Nada". Pero, una paz, una felicidad y una alegría… Y entonces entona de nuevo el Magnificat: "Mi alma engrandece al Señor porque ha hecho Él cosas grandes en mí; ha mirado la humildad, la bajeza de su sierva; que yo no servía para nada. Todo es gloria tuya, Señor; todo es tuyo".

Unamos nuestro agradecimiento en el gozo que nos causará el sentir este agradecimiento de cristo, este "gracias" de Jesús, sincero. Gracias por tus sacrificios, gracias por tu generosidad, gracias por tu colaboración a la salvación de las almas. También nosotros diremos: Señor, si no he hecho nada… Somos siervos inútiles. Y Él nos mostrará que no olvida nada de lo que hemos hecho, que todo lo tiene presente.

Entonces, como premio, como corona, Jesucristo abraza a su Madre. ¡Qué abrazo! Dejarse caer en los brazos de la Virgen, y tomar a la Virgen en sus brazos. Y Ella, la Virgen, en ese momento pronuncia una palabra que sólo Ella puede pronunciar. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! Por toda la eternidad: ¡Hijo mío! –Nosotros, cuando vemos la Hostia, decimos: ¡Señor mío y Dios mío! La Virgen dice: ¡Hijo mío y Dios mío! –Y se abraza con Él. Ya se ha acabado todo para Él, se ha acabado todo.

Clemente Alejandrino, en uno de sus escritos, comentando la primera carta de San Juan, aquella frase: "Lo que nuestras manos tocaron del Verbo de la Vida", dice así: "Se cuenta en las tradiciones, en la leyenda, que Juan, tocando externamente el mismo cuerpo del Señor, llegó a introducir su mano hasta lo más profundo, y que cediendo la dureza de la carne, dejó paso a la mano del discípulo, que tocó así la divinidad del Verbo". La tradición es: "Lo que nuestras manos tocaron del Verbo de la Vida". Es una tradición, una leyenda. Pero esto sí que se realizaría en este abrazo de

la Virgen con Jesús. Si alguna vez… Aquella Humanidad de Cristo cede, y María palpa, gusta la divinidad de su Hijo. Entra en el gozo de su Hijo y se sumerge allí. ¡Qué felicidad, qué perfume, qué gusto, qué paz! Ahí está todo. "Entra en el gozo de tu Hijo". Y entra allí la Virgen.

Es indescriptible. –Gustar esto, gustar internamente el gozo de la Virgen en el gozo de Cristo. Y allí estaría. Cesa todo.

Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado,
entre las azucenas olvidado.

Aquí sí que cesa todo, todo, todo. No hay nada más que su Hijo y Ella. Está sumergida en esa armonía interior de la divinidad de su Hijo; gustando la divinidad. Eso que nos describen los autores místicos del "toque de la divinidad", y del "gusto de la divinidad", esto se realiza en María de un modo superior, sublime.

Y allí se estaría la Virgen para siempre, y no se querría separar nunca. Pero Jesús la separa, y le dice que tiene que quedarse sobre la tierra. Ella le diría: "Pues, llévame contigo. Yo, ¿qué hago ya sobre la tierra?" Pero Él le confía el tesoro infinito de su Pasión; Ella va a ser la medianera de las gracias; Ella va a ser la administradora de ese tesoro infinito de su Pasión.

Le confía la Iglesia; la de entonces y la de siempre. Tiene que cuidar de ella. La Virgen le diría y le repetiría: "Llévame contigo; ¿qué sentido puede tener para mí la vida? ¿Qué puedo gustar ya en la vida? –Y es verdad. Después de haber gustado la divinidad de Cristo, ¿qué podía atraer a María en este mundo? Nada, nada. Después de haber gozado esas armonías, ¿qué le podían decir las armonías de la tierra, y las músicas de la tierra después de haber gozado esto? –Aquí está el secreto del desprendimiento total de las criaturas. Cuando nosotros insistimos tanto en los valores humanos, en las armonías de la tierra, ene. Saber gustar esto, porque lo demás es ser personas descentradas, bien claro están mostrando que no han gustado la divinidad; no la han gustado. Si hubiesen gustado la divinidad, no hablarían así. Pero, ¿quién puede hablar de hermosuras de este mundo si ha gustado la divinidad de Cristo? –¡Es que eso es falta de humanismo! – Lo que es falta, es de divinidad; de divinidad.

Imaginad un hombre artista que ha oído las armonías de las mejores orquestas internacionales, y que constantemente las gusta y las oye, y que va a un pueblecito pequeño a descansar unos días en el verano, y en aquel pueblecito hay una banda de música, que es una vergüenza; y van a interpretar las grades obras. Y este pobre hombre cuando va a la plaza y pasa por allí y están sonando, se tapa los oídos, porque sufre, sufre. Y la gente le dice: ¡Ve usted qué poco gusto tiene!, ¡qué poco humano es! No le gusta la música. –¡Lo que le gusta es la buena música!

Puesto mismo pasa en la humanidad. Hablar tanto de los gustos de la tierra, de las bellezas del arte, de la cultura, de la armonía… ¡Lo que me gusta es la buena música! La música divina, el gusto de la divinidad, el tesoro inmenso interior. Esto es.

Y aquí está el secreto. La Virgen ya vive sobre la tierra como peregrina, como extranjera. Todo lo de aquí no le dice nada. Ella vive con el corazón en su Hijo, donde gusta a su Hijo. Y todo le dice y le habla de su Hijo, y todo lo de la tierra ya no tiene para Ella más sentido que recordar ese gusto de su Hijo.

Él le ha confiado a los hombre, y Ella los cuida. "Cuida de los míos. Yo soy tu Hijo en ellos. Vendré a buscarte a su tiempo". Y Ella obedece, y lo acepta. Lo acepta con resignación, comamos, y se dedica a las almas. Pero se dedica a las almas con el corazón fijo en su Hijo. Es la contemplación en la acción. Desprendimiento de todo en alegría. Ella en todo ve a su Hijo, en todo. Ve el agua, y se acuerda de su Hijo, de las tempestades que había calmado. En el trigo, ve la Eucaristía. En el vino, se acuerda de las bodas de Caná, del vino de la nueva economía. En las plantas, en el cielo; todo está hablando de su Hijo, todo lo ve así. "A Él en todas amando, y a todas

en Él", porque su Corazón está en Cristo. Y esta es la verdadera caridad de María. Ahí está la caridad: Todo en Cristo, con el Corazón de su Hijo, con el Corazón de su Hijo.

Reflexionemos sobre nosotros también. Que este tiene que ser el camino. Es una grande gracia ésta de la resurrección. Si llegásemos a sentir íntimamente este gozo inmenso del gozo de Cristo, entonces también desaparecerían para nosotros tantas atracciones de la tierra. Y como la Virgen, habiendo disfrutado de esa riqueza de la divinidad de Cristo, viviríamos como peregrinos sobre la tierra. La expresión amada, preferida de San Ignacio. Se conservan unos escritos de San Pedro Canisio, el cual anotó algunas expresiones características del Padre Ignacio, que él recalca mucho. Y la primera es: "Considerarse siempre peregrinos sobre la tierra". Y es así. Pero tiene que ser por la plenitud del gozo de la Patria, por la plenitud del gozo de Cristo glorioso.

OTRAS APARICIONES

Vamos a seguir disponiéndonos con la gracia del Señor a esta gracia particular de la cuarta semana de los Ejercicios; que será un buen camino para obtener el ideal de agradar en todo a Jesucristo; que nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas a agradar al Señor.

Renovemos aquel deseo de sentir esta alegría, este gozo intenso del gozo y de la gloria de Cristo resucitado. Pensando cómo Él está lleno de la divinidad que se manifiesta en todo, y cómo trae como oficio comunicar esa misma consolación a los demás. Esa gracia, que es participación de la naturaleza divina, que es la que tiene que llenar el corazón de los fieles.

Y vamos a hacer la meditación esta, tocando algunos puntos, algunas apariciones del Señor: a las mujeres, a los discípulos de Emaús, a los Apóstoles. Buenamente. Hasta donde lleguemos.

Jesucristo no sólo da a gustar la divinidad a la Virgen Inmaculada, a su Madre, sino también a las mujeres pecadoras de otro tiempo; y también a los traidores arrepentidos, como Pedro. En todo esto, lo que pide Jesucristo es **fe**; y donde no hay esa fe, comienza por suscitarla; de modo que el alma tenga fe viva en el Señor.

Esto lo hace con todos. Fijaos en todas las apariciones cómo en realidad primero dispone, no presentándose Él mismo directamente, sino unas veces por un ángel, por las piadosas mujeres, por fenómenos diversos; suscitando la fe.

Cómo fueron las apariciones del día de la Resurrección, discuten mucho los comentaristas y hay diversas tendencias. No es fácil. Pero parece que se podría poner el hecho de esta manera: Primero, van las mujeres al sepulcro, y junto con ellas va también María Magdalena. Ven el sepulcro vacío, y al verlo así vacío, inmediatamente, sin esperar a más, María Magdalena echa a correr para contarlo a los Apóstoles: que el sepulcro está vacío. Los Apóstoles parece que no vivían todos juntos en este momento. Pedro y Juan parece que no estaban con los demás en el Cenáculo, y probablemente tampoco estaba en la misma casa los dos, sino que eran casas distintas de la ciudad.

Magdalena corre, pues, a Pedro, y Pedro parece que no le hace caso. Corre a Juan, el cual cree posible lo que dice Magdalena: que el sepulcro está vacío. Corre a los Apóstoles en el Cenáculo –Magdalena- que no la creen tampoco en absoluto, y entonces se vuelve al sepulcro.

Entretanto, las otras mujeres se habían quedado consternadas delante del sepulcro; se les aparecen los ángeles que las preparan en la fe, y entonces corren a anunciar a los Apóstoles también ellas. Entretanto Juan, que había posible lo que decía Magdalena, corre a casa de Pedo, y juntos salen a ver el sepulcro y lo encuentran vacío. Y se vuelven, creyendo que era verdad lo que decía Magdalena. Los discípulos durante el día se desparraman desanimados, como los dos de Emaús; durante el día también, Jesucristo se aparece a Pedro, y al atardecer solamente, se aparece a los Apóstoles en el Cenáculo. A María Magdalena se le aparece junto al sepulcro, cuando vuelve después de haber anunciado a Juan y a Pedro.

Esto parece que puede ser el orden como se desarrollaron las cosas en ese día confuso de emociones. Pero, como indicaba, en todas las apariciones precede siempre la preparación de la fe. Idealmente, si los Apóstoles hubiesen tenido una fe viva, no se hubieran detenido en Jerusalén, sino que se hubiesen ido directamente a Galilea, como Él les había dicho: Vosotros precededme en Galilea; allí os hallaré, y me encontraré con vosotros. Pero ellos no se sentían seguros, no estaban firmes en la fe, y se quedaron en Jerusalén.

La aparición a las mujeres.- Las personas son las piadosas mujeres, pero sin la Virgen. La Virgen no va con ellas, porque la Virgen tiene fe. Tampoco va con ellas María de Betania. Esa María Magdalena no parece en absoluto a la María de Betania, aun cuando los comentadores tampoco estén de acuerdo en este punto, sobre la identidad o no identidad de María de Betania a María Magdalena; pero toda la psicología de María Magdalena en la resurrección es muy opuesta a la psicología de María de Betania, a su paz, a su serenidad interior.

Esta –María de Betania-, lo mismo que la Virgen había gustado el Verbo; y como lo había gustado íntimamente, tenía una fe confiada en medio de la oscuridad de la muerte de Cristo.

En cambio, estas piadosas mujeres tienen una fe imperfecta. La imagen de éstas que corren es la imagen de la desolación imperfecta. Estas mujeres han perdido la fe en Cristo **vivo**. Ellas contemplaron cómo José de Arimatea y Nicodemo preparaban el cadáver del Señor, cómo lo embalsamaban, y estaban inquietas. Y querrían ellas intervenir también para hacerlo mejor, porque aquellos hombres no sabían hacerlo; y querrían meter mano, pero no les dejaban. Si no, no hubiesen acabado nunca. Estaban pegadas al Señor. Nada; ellos se encargaron de todo. Y éstas, mortificadas: "No lo saben hacer; ya se ve que son hombres. No, no entienden de estas cosas". Pero los hombres aquellos tenían prisa; era ya tarde. Pusieron al Señor en el sepulcro; y ellas no estaban satisfechas. Dicen: "No, no, no; tenemos que volver nosotras y tenemos que hacerlo como se debe hacer. Estos lo han dejado muy mal, muy mal".

Tienen mucho amor a Jesucristo, sí. El tesoro de ellas es el **cadáver** de Cristo. No es Cristo; es el cadáver de Cristo. Es lo que les queda de Cristo. No tienen esa fe viva en la resurrección. Y en cuanto se pasa el sábado, después de haber comprado cantidades de ungüentos, de perfumes, enorme, apenas a la madrugada del domingo –que ahora se llama domingo; fue el primer día de la semana libre-, se lanzan hacia el sepulcro para realizar la obra que no habían podido hacer antes. Y van allá.

"Avanzada ya la noche del sábado, al amanecer vino María Magdalena con la otra María, las mujeres, y otras, a visitar el sepulcro. Y mientras caminaban se preguntaban: ¿Quién nos quitará la piedra del sepulcro? Ellas van decididas, has pensado todo menos que hay una piedra en el sepulcro. Pero caminan, como buenas mujeres; adelante. Cuando se les ocurre: ¡Ay va! ¡Si hay una piedra! ¿Quién nos la quitará? –Y no obstante, adelante, adelante; a ver, a ver qué pasa. Y cuando estaban ya bastante lejos, se fijan, y ya no estaba la piedra. –Pues… ¡está abierto! Pues, ¿qué ha pasado? Se lo han llevado. –Y María Magdalena sin esperar más, se separa de las demás y va corriendo a avisar: que lo han robado, que le han quitado del sepulcro. -¡Nada!, eso son imaginaciones, ¿verdad? Lo único que puede decir es que no está; que lo han robado… eso… eso… Como no tenía fe, fe viva, no le vino inmediatamente que había resucitado, sino: lo han robado.

Y entretanto las otras mujeres siguen adelante con mucho pavor: ¿Qué pasaría allí? ¡Pobrecitas!, ¿eh? Si llegan a ir un poco antes se encuentran con los guardias; no sólo con la piedra, sino los guardias que estaban allí. ¿Qué hubiesen hecho con los ungüentos entonces? Hubiesen caído por las rocas todos; del susto. –Pero ya el Señor había resucitado.

Llegan y entran al sepulcro. Y se encontraron con un ángel. "Y el ángel, dirigiéndose a las mujeres les dijo: Vosotras no tenéis que temer. Bien sé que venís en busca de Jesús, que fue crucificado". Ellas venían, más que en busca de Jesús, en busca del **cadáver** de Jesús. Pero con amor, con amor. –Se hallan sin el cuerpo. La primera reacción había sido asustarse, al ver que no estaba el cuerpo; estaban consternadas porque no estaba el cuerpo. –Cuántas veces pasa esto: estar consternados precisamente por lo que es señal de salvación. Estar consternados por nuestro estado espiritual interior, cuando es el estado que lleva a la salvación; cuando es lo que tiene que pasar; cuando es señal de que el Señor nos ama, nos quiere. ¡Cuántas veces! Consternadas por algo que es parte precisamente de lo que el Señor prometía. –¡Pero si el Señor te lo había dicho eso! –No encuentran, y están consternadas porque no está el cuerpo. Ahí está el motivo de tu gloria. Por eso les dice el ángel: "No tenéis que temer. Vosotras bien sé que buscáis a Jesús que fue crucificado. Ya no está aquí; ha resucitado según predijo". Ya lo dijo Él. Ha resucitado. "Venid, mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor". Y bajan, y lo ven. Aquí estaba. Pero ya no está. Ha resucitado. –La grande noticia, la grande alegría. Pero no lo han visto a Él. Es un ángel. Ven las señales. Les está preparando a la fe: Primero, viendo la piedra quitada. Después, viendo el sepulcro vacío. Después, con el ángel. Pero todavía el Señor no se les muestra. "Y ahora, id, sin deteneros, a decir a sus discípulos que ha resucitado y que va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis". Id a Galilea como os ha dicho el Señor. –No había modo de moverlos de Jerusalén a éstos. Estaban pegados; a ver qué pasaba. "Id a Galilea. Ya os lo prevengo de antemano". –Ellas salieron al instante del sepulcro con miedo y con gozo grande. Con una mezcla. –Es que es imponente. Todas estas escenas

suponen una carga de emoción interior. Con mucho gozo, pero con miedo: Bueno, y, ¿qué habrá pasado? Y en la ciudad, ¿qué pasa? Con todo lo que le han perseguido, ¿qué pasará ahora? –Todo ese estado interior.

Y fueron corriendo a dar la nueva a los discípulos.

Los discípulos estaban en el Cenáculo, allí metidos. Y éstas llegarían allí. Llaman a la puerta: ¡Pum, pum! –Y los otros, quietos, quietos. "¡No abrir, no abrir!, que vienen en nuestra busca". –Ellos tenían la idea de que después de acabar con Cristo, acababan con ellos; y estaban metidos allí, sin salir. Y cuando llaman éstas, pues lo lógico sería eso: No abrir, no abrir; eso no. -¿Abren? –No, no; no abras, no abras. –Y ellas: que somos nosotras… -A ver, ¿quién, quién? –No, no, ¡que eso es trampa! –Diría: "Yo soy, pues María, la madre de Santiago. –Pero, si será, si será… -Y mirarían así, con mucho miedo. –Y les dicen: Que… ¡que ha resucitado! -¡Hala, hala! A correr, a correr; marchad, marchad; ya están viendo visiones éstas; ya están exaltadas.

El Señor les ha preparado; todavía no lo han visto. ¿Cómo les ha preparado el Señor? ¿Cómo tenemos que prepararnos nosotros al encuentro del Señor? ¿Cómo tenemos que preparar las almas a este encuentro del Señor? Pues, les ha avivado la fe, recordándoles las palabras de Cristo: "Ha resucitado **como lo había dicho**. Precededme en Galilea, **como os lo había dicho**". Todo esto está ya. –Recuerda las palabras de Cristo. Ese es siempre el camino que nos ha de llevar a disponernos al encuentro de Cristo: recordar sus palabras, volver a rumiarlas y saber poner la palabra justa en la circunstancia concreta de la persona. Es el gran medio de consolar a las almas, el poderlas retratar en un paso de la Sagrada Escritura, y decirle: "Mira, eso que te pasa es esto. Así estás. Pues mira: el Señor ha dicho esto, y el Señor te está conduciendo por aquí".

María Magdalena se había separado de éstas. Ella fue por su cuenta corriendo; tenía más prisa que todas las demás. Era inquieta María Magdalena. De la cual el Señor había lanzado fuera siete demonios. Y apenas anunció a los Apóstoles, fue de nuevo al sepulcro.

Veamos esta aparición **a María Magdalena**.

La vida de pecado no impide nunca, cuando se ha llorado, las grandes comunicaciones de Cristo; nunca. De María había lanzado siete demonios, es decir, multitud. Tenía cantidad de vicios y de pecados. Y aquí precisamente lo recuerda San Marcos, en este momento de la Resurrección: "Primero se apareció a María Magdalena, de la que había echado siete demonios".

Como digo, no parece ésta la María de Betania. María Magdalena, ésta, es una verdadera Marta espiritual. Le falta la fe viva. Tiene mucho arranque y mucho amor, pero no tiene aquella fe profunda en la divinidad de Cristo. Viene con las otras mujeres, con la misma falta de fe, con la misma falta de confianza, a visitar, a honrar la **reliquia** de Cristo, no la persona viva de Cristo. No está esperando al Señor como la Virgen, ni como María de Betania. Lo cual significa que creía en que Cristo estaba muerto, pero no creía en Jesucristo como persona viva. Es impetuosa, María. Ve el sepulcro vacío, y sin más, corre a los Apóstoles: a Pedro y a Juan. Parece, por el relato del Evangelio, en San Juan, que no estaban estos dos en la misma casa, y los apoyan los comentadores en que dice explícitamente que: corrió **a casa** de Pedro y **a casa** de Juan. Repite dos veces. No dice: a casa de Juan y Pedro, sino "**a casa** de Pedro y **a casa** de Juan".

Pues bien; va a ellos, impetuosa, y se encuentra con que no le hacen caso. Juan no sabía nada de concreto. La Virgen probablemente no había dicho nada a Juan, aun cuando estuviese en su casa. No era un oficio suyo divino. Le podía consolar en cuanto le animaba a la fe, pero decirle: Jesús ha venido a visitarme, ha resucitado ya, probablemente no se lo dijo; si el Señor no se lo encargó explícitamente, no se lo diría. Su discreción era suma, y Ella se mantenía en esa actitud contemplativa.

Por eso, María, al ver que Juan no le da especiales esperanzas, después de haber corrido a Pedro, se iría con los Apóstoles, correría por una parte y por otra, y vuelve al sepulcro.

"Pedro no le creyó". Eso lo dice explícitamente el Evangelio. "Como ni los otros lo creyeron", lo dice San Lucas. Y se volvió al sepulcro.

¿Qué hace allí en el sepulcro? Busca y llora. Pero busca con agitación.

Vamos a ver el texto del Evangelio. “Entretanto, María Magdalena estaba fuera, llorando cerca del sepulcro”. Cerca, pero agitada. “Con las lágrimas, pues, en los ojos, se inclinó a mirar el sepulcro”. ¡La de veces que había mirado allá! ¡Cuántas veces! Pero, con poca fe. Busca; llora. No al Señor, sino a la reliquia del Señor. Y una vez más se vuelve a mirar. ¡Tantas veces había mirado…! –Eso que nos pasa cuando hemos perdido un objeto, que estamos mirando siempre los mismos cajones y los mismos sitios. Y lo ha mirado cien veces, pues, vuelta a mirar. Y es una cosa que no cabe en el bolsillo, porque es un estante, pues es capaz uno de mirar a ver si lo tiene en el bolsillo.

Pues eso es lo que pasa en estos momentos. Ella mira otra vez; vuelta. Y cuando mira otra vez, se encuentra nada menos que con dos ángeles, vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies donde estuvo colocado el cuerpo de Jesús. Y María está tan ocupada con el Señor, con la reliquia del Señor, que no le asustan los ángeles. Se encuentra con ellos y se queda impertérrita.

“Dijéronle ellos: Mujer, ¿por qué lloras?” –La pregunta que tanto gusta al Señor: **Quid ploras?** –El ángel va a **disponerla** a María para la aparición de Cristo. Y va a disponerla haciéndole ver un poco su estado interior. Haciéndole ver qué es lo que está buscando; que está equivocada. Que lo que ella está buscando, no es a Cristo mismo, sino el cadáver, y que tiene que buscar a Cristo vivo, a Jesucristo vivo. **Mulier, quid ploras?** “¿Por qué lloras?” Y ella responde sin ninguna turbación y sin ningún susto: “Pues porque se han llevado de aquí a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. **Dominum meum**. Su Señor no es Cristo, sino el cuerpo de Cristo. “Han llevado de aquí a mi Señor”. –A su Señor nadie se lo puede llevar, si es Cristo. Al cuerpo de Cristo muerto, sí. “Han llevado de aquí a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto”. Jesucristo ya no existe para ella; está en plena desolación. No tiene fe, no tiene esperanza.

“Y dicho esto, volviéndose hacia atrás…” -esto no es de María de Betania- ¿Por qué volvió hacia atrás? Pues quizás porque el Señor, que ya estaba preparándola, pues movió un poco, hizo algún ruido entre las hojas del jardín. “Volviéndose hacia atrás vio a Jesús en pie”, en pie. Todo lo debía María a Jesús. ¡Claro! ¡Todo! Todo lo había puesto en este amor a Cristo. Hace tres días lo había visto morir, pagando tan caro el perdón que le había concedido cuando en casa de Simón el fariseo, lo dijo que había sido perdonada en muchos pecados porque había amado mucho. Y ahora, ese Cristo, a quien ella sin saber, está buscando, creyendo que sólo busca el cuerpo de Cristo, se le va a poner delante de los ojos.

Es el **Consolador**. El Consolador que sabe jugar con las almas. Ella no conocía que fuese Cristo porque le faltaba la fe. No es que necesariamente se hubiese disfrazado de Cristo. No necesariamente, sino que, para que nosotros podamos reconocer a Cristo, tenemos que tener los ojos puros, llenos de pura fe. Y por eso dice el evangelista: “Vio a Jesús en pie, mas no conocía que fuera Jesús”. Y le dice Jesús, para prepararla todavía; prepararla a su manifestación y a su comunicación: Mujer, ¿por qué lloras? –de nuevo- ¿por qué lloras? -¿Por qué nos afligimos nosotros?- “¿A quién buscas?” **Quem quaeris?** La eterna pregunta de Cristo: ¿Buscas consuelo, o me buscas a mí?

María, ve quizás una cierta majestad en aquella persona, pero no puede sospechar que sea Cristo. ¡Cómo va a sospechar, si ha muerto hace tres días! Pero ve una cierta majestad, y entonces comprende que ella lo trate de “Señor”. Le dice entonces, pensando que sería el hortelano: “Señor, si tú le has quitado, dime dónde le pusiste y yo **me** lo llevaré”. Es una respuesta sin sentido ninguno por ningún lado. En primer lugar porque el otro podía decir: Pero, ¿de quién hablas? “Señor, si tú le has quitado…” Pero, ¿a quién?, ¿a quién? Un hombre que le encuentra por el camino, en el jardín, dice: ¿Por qué lloras? –Si lo has quitado… si tú lo has quitado… ¿A quién? –Ella no tiene más que a Cristo en la cabeza, el cuerpo de Cristo. “Si tú lo has quitado, dime dónde lo pusiste”. –Si lo he quitado, no te lo voy a decir; por algo lo he quitado. “Y yo me lo llevaré”. –Pues para ese viaje, no me lo hubiese llevado yo. –No, no tiene sentido ninguno; pero es eso; es el amor de ella; que no ve más que esto. “Yo me lo llevaré”. Y, ¿cómo se va a llevar ella el cadáver de un hombre? “Yo me lo llevaré”. No piensa en nada más. Más que… se ha asustado, y dice: Pues a lo mejor éste, el hortelano que era el dueño del sepulcro, pues se lo ha llevado, y lo ha retirado y lo ha echado fuera.

"Yo me lo llevaré" a otro sitio, a otro sepulcro. Ella siempre con el **cuerpo** de Cristo. Ni soñar que ése podía ser el Señor.

Le dice Jesús: "María". Volviéndose ella al instante –porque ya se había vuelto otra vez. ¿Eh? Después de haberla dicho, iba a otro lado. Como Marta, igual. –"Volviéndose ella, le dijo: «Rabboni»". –El Señor es el Buen Pastor que conoce sus ovejas y las llama por su nombre. Y ellas oyen su voz y la reconocen.

Pero le ha llamado –fijaos- como a Marta le solía llamar. A María nunca le llamaba por su nombre; oía siempre ella. En cambio a esta María de Magdala o de la Resurrección, no; le ha tenido que llamar como a Marta: Marta, Marta; María, María. Para hacerle esperar, para hacerle detenerse un poco, para hacer que su corazón reposase. "María, María", palabra que trae a la mente de esta pobre mujer todo, todo, todo. Cuando viniste allá a casa de Simón el fariseo, María…; cuando asistías a mi muerte en la cruz… Es verdad que Jesucristo ha buscado a María más que María a Él; mucho más. Siempre estaremos con retraso respecto de Jesucristo. Nos lleva la ventaja de una eternidad.

"María". Y ella entonces volviéndose le dijo: "**Rabboni**". "Maestro mío". Lo reconoció y se echó a sus pies, y se agarró a Él con un consuelo grande. Lo que ya no se esperaba ella. Pues el Señor… como antes, como antes. Ha pasado todo. "Ha pasado el invierno". Tiene el consuelo inmenso. Y goza del gozo del Señor abrazada a Cristo, a quien se agarra, como diciéndole: Ahora ya no te suelto más; ahora no te escapas. Y le aprieta fuerte. Y el Señor la deja, la deja. "**Rabboni**". Gusta la divinidad. Fijaos el gozo que siente ahora María al abrazarse con Cristo. No es la satisfacción de haberle buscado con **diligencia**, sino el gozo de Dios. No es que ella dice: Menos mal que he trabajado y menos mal que lo he buscado; no. Es el gozo de Dios que ha encontrado. No es el deber cumplido, sino es el encuentro con Cristo glorioso.

Y está allí. Ya no quiere más. Hasta que el Señor le dice: **Noli me tangere**. "No te quedes apegada". Le dice ella: ¡Ah!, ya no te suelto. –Pero no te quedes ahí; no te quedes apegada. O de otra manera: Suéltame ya. Significa lo mismo. **Noli me tangere**: "Suéltame, suéltame". Porque ella no lo quería. Ella decía como Jacob: No te dejaré hasta que me bendigas, hasta que me lleves contigo. Y Él le dice: Suéltame ya, suéltame. "Porque no he subido todavía a mi Padre". No es todavía el tiempo. Hay mucho que hacer todavía. Tienes mucho que hacer. Cuando vengas después, cuando vengas a la gloria del Padre, entonces podrás estar agarrada conmigo a mis pies toda la eternidad. Pero ahora tienes que hacer, porque, aunque es verdad que no he subido a mi Padre y me tienes aquí contigo, pero tú tienes algo que hacer. Mira; "vete, vete a mis hermanos –qué palabra dulce del Señor a los Apóstoles-, vete a mis hermanos y diles de mi parte: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios". "Vete a mis hermanos". Después de la Redención de Cristo, nosotros somos hermanos de Cristo. Él nos ha dado como Madre a su Madre, porque Él está en nosotros; y el Padre suyo es el Padre nuestro, y el Dios nuestro es Dios suyo, porque Él es Dios-Hombre y nosotros somos hombres que participamos de su divinidad. Es el consuelo. E inmediatamente a todo aquel que consuela Cristo, hace que comunique su consuelo a los demás. Es esa cadena que se establece ya definitivamente: La Divinidad a la Humanidad de Cristo, de la Humanidad de Cristo gloriosa a los hombres, y de los hombres entre sí. Abundan las pasiones de Cristo de unos a otros como abunda la consolación de Cristo de unos a otros.

Esta es María Magdalena; la pecadora que ha gozado de la resurrección de Cristo. Y nosotros podremos hacer lo mismo. Nada nos lo impide nuestra vida pasada, nuestros pecados. Sólo tenemos que tener esa madurez en la fe.

Aparición a Pedro.- Vamos a considerar otra aparición de Cristo que nos puede ser muy útil. La de Pedro sería muy hermosa; muy bonita es: cómo el Señor lo prepara, cómo el Señor tiene esas delicadezas con él, con Pedro. Vamos a verlo.

Pedro es el más afligido de todos los Apóstoles; Pedro. Por muchas razones. Por su triple negación muy particularmente. Eso no se le quita de encima. Por esa triple negación suya en la noche del sufrimiento de Cristo, se siente responsable en gran parte de los dolores y de la muerte del Maestro. –Es eso que suele pasar cuando uno no ha sido fiel: Pues… parece que yo tengo la

culpa… -Y cuando ve que ha muerto y oye que le han crucificado y que ha muerto en la cruz, él siente eso: Yo soy culpable de eso; yo no me he portado como debía; le he sido ingrato, lo he traicionado. Y ese dolor, Pedro lo lleva en su rostro. Las lágrimas no cesan de caerle cada vez que se acuerda de lo que ha pasado. "Empezó a llorar" dice el Evangelio; como si no acabase ya de llorar. Y no sabe de quién pedir la absolución; no sabe a dónde ir. ¿A dónde puede ir? Si estuviese Cristo, se le acercaría y le pediría perdón, y le pediría excusa de todo. Pero ahora, ¿a dónde va a pedir absolución? Nadie se la puede dar. "¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?" Y no sabe a dónde ir.

Tampoco está firme en la fe. Se ha acabado todo. Jesucristo ha muerto en la cruz; ya no es más que un cadáver en el sepulcro. Sufre mucho Pedro, mucho. Todo lo que él había hecho siguiendo a Cristo cae por tierra. Había renunciado a sus negocios, todos sus planes; y ahora, ¿qué hace? Sufre mucho.

Y Jesucristo conoce su aflicción y le quiere consolar. Pero como es muy delicado el Señor, le quiere consolar sin testigos. Es así de fino el Señor. No le quiere hacer pasar un mal rato ante los demás. A él lo va a consolar **solo a solo;** sin testigos. Y si Magdalena es la primera de las mujeres –Magdalena, de la cual echó siete demonios-, Pedro será el primero de los Apóstoles, precisamente el pecador arrepentido; éste. Y no fue otro.

Así trata el Señor. Eso pasa por encima de todas esas pequeñas cosas nuestras, aun de los pecados; una vez que uno se arrepiente de ellos, eso no establece ninguna dificultad al contacto con el Señor. Al contrario, muchas veces el alma sabe aprovecharse, tiene una disposición más humilde, más sumisa al Señor.

Pues bien; como en todos los demás, Pedro que está débil en la fe, tiene que ser madurado en la fe. Y esto lo hace el Señor: la maduración de la fe de Pedro. Primero, madura esta fe o empieza a madurar, empieza a prepararse con el anuncio de Magdalena. Cuando llega Magdalena y llama a la puerta, y dice a Pedro: "Le han robado al Señor, lo han quitado", esto ya empieza a preparar el corazón de Pedro. Ya hay algo nuevo que le puede empezar a hacer pensar. Cuando después va con Juan a visitar el sepulcro, la preparación sigue adelante. Viene Juan a su casa y le dice: Pues vámonos a ver. ¿Has oído lo que ha dicho Magdalena? –Sí. –Y, ¿qué te parece? –Pues que son sueños. -¡Qué va!, ¡qué va a ir! –Pues vamos allá. –Tenían demasiado miedo los dos-. Sí, vamos allá; ahora nos ven por la calle enseguida, y nos conocen. Y si nos conocen, pues nos llevamos un disgusto. –Dicen: Pues vamos allá, y nos vamos corriendo; de una carrera llegamos allí en poco tiempo y lo vemos. –Y en efecto, se echan los dos una carrera –lo dice así el Evangelio: "Con esta nueva salió Pedro y el dicho discípulo y se encaminaron hacia el sepulcro. Corrían ambos a la par". Corriendo los dos; ¡carrera! Y llegó primero Juan. ¿Porque era joven? Sí; porque era joven. ¡Pero vamos! No es que hay que imaginar que Pedro fuese un viejo. Pedro tendría unos 25 años, 26 años. De modo que no es tanta la diferencia de edad. Juan era joven. Ya tendría un poco más entonces Pedro, porque eran tres años los que habían pasado; pero vamos, no pasaría de los 30. Mientras que Juan tenía unos 20. Bien. Alguna diferencia sí que hay; no tanta. Pero, el verdadero motivo por el que Juan corría adelante, era otro probablemente. Es que Juan tenía el corazón muy libre, muy libre. Pedro, cuando corría, tenía unos sentimientos dentro… Penetremos en el corazón de Pedro en esta carrera al sepulcro. Los dos están llevados por el amor de Cristo, ciertamente. Corren los dos bajo el impulso del amor de Cristo; pero Pedro pensaba en lo que había hecho y en lo que había dicho. Eso no se lo podía quitar de encima. Y ahora iba hacia el sepulcro, sí, pero iba con esa cara de angustia, con esas mejillas hundidas de tres días de llorar. En el fondo estaría pensando: Y si estaba allí, ¿qué me dirá?, ¿qué me dirá? Eso era inevitable en Pedro. Todavía no estaban las cosas limpias, claras, ¿Qué me dirá? –Conocía el Corazón de Cristo, sí; pero eso no lo podía evitar. Mientras que Juan corría con ligereza; él no tenía ningún pensamiento de ese tipo.

"Llegó, pues, el primero Juan, y habiéndose inclinado vio los lienzos en el suelo, pero no quiso entrar". No entró; por respeto a Pedro. Fijaos, que ellos conocían el Corazón de Cristo. Pedro es el jefe. No. A esperarle.

"Y llegó tras él Simón Pedro, y Simón Pedro entró en el sepulcro". Él sí. –Pero, ¿el pecador? Entra en el sepulcro. Es el jefe. –Así es el Señor, y así trata a las almas.

“Y entró y vio los lienzos en el suelo y el sudario que habían puesto sobre la cabeza de Jesús, no junto con los demás lienzos, sino separado y doblado en otro lugar. Entonces el otro discípulo entró también”. Asombro de Pedro cuando se encuentra con los lienzos y el sudario por otro lado. Encuentra lo que no esperaba. Él eso no se lo esperaba. No son señales de robo éstas; porque le había dicho Magdalena que lo habían robado. Uno que roba no se detiene a quitar los lienzos y a doblarlos, y poner el sudario aparte. Se lo lleva todo. No son señales de robo. Son señales de **resurrección**; de aquellos lienzos que ya no necesita, de aquel sudario que ya no necesita. Y se queda admirando, admirando.

Mirad; las señales son claras. Lo que había dicho ya el Señor: los lienzos, el sudario, la piedra quitada. Las señales son claras. Y sin embargo, no llegan a discernir la resurrección de Cristo.

Dice el Evangelio: “Entonces el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, entró también, y vio y creyó”. ¿Qué creyó? Y dicen muchos comentadores: Creyó que lo habían robado, que es lo que se trataba de demostrar; eso que había dicho Magdalena: lo han robado. Y ve los lienzos y ve el sudario, y creyó que lo habían robado. –Añade: “Porque aún no habían entendido de la Escritura que Jesús debía de resucitar de entre los muertos”. De modo que las señales que vieron eran de resurrección, y no las conocieron como señales de resurrección. Eran claras suficientemente para quien tuviese el corazón limpio.

Meted esto dentro, que es mucha verdad: El discernimiento de las señales divinas, supone la paz y pureza del alma. Si el alma no está en paz y pura, no reconoce las señales de Dios. No podrá hallar la voluntad de Dios fácilmente. No las encuentra. Esas exigencias de una razón argumentadora –que necesita esto, porque tiene que ver, porque ya yo tengo una inteligencia suficientemente clara, yo soy muy razonador, usted tiene que probarme esto, y esto no está claro… -las exigencias de una razón argumentadora, aparentemente argumentadora, no es prueba siempre de una inteligencia superior; no. Generalmente pueden ser pruebas de un corazón menos limpio. La inteligencia transparente, penetrante, cuando está al servicio de un corazón limpio, descubre inmediatamente las señales divinas; inmediatamente. –Es que yo necesito esto. –Generalmente… Ahí Pedro no es que tuviese mucha más inteligencia, no; lo que le faltaba es la disposición del corazón, la limpieza del corazón para ver las señales divinas. La fe menos razonadora es muchas veces mucho más penetrante de las señales divinas y de la palabra divina.

Y se volvieron, se volvieron los dos a casa.

Meditación de Pedro. Pedro vuelve a casa, pero ya se le ha agitado el corazón. Al principio, su meditación estaría perturbada, agitada. Luego se hace más recogida, comenzando a evocar los recuerdos del Maestro: lo bueno que era, su perdón, sus palabras. Y le iban viniendo a la cabeza. Iba recordando: ¡Ay!, aquella vez, cuando yo le dije: Tú eres el Hijo de Dios vivo; si dijo que iba a morir… ¡Si lo dijo! Cuando yo le dije: ¡que no, que no, que no! Y me dijo que le escandalizaba. Pues, hablaba de su muerte entonces. Y dijo que al tercer día resucitaría. –Empieza a meditar, a repensar. –Es el modo de madurar la fe: el recuerdo de las palabras del Señor; las recuerda. Y recuerda sus predicciones. Y esto provoca en Pedro la actitud de espera: -¡Oh!, pues es posible… pues a lo mejor… Se pone ya como quien está esperando. Y en un cierto momento que no sabemos –no sabemos más que se le apareció-, la aparición de Cristo, que le consuela. A solas los dos. Los Apóstoles dirán: “Se ha aparecido a Pedro”. Y a ellos les bastará esto. Basta. Como le había dicho el Señor: “Y tú, por fin, cuando vuelvas, confirma en la fe a tus hermanos”.

Cristo se le muestra glorioso, lleno de gloria divina; y ahí se encuentran en un abrazo íntimo el amor penitente y el amor misericordioso. El amor de Pedro, llorando, arrepentido de todo, humillado, porque había sido un poco por su confianza en sí mismo y por su soberbia por lo que le había pasado lo que le había pasado, y el amor de Cristo misericordioso. Y Pedro le diría otra vez: ¡Señor, Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo! Y Él le repetiría: Y tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Sobre ésta. No me he equivocado; ya sabía lo que eras. Y cuando te lo anuncié, te lo anuncié sabiéndolo. No tienes que pensar más en eso. “Venid a Mí todos los que os estáis con trabajos y fatigas que Yo os aliviaré”. ¡Cómo sería el perdón de Jesús para Pedro! ¡Qué profundidad! ¡Qué paz le dejó! ¡Qué serenidad! Todo había pasado.

Y el Señor le da su gracia, le comunica la divinidad también a él, la consolación del Padre, y le pide que con esa gracia que él tiene ahora, confirme también a los Apóstoles, que los prepare; que los pobres están como ovejas descarriadas sin Pastor. Que les vaya preparando. Que Él se les presentará también, les consolará; pero que él les prepare un poco para que pueda el Señor manifestarse a ellos.

Pues bien; reflexionemos sobre nosotros para disponernos también con la misma confusión, como Pedro, al consuelo de Cristo; reconociendo, como Pedro, que somos en gran parte causa de la Pasión de Cristo. Pero sin desanimarnos nunca. Porque todos nuestros pecados pasados no serán impedimento para la efusión de esta gracia redentora de Cristo. Y así, vivir en consolación y en confianza. Que el Señor no nos olvida; que el Señor sabe lo que necesitamos. Y si hemos sufrido por Él, si hemos sufrido con Él, aun cuando hayamos tenido nuestras debilidades, el Señor no nos dejará. Y esto tiene que ser para nosotros como una confirmación en los Ejercicios: el consuelo de Cristo. Y aun cuando haya algún disparate grueso, como el de Pedro, el Señor me consolará. Y aun cuando yo me desanime, como los discípulos de Emaús, que abandonaron todo y se iban hacia Emaús, Él me consolará también.

Los discípulos de Emaús.- Estos discípulos de Emaús son el tipo de algo que puede ser muy nuestro después de los Ejercicios. Es el tipo de las almas desalentadas, desanimadas.

Los dos discípulos de Emaús han perdido ya la esperanza de encontrar al Señor. Son clásicos en la vida espiritual estos caracteres. Han esperado un cierto tiempo, no han salido las cosas como ellos pensaban, y se marchan, se desaniman; dejan la vida de comunidad y van por su lado ya, para buscar el camino propio de ellos.

Vamos a ver este trozo brevísimamente, para ver estas lecciones para nosotros, sabiendo que el Señor nos buscará como buen Pastor a estas ovejas descarriadas.

"En este mismo día, dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén el espacio de 60 estadios. Y así conversaban entre sí de todas las cosas que habían acontecido". Entre los dos; hablando, hablando. –Es la característica del alma desanimada. Siempre hablando de las desgracias propias: todo, todo va mal; lo que ha pasado; el pobre… y dale vueltas y vueltas. Siempre igual; siempre hablando de esas cosas.

"Mientras así discurrían y conferenciaban recíprocamente, el mismo Jesús, juntándose con ellos, caminaba en su compañía". Jesús. "Mas sus ojos estaban como deslumbrados para que no le reconociesen". Les faltaba la fe. Y Jesucristo va a madurarles la fe antes de que lo reconozcan.

Esto es también una lección de cómo nosotros tenemos que ayudar a las almas. Estos dos pobres hombres asustados, que van por aquel camino alejándose ya de la comunidad, dejándolo todo, han perdido tres años de vida, y ahora a ver cómo pueden remediar lo que han perdido. –Pero, fíjate; y cómo le han matado; y cómo esto… Y venga, y dale. Y con miedo de los judíos, por otra parte. Y el Señor que se acerca por el camino, y éstos que lo ven que se acerca, dicen: ¡Ay!, ese será un espía. Y los dos: "Vamos más aprisa". Y el otro, más aprisa. –"Vamos más despacio". Y el otro, más despacio. –Ya está; no nos escapamos. Y el Señor que se acerca. Y les dice: "¿Qué conversación es esa que caminando lleváis entre los dos?" Y los dos se quedaron parados, tristes; unas caras largas. El Señor no sabía –como si no supiese- qué conversación tenían. Pero le gusta saber de ellos. –Es el modo como hay que tratar espiritualmente a las almas afligidas: Pero, ¿qué le pasa que está triste?

"Y uno de ellos, llamado Cleofás –siempre es uno de ellos el que habla: Cleofás; del otro no sabemos ni el nombre. Era uno de esos que suele haber siempre, ¿verdad?: Yo, como éste. Sí, sí, sí, tiene razón éste; como éste-. "Uno de ellos llamado Cleofás, que llevaba la voz cantante, respondiendo, le dijo: "¿Pero tú solo eres tan extranjero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado en ella estos días?" Pero, ¿dónde has vivido? Y le responde el Señor: "¿Qué? ¿Qué ha pasado?" ¡Cómo es el Señor!, ¿eh? ¡Cómo le gusta esto! –Pero, ¿qué, qué ha pasado? Y él: "Pues lo de Jesús Nazareno, el cual fue un profeta poderoso en obras y en palabras a los ojos de Dios y de todo el pueblo". Y el otro decía: ¡Pues claro, hombre! ¿Es que no sabes tú eso? Era grandísimo. –Menos mal que hizo un buen juicio el Señor, ¿eh? Si llega a hablar mal… estaba presente. "Grande profeta.

Y cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron a Pilato para que fuese condenado a muerte. Y le han crucificado". Jesús les oiría: ¡Pero hombre! Y, ¿qué hay de nuevo en eso? "Mas nosotros esperábamos que Él era el que había de redimir a Israel". Aquí está el desaliento. "Nosotros esperábamos". Yo esperaba, que después de aquellos Ejercicios, pues que ya no me iba a pasar esto. Nosotros esperábamos que aquellos Ejercicios iban a ser decisivos para mi santidad. Pero resulta… Esperábamos. –Y Él les oye con mucha paciencia. "Nosotros esperábamos que era el que había de redimir a Israel". Esperaban el Mesías de modo humano, no en el modo divino. "Y no obstante, después de todo esto, he aquí que estamos ya en el tercer día, después que acaecieron todas estas cosas… -Bueno, ¿y por qué dices que el tercer día? Algo tenían ellos en el oído del tercer día. Y, ¿por qué te marchas en el tercer día? Espera a que termine por lo menos, ¿no? –Pues no. "Bien es verdad que algunas mujeres de entre nosotros nos han sobresaltado, porque antes de ser de día fueron al sepulcro, y no habiendo hallado su cuerpo, volvieron diciendo que hasta habían visto unos ángeles, los cuales les han asegurado que está vivo". Han llegado hasta ver alucinaciones aquellas mujeres. Bien es verdad… -¡Bueno!, pues espera; tercer día. No estás dándome más que datos que me están diciendo que deberías proceder en modo contrario a como estás procediendo. Por lo menos lo prudente es: a ver en qué va a terminar esto, antes de marcharte. –Ese es el alma desalentada. Dice: Pues ya yo lo sabía; yo debería hacer esto. –Pues, espera; espera. –Pero es que yo esperaba… -Pero, espera…

"Con eso, algunos de los nuestros han ido al sepulcro y han hallado ser cierto lo que las mujeres dijeron, pero a Jesús no le han encontrado". Es el alma desanimada. Sí; todo eso es cierto; y después era verdad lo que habían dicho, pero "a Jesús no le han encontrado".

Y entonces les dijo él: "¡Oh, necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los profetas!" No se muestra todavía como Jesús, sino como un hombre que conoce, que ha leído la Escritura. –Pero, ¡qué tontos sois! Pero… me dices que ha muerto, que le han entregado, que está al tercer día que han pasado estas cosas, y dices que vosotros esperabais que iba a redimir a Israel. Pues… ¡Pero señor! "¡Pues qué! Por ventura, ¿no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria?" Pero, ¡si está escrito en la Escritura que tiene que morir en la Cruz! Pues, ¿qué señal hay para que no esperéis que era el Mesías? Lo contrario, eso que me estás diciendo es señal de que ése era el Mesías.

"Y entonces, empezando por Moisés y discurriendo por todos los Profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de Él". Mira lo que dice Isaías: "Si diere su vida por todos, entonces le daré una descendencia ingente". Y mira lo que dice Jeremías, y Moisés, y los Profetas, y el salmista, y David. Iba hablándoles, hablándoles, y ellos estaban pendientes de los labios; los dos. Y se les pasaban los kilómetros de carretera sin sentir.

Y en esto llegaron cerca de la aldea donde iban. Se encontraban ya allí. "Y Él hizo ademán de pasar adelante". Bueno… -Pues nosotros nos quedamos aquí. –Pues yo voy adelante. –"Mas le detuvieron por fuerza". Le cogieron y dicen: a éste no le soltamos. Es que les había animado tanto… ¿Cómo les había preparado a la fe? Recordando la Escritura, recordando la palabra de Dios: Mira lo que estaba escrito, y esto, y esto, y esto, y esto.

"Y le detuvieron diciendo: Quédate con nosotros, porque ya es tarde y va ya el día de caída". Quédate con nosotros. ¡Hala!, quédate. ¿A dónde vas a ir ahora? Quédate con nosotros. ¡Estaban tan bien con el Señor…! Sin saberlo ellos, estaban ya apegados al Corazón de Cristo, que se manifestaba a través de aquella conversación sobre la palabra de Dios. Por la palabra de Dios escrita a la palabra de Dios personal.

Y entró con ellos. "Bueno; pues me quedo".

"Y estando juntos a la mesa, tomó el pan". –Se pusieron los tres. Los otros: Vienes a cenar con nosotros. –Bueno. –Se ponen los tres, y tomó el pan. –Ya estaban maduros en la fe, ya tenían los ojos preparados. "Tomó el pan y lo bendijo como lo bendecía siempre en su vida mortal. Y habiéndolo partido se lo dio". Y ellos cuando vieron aquello: ¡Ay!, como el Señor… ¡Si es el Señor! Y lo vieron, y lo **reconocieron**. "Con lo cual se les abrieron los ojos y le reconocieron". ¡Qué alegría! "Mas Él desapareció de su vista". -¡Bueno! Estos dos se encontraron mirándose uno al otro, y frotándose los ojos: Pero aquí… pero… Y vendría la señorita que estaba sirviendo: Oiga

señorita, éramos tres aquí, ¿no es verdad? –Pues sí, tres; ¿dónde está el otro? –Pues eso decimos nosotros… ¡Qué alegría! ¡Qué alegría! Lo han reconocido en el partir el pan. -¿Fue esto la Eucaristía? Los comentadores son muy distintos en esto. Pero hay razones poderosas para pensar que sí. Porque en San Lucas, la fracción del pan tiene un valor muy singular. En los Hechos de los Apóstoles y en el Evangelio de Lucas, el título "en la fracción del pan", parece que se refiere a la Eucaristía. Notad que puede tener perfectamente este sentido que es muy completo y muy rico.

Y se volvieron corriendo a Jerusalén; otra vez todo el camino para atrás. Y se dijeron uno al otro: ¿Por ventura nuestro corazón no estaba que ardía dentro de nosotros cuando Él nos hablaba en el camino, cuando nos abría el sentido de las Escrituras? ¿Pero no sentías tú dentro una cosa allí…? ¡Pero mira que somos tontos! ¡Pero hombre, si lo hemos tenido con nosotros! –Cuánto ha durado esta visión del Señor, ¿un minuto? Un minuto, y ya los ha arreglado para toda la vida. Eso es el Señor. Y hasta les ha asegurado, los ha vuelto al redil, y hasta les ha metido dentro el fuego; y ahora van solos, ya vuelven ellos al redil. La primera cosa que hacen, volver a la comunidad, al redil, dócilmente y en carrera. "Y levantándose a la misma hora se volvieron a Jerusalén". Y hallaron reunidos a los once. Llaman a la puerta: abrid, abrid. Y ellos con el respeto y temor de siempre les abren; y cuando iban a decirles con toda la emoción, les dicen de dentro: "Realmente resucitó el Señor y se apareció a Simón". Al único a quien creen, a Simón. Magdalena, ésa… quién sabe lo que habrá visto; pero a Simón… Simón para ellos tenía mucha fuerza: "ha aparecido a Simón Pedro". Y ellos a su vez referirían lo acaecido en el camino y cómo lo reconocieron en la fracción del Pan, en la Eucaristía, parece.

Así es el Señor de bueno, y así ha buscado la oveja; y a éstos que se descarriaban ya, los trae también al redil; con ese amor, con esa delicadeza, recordándoles, disponiéndoles al encuentro con Él. De la palabra escrita a la palabra de la Eucaristía; eucarística, personal.

Aparición a los Apóstoles.- Vamos a verla.

Los Apóstoles eran reacios a creer. También a mí me puede pasar esto: que yo tenga momentos en los cuales de alguna manera me ponga así un poco terco en no admitir lo que el Señor me da. Los Apóstoles estaban turbados indudablemente. Todo ese día, desde la mañana, había sido de muchas emociones. Comentan los hechos pasados, siempre volviendo sobre el mismo tema. Tienen las puertas cerradas por miedo de los judíos. "Siendo tarde aquel día primero de la semana, y estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas de la casa donde estaban los discípulos…" Todo estaba atrancado.

Estos Apóstoles no contaban con Jesucristo en su vida, no. Lo consideran también ellos como muerto, como un personaje muerto. Lo han dejado fuera y ellos quieren sentirse seguros en sí mismos, fuera de Cristo. –Como nosotros muchas veces en nuestra vida hacemos nuestros planes dejando a Jesucristo fuera de ellos, sin que Él intervenga en nuestra vida. Es el símbolo de un cristianismo humano, humanista, cerrado, donde Cristo no ocupa el lugar central vitalmente.

Tendrían ellos sus razones para ello y podemos imaginar sin dificultad que quizás, cuando les hablaban de que había aparecido aquí, de que había aparecido allá, argüirían entre ellos: Pues si es verdad que ha resucitado, ¿por qué no se ha mostrado a todos? ¿Qué le cuesta? Si fuese verdad esto, lo lógico sería que viniese a nosotros con quien ha estado siempre, y no allí a Magdalena o a los de Emaús, a ésos precisamente. Y nosotros que estamos aquí esperando todo el día… Pues yo no sé si eso será verdad. Ellos tendrían estos argumentos; es lógico. –Es el poner normas a Dios en vez de aceptar en pura fe los caminos que Él señala.

Les ha enviado diversos mensajes para disponerlos; ya los discípulos están un poco preparados, dispuestos. Al principio no; pero uno detrás de otro: Magdalena, las mujeres, Pedro, los de Emaús… aquello se está preparando. Podemos pensar que ellos, en el plan humano en que estaban, pues estarían: a ver si viene, a ver si viene. Ya tienen actitud de espera: "a ver si viene". Pero pasa el tiempo, pasa todo el día, y que no viene. –Eso que nos pasa a veces en Ejercicios: ¡que se acaba!, ¡pues no viene, no viene! Y quizás las mujeres, les dirían: ¿preparamos la cena? Y ellos dirían: No, esperad, esperad un poco; a ver si viene, a ver si viene. –Chicos, aquí no viene, así que a

preparar la cena, ¿eh? Vamos a cenar. –Sacaron la cena, y… ya se ha acabado; ya no viene. Cenaron. Cuando iban a ir a la cama, entonces entra Jesucristo.

Así hay que entender el Evangelio. "Se presentó en medio de ellos a la tarde, estando cerradas las puertas, después de cenar, de modo que Él les pregunta si tienen algo de comer, porque no le acababan de creer. Y le dieron lo que había sobrado de la cena". Se presenta Jesucristo sin anunciar su venida. No llama a la puerta, no. Se presenta en medio. Si estaban ellos ya levantados después de cenar, despidiéndose entre ellos, se pone en medio de ellos. Está ahí sencillamente, como entra y sale el alma, sin anunciar su venida. Aquí está presente. Si ruido, cuando menos lo esperaban, al terminar el día. **Stetit in medio eorum**. Familiar. "Mirad que Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos". Como otras veces se había presentado en medio de ellos y había estado con ellos, como uno de ellos, uno más, y les dice: "La paz sea con vosotros. Yo soy, no tengáis miedo". Y diciendo esto, les mostró las manos y el costado.

Qué saludo este de Cristo: "La paz sea con vosotros". La paz es el fruto de la Redención. Él ha establecido la paz positiva, la paz de Cristo. "Os doy mi paz". La paz. Es una palabra eficaz, les infunde la paz. "La paz sea con vosotros". Como cuando calmó la tempestad. No meramente pone un orden, sino que se da Él mismo a ellos, les comunica la divinidad: "La paz sea con vosotros". Él es nuestra paz. Y les muestra las manos y el costado. Les mostró su Corazón, como diciéndoles: ¿Por qué me consideráis como muerto, por qué os aseguráis en unas puertas cerradas dejándome fuera? Tocad y ved.

Dice otro de los evangelistas que aquellos Apóstoles quedaron sobresaltados y despavoridos porque creían ver un espíritu. Y entonces les dijo: "¿Por qué estáis conturbados? ¿Por qué se levanta ese vaivén de pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que Yo mismo soy. Palpadme. Tocad". ¡Estarían todos con un miedo! "Que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que Yo tengo. No soy un fantasma, no. Soy el mismo". Y ellos van cobrando un poco de confianza. Dice el evangelista que todavía no acababan de creer de puro gozo. Estaban tan fuera de sí que les parecía aquello ya demasiado, demasiada alegría. Y claro, empezaron un poco a familiarizarse con el Señor. Y entonces Él, viendo que no salían de su asombre, les dijo: "¿Tenéis aquí algo de comer?" ¡Qué amable es el Señor! Como no acababan de creer: "¿Os queda algo, habéis dejado algo, tenéis algo?" Ellos le presentaron parte de un pez asado. Y tomándolo en presencia de ellos, lo comió. Que no soy fantasma, que no soy. Y entonces les dijo otra vez: "La paz sea con vosotros". Es el mensaje constante de Cristo. Les da la paz, no sólo para ellos, sino también para los demás.

Ese palpar a Cristo, eso les dio la paz. Era Él; Él mismo. Palpando sus manos y su costado y su Corazón, ¡ah!, entonces también ellos gustaron la divinidad de Cristo; también ellos. Aquello que decía Clemente Alejandrino: "que al palpar les cedió la carne y palparon la divinidad de Cristo. Lo que nuestras manos tocaron del Verbo de la vida. Y esa vida os anunciamos".

Y el gozo de ellos era inmenso, inmenso. Les confirma: "La paz sea con vosotros". A ver si el Señor te dice también a ti dentro de tu corazón: "La paz sea contigo". Procurad permanecer siempre en la paz. En esa paz sin sensación, en esa paz que no pone los nervios en tensión, en esa paz que no causa dolor de cabeza, que domina la impulsividad, la que acepta con dulzura el no ser ángel, el no ser oveja por naturaleza.

Para orar siempre y en todas partes, no hay que orar demasiado. San Juan de la Cruz dice que la gracia es una madre, y San Ignacio nos muestra en los Ejercicios que él piensa lo mismo. Seguir la gracia es mantenerse en paz, mantenerse en dulzura; sólo entonces es de buena ley la aspereza de la mortificación. San Ignacio no pide la preocupación de aumentar sin cesar la mortificación, sino de continuarla; mantenerla permanentemente; pacífica en tiempo de paz y combativa sólo en los días de combate, que no son todos. Lo que debemos profundizar siempre más es en la abnegación. "Déjate a ti en lo íntimo en respuesta a cualquier eventualidad y me hallarás a Mí". Esta es el **unicum necesarium**, la única cosa necesaria; el ejercicio positivo de esa castidad del corazón que lo hace límpido al esplendor de la mirada de Jesús. Combatir las sirenas de las turbaciones, de las angustias, de las tentaciones, es disipación peligrosa; no por aquello a lo que nos expone, sino por lo que nos hace perder. Que nuestra espontaneidad sea cada vez menos la espontaneidad caprichosa,

que se retrasa mordisqueando detrás del rebaño de haya en haya, sino que sea la espontaneidad de la oveja que sigue con paso igual y reposando al que marcha delante de ella, al Pastor, a quien ella ve de espaldas aquí abajo, pero que verá cara a cara en el día del reposo eterno, en los prados, en la orilla del río, en la gloria.

Esa es nuestra paz, la que el Señor nos trae. "La paz sea con vosotros". –Y entonces el Señor que viene a comunicar la paz, quiere que esa paz que Él les da, ellos la comuniquen a otros. "Como me ha enviado el Padre, también Yo os envío a vosotros". Esto dicho, sopló sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados; a quienes los retengáis, les serán retenidos". Es el Sacramento de la paz el que les da. Yo os doy la paz a vosotros; vosotros comunicadla a las almas por la penitencia, por la absolución, por el perdón de los pecados. La paz a todos. Es la generosidad de Cristo. A esos Apóstoles que hasta entonces estaban dudando, infieles, les da las mayores gracias y los mayores poderes. "La paz sea con vosotros".

Esta visión de Cristo ha durado poco, muy poco, diez minutos, un cuarto de hora; cuando menos se lo esperaban; y sin embargo ha dejado efectos perpetuos, para siempre. –Cuando llegan las comunicaciones de Dios, transforman el alma siempre, aun cuando sea en el momento menos esperado; por eso tenemos que tener siempre esa confianza en el amor de Cristo, que no cambia; y nunca decir: ya ha pasado el tiempo. No. El Señor se puede comunicar. Mantener siempre, en Ejercicios y fuera, esa constante esperanza en la comunicación del Señor. Y si alguna vez hago yo un disparate mayor todavía y si me emperro en que no, en que no creo, tenemos para consolarnos el ejemplo de Santo Tomás; Santo Tomás que nos tiene que animar mucho también. Vamos a meditarlo un poco.

El Apóstol incrédulo.- Ese es Santo Tomás. Hay algo en él de temperamental. Acordaos de su expresión cuando la resurrección de Lázaro: "Vamos también nosotros a morir con Él". Él ve negro, muy negro. Allí se acababa todo. Es generoso, pero muy pesimista. Y en el capítulo 14 de San Juan, cuando el Señor les estaba diciendo cómo iba a la gloria y al Padre, y les dice: "Y a dónde voy lo sabéis, y el camino lo sabéis"; le dijo Tomás: No sabemos a dónde vas; ¿cómo vamos a saber el camino? Pesimista, temperamentalmente pesimista. Es generoso y fiel, pero sin esperanza. No es un hombre de grandes esperanzas. Es recto, leal, pero estrecho, que teme sobre todo que le la peguen; es a lo que él tiene miedo. Él dice: aquí las cosas claras; él tiene ese miedo por temperamento. Es como esos que están siempre contando las monedas: a ver si es justo, a ver si le ha pegado éste, a ver si… Un poco desconfiado… Tiene miedo de que se la peguen; no se fía, y tiene miedo de ser esclavo de ilusiones; tampoco quiere eso Tomás.

Con la muerte de Cristo, su horizonte ya estrecho de antes, se ha cerrado del todo. En él ya es noche oscura; nada hay que esperar; para él se acabó todo. Si antes no tenía grandes esperanzas, ahora nada, nada. Con todo, ama a Jesucristo y ama a los Apóstoles sus hermanos, sin duda ninguna.

Vuelve, y los encuentra locos de alegría; que están felices; que han visto al Señor; y venga a contar cómo estaba el Señor, cómo les había dado aquella paz. Y ese gozo le choca todavía más. No quiere dejarse llevar de ilusiones, de entusiasmos ciegos. "Pero vosotros estáis…; eso que estáis haciendo no es equilibrado; no, no sois objetivos". Y él no quiere hada de esos entusiasmos, nada; hay que ser más sereno. Con su pesimismo natural se agria con algunos remordimientos; porque es evidente que él debió pensar enseguida: yo, ¿por qué me habré alejado? ¡Pues yo tengo la culpa! Si hubiese estado aquí, las cosas serían claras. Y tiene remordimiento de haberse alejado. No lo he visto porque estaba separado. Le empiezan estos remordimientos, y esto le agria más todavía. Quizás se lo reprochan: "Cómo no viniste… ¡claro!, como estuviste fuera… si hubieses estado aquí… te desanimaste, te fuiste…" Y eso todavía le cierra más a Tomás. ¡Es tan frecuente eso de quererse justificar! Él dice: Pues no; no tenía por qué. ¿Por qué iba a venir? Son tonterías. Yo no soy como vosotros que os dejáis engañar por éstas que han visto. Os han contagiado las mujeres estas. Y ahora se encasquilla. Pesimista, desconfiado, que después tiene un cierto remordimiento y se encasquilla con vanos pretextos.

“Tomás, -le dijeron los discípulos- hemos visto al Señor”. Él les dijo: “Si no veo en sus manos la marca de sus clavos y no meto mi mano misma en su costado, no lo creo”. Son los vanos pretextos; necesidad de experiencia sensible; insuficiencia del testimonio concorde: Pero si le han visto todos, a mí no me basta eso, tengo que meter yo; eso no me basta, tengo que verlo yo mismo; y se emperra. Es una infidelidad notable.

Los Apóstoles son gente serena que les ha costado creer. Lo lógico sería que él dijese: pues he hecho mal en marcharme; qué lástima que no he estado aquí; vamos a ver si el Señor se compadece de mí. Sería la posición lógica. Él no; ha empezado con un poco de desconfianza y ahora se ha emperrado, se ha vuelto terco y allí está que no le doblega nadie.

“Y ocho días después estaban allí dentro los discípulos y Tomás entre ellos. Viene Jesús cerradas las puertas, como la otra vez, y puesto en medio de ellos les dijo: “La paz sea con vosotros” El gran saludo del Señor, la paz con vosotros. “En lugar humilde, hermoso y gracioso”. Paz con vosotros. Y Tomás, cuando vio aquello, avergonzado, debajo de la mesa; y el señor miró un poco alrededor y le ve a Tomás y le dice: “Trae acá tu dedo. Mira mis manos, trae tu mano y métela en mi costado”. Lo sabía Él; claro que lo sabía. Si nos conoce bien, son sigue muy bien, aun cuando no lo veamos presente. Él nos sigue en todo. Y el pobre Tomás: Que no, que no; que ya creo, que no. ¡Hala, hala! Tú que no creías nada, a meter el dedo. Y el otro avergonzado. –Ven, ven aquí; mete, mete aquí. Y no le cedería el Señor. –Que no, que no, que ya creo. –Hasta dentro. –Y después le dice: “Y no seas racionalista, sino creyente”. Eso significa incrédulo; no sean desconfiado, sino fiel. –Cuántas veces nos tiene que dar el Señor este consejo. –Tomás accede, y a su contacto siente la divinidad, palpa la divinidad, gusta la gloria de Cristo, el gozo de Cristo.

Entonces es cuando exclama: “Señor mío y Dios mío”. Confesión magnífica de la divinidad de Cristo que la ve ahí, que la gusta, que la goza en el Señor. Entonces le dice Jesús: “¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que no vieron y creyeron”. No seas incrédulo, no seas desconfiado, no seas racionalista. Dichosos los que no han visto y han creído. –Parece que Él se refiere a la Santísima Virgen, sin duda. Creyó sin señales particulares-. En cambio de los demás, decía el Señor: si no veis señales y prodigios, no creéis. Es siempre la discreta claridad de unas señales, que sólo discierne la buena voluntad dispuesta en fe; y así quiere el Señor que procedamos, no con argumentos convincentes y metafísicos, sino Él se muestra siempre en una discreta claridad, que sólo la buena voluntad reconoce. La buena voluntad que procede con espíritu de fe. Por eso San Pedro admirándose de los fieles les decía: “Al cual sin haber visto amáis”. Como diciéndoles: es admirable; vosotros no le habéis visto como nosotros; nosotros hemos comido con Él, le hemos conocido. Para nosotros el amor a Cristo no nos cuesta nada; le hemos visto, hemos convivido con Él; vosotros no le habéis visto y le amáis. Y amándole y viviendo con Él, os alegráis con un gozo que no se acaba nunca, con un gozo que nadie os puede quitar. Vuestro gozo nadie os lo puede quitar. Es la alegría, el gozo de la divinidad de Cristo, que se comunica por ese trato íntimo con Él.

Vivamos, pues, en esa confianza plena. No ser desconfiados nosotros, sino tener esa fidelidad al Señor que todo irá bien, si nosotros somos fieles en el momento presente con lo que el Señor quiere de nosotros. No siempre podemos hacerlo todo, no; tenemos nuestros planes, pero nadie puede excusarse de que en el momento presente no es fiel a lo que el Señor le pide entonces. Y entonces, siendo fieles, el Señor nos premiará con esa alegría de que habla San Pedro, con una alegría inmarcesible, con una alegría imperecedera que dura hasta la vida eterna.

LA MORTIFICACIÓN

Hablábamos ayer de la reparación en sus tres grados, y en el último cómo ofrece, completa, la unión con Jesucristo, ofreciendo reparaciones por los hermanos. Y hablábamos de la eficacia, de qué depende la eficacia de esta reparación, y decíamos que depende de dos elementos: la intensidad del sufrimiento y la dignidad de la persona que sufre, sea por penitencias o aflicciones. Los dos elementos son importantes; si cualquiera de ellos es cero, la eficacia es nula como reparación. Pero decíamos que lo más importante es la dignidad de la persona que sufre, su unión con Cristo. Vamos a detenernos en estos dos aspectos.

¿Puede ponerse como regla de eficacia de reparación que cuanto más uno se imponga de sufrimientos y de penitencias, tanto más almas salva? No. Por una razón muy sencilla. Porque ese sufrimiento reparador tiene que ser un sufrimiento de Cristo en nosotros, y no será sufrimiento de Cristo en nosotros si está impuesto por nuestra propia voluntad. De modo que si una persona se aflige o hace penitencias grandes por su voluntad **contra** la moción de Cristo o contra la voluntad de Cristo, esas penitencias o esos sufrimientos no son reparadores; si es **contra** la voluntad de Cristo. Por eso, esa persona sería **fatal**. Llama San Juan de la Cruz a eso, **penitencia de bestias**. –Y con eso voy a indicar un poquito sobre estas normas de mortificación, que tienen que ser prudentes y tienen que ser dependientes y agradables a Cristo.

La penitencia o mortificación se puede distinguir en mortificación interior y exterior. La mortificación interior, no sólo de los actos malos –que ya se suponen-, pero puede ser mortificación –voluntaria en este caso-, porque no son de actos malos; de actos en sí no malos pero **parasitarios**, como parásitos en la mente, que pueden traer inconvenientes no permitiendo vivir en la realidad, y que debilitan nuestra vida interior. Hay mucha exuberancia en muchas almas, de fantasía, de imaginación, de pensamiento, que es como un elemento parásito, constante, y van secando la vida interior, y hacen que el alma no viva en la realidad, sino siempre está, o en el pasado, o en el futuro, o en otro mundo. Así, hay algunos que sueltan la imaginación en recuerdos de la vida pasada. Se la dejan ir… Recuerdos, si eran agradables, para regodearse en ellos. Recuerdan triunfos pasados, victorias pasadas, éxitos, cualidades, actuaciones que uno ha tenido en la vida pasada. Aun en cosas espirituales, allá van: Mis tiempos pasados; cómo a nuestro parecer cualquier tiempo pasado fue mejor. Cuando éramos jóvenes, ¡oh!, ¡entonces sí que iban bien las cosas! Está uno dando vueltas ahí. Y todo esto hace que uno no viva el presente. Esto es muy importante en la misma educación de las chicas, que, casi en general, cuanto más desagradable es el presente, cuanto menos uno acepta actualmente el presente, tanto más se refugia en el pasado o en el futuro, o en la fantasía. Y es importante que todos nos acostumbremos a vivir el presente. Si no, son parásitos, que impiden mucho. O, en nuestros recuerdos agradables –como he indicado- para regodearse en ellos, o en recuerdos **desagradables** para **justificarse**. "Aquello me salió mal, pero no fue por culpa mía; porque si a mí entonces me hubiesen hecho caso, como yo decía, aquello hubiese salido bien". Siempre la culpa la tienen otros.

Es clásico en esto un autor que cuenta de un general que tuvo que luchar una batalla; perdió la batalla, le cogieron prisionero, y después –estaba en un grande palacio, donde vivía magníficamente- todos los días repetía la batalla, la táctica de la batalla; todos los días ganaba, todos; menos la única vez que la perdió, que fue la auténtica. Todas las demás, no era por culpa suya, sino porque no sé quién no había obedecido, había seguido… Pero él ganaba de todas todas.

Pues esto pasa mucho en ese refugiarse en recuerdos desagradables de la vida pasada. Y uno ya queda tranquilo, queda uno bien: "Pues no tuve yo tanta culpa; no, no fue por culpa mía, fue por los demás".

Lo mismo, soltar la imaginación en cosas futuras. Y no sólo futuras, sino futuribles… o puramente posibles, fingiéndose que uno se encuentra en triunfos: cuándo construiremos el colegio de esta manera o de la otra; cuándo llegaremos a poder llevar a las chicas de esta o de la otra manera. Triunfos, en los cuales uno vive una verdadera novela de la que uno es protagonista.

Siempre. Eso es en cosas futuras, futuribles o posibles. Bien. Hay almas que tienen mucha tendencia a esto. Y aquí puede uno mortificarse mucho.

Estas cosas serían **tolerables** si uno las limitase como descanso en un tiempo fijo. Hay algunas personas que descansan con esto. Conocí el caso de alguno que me decía que en vez de dar un paseo, a media tarde, después de haber trabajado mucho, decía: Yo, ahora, media hora doy rienda suelta a la imaginación y construyo una novela, y vivo en el pasado o en el futuro, y después de esto estoy más sereno y más descansado que si hubiera dado una vuelta por los alrededores. –Bien. Eso es tolerable. Sería tolerable el que uno limite un tiempo. Como hay otros modos de descansar, pues suelte usted ese rato, déjelo andar, con tal de que sea un tiempo fijo.

Serían **laudables** si están guiadas por la razón para planear cosas **concretas y eficaces**: Qué se podría hacer… Entonces es laudable, es razonable. Dejo llevar un poco: Pues aquí se podría construir esto, se podría llevar así la cosa; pero para cosas **concretas y eficaces.** No en vago, así en general. Eso no.

Y son **detestables** si nos hacen esclavos de la imaginación y del sentimiento. Y en este caso hay que vencerlas como sea. Y se suelen vencer al comienzo introduciendo imaginaciones agradables, pero de una orientación más piadosa y más religiosa. Por ejemplo, si uno está muy llevado a hacer grandes viajes, pues lleve la imaginación a visitar algún santuario o Tierra Santa; a una cosa más ordenada, para ir poco a poco llevando la imaginación a sus carriles.

También se puede mortificar interiormente la **susceptibilidad**, que es la sensibilidad exagerada en ciertos puntos, donde le tocan a uno. Y es muy sensible a esto. Apenas tocan esta materia, "es que yo pierdo los estribos". Ahí está la susceptibilidad. Ahí es un gran campo de mortificación.

La mortificación también puede llevarse a la propia opinión. Saber mortificar la propia opinión considerándola como infalible y a la que todos tienen que doblegarse. Más o menos tenemos esa tendencia a decir: "Hablé yo, y basta. Cuando yo he hablado, nadie tiene que chistar. Se ha acabado. Hablé yo, y basta. Y después que hable yo, que hable otra". Aquí se puede mortificar mucho.

Preferir –esto es muy costoso, ¿eh?, esto que voy a decir ahora, pero es un campo de mortificación interior- preferir que en la práctica predomine la opinión de otro antes que la mía; y pretender siempre el bien de la **caridad auténtica, la caridad.**

Otro campo muy bueno de mortificación, sobre todo cuando se tiene que trabajar en un colegio, en una vida de Comunidad, en un colegio, es el de **saber someter la propia actuación al bien del conjunto,** y no pretender que todo el conjunto sirva a mi actuación. Sino, yo soy un elemento; un elemento que fácilmente me someto al bien del conjunto; en la Iglesia, en la Congregación donde vivo y en el colegio concreto donde estoy. Y saber ceder de lo mío para esto. Y más para los valores **superiores**. Y por eso sería fatal que una religiosa pusiera dificultades en que se ocupara su tiempo o el tiempo de su materia precisamente –de sus Matemáticas o de sus Ciencias- en valores superiores espirituales. Y que se vea que es mejor que hoy haya una conferencia o un retiro, que la otra empiece a decir: No, pues mis chicas tienen que estudiar Matemáticas, y eso de los retiros, ya les basta con lo que tienen de ordinario. Y eso es insoportable. Ahí es donde hay que aplicar la mortificación. Saber ceder mi tiempo para deberes religiosos, y no sólo para deportes o para espectáculos, sino para lo religioso. Y aquí es donde se suele ver el espíritu de la vida religiosa de un colegio. Porque es verdad que una religiosa podría decir: Pues para explicar Matemáticas… pues yo no sé por qué una religiosa tiene que explicar Matemáticas… Pues bien; yo todavía lo entendería si esta religiosa lo explicase en un Instituto civil. Pero, ¿en un colegio? Caed bien en la cuenta que en el Colegio, la educación la da el Colegio; es resultado de una acción de todas en el Colegio; cada una de su punto. Por lo tanto, las niñas, las que se educan, tienen que ver que cada una de las religiosas se considera como una rueda del conjunto, y que cada una de ellas estima como lo que más la formación religiosa de las niñas, y a ella se somete todo lo demás. Cuando va así, se ve un espíritu sano; de un colegio que va a formar en las niñas el amor a Cristo y a la persona cristiana perfecta. –Pues ahí tienen un buen campo de mortificación **interior**.

Pero no basta; hace falta también aplicar la mortificación exterior. Difícilmente puede mantenerse una vida espiritual, si no está alimentada por mortificación exterior **voluntaria**; difícilmente. Y suele ser característico que, cuando una persona pierde el fervor religioso, la primera cosa que suele dejar son las penitencias exteriores. Y es muy comprensible. Porque las penitencias exteriores son tan contra el sentido humano, y se entienden solamente en el sentido espiritual hasta tal punto, que cuado falla ese sentido espiritual parecen absurdas, y por lo tanto, no aguanta, no resiste. Y al contrario, basta muchas veces restablecer la penitencia exterior moderada, conveniente, para que también la vida interior se restablezca. Hay una conexión íntima; eso está muy claro. –Es que en la Escritura no se habla. –Ya lo creo que se habla. El ayuno es siempre penitencia exterior voluntaria, y dentro del ayuno se entiende lo que ellos llamaban **in cinere et cilicio**, "vestidos de ceniza y de cilicio". Y ahí está todo lo que es. No que esté concretamente esta penitencia o esta otra; pero ahí la cosa está en lo que es aflicción voluntaria aplicada por uno mismo a sí mismo.

Pues esto es. Es importante en la vida espiritual la penitencia. No es raro encontrar hoy el criterio de que la penitencia está **anticuada**, que lo importante es cumplir con el deber. Como si hasta ahora los que hacían penitencia no cumpliesen con el deber. Sino, han descubierto que más importante es cumplir con el deber. Se supone que cumple con el deber. Y con eso llegamos a que ya, un aún en Cuaresma tiene uno que privarse de nada. ¿Por qué va a dejar el cine en Cuaresma? Pues que cumpla con su deber; esa es la penitencia: cumplir con su deber. –Pues no; no. Aquí hay unos principios que se dicen que son falsos. Y uno de ellos es éste: el decir "primero es la obligación y luego la devoción". Vamos a explicar en qué sentido esto es verdadero y en qué sentido no lo es.

Sería falso que uno dejase la obligación por la penitencia; sería equivocadísimo. Por lo tanto, toda penitencia que impide el cumplimiento del propio deber, es mala, no es buena, no es agradable a Dios. Esto es clarísimo. Ahora, que yo no voy a hacer penitencia hasta que cumplo perfectamente todo mi deber… entonces no la hará nunca en su vida, jamás; no la hubiese hecho nadie, porque ya tenemos trabajo para irnos perfeccionando siempre. Y al contrario, la penitencia se hace muchas veces para obtener gracia de Dios para cumplir perfectamente el propio deber. Y como no llego a ello, pues entre otros medios, empleo también éste. De modo que eso no se debe decir así; no es verdad.

Vamos a ver los grados de esta penitencia, aunque también este miedo que suelen tener algunos… Dicen: "Es que yo cuando hago penitencia, pues siento debilidad. El día que yo ayuno, siento debilidad". -¡Pues es natural! ¿Para que ayuna usted? ¡Toma! -¡Ah!, es que yo creía que, se ayuna y hay que tener las mismas fuerzas. –Pues para eso… El ayuno consiste no en lo que a uno le cuesta en el momento de comer; eso sería mortificación de la gula, mortificación del gusto; sino la penitencia, el ayuno, está en esto: en que cuando se ayuna, uno está con menos fuerzas en el día, y esta es la penitencia; está el cuerpo mortificado. Es como en el sueño. La penitencia del sueño, cuando se acorta –que ya indicaremos que no conviene hacerlo-, cuando se hacen vigilias, velas por la noche, la penitencia –que es terrible-, es que después está uno todo el día medio vivo y medio muerto. Como aquel Padre que yo conocía que no dormía casi nunca, y dormía todo el día después. Estaba siempre medio despierto; no se sabía nunca si acababa de estar despierto o durmiendo. Porque iba usted a hablar con él, y a todo decía que sí, que sí. Y es dolorosísimo para el que habla con él también. Pero es un sufrimiento enorme. Esta es la penitencia del sueño. Porque si después estoy tan tranquilo todo el día, pues no es penitencia; me cuesta en el momento un poco, pero después…

Esta es la penitencia del sueño y la penitencia del ayuno: es esta debilidad que se siente. Por eso dice San Ignacio: si no se corrompe el subyecto o se sigue enfermedad **notable, notable.** No que se sigue debilidad, eso ya se sabe. –Cuando ayuno, me duele la cabeza. –Pues bueno, ya se supone. Eso es ayuno. Ahora, si es una cosa que no le deja trabajar en absoluto, que falta a su deber, pues quiere decir que no la debe hacer. Pero que sienta uno un poco de debilidad, eso es claro.

Y después no hay que tener miedo, que no quitan tanto la salud, no. Yo, por ahora, no he visto a ninguno que se haya matado por penitencias; hasta ahora. Puede ser que en la historia haya habido, pero en los momentos presentes, no he encontrado a ninguno.

¿Cómo llevar esto? En general, en materia de penitencia, la norma es ésta: **Una austeridad de vida**; no una vida confortable, sino austeridad de vida. No, en general, un día de ayuno y luego al día siguiente me vengo, al día siguiente me pongo hasta la coronilla. Ayer lo pasé mal, pero hoy… sacamos la espina. Algunos se imaginan que las vigilias de los Fundadores son para eso: para tener apetito para el día siguiente. No es ése el sentido. Más conviene lo otro: una vida austera constante, que no altibajos; momentos de grande austeridad, después viene la venganza.

Esta penitencia hay que aplicarla particularmente tendiendo a la perfección de la vida religiosa misma. Ese es el modo de orientarlo en su base. Por eso, la penitencia se puede realizar en la **práctica** –diríamos- de perfección de los mismos votos religiosos; ahí queda campo: en la pobreza, en la castidad, en la obediencia; ahí, por ahí; lo que ahí pueda ser austeridad de vida, lo que ahí pueda ser mortificación que uno voluntariamente se impone **en la línea** de esos votos fundamentales religiosos. Lo mismo en la observancia de las reglas. Hay que partir de ahí; lo que ahí pueda tomar uno como materia de mortificación, tanto mejor; empiece por ahí.

En el cumplimiento perfecto del oficio –que muchas veces impone muchos sacrificios, si uno lo quiere cumplir bien-: dejar muchas cosas, aplicarse, trabajar en esto; ahí es donde hay que aplicar lo primero.

Después, respecto de la comida, ¿qué normas hay que seguir? Ahí están en los Ejercicios las reglas para ordenarse en el comer; ya en sí, el aplicar eso supone una cierta mortificación. Buena norma general es la de no guiarse por el **gusto**. Quizás en algunos casos guiarse inversamente al gusto. Y así a algunas personas no se les conoce. Hay gente que suele estar muy atenta: a ver a este Padre qué le gusta. Y muchas veces no aciertan. Pues a ver; le ponen esto, a ver si come mucho o come poco. Y a lo mejor van al revés. Ya me decía allí el P. Segarra de uno que conocía él, que llevaba esa norma, y creyeron que le gustaba mucho y le pusieron todos los días lo mismo. Y él había comido por pura mortificación.

Si repugna una cosa, ¿qué hacer en la mortificación de la comida? Si repugna por un acto, un momento concreto, dejarlo, dejarlo. Si es una cosa habitual: es que a mí este manjar me repugna en general, entonces conviene consultarlo. Dios ha permitido en muchos santos que tuviesen cierta repugnancia a ciertas cosas, que nunca han llegado a superar. Y por eso no se puede dar el consejo: lo contrario; no. Hay algunas repugnancias insuperables, naturales insuperables. Santa Margarita, San Juan Berchmans, tenían una repugnancia grande al queso, y hay que estar en Roma para saber la penitencia de San Juan Berchmans. Porque en Roma todo se come con queso, todo. Queso en la sopa, queso en los macarrones, queso solo, después queso en el postre… De modo que si uno tiene repugnancia, pues está lucido. –Por lo tanto, consultar; no siempre conviene vencerlo. A veces, pues es mejor renunciar, dejarlo.

El mismo San Francisco de Borja –que es curioso-, con toda la penitencia que hacía aquel hombre, aquella austeridad que tenía, **nunca** consiguió decir la Misa con un cáliz que hubiese usado otro, nunca; no podía; por ahí no. No podía en absoluto, no podía. Y llevaba su cáliz siempre. Son esas cosas que Dios permite. De modo que en eso hay que tener un poco de humildad también.

En el sueño. Pues en el sueño, no conviene, dice San Ignacio, disminuir habitualmente del sueño conveniente para hacer penitencia, mortificación. Se puede, dice el mismo San Ignacio, disminuir en la **comodidad** del sueño; y en todas estas cosas, como dice el mismo San Ignacio, no es penitencia quitar de lo superfluo, sino que es penitencia quitar de lo necesario o conveniente. Y cuanto más y más, mejor y mayor penitencia, con tal de que no se corrompa el sujeto. En cambio, en la cantidad, no, porque no hay cosa que debilite tanto la cabeza como la falta **habitual** de sueño. No por una vez. Alguna vez esporádicamente, eso no significa nada, pero habitualmente, no. Debe ser la cantidad normal. Esto como normas prudenciales.

La puntualidad en el sueño es una buena mortificación. No tener miedo de tener una cama dura. En eso no hay que tener miedo; que aquí los médicos son muy generosos. Los médicos dicen que es muy sano la cama dura, muy sano; y que dormir en tierra dicen que es muy sano. No se

puede uno fiar mucho; suelen tener altos y bajos los médicos, y hay temporadas en que están defendiendo que es bueno ayunar; a los pocos días dicen que es muy malo ayunar; como suelen decir que los tomates son muy buenos; al poco tiempo dicen que los tomates son muy malos, que hacen mucho daño. Pero vamos; creo que en general suelen decir que el dormir duro, que es bueno. Ahí también se puede uno mortificar. –Había uno que decía que él ponía el despertador una hora antes. Preguntaba uno si era bueno eso: una hora antes. Se despertaba, y miraba, y decía: todavía me queda una hora. Y daba una vuelta, y a dormir. Dice que disfrutaba más de la hora esa última, porque decía: todavía una hora. –Pues eso no es muy mortificado, ciertamente; esos métodos no son.

En la penitencia exterior, lo normal. Vamos a decir una norma; normal. Se puede decir que es la norma que uno ha aprendido en el Noviciado y un poquito más, que para eso vamos creciendo en edad y en fuerzas; un poquito más. Para eso no hay que buscar grandes señales de Dios. Eso es lo normal. Una persona o una religiosa que toma la disciplina todos los días, no se mata por eso, no hay cuidado. Que lleva el cilicio un par de horas al día normalmente, pues tampoco se mata; no hay peligro, no tengan miedo, no; no se muere. De modo que no hay que tener miedo de esas cosas, no.

También se podría decir esto: que no hay que fiarse demasiado de consejos de médico. Los médicos, pues van a lo suyo; ellos, pues en todo quieren que esté la persona muy rozagante y muy bien. Y claro, apenas ven una cosa, dicen: A usted le conviene dejar todo esto, y no, no; las penitencias no. No es lo que ellos más usan como médicos, las penitencias. Pero es el asunto suyo. Aunque sean muy buenos; ellos van a facilitar la salud del paciente.

Recuerdo de un médico que, fue un Padre una vez a visitarle y conocía mucho la vida de la Compañía. Y lo examinó y le dijo: Mire usted; usted tiene que dejar las penitencias, no tiene que hacer penitencias corporales. Si usted deja las penitencias corporales, yo le prometo a usted otros doce años de vida. Pero tiene usted que dejarlas. Y el Padre, pues le creyó y las dejó. Después de un tiempo, como era hombre de fervor, dice: Bueno, ¿yo, por qué voy a dejar las penitencias? ¿Por vivir doce años más de vida? Y dijo: pues vamos a tomar otra vez las penitencias, y volvió a las penitencias sin decir nada. Pues vivió cuarenta años más. Doce años le había dicho el otro. ¡Cuarenta años!

Por eso, San Ignacio en una carta dice: Al médico hay que obedecerle en alguna manera, en alguna manera. Sí, hay gente que… "¡Huy! Lo que dice el médico vale más que lo que ha dicho el Papa, porque me ha dicho que…" –Pero si los médicos saben muy bien. Suelen dar gusto a la gente, los médicos. Si a uno le gusta una cosa se la aconseja muy pronto. –Es que me ha dicho el médico que tengo que fumar. –Y a mí me dicen los médicos: Mire usted, un buen médico no aconseja a nadie que fume. Ahora, si el médico ve que al otro le gusta fumar y está empeñado en que se lo diga, pues se lo dice, porque daño no le hará muy grande, si no es en casos extremos. Pero que le va a hacer bien positivo, eso no es verdad. Pero ellos van, pues a eso. Ellos notan qué es lo que quiere la persona, y claro, suelen caer muy bien los consejos del médico, suelen venir bien. Es lo que decíamos de la úlcera de estómago bien administrada.

La penitencia exterior, esa normal, para esa no hacen falta señales de Dios; eso ya sabe uno por prudencia. Así como uno no necesita especiales señales de Dios para ver si tiene que tomar el desayuno y la comida y la cena… pues ya sabe; pues es lo que come uno normalmente. –Es que yo no sé si debo desayunar o no desayunar. –Pues desayune normalmente. Pues de esta misma manera lo que es normal en la vida espiritual, pues ahí no hace falta señales particulares de Dios; eso entra en lo normal de la vida, en la austeridad, sin miedo, **que no nos matamos, que no.**

Recuerdo de un señor que tenía una hija que quería entrar carmelita. Era muy bueno el señor. Y cuando su hija le dijo que iba al Carmelo, le dijo: ¡Encantado, encantado! Pero después se enteró de que en el Carmelo tenían disciplina. ¡Huy! Entonces le disgustó mucho eso, y le dijo a su hija: Hija mía, tú no vas ahora al Carmelo, no te lo permito. Y el Director espiritual de la hija, que era también del padre, al ver aquella reacción, le dijo: Pero, ¿por qué no le deja usted ir a su hija al Carmelo? Y dice: Es que me he enterado de que ahí les pegan, que les pegan, que una le pega a la otra, y eso… a mi hija no la pega nadie; no, no; ahí no va. Y dice el otro: Pero, ¡qué les van a pegar!

¡Se pegan ellas! -¡Ah! ¿Es eso? Entonces que se marche; no hay cuidado de que se mate. –Pues eso, así es. No hay cuidado; no, no; ya nos cuidamos bien. Tenemos un cariñito… con un cariñito…

La penitencia –en cambio- **extraordinaria**, fuera de esto normal, que es una austeridad de vida, un cierto nivel de penitencia, la extraordinaria es de buen espíritu, y hay que considerarla siempre de buen espíritu, si no es en casos raros de personas anormales que tienen una tendencia en eso a la victimación morbosa. Pero normalmente es de buen espíritu. Y hay que cuidarlo y no hay que despreciarlo; es buen espíritu. Ahora, hay que examinarlo y comprobarlo con consejo para ver si es de Dios. Una persona puede pedir razones para eso. Yo deseo hacer esto extraordinario. ¿Por qué? ¿Qué me mueve a ello? Y ver si realmente esa moción es de Dios. Esto como ciertas normas para la vida de mortificación. No meramente aplicar; cuanto más me sacrifico, tanto mejor, no. Tiene que ser según la voluntad de Dios, porque sólo ese sacrificio es eficaz.

Esta intensidad de sacrificio nuestro, tiene que ser realizada en una persona que tiene la dignidad; que está unida a Cristo. Esa dignidad existe ya desde el momento en que un alma está en gracia de Dios, pero se aumenta cuanto más actualmente une sus propios sufrimientos al sufrimiento de Cristo.

Decía el Papa Pío XI en la Encíclica "Miserentissimus": No hay que olvidar nunca que toda la fuerza de la expiación pende únicamente del cruento sacrificio de Cristo, que por modo incruento se renueva sin interrupción en nuestros altares". De modo que Jesucristo ofreció su expiación **infinita** en la Cruz. Pero la expiación de Cristo no excluye nuestras expiaciones. No es que sea una injuria a Él el ofrecer nosotros; ya lo ofreció Él; no excluye nuestras expiaciones; como por otra parte, tampoco los méritos de Cristo excluyen nuestros propios méritos, aunque siempre es cierto que nuestra satisfacción tiene valor, solamente en cuanto se une a las satisfacciones de Cristo. Separada de ellas no tiene valor nuestra satisfacción, como nosotros no tendríamos méritos, separados de los méritos de Cristo; pero son nuestros también. El Concilio de Trento lo dice expresamente: "Nuestra satisfacción es tal, que es **por Cristo,** en quien **satisfacemos** haciendo dignos frutos de penitencia, que tienen su fuerza **de Él**. **Por Él** son ofrecidos al Padre". Así es. Todo es en Cristo. Por Él, con Él y en Él.

Esta unión, como digo, con las satisfacciones de Cristo se da ya desde el momento en que el alma está en gracia y obra en fuerza de la fe. Pero se hace más íntima y más perfecta si se pretende expresamente esa unión de nuestra reparación con la suya, sumando nuestro sacrificio al Sacrificio renovado incruentamente en el Altar: el Sacrificio de la Misa. Y aquí tenemos la Santa Misa como síntesis de toda nuestra vida de unión con Cristo.

Un sacerdote joven llegó de párroco a un barrio de París, y lo recibieron con una lluvia de piedras. Una de ellas le dio en la frente, y cayó en tierra manchada de sangre. El sacerdote se inclinó lentamente, y tomando la piedra, la levantó diciendo: "Esta piedra será la primera piedra de la iglesia que voy a construir en este barrio". Y así fue; la puso como primera piedra; la piedra ensangrentada con su propia sangre. –Eso es un símbolo de la Iglesia universal, que está edificada toda ella sobre una Piedra ensangrentada, sobre el sacrificio sangriento de Jesucristo. Pero en esta Iglesia, no solamente la Piedra fundamental es un sacrificio, sino que cada una de las piedras que se van sobreponiendo, cada una de las piedras vivas, que son los miembros del Cuerpo de Cristo, forman un nuevo sacrificio, todas son sacrificio. San Pedro lo dice así: "Y vosotros llegándoos a Él, Piedra viva, desechada por los hombres, pero preciosa, escogida a los ojos de Dios, ofreceos de vuestra parte como piedras vivas con que se edifique una casa espiritual para un sacerdocio santo, para ofrecer víctimas espirituales aceptas a Dios por mediación de Jesucristo".

Es un hermoso símbolo de esta realidad de la Iglesia el de algunos templos votivos construidos con los sacrificios de los fieles. Así me parece que está construido el Tibidabo; cada una de las piedras supone un sacrificio de un cristiano. Las limosnas que se ofrecían no se admitían si no eran fruto de un sacrificio. No basta que uno diga: yo doy ese dinero, sino tiene que ser el dinero que uno ha ahorrado al privarse de un placer, de una diversión, de un gusto. Es el sacrificio por amor de Cristo el que va construyendo el templo. Y en esta construcción, los más nobles

sacrificios son los que ponen las joyas y piedras más preciosas y más cercanas al Sagrario mismo de Jesucristo.

El en Antiguo Testamento, Moisés, cuando llegó el momento de construir el Tabernáculo, convocó a la multitud y les dijo: "Que cada uno ofrezca de lo que pueda según le dicte su corazón". Y entonces ellos fueron trayendo según la generosidad de cada uno sus perlas preciosas, su oro, sus joyas, todo. –Pues con mucha más razón en el Nuevo Testamento, Jesucristo nos dice: "Que cada uno ofrezca de sus dones según lo que le dicte su corazón". –Sabrosamente lo comenta Orígenes. Dice así: "Justo es que cada uno ponga de su parte en el Tabernáculo del Señor. Ni ignora Dios lo que ofrece cada uno. Qué gloria para ti si se puede decir en el Tabernáculo del Señor: El oro que cubre el Arca del Testamento es de ése; la plata de las basas de las columnas es de aquél; el bronce de los candelabros, de aquél; y así de cada cosa. Y al contrario, qué vergüenza, si cuando venga el Señor a contemplar su Tabernáculo no encuentre en él **nada** que hayas dado tú, nada que hayas ofrecido tú. ¿Tan indevoto, tan infiel has sido que no has dejado ningún recuerdo en el Tabernáculo del Señor? Si el Señor cuando venga encuentra algo tuyo en su Tabernáculo, te defenderá y te dirá: "Suyo". Y termina con esta preciosa oración de Orígenes: "Señor Jesús, concédeme que sea digno de ofrecer algún presente para tu Tabernáculo. Yo quisiera, si fuera posible, que hubiese algo mío en el oro con que se fabrica el propiciatorio, y si no tengo oro, al menos que pueda ofrecer algo de la plata de las columnas, o al menos bronce. Pero si todo esto supera a mis posibilidades, que al menos sea digno de ofrecer la lana de mis cabras en tu Tabernáculo; al menos esto". Es la posición también de San Jerónimo, que no teniendo que ofrecer nada al Niño Jesús en la cueva de Belén, le ofrecía sus pecados. Si lo hago así, al mirar a la Iglesia, la miraré con mucho cariño porque hay algo **nuestro,** hay algo de nuestro corazón en ese edificio espiritual imponente. Y lo miramos como quien tiene parte de su propio tesoro.

También en la Iglesia hay algo mío, hay algo de mi corazón. Más o menos, según lo que me haya dictado mi corazón o el Corazón de Cristo; pero siempre algo de mi sacrificio, algo de sangre de mi corazón. Cada piedra es, pues, un sacrificio. Pero cada una de las piedras sacrifícales tiene que estar unida a la Piedra fundamental. Como decíamos de la rosa: cada uno de los pétalos a Cristo, y así se unen entre sí. Mi sacrificio tiene que estar unido al sacrificio de Cristo. Y esto se realiza especialmente en la Santa Misa. La gotita de agua tiene que unirse al vino. Esa pequeña ceremonia tan impresionante, con una oración de San León Magno que todavía se reza en ese momento: **Deus qui humanae substanciae dignitatem**, pero que ha tenido diversos sentidos: unión de la naturaleza humana y de la naturaleza divina… pero en tiempo del Concilio de Trento hubo reformadores que querían suprimir esa ceremonia porque esa gota que añadíamos nosotros de agua al cáliz, que significa nuestra cooperación con Cristo, quitaba dignidad al sacrificio de Cristo; por eso querían que se suprimiese. Y entonces el Concilio de Trento mandó que no se suprimiese, sino que se retuviese esa ceremonia por su simbolismo profundo, y que cometería pecado mortal quien la dejase deliberadamente. Sin eso no se puede decir Misa, sin esa gota de agua. Se puede decir Misa sin agua en las abluciones finales, pero sin esa gota de agua –que es una gota-, no se puede decir Misa; por la riqueza de su significado, porque significa nuestra cooperación al sacrificio de Cristo. Sé de un sacerdote, de un capellán, que en la guerra de España una sola vez, un solo día dejó de decir Misa, y fue por falta de esta gota de agua. El vino lo llevaba consigo, pensaba que el agua la encontraría en todas partes, y un día no la encontró, y no pudo decir Misa. –La profundidad de este significado.

Y, ¿qué significa esa gota de agua? ¿Qué hace esa gota de agua en el vino? Se lo decía yo eso a un campesino para explicarle un poco de la Santa Misa, allí por tierras de la ribera de Navarra, y me responde: "¿Qué hace esa gota? Estropear el vino". –Y es así; esa gota de agua no hace más que estropear el vino. Nuestra cooperación junto a la de Cristo, ¿qué es? Nada, nada; la estropea. Y sin embargo, esa pequeña gota, que el Señor ha querido que sea necesaria para su sacrificio, ha ordenado así en el orden actual: nuestra colaboración con Él, nuestra cooperación con Él, recibiendo esta cooperación toda su fuerza del sacrificio de Cristo, esa gota de agua que cae en el cáliz se convertirá en la Sangre de Cristo, toda ella, hasta que se deje del todo.

Mi sacrificio tiene que unirse al sacrificio de Cristo; es muy pequeño; una gotita de agua; pero necesario. Y ese vino con la gotita de agua de mi cooperación sacrificial, muy pequeña, pero necesaria, queda transformado en la sangre de Jesucristo. Me ofrezco, pues, a mí mismo en la Santa Misa; y a mí mismo como sufriente y sacrificado, para transformarme en Cristo por el sacrificio suyo y mío. Yo ofrezco mi sacrificio y el sacrificio de Cristo, y Cristo ofrece **su** sacrificio y **mi** sacrificio. Y así fundidos en el fuego del único sacrificio, nos unimos más íntimamente el uno al otro, y unidos subimos al Padre. Y como coronación de este sacrificio, el mismo Señor viene a mí en la Comunión para habitar en mí y transformarme en Él. –Es la Misa.

Vamos a bajar un poquito más. Terminaremos prontito.

El Padre Isaac Yogues, uno de los mártires del Canadá, figura grande, impresionante, de los martirios más impresionantes el de éste, fue al Canadá siendo joven todavía. Trabajaba con los hurones, una de aquellas tribus salvajes que estaba siempre en luchas con los iroqueses. Los iroqueses eran crudelísimos. Y en una ocasión cayó prisionero de los iroqueses con muchos de sus cristianos. Y los iroqueses lo trataron con una dureza… como trataban a los prisioneros. Ellos probaban si los prisioneros tenían valor, atormentándoles de una manera exquisita. Si no se quejaban, si lo llevaban adelante, los admiraban; y después, cuando llegaban a matarlos, les devoraban el corazón para que tuvieran ellos también el valor que tenía aquel hombre.

Los tormentos que le hicieron al P. Yogues y a los prisioneros son indescriptibles, enormes: quemarlos, cortarles los dedos, sacarles las uñas con los dientes, y así poco a poco, poco a poco… y por años… Estuvo allí más de un año prisionero, sabiendo que en cualquier momento le podían matar, porque estaba a merced de cualquiera que le encontrase y le matara. Y sirviéndoles… Tormento espantoso.

Al cabo de un año pudo escapar, y se escapó. Creo que un poco más de un año. Y volvió a Francia. Tendría entonces unos 32 años. Llegó a Francia; vivía su madre. Llegó a París; fue a la Residencia nuestra de París y llamó a la puerta. Estaba totalmente desfigurado. Pregunta por el P. Superior –que estaban entonces en tensión, sabían que estaban prisioneros varios Padres- bajó inmediatamente.

-Pero, ¿es cierto que tiene noticias?

-Sí, traigo noticias del Canadá.

-¿Y qué me dice del P. Yogues? ¿Está vivo?

-Sí, está vivo.

-¿Lo ha visto?

-Sí, lo he visto.

-¿Y dónde está?

-Aquí; soy yo.

No lo conocían, estaba deshecho. Mártir de Cristo. Y entonces, resulta que el P. Yogues, venerado por todos como un verdadero mártir, totalmente mutilado por todas partes-, pues no podía decir Misa. ¿Por qué? Quedaba irregular; no podía dignamente tomar la Hostia; tenía las manos totalmente mutiladas. Y tuvieron que recurrir al Papa Urbano VIII para pedir dispensa de la irregularidad. Y el Papa contestó con una carta preciosa, concediendo el permiso con **mucho gusto**. Decía: “No sería digno que un mártir de Cristo no pudiera ofrecer el sacrificio de Cristo”. Es la definición de lo que es un cristiano: “un mártir de Cristo que ofrece el sacrificio de Cristo”. Era el P. Yogues, y es cada cristiano.

Nuestra vida es un sacrificio constante, que dura todo el día. En la carta a los Romanos decía San Pablo: “Ofreced vuestros cuerpos como sacrificio vivo”. Y comentando este pasaje dice San Juan Crisóstomo: “¿Cómo se hace nuestro cuerpo sacrificio?” Y responde: “No mire tu ojo nada malo y se ha hecho sacrificio; no hable tu lengua nada indigno y se ha hecho sacrificio”; y así va recorriendo todos los miembros. Y San Bernardo decía: “La castidad en la juventud es un martirio sin sangre”. Y si eso es ya un martirio –el no pecar- ¡qué será el hacer de nuestros miembros dóciles instrumentos de Cristo en amor! Y este mártir, que es cada cristiano, cada católico, se acerca cada

mañana para ofrecer el sacrificio de Cristo, al que añade la gota de agua de su propio martirio; todos los días.

Pero no es sólo el ofrecimiento del martirio pasado. En el P. Yogues… ¡Es admirable! ¡Qué temple de hombres! Es que, como decía el P. Baltasar Álvarez: "Avergüenza la santidad de nuestros tiempos –decía él-; ver cómo Dios ha tratado a los Santos, ver lo que ellos hicieron y qué vida pasaron, qu esaca los colores a cualquiera de los que hoy día se consideran como santos y perfectos".

Este P. Yogues –que vivía en grande por Francia, de triunfo en triunfo; su madre estaba toda emocionada: madre de un mártir-, después de pasado un poco de tiempo por Francia, pidió a los Superiores que quería volver a la Misión; a ver si le concedían volver a la misma Misión. Ya es, ya es; después de haber pasado un año de tormentos, ponerse en peligro de volver a caer otra vez. Pues… pidió. Y aquellos Superiores –que tampoco eran merengues- pues se lo concedieron. Sí, sí; vuelva, vuelva. –Y se volvió. Volvió a la Misión. Y estuvo trabajando. Y un día el Superior de la Misión que quería establecer ciertas paces con los iroqueses, se le presenta al P. Yogues y le dice: Padre, estoy pensando que tenemos que hacer una paz con los iroqueses, y creo que usted sería el hombre para ir allá. –Dice que se puso a temblar en cuanto oyó los iroqueses el P. Yogues. Y le dijo: Padre, si tengo que ir, iré; pero si voy, no volveré; les conozco muy bien a los iroqueses. Pero si quiere que vaya, yo voy. Y el Superior le dijo: Mire, piénselo, piénselo y déme la respuesta: Usted mismo déme la respuesta después de unos días. –El P. Yogues lo pensó, oró, y le dijo al Superior: "Padre, voy; pero no volveré". Y fue, y no volvió. Le cortaron la cabeza en un banquete que le habían invitado. Lo admiraban por su valor y no le hicieron sufrir ya. Tenía que entrar en la tienda por una puerta, una especie de agujero bajo por el que tenían que entrar a cuatro pies, y cuando sacó la cabeza por el otro lado, se la cortaron. Y así murió al P. Yogues, uno de los siete mártires jesuitas del Canadá.

Pues bien; la Misa del P. Yogues fue el ofrecimiento del martirio cruento que le esperaba allí en el Canadá. Y así también cada Misa es además el ofrecimiento incruento del día que comienza, es decir, el ofrecimiento incruento del nuevo martirio del día que empezará. Es lo mismo que en el Cenáculo. Fue deseo expreso de Jesucristo que el Cenáculo estuviera muy bien adornado para el ofrecimiento de la primera Misa. En aquella sala profusamente iluminada y decorada ofreció su sacrificio incruento; pero ese sacrificio incruento señalaba la proximidad y el comienzo del sacrificio doloroso y sangriento del Calvario. Horas más tarde las luces se habían apagado ya, y en las tinieblas exteriores del Huerto empezaba a tener lugar el sacrificio cruento.

Y así también es nuestra Misa. Vamos a la Misa revestidos de ornamentos preciosos y adornamos nuestros altares. Estamos celebrando nuestro sacrificio, nuestro ofrecimiento incruento. Luego se apagan las luces, dejamos los ornamentos y comienza la realización sangrienta de lo que hemos ofrecido ya incruentamente. Porque en la Misa no ofrecemos sólo nuestras cosas, sino que nos ofrecemos a nosotros mismos como víctimas **con** Jesucristo. Y esa víctima será sacrificada a lo largo del día. Tenemos que caer ya en la cuenta de esto. Que no nos pase lo que sucedió a un alma muy buena, que estando ya en el lecho de muerte repetía, después de muchas enfermedades: "Ahora caigo en la cuenta de que en mi vida sólo ofrecía **sacrificios**, pero aún no había comprendido que debía hacerme **yo misma sacrificio**". Que el Señor nos dé luz para comprender desde ahora, sin tener que llegar para eso al fin de nuestra vida: **hacernos sacrificio**.

El sacerdote al fin de la Misa da la bendición. Esa bendición que en el Nuevo Testamento es una cruz. En el Antiguo Testamento la bendición era en la abundancia de animales, en la abundancia de campos, de frutos de la tierra. La bendición del Nuevo Testamento es una cruz hermosa, grande, que aceptamos signándonos también nosotros y aceptando la cruz sobre nosotros. **Omni benedictione celesti et gratia repleamur**, "que seamos llenos de toda bendición celeste y de toda gracia". –Y ahora comienza el sacrificio cruento. Y mañana de nuevo, este mártir de Cristo vendrá otra vez a mezclar su gotita de agua con el vino del sacrificio de Cristo, para unirse con Él en el mismo sacrificio. Así tenemos el mártir de Cristo que ofrece el sacrificio de Cristo.

APARICIÓN EN EL LAGO DE TIBERÍADES

Dice San Juan de la Cruz en una expresión inspirada suya, en una frase: "Al atardecer de nuestra vida seremos examinados en el amor". Cuando llegue el momento de la muerte, todo hombre, todo cristiano, sea sencillo fiel, sea el Papa, será examinado en el amor. La única pregunta que le hará el Señor es su respuesta al amor. No si ha hecho grandes cosas, o si ha estado escondido en un rincón, sino, si todo eso ha sido en alas del amor, si ha sido en docilidad a Cristo, por su amor. Al atardecer de nuestra vida, pues, seremos examinados en el amor. Y al atardecer de los Evangelios realmente ha querido también el Señor, que la última página del Evangelio sea también un examen del amor. Es la última página, en último capítulo del Evangelio de San Juan, capítulo 21, un examen del amor. Y al atardecer de los Ejercicios, cuando estamos ya para terminarlos, también nosotros vamos a hacer este examen del amor.

Así puestos en la presencia del Señor, con sencillo espíritu, sin tensiones, en acto de oración, vamos a pedirle la gracia que tanto hemos insistido en todos los Ejercicios, y que debemos insistir siempre: gracia para que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean ordenadas, por la gracia de Dios, íntimamente, desde lo más íntimo de nuestro corazón, a agradar a Jesucristo, a agradar al Señor en todo. Y para llegar a esto, estamos en los Ejercicios disponiéndonos y estaremos siempre en toda nuestra actividad espiritual procurando disponernos a esta gracia, y ahora concretamente en estas meditaciones de la cuarta semana, pidiendo esta gracia que después tendrá que existir en nuestra vida; gracia para alegrarnos y gozarnos intensamente, íntimamente de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor.

Vamos a meditar así esta aparición de Jesucristo a siete de sus discípulos. Dice así San Juan en el capítulo 21: "Después de esto, Jesús se apareció otra vez a los discípulos a la orilla del mar de Tiberíades, y fue de esta manera: Se hallaban juntos Simón Pedro y Tomás llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, los hijos del Zebedeo y otros dos de sus discípulos. Les dice Simón Pedro: Voy a pescar". –No es que hubiesen vuelto al oficio de pescar, como oficio habitual de ellos; no. Lo habían dejado ya para siempre; sino que más bien aquí, como suele pasar con gente que ha dejado ya una casa o un oficio y vuelve después a pasar una temporada, o de vacaciones, fácilmente tiene la tentación de volver a ocuparse un poco con lo que antes tenía; si es un cazador, pues aprovecha aquellos días para salir de caza; si es pescador, para salir de pesca; si antes conducía el coche y tiene el coche en casa, pues para guiar un poco el coche. Una cosa así. Son más bien esas ocupaciones con las cuales ellos van pasando el tiempo, en el cual tienen que esperar al momento en que el Señor les dará la orden de dispersarse por el mundo. Y así, con esa intimidad, Pedro, no como un oficio que tiene que hacer, sino, les dice a sus amigos, a sus compañeros: "Voy a pescar"; esta noche voy a pescar. Y le dicen ellos: "Vamos también nosotros contigo". –Primer aspecto que se nos muestra aquí es la **cordial unión** entre todos ellos. Basta una señal de la voluntad de Pedro, un gusto de Pedro, y todos lo acogen; vamos contigo, vamos todos a pescar contigo.

"Fueron, pues, y entraron en la barca, y aquella noche no cogieron nada". –De modo que eso suele pasar; no hay ninguna dificultad en ello; unas veces se coge y otras veces no se coge. Y esta vez fueron, les pareció que era una buena noche para pescar, probaron de todos los modos, por todos los lados del lago, y no cogieron nada. Y a la mañana, cansados, rendidos de toda la pesca, de nuevo hacia la orilla, humillados un poco; a descansar.

"Venida la mañana, se apareció Jesús en la ribera, pero los discípulos no conocieron que fuese Él"; no se lo esperaban. Eso que decíamos, esa actitud del alma que tiene que reconocer las visitas del Señor. Si está siempre en vela, si está siempre esperándole, mucho más fácil lo reconoce. Los Apóstoles no se lo esperaban en ese momento. Algo así nos suele pasar a nosotros: que muchas veces no lo esperamos: aquí, ¡cómo va a venir el Señor! Cuando uno está retirado, o está en la cama, o está comiendo, ¡ahora el Señor se me va a comunicar…! Y sin embargo, puede comunicarse en todas partes. Nuestra gran tentación es siempre la de determinar al Señor los tiempos en que tienen que comunicarse, y esperarle sólo en ellos, y no todo el resto del día. Y así

hacemos nuestros planes al Señor. Y el Señor, en cambio, es muy libre, muy libre. Fijaos, el Señor se les apareció a los Apóstoles el día de la Resurrección a última hora. Cuántas veces habrían pensado cuando les iba diciendo: que se ha aparecido a María Magdalena, que se ha aparecido a Pedro, que se ha aparecido a los de Emaús: Bueno, bueno; si es que es verdad que ha resucitado, hubiese venido aquí; con nosotros solía estar siempre. ¿Qué le cuesta? De modo que si no viene, pues quiere decir que no habrá resucitado. –Y a pesar de eso, pues ellos tenían su inquietud: ¿Habrá venido? ¿Será? ¿No será? Pero, ¿por qué no viene aquí? Y así todo el día; todo el día así, con esa espera, sin acabar de creer del todo. Y yo creo que allí por la tarde, pues muchas veces las piadosas mujeres aquellas, que les preparaban la comida y la cena, se asomarían por allá: ¡Qué!, ¿preparamos la cena? Y ellos dirían: ¡Hombre!, espera; esperad un poco, esperad un poco a ver si viene; dicen que se ha aparecido por ahí; pues a ver si viene por aquí; vamos a esperarle. Y… no viene, y no viene, y se hace tarde. Y ya por fin dicen: Pues traed la cena, traed la cena; ya se ve que no viene. Y cenaron. –Y cuando ya no le esperaban, ¡pum!, se presenta entonces; al terminar la cena, en el último momento, cuando iban a ir a la cama. Allá está. Y entonces les consuela.

Así procede el Señor. Esto que está haciendo después de la Resurrección, es su modo general de actuar. Y con éstos, lo mismo. Precisamente se les presenta en la orilla, después de una noche en que no han hecho nada y están cansados, rendidos, que no piensan más que en descansar ya; en ese momento. Y no lo esperan, claro.

"Venida la mañana, se apareció el Señor en la ribera". Y uno diría: ¿Por qué en la ribera? ¿Qué le costaba haberse presentado en la barca? Y es verdad; si uno va lógicamente es así. Pero Él tiene su razón de ser. Y la ribera, suelen mostrar los Padres que es la tierra firme. El mar se suele considerar el mar de este mundo, donde hay mucha variedad, mucha cosa; donde se hace la pesca, donde se trabaja. Y la tierra firme es algo así como lo eterno. Y ahora estamos cerca y lejos del Señor. El Señor está muy cerca de nosotros, y al mismo tiempo muy lejos de nosotros. Es esa actitud que tenemos que mantener ante el Señor: cerca y, al mismo tiempo, peregrinos.

Y se mostró en la ribera. "Los discípulos no conocieron que fuese Él". No, no cayeron en la cuenta. "Y Jesús les dijo: Muchachos, ¿tenéis algo de comer?" La pregunta más desagradable que les podían hacer cuando uno no ha pescado hada: ¿Habéis cogido algo? Se ve que ellos estaban un poco molestos. "Le respondieron: No". Seco: **no**. Molestos: **no**.

Siempre me acuerdo aquí de aquel Padre que había entrado en la Compañía de sacerdote. Era un poco antes de la expulsión de España, y previendo la expulsión, él empezó a aprender francés por su cuenta, solo. Y cuando llegó la expulsión y pasó a Francia, por el sur de Francia, entró en la Residencia y le preguntaron: Est ce que vous conossez le français? Y él respondió: Peu! Un peu! Un peu! Éste es como éstos. "Le respondieron: **¡No!** –Un peu!

Así es el Señor; muchas veces hace esas preguntas molestas; como diciéndoles: ¿Qué habéis cogido? ¿Nada? ¿Nada? "Sin Mí no podéis hacer nada", dice el Señor. Y le gusta que de vez en cuando caigamos en la cuenta de esto. Y muchas veces, cuando te has esforzado en hacer muchas cosas, al final te preguntará el Señor: ¿Has cogido mucho? ¿Has cogido algo? –No. –Y eso le gusta a Él. Para que te convenzas que tiene que ser bajo su palabra.

"Y Él entonces les dice: Echad la red a la derecha del barco y encontraréis". No estaba muy lejos; como a unos 150 metros, 100 metros de la orilla. "Echad la red a la derecha y encontraréis". –A ellos les vendrían ganas de decir: ¡Qué derecha ni qué izquierda! ¡Ahora que ha salido el sol, echar la red a la derecha! Pero Pedro, en medio de todo, era dócil en esas cosas del mar; y… obedeció. Y echó la red. Diría: Quién sabe si a lo mejor ése está viendo que hay algunos peces por aquí; alguna bandada de peces que ve ahí, desde la orilla. Echó la red.

"Ya no podían sacarla por la multitud de peces que había". Ya de nuevo el recuerdo del Señor; que no es siempre por el recuerdo de palabras determinadas, sino por el recuerdo de lo que ha pasado antes con el Señor. Y Juan, que estaba más atento que los demás, apenas vio los peces, se acordó de la pesca milagrosa de otras veces: así solía hacer el Señor; aquí está la mano del Señor.

"Y mirando hacia la ribera, hacia la orilla, con atención, con amor, con ojos puros, dijo: **Dominus est**". Es la vida de contemplación: reconocer al Señor en sus visitas, en sus

manifestaciones. **Dominus est**. E inmediatamente va hacia Pedro y le dice: "Es el Señor, es el Señor". Pedro, que oye que es el Señor… "Se vistió la túnica, o mejor dicho, se ciñó la túnica, porque estaba desnudo. No es que estuviese desnudo, sino los que conocen las costumbres de allí interpretan justamente que tenía solamente el manto exterior suelto; de modo que no tenía la túnica interior –tenían una especie de faja-, sino sólo el manto exterior, y así no se podía echar al agua porque le estorbaba. Y entonces lo que hizo fue ceñírselo eso mismo que llevaba, sin esperar a más, a ponerse la túnica; lo que tenía. Se puso una cuerda alrededor y se tiró al agua, se echó al mar. A él no le importaban los peces ni nada. Ahí se queda todo. ¡El Señor! –Le queda un poquito a Pedro, un poquito de aquella impulsividad, de aquellos de la Transfiguración: hagamos aquí tres tiendas; como si se le fuese a escapar el Señor si no se tira al agua; una cosa así. –Juan no; Juan se queda; ha visto al Señor y se queda. Pedro, en cambio, tiene afán por llegar. Y no le pide ahora ni siquiera caminar por encima del agua; ahora se basta él solo nadando. Se echa al agua y va a nado. Se echa al mar.

"Los demás discípulos vinieron en la barca, tirando de la red llena de peces". No la metieron en la barca, sino se la llevaron arrastrando, porque estaban cerca de la orilla y era más cómodo llevarla hacia la orilla. Dirían también: Pues ya es también tranquilo este Pedro, ¿eh? Ahora, él que es el jefe, nos deja solos. Y él, al agua, a la orilla. Y el otro, a grandes brazadas, llaga hasta la orilla, sale a la playa. ¡Qué facha la de Pedro! Todo mojado; chorreando agua; se le cae de todas partes: del pelo, de las cejas, del manto que llevaba, de todo; como un pollo mojado. Y así se presenta al Señor: Aquí estoy. Y el Señor le diría: ¡Pues menuda facha traes! ¡Qué espectáculo! –Y allí tienen ese diálogo bien sencillo: "En lugar sencillo, humilde y gracioso". Ahí nadie se entera; ahí el mundo sigue su rumor y su ruido. El Señor actúa en las almas en esa sencillez; siempre; en la sencillez de la intimidad. No sabemos de qué hablarían, pero estaban allí Cristo y su Vicario. Los dos grandes. ¡Y qué facha! El uno todo mojado, y el Otro que se reiría un poco de él.

Entretanto, los otros tiran de las redes, se acercan hasta la orilla, "y al saltar a la orilla vieron preparadas brasas encendidas y un pez puesto encima y pan". ¡Qué delicadezas tiene el Señor! ¡Qué delicadezas! Bajan… Fuego, pez y el pan; todo preparado. Es la primera vez que nos consta que el Señor fuera cocinero; aquí, después de la Resurrección precisamente. Hay aquí, sin duda, lo mismo que vimos en los de Emaús, un recuerdo de la Eucaristía. Los primeros cristianos veían en el pez el símbolo de Cristo en la Eucaristía; los panes y los peces en la multiplicación de los panes, símbolo de la Eucaristía. Es el manjar que Él ha preparado. En el cántico de la oveja **alegre** que camina con el rebaño: **Dominus pascit me nihil mihi deest**, dice también lo mismo: **Parasti mihi mensam**, "me has preparado una mesa ante las miradas de mis adversarios". Ese es Cristo, que prepara la mesa. Él tiene predilecciones para los suyos; cuida de ellos. Y les ha preparado ahí un desayuno Él mismo. –Y no reaccionaban estos hombres; porque sí, era el Señor; de una manera muy especial; no dudaban de que era el Señor. Tampoco se atrevían a preguntárselo y estaban como sin reaccionar. Y entonces les dice el Señor: "Traed acá de los peces que acabáis de coger"; moveos. "Subió entonces Simón Pedro y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes; y siendo tantos, no se rompió la red". –Dejemos ahora el simbolismo éste de Pedro que saca la red, simbolismo de la unidad de la Iglesia que no se rompe, en la que vienen todas las almas recogidas por Pedro y puestas a los pies de Cristo.

Y ellos estaban así. ¡Bueno!, pues quietos otra vez. No arrancaban estos hombres. Y entonces les dice Jesús: -conocer al Señor y no imaginarlo siempre así, como si fuese una cosa del otro mundo, como decíamos, como esa imagen bizantina del Pantocrátor que no, no se mueve-. Les dice Jesús: "¡Vamos a almorzar; a comer!" ¡El Señor resucitado! Parece que no pensaba más que en el espíritu… No. ¡A comer, a comer! Y Él mismo es el que les va a dar de comer. "Y ninguno de los que estaba comiendo osaba preguntarle: ¿Quién eres Tú?" Tenían ganas de decirle: pero vamos, dinos claro quién eres. "No se atrevían a preguntarle, ¿quién eres Tú?, sabiendo que era el Señor". De eso no tenían duda: Es el Señor. Todos ellos: es el Señor.

"Se acerca, pues, Jesús, y toma el pan y se lo distribuye, y lo mismo hace del pez". Él mismo corta los trozos de pan y da a cada uno el suyo, y el pez. Él mismo distribuye. ¡Qué humanidad de Cristo **resucitado**! Como está ahora en el cielo; así, así actúa con las almas. Él mismo. Y no nos

podemos imaginar –porque Pedro tenía un apetito excelente, desde luego; después de la noche de trabajo, el baño que se había dado, pues… tenía buen apetito y comería a gusto-, y no lo podemos imaginar que el Señor le dijese: Pedro, mortifícate un poco; come un poco menos. No. Sino que le diría: ¡Menudo apetito tienes, Pedro! A ti no te basta lo que te he dado, ¿verdad? Y él, pues aceptaría lo que le diese el Señor, lo que le diese. Así trata el Señor con los suyos.

"Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a sus discípulos después que resucitó de entre los muertos". Así, con esta llaneza.

Simón tenía una pena muy honda, que no la acababa de quitar del todo. Y Jesucristo es **Consolador**. Y la pena honda que tenía Pedro es la del amor de Cristo. Aquel fracaso que había tenido; que él creía que era tan enamorado de Cristo, que estaba dispuesto a dar la vida por Él, y resulta que le había negado. Y ya se le había quedado esa espina: ¿Cómo amo yo a Cristo? Y Jesucristo quiere curarlo, quiere consolarlo de esto precisamente. Este diálogo de Cristo con Pedro no es el comienzo del diálogo, sino que lleva muchos años dialogando; es coronación de un diálogo que empezó hace mucho, cuando el Señor le dijo: "Tú eres Piedra, tú te llamarás Roca". Y entretanto se ha ido formando. Este es el examen, resultado final de todo un tiempo de formación; así como el diálogo nuestro empezó con la Samaritana: "Yo soy Jesús, el Mesías, el Hijo de Dios que hablo contigo", y empezamos a hablar con Él. Pues bien; ya llevamos años de diálogo con Cristo, y ahora podemos hacer, como Pedro, este examen del amor; examen de todo el tiempo que llevamos de nuestro trato con Cristo, para que el Señor nos consuele también como consoló a Pedro. Pedro tenía una espina: Yo no sé si amo a Cristo, no sé si le amo. Ya no quería ni pensar en ello, porque cada vez que pensaba se acordaba de su traición y… ya no tenía fuerzas para pensar más.

Y ahora, al terminar la comida, Jesús dice a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, -y él le miraría: ¿qué, Señor?-, ¿me amas tú más que éstos? ¡Qué pregunta del Señor! Si no hubiese estado en el Evangelio, no lo hubiésemos imaginado nunca que el Señor le preguntase esto a uno de sus discípulos: ¿me amas más que éstos? ¿Me amas? –Aquí vemos; este **me amas**, no significaba sólo cumplir lo que Él manda, sino, ¿me amas? –Habla de amor de verdad. ¿Me amas? ¿Me quieres más que éstos? Del amor de afecto. ¿Me tienes más afecto que éstos? –Y él le respondió: "Señor, Tú sabes que te amo". No quiere complicaciones. Es la llaga de Pedro. Ya no se atreve. ¡Cuánto bien le han hecho a Pedro las faltas que el Señor ha permitido en él! Ahora se ha quedado blando, humilde. Ahora ya no viene como antes a decir: "Pues claro que te amo; más que todos. Aun cuando todos te nieguen, yo nunca". Ya no se atreve a decir esas cosas. Ya no se fía de lo que él sabe que ama, porque sabe que su ciencia en este campo es muy frágil, y aun cuando crea que ama, muchas veces no ama. Ya no se fía de sí. "Señor, Tú sabes que te amo". Tú sabes; yo no lo sé. Tú sabes. Me basta que sepas Tú; pero Tú sabes que yo te amo. Sin compararme a nadie. No, no digo: más que éstos. Señor, Tú sabes que yo te quiero, te quiero, y Tú lo sabes; me fío de Ti; creo lo que Tú pienses, creo lo que Tú digas. –Y le dice Él: "Apacienta mis corderos".

Pedro, con eso, se tranquilizó un poco. Le confía sus corderos el Señor; sus propios corderos.

Segunda vez le dice: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?, –sin compararse ya con nadie- pero, ¿me quieres? Esto le costaría a él un poco; esto se ponía un poco feo para Pedro, esa insistencia del Señor. Y él le responde: "Señor, sí, Tú sabes que te amo". Le dice Jesús: "Apacienta mis corderos". Y Pedro dice: ya, menos mal; esto se pasa. –Y después de un rato, el Señor otra vez: "Simón, hijo de Juan, pero, ¿me quieres de veras?" Y a Pedro se le cambia el color; se puso triste; se entristece. Dice: Aquí volvemos otra vez; yo le voy a armar otra al Señor; seguro que… ¿qué le voy a hacer ahora? ¡A ver si pasa lo mismo otra vez! –Ya no se fiaba de sí. ¡Cuánto bien le habían hecho esas caídas!, ya no tenía **ninguna** confianza en sí. Y le dice entonces: "Señor, pues si Tú lo sabes todo; Tú sabes que yo te amo". Y el Señor: "Apacienta mis ovejas".

Y ahora le anuncia una gran consolación. –Notad el contraste con la Última Cena-. Le dice el Señor a Pedro: Mira, "en verdad, en verdad te digo". Ahora hablo Yo. Tú dices que Yo sé, ¿verdad?, que Yo sé. Pues mira, en verdad, en verdad te digo; antes te dije, ¿te acuerdas?: "En verdad, en verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante me habrás negado tres veces; ahora, mira lo que te digo: En verdad, en verdad te digo, con la misma seguridad, que, cuando eras

más joven, tú mismo te ceñías el vestido e ibas a donde querías, mas en siendo mayor, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá a donde tú no quieres ir. Esto lo dijo para indicar con qué género de muerte había de glorificar a Dios". –El contraste con la Última Cena es manifiesto. En la Última Cena decía Pedro: Señor, yo te amo; más que todos; y estoy dispuesto a dar mi vida por Ti. Y el Señor le dijo: "Hoy mismo me negarás". Ahora, Pedro ya no sabe si ama al Señor; no se fía de nada. "Tú lo sabes todo, Señor, Tú sabes que te quiero". Y el Señor le dice: Pues mira; **ahora** es cuando me amas; y me amas **tanto**, que darás tu vida por Mí. Vas a dar tu vida por Mí. Ahora sí, ahora. Lo que antes te faltaba era un poco de humildad, un poco de desconfianza de ti mismo; no fiarte tanto de tus fuerzas; no ponerte en los peligros inútilmente; ser más suave, más manso, más confiado. Ahora; ahora vas bien. Ahora que no sabes tú mismo si amas, es cuando amas; ahora que no te fías ya de ti. Y me amas tanto, que darás tu vida por Mí, y dando tu vida por Mí, glorificarás al Padre, con la plenitud de tu amor, hasta el holocausto total de ti mismo. "Cuando eras joven hacías lo que querías; te regías por tu voluntad, llevabas a los demás a donde te parecía. Cuando seas mayor, otro te atará, te llevará a la cruz y te crucificará, y morirás por Mí". –Consuelo de Pedro: ama a Cristo, ama a Cristo. Y para él no hay más alegría que ésta: la de amar a Cristo. Por eso dirá él en su carta a los fieles con admiración: "A quien sin haber visto amáis como le amamos nosotros, los que le hemos visto en el monte santo; igual vosotros. Y amándolo os alegráis con una alegría interminable e inmarcesible". –Este el consuelo de Cristo.

Apliquemos un poco a nosotros mismos este examen del amor. El Señor, en este momento de los Ejercicios te llama a ti también por tu nombre, y te dice: Fulana de Tal, hija de Tal, ¿me amas más que éstas? ¿Me amas más que éstas? Y tú, consciente de todas tus debilidades, de todas tus fragilidades, de tu respuesta al Señor, que ya casi te parece que no le amas, aun cuando deseas amarle, no quieres aceptar ninguna comparación con nadie; aun cuando es verdad que deberías amar más, porque se te ha perdonado más, aunque deberías amar más porque se te ha amado más, pero no quieres aceptar nada de esto, y le dices al Señor: Señor, mira; a pesar de todo, a pesar de todas mis fragilidades y mis debilidades, Señor, Tú sabes que te quiero, Señor. No me comparo a nadie. –Y el Señor te dice: Apacienta mis corderos; apacienta mis almas.

Te vuelve a repetir lo mismo: Fulana de Tal, hija de Tal, ¿me amas? –Señor, Tú sabes que te quiero, Tú sabes; me basta esto. Yo no lo sé. Hay momentos del día en que es todo tan oscuro, que ya no sé si te amo; pero no importa que yo no lo sepa, basta que lo sepas Tú. Señor, Tú sabes que, a pesar de todo, te quiero. –Y Él te dice: Apacienta mis corderos.

Y por fin, mirándote con mucho amor, te pregunta: ¿Me amas? ¿Me amas de veras? –Señor, Tú lo sabes todo, Tú sabes que te quiero. "Apacienta mis ovejas". Pide también por el Papa, por los Obispos. Ofrece por tus almas. Apacienta mis ovejas. –No te pregunta si amas a las ovejas, sino si le **amas, a Cristo**. Y en cambio te dice: Apacienta mis ovejas. Para apaciéntalas **como de Cristo**, no como tuyas. Piensa en ellas, cuídalas, **amando en ellas a Cristo**, rigiéndolas por los criterios de **Cristo,** no por los tuyos, como cosa **suya** de la que tienes que responder. Él te confía lo más precioso que Él tiene: sus ovejas, el tesoro de Cristo, por el que ha bajado del cielo a la tierra; sobre todo las ovejas perdidas; sobre todo aquéllas en las que Él ha mostrado el mayor amor de predilección tomándolas sobre sus hombros; ahora tú las tienes que llevar sobre tus hombros, como Cristo te ha llevado a ti. Cuida mis ovejas; pero amando **a Cristo** en ellas, como **extensión del amor de Cristo**, no prescindiendo de Cristo. Por eso Él pregunta si le amas **a Él, a Él**. –Y aquí está la raíz de todas las funciones que hay que ejercitar en la Iglesia. Toda función apostólica, toda misión que el Señor nos confía, tiene que ser comunicada en este momento: **cuando el alma ha madurado en el amor de Cristo,** cuando ese amor de Cristo ha llegado a ese grado de humildad, de docilidad, de mansedumbre; cuando es amor auténtico, no fiado de sí mismo y de sus normas y de sus criterios, seguridad de sí, sino desconfiando de sí, totalmente dócil, totalmente en las manos del Señor, en plena confianza en las fuerzas de Cristo. Y en este momento, cuando el alma ama a Cristo, entonces le confía su función en la Iglesia.

Así lo dice San Pablo en la carta a los Romanos. Ha hablado de la gran misericordia del Señor, por la cual ha muerto por nosotros, y en el capítulo 12 dice: "Ahora, pues, hermanos, os ruego encarecidamente –como consecuencia-, por la misericordia de Dios, por la cual Él ha dado su vida por vosotros, que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable a sus ojos, que es el culto racional que debéis ofrecerle", es decir, que es la respuesta lógica, el obsequio lógico que tenéis que ofrecerle a Él, a quien ha dado todo por vosotros; como dice San Ignacio de Antioquia: El amor de Cristo, la caridad de Dios, es la sangre de Cristo. Ahí está. Esa es la caridad de Dios. Por lo tanto, si la caridad de Dios es la sangre de Cristo, vuestra caridad lógicamente tiene que ser el holocausto de vuestros cuerpos, de vuestras personas enteras, como hostia viva, santa y agradable a Dios; de todos los cristianos. Por eso el Señor pregunta: ¿Me amas? ¿Me amas hasta dar tu vida? –Yo ya no me fío; pero Él me lo dirá. Si tu amor es auténtico, a ti te dirá también como a Pedro: Mira, **ahora** que eres humilde, que no te fías de tus fuerzas, **ahora**, en verdad te digo: cuando eras joven, es decir, cuando te sentías con el vigor de tus fuerzas, de tus cualidades, de tus energías, hacías lo que querías. Tú misma te ceñías, tú misma te hacías tus planes, incluso en el servicio de Dios, y te parecía que todo lo que no eran tus planes era impedimento a la gloria de Dios. Tú misma te ceñías e ibas donde querías y como querías. Ahora que eres ya mayor, adulta en el amor, madura en el amor, ahora, "otro te ceñirá y te llevará donde tú no quieres". "Esto lo dijo significando con qué muerte iba a glorificar a Dios". ¡Qué expresión tan preciosa de la vida de holocausto en la obediencia en la vida religiosa! Ahora, si amas de veras a Cristo, mira, llegarás a amarle tanto, tanto, que otro te ceñirá y te llevará donde tú no irías por tu voluntad. Es la muerte con la que tienes que glorificar a Dios, tú concretamente; en cada momento: dejarte atar por otro y llevar a donde tú no irías, a donde te llevan los representantes de Cristo. Es el holocausto de amor que consuma la glorificación del Padre en tu vida. Es tu amor. Tienes que hacer de ti misma un holocausto de amor. Lo dice aquí San Pablo, y es casi como la expresión doctrinal del pasaje que estamos examinando en San Juan. Eso: todos los cristianos tienen que ser holocausto de amor. Y en la vida religiosa más particularmente todavía.

Y añade San Pablo: "Y no queráis conformaros con este siglo", no busquéis los criterios de este mundo, "antes bien, transformaos con la renovación de vuestro espíritu", cambiad vuestro espíritu, renovad vuestro espíritu, "a fin de acertar qué es lo bueno y lo más agradable y lo perfecto que Dios quiere de vosotros". Hay que cambiar; no pensar como el mundo; para vivir este holocausto, para que vayas a donde tú no irías por tu carne y sangre, por tu propia voluntad, sino a donde Dios te quiere llevar por medio de sus representantes.

Y aquí viene la dificultad. "Por lo cual, dice San Pablo, os exhorto a todos vosotros, en virtud del ministerio que por gracia se me ha dado, a que no os consideréis más de lo que tenéis que consideraros", a no creeros más de lo que sois; que es el gran peligro nuestro en el apostolado, en el amor de Cristo. Queremos remediarlo todo, hacerlo todo, como si nosotros fuésemos los que tenemos que dar las normas supremas, creyendo que así colaboramos con Cristo. **Non plus sapere quam oportet sapere**. No sobreestimarse nunca. "Sino que os contengáis dentro de los límites de la moderación"; que os estiméis moderadamente, según lo que os corresponde, "según la medida de fe que Dios ha dado a cada cual en particular", según la misión que Dios te ha confiado a ti en particular. Y no querer ser más que eso. No querer ser la renovadora de toda la Iglesia, de toda la Congregación, de todo el Instituto. Lo que tienes que hacer, lo que el Señor te confía, con moderación. "Apacienta **mis** ovejas. Y apaciéntalas **como mías**, no como tuyas. Que no eres tú la providencia. Que Yo sé lo que te encargo. Tú responde de lo que Yo te encargo.

Y añade San Pablo: "Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen un mismo oficio, así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo Cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros. Tenemos, por tanto, dones diferentes, según la gracia que nos es concedida. Por lo cual, el que ha sido llamado al ministerio, dedíquese a su ministerio; el que ha recibido el don de enseñar, aplíquese a enseñar; el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; el que reparte limosna, déla con sencillez; el que preside, sea con vigilancia; el que hace obras de misericordia, hágalas con apacibilidad y alegría". Cada uno en su puesto. Todos, en el puesto que el Señor nos ha encomendado, tenemos que vivir el

holocausto nuestro, pero en la moderación de la fe; allí donde el Señor nos pone. –Y aquí es donde el Señor distingue sus oficios: ¿Me amas más que éstos? –Señor, Tú sabes que te amo. –Apacienta mis corderos; educa a mis niñas; cuida a mis pobres. –Y a cada uno da su oficio. –Y tú, fiel en ese oficio; haciendo **no lo que tú quieres**, sino donde el Señor te lleva, en holocausto total de ti misma. Es el examen del amor. Aquí está, aquí está. –Nos quiere consolar el Señor.

Dentro de este examen del amor y en este cuidado de las almas hay muchos grados: desde el aprobado hasta la matrícula; hasta el tercer grado de humildad, en el puesto que el Señor nos quiere. Y puedes imaginar que el Señor te mira con mucho amor y te va examinando: Fulana de Tal, hija de Tal, ¿me amas? ¿Me amas tanto que por mi amor, en el puesto que te he encomendado, en la fidelidad a lo que yo te digo, estés dispuesta incluso a dar tu vida –como te he indicado yo ahora-, antes de cometer un pecado mortal? ¿Estás dispuesta a esto? -¡Señor, cómo me voy a fiar de mí misma!, ¡si soy tan débil! Pero con tu gracia, Señor, yo lo quiero; Señor, Tú sabes que te quiero. –Aprobado en el amor.

Y el Señor te mira con más amor todavía, y te dice: Fulana de Tal, hija de Tal, ¿me amas? ¿Me amas de veras? ¿Me amas tanto que por mi amor, en el oficio que te he encomendado, sin pasar a otras cosas, en la docilidad a mi gracia estés dispuesta a consumarte en holocausto antes de cometer un pecado venial, antes de salir de mis directivas en lo que sea pecado venial? –Señor, yo lo quisiera así; no sé si seré capaz, pero al menos es mi voluntad deliberada, Señor. –Notable en el amor.

Pero sigue el Señor preguntando, y te dice: Fulana de Tal, hija de Tal, ¿me amas tanto que por mi amor estés dispuesta, en el servicio que yo te he encomendado, en la fidelidad a mis directivas, en todo, a dar tu vida, si es preciso, antes de cometer una imperfección **deliberada plenamente**, o a faltar deliberadamente a las Reglas que **Yo te he dado, que Yo te he dado**, y a las cuales tú has dicho que te sometías deliberadamente? –Señor, ¡soy tan débil! Conozco mi pasado, pero con tu gracia, Señor… Señor, yo quiero esto, deseo esto; dame tu gracia para ello. No me fío de mí. Tú sabes que te amo. –Sobresaliente en el amor.

Pero el Señor todavía te mira y te dice: Fulana de Tal, hija de Tal, ¿me amas todavía más, tanto que por mi amor, siendo igual gloria mía escojas el puesto más pobre, más humilde, más despreciado, más bien que no el puesto de brillo, de estima de todos, de esplendor; el puesto donde te estiman menos, donde te consideran menos, como una persona que es más corta, menos inteligente; por mi amor, sólo por mi amor; me amas tanto, siendo igual gloria mía? -¡Señor…! Lo espero, Señor; dame gracia para ello. –Matrícula de honor en el amor. Es lo supremo. Tercer grado de humildad.

A ver; repite contigo misma delante del Señor este examen del amor, y de vez en cuando vuelve sobre él. Es la cumbre del amor. El fin actual –estado actual- de tu diálogo con Cristo, después de años de trato con Él: ¿Me amas, después de todo, hasta aquí?

"Dicho esto, dice el Evangelio, el Señor dijo a Pedro: Sígueme", vente conmigo. Y, en efecto, el Señor se lleva consigo a Pedro. Y a Pedro, esto le gustó, sin duda ninguna; eso de ser predilecto… Estaban allí todos los demás, los siete, y que le llame a él aparte y que se lo lleve consigo… esto le gustaría. "Donecillos de Dios", diría él, donecillos de Dios. Eso que nos suele pasar: Sí; donecillos de Dios; pero me los ha dado a mí y no se los ha dado a otro. A mí me los ha dado. Es voluntad suya, sí; pero a mí, pero a mí. Como decía aquel hermano coadjutor de París: Yo no sé cuántos talentos tengo, pero yo creo que dos tengo, porque éste es más tonto que yo. –Pues así; "donecillos de Dios". A mí me llama.

Y él, caminando, de vez en cuando, pues volvería a ver la cara de los otros, a ver qué cara ponen los otros. Y mirando hacia atrás, vio que Juan no se resignaba del todo, y que iba allí… un poco así… disimulando un poco, pero que se iba acercando también a menor distancia. Entonces le entró curiosidad a Pedro. "Y volviéndose Pedro a mirar, vio que venía detrás el discípulo amado, y habiéndole visto dijo a Jesús ya con un poco más de intimidad: Señor, ¿qué será de éste? A mí ya me lo has dicho; y éste, ¿qué? Y el Señor le respondió: Si Yo quiero que así se quede hasta mi

venida, ¿a ti que te importa?". Lo curó de raíz. "¿A ti qué te importa?". Es la última lección del Señor en el Evangelio: "¿A ti qué te importa?". "Tú, sígueme", y déjales en paz.

Pues bien; en este momento de los Ejercicios, también puede pasar eso: Señor, yo… yo he oído que me dices **sígueme**; me voy contigo, me voy contigo; pero, ¿y ésta? ¿Qué propósitos habrá hecho ésta? Y ésta, ¿pensará lo mismo? Y ésta, ¿qué? Yo tengo que hacer esto y esto y esto; y ésta, ¿qué? "¿A ti qué te importa?" "Tú, sígueme". –Lo que decíamos: que si uno no se hace **salvaje** por Cristo, que no llegará a la santidad. Hay que hacerse **indómito**. ¿A ti que te importa lo que dirá la otra, lo que hará la otra? Tú, sígueme; tú, sígueme. La última lección de Jesucristo: Ir derechos a la santidad. Y quien no toma esta determinación nunca llegará a la santidad. "¿A ti qué te importa?"

Y entonces el Señor se lleva a Pedro consigo a la orilla del mar; y no sabemos; le comunicaría sus normas, sus indicaciones para apacentar sus ovejas.

Pues bien; a ti también te dice: "Sígueme". Y siguiendo al Señor, te detienes con Él un poco sobre la orilla del lago, y allí, te descubre tu vida, y tú se la reconoces así: "En medio del camino de mi vida, vuelvo la vista atrás, Señor, para contemplar y para bendecir tus rectificaciones, las que has hecho tú mismo de mis planes, los fracasos en que has hundido mis proyectos. No; mis pensamientos no eran los tuyos. Con terca obstinación infantil me encapriché cien veces con juguetes brillantes que Tú no me querías dar. Lloré; pateé; todo inútil. Podía más tu amor que mi amor propio. Hoy veo claro que Tú tenías toda la razón al cambiar mis rutas y al sustituir tus destinos en vez de mis ensueños. Pero como tienes la costumbre de callarte; como no sueles dar explicaciones; como no prodigas las profecías, dejas a los tuyos en terribles noches del espíritu. Por eso, cuando al fin tu idea se hace realidad, ¡qué vergüenza para nuestros microscópicos ensueños! ¿Es que no tienes crédito, Señor, para que yo te lo fíe todo: mis días futuros, mis actividades, mi cuerpo gastado, mi alma solitaria, mis ilusiones dudosas, mi destino eterno? En medio del camino de mi vida, contemplo con asombrado amor todas tus rectificaciones, todos mis cambios de ruta, todos los fracasos de mis ideales. Nada me ha sucedido como yo quería. Ninguno de mis sueños cuajó en realidad. Ninguna de las profecías de mis amigos se ha cumplido. Y veo con asombro que lo que ha sucedido ha sido mejor para mí. Tú, único amigo mío, mientras yo tejía mis telas de araña, sonreías en silencio, y con tu mirada aguda soltabas todos los nudos. He contemplado campos, cielos y almas que jamás soñé ver. Han surgido hermandades interiores con corazones que entonces ni siquiera existían. Me he gastado en actividades para las que todos mi creyeron incapaz, y he fracasado en empresas para las que creí haber nacido. En las encrucijadas súbitas, primero era la turbación. En los cambios de dirección que me imprimía tu mano, era el pánico. Hoy, ya en el término, es el **Miserere** que reza mi orgullo fracasado y el aleteo de mi confianza en Ti. Bueno ha sido para mí el que me hayas humillado. Porque yo, no pensaba más que en mí solo. ¡Gran pecado! Yo creía -¡necio!- que todo había de girar en torno a mí. No quería enterarme de que los destinos de todos están en una sola mano, que es la Tuya, y de que ella los relaciona y los subordina entre sí. No sería tu saber infinito si no tejieras mi dibujo único con los hilos de todas nuestras vidas. Y no se te enreda nunca la madeja, ni igualas los méritos de cada uno, ni mutilas su libertad.

Santa Teresa de Jesús veía en el mundo como un tablero de ajedrez. Nuestras fichas no son iguales, ni en su valor ni en su significación. Y aunque se mueven libremente, hay dos manos ágiles y eficaces que ordenan sus movimientos: la de Luzbel y la Tuya ensangrentada. Lo que llamamos puerilmente acontecimientos históricos, no son más que jugadas del maligno, que Tú aprovechas para imponer tu poder y tu amor. ¿No es pedante creer en la filosofía de la Historia? ¿No sería más sincero y verdadero ver su teología? Y ahora comprendo, Señor, que no se perdería el más mínimo alfil si él mismo no te traicionara pasándose al enemigo. Por eso, en tu seno arrojo, Señor, todos mis cuidados. ¿Cómo no someter todos mis movimientos a la sabiduría y al amor de tu mano llagada? Besándola con el alma y con la vida, te suplico: Lleva Tú el juego, Señor.

Y Él nos dice: No te preocupes ya. Yo lo preparé todo hasta este punto, hasta que te has echado generosamente en mis manos y en mis brazos. Aquí te esperaba Yo. Hasta aquí te he traído. Ahora, sígueme. Empezamos una vida nueva. Ven conmigo.

CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR

Todos los Ejercicios se han de ordenar al amor del Señor, pero ahora esta última contemplación es una especie de orientación para vivir el amor.

Hay dos notas previas en la contemplación. Si vamos a hablar de la vida en el amor y vivir este diálogo de amor con Cristo, la primera dificultad que se me puede presentar es ésta: Pero, ¿cómo sé yo que Jesucristo me ama, que Jesucristo me quiere, si no me habla? Y a esto responde la primera nota de la contemplación, la nota previa.

"El amor consiste más en obras que en palabras". No hace falta que me hable al oído para que yo comprenda que me ama. El amor consiste **más** en obras que en palabras. No dice que el amor consista en obras, como tampoco consiste en palabras, sino, consiste **más** en obras que en palabras. También palabras. El amor tiene que tener sus palabras. Lo que quiere decir es que el amor consiste más en amor **hasta** las obras que en amor **hasta** las palabras, aunque las palabras ordinariamente vendrán también. Y el Señor me las hablará. "Yo, dice el Señor, en el Evangelio de San Juan, me manifestaré a él". Puede haber palabras sin amor de obras, pero no puede haber amor de obras sin palabras a su tiempo. No se trata de solas obras. Se trata de **obras de amor**. Y Jesucristo me hablará esas palabras de amor; las palabras sustanciales y los toques del alma que Cristo suele hacer en las almas.

Y, ¿cuáles son las obras de amor? "Consiste más en obras que en palabras, consiste en obras de amor, más que en palabras de amor". Y es la segunda nota.

El amor consiste en **DAR** de lo que tiene o puede; el uno al otro; el amante al amado y el amado al amante. Dar de lo que tiene o puede. Y más completamente y más perfectamente, el amor consiste –el amor personal, el amor éste del que hablamos en este diálogo con Cristo- el amor consiste en **DARSE**, en darse a sí mismo. Ese es el amor.

No todo el que da, ama. Hay muchos que son bondadosos y benignos y afables, y dan. Dan cosas, pero no son dones de amor. El verdadero amor, ese amor personal, total, es DARSE a sí mismo. Y sólo como avance de eso DARSE, da de lo que tiene o puede. Pero ése "lo que tiene o puede", no es para detenerse en ello, sino es "dar de lo que tengo o puedo", significa que quiero darme, que estoy dispuesto a darme, que estoy preparando el don de mí mismo, y que me daré después. En esto consiste el amor.

Los dones, cuando son dones de amor, son un avance de la donación de la persona misma, y si la donación se ha realizado ya –como en dos personas que se aman en el matrimonio-, los dones mutuos son una expresión del don de sí que ya se ha realizado. Esas son las obras del amor: dar de lo que se puede o tiene como significación del don de sí mismo, como expresión de ese don, o avance o expresión de él.

Pues bien; puestos así en la presencia del Señor, con el corazón abierto a Él e invocando al Espíritu Santo de un modo particular: **Veni Sancte Spiritus**, Él, que es amor, vamos a pedirle gracia para disponernos a esta vida plena de amor, para que en todo vivamos en el amor; gracia para que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones sean puramente para agradar en amor a Cristo. Y para eso nos disponemos con esta meditación, con esta contemplación, y pedimos la gracia concreta: gracia de **conocer internamente**, con ese conocimiento que llega hasta el fondo del alma, que está en nosotros sin ser de nosotros; conocimiento interno de **tanto bien recibido**, de tanto favor como me ha hecho el Señor, tantas obras de amor. "Para que yo enteramente **reconociendo**", cayendo en la cuenta del sentido de esos dones de amor, "**reconociendo** pueda en todo amar y servir a su Divina Majestad", a Dios Nuestro Señor. Amar y servir. Servicio de amor. Siervos de amor. Para agradar a Cristo. Amar y servir. Con un amor hasta las obras, hasta el holocausto de mí mismo. Amor hasta la muerte por Él en cada momento de nuestra vida.

El Señor y el alma, los dos se están dando mutuamente cada uno en los dones de la vida. No siempre reconocemos el valor de estos dones. Vamos a poner un ejemplo: Supongamos una joven sencilla, modesta; y esta joven recibe muchos obsequios de parte de un joven: joyas, relojes, plumas, vestidos; conoces los dones de ese chico, lo útiles que le son, el sacrificio que a él le

suponen y dice: ¡Pero qué bueno es este chico! ¡Mira todo lo que me está dando! Y cada vez que recibe un don lo agradece. Hasta que le decimos para que lo reconozca: Pero, ¿no ves lo que quiere? ¿No ves que lo que quiere ese joven es **darse** él mismo? Esos dones que te está dando no son más que una indicación de que él quiere **darse** a ti. -¡Ah!, no había pensado en ello.

Esto es lo que pretendemos en esta meditación: Que yo, reconociendo tanto bien recibido, pueda en todo, conociendo el sentido de esos dones, amar y servir a Cristo Nuestro Señor.

Se supone en esta meditación para alcanzar amor, la actitud subjetiva de atención amorosa al Señor.

El alma que está desprendida de todo, dejadas todas las cosas, busca temblorosa el rostro de Dios que la ama. Esto como disposición en todo; y presuponiendo esta disposición subjetiva de despego, de atención amorosa a este diálogo con el Señor, estos cuatro puntos nos indican las posibilidades que se abren a nuestros ojos de vivir este diálogo en su aspecto terminativo, en el modo como se lo presenta el Señor ante los ojos para vivirlo.

No depende este modo de vivir de nosotros solos. El Señor a cada uno da luz para comprender este modo de vivir, y entonces el alma responde a ello y vive según ese nivel que corresponde a lo que ella ve y Dios le manifiesta.

Estos son los cuatro modos, los cuatro puntos; no es para que los siga todos, sino son como apertura de facilidad para que el alma abrace aquélla en la que Dios Nuestro Señor más se le comunique. Los últimos son más elevados, pero no debemos buscar aquello que es en sí más elevado, sino aquello donde el señor más se me comunica y donde uno se siente más dócil en las manos de Dios.

Punto primero: Yo bajo la acción de Jesucristo. Es un diálogo más en sentido humano. Jesucristo está fuera de mí; yo estoy frente a Él. Nos entendemos los dos. Él desde fuera envía sus dones, me hace sus regalos, con grande amor. Todo me lo va poniendo en mi vida ante mis ojos, me va llenando de favores, de posibilidades; este es mi diálogo con Él. Dones que Él me ha hecho, ¡tantos!, desde la creación. Esta creación, el Señor la ha hecho, no sólo como un puro don de favor, de beneficio, sino con la intención de DARSE ÉL MISMO. Y así está esta poesía de la creación de San Juan de la Cruz, que comienza con estas palabras:

> Una esposa que te ame,
> mi Hijo darte quería.

Es como el motivo de la creación. Toda ella está ordenada a este desposorio del alma con el Verbo.

Y crea al hombre para que sea objeto de este amor de predilección del Verbo, para que pueda llegar a participar de esa vida divina. La creación te la dio porque quería darse Él. Y si no te hubiera creado a ti, ¿para quién sería ese beso de amor de Dios? Te dio el ser no como un puro favor, sino para darse Él a ti. Tú, el objeto a quien poderse dar; y lo mismo en las cualidades que te ha dado. Todas son en el plan de Dios como nuevas aperturas de posibilidades de darse Él a ti, y estas posibilidades van aumentando cada vez más según el grado de gracia santificante que Él va dándote, y cada gracia que da el Señor es dilatar el corazón cada vez más para que sea más capaz de recibir a Dios.

Este es el plan divino, y más en la redención donde nos muestra la intimidad de su Corazón; este amor personal a cada una de sus ovejas, que da la vida por cada una de ellas y después las coge sobre sus hombros y las vuelve al redil. Esto lo hace para **DARSE**.

Reconocer cuánto me ama el Señor. Y cuando en los mismos Ejercicios y en tu vida espiritual has sentido el don de Dios, el Señor ha pasado cerca y te ha consolado íntimamente. Todo esto no es más que un preparar tu corazón cuando Él quiere darse. Y así, el alma que entiende al Señor, comprende que cada uno de sus toques interiores, cada una de sus mociones, es una preparación para uniones posteriores. Cada don del Señor es una preparación para un don mayor. Cada comunión que hacemos es preparación para otra Comunión más íntima; y así el alma debería ir

creciendo cada vez más en esta intimidad con Cristo hasta llegar a la cumbre de su unión con Él. Este es el plan divino.

Ponderar por eso con mucho afecto, ¡cuánto me ha amado Dios! ¡Cuántas cosas me ha dado!: la vocación, que es como un liberarme de todas las demás cosas de este mundo, sin impedimentos del corazón, para libertarlo y para que sea todo de Él, capaz de la donación de Dios. Y dentro de la vocación, las llamadas a más y más santidad, a más desprendimiento de todo, a más libertad de todo. Son dones de dios que quiere darse.

En los dones de Dios, el Señor se nos comunica más inmediatamente que en otros. En la creación se nos comunica más inmediatamente que en la obra de la gracia, y dentro de la gracia, en cada moción íntima, auténtica de la gracia, Él se acerca a nosotros; de modo que todo don que da, es un acercarse Él a nosotros.

¿Cómo debo yo corresponder a este amor, a estos dones que Él me hace dándose Él en ellos y deseando dárseme del todo según mis posibilidades y según sus planes providenciales? Devolviéndole todo en amor. Yo quisiera darle un don al Señor, pero todo don que yo quiero dar al Señor, apenas quiero yo recogerlo para mí, me fijo oque es don suyo, que Él me ha dado. No tengo nada que no me haya dado el Señor para este diálogo de amor. Por eso correspondo ofreciéndole todo lo que tengo, todo. Ofreciéndole todas mis posibilidades, mis cualidades, mis momentos del día, todo. Diciendo como quien se afecta mucho: "Tomad, Señor, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento… Disponed a toda vuestra voluntad". Ahí está. DÁNDOME VUESTRO AMOR Y GRACIA, que ésta me basta. Dadme sólo que me améis. ¿Para qué? Para darme más posibilidad de darte; porque sólo amándome, el Señor me da, y si me ama quiere decir que me dará más; y si me da más, yo le devolveré más, porque todo lo que Tú me das, te lo quiero devolver en amor. Dame tu amor y tu gracia que esto me basta. Y así, el alma que se abre un poco a esto y se da a sí misma en sus dones, no es que le dé una parte de mí, no; le digo que tome esto para que me tome Él en cada una de esas cualidades, en cada uno de esos momentos; y en todo quiere el alma DEJARSE Y GUIARSE. Dejarse a sí misma, y darse al Señor. Y apenas hace este ofrecimiento es como una esponja que está en el agua y empieza a penetrar el agua y la empieza a hinchar; se dilata y cada vez se va dilatando más. "Ábrete, ensánchate como una rosa que exhala fragancia exquisita". Y así el alma vive este diálogo de amor con Dios. Él fuera, yo aquí, recibo sus dones, y se los devuelvo en amor. Es un modo magnífico de vivir del amor en todas las circunstancias del día; y verlo así en todo lo que nos mande. Ahora me envía este percance, esta sorpresa, y se la devuelvo en amor; esto mismo que Él me ha dado, se lo devuelvo en amor. Y como ahí, en esa cosa se me da dado no sólo esta sorpresa, no sólo este gusto, no sólo este sufrimiento, sino a sí mismo en el gusto y en el sufrimiento y en la sorpresa, así yo le devuelvo esta sorpresa, ese gusto, ese sufrimiento y me doy a mí mismo a Él. En todo DEJARSE Y GUIARSE.

Es el primer modo de vivir el amor.

Punto segundo. Jesucristo en mí. Vuelvo la mirada hacia mi interior con espíritu de fe, y por la luz que el Señor mismo me comunica llego a percibir que Él está en mí. La Cabeza está en los miembros. Dios está en mí por esencia, presencia y potencia. De modo que por ser yo criatura no puedo existir sin que el Señor esté sosteniéndome; luego está dentro de mí. ¿Adónde te escondiste, Amado?, dice San Juan de la Cruz. Como el alma no le encuentra, démosle el Amado a ella y digámosle dónde está, que está en el fondo de su alma. Allí, como decía San Agustín: "Yo te buscaba fuera y estabas dentro". Sólo que hay almas muy superficiales que apenas tocan y raspan un poco de la superficie del alma, creen que han llegado ya a lo más hondo y no han llegado sino a la superficie; y si hubieran profundizado un poco más, hubieran descubierto dentro del alma que hay verdaderos valles y verdaderas montañas y verdaderas ciudades y que más en el fondo, en el fondo, está Dios mismo.

En toda criatura está presente. En mí está presente además dándome el ser, dándome la vida vegetativa, dándome la vida intelectiva. Está presente de un modo muy particular en el orden de la gracia, haciendo de mí mismo templo suyo.

El alma que lo siente así, comprende que lleva dentro de sí al Señor, como lo llevaba la Santísima Virgen en su seno; de un modo análogo. Ella llevaba al Verbo encarnado, personalmente, corporalmente presente; nosotros no lo llevamos así, pero de un modo análogo llevamos dentro de nosotros un Tesoro, que es la presencia de Dios, quien vive en nuestro corazón. El alma lo siente y lo respeta. Está presente en ella, no siempre de un modo que le hace sentir su presencia. A veces está como durmiendo dentro del alma, está allí serenamente. Todo mi ser es su templo. Y cuando el alma cae en la cuenta de esta realidad, de que Él se me está dando, de que Él está dándome todo lo que tengo, las cualidades que tengo, estando Él mismo presente dentro de mí, correspondo a esta presencia con un sentido de reverencia interior.

El alma vive como de rodillas ante el Señor, dispuesta siempre a responder con un ligero movimiento de cabeza a la manifestación de su voluntad; sin turbar el sueño de Jesucristo dormido dentro del alma, como en la escena de Navidad o como en la tempestad del lago. Allí está, allí está. Decía San Juan de la Cruz: "¡Qué feliz es el alma en cuyo interior **duerme** el Señor!" ¡Y cómo tiene que velar ella el sueño del Señor, sin despertarlo nunca!

Esta es la respuesta del alma en este grado de vivir el amor en la presencia íntima de Cristo, haciéndose ella misma presente a lo más íntimo de sí mismo, que es Cristo.

Y esto en la Eucaristía. Cuando lo recibo en la Eucaristía, Él está dentro de mí, se me da, yo me doy a Él, y Él está dentro de mí. Y yo creo también en torno a Él esta zona de silencio, de respeto, de reverencia. Es la gracia de acatamiento grande. Es el alma que tiene respeto al Señor dentro de su corazón.

Y haciéndome así yo presente, en un vida toda ella ordenada a este servicio del señor, como cortesano junto a su rey, haciéndome presente a Él, sintiéndolo dentro de mí, es propio nuestro que nosotros proyectemos hacia el exterior nuestras propias experiencias interiores. Y al sentirlo dentro de nosotros, lo proyectamos también en el interior de todas las demás almas, de todas las demás personas. En todo lo vemos a Él presente. Y lo respetamos. "Y mirándose los unos a los otros, crezcan en devoción, viendo en ellos a Dios Nuestro Señor, a quien cada uno debe reconocer en el otro como en su imagen", porque está presente también, y lo respeta. Y de ahí viene la delicadeza de la caridad y del amor, con este acatamiento. Como tratamos al Señor en la Eucaristía, con reverencia y acatamiento, así lo ve uno en toda la creación; está presente a todo. Esta es nuestra **consagración de amor**. Es el modo de vivir este segundo grado del amor.

Tercer punto. Jesucristo trabaja en mí. Cristo comunica al miembro la vida sobrenatural al comunicarle su propia vida después de su resurrección. La vida del miembro viene de la cabeza. De modo que así Jesucristo prolonga su vida en mí; vive en mí. Él comunica el movimiento y el sentimiento sobrenaturales. Él siente en mí. Ama en mí. Sufre en mí, si todos estos actos son sobrenaturales. Puedo decir y debo decir con San Pablo: **Vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus**. No sólo está presente íntimamente como dormido en el alma, como templo donde es adorado y reverenciado, sino que está viviendo en el alma, comunicando la vida misma al alma. Esta vida nuestra es de Cristo en nosotros. **Él** vive en mí. No soy yo el que vive; Cristo vive en mí. No sólo está presente; vive en mí. Y este vivir son todas las manifestaciones de la vida. De modo que tengo que decir de la misma manera que digo: Cristo vive en mí, Cristo siente en mí. Ya no soy yo el que siente, sino Cristo siente en mí. Ya no soy yo el que ama; Cristo ama en mí. Es lo que decíamos, que a veces siente el alma dentro de sí, en lo más íntimo de su interior, de sus entrañas, un sentimiento que brota en mí, pero que no es mío; no nace de mí. Y el alma lo siente claramente: que no nace de mí. Yo no podría nunca producirlo, ni lo puedo mantener. Y cuando se marcha, no lo puedo volver de nuevo a mí. Y cuando lo tengo, no lo puedo **retener** conmigo. Es el sentimiento que se comunica como a miembro de Cristo, y que procede del Corazón de Cristo. **Él** vive en mí. **Él** siente en mí. Mis virtudes sobrenaturales no son mías sólo; son de los dos. Él las forma en mí. Cristo es el jardinero de mi alma. Dice el cántico de San Juan de la Cruz: "Mientras que de rosas hacemos una piña; hacemos los dos. Las rosas son los frutos de las virtudes; y de rosas hacemos tú y yo una piña; entre los dos".

San Ignacio de Loyola solía decir a propósito de este sentimiento interno, por el cual Cristo vive en mí: -no es mío eso; eso que he sentido tantas veces en momentos de los Ejercicios, no era mío; estaba en mí, me ha hecho moverme, determinarme, con el mismo aplomo como si fuera mío, pero no era mío; estaba en mí-. Pues bien; decía San Ignacio, que no podría vivir –así le parecía-, si no sintiese en sí algo que no era suyo ni podría serlo en modo alguno; si no tuviera esa especie de presencia del Señor que le daba internamente ese sentimiento, ese estado interior elevado, ese vivir **in spiritu**, que le parecía que no podría vivir. De tal manera se había hecho uno con Él, que sin Cristo sentido íntimamente, la vida no la podría resistir. Creía que la vida suya estaba mantenida por esta comunicación de Cristo.

Son los santísimos dones, con los cuales el Señor vive en el alma; el sentimiento mío, como de miembro de Cristo. Como el acto de voluntad que impera la mano, está en la mano, sin ser de la mano; le viene impuesto de la voluntad. Pues bien; así estoy yo: como miembro de Cristo. **Él** vive en mí. Yo soy su instrumento en todo, como el miembro es instrumento de la cabeza, de la persona. Él actúa en mí y por mí. Esta es la realidad que el Señor puede manifestarnos y comunicarnos y hacernos sentir interiormente. Y nos lo hace sentir, como diálogo de amor por parte suya, haciéndonos experimentar íntimamente esta realidad. ¿Cuál tiene que ser mi respuesta?

"Responder según se ofreciere". Aquí puedo responder entregándome del todo para que se sirva de mí y en mí para cuanto pretende, para lo que Él quiera: de mi santificación o de mi apostolado; a su disposición. Para que Él **sienta** en mí, **viva** en mí, **ame** en mí, **trabaje** en mí, **sufra** en mí, que haga lo que quiera de mí. Todo lo pongo a su disposición; cuanto Él quiera dilatarme para dárseme más todavía, para dárseme del todo. Y ayudarle; disponerme así, entregarme para ayudarle a darse a los demás; con lo cual se me dará más a Sí mismo a mí. El apostolado auténtico hecho así como docilidad a Cristo, no impide nunca la propia santidad. Toda dilatación nuestra por la cual nos hacemos instrumentos del Señor para ayudar a los otros, dilata en nosotros los espacios de la caridad y aumenta en nosotros las posibilidades del don de Dios. Ser dócil instrumento para mi santidad y para mi apostolado en amor.

Notemos que no hace falta para producir un grande incendio que no aplique grandes fuegos. Basta una pequeña cerilla bien aplicada. Ni siquiera eso. Basta una lente que concentre los rayos del sol sobre un papel, aunque la lente fuera de hielo; no importa. Basta que deje pasar los rayos y los concentre, aunque ella siga fría. Que así yo sea instrumento de Cristo. Aun cuando yo no sea de grandes capacidades, que yo deje pasar los rayos de Cristo, que no los absorba, que no los desvíe, que los concentre sobre las almas. Y entonces crearé incendios de amor. Que los concentre sobre mi corazón, y entonces crearé incendios de santidad. Ser y ofrecerme a ser lo que quiere Cristo que yo sea como perpetuación suya en la tierra. Él quiere perpetuar en nosotros los diversos misterios de su Pasión, de su vida, y quiere servirse de nosotros, dice Isabel de la Trinidad, como una humanidad de más, en la cual renovar sus misterios. Y ofrecernos a esto: lo que Él quiera hacer de nosotros. Si Él quiere hacer de nosotros una prolongación de sus sufrimientos, aceptarlo. Si quiere hacer de nosotros una prolongación de su caridad de amor a los pobres, aceptarlo. Si quiere hacer de nosotros una prolongación de su obediencia hasta la muerte, aceptarlo. Y así, ser dóciles a lo que Él quiera de nosotros. Y viéndolo así -que vive en nosotros, que actúa en nosotros, que toda nuestra vida es Él en nosotros, proyectándolo hacia fuera-, lo veremos también trabajar en todo. Él está trabajando en todo, en todas las almas. Lo vemos en todo. Actúa. En la naturaleza, en todas partes está actuando. "Mi Padre obra y Yo trabajo también con Él, siempre".

Cuarto punto. La cuarta posibilidad de amor. Yo, Jesucristo. Es la identidad con Cristo, la transformación en Cristo. ¡Sublime! Si el Señor nos lo da o nos ilumina a ello, sin ansias de llegar; cuando el Señor quiera dárnoslo, si nos lo quiere dar. Transformación en Cristo. Dice San Juan de la Cruz:

> Gocémonos, Amado,
> y vámonos a ver en tu hermosura

al monte y al collado
do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.

Hay que entrar más adentro. "Vámonos a ver en tu hermosura". Y comentando el paso dice, que el alma, transformada ya en Cristo, contempla la hermosura de Cristo, y cuando se contempla a sí misma, ve en sí la misma hermosura de Cristo, porque se ha transformado en Él. De modo que dondequiera que vea, ve la hermosura de Cristo. Y Cristo en el alma ve su propia hermosura. Y por eso dice: "Vámonos a ver en **tu** hermosura". A dondequiera que volvamos los ojos, todo es ya **tu** hermosura. Como también dice el alma:

No quieras despreciarme,
que si color moreno en mí hallaste,
ya bien puedes mirarme,
después que me miraste,
pues gracia y hermosura en mí dejaste.

Mirando el Señor al alma, le ha dejado su propia hermosura; la ha puesto en ella. Como si un pintor, sólo con su mirada pudiese proyectar su imagen en un lienzo. Pues sólo con mirar al alma con amor, le ha dejado su hermosura. Y una vez que tiene su hermosura, ya bien puede mirarle. "Pues su gracia y hermosura en mí dejaste".

Eso es el don de Dios al alma. Dios se da a Sí mismo; y dándose Dios a Sí mismo al alma, el alma le puede amar cuanto es amada de Dios. Es una expresión fuerte de San Juan de la Cruz, que se entiende siempre, no en el orden ontológico, sino en el orden afectivo. "Amar a Dios cuanto es amada de Dios". Dice que el alma no podría ser nunca del todo feliz, si no pudiera amar a Dios cuanto es amada de Dios. Es casi un absurdo este pensamiento. Y sin embargo, dice bien San Juan de la Cruz: **in lumine tuo videmus lumen**, y así amaremos a Dios en su amor, en el Espíritu Santo, que nos lo dará Él. No es que nuestro acto creado sea siempre increado, no; sino que Dios dándonos a Sí mismo, al darse a nosotros a Sí mismo, es nuestro, y siendo nuestro, nosotros podemos darle a Dios, Dios mismo. Y así le amamos cuanto somos amados de Él. Y este es el diálogo más sublime del alma con Dios, cuando todo su diálogo es dar Dios a Dios. Y así está siempre en esta plenitud de amor, en la cual el alma deificada, deiforme, hecha como Dios, transformada en la divinidad por afecto, está dando Dios a Dios, y recibiendo Dios de Dios.

Amemos, curramus; "amemos, corramos"; tenemos que tender hacia esta plenitud de amor; que tenemos poco tiempo para llegar a ella; el tiempo es breve, y se nos va en tantas pequeñeces y en tantas discusiones y en tantos problemas… ¡A amar el Amor!

Y el alma da Dios a Dios en la comunión constantemente. Después de la comunión podemos dar Dios a Dios. Lo tenemos dentro. Dar Dios a Dios.

Y lo mismo ve el alma en todas las cosas. La hermosura de todas ellas es participación de Dios cuando ha llegado a ese grado deiforme; las ve todas como participación de Dios. Y más las ve en Dios que las cosas mismas. Como la Virgen en la Resurrección, el alma ha gustado de Dios; en fe, sí, todavía, pero con todos esos toques íntimos del alma que le hacen gustar la divinidad. Dios es ya su alegría; no tiene otra. Dios es su alegría. Ya no hay alegría que merezca la pena fuera de Dios. Las demás parecen pálidas, insignificantes; las cosas de este mundo son tan viles al lado de eso que ella ha experimentado en Dios… **Quam sorde terram cum caelum aspiciam**. "Cuando gusto del cielo, ¡cómo me parece despreciable la tierra!" Quien ha gustado la intimidad de Dios, de la divinidad, ¿cómo le pueden parecer grandes las cosas de la tierra? Todo le parece vil. Y las cosas, y las alegrías de la tierra son para ella solo un recordatorio de lo que ha visto y de lo que ha sentido de Dios. Un recordatorio para excitar de nuevo la alegría íntima que tiene en su interior. Así como cuando nosotros tenemos una grande alegría, las pequeñas cosas que podemos sentir durante el día no hacen más que recordarnos aquel grande gozo que tenemos: "porque esto es pequeño, pero tengo

ese grande gozo; ha resultado bien lo que yo tanto estaba trabajando"; pues de esta manera también, con la alegría íntima de la posesión de Dios, las pequeñas cosas de la tierra sólo hacen recordarla. De ordinario está dentro del alma como dormida, como serena, y de vez en cuando, despierta.

Qué dulce y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras:
y en tu aspirar sabroso
de gracia y gloria lleno,
¡cuán delicadamente me enamoras!

Y así el alma, en sí misma, siente más a Dios que a sí misma; incluso en su respiración, incluso en su actuación, en su conocer, en su amar, siente más a Dios que a sí misma. Y esto aumenta su deseo de Dios. Ya no piensa más que en esto; porque aun cuando lo posee en un cierto grado, pero es poco para lo que el alma desea. Y todavía desea más. Cuanto más se gusta de Dios, más se le ama. Quien no desea a Dios, quiere decir que no lo ha gustado en ningún grado. Pero quien le ha gustado un poco, inmediatamente desea más a Dios; con paz, pero con ansiedad al mismo tiempo.

Y si eso es en Sí mismo, en las cosas mismas, no ve ya un **puro camino hacia Dios**, sino más bien un recuerdo de lo que ha visto de Dios. Es decir, no sube por el gusto de las criaturas al gusto de Dios; saboreando lo que es esa criatura, gustando este gusto terreno hace después el argumento: Pues, ¿qué será de Dios?; si esto es tan hermoso, ¿qué será Dios? Si este espectáculo es tan maravilloso, ¿qué será Dios? No es este el camino; ése es muy bueno también; pero en este momento al alma no le es así, sino que más bien, ve más directamente a Dios que a esta misma cosa o a este mismo gusto o a esta misma belleza. Como una fotografía de una persona que no conocemos; uno la ve al principio como camino para llegar al conocimiento de ella; no la hemos conocido nunca y nos dicen: Mire usted, aquí está su fotografía; ¿se hace usted una idea de esa persona? Y esto nos ayuda para llegar al conocimiento de la persona. Pero cuando la he conocido ya en la realidad, he pasado con ella un mes, o un año, o varios años, entonces, esa foto no me lleva al conocimiento de la persona, sino que es más realidad en la persona que uno ha conocido que no en la fotografía misma. Y sólo me sirve para recordar el conocimiento que yo tengo de esa persona, el gusto que he tenido de estar con ella.

Así también como al ver sonreír a una persona, no es que hacemos un argumento, y viendo el movimiento de los músculos deducimos la amabilidad de la persona; no hacemos así, sino que inmediatamente intuimos la amabilidad y la sonrisa interior de esa persona; pues de la misma manera, la creación para esta alma, se ha convertido como en la sonrisa de Jesucristo, a quien tiene ya dentro de sí, a quien se va acercando, a quien cree casi ver, aun cuando está muy lejos todavía de la visión. Pero aún queda un velo, un velo que cree ser tenue; y el alma se inflama en mayores deseos de que este velo se corra, porque no tiene ya nada que hacer en este mundo, en el cual se siente verdaderamente peregrina, alejada de su verdadera Patria, que es Cristo. Y entonces exclama del fondo de su corazón: "Rompe la tela de este dulce encuentro".

Señor, que termine ya esta vida para que yo pueda encontrarme contigo. **Veni Domine Iesu**. "Ven, Señor Jesús". "A Él en todas amando y a todas en Él".